GILLIAN BRADSHAW

El faro de Alejandría



Con tan sólo quince años, la bella Caris abrigaba el deseo inconfesable de poder estudiar medicina. Inteligente, curiosa y con la determinación propia de quien ansía cumplir con un ideal, no era extraño verla ilustrarse, apasionadamente, con los escritos de Galeno e Hipócrates, además de estudiar con fruición latín o literatura. Un sueño, por demás, imposible. Hija de Teodoro de Éfeso, un hombre rico y poderoso que debía predicar con el ejemplo la forma correcta sobre cómo educar a los hijos. Caris se encontraba condenada, por su condición de mujer, a contraer un matrimonio de conveniencia. ¿Cómo iba ella a suponer que aquella injusta imposición de su tiempo se decantaría un día a su favor?

Presionada por su padre a desposarse con el vulgar y cruel gobernador Festino, Caris se decidiría a tomar las riendas de su propia vida. Jamás se doblegaría frente aquel infausto destino. Y justo cuando la infancia comenzaba a abandonar la sonrisa de su rostro, la muchacha, pertrechada con unas pocas posesiones y ayudada por su hermano y su nodriza, huiría de Éfeso con rumbo a Alejandría. Aquél había sido su deseo largamente acariciado: residir en la monumental metrópoli egipcia y estudiar medicina. Ahora, a solas con su sueño y disfrazada de eunuco, por fin, Caris se encaminaba hacia la libertad.



Gillian Bradshaw

El faro de Alejandría

ePub r1.0
kraken61 13.07.13

Título original: *The Beacon at Alexandría*
Gillian Bradshaw, 1986.
Traducción: María José Gassó
Prólogo: Alberto Cousté
Ilustración portada: Joaquín Marín

Editor digital: kraken61
ePub base r1.0

DE LA MEDICINA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

En 1827, el sutil Thomas de Quincey publicó uno de sus títulos más perdurables, que quien firma el presente prólogo glosa sin disimulos. El asesinato considerado como una de las bellas artes insinuaba desde su punto de partida que esas manifestaciones del espíritu o disciplinas creativas que hemos reducido a siete (y que sólo eran seis en los tiempos del autor, anteriores a ese séptimo que se concede al cine) podrían ser muchas más: al menos tantas como todas aquellas en las que los tercos e inderrotables seres humanos intentásemos abolir los rotundos límites del tiempo y del espacio, a través de algún proyecto de intensidad y trascendencia personal, desde las matizaciones del asesinato a los protocolos de la santidad, pasando desde luego por el laborioso ejercicio de la medicina.

De este último —del oficio de los médicos: todavía más cerca del arte que del rigor que se le supone a la ciencia, en los tiempos que evoca— trata precisamente en primer término la novela que va a leerse, ubicada en una época (el siglo IV de nuestra cronología) cuyos criterios y hábitos cotidianos diferían radicalmente de los que imperan en la que nos ha tocado vivir; tanto, al menos, como para justificar la escritura de estas páginas introductorias.

Mil años más atrás de la historia que nos ocupa, Pitágoras descubrió el lenguaje matemático, indiferente a las emociones y ambigüedades que caracterizan al de las palabras, y poco después su discípulo Filolao afirmó por vez primera que la Tierra no era el centro del Universo y sospechó, como corolario de esa inédita afirmación, la existencia de sistemas y galaxias girando en torno a un imprecisable fuego central, lo que configuraba a la vez una intuición vertiginosa de la naturaleza cósmica y una metáfora insuperable de Dios.

Casi en seguida, Aristóteles desarboló el idealismo platónico al establecer la primera teoría materialista de la realidad, que sentó los principios de análisis y observación, y el punto de partida metodológico de lo que, andando las centurias, llamaríamos «la ciencia».

En medicina —mucho antes de que lo hiciera el supuesto fundador de la disciplina,

el parcialmente mítico racionalista griego que conocemos bajo el nombre de Hipócrates —, los egipcios dominaron las técnicas que les permitían eviscerar y embalsamar a sus muertos, las culturas mesopotámicas desarrollaron a su vez la cirugía y los procedimientos para tratar hematomas, luxaciones y fracturas, y los textos talmúdicos dejaron asimismo múltiples testimonios sobre medidas profilácticas para prevenir las causas que engendraban las pestes, y sobre curas que se practicaban con éxito a hidrópicos y apopléticos.

Para cuando Galeno, ya en el siglo II de nuestro calendario, codificó las normas de la todavía incipiente y equívoca medicina romana, hacía más de mil años que los vedas hindúes diseccionaban cadáveres y que los médicos chinos habían clasificado dieciséis pulsos distintos para diagnosticar numerosas dolencias derivadas del desequilibrio somático.

En la península de Faros —que daría nombre al símbolo de la región y título a la novela que va a leerse— y en torno al templo de Serapis, superviviente de antiguos cultos que el triunfante cristianismo implantado por Constantino no admitiría nunca tolerar como competidores, los herederos de los sabios del Nilo y los justamente solicitados sanadores judíos (descendientes a su vez de los anónimos autores de los Oráculos Sibilinos —que frecuentaban los eruditos y circulaban en versiones simplificadas por las ferias— y del valiente e incomprendido neoplatónico Filón) se aliaron para engendrar la que se convertiría en la famosa escuela alejandrina de ciencias curativas, cuyos representantes convivieron luego largamente con el esplendor y la tenacidad de Bizancio.

Esta academia, contemporánea de la cumbre bíblica del helenismo hebreo (la conocida «*Versión de los Setenta*», que inspiró la posterior *Vulgata* latina de san Jerónimo), fue precursora del concepto hospitalario y pionera en la práctica de los certeros rudimentos de la profilaxis social (tales como el tratamiento de la basura y de los restos orgánicos, la insistencia en los beneficios de la potabilidad del agua, de la higiene personal e incluso de la renovación del aire en los interiores de las casas), así como en la visita domiciliaria a los pacientes como válida y revolucionaria alternativa a la mucho más traumática internación.

¿Por qué, entonces, Caris de Éfeso, la joven y valiente protagonista de esta novela, tiene a lo largo de sus páginas tantas dificultades para ejercer su vocación de médica, en esa luminosa Alejandría del año 371 de nuestra era, adonde llega huyendo de un matrimonio no deseado —que le exige su familia— con el tirano Festino, nombrado gobernador y delegado del imperio en su tierra natal?

La primera y más sintética respuesta parece cantada para el lector, en cuanto se interna un poco por los senderos de la trama que se le propone, y puede formularse más o menos así: porque si bien nadie estaba demasiado seguro por entonces de lo que era exactamente un médico, todos coincidían en que semejante oficio no podía ejercerlo una mujer.

Conviene sin embargo y sin duda hacer un alto, para matizar los alcances de la discriminación y el prejuicio en el universo latino de la época, precisamente cuando la cultura romana había dejado atrás los tiempos de su culminación y apogeo, y se encontraba próxima a los acontecimientos que precipitarían sin remedio a Occidente en la prolongadísima y amodorrada siesta medieval.

Durante ese codificado milenio que transcurrirá entre la caída del Imperio y el Renacimiento, la rigidez e intolerancia del monopolio cristiano creará férreas categorías en la práctica totalidad de los niveles sociales, y hará mucho más monótona, limitada y difícil la vida de todos aquellos que no sean nobles o eclesiásticos y, por supuesto, de sexo masculino. La larga duración del período hará olvidar a muchos que las cosas no siempre fueron de ese modo, y que incluso la denostada práctica de la esclavitud latina fue menos opresora y despótica que la equivalente servidumbre feudal. Algo similar puede decirse de la condición femenina: Safo de Lesbos o Hipatia de Alejandría pueden resultar (y de hecho resultan) excepcionales en la antigüedad clásica, pero en el medievo cristiano hubiesen sido literalmente inconcebibles.

La protagonista de *El faro de Alejandría* tropieza desde luego con inconvenientes derivados del hecho de ser mujer, que la fuerzan a disfrazarse de eunuco para ejercitar su vocación médica, pero no había tenido previamente a ello —como especifica la autora— dificultades para acceder a la cultura clásica, ni para destacar por encima de su hermano en el dominio poético o en el aprendizaje del latín. La frontera, la censura, el tope de lo permisible está en la ciencia y en particular en el tabú social que encarna en la medicina: en lo que ese oscuro arte asomado al espíritu y al cuerpo, a medio camino entre el saber y la magia, a caballo entre la técnica y el milagro, representaba para la sociedad de su tiempo, y siguió representando a lo largo de muchos siglos posteriores.

¿Qué fue un médico durante más de dos mil años —los que van desde el siglo de Pericles hasta la Revolución francesa— para la cultura de Occidente? Una mezcla de sabihondo e iluminado, de brujo diabólico y santón, de técnico especializado y curandero, de intelectual y charlatán. No sólo la protagonista de la novela, Caris de Éfeso, sino sus maestros y posteriormente sus discípulos comparten esa inquietante

ambigüedad en estas páginas, y sufren en conjunto la simultánea fe y la desconfianza de quienes les rodean: es el misterio de la dolencia y de la consiguiente nada a la que conduce, la esperanza de eludirlas y la certidumbre de que son inevitables, lo que convierte al sanador en apasionante objeto a la vez de devoción y de repulsa, en expectativa de milagro pero también en responsable de desgracias. En árbitro maldito y bendecido, con parecida intensidad, de la enfermedad y la salud, y del ominoso umbral que la precariedad de una y otra representa: ese mínimo escalón por el que la vida se precipita en la muerte.

Conseguir que esta angustia protagonice su novela no es el único de los méritos de Gillian Bradshaw como autora (que se mencionarán a continuación, y que se relacionan con el tiempo elegido y el lenguaje empleado), pero es en todo caso el más original porque le permite dejar en segundo plano la anécdota en sí misma y los personajes que la desarrollan, para poner el acento en un tema tan multifacético como desconocido para el público en general: el del azaroso desarrollo que el oficio de curar tuvo en nuestra civilización.

Equidistante del espiritualismo religioso y del materialismo científico, y a la vez partícipe y representativa de ambas áreas del conocimiento, la medicina ha sido el punto de encuentro y de fricción de la experiencia humana en las más diversas culturas, característica que le hizo atravesar un largo camino desde los curanderos, brujas y chamanes que la emparentaban con el milagro, hasta el positivismo decimonónico, que le asignó un lugar de privilegio entre las manifestaciones del raciocinio y la enarboló como emblema ejemplar de la superioridad del pensamiento materialista, basado en el riguroso proceso de análisis y síntesis (o, lo que es lo mismo, en la hipótesis elevada a doctrina, por el sistemático y unívoco camino de la praxis y la duda metódica).

En los actuales momentos de pasaje de siglo, la creciente tendencia interdisciplinaria que preside los más diversos caminos del conocimiento, parece estar llevando por fin a la medicina al terreno que sus practicantes más lúcidos intuyeron desde siempre que era el suyo: un espacio de síntesis que no excluye nada de lo humano (desde las erupciones cutáneas a los estados de ánimo, pasando por la genética, el laberinto del cerebro o el diagrama del universo sensorial) y exigirá del médico las virtudes del sabio, pero también, y en forma simultánea, las intuiciones y la sensibilidad del artista.

Aparte del hilo conductor de la medicina como arte (que preside la novela y da título a este prólogo), otros dos aspectos de *El faro de Alejandría* merecen ser señalados a la atención del lector: la época y el lugar históricos que Gillian Bradshaw

eligió para situar su relato, y el tratamiento del lenguaje en el que hace hablar, en primera persona, a Caris de Éfeso, su protagonista-narradora.

La época y el lugar constituyen un hallazgo que acrecienta el interés de la novela, porque ni una ni otro han merecido la atención preferencial de narradores del género, más inclinados a recrear el apogeo del imperio, entre el fundador Julio César y los sucesores de Augusto, o el cosmopolitismo de la sociedad, el arte y la arquitectura del esplendor de Roma (mucho después de la borrosa villa etrusca de los sabinos y los lacios, y antes a la vez de la decadencia y el vertedero de basuras en la que la convirtieran los bárbaros).

Bradshaw, por el contrario, prefiere evocar el imperio ya dividido en la ambigua debilidad de Oriente y Occidente, pero con anterioridad a que el último de ellos desapareciera y previamente también a que el primero diese nacimiento al singular fenómeno de Bizancio, y en unos territorios —por otra parte— que ya han dejado de ser importantes o todavía no han llegado a su apogeo histórico.

De una Éfeso sometida y provinciana, que ha olvidado, en el presente del relato, la dispensadora financiera de Asia Menor que fuera en los áureos tiempos de Creso y los banqueros babilonios, la acción se traslada a una vacilante Alejandría anexada a la metrópoli y entre dos etapas culminantes de su historia (ya no es la joya macedonia a la que diera nombre su magno fundador, pero todavía no acaba de ser la capital de las heterodoxias que la distinguirá entre todas con el paso del tiempo), para concluir demoradamente en la descripción de una casi fantasmal Tracia apenas en boceto, frontera ubicua y disputada por periódicos espasmos, entre la romanización y la barbarie.

Los vagos y mediocres nombres de los protagonistas del período que nos ocupa, entre los que es inútil buscar una figura significativa para el lector medio, no especializado en historia, colaboran también a ahondar la sensación de desconcierto e inseguridad de los personajes, y el sentimiento de que la lectura avanza por un territorio más o menos indeterminado, cuyo futuro es de hecho tan imprevisible como el de la médica Caris o el de los múltiples y variados compañeros de viaje que va encontrando en su huida.

Tras la desaparición del funesto Constantino o de la desolada e incomprendida figura de Juliano el Apóstata, parece como si la historia de Roma se adelgazara hasta casi desaparecer, como en concreto desaparecerá el imperio apenas un siglo más tarde de la peripecia que se nos narra en estas páginas. Guiarnos por esa tierra de nadie, por ese tiempo de ninguno, es un esfuerzo y un hallazgo que Gillian Bradshaw cumple con

esmero, a la vez que procura en todo momento dar las referencias y las coordenadas para que el lector no se extravíe en el laberinto de esa zona intermedia de la historia, en la que carece de los grandes fantasmas (Buda, Jesús, Cristóbal Colón, Napoleón Bonaparte…) que hacen reconocibles los períodos más frecuentados por todos.

Algo más merece destacarse en el planteo de la autora, y lo merece precisamente por ser acaso lo que puede suscitar opiniones más encontradas y disímiles. Me refiero al estilo literario y la expresión formal.

A partir del escocés Walter Scott —patriarca indiscutible de la llamada «novela histórica», como propuesta diferenciada y especialidad narrativa—, los autores de este género se han enfrentado a diversos problemas a la hora de llevar a la práctica sus proyectos, desde la mayor o menor información de tipo cronológico o intelectual que deben proporcionar a sus lectores, hasta los procedimientos para hacer verosímiles las pasiones, circunstancias y conflictos ocurridos centenares o miles de años antes del momento en el que van a ser relatados.

De todos estos planteos derivados de las características inherentes al género, sin duda el más espinoso ha sido y sigue siendo el del estilo. ¿Debe el autor reconstruir el habla y la particular relación con el lenguaje que correspondían a la gente que evoca, imponer la convención de que hablaban como nosotros o crear una tercera instancia, metafórica e intemporal? ¿Hay que utilizar los diálogos o es mejor acentuar las descripciones no protagonizadas por nadie? ¿Es lícito el uso de la primera o la tercera persona o resultará más verosímil la voz de un narrador omnipresente y despersonalizado?

Ante estos y otros parecidos dilemas, Bradshaw opta por la menos intelectual y —a la vez— la más entrañable de las posibilidades: identificarse con su criatura, narrar los hechos como unas memorias en primera persona, usar el lenguaje coloquial de hoy en día para describir hechos y sentimientos de hace casi dos mil años.

El procedimiento puede ser —y seguramente lo será— discutible para muchos, pero el resultado justifica la elección: Caris de Éfeso no es un personaje de museo, ni un retrato remoto colgado en la pared o reproducido en un libro de arte, sino una muchacha de carne y hueso, con las angustias, los deseos y las vacilaciones que reconoceríamos en cualquier contemporánea. La erudición histórica puede sentirse perjudicada por ello, pero la emotividad del lector agradecerá ese guiño de la autora, que le hace cómplice y participante de un relato que transcurre a su lado.

ALBERTO COUSTÉ

Barcelona, en abril de 2001

UN POCO DE HISTORIA

En el año 293 d.C., el emperador Diocleciano contempló el estado de su imperio y lo encontró al borde de la crisis. Tras salir tambaleante de cincuenta años de guerra civil, presionado por enemigos extranjeros en las fronteras noreste y oriental, desgarrado por sublevaciones civiles, minado por una inflación galopante, por la corrupción administrativa y un sistema fiscal en ruinas, el Imperio romano estaba al borde del colapso. Diocleciano, después de vigorosas campañas contra sus enemigos extranjeros y nacionales, instituyó una serie de reformas administrativas que consiguieron que la época se conociese en el siglo siguiente y mucho después como Era Diocleciana. Sin embargo, el imperio que creó se parecía muy poco al de César Augusto.

La principal reforma de Diocleciano fue la división del imperio en dos mitades: el Oriente griego y el Occidente latino. Cada una tenía su propio emperador, que adoptaba el título de Augusto y disponía de personal civil y militar propio. El «colegio» de emperadores funcionaba en teoría como un solo cuerpo. (En la práctica no era infrecuente que se matasen entre sí, pero este punto no viene ahora al caso.) El número de provincias aumentó (Britania, por ejemplo, se dividió en cuatro) y se agruparon en diócesis (sin relación con la Iglesia). Así, la provincia de «Asia» se convirtió en una parte de la costa de Asia Menor y estaba en la diócesis de Asiana. A los gobernadores provinciales civiles se unían jefes militares regionales que llevaban el título de comes o dux, que aquí traducimos por «conde» y «duque», aunque estas palabras podrían confundir, ya que los títulos en cuestión no eran hereditarios.

El sucesor de Diocleciano, Constantino, introdujo reformas administrativas y económicas que cambiaron más aún la cara del imperio, fundando una nueva capital para Oriente, que se denominó «Constantinopla», y favoreciendo oficialmente el cristianismo, aquella religión (relativamente) nueva que Diocleciano había tratado de suprimir. En una generación, el cristianismo, de creencia de una minoría perseguida, pasó a ser la fe oficial del mundo romano. El impacto que ello tuvo en la Iglesia fue enorme, produjo un brote inmediato de herejías y dejó cicatrices que han perdurado hasta el día de hoy. No obstante, la nueva fe arraigó, Constantino fue bautizado en su lecho de muerte, y sus tres hijos, Constante, Constantino 11 y Constancio, fueron todos

cristianos. El sucesor de éstos, Juliano el Apóstata, intentó restablecer el paganismo, pero tuvo un éxito sólo limitado antes de morir prematuramente en una campaña contra los persas.

Después de la muerte de Juliano, el ejército eligió como emperador a Joviano, otro cristiano. Cuando éste murió, muy poco después, en febrero de 364, se eligió a Valentiniano, oficial cristiano del ejército y oriundo de Panonia. Valentiniano asumió el mando del Imperio de Occidente, dejando a su hermano el gobierno de la parte oriental.

Los hechos históricos que constituyen el fondo de esta novela tuvieron lugar entre los años 371 y 378. He alterado algo la cronología y agregado algunos años más. Me disculpo ante los puristas por esta licencia y también por la forma caótica de algunos nombres propios.

Por último, debo decir con toda claridad que los hechos y los personajes centrales de esta novela son enteramente fruto de mi imaginación. He escrito esta obra para divertirme y con la esperanza de que otros disfruten con ella. La ambientación histórica, en cambio, es aceptablemente exacta y muchos de mis personajes están basados en seres reales. Para quienes tengan interés por conocer más acerca de ellos me permito recomendar algunos libros fáciles de conseguir. La historia de Amiano Marcelino [Historia del Imperio Romano] es una obra apasionante de un hombre que fue testigo de muchos de los hechos que describe. La obra de Gibbon, Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano [versión española completa en Turner], aunque no siempre fiable, sigue siendo hoy la mejor historia moderna del período. The Decline and Fall of the Ancient World, de A. H. M. Jones (versión reducida de su The Later Roman Empire), es mucho más académica y goza de gran autoridad sin dejar de ser amena.

I

ÉFESO

El pájaro había muerto. Yacía de costado en el fondo de la cesta de mimbre, con los ojos vidriosos y hundidos. Las plumas estaban tibias aún cuando las toqué. Pero era un día caluroso.

Lo había encontrado donde terminaba la pared del jardín. Tenía un ala rota y estaba con el pico abierto, respirando con esfuerzo, y cuando lo levanté no se movió mucho. Supuse que algún muchacho desde el otro lado de la pared le había tirado una piedra.

Le entablillé el ala con gran cuidado, extendiéndola y envolviéndola con un vendaje de hilo y lana, apretando algo el material en el extremo, tal como aconseja Hipócrates. Según éste, es necesario ajustarse a una dieta ligera cuando se recupera uno de una fractura, y es posible medicarse con eléboro, pero no tenía aquella hierba y de todos modos no sabía cuál era la dosis apropiada para un pájaro. Le di un poco de agua y lo alimenté con pan mojado en leche. Después de ponerlo en una cesta le di de beber un poco más y lo dejé en el pajar de las cuadras, donde se guardaba el heno, y le di un regalo a Filoxeno, el caballerizo, para que no me delatase. A Maia, mi aya, no le gustaba que jugase a ser médica, sobre todo curando pájaros y animales. «Eres una dama, Caris —me decía—. ¡Eres la hija del clarisísimo Teodoro de Éfeso, y quiero que te comportes como corresponde!» Había querido decir *clarissimus*. Es un título latino que significa, según creo, «muy brillante», título absurdo para un hombre como mi padre, interesado tan sólo por las carreras de caballos y por Homero. Expresaba, no obstante, su rango consular y su importancia en la provincia. Maia jamás pronunciaba correctamente una palabra latina, ni siquiera los títulos, aunque le encantaban. «Mi amo es Su Excelencia Teodoro de Éfeso —decía a todos en el mercado—. Clarisísimo y consular. Fue gobernador de Siria y Galacia y tuvo el rango de cónsul en Constantinopla. ¿Y queréis cobrarme de más por una vara de tela de lana sin lavar? ¡Venga ya!»

Ser la hija de Teodoro de Éfeso implicaba usar túnicas largas con bandas de color púrpura en el dobladillo y bordados de oro en el manto, no ensuciar esas ropas jamás, hacerse rizar el pelo y recogérselo para seguir la moda y tratar de conservar este peinado, bajar la mirada en presencia de un hombre desconocido y no abrir la boca. Además, significaba no jugar a los médicos. Pero se me permitía leer a Hipócrates; digamos, en términos más exactos, que nadie se oponía a que leyese a Hipócrates. Maia no sabía leer y consideraba propio de una dama el hecho de leer, y mi padre nunca sabía lo que yo leía; no le importaba, con tal que supiera sobre Homero. A Isquiras, mi preceptor, le encantaba Hipócrates, y no es que le interesara la medicina.

—¡Jónico puro! —exclamaba cuando leíamos un pasaje sobre vómitos—. Es tan

bueno como Heródoto. ¡Vó-mi-to! ¡Esas vocales hermosas, prolongadas, y tan musicales!

Al parecer, nunca se fijaba en lo que se decía, sólo en el estilo en que se expresaba. Una vez le propuse que leyésemos a Galeno, y se escandalizó.

—¡Galeno! ¡Ese charlatán de Alejandría! Escribe en lengua vulgar, como un mercader, no como un hombre culto. No, no, hija, dejemos la ciencia para los mercaderes. Leamos algo elevado, algo con un bello estilo.

Podría haberle señalado que Hipócrates había escrito usando el lenguaje común de su época y que era pura casualidad que éste fuese el bello dialecto jónico y no nuestra propia koiné. Como me consideraba afortunada por leerlo, no abrí la boca. Leíamos, pues, a Hipócrates, con sus benditas vocales jónicas, y yo jugaba a hurtadillas a médicos, con pájaros y perritos heridos, tratando de no ensuciarme la boca. Mi hermano Torión prometía siempre que me copiaría algo de Galeno en la Biblioteca Celsia, pero nunca lo hacía.

Había llevado otro platillo de pan para mi pájaro. Ahora tendría que dárselo al perro guardián, llevarlo de nuevo a casa daría origen a muchas preguntas. Me entristecía que hubiese muerto. La muerte, aun la de un pájaro, es triste, y me habría gustado no hacer sufrir a aquel pobre pájaro con mi vendaje. Pero ¿cómo iba a saber que se moriría? ¿Y por qué había muerto? Parecía estar mejor cuando lo dejé.

Lo levanté para examinarlo. No había hinchazón en el ala, de modo que no había apretado en exceso el vendaje, a menos que las aves no se hinchen como nosotros. Lo más probable era que la pedrada que le quebró el ala le hubiese producido también una herida interna. Vi un poco de sangre seca alrededor del pico. No había defecado, de modo que no podía decir nada sobre eso. Si le hacía una disección, sabría qué había sucedido, pero necesitaría unos cuchillos bien afilados, un lugar donde tuviese la seguridad de no ser interrumpida y algo para protegerme el vestido. Dicho de otro modo, necesitaba la ayuda de mi hermano.

Guardé otra vez el pájaro muerto en la cesta y bajé por la escalera que había en la parte superior del establo, donde no había más que los caballos. Me quité el manto para eliminar las briznas de paja y, tras ponérmelo otra vez, salí al patio. Filoxeno estaba allí, entrenando a un par de caballos de carreras de mi padre con ayuda de una correa larga. Al verme hizo un gesto.

—¿Ya le diste de comer a tu pajarito, señora? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Se murió —dije.

—Qué lástima —repuso en tono compasivo.

Le gustaban los animales, especialmente los caballos, pero en general todos los animales. Además, entendía mucho sobre ellos y conocía toda clase de remedios para las mataduras de las patas y las torceduras de las articulaciones. No encontraba nada de extraño en que le hubiese entablillado el ala, pero tenía un espíritu práctico.

—¿Quieres que te lo preparen? —preguntó—. Esos pájaros están muy buenos salteados con miel. Puede hacerlo mi mujer.

—No, gracias. Al menos por ahora no. Me gustaría que no lo tocaras hasta esta noche.

Asintió con la cabeza mientras sonreía. Seguramente creía que una sensibilidad exagerada me impedía comerme un pájaro que había tenido como mascota. No quería decirle que pensaba disecarlo, pues no entendería para qué y siempre le desagradaba que sus señores se comportaran de forma irrazonable.

Los caballos habían dejado de trotar y estaban parados con la cabeza gacha, buscando briznas de heno entre la grava. Filoxeno volvió a ocuparse de ellos, haciendo chascar el látigo y agitando las riendas. Los animales se movieron, pero en direcciones opuestas. Filoxeno los reprendió a gritos y volvió a juntarlos, con palabras persuasivas y agitando las riendas hasta que reanudaron su trote en círculo. Me alejé hacia la casa.

Ésta estaba junto al extremo nordoriental de Éfeso, donde el terreno se eleva en una colina llamada Pión. Parecía estar realmente a horcajadas sobre la muralla de la ciudad, que atravesaba el jardín trasero. Habíamos hecho abrir una puerta en la muralla para poder ir a las cuadras, situadas en el exterior. Cuando pienso en ello ahora, tantos años después y con el mundo tan cambiado, me parece extraordinario que un caballero particular hubiera abierto una puerta en la muralla a fin de no tener que dar un rodeo por las calles para ver a sus caballos. ¿Qué habría pasado si hubieran sitiado la ciudad? El Concejo y los duques del ejército habían visto con malos ojos nuestro portón, pero cada vez que se lo mencionaban a mi padre, éste se limitaba a sonreír y a señalar que no podía cuidar debidamente de sus caballos si no tenía acceso a las cuadras desde la casa.

—Y realmente, excelencia —añadía, cuando se dirigía a un duque—, ¿para qué sirve que Éfeso tenga una muralla? Aquí no va a estallar una guerra. Y aunque estallara, el enemigo nunca podría acercarse a la ciudad. ¡No, no! ¡Dejad tranquila mi puerta!

La casa estaba al final de la calle. Tenía una fachada de mármol, pero, vista desde la calle, en general no producía una gran impresión. En cambio, la parte posterior se extendía ostentosamente por la ladera. Me detuve un momento junto a la puerta para

mirarla. Era un día de primavera radiante y soleado. A mi espalda, la colina se extendía verde y cálida, y el cielo tenía aún el azul intenso y húmedo propio de la estación. Los animales, un par de yeguas negras idénticas, recorrían trotando el picadero de grava que había detrás de mí; su piel brillaba bajo el sol, sus cascos trituraban las piedras, mientras Filoxeno canturreaba detrás. La entrada estaba oscura y fresca, y al tocar la piedra se notaba que ésta estaba húmeda. Delante de mí, la huerta, el yeso blanqueado y las tejas rojas de la parte trasera de la casa resplandecían con un verde intenso, un blanco deslumbrante, un rojo de sangre. Coronaba el conjunto la cúpula que se elevaba sobre el sector central de la casa, pintada de color verde claro, como un huevo de pájaro que pendía recortándose contra el cielo azul. Había sido un capricho de mi abuelo construir una casa con un salón de banquetes bajo la cúpula, como un palacio. Tenía una idea exagerada de su propia importancia. Pero era una casa bellísima. Tenía cinco patios, dos de ellos con columnatas y tres con fuentes. Los baños ocupaban un edificio separado, al igual que la panadería. Había cerca de un centenar de habitaciones, todas con suelos embaldosados y paredes decoradas, con hipocaustos para mantenerlos calientes en invierno y jardines que ayudaban a refrescarlos en verano.

No era una casa muy antigua. Mi bisabuelo había amasado una fortuna y con ella se construyó la casa. Hacia el este tenía una granja de mediana extensión y prosperó con la venta de la producción durante las guerras civiles; después acertó en apoyar al emperador que triunfaría y demostró ser un administrador de una capacidad excepcional, lo cual le permitió ganar más aún con la adjudicación de cargos imperiales. Mi abuelo terminó la casa y consolidó la fortuna: adquirió más fincas con viñedos y olivares, trigales y huertos frutales, pero sobre todo granjas para la cría de caballos de carreras. Dejó a mi padre una de las propiedades más grandes de la provincia, con lo que éste pasaba por ser un hombre de noble y arraigado linaje. La verdad es que tres generaciones de riqueza son más de las que pueden invocar los mismos emperadores. El padre de sus sacras majestades, nuestros Augustos Valente y Valentiniano, había sido un soldado raso de Panonia.

Me dirigí a la casa en busca de mi hermano.

Torión en realidad se llamaba Teodoro, como nuestro padre, pero cuando tenía cinco años y me llamaba Caritón, «pequeña Caris», con aire de superioridad, yo lo llamaba a él «Torión», porque era demasiado pequeña para pronunciar «Teodoro». Ahora tenía diecisiete años, y me llevaba algo más de uno. Lo trataban como a un adulto, mientras que a mí se me consideraba una niña. En cualquier caso, los varones

gozaban de mayor libertad. Cuando ambos éramos pequeños, jugábamos juntos, espiando a los esclavos domésticos y hurtando alimentos de la cocina. Cuando nos tocó estudiar, yo ayudaba a Torión con su lectura. Nunca mostró una gran aptitud para ello, aunque había heredado de mi abuelo el sentido del dinero. Así, cuando terminó sus estudios y tuvo su propio cuarto, una paga, tres esclavos y su propio carro, fue como si yo también recibiese tales privilegios. Por lo menos yo veía las cosas así y Torión, tras algunas protestas, aceptaba casi siempre la situación.

Torión estaba en el patio azul, estudiando latín. El patio debía su nombre a la fuente, cubierta de baldosas azules y un mosaico de delfines. Había además un plátano para sentarse debajo, y así se estaba fresco y a la sombra en los días más cálidos. Torión estaba sentado en el suelo junto a la fuente, mirando con aire malhumorado su tablilla y mordiendo su estilete. Se había quitado el manto y su túnica verde estaba recogida hasta la mitad de los muslos. Si lo hubiera visto Maia, se habría puesto furiosa.

—¡Teodoro, hijo de Teodoro! —exclamé, imitando a Maia—. ¡Mírate, noble de antiquísima estirpe, estudiando sentado en el suelo con una túnica semejante a la de un campesino y chupando el punzón! Me das…

Torión me arrojó la tablilla y la cogí en el aire.

—Calla y ayúdame —dijo—. ¿Cuál es el plural de *magister militum*?

—*Magistri militum* —respondí después de pensar un instante.

—¿*Milita* no?

—No. Ya está en plural. Jefe de tropa, jefes de tropa. ¿O quieres que sea jefes de tropas?

—No me lo preguntes —comentó.

Torión detestaba el latín, al igual que nuestro viejo preceptor, que solía lamentarse: «¡Que el mundo haya llegado a esto! ¡Un heleno de familia noble, estudiando una lengua de bárbaros!». Pero la ley utiliza el latín, y quien quería llegar a alguna parte en la administración imperial debía conocerlo.

Torión aspiraba a llegar a alguna parte en el gobierno. «Papá no hace otra cosa que gastar dinero —decía a veces, disgustado—. ¡Carreras de caballos y magistraturas! Tendré que hacer política de pasillo para conseguir algo. ¡Puedes ganar treinta libras de oro sólo por recomendar a alguien como notario!» Había convencido a nuestro padre de que le costease clases de latín y derecho con el profesor del lugar, y me había obligado a estudiar también para que se lo explicara todo. «Aprendes muy bien de los papiros», me decía.

—¿Me has copiado ese Galeno? —le pregunté.

Sabía que no pero, si lo admitía, tendría más posibilidades de obtener su ayuda en la disección. Sin dejar de morder el punzón me respondió negativamente con la cabeza. Era otro de los hábitos que Maia detestaba. Torión tenía mucho de campesino. Alto ya para su edad, ancho de espaldas, tenía manos grandes y dientes torcidos. Su pelo era tan negro como el mío, pero era de natural ondulado, mientras que yo tenía que usar las tenacillas y peinarlo todo el tiempo. ¡Qué injusticia! Decían que se parecía muchísimo a nuestro abuelo. Yo era como mi madre: alta, delgada y huesuda, con ojos grandes. «¡Era una señora! —decían todos los esclavos de la casa—. ¡Tan delicada, tan amable!» Pero como mi madre había muerto de fiebres puerperales una semana después de haber nacido yo, no podía juzgar tal parecido. Habría preferido parecerme a mi abuelo.

—¿Puedo usar tu cuarto un rato? —pregunté a mi hermano—. ¿Y tus cuchillos?

Torión frunció el ceño.

—¿Se ha muerto? —preguntó.

Estaba enterado de lo del pájaro, por supuesto. Le había enseñado el vendaje del ala, que lo había impresionado mucho, aunque en el fondo prefería los pájaros bañados en miel.

—No te pediría los cuchillos si viviese, ¿no?

—No lo sé. Podrías haber encontrado algo muerto.

—No he encontrado nada. Quiero saber por qué ha muerto.

Torión volvió a ponerse serio.

—¿Para qué? Comprendo que quieras curar a un animal, pero despedazarlo una vez muerto…

Habíamos discutido el asunto antes, pero con un suspiro, repetí los argumentos de siempre.

—Si descubro por qué ha muerto, podré ser más útil la próxima vez.

—¿Qué próxima vez? ¡El pájaro ha muerto!

—El próximo pájaro. O el próximo animal.

—¿O la próxima persona? ¿Piensas cortar a la gente para saber de qué ha muerto?

—Los cirujanos de la Escuela de Medicina de Alejandría lo hacen. Conocer las reacciones del cuerpo es algo que les sirve para, tratar enfermedades. Galeno lo hacía.

—Entonces no puedo copiarte ese pasaje de Galeno —dijo Torión—. Y lo que hagan los doctores de Alejandría no tiene nada que ver, Caritón. Tú no eres médica.

—Pero si quiero, puedo estudiar medicina.

—No debes. No es apropiado para una mujer. Para una dama.

—Sentarse en el suelo a estudiar latín tampoco es propio de un caballero. Pero tú lo

haces.

—Es diferente. Soy un hombre. Puedo hacer lo que quiera.

Resoplando de indignación, repliqué:

—Bien. Cuando sea una mujer mayor y esté casada, podré hacer lo que quiera. Y seré el médico de mi propia familia. Así le ahorraré dinero a mi marido.

—¿Qué hombre querrá casarse con una médica? —preguntó Torión, no muy convencido. Para él ahorrar dinero era siempre una cuestión primordial—. Tendrás que hacer lo que diga él —añadió de mala gana.

—¿Me prestarás tu cuarto, por favor, Torión? —le pregunté—. Cuando haya terminado, lo limpiaré todo; te lo prometo.

—Me gustaría que usaras tu propio cuarto.

—Ojalá lo tuviese. Pero ya sabes que Maia descubriría lo que hubiera estado haciendo, aunque trabajara mientras ella estuviera ausente. Te juro que no encontrarás el menor rastro de nada, Torión.

—Bien, bien —dijo—. Los cuchillos están en el estuche que hay en el arcón de la ropa. —Con aire abatido empezó a raspar el cemento que unía dos azulejos de la fuente.

—Gracias —le dije. Luego me acerqué, le devolví su tablilla y le di un beso—. Sabía que me ayudarías.

Torión murmuró algo antes de responder.

—Ten cuidado. Temo que te sorprenda alguien y te acuse de practicar magia negra. O peor, que me acuse a mí.

—¿Es posible que entre alguien? —le pregunté.

Poco antes había circulado la alarma en Éfeso, al descubrirse que en el hipódromo un auriga había lanzado maleficios contra tres de sus rivales, uno de los cuales estaba al servicio de mi padre. Este hombre enfermó y no se recuperó hasta que encontraron a un sapo crucificado en el hipocausto que había bajo el suelo de su dormitorio. Personalmente, el hecho me sorprendió pues había supuesto que el hombre sufría de una fiebre intestinal. El caso es que los aurigas siempre se meten con la magia. El cochero de mi padre adoptaba una expresión astuta cuando se hablaba del asunto y se decía que él mismo había matado a varios rivales recurriendo a la magia o al veneno. Ciertamente, cualquiera que fuese sorprendido en mi casa mutilando el cuerpo de un animalito sería acusado de inmediato, aunque se tratase de la hija del amo.

Torión se encogió de hombros.

—Papá tiene una visita, alguien de importancia, creo. Todos los esclavos corren de

un lado a otro en busca de lo que necesita su séquito. Sí, creo que mi cuarto es un lugar seguro para ti y tus cuitas. Pero echa el cerrojo, ¿quieres?

Asentí con la cabeza y me alejé corriendo por la casa. Tuve que apartarme de un salto para esquivar a dos esclavos que arrastraban una mesa por el corredor, y cuando pasé por la cocina, allí estaba congregada la mitad de nuestro personal, hablando de los visitantes y del tratamiento que correspondía a los miembros del séquito. Tal vez no fuese el momento oportuno para hacer una disección. Por otra parte, era probable que nadie se acercase al cuarto de Torión en aquel momento. Además tenía que darme prisa y disecar el pájaro antes de que se descompusiera. Después de desplumarlo se lo llevaría a Filoxeno para que lo preparase. Pensaría que sólo había querido colaborar con él.

Cuando volví al picadero, Filoxeno había dejado ya las yeguas en la cuadra y las estaba almohazando. Ni siquiera me vio cuando subí al pajar y recogí el pájaro. Lo guardé en la pequeña bolsa sujeta a la cintura que me había regalado mi padre. Era de cuero y bastante amplia, como para guardar en ella un juego de instrumentos de cosmética. Me la había dado durante las últimas carreras, cuando ganaron nuestros carros. Los pequeños utensilios de belleza, las pinzas, los palillos para pintarse los ojos, la pequeña navaja de afeitar, me servían igualmente para la cirugía. Sólo me faltaban los cuchillos de mayor tamaño. El único inconveniente era que tenía que usar de vez en cuando los pequeños utensilios para maquillarme.

Bajé por la escalera, me quité las briznas de paja otra vez, me arreglé el pelo y volví a la casa. Se respiraba un ambiente más tranquilo, el visitante y su séquito habían sido atendidos y en la casa podía reinar ya la paz. Me pregunté vagamente quién era el huésped: alguien importante, a juzgar por el movimiento. En verdad, mi padre tenía muchos amigos importantes que lo visitaban a menudo para hablar de quién iba a ser el ganador en las carreras de las fiestas. Por este motivo no sentía mayor curiosidad.

Estaba en el corredor al que daban las puertas del cuarto de Torión y del mío, cuando se abrió la puerta de éste para dar paso a Maia, que lo compartía conmigo.

—¡Estás aquí! —exclamó con aire de triunfo—. ¿Dónde te has metido esta última hora? Estaba buscándote.

Maldición.

—Estaba en las caballerizas —le dije sin faltar a la verdad—, observando a Filoxeno mientras trabajaba. Después he ayudado a Torión con su latín.

—¡Ayudando a Torión! No está bien que te ocupes de ese latín, esa lengua bárbara y absurda. Tienes paja en el pelo. ¿Qué has estado haciendo? ¿Mirando los caballos

echada en la paja? ¡Muy mal! —declaró al quitarme la «paja», una brizna diminuta que sólo ella podría haber visto.

En realidad, Maia se llamaba Elpís, «Esperanza». Era una cristiana devota y se enorgullecía de su nombre. Pero todos los niños llamaban Maia a sus niñeras y yo no me la podía imaginar con otro nombre. Era una mujer delgada y huesuda, los brazos asemejaban correas de cuero y el pelo rojizo y lacio empezaba a encanecer. Su padre había sido un bárbaro escita capturado en alguna guerra, y su madre, la esclava doméstica de un comerciante de Éfeso. Su concepto de lo que era apropiado era bastante personal. Le gustaba hablarme de cuando mi padre la compró y del modo en que vino a parar a nuestra casa.

—Ahí estaba mi marido, murió de neumonía —me decía—, y estaba también mi hijo de sólo un mes, también muerto, y allí estaba yo, sentada en la cocina y llorando a mares, y ¿quién aparece sino mi amo, tu noble padre? «Ahí la tienes», dijo mi antiguo amo y yo me erguí y traté de dominarme, pues no es propio llorar y gemir en presencia de otros, especialmente de un caballero. Entonces veo que tu padre también está de duelo, vestido enteramente de negro. «El hijo de ella murió hace dos días», explicó mi antiguo amo, pero de fiebre, que ese verano había sido terrible, terrible, como bien lo sabe Dios. «Elpís era una buena madre y es una excelente servidora —siguió diciendo mi antiguo amo—, y no podría deshacerme de ella sin pensarlo dos veces, pero como te estimo tanto, excelencia, te la venderé.» Y tu admirable padre me mira y me dice: «Mira, Elpís, necesito un aya para mi hija. ¿Cuidarás bien de la niña? Tiene solamente una semana. Ha pasado por muchos brazos entre los esclavos, pero necesita a alguien que la atienda exclusivamente. Mi querida esposa murió». Le dije entonces… no recuerdo bien qué, pero que haría todo lo posible, y tu noble padre me adquirió por sesenta sólidos. Precisó que no era cuestión de dinero y yo junté mis petates y volví con él, en su propio carro. Al fin y al cabo, nada me retenía donde estaba. Con todo, no dejaba de preguntarme cuál sería mi suerte. Y cuando vi esta gran casa, como un palacio imperial, y todos esos esclavos, centenares, imaginé… ¡Uf!, me asusté. Pero tu propio padre me llevó a nuestro cuarto, y cuando llegamos, allí estaba la vieja Melisa paseándote en brazos, y tú llorando a voz en grito. Conque nadie había tenido bastante leche para amamantarte, ¿eh? Más bien parecía que estuvieses llorando la muerte de tu madre. Eras diminuta, puros huesos, y roja como una guinda. Me llegaste al corazón. Siempre había querido tener una hija. Me acerqué, te arranqué de los brazos de Melisa y me senté a amamantarte, y cuando te calmaste y te aferraste a mí con tus manitas… ¡Bendita seas! Supe que éste era mi hogar.

Con el tiempo Maia fue también aya de Torión, pues la anterior bebía en exceso y mi padre se la llevó a la granja, donde su hábito pasaba más inadvertido. Maia disfrutaba de un gran poder en la casa por su posición como responsable de los hijos del amo, debido a su inteligencia natural, y a que era una mujer a la que nada se le escapaba. Una mujer menos honrada habría podido amasar una fortuna vendiendo su influencia o bien mediante robos menores; una mujer más frívola habría intentado labrarse un futuro convirtiéndose en concubina de mi padre; sin embargo, Maia admiraba la buena conducta y la observancia del decoro la hacía feliz. Ante el espectáculo de Torión y yo, limpios y con el pelo rizado y luciendo nuestros mantos con rayas de color púrpura, chascaba la lengua con orgullo. Le gustaba ir a la iglesia con nosotros y se sentaba entre los dos, justo delante, donde todos pudiesen vernos. Nuestra familia había sido cristiana, aunque no devota, desde la juventud de mi abuelo. Su conversión se produjo cuando advirtió que los cristianos tenían puestos privilegiados en la corte. Murió de furia cuando Juliano asumió el poder y se inclinó por los paganos. La posibilidad de exhibirnos delante de visitantes importantes y nobles hacía que los ojos de Maia brillaran de alegría. Cada vez que tenía aquella luz en los ojos, como en aquel momento, Torión y yo nos encogíamos, asustados.

—Tienes que ponerte otro vestido, querida —me dijo con una expresión radiante—. Tu nobilísimo padre tiene una visita, alguien muy distinguido y quiere presentaros a ti y al señor Teodoro.

Desde que Torión había cumplido la mayoría de edad, ella lo llamaba señor Teodoro. En la plaza pública añadía, incluso, los títulos de «Excelencia», «Nobilísimo» y otros semejantes, a pesar de que yo estaba convencida de que lo veía siempre como Torión.

No sabía qué hacer con el pájaro. Con un poco de suerte, Maia no abriría mi bolsa. ¿Tendría que renunciar a hacer la disección? Probablemente era lo más sensato. Podría arrojar el pájaro a uno de los patios. Si no conseguía volver a llevarlo a las cuadras, en un patio un pájaro muerto no sería tan sospechoso. Me habría gustado ver a aquel visitante, quienquiera que fuese, en el infierno, y que Maia no me arrastrase a la habitación para ponerme otro vestido, peinarme de nuevo y colgarme otro par de pendientes.

—¡Vamos! —dijo—. ¡La muchacha más bonita de Éfeso! —Cogió entonces un espejo y me lo entregó para que me mirase.

Nunca admiraba el resultado tanto como ella. Una cara delgada, unos ojos grandes, unos rizos negros muy rebuscados y unos pendientes de oro y perlas; lo más destacado

de todo eran los pendientes, en realidad más notables que la cara. La verdad es que nunca pensé que la muchacha del espejo, la muñeca recatada, correcta y demasiado arreglada, fuese yo. Tenía quince años, estaba en plena pubertad y los cambios en mi cuerpo me hacían sentirme aún más ajena a él. Me imaginaba a los veinte años, casada con algún caballero, tratando de servir a mi familia. Aunque nunca llegaba a verme como una mujer casada. Sabía que iba a suceder, pero a la muchacha del espejo, no a mí. Sería necesario esperar algo más antes de vivir mi propia vida.

Los «caballeros» estaban en el salón de los aurigas. Era el recinto predilecto de mi padre para recibir visitas. Daba al primer patio, con su columnata y su fuente. Al entrar desde la calle, se atravesaba la columnata antes de llegar al salón, con lo cual se percibían las dimensiones y el lujo de la casa antes de conocer a su dueño. El salón debía su nombre al mosaico del suelo, en el que se podía ver una cuadriga de tamaño natural tirada por caballos en plena carrera, con el auriga coronado de laurel. Se suponía que era la imagen de Aquiles, pero se asemejaba mucho a Daniel, el primer auriga de mi padre, con sus mejores caballos bayos. Mi padre estaba muy orgulloso, pues lo había encargado personalmente en una de las contadas ocasiones en que había alterado el diseño de la casa hecho por mi abuelo.

El salón era amplio y recibía la luz de varias ventanas que daban al patio. Las paredes estaban decoradas con motivos de árboles y pájaros y adornadas con cortinas bordadas. También se veían algunos cuadros, en su mayoría de caballos. Había cuatro triclinios y una mesa grande para el vino, además de otras más pequeñas para las copas y recipientes, y por último un brasero para calentar el agua que se mezclaba con el vino.

Maia y yo no entramos por el patio sino por el corredor, desde la parte de atrás de la casa. Fuera, junto a la puerta del salón de los aurigas, estaban los soldados, hombres corpulentos que vestían pantalones, calzaban botas e iban cubiertos con capas militares. Llevaban espada, y cuando Maia se adelantó para abrir la puerta, uno puso la mano en la empuñadura del arma y le ordenó detenerse.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó con desdén.

Maia se irguió. Suponía, como yo, que la ilustre visita sería un conde o un oficial, y que su custodia personal adolecía de exceso de celo, como suele suceder con los soldados, arrogantes con los civiles y en especial con los asiáticos, a los que subestiman por creerlos pusilánimes.

—¡Cuida tu lengua! —le dijo Maia—. Ésta es mi señora Caris, hija del excelentísimo señor Teodoro. Su eminencia envió por ella para presentarla a tu amo. —

Pronunció con énfasis la palabra amo. Ambas íbamos a ver a los caballeros y no pensábamos entretenernos esperando junto a los subordinados.

Con otro gesto impertinente, el soldado me miró con atención. No estaba acostumbrada a ser observada de ese modo, con aquella expresión hostil, curiosa, calculadora. Inesperadamente tuve una sensación de frío, de sorpresa. Levanté mi manto y lo sostuve delante de la cara. Esa vez me alegré del pudor que no me obligaba a soportar aquella mirada, sino que me permitía mirar hacia otro lado y pensar. Sucedía algo. Un guardia podía ser insolente, pero nunca mirar a la joven hija de un noble, a menos que a éste le sucediese algo.

—Preséntala a mi amo —dijo el soldado con sarcasmo—. Vaya, vaya, qué generoso es el tuyo, vieja zorra. Al gobernador le agradan regalos como éste.

Por un instante, Maia se sintió demasiado sorprendida para replicar, pero en seguida echó los flacos hombros hacia atrás y dio la impresión de estar a punto de escupir al soldado; lo amenazó con hacerlo azotar por su insolencia. Él se echó a reír y se apartó de la puerta.

—Entra —le dijo.

Con una mirada de furia, Maia abrió la puerta, se hizo a un lado para dejarme pasar, y, no sin antes dirigir otra mirada de furia al soldado, cerró. Me daba la impresión de que elevaría sus quejas tan pronto le fuera posible.

No tuvo esa oportunidad. Cuando entramos pudimos notar que sucedía algo serio. Mi padre estaba en el centro del salón, sobre el mosaico de la cuadriga, y se retorcía las manos. Torión estaba ya allí, junto a una de las ventanas y con expresión de alarma. Con él estaban Isquiras, nuestro tutor, y Juan, el mayordomo, ambos igualmente agitados. El resto de los presentes en el salón eran desconocidos para mí: la mitad de ellos parecían soldados o militares y los demás tenían el aspecto de los funcionarios de la corte. Por la ventana abierta advertí la presencia de más soldados y funcionarios.

—Pero ¿por qué? —exclamó mi padre, sin mirarnos a Maia y a mí. La pregunta iba dirigida a un hombre muy alto que ocupaba el mejor triclinio mientras bebía el vino de mi padre.

—Porque tu nombre es Teodoro —respondió el hombre—. Si eres inocente, no tienes nada que temer. Pero se ha de hacer justicia. Tenemos que hacer una investigación. Los cargos son extremadamente graves.

El hombre vestía el manto con rayas púrpura de los senadores. Era de brocado verde ricamente entretejido en un diseño de hojas, y su túnica verde era larga y le llegaba casi a los pies: el atavío de un hombre de alto rango. Alto y grueso, tenía

aproximadamente la misma edad que mi padre y su tez era sonrosada. Una barba incipiente le sombreaba el mentón, aunque el pelo era inusitadamente rubio, casi blanco, y tenía los ojos azules. Hablaba con un acento que yo desconocía, con palabras lentas y nasales, y a veces vacilaba antes de pronunciar ciertas palabras, como si el griego no fuese su lengua materna. Le rodeaba el cuello una cadena de la que colgaban diversos sellos oficiales.

—Pero… —dijo mi padre, y tuvo que detenerse porque de su garganta había surgido un lamento chillón.

El visitante lo miraba divertido. En situaciones normales mi padre era persona bien educada, refinada y desenvuelta. Era un hombre alto, muy delgado; el pelo castaño empezaba a ponerse ralo en la coronilla, y las manos destacaban por su gran tamaño. En aquel momento su aspecto recordaba el de un patético payaso. Al tragar saliva varias veces se le movió la nuez, pero él se esforzó por controlar su voz. Vestía el mejor de sus mantos, blanco y dorado, con sus propias bandas de púrpura, pero estaba tan agitado que se le deslizó de uno de sus delgados hombros y se le arrugó en el otro, de modo que dejó ver las pantorrillas flacas debajo de la túnica azul. Al advertir que sus manos temblaban las juntó y comenzó a retorcérselas. Nunca hubiese creído que la desesperación pudiera poner en ridículo a un hombre.

—¡Pero no he hecho nada para que se sospeche de mí! —dijo por fin—. ¡Nadie ha sido más leal que yo a sus sacras majestades! He cumplido todas mis obligaciones como ciudadano y como súbdito fiel. He sido cinco veces magistrado de Éfeso en los últimos ocho años. He pagado por no sé cuántas carreras. He contribuido con dinero a la reparación de los baños públicos y del acueducto, por el dragado del puerto. He…

—Has hecho muchísimo por ganarte el afecto de tus conciudadanos —dijo sin inmutarse el forastero—. Pero su sacra majestad, nuestro ilustre, ilustrísimo señor, Valente Augusto —las palabras brotaban de su lengua al mencionar los títulos como los trozos de una golosina— tiene curiosidad por saber por qué hiciste todo esto.

Mi padre estaba inmóvil y cerraba y abría la boca como un pez. Sus gastos en las magistraturas y en las carreras habían sido siempre su gran defensa cuando alguien ponía en duda, por ejemplo, su derecho a tener una puerta en la muralla. Nunca podría haber imaginado que alguien interpretase aquello como un intento deliberado y calculado de conseguir popularidad. Sin duda la tenía, y pocos señores efesios estaban interesados por el puesto de magistrado municipal, ya que comportaba mantener los baños públicos y divertir al pueblo con las carreras de carros los días de fiesta. Les satisfacía mucho que mi padre les evitase tales gastos. Era lógico que brindasen

copiosamente por su salud e irrumpieran en aplausos al verlo: el excelentísimo Teodoro, campeón de las carreras. Tenían tanta afición por las carreras hípicas como mi padre.

—Sólo soy… un simple ciudadano ansioso de servir —dijo mi padre con tono patético— que busca la felicidad de su ciudad. Además, me gustan las carreras.

—Puede ser. —El forastero se levantó del triclinio y dejó su vaso—. Puede ser. Veremos. ¿Cómo reaccionaste cuando el pretendiente Procopio intentó acceder al trono imperial?

—¿Yo? ¿Qué podía hacer? Me quedé en mi casa como cualquier hombre honrado.

Hasta allí era verdad, pero siguiendo así, no llegaría demasiado lejos. Se había inclinado hacia el pretendiente, un hombre de gran linaje noble, y mi padre se consideraba un aristócrata. Cuando Procopio obtuvo el control de la provincia, la verdad era que mi padre discutió con sus amigos la posibilidad de ir a la corte y desear al pretendiente la mejor suerte. Luego decidieron esperar a ver hacia dónde soplaba el viento, lo cual fue una decisión afortunada, pues meses más tarde el emperador Valente venció a Procopio.

—¿En serio? ¿No brindaste por la salud del pretendiente y juraste que él, primo del emperador Constancio, sería mejor emperador que el hijo de un campesino de Panonia?

—No. Por supuesto que no. —Mi padre tragó saliva otra vez. Quizá lo había hecho, pensé. Pero estaba claro que un emperador no podía acusar a un hombre importante solamente por ese motivo. La mayoría de los hombres de fortuna de las provincias orientales del imperio habían hecho lo mismo. Además, todo el asunto había acabado. Es inútil castigar a un caballo muerto.

El forastero no había terminado.

—Tú eras amigo de Euserio, ex-gobernador de esta provincia —declaró. No «su excelencia el señor Euserio», ni el «distinguidísimo y *claríssimus* Euserio». Era evidente que Euserio estaba en dificultades.

—Sí. Es decir, lo conocía. Por supuesto que lo conocía, excelencia. Vivió en Éfeso hace dos años. ¿Cómo podía yo, como ex gobernador y como ciudadano destacado de la metrópoli, no conocerlo? Desde entonces no he vuelto a verlo, excelencia. No teníamos gran amistad.

—Has mantenido correspondencia con él.

—No. Nada que merezca mencionarse, exceptuando algunas cartas de recomendación para varios jóvenes que querían trabajar a su servicio. Espero que no haya hecho nada malo. Estoy seguro de que no abrigaba malas intenciones.

Mi padre calló. Estaba sudando. Entonces me vino a la memoria la imagen de Euserio, un hombre grueso y alegre, y un gobernador competente, brindando por el último triunfo de mi padre en el hipódromo.

—Murió —dijo el otro—. Estrangulado. Después de haber sido torturado.

Mi padre palideció y se sentó pesadamente en el triclinio más próximo. Maia se apartó de mí rápidamente, cogió una copa de vino y le sirvió a mi padre algo de beber. Luego le acomodó la túnica y le dio aire agitando las manos. Me sentí mal. Antes de aquel episodio nunca me había sentido muy alarmada. Sabía que el forastero hacía todo lo posible por ser cordial y que mi padre estaba afligido. Creía, no obstante, que no podía sucederle nada, no a mi padre, no a Teodoro de Éfeso, organizador de las carreras. Pero si le había sucedido algo a Euserio, lo mismo podía sucederle a cualquiera. Torturado. En general no era posible torturar a hombres como Euserio. La suspensión de la ley que los protegía implicaba la existencia de una conspiración de vasto alcance contra el emperador. Además, era legendaria la crueldad de sus sacras majestades. El más mínimo indicio de traición sería perseguido con la mayor severidad.

—Conociste también a mi predecesor Eutropio —siguió hablando el forastero.

Eutropio había sido gobernador el año anterior, de modo que aquel hombre debía de tener el mismo cargo. El soldado había usado el término «gobernador» en un sentido literal. ¿Cómo se llamaba? Festino, recordé. Un hombre del Occidente, un latino, procedente de una provincia tan lejana como la Galia, increíblemente lejana. Había sido objeto de muchas habladurías. «Casi tan poco distinguido como yo en materia de familia. Un don nadie», le había dicho Maia a Isquiras llena de disgusto. «Pero tuvo la suerte de ir a la escuela con amigos poderosos y ahora ha venido aquí desde el Occidente, como una plaga.»

Mi padre se levantó de un salto.

—Sí. Sí, es verdad, pero ¿cómo podía dejar de tratar al gobernador de Asia si éste vivía aquí, en Éfeso? Espero que Eutropio…

—Está bajo sospecha —informó Festino; al parecer, le parecía insuficiente que se tratase tan sólo de sospecha—. Sin embargo, Euserio estaba muy comprometido. —Dicho esto se levantó y se sirvió un poco más de vino—. Excelente vino —dijo antes de volver a sentarse—. Tengo que felicitarte por tus viñedos.

Mi padre lo miró lleno de angustia, y Festino sonrió. Maia volvió a abanicarlo, sin mirar al gobernador, y éste preguntó señalándola con un gesto.

—¿Quién es la esclava? ¿Cuándo ha entrado?

Antes de responder, mi padre bebió un gran trago de vino.

—Es el aya de mis hijos, Caris y Teodoro.

La mano con la que nos señaló estaba flácida. Festino nos saludó sucesivamente con una sonrisa. En el rostro enrojecido destacaba la blancura de sus dientes.

—Excelencia —dijo Torión con cierta osadía—. Mi padre no es ningún traidor.

—Espero que no —repuso Festino—. ¿Han salido de aquí la esclava y la muchacha después de haber entrado?

—No, excelencia —respondió Maia, bajando la cabeza y sin mirar a Festino. Su tono era respetuoso, pero su voz no sonaba como de costumbre—. Acabamos de entrar y no hemos salido. Creo que sus guardias no lo habrían permitido si lo hubiésemos intentado.

El gobernador hizo un gesto de aprobación.

—Está bien. A nadie se le ha pedido que oculte nada. —Con un nuevo gesto hacia otro de los funcionarios añadió—: Diles que empiecen a registrar la casa. Entrega todas las llaves —ordenó a mi padre.

—Juan —dijo mi padre al mayordomo, con la voz quebrada—. Tú tienes las llaves. Acompaña al caballero y haz lo que te diga.

—Tus llaves también —dijo Festino.

Mi padre lo miró con angustia, y muy despacio desató de su túnica la correa de cuero donde guardaba las llaves de su cofre individual y de su mesa de escribir. Durante un segundo se quedó mirándolas. El mayordomo Juan dio unos pasos y extendió una mano para recibirlas con una expresión tan apenada como la de mi padre. Después de recibirlas, Juan se acercó al funcionario, como le había ordenado el gobernador.

El hombre se despidió con una reverencia a mi padre y a Festino y, llamando a algunos soldados, salió al patio. El grupo allí congregado comenzó a dispersarse para registrar toda la casa en busca de elementos con los que probar la traición. Cuando terminasen, torturarían a los esclavos. Después, si aparecían pruebas, o alguien hablaba y decía la verdad o bien una mentira en el potro de tormento, torturarían a mi padre, lo ejecutarían si confesaba —y bajo tortura confesaría cualquier cosa—, y le confiscarían sus bienes. Tuve conciencia de estar temblando y levantando el borde de mi manto, comencé a morderlo. Torión se acercó a mí y me abrazó. Me murmuró al oído palabras que sonaban como de consuelo, pero lo que dijo en realidad fue:

—¿Qué has hecho con el pájaro?

Mi pánico se disipó. Si los hombres descubrían el cuerpo mutilado de un pajarito en su cuarto, con toda certeza lo acusarían de magia negra, y la magia negra y la traición

se complementan como la sal y el vinagre. Di dos o tres palmaditas a los cosméticos de mi bolsa y Torión dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

—Qué disparate —dijo en voz más alta, sin que pareciera importarle el que Festino lo oyese—. No encontrarán nada y se irán otra vez. No se puede condenar a alguien por traición porque haya tenido tratos con un hombre hace dos años.

Festino oyó, en efecto, y nos miró con una sonrisa.

—Ah —dijo—. En el asunto hay otros aspectos además de éste. —Al parecer, la situación le divertía. Estaba bebiendo otro sorbo de vino. Mi padre hizo un movimiento y lo miró—. Dije que la razón era que tu nombre es Teodoro —prosiguió, dirigiéndole otra mirada—. La conspiración que la misericordia del cielo descubrió habría convertido a Teodoro en emperador.

—No sé nada —declaró mi padre.

—Los conspiradores no pensaban en ti —admitió Festino—. Querían conferir la púrpura a Teodoro el Notario, pero tal vez estaban pensando en otro Teodoro. El oráculo no era muy claro.

Todos miraron a Festino, que seguía bebiendo pequeños sorbos de vino. Se divertía. Yo no tenía la menor idea, entonces, de la identidad de Teodoro el Notario. Más tarde me enteré de que era un rico noble mucho más distinguido que mi pobre padre. De todos modos lo que paralizó a todos fue la mención del oráculo. Todos los antiguos oráculos estaban en silencio, ya fuese, como sostenía la Iglesia, porque el advenimiento de Cristo los había despojado de su poder, o bien, según decían los paganos, porque los cristianos se oponían a ellos y porque la debilidad de los sacerdotes significaba que se habían vuelto poco fiables.

—Hace varios meses —dijo Festino con voz pausada—, dos envenenadores y magos, Paladio y Heliodoro, tuvieron que comparecer ante la corte por una acusación insignificante. Para salvarse de la tortura prometieron informar a la corte acerca de un asunto más serio, del que estaban enterados… como profesionales. Al parecer Fidustio, Pergamio e Ireneo, todos cortesanos y nobles altamente distinguidos —al decir esto miró a mi padre con expresión irónica—, habían conseguido, mediante artes secretas y detestables, conocer el nombre de quién sucederá a Valente, nuestro glorioso y amado señor.

Festino nos miró sucesivamente una vez más con sus fríos ojos azules. Dejé de morderme el manto y lo miré a mi vez, agradeciendo al Cielo y a mi suerte por tener aún en mi poder el cuerpo del pájaro. No era probable que me registrasen, de modo que estaba a salvo, pero bastaría el menor indicio de magia en aquel momento para que nos

estrangulasen a todos. Entonces recordé al mejor auriga de mi padre. Al menos era un hombre libre, no un esclavo. Y tenía su propia casa en la ciudad, gracias a Dios. Quizá la allanasen y descubriesen quién sabe qué, pero no podrían probar que nosotros sabíamos algo.

—Fidustio estaba por casualidad en la corte de Antioquía cuando sucedió esto —siguió diciendo Festino—. Lo torturaron y reveló todo lo que sabía. Con la ayuda de dos magos de la más *alta nobleza* —aquí nos dirigió otra sonrisa irónica, esta vez destinada a Torión y a mí—, los conspiradores habían elaborado un oráculo como los de la Antigüedad. Levantaron un trípode como el de Delfos y apoyaron en él un recipiente redondo hecho de varios metales, en cuyo borde aparecían grabadas las letras del alfabeto. Después, al cabo de diversos ritos paganos e impíos, ataron al trípode un aro de lino delgado que les permitía mecerlo hasta que el aro se detenía sobre una u otra de las letras, que, anotadas por los conspiradores, representaban la respuesta a sus preguntas. Y respondía en versos, en hexámetros délficos como antaño. Predijo que el próximo emperador sería un hombre competente en todo sentido… —dirigió una sonrisa a mi padre y después se encogió de hombros en señal de desprecio— y que su nombre sería… decía TEOD, lo que llevó a uno de los conspiradores a exclamar «¡Teodoro el Notario!», a quien estos hombres corruptos habían elegido ya como el mejor candidato para el manto de púrpura. No requirieron otros detalles en cuanto a la sucesión, aunque sí trataron de informarse sobre sus respectivas suertes. Y el oráculo hizo su profecía, enteramente exacta. Por haber indagado los misterios del Destino sufrirían una muerte lamentable.

Festino sonrió otra vez y, después de agitar el vino en su copa, volvió a beber.

—Fidustio confesó asimismo que tu amigo Euserio llevó la noticia a Teodoro el Notario. Le hicieron volver a Constantinopla y primero lo negó todo, aunque admitió tener conocimiento del oráculo, pero, según él, su respuesta a Euserio fue que si Dios quería que fuese emperador debían confiar en Dios y en la actuación del destino para que lo fuese. Después de una tortura sangrienta, Euserio dio la misma respuesta. Finalmente, Teodoro fue condenado por una carta escrita de su puño y letra. En realidad, hubo un intento de asesinar a su sacra majestad antes de que se descubriese la vil conspiración, pero se ignoraba cuáles eran las implicaciones. El mismo Cielo protegió a nuestro sagrado señor Valente y volvió la espada para destruir a su atacante. —Apoyando su copa, Festino dijo—: Mas ahora que el pretendiente ha muerto, su sacra majestad está preocupado. ¿Se equivocó el oráculo, o sólo los conspiradores? ¿Podrían haberse referido a otro Teodoro? Las investigaciones siguen su curso. Por mi parte,

puesto que nuestro piadoso y perspicaz emperador me ha confiado el gobierno de esta provincia, estoy decidido a llevarlas a término con el mayor rigor. Y cuando encuentro a un Teodoro, un rico noble que manifestó poco amor por nuestro magnánimo Augusto cuando lo desafió un usurpador, un hombre que busca el apoyo de sus conciudadanos gastando en esta empresa miles de sólidos de oro… cuando encuentro a un hombre así, me vuelvo receloso.

La mirada de mi padre producía compasión. Parecía abatido, como si viese ya el tormento.

—No he hecho nada —susurró—. Nada.

Festino soltó una carcajada.

—Bien lo creo, ahora que te he visto. Vamos, vamos. Si no has hecho nada, nada tienes que temer.

Hipócrates dice que el médico debe observar cuidadosamente a sus enfermos y no omitir nada si aspira a hacer un buen diagnóstico de sus enfermedades. Yo me había adiestrado en ese tipo de observación. Observé a Festino, a pesar de mi temor. Decía la verdad al afirmar que no creía que mi padre había hecho nada malo. Seguramente lo había creído desde el principio. Había otro motivo para montar aquella escena. Tal vez quería demostrar al emperador su celo en la persecución de los enemigos. En el Oriente era un extranjero y no tenía que preocuparse por el modo en que hablarían de él cuando dejase de ser gobernador. En todo caso, nadie lo recibiría a menos que tuviese la certeza de gozar del favor del emperador. Era, como había dicho Maia, un don nadie en cuanto a familia. Por esa razón, obtener y conservar el favor del emperador tenía suma importancia para él.

Sin embargo, al verlo reír supe que le gustaba humillar a alguien que, como mi padre, se sentía aristócrata. Ahí estaba él, hijo de desconocidos, con el poder de amenazar con el tormento a un senador adinerado y de ver cómo temblaba. Sí, disfrutaba con aquello.

—Teodoro es un nombre común —dijo Torión, indignado—. ¡Debe de haber centenares de hombres poderosos con ese nombre sólo en el Oriente! ¿Habrá de acusar el emperador a todos? ¿Y cuál será el procedimiento? —Cuando Torión sentía miedo siempre se mostraba enfadado y agresivo.

La mirada condescendiente de Festino parecía decirle: «Eres muy joven y no entiendes de estas cosas». Con un tono muy formal dijo:

—Investigaremos a cualquiera que despierte nuestras sospechas con respecto a estas acusaciones tan graves.

La puerta que daba al corredor se abrió para dar paso al funcionario responsable del allanamiento, que arrastraba a Juan bañado en lágrimas. Los seguían dos soldados. Yo estaba mirando a Festino y vi que se ponía rígido y abría la boca de sorpresa al ver lo que veía. Sólo en aquel instante pude dejar de mirarlo.

Los soldados traían un gran trozo de seda púrpura, con un bordado de abejas doradas y un borde de flechas también dorados. Cuando la extendieron en el suelo, brillaba intensamente en contraste con el suelo de mosaicos de carros. Tenía el color de la púrpura imperial, cuyo uso estaba permitido sólo a los emperadores. Para cualquier otro, poseer aquel manto era castigado con la muerte.

—Estaba en el arcón de su ropa —dijo el funcionario—. Ninguno de los esclavos admite haberlo visto antes y todos niegan conocimiento alguno de la prenda.

—¡No! —exclamó mi padre. Al levantarse de un salto volcó el triclinio y cayó de rodillas—. No, no es lo que pensáis. ¡Puedo explicarlo!

—Lo explicarás todo, puedes estar seguro —le dijo Festino severamente. También se había puesto de pie y observaba la seda púrpura—. Te felicito, Teodoro. Creía que eras apocado y tonto, como parecías. Creía que eras inocente. Conque… ¿estabas conspirando con Euserio, después de todo? ¿Está implicado Eutropio? ¿Quiénes más? ¡Nombra a tus cómplices!

—Pero no soy… quiero decir… no era para mí.

—¿Para quién era, entonces? ¿Quién? Te arrancaremos la verdad del cuerpo con garfios, con el potro del tormento, aunque seas rico. ¡Es inútil callarte ahora!

Me había chocado tanto ver la tela que por poco no me desvanecí. No podía creer que mi padre hubiese hecho semejante cosa. Si no hubiese visto la sorpresa en el rostro de Festino, habría creído que éste lo había colocado en el arcón. No, pertenecía a mi padre. Lo demostraba la excitación de Festino, que, no solamente estaba furioso, sino que además quería vengarse porque lo habían hecho pasar por tonto. Se acabaron las formalidades; se dejó de hablar de «despertar sospechas» y del favor del Cielo hacia su sacra majestad.

Mi padre seguía arrodillado en el suelo arrugando con los dedos el borde del manto, demasiado asustado para hablar. Yo estaba demasiado horrorizada para llorar. Sin embargo, la forma del trozo de tela púrpura me recordó inesperadamente algo más, algo que había visto hacía poco tiempo. En las caballerizas. Me di cuenta en aquel instante, sintiendo una oleada de alivio que me hizo llorar, que la tela no era un manto, sino una colgadura para adornar el carro.

—Es para un carro —dije en voz alta.

Todos se quedaron mirándome como si hubiese perdido la razón. ¡Todos esos personajes y funcionarios con la mirada fija en una muchacha de quince años!

—¿No veis que es para un carro? —dije, y rápidamente corrí y levanté la tela. La colgué de tal manera que el centro cubriese el brazo de uno de los carros y los flecos colgasen sobre el respaldo y los lados—. Sería imposible usar esto como manto —dije a Festino, que se había puesto a mi lado y parecía un gigante con el ceño fruncido.

—¿Quién habría de ponerle un manto a un carro? —preguntó, pero su tono era ya más inseguro.

—Mi padre —respondí. Ignoraba que hubiese querido tener semejante cosa, pero, ahora que veía bien la tela, era fácil determinar su uso—. La encargó para los juegos de este verano. Es magistrado y quería poner una estatua de nuestro divino Augusto en el carro triunfador para recorrer en él toda la ciudad. No comunicó su plan a los esclavos porque quería sorprenderlos a todos con el espectáculo, y cuando se confía algo a los esclavos circula por todo el mercado antes del fin del día. Todos esperan de él siempre algo diferente cada vez que actúa como magistrado, y a él le gusta producir asombro. Sin embargo, nos habló de ello a Torión y a mí. ¿Verdad, Torión?

No había dicho nada a Torión. Lo sabía yo bien. Tenía bastante conocimiento de lo que opinaba Torión de las magistraturas y las carreras hípicas de nuestro padre. Quizás hubiese confiado en unos pocos, como Daniel el auriga y Filoxeno, además de uno o dos amigos más. Esperaba que el proyecto de la estatua fuese verdad. La inventé porque esperaba que, si ganaba, no cometiera la insensatez de pasearse con su carro (lo que era bastante seguro, pues en caso contrario habría desistido de la púrpura), sin tener alguna excusa pública. Si ésta era la verdad, tendría que disponer, con ayuda de otros miembros del Consejo, el traslado de la estatua del emperador del mercado al hipódromo, y tenerla preparada para colocarla en el carro. De ese modo, además, tenía seguramente algunos testigos.

—Es verdad —dijo Torión. Mi hermano no era muy bueno para aprender de los papiros, pero estaba lejos de ser tonto—. Hace mucho tiempo que el Augusto no visita Éfeso y mi padre pensó que sería beneficioso para la ciudad reforzar la lealtad de los ciudadanos con una representación de su majestad. Nos contó todo el plan.

—¡Sí, sí! —dijo mi padre irguiéndose, a pesar de que permanecía de rodillas—. Confié todo a Filoxeno, mi caballerizo, y a sus excelencias Pitión y Arístides, concejales de esta ciudad. Tenía que llevar la estatua de nuestro piadosísimo emperador al hipódromo durante las festividades. Habría sido como si nuestro emperador estuviese presenciando nuestra fiesta desde tan lejos. Y cuando terminasen

las carreras, el auriga ganador debía traer la estatua, y los ayudantes adornarían el carro con la púrpura antes de apoyar la efigie. Luego recorrería las calles hacia la plaza del mercado, recibiendo las aclamaciones de toda la ciudad.

Mi padre recobraba algo de su aplomo habitual y describía lo que sin duda imaginaba, su propio carro, conducido por Daniel, desfilando por las calles llenas de una multitud fervorosa.

Festino lo miraba sorprendido, mirando también la púrpura colgando del triclinio. Una vez que dije para qué era la tela, era difícil imaginarla como otra cosa que no fuera un ornamento para el carro. Si mi padre no hubiese tenido tanto pánico, podría haber dado los detalles él mismo. Aunque era difícil que alguien le creyese mientras estuviese amenazado con el tormento.

—Ve a buscar al caballerizo —dijo Festino a uno de sus hombres sin apartar la mirada de mi padre—. Cógelo y pregúntale, bajo tortura si es necesario, si esto es verdad. Y arresta al auriga. ¿Cómo se llama?

Mi padre respondió alarmado.

—Daniel.

—Arréstalo y averigua lo que puedas sobre la tela púrpura hallada en posesión de Teodoro. Dale a probar un poco de potro de tormento, pero no exageres, porque no lo acusamos de nada. Verifica luego la historia con esos concejales.

Los funcionarios se inclinaron y salieron. Festino dirigió a mi padre su sonrisa cruel, otra vez divertida.

—Conque un manto para un carro —dijo, y echando atrás la cabeza lanzó una carcajada—. ¿Cómo obtuviste la seda?

Mi padre se levantó lentamente, miró a Festino y se sentó en el triclinio.

—Envié cartas a un fabricante de Tiro, diciendo a los funcionarios para qué la quería, y me la entregaron en la forma habitual. Debe de tener las cartas, o por lo menos recordarlas. Pagué treinta sólidos por la tela.

Un soldado entró e hizo un saludo.

—Terminamos el allanamiento, excelencia —dijo.

—Bien. ¿Cartas, indicios de magia?

—Llevamos aquí las cartas, señor, para examinarlas con calma. Pero no hay nada destacable. Hay un tratado de astrología.

—¿Qué?

El soldado consultó una nota.

—Se titula *Los fenómenos*, excelencia —dijo—. Lo escribió un mago llamado

Arato.

Festino murmuró algo con aire exasperado.

—¡Idiota! Todo el mundo lo tiene. Es un poema clásico. ¿No tienes nada más?

—Nada, excelencia —contestó el soldado con desaliento.

—Diles a tus hombres que tomen a algunos esclavos para interrogarlos y vete —dijo Festino—. Y no seas muy severo. Parece que Teodoro es inocente, después de todo. —Con tono ahora cortés, se dirigió a Teodoro—: Necesitaremos interrogar a algunos esclavos más, excelentísimo Teodoro. Tu mayordomo, tu secretario privado, uno o dos más… —Su mirada se posó en Maia que, de pie detrás de mi padre, estaba abanicándolo. La verdad era que ella miraba a su vez a Festino, no hacia el suelo, y era imposible no notar la expresión de odio en su rostro. Con una sonrisa, Festino añadió —: Y a esta mujer.

Maia no dijo nada. Uno de los soldados se le acercó y la maniató sin que ella se resistiese. Juan, el mayordomo, empezó a llorar de nuevo. Era un hombre viejo que había trabajado con mi abuelo. En alguna parte tenía una cantidad de dinero guardada y mi padre decía siempre que lo liberaría y le permitiría retirarse, dando su puesto al hijo del mayordomo. Quizás había llegado el momento de hacerlo.

Mi padre carraspeó.

—No… no le harás nada *extremo*, ¿verdad, excelente Festino?

Otra vez apareció la sonrisa cruel.

—Nada de lo que no pueda reponerse en tres días. No te hará falta reclamar indemnización por ellos. A menos que descubramos algo. Si no hay nada, te los devolveremos mañana.

—Maia —dije.

Maia alzó la vista para mirarme, con el rostro demudado, pero consiguió dirigirme una sonrisa.

—No importa, querida —dijo entonces—. Todo irá bien.

Festino partió con sus hombres, llevándose la correspondencia de mi padre, todas sus cuentas, la tela púrpura, y a Maia, Juan, Filoxeno, dos jóvenes caballerizos, tres domésticas y el secretario de mi padre, Georgós. Habría llorado por todos ellos pero no atinaba a pensar en nadie salvo en Maia.

Desde el frente de la casa teníamos una vista panorámica de Éfeso, hacia la calle que bajaba, dejaba atrás el teatro y se perdía en la plaza del mercado, y hacia el azul del puerto, más allá. Desde una ventana observé la partida del grupo calle abajo. Abrían la marcha varios soldados, luego los funcionarios a pie, seguidos por el

gobernador en su litera y, por último, los demás soldados y los esclavos. Maia caminaba muy erguida, con aire altivo, aunque parecía muy menuda junto al resto. Me pregunté si el soldado que había sido grosero con ella era el que iba a su lado. No sabía qué le harían. Siempre se tortura a los esclavos cuando se les interroga, pues se afirma que de lo contrario no dicen la verdad. No comprendía cómo era posible obtener la verdad mediante la tortura.

Volví a mi cuarto. Lo compartía con ella desde que vino a trabajar en nuestra casa. Allí estaba su cama, al lado de la mía, y su pequeño arcón para guardar la ropa, junto al mío, más grande. Me senté en su cama y me eché a llorar. En seguida me encogí y lloré más intensamente aún, abrazando la huella que había dejado su cuerpo en la cama como si fuera ella misma. Siempre me había consolado cuando yo sufría. Ahora le tocaba sufrir a ella y no había nadie para confortarla. Deseé entonces haberme colgado de su cuello para que me llevaran con ella, pero ¿con qué objeto? Maia había hecho lo posible por mantener su dignidad y nadie más me habría prestado atención.

Al cabo de un rato advertí que estaba sentada sobre un bulto. Era mi bolsa de cuero para cosméticos, o, más exactamente, era el pájaro.

Me senté, dejé de llorar y saqué el pájaro. Estaba frío ya, y medio rígido. Los ojos estaban más hundidos aún. ¿Qué sucedería si realmente mutilaba el cuerpo? Si invocaba a Hécate, Tisífona y al Maligno y me empeñaba en ello con odio y usando las palabras indicadas, ¿podría provocar que Festino cayera fulminado y se muriera? Traté de imaginarlo falleciendo de una enfermedad dolorosa, con la cara hinchada y roja perlada de sudor, y los ojos vidriosos e inyectados de sangre. El caso era que la imagen no me reconfortó nada. Su dolor no evitaría el de Maia.

En el juramento de Hipócrates el médico promete hacer uso de su arte para curar a los enfermos, así como abstenerse de hacer daño a nadie. Cabe suponer que el precepto se extendía al uso de otras artes contra alguien. De todos modos, no sabía cómo hacer magia.

Me levanté, me lavé la cara y salí, dejando el pájaro en el primer patio, junto a la fuente.

Cuando volví al cuarto, Torión estaba allí, sentado en la cama de Maia y sosteniendo el icono predilecto de ella, una imagen de María Madre de Dios con su Hijo, que estaba habitualmente en un nicho junto a la ventana. También él había estado llorando, y cuando me senté a su lado lloramos los dos.

—Festino no osará hacerle mucho daño —dijo Torión, rompiendo el silencio—. Sabe que papá no es culpable. Hizo todo esto por pura maldad.

También él pensaba sólo en Maia. Resulta extraño que siempre nos burláramos de ella, que gastáramos bromas sobre su amor por la corrección y nos mofáramos de su afán de darse importancia. Nunca habíamos hablado de nuestro cariño hacia ella. Sin embargo, era nuestra madre, mucho más que aquella «perfecta dama» que desapareció cuando yo nací, y no había nadie en el mundo a quien amásemos más que a ella.

—Qué lista has sido al descubrir la tela del carro —comentó Torión después de estar un rato callado—. ¿Te lo contó papá? No lo imaginaba.

—A la larga se las habría arreglado para explicarlo todo —dije.

—*A la larga* habrían desconfiado —me corrigió Torión—. Tenía que hablar allí mismo; tenía que explicarse antes de que lo descubriesen. Me habría gustado que hubiera sido más fuerte. Yo no habría permitido a aquel canalla salirse con la suya. —Al decir esto, Torión apretó los puños y contempló severamente la imagen—. ¡Un ambicioso desconocido de la Galia! ¡Pudo venir aquí sólo por haber sido condiscípulo del prefecto Maximino! ¡Me gustaría darle unos latigazos a ese esclavo!

No podía decir nada ante tales argumentos.

A la tarde siguiente, Festino envió a un agente para anunciarnos que podía devolvernos a nuestros esclavos. Inmediatamente mi padre despachó dos carros para recogerlos. Todos habían sufrido el potro de tormento, atados de espaldas a un poste con pesas de plomo en brazos y piernas. Además, los habían azotado. Una de las domésticas había sido violada repetidamente. A Filoxeno, que había llevado la peor parte en el interrogatorio, le habían desgarrado el pecho y los muslos con un instrumento que llaman el tridente, y no se tenía de pie. Mi padre los envió a todos a la cama y llamó a su propio médico para que los atendiese.

Mientras éste se ocupaba de todos, comenzando por Filoxeno, hice lo que pude por aliviar a Maia. Torión y yo la ayudamos a bajar del carro y la llevamos tambaleante a nuestro cuarto, sosteniéndola por los brazos. Al vernos, nos había abrazado, pero cuando nosotros hicimos lo mismo se estremeció de dolor. El potro le había destrozado algunos músculos y las articulaciones de los hombros estaban hinchadas. En sus brazos y en su pecho se veían las marcas de los azotes, y una herida sanguinolenta le atravesaba la cara.

—Hay que lavar esta herida con agua tibia, aplicarle cerato y vendarla —le dije—. ¿Quieres unas compresas calientes para tus pobres hombros?

Maia se recostó en la cama y me sonrió.

—Mi pequeña doctora —dijo—. Bien, por esta vez no me importa que juegues a ser Hipócrates. Necesitaría unas compresas calientes. Más tarde quisiera darme un baño,

pero por ahora… por ahora no quiero moverme.

Bajé a la cocina y preparé las compresas. Los esclavos calentaban gran cantidad de ellas sobre el horno para ponérselas a todos los que habían sido torturados. Cogí tres para Maia y las envolví en una manta para conservar el calor. Las compresas consistían en pequeñas bolsas de cuero cosidas que contenían cebada mezclada con vinagre. Permanecían calientes durante largo tiempo y calmaban mucho el dolor de las articulaciones inflamadas. Puse una en cada hombro y otra en la base de la espalda, sobre una tela, para que no resultase demasiado caliente.

—Festino lamentará esto —dijo Torión.

Maia dejó oír un gruñido de desdén.

—No pierdas el tiempo con él, querido. No merece tu atención. —Después de reflexionar un instante añadió—: Además, Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que debemos perdonar a nuestros enemigos y rezar por quienes nos ofenden.

—¿Cómo podemos perdonar a un malvado que no se arrepiente en lo más mínimo? ¡Está encantado con lo que ha hecho contra nuestra casa, encantado de haber asustado al amo y torturado a los esclavos!

—Mira —dijo Maia con su espíritu práctico—, como noble cristiano puedes por lo menos abstenerte de buscar venganza. No es apropiado que hables como los bárbaros. Además, Festino es un don nadie y tampoco merece el odio de un caballero.

—Maia —le dije—. Cuánto te quiero. —Sólo ella podía hacer compatible la verdadera piedad cristiana con aquel clasismo.

Como suponíamos, Festino no había descubierto nada, salvo que mi padre tenía gran entusiasmo por las carreras de caballos y que la seda púrpura era exactamente lo que se afirmaba que era. Los esclavos torturados se habían restablecido en menos de tres días, incluido Filoxeno. Sólo la esclava que había sido violada sufría pesadillas y se despertaba por la noche gritando una y otra vez. Finalmente, mi padre la envió a trabajar en una de las granjas con la esperanza de que sus nervios se calmasen en la tranquilidad del campo. Concedió la libertad a Juan y hablaba de hacer lo mismo con Filoxeno, pero no llegó a deshacerse de él. Era demasiado valioso. Dada la afición de mi padre a las carreras, Filoxeno era uno de los esclavos de mayor relevancia en la familia. Había nacido entre nosotros, era hijo del caballerizo principal de mi abuelo y tenía bajo su mando a todos los ayudantes de las cuadras y los jardines. Se tiende a creer que, si se tiene un padre rico, basta chascar los dedos y señalar lo que se quiere para que los esclavos cumplan la orden. El hecho es

que los esclavos administran la casa tanto como los amos. Si el amo es prudente, los trata de forma razonable. A mi padre le habría gustado dar la libertad a Filoxeno, pero le parecía que no era lo bastante rico. Siempre afirmaba que no lo éramos tanto, por lo menos según los usos de Occidente. Tenía apenas algo más de doscientos esclavos y la mayoría de ellos vivían en sus propiedades y trabajaban la tierra. En ningún momento había en nuestra casa de la ciudad más de cuarenta. Le costaría mucho comprar un caballerizo tan bueno como Filoxeno, si llegase a contar con los medios y, además, se sentiría obligado a ayudarlo a establecerse por su cuenta. Filoxeno lo deseaba, quería criar caballos y adiestrarlos en el campo. Finalmente, mi padre optó por regalarle una yegua de cría para su caballeriza. No me pareció que fuese una gran compensación por la tortura que había sufrido por culpa de la vanidad de su amo, pero Filoxeno aceptó muy satisfecho la oferta.

También habían torturado a Daniel, el auriga de mi padre, pero sin causarle demasiadas heridas. Tuvimos la suerte de que en Éfeso se hubiera dado antes la voz de alarma sobre posibles actividades de brujería. En casa de Daniel, los hombres de Festino no encontraron ningún indicio. Yo estaba bastante segura de que Daniel había ocultado sus tratados y sus tablillas en otra parte, pero, en cualquier caso, representó muy bien el inusual papel de inocente ofendido, y mi padre tuvo que darle una buena cantidad de dinero para calmar su indignación.

Habíamos escapado sin mayores desgracias que lamentar. En todo el Oriente ejecutaban hombres sólo porque se habían enterado de la conspiración, y en Éfeso, bajo Festino, más que en ninguna otra región. El filósofo Máximo, uno de los hombres de mayor confianza del emperador Juliano, fue decapitado en el hipódromo, antes de las carreras, por haber escuchado versos oraculares sobre el sucesor de Valente. Así fue como en lugar del desfile planeado como sorpresa por mi padre asistimos a la ejecución ordenada por Festino. Éste ordenó que el hombre marchase hasta el centro del recinto. Seguidamente, se levantó de su sitial de honor y pronunció un discurso sobre la bajeza de la traición. Máximo no pudo decir una palabra. Permaneció de pie, con la cabeza descubierta bajo un sol abrasador y con una vieja túnica de color castaño y aspecto de viejo y enfermo. La ciudad se había sentido orgullosa de él y se horrorizó. Cuando Festino terminó su discurso, sus guardias arrodillaron a Máximo y llegó el verdugo con una espada. La sangre salpicó lejos y muchos consideraron esto como un mal presagio.

Si el vaticinio era acertado, no tardó en cumplirse. Durante todo el verano se acusaba a la gente, se la arrastraba a la corte de justicia y se la torturaba y ejecutaba

por los motivos más nimios. A un comerciante le confiscaron sus papeles porque lo habían acusado de especulación. Entre dichos papeles se descubrió un horóscopo dedicado a un tal Valente. El comerciante declaró que pertenecía a su hermano, muerto años antes, y ofreció pruebas de su afirmación recurriendo al astrólogo autor del horóscopo y a personas que habían conocido a su hermano. Sin embargo, no aceptaron el recurso sino que lo condenaron al potro del tormento y a morir por la espada del verdugo. Una pobre anciana que practicaba la cura de fiebres empleando frases mágicas (un medio poco fiable, como saben todos los médicos) fue acusada de brujería y ejecutada, a pesar de que había curado a un esclavo de Festino y con conocimiento de éste. Los casos señalados sólo eran unos pocos de un número mucho mayor.

Festino, al fin, recibió una recompensa por su lealtad a su sagrada majestad, el pío Augusto, nuestro señor Valente. En otoño se supo que se prolongaría su período de gobierno por un año más y recibió un contrato de arrendamiento por cien años de unas tierras de gran valor en el valle del Caístro, antes administradas por una de sus víctimas. Eran tierras muy solicitadas por no estar sujetas a impuestos y porque eran fértiles y llanas.

Para celebrar su ascenso en riqueza y posición, Festino organizó una gran fiesta a la que invitó a todos los hombres importantes de Éfeso, incluidos mi padre y Torión. Todos temían que Torión se negase a ir, pero se puso su mejor túnica y su mejor manto, permitió que Maia lo peinara y le arreglara el manto con alfileres, pues según ella estaba torcido, y salió frunciendo el entrecejo. Naturalmente, yo no podía ir. Había cumplido los dieciséis años aquella primavera, pero no se considera adultas a las mujeres hasta que se casan, y además nunca van a cenas.

Si Torión había salido frunciendo el entrecejo, cuando volvió aquella noche su expresión era de verdadera furia. Cuando oí llegar al grupo salí corriendo al primer patio para verlos. Mi padre parecía agotado. Sin saludar a nadie, se retiró a su cuarto. Torión subió al mío y allí nos lo contó todo.

—¡Cree que ahora es un caballero! —dijo Torión con amargura—. Caballero y terrateniente. ¡Habla de quedarse en Éfeso y hacerse ciudadano cuando termine su trabajo en la corte!

—No es más que un campesino —declaró Maia mientras hilaba sentada en su silla, junto a la ventana.

Era de noche y habíamos encendido las lámparas, de modo que el cuarto se volvió cálido y vivo. Las paredes blancas tenían un brillo dorado bajo la luz, y desde una de ellas los iconos de Maia nos sonreían con afecto. El huso dejaba oír un ruido suave

entre sus manos. Desde fuera nos llegaba el ruido de los grillos y el rumor de los árboles del patio. Cuando llegó Torión estaba preparándome para acostarme. Me senté en la cama vestida sólo con la túnica, abrazándome las rodillas. Mi manto estaba ya doblado sobre el arcón, listo para lavar. Era verde y blanco, con la consabida banda púrpura. ¿Por qué teníamos que vestir de blanco las muchachas? Es imposible mantener totalmente limpias las prendas blancas y yo tenía algunas manchas de sangre en el manto por haber estado mirando a Filoxeno cuando éste capaba a algún potro. A pesar de que el verano era tormentoso, tenía la sensación de que todo era otra vez normal en la casa. No quería pensar en Festino y por eso guardaba silencio. Con todo, podría haber señalado que no éramos quién para llamar campesinos a los que ocupan casas nobles y buscan títulos.

—¡Es un ladrón cualquiera! —dijo Torión—. Tenía un manto con una raya púrpura tan ancha como mi mano. —Enseñó su mano de campesino, con los dedos separados—. ¡Y también había una raya púrpura a lo largo del mantel! De algún modo me pareció familiar y cuando estábamos comiendo el segundo plato supe por qué. ¡Era nuestra púrpura, que nos había costado treinta sólidos, que Festino confiscó y nunca devolvió!

—¡Qué ladrón! —dijo Maia escandalizada—. ¿Ha hecho algún comentario?

—No. Creo que había olvidado su procedencia, tan ocupado estaba en la celebración. —Tras una breve pausa para tomar aliento, Torión volvió a hablar en un tono extrañamente tranquilo—. Y ha hablado de ti, Caritón.

—¿De mí? —pregunté sorprendida.

Torión hizo un gesto afirmativo; su expresión era más hosca que nunca. Maia expresó su indignación, resoplando al tiempo que me miraba.

—Le ha preguntado a papá «¿Cómo está tu bonita hija?». Y cuando él ha respondido que estabas bien, Festino ha dicho a todo el mundo que eras muy bonita, además de modesta, y que cuando papá estaba bajo sospecha, así lo ha dicho, «cuando su excelencia Teodoro estaba bajo sospecha», conservaste la calma y presentaste pruebas de inocencia que todos, de tan asustados que estaban, habían olvidado mencionar. Y ha preguntado tu nombre a papá, pues lo había olvidado.

—¡No tiene por qué interesarle el nombre de una doncella! —exclamó Maia indignada—. Debe tener suficiente con saber que eres la hija de su excelencia Teodoro. No cruzaste una sola palabra con el gobernador cuando estuvo aquí, ¿no, Caris?

—Lo que acabas de oír —respondí—. Lo que él ha mencionado. Me sorprende que Festino lo recordase, pues creo que hasta papá lo había olvidado.

—Recordó que eres bonita —señaló Torión. Estaba estirándose un labio, un hábito

que Maia detestaba—. ¡Me habría gustado golpearlo! ¡Repantigado en su triclinio, hablando de tu belleza y de las sospechas sobre papá, mofándose de todos nosotros! ¡Por Dios y todos los santos! ¡Y tenemos que volver a verlo la semana próxima!

Maia estaba seria. Ni siquiera reprendió a Torión por tirarse del labio.

—¿Os ha invitado a volver?

—No. Ha dicho claramente a papá que quería que lo invitara aquí. Papá no ha tenido otro remedio que acceder.

—Torión —dijo Maia. El hecho de que usara el apodo de mi hermano era una prueba de su gran preocupación—. Tu padre debe invitar al mayor número posible de personas a su fiesta. Hombres. Solteros distinguidos. ¿Tu profesor de derecho, quizás? En todo caso, ninguna mujer.

Torión estaba muy serio.

—Tú crees, entonces, que pretendía algo en la forma en que se refirió a Caris.

Con los labios apretados, Maia seguía haciendo girar su huso. Al cabo de un minuto dijo:

—No sé nada, pero la gente murmurará. Es totalmente impropio preguntar el nombre de una muchacha en un banquete, y será mejor que Caris se mantenga fuera del camino de ese bruto. Si no hay mujeres en la fiesta, no habrá motivo alguno para que ella lo trate.

En cambio, si Festino venía solo, yo tendría que estar presente en la mesa de mi padre.

—No debes darle importancia —dije. Me ponía muy incómoda saber que Festino había hablado de mí—. ¿No está casado?

—No, es viudo —respondió Maia, que siempre estaba enterada de todo—. Y si piensa quedarse en Éfeso, necesitará una mujer… preferiblemente una muchacha noble de aquí. De modo que no quiero que atraigas su atención.

Me sentí alarmada.

—Pero soy muy joven, ¿no? Y papá no accedería…

Torión me miró con aire melancólico.

—La hija de Pitión tiene unos pocos meses más que tú y se casará esta primavera. Y te diré, Caritón, que eres bastante bonita. ¡Me gustaría hundirle los dientes! —dijo lleno de furia.

—Pero papá no haría nada…

—A papá no le gustaría desafiar a Festino. Le tiene miedo. Tiene razón Maia al desear que no te cruces con él. Le diré a papá que invite a muchos hombres y tú podrás

permanecer en tu cuarto. Y si Festino te menciona, todos le hablaremos de lo joven y tonta que eres. Tal vez baste eso para quitarle las ideas que pueda tener.

Sin embargo, mi padre había invitado ya a su amigo Pitión con su mujer e insistió en no tener más invitados.

—Según él, Festino insistió en que fuese una cena íntima para poder conversar libremente —me dijo Torión al día siguiente—. Le comenté que me preocupaba la forma en que había hablado de ti y me contestó que no tenía ninguna importancia y que sólo pretendía tener un interés amistoso hacia nuestra familia. Cree que Festino desea la paz y trata de ser amable, ahora que somos vecinos. Le dije que, en lo que a mí me toca, la mejor relación de vecindad que me gustaría tener con Festino es un muro de piedra que nos separe.

El hecho era que el dueño de la casa era mi padre, no Torión, y en una reunión mixta se esperaba que yo estuviese presente.

El día fijado para la cena me sentí acalorada e incómoda. Desde el día de la acusación sólo había visto a Festino de lejos. Le temía, sobre todo porque no lo comprendía. Estaba más o menos segura de que su forma de comportarse con nosotros y con el resto surgía del deseo de impresionar al emperador y de manifestar su poder sobre hombres de rango. Pero la crueldad de la tortura de Maia, de Filoxeno y de los otros… esto era algo que no podía comprender. Sus móviles resultaban misteriosos, irracionales, inhumanos. No podía comprender realmente que pudiese tener interés en mí, ni siquiera porque era una muchacha noble que podría aportar una buena dote en Éfeso. Por otra parte, no sabía nada de mi y sólo veía la muñeca que aparecía en el espejo.

Aquel día tuve clase, pero solamente sobre Eurípides. Por el momento habíamos terminado con Hipócrates. Isquiras no era tan aficionado a Eurípides como a otros autores. No encontraba su estilo lo suficientemente elevado. Ninguno de los dos prestó mucha atención a la tragedia y por fin se me permitió retirarme temprano. Me dirigí a las cuadras. Filoxeno me dejaba atender a una yegua con un casco infectado y yo trataba la herida con compresas calientes y con lavados periódicos de agua hervida y una solución de vinagre y aceite de cedro que por lo visto daba resultado. Tenía además un conejo enfermo, pero no sabía qué le pasaba, salvo que parecía estar empeorando.

Maia fue a buscarme en mitad de la tarde. Me encontró arrodillada sobre la paja, limpiando el casco de la yegua, con el manto colgado en la puerta de la cuadra. Estaba secando la herida con un trozo de lino atado a la punta de uno de mis pinceles de aplicar cosméticos. En esa posición, me puse a examinar el pus que había en la tela, de

color claro y no demasiado maloliente. Bien… Al volverme vi a Maia, que me observaba.

—¡Oh! —dije.

Esta vez Maia no levantó los brazos ni profirió exclamaciones de horror, como solía hacer.

—Es una lástima que no puedas aparecer con esa ropa esta noche —comentó—. Habría servido para que Festino huyese despavorido al verte con ese aspecto de mozo de cuadra. No puedo permitir que la hija de mi amo vaya así a una fiesta. ¡Vamos!

—Déjame terminar de vendar esta pata —le rogué.

Maia llegó a sonreír mientras asentía. Terminé el vendaje, di unas palmaditas a Maia y las dos volvimos a la casa. Bañarse, rizarse el cabello, perfumarse, pintarse la cara, vestirse. ¡Qué pérdida de tiempo significa esa vida para una muchacha! Finalmente eché una mirada más a «la muchacha más bonita de Éfeso» y la encontré más tonta y menos parecida a mí que nunca. Por una vez, Maia no estaba tan entusiasmada con la imagen resultante.

Por tratarse de una reunión pequeña e informal, la cena no tuvo lugar en el salón de banquetes que había bajo la cúpula sino en el salón de los aurigas. En cada una de las paredes laterales habían dispuesto una fila de lámparas de aceite perfumado con mirra, y el suelo y la mesa de madera de cidro estaban adornados de rosas. La luz iluminaba las suntuosas colgaduras y los cubiertos de plata, y hacía más intensos los colores de las pinturas de las paredes. Daba la impresión de que el carro del mosaico del suelo se movía. Todo en aquel salón hablaba de riqueza y cultura, y cuando los esclavos llegaron seguidos por Festino, éste paseó su mirada por el conjunto con expresión de aprobación. Rodeaban la mesa cuatro triclinios, uno para mi padre, uno para Pitión y su mujer, uno para Torión y para mí y uno para Festino. Puesto que era el cabeza de familia, mi padre ocupaba el lugar más elevado, con Festino a su derecha y Pitión a su izquierda. Torión y yo ocupábamos el triclinio más apartado.

Festino le había traído un presente a mi padre: una copa de Corinto que tenía un carro pintado. Mi padre se mostró encantado con ella y todos nos reclinamos en los triclinios. Festino me miraba todo el tiempo, pero yo mantenía la mirada modestamente clavada en el suelo. Torión se sentó enfrente del gobernador, de modo que Festino no pudiese ver mucho de mí, excepto el pelo. Llegaron los esclavos con los primeros platos: huevos duros, puerros con vino y salsa de pescado y sopa agridulce de guisantes. Los vasos se llenaban con vino blanco endulzado con miel y muy frío, sacado de nuestras bodegas subterráneas.

—Excelente —declaró Festino, abarcando todo con un gesto—. Esto es lo que me gusta de Asia. Aquí saben vivir. En Roma se atiborran de alimentos exóticos demasiado elaborados, o bien se ponen enfermos de tanto beber. O viven, en fin, de pan y agua, como campesinos. No hay moderación ni gusto.

Siguió hablando de ese modo durante los primeros platos, ponderando Éfeso y sus costumbres, hasta que mi padre y Pitión empezaron a relajarse y recuperaron su aire habitual de agradable satisfacción consigo mismos. Sólo Torión conservaba su expresión suspicaz. Yo no levantaba la vista.

Mientras comíamos los segundos platos (salmonete rojo con hierbas, pollo al estilo parto y úteros de cerda con salsa de eneldo), la conversación se orientó hacia la literatura. Como invitado de honor, Festino ordenó servir el vino del plato principal. Mi padre había hecho abrir un ánfora de vino de Quíos de óptima cosecha. Festino indicó a los esclavos que lo mezclaran con sólo una tercera parte de agua. Era una proporción mayor que la habitual entre nosotros, y mi padre no tardó en reír ruidosamente y en recitar versos de Homero.

—Eres un erudito, mi ilustrado Teodoro —le dijo Festino—. ¿Y tus distinguidos hijos? Estoy seguro de que un hombre sabio no deja que sus hijos crezcan en la ignorancia, y yo siempre he admirado la educación en los jóvenes. Como afirman los poetas, es un adorno superior al oro.

—Así es, así es —convino mi padre—. He dedicado mucha atención a la educación de mis hijos. Les he proporcionado un preceptor muy inteligente, Isquiras de Amira. Y diría que mis hijos no han sido lentos en el aprendizaje. Mi hijo Teodoro estudia leyes y latín con la intención de hacer carrera en la corte.

—Muy buena elección, muchacho —dijo Festino con aire de aprobación. Torión murmuró algo incomprensible con los ojos fijos en su copa—. ¿Y tu hija? —siguió preguntando Festino—. Algunos dicen que no vale la pena educar a las mujeres, pero yo siempre he considerado que una mujer cultivada es un ornamento para su casa.

—Ah, Isquiras ha prestado la misma atención a Caris que a Teodoro —dijo mi padre—. Así hacemos las cosas en Oriente. Nunca criaría a una hija que no conociera a Homero.

—¡Espléndido! Tal vez quiera hacerme el honor de recitar algo, ¿eh? Muchos de los grandes nobles romanos invitan a poetas a recitar durante sus banquetes, y yo admiro mucho esa costumbre.

—Aquí también tenemos las nuestras —manifestó mi padre. Tenía las mejillas enrojecidas por el alcohol—. Caris, levántate, querida, y recita algo.

Me levanté de mala gana. No había bebido mucho y los esclavos no me habían llenado la copa tan a menudo como a los hombres. Todos me miraban y la mujer de Pitión me dirigió una sonrisa para animarme. Festino enseñó los dientes y por un instante no pude recordar nada de lo aprendido. Claro que conocía de memoria algunos pasajes. Todos tienen que memorizar las obras de Homero y las tragedias. Todo lo que se me ocurría en aquel momento era «Háblame, oh diosa, de la ira…», que hasta un niño de cuatro años conoce de memoria, esto y un trozo de Hipócrates sobre el tratamiento de las heridas. En aquel momento apareció en mi cabeza el Eurípides leído aquella mañana y cité un trozo. Era de *Las troyanas*, el coro final, cuando las mujeres lloran a sus muertos antes de que los griegos se las lleven como esclavas. «Una brizna de humo se pierde en el aire, se va, ya no existe Troya. Partir entonces, con paso lento. Abajo en el puerto, las naves griegas esperan.»

En la mitad de mi recitado advertí que no era un pasaje muy apto para la ocasión. Todos me miraban con curiosidad, y mi padre estaba otra vez preocupado. Saquear ciudades, aunque nadie lo admitiese, era algo que todo el mundo asociaba con Festino, y, cuando menos, se había insinuado la posibilidad de que éste me llevara como botín. Siempre era demasiado tarde para callar.

Cuando terminé volví a sentarme.

—Ha estado muy bien, querida —dijo la mujer de Pitión. Era bondadosa.

—Esta mañana estuvimos leyendo a Eurípides —puntualicé, con la esperanza de que terminaran las miradas curiosas; no obstante, seguía mirando al suelo.

Torión me dio un golpecito con el codo y cuando lo miré advertí que sonreía generosamente.

—No le has dejado la menor duda de lo que piensas de él —susurró encantado—. Por Dios y todos los santos, mira cómo trata de cambiar de tema.

En efecto, Festino empezó a hablar del teatro, tema del que se trató mientras dábamos cuenta de los platos de carne y de pescado. Mi padre propuso que nos levantáramos y diéramos un paseo por los jardines antes de los postres, y todos aceptaron. Después del copioso consumo de vino, todos tenían que pasar por las letrinas.

Me dirigí a las destinadas a las mujeres en aquel sector de la casa. Luego me senté en el primer patio, esperando a Torión. Cuando me había sentado junto a la fuente apareció Festino, solo. Me vio inmediatamente, de modo que no me fue posible ocultarme. Me quedé inmóvil, con las manos entrelazadas sobre la falda.

—Dama Caris —dijo Festino al acercarse. Permaneció un instante mirándome, y yo

clavé la mirada en el suelo. Con un suave gruñido se sentó a mi lado, lo bastante cerca como para que sintiese el calor de su cuerpo y el olor a vino en su aliento—. ¿Qué has querido decir al citar esa obra de Eurípides? —me preguntó.

Traté de alejarme un poco.

—Nada, excelencia —respondí. Recordando a Maia, pensé que era impropio que un hombre hablara a solas con la hija soltera de su anfitrión—. Lo he leído esta mañana con mi preceptor y era lo único que se me ha ocurrido recitar en ese momento.

Festino rio, se acercó algo más y apoyó una mano pesada en mi hombro.

—¿Eso es todo? No te gusto, ¿verdad?

No lo miré. Tenía en la punta de la lengua gritarle «¡Has hecho torturar a mi aya y a varios de mis amigos!», pero todavía era gobernador y podía hacerlos torturar de nuevo, dada su falta de escrúpulos.

—Excelencia, soy muy joven, demasiado joven para opinar, y no te conozco bien, ilustrísimo señor.

Festino volvió a reír y estiró el brazo sobre mis hombros. Permanecí inmóvil, con las manos apretadas en mi regazo, como mi padre, para dominar el temblor.

—No soy ilustrísimo —dijo—. Al menos, por ahora no.

Con la mano libre me cogió de la barbilla y me hizo girar la cabeza para obligarme a mirarlo. La luz de las lámparas en el salón de los aurigas se difundía por el patio e iluminaba la cara de Festino. Los grillos cantaban y la fuente hacía oír el rumor de su gorgoteo. Con una sensación fría, pensé en su cara con las venas inflamadas por el alcohol, una condición que indudablemente empeoraría con los años. Tendría que observar una dieta más seca y comer más pan.

—Tal vez un día llegue a ser un ilustrísimo —me dijo, lamiéndose los gruesos labios—. Gozo del favor del emperador. Sabe que soy su celoso servidor. Durante quince años no he sido nadie especial. Ahora soy *spectabilis*, gobernador de Asia con rango de procónsul, amigo de su sacra majestad. Me odias porque mi padre era un subastador, ¿no?

—No —respondí—. Ni siquiera lo sabía.

La mano que estaba sobre mi hombro se introdujo en mi túnica. Contuve un grito cuando apoyó su boca contra la mía. Apenas podía respirar. Al tocarme el pecho me pellizcó cruelmente. Yo no podía gritar y me introdujo la lengua en la boca. Traté de apretar los dientes, pero él metió los dedos en el costado de mi mandíbula para mantenerme la boca abierta. Le hundí un codo en las costillas y le di un puntapié, hasta que apartando la cabeza soltó una carcajada. Estaba sudando y no había retirado la

mano de donde estaba.

—Esto es para enseñarte a no mentir —me dijo—. Realmente me odias: lo adivino. La verdad es que eres muy bonita, con esos grandes ojos negros.*Vítas inuleo me similis*[1], Caris. Eres como una gacela. —Riendo de nuevo añadió—: Sí, creo que hablaré de ti con tu padre. ¡Cómo te late ese corazoncito!

Sólo atiné a decirle:

—¡Basta! ¡Me haces daño!

Cuando retiró la mano de mi túnica, me levanté de un salto, tratando de no llorar. Estaba aterrada. Nadie me había tocado nunca y no quería que nadie volviese a hacerlo, ni aun en sueños. Todo aquello pertenecía a la otra Caris, la hermosa joven que aparecía en el espejo.

—No quiero tener nada que ver contigo —dije a Festino. Me sorprendió mi propio tono de voz por lo sereno. No era el de la muchacha del espejo, sino el mío. Pero sus manos no habían tocado el espejo. Me habían hecho daño a mí—. No tiene nada que ver con lo que era tu padre. Detesto la crueldad, y tú la amas. Será mejor que hables con el padre de otra muchacha.

Soltó otra carcajada, dejando ver los dientes cariados, y me alejé para volver a mi cuarto. Maia estaba allí cosiendo, y al verme llegar me miró sorprendida.

—La cena no ha terminado, ¿verdad? —preguntó.

—No —contesté, y me eché a llorar.

Cuando entró Torión, aproximadamente una hora más tarde, Maia y yo estábamos en la cama de ella, y me mecía y me arrullaba como si fuese pequeña. Yo había dejado de llorar, pero mi respiración era entrecortada.

Torión permaneció unos instantes junto a la puerta, con expresión colérica. Maia lo invitó a entrar con un gesto, y cuando lo hizo dio un fuerte portazo.

—¡Por la gran Artemis! —exclamó—. ¿Por qué no has escapado? ¿Por qué no has acudido directamente a papá para decirle que no quieres nada con ese animal?

—Déjala tranquila, Torión. ¡Y si tienes que blasfemar, no menciones a esos diablos paganos!

Me soné la nariz y se lo expliqué.

—Tenía que alejarme de él. No había nadie cerca y él… —No pude terminar la frase. La escena era demasiado dolorosa, demasiado ignominiosa, y mis emociones eran demasiado confusas.

De repente, Torión comprendió la causa de mis lágrimas y me miró escandalizado.

—¿Qué te hizo? Si te… ¡lo mataré!

—No, yo no haría eso —repuse, mientras trataba de calmarme—. Solamente me metió la mano bajo la túnica y me besó. Eso fue todo.

La furia de mi hermano era visible.

—Tienes una marca en la cara.

—Tuve que hacer algo para que no me mordiese.

Por algún motivo Torión manifestó alivio.

—¡Que su muerte sea horrible y se vaya al infierno! —exclamó; luego se sentó a mi lado y me abrazó—. Pero ojalá hubieses entrado directamente y nos hubieses hecho saber que te había tocado. Le ha dicho a papá que había expresado su admiración por ti, exactamente con estas palabras, y ha comentado que te vencía la timidez y el pudor propios de una muchacha y que por eso habías huido. Después ha hablado de esa misma admiración con papá y ha repetido que pensaba establecerse en Éfeso y que por haberte visto ya sabía que eras modesta y bien educada y de cuna noble además de ser bella, y que quería casarse contigo si nuestro padre estaba de acuerdo.

Callé. Era lo que imaginaba que había dicho.

—¿Qué ha dicho tu padre? —preguntó Maia en voz baja.

—Que era un asunto demasiado importante para discutirlo durante una cena y que tenían que encontrarse pronto para hablar como correspondía. Yo he señalado que Caris era demasiado joven para casarse con nadie y que estaba casi comprometida con otro… Bien, tenía que decir algo, pero el bruto se ha reído de mí. Papá me ha acusado de ser insolente con los mayores, temiendo seguramente lo que diría luego y me ordenó que me retirase. En cambio, si hubieses entrado, Caritón, y dicho que el gobernador te había agredido en tu propia casa, habría tenido que tomar el no como respuesta.

—¿De veras? —pregunté con amargura—. Tal vez habría tenido que aceptar una dote menor, pero puede sacar lo que quiera a papá, y lo sabe. Papá aún le tiene miedo.

—¿No podrías decirle algo?

—Le he dicho que no quería tener nada que ver con él. Esto le ha hecho gracia, Torión, quería que yo lo odiase. Quiere… triunfar sobre mí, y sobre Éfeso y sus gobernantes.

—Disfruta haciendo daño —dijo Maia con voz pausada—. Eso es lo que pasa. —Su brazo me estrechó la cintura—. ¿A quién crees que podríamos nombrar como prometido de ella? —preguntó a Torión.

Torión se encogió de hombros, desanimado.

—Pensé en Paladio, quizás. El hijo de Demetrio. O quizá mi amigo Cirilo.

Maia reflexionó.

—Paladio es joven y además un caballero —dijo al cabo de un instante—. No creo que se haya determinado con quién se casará. Y su padre estaría encantado, por su enemistad con Festino. Sí, convendría. ¿Pero Cirilo?

Cirilo era un joven al que Torión había conocido en casa de su profesor de latín. Era hijo de un pequeño terrateniente, un hombre algo parecido a mi bisabuelo, que no tenía poder ni fortuna.

—Es muy inteligente —dijo Torión, en actitud defensiva—. Y te admira mucho, Caritón. Creo que estaría dispuesto a huir contigo como último recurso.

Quedé algo sorprendida al oír esto. Había visto a Cirilo unas cuantas veces, cuando Torión lo había traído a cenar, pero no habíamos hablado mucho. Sabía, en cambio, que Torión le había dicho que yo lo ayudaba en el estudio del derecho romano y tal vez esto le impresionó. Le impresionaba cualquiera capaz de declinar bien las palabras. Era bastante hábil, mucho mejor que mi hermano, y le gustaba el derecho. Podría casarme con él, especialmente si me permitían llevarme a Maia. No conocía a Paladio, pero por lo menos no era un torturador, además de ser joven y apuesto.

—Muy bien —dije—. Festino no me creerá si le digo inesperadamente que he estado siempre prometida a otro hombre, pero no podrá hacer nada. Y no me casaré con él bajo ninguna circunstancia. Sólo hace falta que convenzamos a papá de que nos ayude.

Esperamos hasta que terminó la cena y se fueron los invitados. Desde mi cuarto se los oía en el primer patio, y a mi padre despidiéndolos.

—¡Hasta mañana! —exclamó Festino con su voz sonora y su ya familiar pronunciación nasal.

No oímos lo que respondió mi padre.

Cuando se fueron todos, bajamos los tres a ver a mi padre. Lo encontramos en el salón de los aurigas, donde los esclavos limpiaban los restos de la cena. Parecía exhausto y triste.

—Papá —le dijo Torión—. Queremos hablar contigo.

—Ahora no, hijos. Es demasiado tarde —respondió.

—No, ahora —insistió Torión—. Para librarnos de este matrimonio, tenemos que disponer algo inmediatamente.

Mi padre soltó algo que era un gruñido y un suspiro a la vez.

—¿Librarnos? ¿Qué te hace creer que podemos o que debemos hacerlo?

Al mirar a mi padre reclinado en su triclinio descubrí que no lo conocía mejor que a los esclavos domésticos y que él no me conocía en lo más mínimo. Recordaba

haberlo visto en mi cuarto de niña, cuando iba a jugar conmigo, pero desde que yo me había hecho mayor, ya nunca iba. A veces lo veía en las comidas, cuando de vez en cuando me preguntaba algo sobre mis lecciones o me elogiaba por recitar algo, pero nunca hablábamos de cosas que tuvieran algún interés para mí. En las conversaciones serias nadie me preguntaba nada y yo me comportaba juiciosamente y callaba. Para él, como para Festino, yo era simplemente la niña de la casa, discreta, bonita, dócil. Y era fácil disponer de mí. Empecé a sentir un cierto escalofrío.

—¡No puede ser que permitas que Caris se case con ese bruto! —exclamó Torión.

—¡Calla! —Mi padre dirigió la mirada a los esclavos, que habían dejado su trabajo para detenerse junto a las paredes, tratando de no molestar.

—¡No! ¡Festino es un bruto y un enemigo de nuestra casa, y no me importa quién se entere de lo que pienso!

—¡Mi querido hijo! —lo reconvino mi padre—. ¡Debes hablar de los poderosos con más respeto! Es verdad que su excelencia el gobernador es de clase baja, pero también lo son muchos hombres que hoy están en los rangos más elevados. En verdad, fue el caso de tu propio abuelo. Nuestro estimado señor Festino ha acumulado riqueza y poder por sus propios méritos y es muy bien mirado por su pía majestad Valente Augusto. Más aún, ahora es vecino nuestro. No veo motivo para que no podamos unir nuestras casas mediante un matrimonio. Es verdad que tenía otros planes para mi hija antes… pero esta unión será ventajosa para ambos. El será más respetable, y nosotros nos beneficiaremos de su protección y su influencia.

—Conque un hombre puede llegar aquí con una tropa de soldados —dijo Torión—, y amenazar tu vida, apoderarse de tus esclavos y torturarlos y ultrajar a tu hija en tu propia casa. ¡A ti no te afecta! Le darás tu hija en matrimonio para que todo se arregle. ¡Por Cristo el eternamente concebido!

—No abusó de Caris —dijo mi padre con aspereza.

—Sí lo hizo —repliqué, volviendo la cara para que me viese el cardenal.

Mi padre estuvo incómodo un instante, pero luego se encogió de hombros.

—Bien, es un hombre apasionado, pero se calmará. Se ha tranquilizado bastante desde que lo conocimos. Y tiene muy buena impresión de ti, querida. Al referirse a tus ojos citó poesía latina. No sabía que los latinos escribieran poesía.

—Papá —le dije—. No me agredió en un rapto de lujuria. Le gusta herir y humillar, le gusta el poder que obtiene así. No ha hecho otra cosa desde que llegó a Éfeso. No me casaré con él.

Mi padre pareció más alterado aún. Maia se acercó y se postró a sus pies, con la

cara tocando el reluciente mosaico. Llevaba la ropa de trabajo, una túnica y un manto de lino azul, y mi padre lucía su manto de brocado blanco y dorado, pero no parecían un rey y una suplicante. Él manifestaba demasiada incertidumbre, demasiada vergüenza. Maia se irguió de rodillas y le abrazó las suyas con ambas manos.

—Es verdad, amo —dijo—. Es verdad lo que dice Caritón. Ese hombre… —Me horrorizó ver que estaba llorando, llorando por mí, por temor a lo que pudiese hacerme Festino—. Es uno de esos hombres que gozan siendo crueles. Cuando me interrogaron, fue a la sala de tortura y cogió la vara con sus propias manos. Fue él quien me hizo esto. —Maia enseñó la marca de su rostro, una linea blanquecina—. Y me pegó… en otra parte también. Eso le daba placer. Por favor, señor, por favor, señor mío. Después de mi Señor Celestial, siempre te he reverenciado, pero quiero a Caritón como si fuese mi propia hija. No se la entregues a ese demonio. No, haz venir al nobilísimo Demetrio. Dile lo que sucedió y pídele ayuda para concertar un matrimonio entre Caris y su hijo Paladio. Podemos decir que se trata de un compromiso de hace largo tiempo. Ni Festino puede objetar nada a esto.

—Le he dicho ya que Caritón no está prometida a nadie —dijo mi padre, realmente angustiado.

Torión dejó escapar un lamento.

—Él me lo ha preguntado —aclaró mi padre.

—Dile que mentiste —respondió Torión—. Dile que pensabas renunciar al matrimonio con Paladio, pero que Demetrio no está dispuesto a perderla. O bien dile que está prometida a alguien… a mi amigo Cirilo. ¡Dile lo que quieras, pero líbrate de ese compromiso! No hay nada arreglado, por ahora. ¡Aún estamos a tiempo!

—No voy a mentir —contestó mi padre con aspereza—. No es digno de un hombre. —Mirando a Maia, que seguía abrazada a sus rodillas, le dijo—: Lo siento. Siento mucho oírte decir esas cosas. Pero, después de todo, no se atreverá a maltratar a su propia esposa, una mujer de noble cuna. Es muy rico y seguramente será más rico aún. Podrá permitirse una casa separada para Caris. No tendrá que verlo demasiado a menudo si no le agrada. Y pienso incluirte y a otros pocos servidores de nuestra casa en su dote, de modo que estará rodeada de amigos. La unión será, en fin, ventajosa para nuestra familia.

Maia lo miró llena de angustia.

—¡Sacrificas a Caris para sacar provecho! —exclamó Torión, blanco de furia—. Tú… ¡Agamenón! ¡Todo para ganar influencia y obtener más dinero para tus malditos caballos de carreras! Eres un débil…

—¡No debes hablarme así! —gritó mi padre a su vez—. ¿No tienes respeto por tu propio padre?

—¿Cómo puedo tener respeto?

—¡Bárbaro! ¡Pagano! —Mi padre apartó con violencia las manos de Maia, la cual se sentó sobre los talones y lo miró con pena—. ¿No dicen las Escrituras que…?

—Papá —dije, interrumpiendo. Si Torión proseguía, le sería imposible retroceder—. No me casaré con Festino, papá.

Dejó de gritar para preguntarme:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho —respondí, sorprendida de mi tono sereno—. No consentiré. Tendrás que maniatarme y amordazarme para obligarme a ese matrimonio.

—¡Querida hija! No permitas que todo esto te atemorice. Deja las decisiones importantes en manos de hombres responsables. Una muchacha no sabe lo suficiente para juzgar lo que le conviene.

Moví la cabeza en un gesto negativo.

—Es mi vida lo que está en juego. Tengo que ser capaz de reconocer lo que podría echarla a perder.

—¡Hija mía! —Mi padre parecía más exasperado que enfadado—. ¡Claro que es natural que tengas miedo! Es un hombre que inspira miedo y todas las jóvenes temen casarse y… separarse de su familia. Pero será para bien. Serás dueña de tu casa, tendrás tus propios esclavos para darles órdenes y gastarás tu dinero en lo que quieras. Una buena cantidad de vestidos bonitos, y tu propio carro, ¿no? Y la mujer de un hombre importante tiene mucho poder. Otras mujeres te perseguirán, pidiendo ayuda para sus maridos y ofreciéndote presentes. Podrás ir a donde quieras; a cenas, al teatro. No dejes que tu hermano te asuste.

Me hablaba como si fuese una niña tonta, y la verdad era que yo nunca me había comportado de otra manera. Siempre había actuado acorde con lo que espera el mundo de una muchacha, pues suponía que si accedía a los deseos de otros, se me permitiría hacer lo que quería. Pero ellos habían creído que no tenía otros deseos que los de ellos.

—Festino es cruel —le dije con una voz que aún era tranquila, aunque tenía el corazón encogido—. Ha hecho sufrir a mis amigos y me hará todo el daño que pueda. Lo sé. Por lo que he podido ver hasta ahora, sería una insensata si accediera a ese matrimonio. No me casaré con él. Si no se te ocurre otra cosa, puedes decirle eso.

—¡No pienso decirle tal cosa! ¿Quién es el amo en esta casa? ¿Yo, o una caterva de esclavos y de niños? ¡A la cama los tres, ahora mismo! Y quiero oír algo sensato, y

expresado con más respeto, cuando nos veamos mañana.

Torión abrió la boca, pero mi padre vociferó:

—¡Silencio! ¡Estoy harto de que me digas cómo tengo que gastar mi dinero y cómo tengo que disponer de mi propia hija! ¿Quién te da tu dinero? ¿Quién paga tu ropa, tus preceptores y tus juergas? O te comportas como es debido, o te lo quitaré todo.

Temí que Torión comenzara a gritar otra vez y lo cogí de un brazo. Era evidente que no habríamos conseguido nada, por lo menos mientras nuestro padre estuviera de aquel humor. Tal vez sería mejor abordarlo a la mañana siguiente, cuando hubiera descansado y se le hubieran pasado los efectos del vino. Tal vez tendríamos mejores resultados al día siguiente. No obstante, tenía mis dudas.

—Buenas noches, papá —dije y arrastré a Torión detrás de mí. Maia nos siguió, cubriéndose la cara con un extremo de su manto para ocultar su pesar.

Por la mañana, mi padre no había cambiado de parecer, sino que, por el contrario, partió para disponer los acuerdos con Festino y se negó a hablar con nosotros. Observamos desde la ventana del cuarto de huéspedes el avance de su litera calle abajo, una caja dorada que avanzaba hacia la plaza del mercado y el palacio del gobernador. Era un hermoso día y el dorado de la litera relucía vivamente contrastando con los tejados rojos que le servían de fondo. El puerto era de un azul muy intenso y brillante salpicado del amarillo y el anaranjado de las velas. Maia se alejó de la ventana para sentarse en un arcón vacío con las manos entrelazadas. Por primera vez le vi aspecto de esclava.

—No le importa lo que pueda hacerte ese bruto —dijo Torión.

Moviendo la cabeza respondí:

—Festino le inspira temor. —Había pensado con detenimiento toda la noche—. Busca seguridad y lo mejor para obtenerla es una alianza. Ha llegado a convencerse de que nosotros exageramos y de que todo marchará bien.

—Tendremos que proseguir con el plan del compromiso secreto —dijo Torión al cabo de una pausa—. Será mucho más difícil si papá lo prohíbe formalmente. Pero yo puedo compensar a Cirilo después de que papá muera.

—¿No crees que es un poco duro para Cirilo? —pregunté—. La seducción es un crimen, ¿sabes? Tendría que abandonar Éfeso conmigo y renunciar a su carrera y a su futuro. Dejaría a su familia y eso le produciría dolor. —Torión frunció el entrecejo—. Y no me gusta la idea de que esperes aquí sentado hasta que papá muera —añadí—. En realidad, papá no es malo. Tampoco a él le gusta esto. Ocurre que… es cobarde. No

puede evitarlo.

Además, me dije, era muy poco probable que Cirilo aceptase un plan tan descabellado. Tal vez me admirase muchísimo, pero yo sabía que era ambicioso. Seguramente diría a Torión que no me quería, con lo cual terminaría la amistad entre ambos y no llegaríamos a ninguna parte.

Torión se mordió el labio y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué crees que debemos hacer, entonces? —me preguntó—. Caritón, no conocemos a nadie que pueda esconderte y Festino no tardaría en encontrarte allá donde fueras. Está muy bien decir que no consientes, pero en este asunto no tienes el menor derecho. Debes hacer lo que te ordene papá.

—Tengo otra idea —dije, y callé.

No había dormido en toda la noche, pensando en esta otra posibilidad. Me parecía que había perdido ya bastante tiempo fingiendo ser la muchacha del espejo, a la espera de comenzar mi propia vida. Tal vez, pensaba, era una suerte que Festino me hubiese hecho la oferta de matrimonio. Si se hubiera tratado de cualquier otro, habría obedecido sumisamente a mi padre. Y una vez casada, ¿habría comenzado mi vida como la tenía planeada? ¿O bien mi marido me habría desanimado, o me habría prohibido que jugara a ser médica, obligándome en cambio a hacer de esposa virtuosa? No habría necesitado recurrir a la fuerza. Estaba habituada a representar comedias, como advertía en aquel momento, acostumbrada también a optar por la alternativa fácil y dejar que todos creyesen que era la mujer que querían que fuese. Si estaba tan ocupada fingiendo, tal vez no me quedaría tiempo para ser yo misma. En este caso, habría pasado mi vida esperando, casándome, teniendo hijos, envejeciendo, sin hablar nunca con mi propia voz ni tener mis propias ideas, para terminar, probablemente, convertida en la mujer que fingía ser.

En la situación en que estaba, me veía forzada a ser audaz.

Torión y Maia me miraban ambos con la misma mezcla de intriga y esperanza. Maia tenía los ojos enrojecidos después de haberse dormido llorando, y permanecía tendida en la cama a mi lado, acariciándome el pelo y llamándome su hijita.

—Quiero ir a Alejandría —dije—. Y estudiar medicina.

—No puedes hacer eso —replicó Torión, que en lugar de manifestar esperanza expresaba contrariedad—. Las mujeres no pueden estudiar medicina.

—Me haré pasar por hombre.

—No tienes aspecto de hombre. ¿Y qué piensas hacer en los mingitorios públicos? ¿Mear en un rincón sin alzarte la túnica? Nadie hace eso. Y no podrías ir a los baños

públicos, ni hacer ejercicio en los gimnasios, ni… nada. ¡Nadie te creería!

—Me haré pasar por eunuco. Los eunucos deben ser recatados. Te apuesto lo que quieras a que mean en los rincones sin recogerse la túnica y no se muestran desnudos en ninguna parte. Y la gente dice que tienen aspecto de mujer cuando son jóvenes. —Todos los eunucos que había visto en Éfeso eran cuarentones y su aspecto no era particularmente femenino, aunque tampoco del todo masculino.

—¿Qué haría un eunuco estudiando medicina en Alejandría? Podría estar en la corte, ganando dinero. ¡Un chambelán retirado recibe mil sólidos al año! ¡Por no mencionar lo que ingresa con los sobornos!

—Es posible que no me gustara ser chambelán del emperador y recibir sobornos. Además, todos los chambelanes son esclavos. Sería un eunuco libre que querría estudiar medicina, aunque sólo sea porque todo el mundo odia a los chambelanes.

—Los eunucos no nacen libres. ¿Quién haría lo que hacen por su propia voluntad? —dijo Torión, cubriéndose los genitales con la mano—. Aparte de que es ilegal. Los eunucos son todos persas o abasgos de la Cólquida, esclavos importados, por ejemplo, para ser chambelanes o secretarios privados.

—¡Venga ya! —le dije—. Sabes perfectamente que algunos eunucos nacen libres, los que son capturados por los persas. Bien, digamos que soy un eunuco de algún lugar del este… de Amida, por ejemplo. ¿Recuerdas que los persas la tomaron? Isquiras nos lo contó todo; él nació allí. Pertenezco, pues, a una respetable familia de Amida. Los persas me capturaron y me castraron cuando era pequeño; después me salvasteis Isquiras y tú. Ahora quiero aprender un oficio útil, y tú e Isquiras me enviáis a Alejandría a estudiar medicina porque no tengo aptitud para las tareas administrativas. ¿Todo esto tiene sentido, o no?

Maia lloraba de nuevo. Me acerqué a ella y la abracé.

—No llores —le dije.

—¡Yo quería verte casada! —dijo apenada—. Casada con un joven excelente que te tratase bien. Creí que te acompañaría a tu nueva casa y te ayudaría a dirigirla. ¡Verte forzada a seguir un camino tan antinatural, fingiendo ser un eunuco, viviendo en una ciudad extraña! ¡Podrías morir, podrían descubrirte y castigarte, podrían violarte! —Enjugándose los ojos, continuo—: Podría sucederte cualquier cosa. Y mi vida depende de la tuya. ¿Qué será de mí?

—No digas eso. Haces tu vida con tus propios mimbres. Es inútil hacerla a expensas de otros. También puede sucederles cualquier cosa a ellos. Esto es tan verdad aquí, en Éfeso como en Alejandría. Además no tienes por qué suponer que me iré para

siempre. Si espero unos cuantos años, Festino puede desaparecer y yo regresar.

Torión movió la cabeza.

—Maia tiene razón. La vida que propones es antinatural. Fingir siempre que eres un hombre, vivir en otra ciudad bajo un nombre falso, sin mucho dinero… no lo soportarías.

—Torión, Maia —dije—. Es lo que deseo hace años. Quiero ser médica más que ninguna otra cosa.

—No entiendo por qué quieres hacer eso —intervino Torión—. Cortar el cuerpo de la gente, estudiar mierda y vómito y orina, examinar pústulas, hacer disecciones… Son tareas repugnantes, lo que siempre dejamos a los esclavos. ¡No es trabajo para una persona de calidad y menos para una mujer!

—El arte de curar es la más noble de las artes —insistí, citando a Hipócrates. Entonces me esforcé por explicar lo que nunca antes había considerado, ni aun conmigo misma—. No hay nada que produzca mayor sufrimiento que la enfermedad. Mata a más hombres, y con mayor dolor, que el mismo Festino. Piensa en nuestra madre, Torión, y en tu marido y tu hijo, Maia. Sí, sé que hay poco que pueda hacer el mejor de los médicos, pero por poco que sea es algo. Dentro de diez, quince o veinte años, si puedo mirar hacia el pasado y decir: «Esa persona, y ésa, y ésa, habrían muerto si yo no hubiese hecho nada. Esa otra estaría lisiada y ese bebé se habría perdido al nacer…». Si podemos decir esto, ¿cómo no saltar de alegría? ¡Comprender el mecanismo de nuestro cuerpo y de la naturaleza es la más pura filosofía y curar es algo casi divino!

—¡Ay, Caritón! —soltó Torión con aire melancólico—. No te entiendo. ¿Cómo podría permitirte que hicieras algo semejante?

—¿Prefieres que me case con Festino? —repliqué.

Torión no respondió. Por un instante se puso a mirar por la ventana hacia el palacio del gobernador y luego dio un puñetazo al marco. Mientras miraba enfadado los brillantes tejados se lamió los nudillos de la mano.

Maia había estado mirándome fijamente. Por fin extendió una mano y tocó la mía.

—Tienes razón —dijo lentamente—. Tú misma sabes lo que es bueno y lo que te gusta, y haces bien en buscarlo.

La abracé, profundamente conmovida. Torión apartó la mirada del palacio y nos miró, atónito. Al cabo de un instante se encogió de hombros y nos abrazó.

—Supongo que cualquier cosa debe de ser mejor que casarse con Festino —dijo—, y no se me ocurre otra solución. Pero le haré pagar por esto. Te echaré de menos, Caritón.

—No tiene por qué ser para siempre —repetí—. En unos pocos años, si papá o Festino mueren, o si Festino se casa con otra mujer en alguna otra ciudad, podré volver. Puedes decir a todo el mundo que me tuviste escondida en una casa de campo, y arreglarme un matrimonio con quien quieras… con Cirilo si todavía lo ves.

Los dos parecían más satisfechos con este acuerdo.

—¿De modo que me ayudarás? Esto es esencial. Nunca podría salir de la ciudad por mi cuenta y necesitaré cartas de recomendación para iniciar mis estudios.

—Siempre has contado con mi ayuda, ¿no? —Torión se tiraba del labio—. Ahora bien —dijo—, ¿cómo diablos vamos a hacerte llegar a Alejandría?

La forma normal, y de hecho la única, de llegar a Alejandría es por barco. Pero estaba ya próximo el fin de septiembre y pocos barcos se arriesgan a desafiar las traicioneras tormentas en el mar invernal entre mediados de octubre y finales de marzo. Torión fue al puerto y pidió información a los capitanes. Uno de ellos planeaba zarpar la semana siguiente, pero después ya no había otros barcos hasta la primavera. No le agradó mucho el barco que partía. «Lleva una carga mixta de vino y tela teñida desde Asia, y esclavos desde el norte», pensó en lo que le había dicho el capitán. Éste no vacilaba en aumentar su carga en medio del viaje. Podía vender un eunuco por más de cien sólidos, y se atrevía a correr el riesgo de que lo sorprendiesen.

Sin embargo, no nos fue necesario arriesgarnos en el barco de esclavos. Mi padre negoció un contrato de matrimonio con Festino, en el que postergaba la fecha de la boda hasta el mes de mayo. Festino deseaba una unión inmediata, pero mi padre insistió en que yo era muy joven, en que su oferta de matrimonio era inesperada y se requería tiempo para preparar el ajuar. Antes de febrero, aseguró, era imposible, y después sería Cuaresma, época poco indicada y de mal agüero para una boda. Afortunadamente, la Pascua caería tarde, lo que permitió optar por el comienzo de mayo. Para nosotros había tiempo suficiente.

Todo aquel invierno fueron afectuosos conmigo, actitud que me hacía sentirme culpable de planear mi huida. Festino nos visitaba de vez en cuando, aunque no con una frecuencia que hubiera ofendido al decoro, y yo no tenía otra obligación que saludarlo con un gesto y sentarme aparte con expresión recatada. No intentó volver a verme a solas y yo evitaba su conversación, con tanto éxito que el rechazo que había sentido hacia él disminuyó un poco. «Tal vez —me decía, cuando cavilaba despierta en la cama —, sería mejor acceder y casarme.» Si desaparecía antes de la boda, Festino crearía

problemas. No creía que pudiese acusar de nada a mi padre, pasado ya un año desde que lo declarara inocente, pero seguía siendo un hombre con mucho poder. Podía obstaculizar la carrera de Torión y crear dificultades legales a mi padre. Además, éste temía tanto a Festino que podría incluso permitir que torturaran a Maia y a los otros esclavos para que revelasen dónde estaba yo.

Por otra parte, tenía la intención de cederme a Maia y a unos pocos esclavos más como parte de mi dote, y la vida no sería más fácil para ellos que para mí en la casa de Festino. Me parecía que estarían mejor quedándose con mi padre. Era bondadoso y no le gustaba hacer sufrir a nadie. Como lo que estaba haciendo lo aterraba, me llenaba de presentes absurdos con un aire jocoso, con el que no conseguía ocultar su nerviosismo. Además, gastaba grandes sumas de dinero en ropas y carros que yo usaría cuando estuviera casada. Torión pasó el invierno asediando a mi padre para que preparase varios aspectos de su carrera. Quería tenerlo todo en orden antes de que Festino se convirtiera en nuestro enemigo. Las disposiciones tomadas resultaron costosas y mi padre tuvo que vender algunas tierras. Secretamente, yo lamentaba la inutilidad de todos aquellos preparativos, pero no hablaba mucho de la boda. A veces albergaba serias dudas, pero en el fondo ardía de impaciencia por estar en Alejandría. Torión intentó alguna vez disuadir a mi padre de la boda, pero éste consideraba que era ya demasiado tarde y que Festino, de todos modos, se había serenado bastante y sería incapaz de maltratar a su propia mujer.

La bondad que todos tuvieron conmigo permitió que yo tuviera tiempo de leer más textos médicos. Isquiras accedió a dejar a Eurípides y leyó un poema de Nicandro sobre medicamentos. Sentía un poco de vergüenza cada vez que miraba a mi preceptor. Si bien había decidido firmemente que su nombre figurase en los planes, no quería comprometerlo. Me preocupaba que mi huida pudiese ocasionarle alguna vez dificultades, pero me consolaba pensando que si las cosas llegaban a tal punto, siempre podría confesar que él no sabía nada.

Aquel invierno, por fin leí también a Galeno. Maia fue con sus ahorros al mercado y me compró su obra sobre anatomía. Nunca había visto yo un manuscrito tan bello. Era un códice grande y pesado, en lugar de estar enrollado, y estaba hecho sobre pergamino, no sobre papiro. Las hermosas ilustraciones eran de tinta roja y negra y el texto estaba escrito en letras diminutas pero perfectamente claras, con resúmenes explicativos en el margen. Seguramente costó una fortuna y le dije a Maia que le devolvería el dinero, pero se negó a aceptar nada.

Otro de los esclavos que estuvieron muy afectuosos conmigo fue Filoxeno. También

él sabía cómo era Festino. Cada vez que me veía adoptaba una expresión apenada y estuve a punto de decirle que no se preocupase, porque no pensaba casarme con el gobernador. Me prometió la primera cría que tuviese su yegua y me pidió que acudiese a él si necesitaba ayuda, ofrecimiento muy generoso y valiente, aunque apresurado. Por último, me entregó las recetas cuidadosamente escritas de sus remedios para diversas enfermedades de los caballos, torpemente desplegadas en un rollo de pergamino, aunque de mucho sentido común y verdaderamente útiles.

Sabíamos que se requerían considerables precauciones en nuestros preparativos. Cualquiera que se viese involucrado podría ser torturado y castigado severamente si lo descubrían. Era seguro que se sospecharía que Torión me había ocultado en alguna parte, pero lo que más temía él era perder el dinero que recibía para sus gastos personales, además de granjearse la enemistad de Festino. Por este motivo, resolvió abandonar Éfeso para eludir al menos al gobernador. Quería conseguir un cargo en la corte y un diploma como abogado. En Constantinopla podría obtener ambas cosas. Mi padre envió cartas a todos los antiguos amigos que estaban en aquella ciudad y finalmente pagó ochenta sólidos para conseguirle un cargo menor, con una tarea de poca importancia, la de calcular impuestos en la oficina del prefecto pretoriano. Las gestiones para estudiar derecho fueron mucho más baratas y sencillas, pues no implicaban más que el pago de los estudios, no sobornos.

Comenzamos nuestros preparativos finales después de Navidad y los terminamos hacia la mitad de la Cuaresma. Por entonces los capitanes pensaban ya en mover sus barcos. El tiempo era limpio y primaveral, y predominaba una suave brisa del noreste, vientos perfectos para ir a Alejandría. Torión encontró un barco que zarparía a mediados de abril. Era el *Alción*, un navío realmente grande que tenía que transportar madera y mercancías de lujo, y en el que había espacio para unos cuantos pasajeros. El capitán era conocido en Éfeso, pero no era natural de la ciudad. Se lo consideraba honrado, pero no conocía tanto la ciudad como para saber quién era yo, y el nombre de Torión no le decía nada. Mi hermano me compró un pasaje, pagando la mitad por anticipado. Yo liquidaría el resto cuando llegase a Alejandría.

¡Alejandría! Ciudad de antiguos reyes, ciudad de sabios, ciudad que fue en otro tiempo la más grande del mundo y es aún hoy la más grande en todo Oriente, por mucha gloria que tuviera Constantinopla. Un médico no puede presentar mejor referencia que declarar «Estudié en Alejandría». Y yo iría allí, yo, Caris, hija de Teodoro, leería en la gran biblioteca, y estudiaría en el famoso museo donde Herófilo, Erasístrato, Nicandro y el mismo Galeno habían estudiado. Dejé de preocuparme por lo que podría sucederle

a mi familia en Éfeso para soñar con Alejandría. Imaginé al *Alción* entrando en el gran puerto, y me representé la ciudad, que se levantaba, blanca y resplandeciente, surgiendo del mar, iluminada por el fuego del célebre faro, aquel Faro que era una de las maravillas del mundo… Pero toda Alejandría era una maravilla. Sentía vergüenza sobre todo al mirar a Maia, pero ardía en deseos de partir.

Maia quería acompañarme.

—Necesitarás de alguien que te cuide —señalaba—. Todo el que es alguien tiene por lo menos una esclava. Y tú, querida, aún no sabes hacer nada sin ayuda y necesitas a alguien en quien puedas confiar. Mira, si piensas en comprar a alguien cuando llegues a Alejandría, ¿qué sucederá? ¡Quienquiera que compres descubrirá en menos de una semana que eres mujer y te extorsionará siempre que pueda! ¡No, yo te acompañaré!

Me negué a llevarla. Le dije que en un viaje por mar su salud peligraría y que, en realidad, siempre había sufrido de las articulaciones desde que la torturaron, y por lo tanto ni los barcos ni los alojamientos insalubres le harían bien. Añadí que no quería verla clasificada como una prófuga ni que me llamasen ladrona, pues ella era legalmente propiedad de mi padre.

—Quiero verte cuando vuelva —le dije—. Nunca me perdonaré si te pones enferma o mueres siguiendo mi estela.

Había algo más. A Maia le seguía desagradando mucho la idea de que me disfrazara. Yo no quería hacerla sufrir entusiasmándome en exceso. A ella le gustaba lo apropiado, ser miembro de una casa importante, servir a una hermosa dama. ¿Qué sería de ella si la llevara a una gran ciudad en la que mi vida sería la de una pobre estudiante, habitando una casa de vecindad, trabajando hasta tarde, mezclándome con la plebe en la calle? Estaría triste, recordando siempre el pasado y rechazando el presente. Y yo estaría triste al verla así, estaba segura. ¿Y podría confiar en ella? Sabía que podía contar con su lealtad, pero… ¿Podía estar segura de que no insinuaría a los vecinos que había algo muy misterioso en nosotros y que podría contarles mucho…? No, no les diría nada. Pero le gustaría que adivinasen. Y para asegurar el éxito de mi disfraz era necesario que nadie hiciera conjeturas, que nadie sospechase siquiera. Tenía que cambiar mi manera de andar, de sentarme —sin la mirada baja ni las manos entrelazadas en el regazo—, y también la forma de hablar. Creía que esto sería lo más difícil: recordar el masculino de los adjetivos para describirme. De lo contrario, la más simple de las frases, como «Estoy muerta de hambre», me delataría. Me parecía mejor no tener ningún esclavo y pagarle a alguien que limpiara y cocinara. Maia podría ir a Constantinopla con Torión.

El día anterior a la partida del *Alción*, Torión envió mi baúl de viaje al barco y lo hizo esconder en un lugar secreto. Lo había tenido en una cueva del monte Pión, junto a las murallas, y fue fácil cargarlo en un asno y llevarlo a la ciudad, donde un mozo de cuerda lo trasladó al barco. Había guardado en el baúl todos mis papiros. Sólo me quedaba una muda de ropa y las joyas de mi madre. Como me pertenecían, contaba con venderlas y mantenerme con el dinero obtenido mientras estudiase; pero tenía que venderlas en Alejandría, donde no las reconociesen.

Aquella última noche yo tenía mucho miedo de que sucediese algo: que apareciese Festino y exigiese que nos casáramos de inmediato, que el barco se hundiera por culpa de una tormenta inesperada, que mi padre me ordenase estar en alguna parte al día siguiente. Sin poder dormir, contemplaba la luz de la luna en la pared, con la certeza de que nunca volvería a ver aquel cuarto. Cuando la luna bañó con su luz la cama de Maia, vi que estaba despierta y me miraba. Me levanté y me tendí a su lado.

—Te echaré de menos, Maia —murmuré. Ella me abrazó y creo que al cabo de una o dos horas dormimos un poco.

Aquella mañana tenía clase con Isquiras y tuve que soportarla sin protestar, pero con tan poca atención que mi preceptor me preguntó si me sentía bien. Le dije que me dolía la cabeza. El *Alción* no zarparía hasta la noche, con la marea. Si partía después de la comida, nadie notaría mi ausencia hasta la hora de cenar, cuando sería demasiado tarde. Pero no pude comer casi nada. Mi padre, que estaba a la mesa con nosotros, también quiso saber si estaba enferma. Volví a invocar mi dolor de cabeza.

—Te veo muy pálida, querida —me dijo—. ¿Quieres recostarte? ¿Llamo al médico?

—¡No, no! —respondí con tono animado y tratando de sonreír—. No me duele tanto. Creo que iré a caminar por el jardín. Seguramente me hará bien.

Por fin pude levantarme de la mesa e ir a mi cuarto a buscar el estuche que contenía las joyas de mi madre. Después de guardarlo en mi bolsa para cosméticos miré en torno de mí por última vez y con un hondo suspiro salí.

Atravesé el primer patio, y a continuación el azul, dejando atrás los baños, el huerto y el portón en la muralla; con las cuadras a mis espaldas, me encontré en los campos. Filoxeno y dos de sus ayudantes estaban almohazando unos caballos en el picadero y me saludaron con la mano; yo les devolví el saludo. Los campos habían adquirido un intenso tono verde debido a la hierba húmeda de la primavera, salpicada de rojas amapolas. Me recogí la túnica y corrí sin mirar hacia atrás. Nadie me había preguntado adónde iba y nadie se sorprendería hasta que viesen que no volvía.

Torión me había indicado cómo encontrar la cueva, en la ladera noreste de la colina, cerca del lugar donde dicen que emparedaron a varios mártires durante el reinado del emperador Decio. Había una grieta en la pared rocosa, y allí estaba sentada Maia, esperándome. Cuando corrí hacia ella, se levantó, me besó y me guió al interior de la cueva. No era muy amplia y había espacio sólo para dos personas de pie. En el fondo había un hueco, en el que Torión había ocultado el baúl de viaje que me había comprado y otro más pequeño con mis ropas de hombre. Al principio habíamos supuesto que me servirían prendas suyas, pero incluso las que no le servían ya eran demasiado anchas de espaldas y demasiado suntuosas para un pobre estudiante de medicina. Por ese motivo, Torión había conseguido ropa de segunda mano en el mercado: dos túnicas de lino y una de lana, todas de tela burda y gruesa y de un largo respetable bajo la rodilla, a pesar de ser simples y carecer de adornos. Había además una buena capa de viaje de lana, un gorro, un par de sandalias y unos zapatos. La mayor parte de esta ropa estaba ya en el barco, aunque no la túnica, la capa, el gorro ni los zapatos.

—Primero tu pelo —dijo Maia cuando terminé de examinar el baúl.

Me senté sobre la grieta y Maia esgrimió las tijeras. Desde aquella cueva en la cumbre de la colina era posible verlo todo en muchas millas a la redonda. El valle surcado por el río lucía verde de trigo nuevo, y los caminos eran de tierra roja y lisa. Vi el templo de Artemis, blanco y dorado, brillando al sol a una milla de distancia, y el pavimento blanco de la Vía Sacra que conducía a él. Me pregunté si Egipto sería tan bello como Asia. Lo imaginaba llano en su mayor parte, y con la ancha cuenca del río. Las tijeras de Maia cortaban sin cesar, el pelo caía sobre mis espaldas y sentía más ligera la cabeza. Adiós rizos artificiales y odiados. Basta de perder el tiempo en peinados. Sabía lo que sufría Maia con aquella tarea y sospechaba que estaba llorando sobre mis largos rizos oscuros, pero traté de no mirarla.

Maia había llevado una jarra de agua limpia, de modo que pude lavarme y quitarme los últimos mechones cortados. Un mes antes había dejado de depilarme las cejas. Naturalmente, tenía las orejas perforadas, pero no era raro ver varones con pendientes y por supuesto no quedarían fuera de lugar en un eunuco rescatado de los persas. Maia había llevado además un corsé de los que usan las mujeres cuando viajan o cuando quieren parecer más delgadas, y me ayudó a ponérmelo. Por suerte tenía los pechos pequeños, de modo que bajo el corsé serían invisibles. Me puse la túnica de lana, que estaba teñida de un color azul muy claro, casi gris. Al ir a ceñírmela por la cintura, Maia me detuvo con un movimiento de cabeza y me la ahuecó por las caderas para

disimular mis formas. Me producía una sensación rara llevar aquella túnica corta y sentir el aire en mis piernas. La capa era de buena calidad, cálida y resistente, aunque de color azul, sin adornos ni rayas de color púrpura. Maia me la pasó y yo me la deslicé por la cabeza y dispuse sus pliegues con cuidado de no tocar unos rizos que ya no tenía. Tenía que recordar que no debía hacer aquel movimiento. Maia volvió a negar con la cabeza, me quitó la capa y me la puso otra vez, asegurándola con un alfiler en el hombro derecho y dejándola caer por detrás con largos pliegues, como la solían llevar los hombres.

Torión llegó cuando Maia estaba atándome las botas. De pie junto a la entrada de la cueva, nos miraba fijamente. Al terminar, Maia se apartó para que mi hermano me viese mejor.

—¿Cómo estoy? —le pregunté.

Me dirigió una mirada extraña y luego me abrazó.

—Caritón —me dijo casi sin aliento—, no quiero que te vayas.

—¿No estoy bien? —pregunté.

Torión negó con la cabeza y entonces vi que estaba llorando. Tuve una sensación horrible.

—Maia —dije. También ella lloraba al alargarme el espejo.

Una cara delgada, larga y afilada, con una nariz larga y una boca grande de labios finos, ojos grandes e inteligentes, curiosos y a la vez fríos, y pelo oscuro y lacio sobre las cejas rectas. Por primera vez en mi vida me miré al espejo y me vi a mí misma. No era una muñeca vestida para otros, era yo. Sonreí y la imagen me devolvió la sonrisa. No era la cara de un muchacho, pero tampoco era del todo la de una mujer. «Adiós, Caris, adiós —pensé—. Hola, Caritón de Amida y Éfeso, eunuco y estudiante del arte de curar.»

—Es perfecto —exclamé.

—No te pareces en nada a ti misma —dijo Torión—. ¡Voy a matar a ese Festino!

—Es probable que muera de apoplejía —respondí—. Tiene un temperamento colérico y bebe demasiado, Torión —dije sonriendo—. Todo irá bien.

Maia seguía moviendo la cabeza. Con mucho cuidado juntó la ropa que dejaba: la larga túnica blanca y amarilla y el amplio manto verde y blanco con su raya de púrpura. Después de doblar las prendas las guardó en el pequeño baúl.

—Es de sándalo —me informó—. Seguramente, todo estará intacto cuando vuelvas.

Por último cogió un rizo y lo acarició antes de depositarlo encima de la ropa. Torión empujó el baúl hacia el interior del hueco del fondo y lo cubrió con unas piedras

hasta ocultarlo. Maia cogió las tijeras y la jarra de agua.

—Recemos por tu rápido retorno —dijo.

Mientras estábamos cogidos de la mano y muy juntos en el reducido espacio de la cueva, Maia rezó. Yo sentía la cabeza ligera, vacía; sus palabras no significaban nada. ¿Un rápido retorno? No demasiado rápido: Caritón, creía yo, tenía por delante de él una vida mucho más interesante que la de Caris.

Volvimos a la luz del sol y marchamos los tres por la ladera. Éfeso se extendía a nuestros pies. La cúpula verde de nuestro salón de banquetes se levantaba muy cerca, y se advertía la arena roja del hipódromo a la izquierda. A nuestros pies y a la derecha estaba el teatro, con la blanca y pavimentada calle del puerto, adornada con los toldos de los comercios en un despliegue de color que llegaba hasta el mar. Los barcos estaban amarrados en los muelles, y vimos movimiento en uno de ellos, una embarcación grande con velamen de color naranja y amarillo. El *Alción*. Desde la altura, el agua se veía oscura y fangosa, pero hacia el fondo el mar resplandecía y desaparecía bajo el sol.

—Bien —dijo Torión, tragando saliva—. Adiós.

—Adiós. —Abracé a mi hermano y después a Maia—. Escribiré. Tendré que esperar un poco, pero podré escribiros cuando estéis en Constantinopla.

Ambos me abrazaron a su vez. A Maia le costó un gran esfuerzo separarse de mí. En seguida comencé a caminar colina abajo. Me dirigiría a la puerta principal de acceso a la ciudad y desde allí iría al puerto. Torión y Maia volverían a casa por la puerta de la muralla y tratarían de hacer creer que no habían salido en todo el día. Después de avanzar unos cien pasos me volví, pero habían doblado ya la curva y todo lo que vi fue dos espaldas que se dirigían lentamente a casa. Miré entonces el extraño barco de vela. «Los barcos griegos esperan», pensé. No, la cita debía de ser otra. Lo que necesitaba era un coro de otra obra:

… en la ancha marea
las drizas despliegan las velas al viento
por la proa del barco veloz.
Corriendo como los mensajeros yo iría
hacia donde arde la luz del sol.

Yo no iba hacia la esclavitud sino hacia la libertad.

II

ALEJANDRÍA

El *Alción* llegó a Alejandría el primer día de mayo. Tuvimos una travesía tranquila, navegamos por la vía de Chipre, pero sin detenernos ni hacer otras escalas hasta que avistamos el haz de luz del Faro frente a nuestra proa. El capitán navegó toda la noche; yo no me acosté porque estaba demasiado agitada para dormir. Por la mañana vimos elevarse el humo negro y espeso que salía al extinguirse el fuego. La torre se levantaba sobre un promontorio, blanca y alta, decorada con estatuas de bronce de dioses marinos y delfines. Al reflejar el sol de la mañana, los espejos de su parte alta eran cegadores. Más allá, tras el intenso azul del mar, se extendía la ciudad, un conjunto abigarrado de tejados rojos, cúpulas y jardines con muros y portones, todo de proporciones grandiosas. De una colina central llegaba el resplandor del oro al reflejarse la luz sobre algún monumento dorado. Era como el botín de un cofre de tesoros.

Alejandría tiene dos puertos divididos por el promontorio del Faro: el del este, o Puerto Grande, y el llamado Eunostos, el «feliz regreso». Al aproximarnos supuse que entraríamos en el Puerto Grande, dominado por el Faro y por otro faro más pequeño rodeado por espléndidas fortificaciones de piedra, palacios y jardines. En lugar de ello el barco tomó a la derecha y entró en el puerto de Eunostos. Allí la edificación no era tan impresionante, pues se componía de cobertizos y muelles en los que había barcos de pesca en la playa y se advertía un hedor de putrefacción. Más allá de los muelles había calles cuyas casas eran estrechas y muy altas, todas construidas con sucios ladrillos grises. Más tarde me enteré de que todas las embarcaciones comerciales cargaban su mercancía en aquel puerto y que el Puerto Grande estaba reservado al gobierno.

Mientras esperaba que el *Alción* amarrara, pregunté al capitán dónde estaba el museo. Me respondió riendo:

—Bajo tres codos de tierra. Fue destruido en las antiguas guerras o en una rebelión. No se ha reconstruido.

Posteriormente me informaron de que había estado en el barrio del Bruquión, el mejor lugar de la ciudad. En él se encontraban los palacios imperiales, algunos de los templos, el museo y la biblioteca. Todo había desaparecido. Sólo quedaba un campo de mimbreras y de acantos entre las piedras rotas, en el que los niños cazaban ratas en las ruinas. Lo que había quedado de la biblioteca estaba ahora en el templo de Serapis, en el barrio de Rhakotis, que terminaba en el puerto de Eunostos. Se había vuelto a levantar la muralla, pero desde el final de las guerras rodeaba una ciudad más pequeña. El barrio del Delta, en otro tiempo barrio judío del interior de la ciudad, había desaparecido completamente. Los únicos edificios nuevos eran las iglesias.

Después de haber amarrado el *Alción*, el capitán me dio algunos consejos.

—Deja tus cosas de valor en un banco —me dijo—. Isidoro, el hijo de Herón, es de fiar, y no te pedirá demasiados intereses. Lo encontrarás en el segundo cobertizo de la izquierda que hay al salir del puerto. La ciudad está llena de rateros y ladrones, de modo que nunca lleves mucho dinero encima. No vayas a las calles alejadas, especialmente las del barrio de Rhakotis. A los egipcios no les gustan los extranjeros, en particular los eunucos. ¿Cuál es tu religión? Sí, dijiste cristiana, pero ¿eres arriano o niceno?

Dije que era *homusiano* moderado, ni arriano ni niceno; pero no entiendo mucho de teología. La disputa tiene que ver con la naturaleza de Cristo. Los arrianos dicen que fue creado por el Padre, mientras que los nicenos afirman que es «consustancial» con el Padre, término que desagrada a los otros cristianos. El arrianismo goza del favor de los emperadores, pero no de los obispos, que nunca lo han aceptado en ningún sínodo, y mi abuelo lo consideraba un poco arriesgado.

—Bien, di entonces que eres niceno —dijo el capitán del *Alción*—. Aquí es mejor ser maniqueo que arriano. La gente quiere con locura a su arzobispo y éste es un niceno furibundo. Por culpa de ello lo han desterrado cinco veces. Los arrianos no son muy queridos. Aléjate de los baños públicos. Los jóvenes guapos no están seguros en esta ciudad.

—Soy mayor de lo que parezco —objeté.

—Está bien, ¡pero para estos maricas lo que cuenta es el aspecto! Para ser un eunuco, pareces un joven agradable. Me apenaría saber que has terminado mal. ¡Buena suerte y cuídate!

La ciudad no era lo que había imaginado. Una vez hube desembarcado, caminé por las estrechas calles del barrio de Rhakotis, arrugando el entrecejo ante las casas lúgubres y estrechas y las dos iglesias, la antigua y pequeña de Theonas y la reciente y más grande del popular obispo Atanasio. Visité al banquero que me había recomendado el capitán y, después de dejarle mis alhajas, fui en busca de los estudiosos del templo de Serapis. Un canal conecta el puerto con el lago Mariotis, y anduve por la orilla hasta la Vía de los Toldos, evitando las calles interiores, como me habían aconsejado. La gente tenía un aspecto exótico, era más morena que la de Asia. «Color de miel», los califica siempre el censo. Algunos hablaban una lengua que no era griego. «Copto», pensé. Eran egipcios, huraños con los extranjeros. Todo resultaba muy extraño.

La Vía de los Toldos se asemejaba más a la Alejandría que había imaginado: una gran calle de anchura suficiente para permitir a cuatro carros pasar a la vez, una gran

muchedumbre con asnos y camellos cargados, y con gatos, animales raros fuera de Egipto pero muy comunes en aquel país. A ambos lados había un doble pórtico comercial que los alejandrinos llaman Tetrapilón. Los vendedores ambulantes pregonaban a gritos cidra confitada, dátiles, pan fresco con comino, salchichas y tortas de sésamo. Pasé por comercios que vendían vinos de todo el país y exhibían ropas de lana y de lino, lana para tejer teñida de colores exóticos, amuletos mágicos, papiros, objetos de vidrio, oro de Nubla y perlas de Britania, muebles tallados e imágenes de barro cocido de un centenar de dioses diferentes. Los mendigos pedían limosna. Pasé por delante de un eunuco joven con un gorro frigio que tenía delante un cuenco para recoger monedas y cantaba con un hilillo de voz un himno a la diosa Cibeles. Me miró y apartó la vista con indiferencia. Un hombre con barba y vestido de negro, de pie sobre un muro, predicaba filosofía estoica delante de varios alumnos que lo escuchaban con atención. En el otro lado de la calle, un campesino hirsuto que lucía una tosca túnica predicaba alguna variedad de gnosticismo. «¡El mundo es obra del diablo!», vociferaba, la única forma de hacerse oír. Todos gritaban mientras comerciaban empujándose entre sí, cantaban y maldecían. Pasé frente a un local lleno de aves enjauladas que cantaban al unísono como un coro de bacantes. Y había una gran variedad de olores: miel, estiércol, cuerpos sucios, perfumes, pan caliente y vida; y todo ello me dejaba atónita.

Sin embargo, a pesar de ser forastera, veía que la ciudad ya no era lo que había sido. Cuando llegué a la plaza central, donde se encuentran la Vía de los Toldos y la otra gran avenida, la calle Soma, vi las primeras ruinas. El mausoleo del gran Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, el hombre que conquistó el mundo: un círculo de columnas rotas y restos de una pared. El cuerpo embalsamado había desaparecido, así como también, desde luego, el ataúd de oro y los tesoros que lo habían rodeado. La verdad es que el imperio fundado por él desapareció antes que su tumba; no creo que pueda quejarse. Doblé a la derecha por la calle Soma y me encaminé hacia el Templo de Serapis, donde todavía se conservaban algunos fragmentos de la biblioteca y el museo.

El templo se alza en una colina artificial del sector sudeste de la ciudad, cerca del estadio. No fue difícil encontrarlo. Tan pronto como salí de la plaza Soma lo vi flotar sobre los tejados de las casas cercanas. La columna dorada que había visto desde el barco seguía sobre sus cimientos. La dirección estaba bien señalada con una placa de mármol donde aparecía la imagen del dios. Seguí en dirección al templo por esa Vía Sacra que se curvaba colina arriba, flanqueada por palmeras datileras y arbustos

cistáceos de flores moradas. El complejo del templo en sí estaba separado del resto de la ciudad por un muro, pero tenía el portón abierto y sin vigilancia, por el que entré en un patio pavimentado. Era casi mediodía y el sol brillaba con una intensidad deslumbrante sobre las baldosas blancas. Entre las palmeras datileras circulaba una fuente fresca y cristalina. Detrás de ella estaba el templo, con sus columnas pintadas y doradas, y su fachada decorada con imágenes de Serapis, Isis y su hijo Harpócrates, el dios más importante entre los antiguos de Egipto.

No entré en el templo. Como cristiana, no tenía nada que hacer allí. Pero advertí que estaba rodeado de construcciones: aulas, residencias, la biblioteca, claustros y jardines. La mayoría de todos aquellos edificios eran propiedad de lo que los alejandrinos llaman todavía hoy el museo. Tenía algunas cartas que me había dado Torión, dirigidas a algunos de los doctores más destacados del cuerpo de profesores de medicina, y busqué a alguien que las recibiese.

Llegué a una de las construcciones más grandes y abiertas al público. Era la biblioteca, cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías. Un alejandrino delgado y moreno ocupaba un escritorio en el centro del salón. Tenía una caja de escritura de bronce colgando del cuello, junto con un anillo de sellos de aspecto oficial, y escribía cuidadosamente en una hoja de papiro. Tenía que ser un escriba, un funcionario. Muy nerviosa, me acerqué y le pregunté si podía ver al muy respetado Adamancio. Era el director de la Escuela de Medicina.

—¿Para qué quieres verlo? —me preguntó el escriba con impaciencia a la vez que bajaba la pluma y me miraba de manera airada.

Acto seguido, me observó por segunda vez, notando mi aspecto y mi rostro lampiño. Su boca esbozó un gesto de antipatía, algo que yo habría de conocer bien, ya que solía seguir a la suposición de que yo era un eunuco. Hasta entonces no sabía cuánto detestaban a los eunucos. Los culpan de todos los males del imperio, y se afirma que no son más que esclavos importados a los que el emperador escucha y que no permiten a otros hombres honrados aproximarse al soberano. Semihombres codiciosos y corruptos, como los llaman, que se dejan sobornar a cambio del favor más insignificante. No importaba que yo no fuese un chambelán imperial. Me odiaban como si lo fuese y despreciaban mi falta de virilidad, como si hubiese elegido la castración simplemente para recibir sobornos.

Expliqué, siempre nerviosa, mi motivo para ver a Adamancio. El escriba dejó escapar unos gruñidos desdeñosos, pero me indicó el recinto de uno de los patios de la biblioteca. Era un cuarto pequeño y oscuro que tenía las paredes de piedra y donde se

sentía una agradable frescura. Contra una pared había una mesa de trabajo, y a su lado, una biblioteca. No había nadie, de modo que me senté a esperar.

Al cabo de una hora apareció un hombre alto y moreno luciendo un manto bordeado de flecos y un sombrero pequeño, que hablaba en voz alta a dos ayudantes muy bien vestidos. Me levanté respetuosamente y el hombre quiso saber qué deseaba.

—Estimado señor, soy Caritón, un eunuco de Éfeso y estoy esperando para hablar con el excelentísimo Adamancio. He venido a solicitar permiso para hacer estudios de medicina aquí.

—Yo soy Adamancio —me dijo, mirándome suspicaz—. ¿He oído hablar de ti? No recuerdo el nombre…

—Tengo unas cartas —dije, y se las entregué.

Adamancio las cogió y las examinó frunciendo el ceño con expresión de recelo.

—¿Por qué el que te recomienda no lo arregló antes? —me preguntó—. Estamos muy ocupados esta temporada, muy ocupados. Además, no diría que tienes… mm… condiciones para ser médico. No es una vida de lujo, ¿sabes? Se me ocurre que… un eunuco estaría mejor en un puesto administrativo.

—No me importa trabajar duro —manifesté—. Y tengo mucho entusiasmo por aprender el arte de curar. Tengo dinero para pagar mi enseñanza.

—Pues… —murmuró Adamancio examinando de nuevo las cartas antes de devolvérmelas—. Desde luego, tendrás que tratar con uno de los médicos relacionados con el museo. Necesitarás alguien que te tome como ayudante. Después podrás asistir a todas las clases, pagando una cantidad al profesor, claro. En realidad, te corresponde a ti buscar un maestro.

—Se me ocurrió que tú, excelencia, quiero decir… que tal vez conozcas a alguien que necesite un ayudante.

—Ah —dijo, y me miró un instante antes de hablar—. No, no se me ocurre nadie. ¿Y a ti, Timias? —preguntó, volviéndose hacia uno de sus acompañantes.

El asistente se echó a reír.

—¡No un ayudante como éste!

Adamancio sonrió a su vez y dijo:

—No, no se me ocurre nadie. Pero por supuesto puedes preguntar por ahí. ¿Eso es todo?

Pasé mi primera semana en la ciudad alojándome en una casa de vecinos llena de pulgas, cerca del canal fluvial, y llamando a puertas próximas al templo de Serapis, siendo objeto de burlas en mi recorrido de una a otra. Mis cartas de recomendación,

preparadas con tanto cuidado, eran inútiles. Hace falta enviarlas con antelación y es preferible que no las entregue un eunuco anónimo y pobremente vestido. Nadie me creía: no sería capaz de trabajar duro, parecía poco de fiar y a lo mejor era un esclavo fugitivo. Mi plan, tan ingenioso en Éfeso, parecía improvisado e imposible en Alejandría. No estaba preparada para los rechazos, el desdén y el odio ostensible que despertaba. Me sentía desgraciada.

Además, se suponía que buscaba hombres más viriles, ya que los eunucos constituyen una especie amante del lujo. Perdí la cuenta del número de veces en que se aproximaron a mí con ofertas de dinero, de las manos que tenía que eludir cuando intentaban palparme. Era aún demasiado inexperta y aquello me chocaba, aunque no era tan penoso como con Festino. Aquella gente no sabía quién era yo. De haber tenido éxito con sus manoseos, se habrían llevado una sorpresa. Sin embargo, nadie sospechaba que no era quien decía ser. Al principio me sentía nerviosa, preparada para responder a las acusaciones, pero finalmente me acostumbré. Hay una tendencia a juzgar por la ropa, en todos los signos del sexo y del rango que ella nos confiere. Podría haberme quitado el corsé, pues toda la diferenciación se basaba en el pelo y la túnica cortos. Cuando me miraban, me veían como «un joven afeminado», más un eunuco que una muchacha vestida de varón. Estaba claro que el viaje por mar me había permitido habituarme al cambio de sexo antes de lanzarme a la ciudad. No me costaba tanto ya referirme a mí misma como un hombre, y me resultaba inusitadamente fácil renunciar a los gestos de una doncella noble. Con todo, me costaba lo indecible no olvidar mi condición de varón, ponerme bien la ropa o pasear a pie por una ciudad grande y desconocida cuando siempre había tenido una litera o un carro. Me dolían los pies. No podía lavarme como es debido, pues en la casa no había la suficiente intimidad. Me alimentaba de bollos de pan barato comprado a los vendedores ambulantes. No tenía mucho dinero, pues hasta entonces no había podido vender ninguna de mis joyas. El banquero no quería comprármelas, de modo que las llevé a un comercio de la Vía de los Toldos. Allí el dueño fingió creer que eran sólo vidrios, y cuando insistí en que eran de mi madre y genuinas dijo que debía de haberlas robado y me amenazó con denunciarme ante los magistrados. Salí sin vender ninguna y pasé el día llena de miedo de que cumpliese su amenaza. Aunque no la cumplió, yo temía ofrecerlas en otra parte. Si hubiese conocido mejor la ciudad, habría comprendido que lo que quería el joyero era rebajar el precio. Los alejandrinos son gente agresiva e irritable, y cuando se juntan son turbulentos, violentos y peligrosos.

Al cabo de diez días empecé a preguntarme si no debía volver a Éfeso y casarme

con Festino. Busqué a algunos médicos locales que no estaban vinculados al museo. La mayoría eran charlatanes supersticiosos, los clásicos curanderos que ordenan a sus pacientes que se revuelquen en el barro o que corran tres veces alrededor del templo invocando al dios y luego naden en el canal: recetas que matan a cualquiera, salvo a los más vigorosos. Entonces conocí a Filón.

Fue un encuentro casual en la biblioteca del templo. Estaba yo consolándome de mi último rechazo con la lectura del *Herbario* de Cratevas, cuando un cuarentón con barba se me acercó y me pidió permiso para mirar el rollo.

—Cuando hayas terminado con él, estimado señor.

Me agradó el título, después de tantos desaires como había recibido.

—Lo miraba solamente —dije—. Si quieres hacer una consulta, tómalo.

Filón sonrió. Ya llevaba en la ciudad bastante tiempo para identificar la barba, el manto con flecos y el solideo como indicios de que el hombre era judío. Tenía el pelo oscuro, y la piel, algo más clara que el tono ámbar común. Era alto y de anchas espaldas, y en cierto modo me recordaba a Torión.

—Gracias, señor —dijo, y seguidamente buscó la referencia a una indicación para tratar un trastorno ginecológico—. No servirá —dijo—. Aunque siempre podemos probar.

—¿Una paciente? —le pregunté, y él volvió a sonreír.

—¿Quién si no? Y es bastante poco lo que puedo hacer por la pobre mujer. Opio, eso es todo. Aliviar el dolor. La cura… está en manos de Dios.

—La vida es corta y el arte es largo —cité—. La oportunidad, esquiva; la experiencia, engañosa; el juicio, difícil.

—Pero el médico no sólo tiene que cumplir con su deber, sino que el paciente y los ayudantes tienen también su parte, si ha de llegarse a una curación —añadió, completando mi cita—. ¡Ah, Hipócrates! ¿Estudias aquí?

—No —fue mi lacónica respuesta. Como me recordaba algo a Torión, proseguí—. Me gustaría mucho hacerlo, pero al parecer no les agrado. Soy un eunuco y no tengo buenas recomendaciones.

El leve gruñido me recordó más aún a Torión. Filón me examinaba.

—¿De dónde vienes? Si puedo saberlo. Tu acento es de Asia.

—De Éfeso —respondí—. Es decir, Éfeso y Amida.

Procedí a contar mi pequeño cuento sobre los persas, mi primo Isquiras y su rescate, y la idea de Torión de enviarme a estudiar medicina.

—No has tenido suerte —comentó, aludiendo a la supuesta masacre de mi familia y

a mi castración—. Además, tu benefactor tendría que haber sido más cuidadoso y disponerlo todo antes de que tú llegaras aquí para saber dónde estudiarías. Pero ¿por qué medicina? Hubiera dicho que…

—¿Que a un eunuco le iría mejor en la corte, aceptando sobornos? Yo quiero estudiar medicina. No me interesa el dinero, sino curar. Es la más noble de las artes y toda mi vida he querido estudiar. —Hablaba con vehemencia. La última semana me había vuelto susceptible.

—Ah… —dijo Filón—. Tal vez me permitas ver tus cartas de recomendación.

Las tenía conmigo, por supuesto, y se las enseñé. Después de leerlas detenidamente, se preguntó si ese Teodoro no era el que habían ejecutado.

—No, no claro que no… —se respondió él mismo.

A continuación me hizo algunas preguntas sobre medicina, en su mayoría tomadas de textos conocidos, como las obras de Hipócrates y de Galeno.

—Has leído mucho para ser tan joven —dijo por fin—. Y hablas con un acento culto. ¿Conoces los clásicos además de los autores médicos? ¿Sí? Me sorprende que nadie te haya tomado como alumno. Yo mismo… —Aquí se detuvo con aire indeciso, pero luego continuó con aplomo e hizo la oferta—. Yo mismo necesito un ayudante. Mi sobrino tendría que haber venido a estudiar conmigo, pero murió de fiebre el año pasado. Desde luego, también podrías arreglar tu asistencia a las clases. Tengo que ver con esta escuela… —Aquí tosió y carraspeó—. Claro está que no tengo una gran formación. Me educaron con la Ley y no con Homero y los clásicos, pero conozco a Hipócrates. ¡Que Dios me perdone, pero lo conozco mejor que la Torá! Si no te importa estudiar con un judío que sólo sabe citar «Háblame, oh diosa de la ira…», me gustará que estudies conmigo… —En ese punto se interrumpió, vacilando.

—Si conoces a Hipócrates, puedes arrojar a Homero al Puerto Grande. Pero yo soy cristiano. ¿Tienes alguna objeción?

—¡No, no! —Otra vez sonreía—. En realidad, podría ser muy útil.

Así, preguntándonos quizás en qué lío nos estábamos metiendo, fuimos a ver a Adamancio. Recibió a Filón con gran cordialidad, y cuando se enteró del objeto de nuestra visita se mostró primero sorprendido y luego divertido. Cuando me estrechó la mano y me felicitó, adoptó un tono condescendiente. Filón me aceptaba como ayudante y se comprometía a enseñarme el arte. Yo tendría libertad para asistir a las clases de otros médicos si pagaba la cantidad correspondiente. Cuando me considerase preparado, me examinarían los profesores del museo. Por último, accedí a pagar a Filón diez sólidos tan pronto pudiera vender mis joyas, y sellamos el trato con un

apretón de manos.

Volví a mi alojamiento y empecé a preocuparme. No conocía a Filón. Había estado en la ciudad el tiempo suficiente para saber que los egipcios odian a los judíos y que los sabios del museo, en su mayoría paganos, desconfiaban de ellos y, hasta donde era posible, evitaban prestarles atención. El hecho podría justificar en buena parte mi ignorancia, pero ¿qué sucedería si el hombre no era honrado, o simplemente era inepto? Y Adamancio era también judío, y todos habían oído hablar de él, aunque en realidad era de clase alta y más versado en Homero que en la Ley. Cualquiera es capaz de citar a Hipócrates. Bien, me dije, ahora podré asistir a las clases y buscar otras opiniones. Aprendería otras cosas aunque Filón no me las enseñase.

Estos pensamientos sólo consiguieron aumentar mi preocupación por los profesores y, peor aún, por mis condiscípulos. Los había visto en diversos sitios, consultando tratados, discutiendo junto a la fuente frente al templo, estudiando hierbas en sus jardines. Todos eran jóvenes, aproximadamente de mi edad o mayores, y se comportaban como si conociesen ya los secretos de la naturaleza. Sin duda sabrían mucho más que yo. Sospechaba que me odiaban desde aquel mismo momento. Me dije que no tendría importancia, tratando de dominar mi temor. «Aquí estoy, en Alejandría, y mañana comenzaré mis estudios sobre el arte de curar. Aun cuando sea ignorante, aun cuando resulte ser una inútil, sigue siendo lo que siempre he querido hacer. Un sueño hecho realidad.»

Me sentía mejor. Saqué mi copia de Galeno y la leí entera, asombrada de todo lo que tenía que aprender.

Al día siguiente me encontré con Filón en el templo, como habíamos convenido. Tampoco él parecía muy seguro de mí, pero me saludó cortésmente y fuimos a hacer nuestras visitas.

Los pacientes eran en su mayoría judíos, pero había unos pocos griegos y egipcios pobres. Recorrimos varias casas y viviendas colectivas, algunas de ellas situadas detrás de pequeños comercios, en el sector sudeste de la ciudad. Vimos a un carpintero que se reponía de una fiebre, a la hija de un escriba con dolor de oídos, a la mujer del empleado de la casa de baños públicos, que tenía una clavícula fracturada.

—Nadie muy distinguido —dijo Filón sonriendo—. No soy un médico de mucho prestigio. ¡Pero tampoco soy caro!

Me presentó a sus pacientes con gran cortesía y me indicó que apuntase los datos en un papiro, que me permitía ver para determinar qué había sufrido el enfermo y qué

cuidados le había proporcionado hasta el momento. Era suave y delicado, empleaba prudentemente una gran variedad de medicamentos y evitaba el empleo de las sangrías y los purgantes. Se tomaba bastante tiempo con cada paciente, respondía a sus preguntas y les explicaba el tratamiento.

El cuarto o quinto paciente que visitamos aquella mañana era la mujer de un calderero que había dado a luz hacía poco. El umbral de la casa estaba cubierto de hojas de laurel y de trébol como amuletos contra el mal de ojo, y otro de poderes mágicos había sido fijado a la puerta junto al rollo judío de la Ley. Filón lo vio y murmuró con aire avergonzado:

—Esto lo conozco —y agitando la cabeza golpeó la puerta.

La esclava de la casa, una anciana arrugada, nos hizo pasar y, apenas Filón entró, le dijo:

—El ama está peor, mucho peor, y el bebé también está enfermo, pobrecito. Se ha puesto amarillo.

—Suele suceder uno o dos días después del nacimiento —señaló Filón, y comenzó a examinar a la enferma.

La casa olía a incienso, y bajo ese aroma había otro olor extrañó y acre. A pelo quemado y a alguna planta, pensé. El ama de casa estaba tendida en la cama, con la cara roja. Tenía un amuleto mágico alrededor del cuello y un cuchillo bajo la almohada para ahuyentar a los demonios.

Filón sonrió, me presentó y comenzó a examinar a la mujer. La limpió con una solución de vinagre y mirra y le dio de beber opio y díctamo con vino. Examinó al niño, un poco amarillo, que dormía con otro amuleto atado al cuello. Filón se lo quitó, retirando también el que tenía la madre.

—Esto no es bueno —dijo con una sonrisa—. Es un objeto pagano que no sirve para los judíos. No debes confiar en algo como esto, sino en la Ley. Los demonios judíos nunca hacen caso de cosas como tu amuleto. ¿Crees que el demonio Lilith escucha lo que dice Isis?, ¿eh? Lo que necesitas, buena mujer, es un rollo de la Ley. Átatelo al vientre con tiras de lino limpio y pide a tu marido que cante los salmos mientras vosotros quemáis incienso. El salmo número dieciocho es muy bueno. Conozco al hombre que te hizo este amuleto. Cree que puede apaciguar a cualquier demonio dándole sangre. Pero esto los vuelve cada vez más ávidos y vuelven a pedir más sin cesar. Y si los escuchas, tú y el bebé moriréis. Haz lo que te indico y no le permitas entrar nunca aquí: verás qué pronto te curas. Tampoco te preocupes por tu hija. Una ictericia leve como ésta es común. Amamántala a menudo; tal vez puedas darle

además un poco de agua hervida para beber, y ese tinte amarillento desaparecerá si rezas las plegarias indicadas y quemas el incienso.

La mujer parecía satisfecha con la visita e hizo un gesto de conformidad. Filón salió llevándose los amuletos mágicos. Arrancó el que estaba en la puerta y luego arrojó los tres objetos a la cloaca.

—Allí es donde deben estar —dijo enfadado—. Ojalá el que los fabricó los acompañase. —Al ver mi sorpresa, su expresión fue de vergüenza—. Es uno de nuestros brujos alejandrinos —me explicó—. Tenemos muchos. Y éste se especializa en fiebres infantiles. ¿Has olido algo?

—Pelo quemado y… alguna otra cosa.

—El pelo era de la mujer y lo otro era un papiro escrito con su sangre. Es la primera parte del sortilegio. Si no da resultado, corta los dedos del bebé para apaciguar al demonio que amenaza su vida. Pero no tiene la menor idea de higiene. Los cortes se infectan y el niño termina siendo un lisiado. Además le agrada quemar cosas. ¡La gente que ha matado! —Filón suspiró—. La verdad es que los egipcios son aficionados a la magia y han pasado esa inclinación a algunos judíos. Sin embargo, espero que nuestra paciente renuncie ahora a ella.

—¿Qué le has indicado que hiciera?

La sonrisa melancólica se acentuó.

—Algo que me avergüenza como hipocrático. Pero ella quiere magia, y es muy poca la que puede ofrecerle la medicina hipocrática. Dejarlo todo a merced de la sabiduría del cuerpo, decimos. Nuestro cuerpo se recuperará si es capaz de hacerlo. No obstante, entretanto la mujer sufre dolor y está asustada. Y llega un mago y le dice: «Yo puedo curarte», y esto es más de lo que prometió el médico, de modo que ella escucha al mago. Bien, yo le doy una fórmula mágica para mantenerla contenta y calmarle la mente, lo cual es útil.

Filón emprendió el camino hacia la casa siguiente y yo lo seguí muy despacio, pensativa. Todo era muy diferente de los textos de Hipócrates que había leído. Filón se volvió y se detuvo para que lo alcanzase.

—La práctica es muy diferente de la teoría —observé, al tiempo que me disculpaba por mi lentitud.

Con una sonrisa, Filón respondió:

—Querido Caritón, has aprendido ya algo que la mitad de los doctores del templo parecen ignorar.

Sonreí antes de preguntarle:

—¿Tienes una teoría básica que aplicar?

Filón se puso serio y se encogió de hombros.

—En realidad, no —contestó—. No soy galenista, ni sistemático, ni alópata. En el templo tienen más teorías que pulgas un perro, y no las recuerdo todas ni puedo tampoco enseñártelas, por supuesto. Pero puedo ejercer. Algunas de ellas te dirán que atender a un paciente sin una teoría de la enfermedad, con un cuchillo en una mano y un medicamento en la otra, es como dar palos de ciego. Pero según mi punto de vista, ninguna de las teorías es del todo cierta, y el médico tiene que obrar entre tinieblas lo mejor que pueda. Sin embargo, no debe olvidar que trabaja entre tinieblas y debe tener cuidado. Yo intento tratar los síntomas, hacer que el paciente se sienta más cómodo y ayudar al cuerpo en lo que, al parecer, se propone. Puedo enseñarte algunas cosas que dan resultados, pero no grandes secretos.

—Hablas como Hipócrates.

—Hipócrates sabía menos que Galeno, pero comprendía más. Por lo menos así lo creo yo. —La sonrisa había vuelto a su rostro—. Tenemos que apresurarnos. Me espera otro paciente.

Al cabo de una semana de trabajar con Filón me alegré del rechazo de los otros médicos más prestigiosos, porque no habría podido encontrar un maestro mejor que él. Era mi ideal del científico verdaderamente hipocrático: objetivo, metódicamente observador, abnegado, generoso y lleno de bondad. Trataba a los pacientes más pobres por caridad, según decía, «por el amor de Dios», y como la mayor parte de los enfermos que aceptaba gratuitamente eran egipcios cristianos que por tradición detestaban a los judíos, su generosidad era sorprendente. Era un buen maestro: le gustaba explicar las cosas y me dedicaba tiempo, mostrándose complacido cuando le hacía una pregunta inteligente. También él parecía estar satisfecho conmigo. Su actitud reservada de antes cambió, y me llamaba Caritón en lugar de «mi estimado señor». De vez en cuando hacía algún comentario al azar lleno de ironía o bromas sobre sus pacientes, como «ése quiere que lo admiren por escupir bien», o «no te preocupes por sus síntomas. ¡Ha dicho eso sólo por los ojos que tienes, muchacho!». Me propuso que, para evitar el trayecto que tenía que hacer a diario desde el puerto para reunirme con él, viviera en algún lugar próximo a su casa.

Le pregunté si sabía de algún lugar sin pulgas.

—Un lugar donde pueda tomar un baño —añadí—. No puedo utilizar los baños públicos y me siento como un monje del desierto.

Filón se echó a reír y luego adoptó cierta timidez.

—Tenemos un cuarto en mi casa —dijo—. Es pequeño, en el tercer piso, y muy sencillo, pero si quieres…

—¿No te molesta? Quiero decir, que a tu esposa puede no gustarle aceptar a un extranjero, cristiano y eunuco.

—¡No, no! Es muy buena, y como dice el salmista «vale más que rubíes». Le he hablado de ti y de todos modos quiere conocerte.

Aquella tarde Filón me llevó a su casa y me presentó a su familia: su mujer, cuyo exótico nombre judío era Débora, su hija de catorce años, con el nombre griego más común de Teófila, y sus dos esclavos, Harpocratión y Apolonia. Ambos eran paganos y descubrí que ésta es una práctica bastante común entre los judíos, cuyas leyes exigen que se libere a todo esclavo judío al cabo de siete años. Filón tenía además un hijo, un joven que estaba estudiando la Ley judía en Tiberíades. Les anunció que yo viviría con ellos. Aunque se desconcertaron un poco, nadie puso objeciones, y Harpocratión, un hombre grueso de edad madura y devoto de Isis, me ayudó a llevar mis pertenencias.

La casa de Filón estaba cerca de la nueva muralla de la ciudad, al sur de la Vía de los Toldos. Era una vivienda estrecha, de un ancho no mayor de dos cuartos, a pesar de tener tres pisos. Mi cuarto estaba en el tercero, bajo el tejado, y la ventana miraba hacia la casa de al lado. Por ella veía una pared de ladrillo gris amarillento. Si giraba la cabeza atisbaba el interior por la ventana de mi vecina. Cuando me mudé, al principio ella solía cerrar las persianas, pero al cabo de varias semanas y después de haberle ofrecido yo un ungüento para las varices, dejaba la ventana abierta y enseñaba sus venas, y de vez en cuando me contaba chismes, burlándose de mi recato cuando yo insistía en cerrar las persianas.

El lago Mariotis tiene una pequeña isla que se extiende hasta la Puerta del Sol, y el Canal de los Toldos, que une el lago con el Nilo, corre en esta dirección. Los días cálidos y sin viento el mal olor del barro y las cloacas del puerto era verdaderamente insoportable. Hipócrates dice que el agua estancada es muy perjudicial para la salud y que quienes la beben sufren hidropesía y enfermedades gástricas. La verdad es que la gente de aquel barrio no bebía el agua del canal, y la del lago era de mal sabor e imposible de beber, pero a pesar de todo sufría fiebres e infecciones con mucha mayor frecuencia que la de otros barrios. En su conjunto, la casa se diferenciaba bastante de la de mi padre en Éfeso.

Sin embargo, se encontraba en un punto de la ciudad que en otros aspectos era bastante agradable. El antiguo parque dedicado al dios Pan quedaba a poca distancia, y había una fuente pública en la esquina con la Vía de los Toldos. Y la casa y la familia

me gustaban muchísimo. Yo le pagaba a Filón cuatro sólidos anuales como alquiler, incluida el agua que Apolonia me traía de la fuente pública, un brasero para calentar el cuarto en invierno y aun la posibilidad de hacer que lavaran mi ropa con la del resto de la familia, con quien también compartía la mesa después de pagar otros dos sólidos por la comida.

Por entonces tenía ya bastante dinero, pues Filón había encontrado un comprador para mis joyas, un viejo mercader judío que vivía en lo que quedaba del barrio del Delta. El hombre no afirmó que se tratara de imitaciones de vidrio, pero quiso saber por qué quería venderlas si habían sido de mi madre.

—No tengo mujer ni hija que las use —dije—. Pensé que mi madre no se habría disgustado si las empleaba para pagar mi educación.

El hombre murmuró algo e hizo un gesto de conformidad, para luego ofrecerme un precio tan bueno que sentí algo de vergüenza al aceptarlo. En realidad, vendí sólo un par de pendientes de perlas y zafiros y el anciano me pagó sesenta y ocho sólidos por ellos, suma suficiente para vivir durante años, dado lo poco que me costaba vivir en Alejandría.

Tenía siempre la sensación de que, antes de llegar aquí, no había hecho nada en mi vida; era casi como si no hubiese existido. Sólo al principio echaba de menos el bienestar de mi casa, pero con tanta felicidad no tardé en olvidarlo. Todas las mañanas pensaba al despertar: «¡Estoy en Alejandría!» y era como si todo mi cuerpo comenzase a cantar.

Me levantaba al amanecer, hábito universal en los veranos calurosos de Egipto. Me lavaba bajo la luz gris que se deslizaba entre las persianas, inclinada sobre un gran recipiente, dejando caer el agua templada sobre mi cuerpo mientras desde la calle, abajo, llegaba el ruido de los carros, de las caravanas de camellos que llevaban mercancías al mercado y de las mujeres hablando a gritos mientras recogían la ración diaria de agua de las fuentes públicas. En nuestra casa, la tarea era responsabilidad de la esclava Apolonia, y generalmente estaba ya en la cocina cuando yo bajaba. Nos saludábamos y yo cogía un panecillo de comino de la cocina y me lo comía en mi camino al templo.

Cuando salía por la puerta de la casa de Filón, era todavía la hora gris que anuncia el alba, pero las calles ya estaban llenas de gente. Hombres y mujeres de aspecto respetable marchaban apresurados a su trabajo, los escolares se apresuraban por la calle gritando o bien caminaban con aire formal al lado de un esclavo de la familia, escoltados como caballeros en miniatura para recibir su ración diaria de Homero. En la

Vía de los Toldos los comercios abrían sus puertas. Los panaderos amontonaban sus perfumados panes frescos, cocidos en las horas más frías de la noche, los carniceros ordenaban cabritos con las patas atadas, y jaulas de mimbre llenas de pollos se alineaban en la calzada. Los barberos afilaban sus navajas y esperaban a sus clientes, y los campesinos se instalaban a un lado de la calle, disponiendo la fruta madura o las hierbas verdes que traían para vender y que ofrecían a los transeúntes con voces nasales y monótonas. Las literas techadas y las sillas de mano de los ricos parecían flotar sobre las cabezas de la multitud, como barcos en un mar agitado. Me costaba recordar que siempre me había desplazado en ellas. Me solía abrir paso con los codos por la calle Soma, donde los pájaros cantaban en las ruinas, y me detenía para mirar a mis espaldas. El alba roja se volcaba por la ancha Vía de los Toldos desde la Puerta del Sol, esculpiendo las masas de edificios públicos con una luz espesa, perfilando las siluetas de hombres y animales con trazos definidos y claros, como las figuras de una pintura. Cuando llegaba al templo, el sol se había elevado ya por encima del Delta llano y verde, y desde la puerta veía la gran ciudad en toda su extensión, una masa de color vivo como el de una joya que rodeara el luminoso mar.

Pasaba la parte inicial de la mañana en el templo, asistiendo a clases y participando en discusiones con otros estudiantes. De medicina había alrededor de cien, que provenían de todo el Imperio oriental, aunque yo suponía que en su mayor parte eran alejandrinos. Durante las primeras dos semanas me abstuve de participar en las discusiones, impresionada como estaba aún por su aparente conocimiento. Por su parte, tanto estudiantes como profesores me miraban con desdén. Era evidente que me consideraban un eunuco asiático presuntuoso con ínfulas de médico, y todos creían que no tardaría en renunciar al estudio para volver a mi país, especialmente porque se atribuía a Filón el hábito de «trabajar como un esclavo». Sin embargo, al comenzar el mes de junio uno de los estudiantes, un joven muy locuaz de Antioquía, hizo un comentario público en el que confundía el modo de curar dislocaciones con el de curar torceduras. Nadie dijo nada, y con cierta vacilación yo sugerí que mi estimado condiscípulo se había equivocado y cité a Hipócrates. Mi estimado condiscípulo se mostró confuso, los otros estudiantes rieron y el profesor, con un gesto de sorpresa, me miró y me aplaudió. Me di cuenta de que ninguno de los estudiantes presentes había leído aquel texto. Por tanto, estaba en libertad de hablar tanto como cualquiera de ellos y el miedo a parecer tonta no tenía por qué hacerme callar. Desde aquel día comencé a hacer comentarios y a formular preguntas cada vez más frecuentes y mis compañeros me tomaron más en serio. Algunos me tenían más antipatía aún por ser un rival en lugar de

un objeto de burlas, pero otros empezaron a observarme con cierto respeto. «¿Y qué habría dicho Hipócrates acerca de esto?», solía preguntar Adamancio, y al hacer la pregunta me miraba con expectación.

Avanzada ya la mañana, regresaba al centro de la ciudad para encontrarme con Filón. Generalmente lo hacíamos en la plaza Soma, junto a un pedestal que tenía el relieve de un delfín. Nos dirigíamos una sonrisa amistosa y un saludo, y partíamos a ver a sus pacientes, llevando yo su bolsa de médico y hablando de medicina por el camino. A veces los pacientes nos daban de comer; otras, comprábamos pan y vino o fruta a algún vendedor ambulante. Filón trabajaba toda la tarde, aun en las horas más calurosas en que la gente suele dormir. Según él, es entonces cuando los enfermos se sienten peor. Por otra parte, le agradaba pasar las veladas en casa con su familia, y siempre volvíamos antes de que se pusiera el sol. Comíamos algo ligero en la sala principal de la casa, que tenía el suelo de baldosas amarillas y la vieja mesa de roble, y hablábamos de medicina, de los pacientes o de los chismes de la vecindad. Después de la comida, Filón y su familia se sentaban a decir sus plegarias y a recitar su Ley. Yo, pasadas ya algunas semanas, me retiraba a mi cuarto y leía textos de medicina o preparaba los medicamentos que Filón usaría al día siguiente.

Al principio esta vida me pareció agotadora. Durante varias semanas fui incapaz de hacer otra cosa que no fuera llegar a mi cuarto, echar el cerrojo y caer rendida en la cama. Seguramente, Adamancio y los burlones del templo tenían razón. Era un trabajo duro, y quien no estaba acostumbrado a semejante esfuerzo haría mal en intentarlo. Pero no lo consideraba un trabajo. Pasar el día entero, de la mañana a la noche, sin practicar otra cosa que el arte de curar no era trabajo, sino la perfección y la dicha. A medida que me habituaba a mi nueva vida, la sensación de fatiga fue disipándose, pero no así mi felicidad. Nunca había advertido antes lo limitada que había sido mi antigua vida. Nunca había caminado sola por la calle, ni gastado mi propio dinero, o elegido por lo menos cosas simples, como mis lecturas, mis ropas o lo que comería. Antes, todo estaba previamente establecido. Aquel sabor de la libertad me deleitaba.

El verano pareció durar años. ¡Aprendí tanto, cambié tanto! Empecé a considerar natural pensar en mí misma como si fuese hombre, y perdí los últimos vestigios de femineidad en las aulas del templo. Compraba y leía tratados con desmedido entusiasmo. Algunos de ellos se ocupaban de las diferentes teorías en medicina, pero en su conjunto no me resultaron muy útiles. Un autor afirmaba que la enfermedad era un desequilibrio en las proporciones de los cuatro humores del cuerpo, y que éstos eran la sangre, la flema, la bilis negra y la bilis amarilla. Otro autor estaba de acuerdo en

cuanto a la naturaleza de la enfermedad, pero no en cuanto a la de los cuatro humores. Un tercero rechazaba todo aquello y declaraba que la causa de las enfermedades es la desproporción entre lo que se come y lo que se expele. Nada en estas teorías era aplicable en presencia de un paciente de verdad, sudoroso y demacrado por una verdadera enfermedad. Estaba de acuerdo con Filón en que la práctica es mejor que las teorías y me concentraba en aprender a practicar la medicina.

Estudiaba las hierbas y formulaba preguntas sobre ellas. Era en el campo de los medicamentos donde más notaba mi ignorancia, pues no conocía nada sobre sus características, y una de mis responsabilidades como ayudante de Filón era preparar las medicinas, aunque la tarea era más fácil en Alejandría que en la mayoría de los otros lugares. Estudiaba además las hierbas de los jardines del templo, pero las que nosotros utilizábamos se adquirían en el mercado, envasadas y embotelladas, de modo que no era necesario esperar la estación indicada, ni recolectar la savia o hervir el jugo para reducirlo, o recorrer las montañas en busca de la raíz que queríamos. Bastaba mezclar los preparados con la cantidad requerida de vino, vinagre o aceite, y tratar de determinar la dosis indicada para el paciente. Genciana y cicuta, melationa y opio, ciclamen griego, aceite de cedro… en Alejandría era posible comprar cualquier hierba en la herboristería. La mayoría eran medicamentos de los que Hipócrates nunca había oído hablar. Nosotros sabemos más que él sobre el cuerpo y la naturaleza, pero, según Filón, él comprendía más de lo que sabía. Su método y su gran curiosidad eran, a mi juicio, más valiosos que las afirmaciones doctrinarias hechas mucho después por otros autores. Por último, la pregunta «¿Qué habría hecho Hipócrates?» siempre era válida, y, por supuesto, adquirí cierta fama por formularla. Mis condiscípulos del templo se burlaban de mí cada vez que la repetía, pero dejaron definitivamente de ser desdeñosos y consultaban mi opinión.

Al comenzar agosto, Adamancio hizo la disección de un cuerpo humano. Era algo poco frecuente incluso en Alejandría, donde existe una larga tradición en esas investigaciones. Las autoridades siempre sospechan que en las disecciones pueda intervenir la magia, aunque ciertas prácticas mágicas susceptibles de pena de muerte en Éfeso se realizaban abiertamente en Egipto. No sé, por lo tanto, por qué mostraban un interés tan exagerado por las disecciones médicas. La tradición hipocrática siempre se opuso a la magia. No obstante, las autoridades tendían a intervenir y era difícil encontrar un cadáver, por lo que las disecciones no eran tan frecuentes como se deseaba. Cuando algún profesor del museo conseguía hacer una, los estudiantes luchaban a empellones por obtener un lugar junto a la mesa para ver mejor. Adamancio

tenía cinco ayudantes que naturalmente obtuvieron los mejores lugares, pero los más cercanos a éstos fueron causa de rivalidad y de codazos entre los demás. Terminé en el fondo, cerca de la pared, donde no veía absolutamente nada. Sin embargo, antes de hacer uso de su bisturí, Adamancio miró a su alrededor y al notar mi presencia me preguntó:

—Caritón. ¿Ves bien desde allí?

Tuve que responder que no.

—Ven al frente, entonces. Aún eres nuevo aquí y no has visto todavía un ejemplar como éste. Además, sacarás provecho de lo que veas mucho mejor que la mayoría de los presentes.

—La mayoría… —dijo alguien con cólera, pero a pesar de todo me abrieron paso.

Apenas me atrevía a respirar. No creía haber recibido nunca un elogio como aquél. Me puse junto a la mesa y observé la operación como si mi vida dependiese de ello. Cuando Adamancio hundió el cuchillo en el cadáver (el de una anciana esclava de un amigo, según suponía), creo que tuve una sensación de náusea, pero pronto la olvidé. El cuerpo humano es un acertijo, un misterio y un milagro, y yo estaba fascinada. Adamancio trabajaba despacio, exponiendo, haciendo preguntas y respondiendo a otras. El estómago y el aparato digestivo, el hígado, el diafragma, los pulmones, el corazón…

En aquel momento uno de los estudiantes de Adamancio, el joven de Antioquía, se desmayó. Adamancio bajó su bisturí con un gesto exasperado y, dando un rodeo a la mesa, ordenó a los demás estudiantes que se retiraran.

—¡Que respire! —nos ordenó, y levantando al estudiante hasta ponerlo en posición sentada, verificó que la garganta no estaba contraída y le puso la cabeza entre las rodillas. Al cabo de un instante el muchacho dejó oír un lamento y levantó la cabeza.

—Aquí hace mucho calor y hay demasiada gente —dijo Adamancio con delicadeza —. ¿Por qué no vas a sentarte junto a la fuente hasta que te sientas mejor? —le propuso.

El antioqueno, cuyo nombre —recordé— era Teógenes, parpadeó, se avergonzó, se levantó y salió. Adamancio volvió junto a la mesa y prosiguió con la disección.

Tuve que retirarme antes de que Adamancio hubiese terminado, pues tenía que encontrarme con Filón antes de la hora de la comida. Cuando atravesé el patio del templo, Teógenes estaba todavía sentado junto a la fuente, mirándola con aire pensativo. Al oír mis pasos rápidos en el patio desierto, en aquel mediodía caluroso, levantó la vista y me llamó:

—¡Hola, Caritón! ¿Han terminado ya?

—Casi —respondí y me detuve—. Estaba formulando preguntas generales cuando

salí.

—Qué mal papel he hecho, ¿no? —dijo Teógenes, y sonrió.

Su expresión era simpática y la dentadura muy blanca, lo cual reflejaba su buen humor. Era alto y delgado, y tenía el pelo negro y rizado y los ojos castaños. Al hablar gesticulaba mucho y sonreía con facilidad.

—Es mi primera experiencia de una… pero también era la primera para ti, ¿no? Además, he oído hablar de esos temas desde que era muy pequeño, de modo que no tengo excusa. ¿No has sentido náuseas?

—Al principio, sí —admití—. Pero yo en tu lugar no me preocuparía. Hacía mucho calor y todos te atosigaban.

—¡Es verdad! Parecía una carrera de aurigas, todos luchando por atisbar algo. «¡Vamos, Verdes!» «¡Cortad del intestino al estómago!»

—¡Vamos, Azules! ¡Por la aorta a los pulmones! —dije a mi vez riendo. Generalmente, los caballos de mi padre corrían con el color azul y yo acostumbraba a gritar siempre para animarlos.

—Azules, jamás —replicó Teógenes—. ¿Han descubierto de qué murió?

Negué con la cabeza.

—No había nada visiblemente anormal.

—¡Pobre vieja! Dime entonces qué han encontrado. Te invito a comer.

Me sorprendió la invitación y me sentí halagada. Ni siquiera los estudiantes que habían comenzado a ser amables me habían dirigido la palabra fuera de las clases. Pero tenía que rechazarla.

—Lo siento, pero no puedo. Mi maestro me espera y ya llego tarde. Otra vez, quizá…

—¿Te hace trabajar por la tarde?

—Siempre trabaja por la tarde. Tiene muchos pacientes y le gusta pasar la noche con su familia.

Teógenes emitió un silbido de extrañeza.

—¡Es una tarde tórrida para trabajar! Bien, tal vez mañana por la noche, entonces… No, mañana empieza el Sabbath.

—¿Tú también eres judío?

—Sí, mi padre es primo segundo de Adamancio. Pero tú no eres judío. ¿O sí?

—No, soy cristiano, pero mi maestro es judío y yo respeto el Sabbath.

—¡Tu maestro parece ser un hombre original! —comentó sonriendo.

—Es uno de los mejores médicos de la ciudad —repliqué algo ofendida.

Teógenes se sorprendió ante mi tono.

—Sólo quería decir que no es frecuente que un médico judío tenga un único ayudante cristiano que respeta el Sabbath. Sobre todo… —Se sentía incómodo y calló.

—¿Sobre todo si el ayudante es un eunuco?

Bueno, sí. No quería ofenderte. Mira, Caritón, me gustaría saber qué piensas de la disección. Después del Sabbath algunos nos reunimos siempre en la taberna de Calias, cerca del Castillo, para conversar. ¿Quieres venir?

—¡Ah! —dije, mirando perpleja a Teógenes.

Por primera vez en semanas me sentía tímida y desconcertada. Había soportado bien los desaires porque no esperaba obtener nada de mis compañeros y porque, de todos modos, pasaba la mayor parte de mi tiempo con Filón. Sin embargo, Teógenes me ofrecía una especie de camaradería, y no sabía qué decir. Las mujeres no suelen frecuentar tabernas. Sólo que yo no era una muchacha, de manera que ¿por qué no?

—Desde luego —respondí con una sonrisa nerviosa—. Gracias.

Teógenes volvió a sonreír.

—Bien, entonces. Es una taberna grande, cuyo cartel muestra una cabeza de caballo. La encontrarás. ¡Nos veremos allí!

Llegué a la plaza Soma tan tarde que no encontré a Filón y tuve que correr tras el de paciente en paciente hasta que lo localicé; pero cuando le expliqué el motivo de mi tardanza se mostró complacido.

—Como un favor personal, le pedí a Adamancio que se ocupase de ti —dijo—. Ambos estudiamos con el mismo maestro y por ese motivo accedió. Sin embargo, no te habría pedido que te acercaras si no hubiera advertido que tenías capacidad. No me cabía la menor duda de que lo convencerías.

Me sentía la dueña del mundo.

Aquella tarde, cuando volvimos a casa, hablé con la familia, llena de entusiasmo, acerca de la invitación de Teógenes y luego describí toda la disección. Todos estaban habituados a hablar de asuntos como aquél durante la cena y nadie perdió el apetito.

—¡Qué bien! —comentó Débora con una sonrisa condescendiente—. ¿Está enterado tu protector de lo bien que te has integrado en esta casa?

La pregunta me sobresaltó y me hizo callar. Y ello fue al advertir que en muchas semanas no había pensado en mi propia casa. Murmuré una respuesta casi ininteligible —en definitiva, que pensaba escribirle pronto—, y me concentré de nuevo en la descripción del hígado disecado. Cuando volví a mi cuarto me sentí preocupada. Había tardado en escribirle a Torión porque no sabía con certeza si estaría en Éfeso o en

Constantinopla. No podía arriesgarme a que la carta se perdiese al llegar a nuestra casa. En el mercado tuve algunas noticias de Asia, pues a Alejandría llegan todas las novedades del mundo. Mi desaparición un mes antes de la boda había sido un escándalo. Se comentaba que Festino estaba fuera de sí, y sospecho que a mi padre el miedo lo tenía paralizado. Si descubría mi paradero, enviaría de inmediato a alguien para llevarme a casa y, una vez allí, me encerrarían otra vez en mi tonto papel de doncella casta e incluso me obligarían a casarme. Acerca de dónde había estado, no se diría una palabra.

Sin embargo, tenía que escribir a Torión y a Maia, pues para entonces ya debían de estar preocupados. Sólo que no sabía qué contarles. «Hoy he presenciado una disección. Uno de mis condiscípulos me ha invitado a una taberna a hablar del asunto. Ayer ini maestro me permitió abrir y suturar el dedo de un carpintero en el que tenía un absceso.» Se horrorizarían. Era inmensa la brecha abierta entre mi personalidad de antes y la nueva, y temía lo que podrían pensar.

Después de acercarme a la mesa y beber un trago de agua de la jarra, me senté frente al manuscrito que había sobre la mesa, uno de los tratados de anatomía de Herófilo. Lo cogí y lo miré con aire distraído, hasta que encontré algo relacionado con la disección y me puse a leer con atención, olvidando por el momento a mi familia y la necesidad de enviar una carta.

Dos días más tarde fui a la taberna donde estaban Teógenes y los demás. El edificio, como me habían anunciado, no podía pasar inadvertido. Era una construcción sólida situada en la plaza pública, frente a los caserones suplementarios del Castillo, y, además del cartel que exhibía la cabeza de caballo dorada, tenía el vestíbulo decorado con un friso de bacantes pintadas en vivos colores. En su interior se veía una gran cantidad de ánforas de vino. Me detuve fuera, en la cálida luz del crepúsculo, casi enferma de los nervios. Desde dentro llegaba el ruido de voces, no demasiadas ni demasiado ruidosas, pues aún era temprano. De todos modos, no era una taberna poco respetable, aunque eso era lo de menos. Lo que importaba era que allí estaba yo, la hija esmeradamente educada de un hombre de rango consular, dispuesta a entrar en una taberna popular. Más aún, me aterraba lo que pudiesen pensar los otros de mí, que se enfadaran porque Teógenes me hubiese invitado. Estuve a punto de volverme y correr a casa, pero la idea de tener que explicar a Filón y su familia lo sucedido me hizo detenerme. «Bien —me dije—, si se imaginan que eres un eunuco presuntuoso y lleno de pretensiones, se equivocan. Y piensen lo que piensen, no te ha de afectar.» Entonces me erguí y entré.

En el interior había un salón principal de grandes dimensiones, iluminado por una serie de lámparas colgantes de bronce y lleno de mesas. Estaba todavía junto a la puerta mirando a mi alrededor, cuando Teógenes me llamó por mi nombre, me giré y lo vi sentado en un extremo. Me acerqué y, cuando Teógenes me presentó a sus compañeros, caí en la cuenta de que ya los había visto en el templo y sabía el nombre de casi todos. No eran, como había supuesto, todos judíos como Teógenes, sino que el grupo estaba formado por una mezcolanza de judíos, paganos y cristianos, alumnos de distintos médicos y procedentes de diversas ciudades. Cuando fui presentada, la mayoría de ellos sonrieron y saludaron, con aire de curiosidad, pero uno o dos reflejaron recelo, aunque ninguno manifestó sorpresa por mi presencia. Teógenes me hizo sitio en el banco y me senté.

—¡Una copa para nuestro amigo y más vino, querida! —dijo Teógenes a la camarera. Cuando la muchacha se alejó, la miró de arriba abajo—. ¡Es bonita! —comentó, sin dirigirse a nadie en particular. Luego se dirigió a mí—: En estas conversaciones mantenemos una regla, Caritón: no hablamos de religión. Cualquiera que lo haga, tiene que pagar una multa, el vino. Aparte de esto, compartimos el gasto y lo pasamos bien, aunque hablemos de medicina casi todo el tiempo. ¿Puedes decirme qué aprendiste de esa disección? Cada uno aquí me ha dado una interpretación diferente.

Cada uno de los presentes había hecho su propia descripción. Al encontrar la conversación tan interesante, dejé los nervios atrás. Cuando aquélla terminó, y después de haber bebido dos copas de vino, sentí que estaba entre amigos y me arrellané contra la pared, tranquila y a mis anchas.

—Tu amigo Hipócrates dice que los vasos que trasladan la semilla de la mujer a su útero son los mismos que van al pene en el hombre y que vienen de la cabeza por los riñones —me dijo uno de los estudiantes cuando nos disponíamos a partir—. Yo no vi nada de eso.

—No sabías qué buscar —señaló Teógenes con aire docto.

—Tú no viste nada —dijo su amigo—. Estabas fuera, en el patio.

—No estoy seguro de que hubiese algo que ver —opiné vacilando—. Creo que tal vez Hipócrates se equivocó en esto.

—¡Qué! —exclamó Teógenes con una ancha sonrisa—. ¿Equivocarse el inmortal Hipócrates?

—Nunca hizo disecciones, ¿no? —repliqué sonriendo también—. En su época tenían dificultades aun mayores que las nuestras. Hizo las mejores conjeturas que pudo

sin cortar a nadie de arriba abajo.

—Hipócrates dijo, además, que en el hombre los vasos pasan por los testículos —prosiguió el otro estudiante con cierta vacilación, pero como si Teógenes no hubiera hablado—. Y por eso los eunucos no pueden tener hijos, porque el paso se destruye cuando les extirpan los testículos.

Me miraba con curiosidad y, al cabo de un silencio incómodo, el resto de los estudiantes me miró también. Teógenes parecía avergonzado.

—¿Cómo te lo hicieron? —preguntó mi interlocutor—. ¿Te dolió mucho?

Me sentía aislada otra vez, y completamente sobria.

—No recuerdo —dije por fin—. Era muy joven cuando me lo hicieron.

Mi compañero bajó la vista.

—Perdona —dijo—. Fue pura curiosidad.

Me di cuenta de que el muchacho estaba recordando todo lo desagradable que había oído comentar sobre los eunucos.

—Te criaste en Éfeso, ¿no? —preguntó otro, rompiendo un silencio embarazoso. Quizá fue una pregunta espontánea, pero en cierto modo sonaba indiscreta, suspicaz—. ¿Por qué viniste a Alejandría?

Un alejandrino pagano llamado Nicias salió en mi ayuda antes que yo tuviera que responder.

—No hacía falta que preguntases si era asiático —dijo con un tono forzadamente indiferente. Era uno de los estudiantes que habían recibido mi aparición con un gesto de disgusto, y me miraba ahora con una expresión maliciosa dibujada en su rostro gordo y lampiño—. En mi vida he oído un ceceo más fuerte que el suyo «Hipócrates dice…» No, no puedo imitarlo.

En apariencia, sus palabras sonaban a chiste inocente, pero yo sentía el fondo de rechazo, como antes había intuido la intención de probarme en la primera pregunta. Tenía la cara roja y empezaba a enfadarme. Después de todo, me habían invitado, y era tan buena estudiante como cualquiera de ellos. No tenían por qué hacerme preguntas indiscretas ni tomarme el pelo. Al mirarlos de frente uno por uno, vi que aguardaban a ver qué hacía yo. Teógenes estaba incómodo, como si fuese el único con bastante cortesía para avergonzarse de los modales de sus amigos. Su actitud mitigó mi enfado y me esforcé por sonreír.

—¿Nunca habéis oído un acento tan malo como el mío? Se nota que no conocéis Éfeso. Deberías oír a algunos amigos de mi padre…, de mi protector. Mi querido y muy «*eztimado* Nicias, la yegua que mencionabas es un *tezoro* tan grande, que correría con

ella en cualquier momento, sólo que acaba de parir, mi querido amigo, pero no tengo la menor *nozión* de cómo lo *conziguió*».

La voz que imitaba era la que hacíamos Torión y yo, aunque en realidad imitaba la del viejo Pitión; sin embargo no hacía falta conocerlo para que lo encontrasen cómico.

—Excelente imitación —dijo Teógenes—. Entonces, tu patrón criaba caballos, ¿eh?

—En Éfeso lo llamaban maestro de carreras. Quizás hayáis hablar de él… Teodoro, el *clarissimus*.

Teógenes negó con la cabeza, pero uno de los otros, un sidonio, exclamó de inmediato que había visto ganar a algunos caballos de mi padre en unas carreras en Tiro. En seguida, el tema de conversación derivó hacia las carreras de carros y los aurigas más famosos del hipódromo local. Cuando el grupo se dispersó y nos retiramos, los otros bebieron a mi salud con el afecto de viejos amigos y yo respondí con la misma cordialidad.

En resumen, había pasado una velada excelente y tenía la sensación de haber superado una prueba difícil. De todos modos decidí actuar con cuidado frente al grupo y nunca beber demasiado en su compañía. Cuando estuviese con ellos tendría que mantenerme alerta.

Postergué un mes más el envío de mi carta a Torión. Cuando comenzó septiembre, no obstante, supe que tenía que escribir algo, cualquier cosa, para que él y Maia supiesen que estaba bien antes de iniciarse un largo invierno en el que sería imposible enviar cartas. Sabía con toda certeza que Torión estaría ya en Constantinopla. En vista de ello, una noche clara y templada me instalé en mi cuarto, cogí una hoja de papiro y varias plumas y escribí: «De Caritón de Éfeso a su protector Teodoro, hijo de Teodoro de Éfeso. Salud». Durante unos minutos permanecí sentada mirando el papiro. Por la ventana veía a mi vecina barrer su cuarto. Me saludó con la mano y le devolví el gesto. Tenía que ser muy cuidadosa con lo que dijese. Enviaría la carta en un barco cargado de cereales, y se sabía que muchos marineros solían abrir cartas para divertirse durante el viaje. Mordisqueaba la punta de la pluma, un hábito que Maia habría desaprobado. «¡Ya comes bastante cuando estás a la mesa! —me habría dicho—. ¡No necesitas roer las plumas de junco como un ratón!»

La idea me hizo sonreír. Mi querida Maia, tan discreta, tan preocupada; mi querido Torión, con su gesto de mal humor. Empecé a escribir sin detenerme.

Quería escribirte antes, excelentísimo, pero tenía dudas de que pudieses

estar ya en Constantinopla. Espero que te encuentres bien y que ningún fastidioso te haya molestado con su enemistad. En cuanto a mí, estoy a gusto en Alejandría y no puedo imaginar una satisfacción más grande que vivir aquí en este momento. Los doctores del museo tienen un buen concepto de mí y dicen que estoy haciendo grandes progresos en mis estudios. Soy ayudante de Filón, un judío relacionado con el museo, y me alojo en su casa, cerca de la Puerta del Sol. Es un maestro hábil y generoso y le debo mucho. Saluda a Maia en mi nombre. Y acepta, querido Teodoro, mi gran estima. Como siempre, soy tu seguro servidor.

No valía mucho como carta, pero si la mandaba le haría saber que estaba bien y contenta, y así podría contestarme. Por otra parte, decir más, describirle cómo vivía, implicaría seguramente señalarle la brecha abierta entre nosotros, algo que temía hacer. Doblé, pues, la carta y la dirigí a Teodoro, hijo de su excelencia el señor Teodoro, en la oficina del prefecto pretoriano. Tenía que llegar a sus manos.

Me levanté, bebí agua y bajé con la carta. Era la víspera del Sabbath y el resto de la familia estaba distribuyendo velas. Filón observaba cuidadosamente las leyes judías, como le había comentado yo a Teógenes, y el Sabbath era observado por todos los de la casa, incluidos los esclavos paganos, si bien ni ellos ni yo asistíamos a las ceremonias. Filón no era el judío con sentido misionero que solemos encontrar predicando en el mercado y nunca intentó persuadirme de que participase en ninguno de los ritos. Sin embargo, por lo que podía juzgar, las ceremonias judías no eran tan diferentes de las cristianas que yo conocía. Los judíos leían las Escrituras en la misma traducción y cantaban algunos salmos con la misma melodía. Sus sinagogas estaban cubiertas de pinturas y mosaicos que representaban muchas de las escenas que yo conocía en mi iglesia, y rezaban con nuestro mismo estilo. Es cierto que los judíos alejandrinos son una raza aparte. Muchos de los más educados son platónicos, como muchos de los cristianos cultos. Como Adamancio, han leído mucho a los clásicos paganos e interpretan las Escrituras en términos alegóricos. Filón era otra clase de judío, perteneciente a una secta más estricta, en absoluto partidaria de los clásicos paganos en literatura y filosofía. Al parecer, le avergonzaba un poco esta posición, y, por supuesto, nunca trataba de imponérsela a otros.

Débora me sonrió.

—¿Vas a salir?

—Tengo una carta para mi protector. Pienso ir al puerto a despacharla —le dije—.

¿Hay algo que desees que te compre en el camino?

—¿Podrías comprarme aceitunas y queso fresco? Así no nos faltará para el Sabbath. Te daré el dinero. Toma. Y muchas gracias.

Miré a Filón, que estaba pellizcándose el labio.

—Hay ese preparado para el viejo Serapion…

—Aceitunas, queso fresco, brionia y opio —precisé—. Que paséis un buen Sabbath.

Partiendo de la Puerta del Sol, el puerto de Eunostos estaba en el lado opuesto de la ciudad. Por entonces yo estaba habituada ya a hacer largas caminatas y aprovechaba el tiempo para reflexionar sobre problemas de medicina. Las calles estaban de nuevo concurridas, pues con el fresco del atardecer la gente salía a comprar o a vender, o simplemente a pasear, chismorreando y observando. Las prostitutas de todo precio buscaban clientela. Estaban en los pórticos y sonreían mientras se levantaban la delgada túnica de lino para enseñar las piernas e invitar a los paseantes a beber un trago. De vez en cuando una cortesana de lujo pasaba luciendo ropa de seda en un palanquín dorado y miraba con desprecio a sus hermanas más pobres. Me gané también un admirador, un anciano muy nervioso que llevaba una chillona túnica de color naranja, me siguió desde la plaza Soma hasta el Tetrapilón, y terminó corriendo tras de mí para ofrecerme un frasco de alabastro con incienso si lo acompañaba a su casa.

—Eres un joven muy hermoso —dijo mirándome con ojos de carnero—. Seré bueno contigo.

—No, gracias —le repliqué—. Soy eunuco y, además, estudiante de medicina.

—¡No me importa! —insistió, cogiéndome del brazo.

—No estoy disponible —le solté con firmeza, apartando el brazo.

Parecía muy triste. Le sonreí, le saludé cortésmente y me alejé hacia el puerto con paso rápido. El hombre me siguió un trecho más y luego desistió. Lo vi volver hacia la plaza Soma en busca de otro candidato. Al recordar cuánto me habían alarmado ofertas semejantes cuatro meses antes, o en mi vida anterior, volví a sonreír.

Cuando llegué al puerto de Eunostos empezaban a iluminar el Faro. Los cargadores habían terminado la tarea de la tarde y marchaban ruidosamente hacia las tabernas o hacia sus casas. Los barcos mercantes de proas panzudas crujían contra los muelles, meciéndose con el suave oleaje. Encontré un barco de grano que tenía que llegar a Constantinopla al día siguiente y entregué mi carta al capitán, con la promesa de una recompensa de Torión cuando le fuese entregada. Luego regresé por la Vía de los Toldos. A aquella hora ya estaba oscuro. Los pórticos del Tetrapilón estaban todos

iluminados con lámparas y la mercancía resplandecía, por lo que no tuve dificultad en conseguir las aceitunas y el queso. La tienda en que solía adquirir medicamentos estaba más allá de la calle Soma, no lejos de la plaza. Era un local pequeño y oscuro, tenía la fachada de yeso resquebrajado y no había ningún elemento que indicase lo que allí se vendía. Me lo había recomendado Filón. En el interior, las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de cajas de madera de tilo que contenían hierbas desecadas, y ánforas de bronce llenas de ungüentos para los ojos, que brillaban bajo la luz de una única lámpara. Olía a mirra, áloe, casia; los olores más fragantes cubrían los menos agradables de otras hierbas.

Cuando entré, el dueño estaba preparando algo en el cuarto de atrás, pero apareció al oírme golpear el mostrador, me reconoció con una sonrisa y me entregó la brionia y el opio sin demasiados regateos. Acto seguido volví a casa.

Cerca de la Puerta del Sol estaba más oscuro. Allí los comerciantes habían cerrado sus locales y regresaban a sus casas. Anduve más deprisa, manteniéndome alejada del desolado barrio del Bruquión. Era como si mis pies conociesen ya el camino que conducía a la puerta de Filón. Era increíble que me sintiese allí como en mi casa. Al aproximarme, oí los cantos sabáticos de la familia y me detuve a escuchar. El que resonaba en la oscuridad era un cántico muy alegre, lleno del calor de la casa, de la felicidad de la familia.

Dejaron de cantar y Filón recitó la bendición. Oí que preguntaba a Harpocratión si yo había vuelto ya.

—Espero que no haya tenido dificultades para encontrar la brionia —dijo.

—No debería andar por ahí de noche —comentó Débora—. No es seguro, sobre todo para un forastero… y eunuco, además. ¡Y para despachar una carta para su protector! Vaya con el protector que le permite venir aquí sin nada dispuesto de antemano y sin dinero. Me pregunto cuál será la verdad.

Estaba a punto de llamar a la puerta y anunciarme, pero el comentario me hizo detener. ¿Hasta qué punto sospechaban ellos de mi historia? ¿Habían adivinado algo? Me quedé donde estaba, sintiendo latir la sangre en mis oídos, con la mano levantada aún para golpear la puerta.

—¿Estás preocupada por él? —preguntó Filón en tono jocoso—. ¡Qué cambio en sólo cuatro meses! ¡Antes te preocupaba que pudiese corromper a Teófila!

Era la primera vez que me enteraba. Débora había disimulado muy bien sus sentimientos; nunca había recibido de ella otro trato que la consideración y la cortesía.

—No te burles —dijo Débora—. Eso fue sólo al principio. Es un muchacho

encantador, y lo único que podría aprender Teófila de él son buenos modales. Se nota que pertenece a una casa noble. Es tan educado, ¿eh, Teófila? A él no se le ocurriría masticar con la boca abierta. ¡Ciérrala, por favor! Pero sigo encontrando extraño que lo hayan enviado aquí sin nada preparado antes, y que se haya visto obligado a vender sus joyas heredadas para subsistir. Algo tiene que haber ido mal en aquella casa. Si no sucedió esto, te digo que la forma en que lo trató su protector es escandalosa.

Me apreté más contra el arco de la puerta para escuchar mejor. Tenía que saber qué sospechaban para ser capaz de protegerme. La calle estaba oscura y desierta y sentía contra mi mejilla la madera tosca de la puerta. Por un resquicio se filtraba un hilo de luz.

—Creo que en este asunto hay mucho más de lo que él ha contado —dijo Filón, pensativo—. Es un joven brillante y muy culto. Cita a Homero sin detenerse. Mi opinión es que su protector no quería que viniese aquí.

—¿Crees que es realmente un esclavo? —preguntó Débora—. ¿Crees que escapó?

—No… Eso es lo que cree Adamancio, pero me inclino a pensar que está equivocado. Caritón no se comporta como un esclavo. No creo que sea capaz ni siquiera de barrer el suelo. Con todo, no creo que su protector haya escrito esas cartas. Hice averiguaciones sobre Teodoro de Éfeso. Es un hombre rico, de categoría consular, y toda su fortuna familiar proviene de sus servicios al emperador. En este momento tiene un hijo en la corte, otro Teodoro. Probablemente no considera la medicina como una carrera, y no quería que su protegido la siguiera cuando podía hacer una carrera mucho más lucrativa.

—Entonces, ¿por qué venir aquí contra los deseos de su protector? —Quien hablaba era Teófila—. Le tengo lástima. Es horrible lo que le hicieron los persas. ¡Y es tan apuesto!

Filón se echó a reír.

—¿Y qué tiene que ver la belleza de Caritón con nuestro asunto?

—Nada, nada. Siento compasión por él, eso es todo; en particular si su protector no lo ayuda. Además, ha tenido ya bastante mala suerte. Y no veo por qué vino aquí cuando podía meterse en la corte y enriquecerse.

—«El primer requisito para el estudio del arte de curar —dijo Filón citando a nuestro común maestro Hipócrates— es una disposición natural.» Desde luego, esto es algo que nuestro Caritón posee. Si de verdad huyó, hizo muy bien. No debe malgastarse un don como el suyo. Será un gran médico. De todas formas, he oído algo más acerca de ese Teodoro.

Hizo una pausa, e imaginé a Filón esperando ansiosamente las preguntas del resto de su familia. También yo esperaba, conteniendo el aliento.

—¿Qué? —preguntó Teófila con una risita, como cabía prever.

—Parece que tiene una hija —dijo Filón—, una muchacha muy hermosa, a la que le espera una gran dote. El gobernador de Asia quería casarse con ella. Tú eres demasiado joven para recordar cuando Galo gobernaba aquí, Teófila, pero habrás oído historias. Bien, este Festino es de la misma calaña, salvo que en lugar de ser noble tiene un origen muy bajo, y la familia de Teodoro se resistía mucho a casar a la muchacha con ese hombre brutal.

—¡Pobre muchacha! —dijo Teófila—. ¿Qué sucedió, entonces?

—Desapareció un mes antes de la boda. Eso sucedió en abril, poco antes de la llegada de Caritón a Alejandría. Estalló el escándalo en toda la provincia de Asia. El padre afirma no tener la menor idea de su paradero y el gobernador está furioso, pero tiene que creerle.

De nuevo retuve el aliento. Parecía inevitable la conclusión que alcanzarían sobre mí. Me pregunté si Filón me permitiría seguir estudiando con él. Quizá no, sobre todo si no estaba seguro de mi sexo. No sabía qué resolvería.

—¿Crees que Caritón tuvo algo que ver con la desaparición de la muchacha? —preguntó Débora.

—Mmm… Dice ser primo del preceptor de ella. Dicen que el hermano estaba implicado en su desaparición, pero para llevar a cabo semejante plan se necesita la participación de más de una persona. Mi idea es que Caritón intervino en la planificación o por lo menos coincido en la sospecha de que está implicado, y por ese motivo lo enviaron a Alejandría, para alejarlo del gobernador. Tal vez lo hiciera el hermano de la muchacha, y no su padre, el mayor de los Teodoros. Se explicaría así que Caritón llegara aquí de forma tan inesperada y sin dinero. ¿A cuál de los dos Teodoros le habrá escrito esa carta? No podría enviarla a Éfeso en esta época del año. Sospecho que la ha dirigido a su amigo, el hijo, en Constantinopla.

Dicen que los fisgones nunca oyen nada bueno de sí mismos, pero entonces tal afirmación me pareció falsa. Tuve que esperar un momento más, tratando de contener mi alegría. ¿Cómo no sospechaban la verdad? ¿Era yo tan buena en medicina que la verdad resultaba demasiado escandalosa para imaginarla? No tenía importancia: estaba a salvo.

Llamé a la puerta, Harpocratión la abrió para hacerme pasar y saludé a la familia antes de decirles:

—Aceitunas, queso fresco, brionia blanca y opio. Y aquí está el cambio.

—¿Has comido? —me preguntó Débora—. Ven, siéntate y come algo. Pareces contento.

—Estoy contento —les dije—. Estaba considerando hasta qué punto ha llegado esta ciudad a convertirse en mi hogar. Gracias a vosotros.

Aquel otoño descubrí por qué Filón había pensado que seria útil tener un ayudante cristiano. Empezamos a detectar un gran número de calenturas recurrentes, hidropesías y fiebres intestinales entre nuestros pacientes, y en particular entre los de clase más baja. Una persona que viviese en una familia bastante numerosa, incluso un esclavo dentro de una casa próspera, tenía grandes probabilidades de reponerse de esos males. En cambio, los hombres y mujeres que enfermaban a menudo no tenían a nadie que los cuidase o que al menos les diese de comer. Trataban de seguir trabajando, se agotaban y morían, a menos que fuese posible trasladarlos a un hospital.

Los hospitales de Alejandría eran grandes instituciones que se hallaban bajo el control de un arzobispo de gran popularidad, Atanasio. Su mantenimiento corría a cargo de la Iglesia, y en muchos de ellos se asistía y alimentaba a los enfermos hasta que se curaban o morían. Como tales, eran instituciones admirables, pero causaban a Filón infinidad de dificultades. El problema era que los asistentes de los hospitales eran casi todos monjes. No había conocido yo a monjes antes de vivir en Alejandría, pues en Asia no los había. Sí había oído hablar de ellos, aunque eran descritos como gente campesina ignorante y sucia u hombres escapados de sus tierras para eludir el pago de impuestos. Sin embargo, los egipcios los tenían en gran estima, ya que admiran a todos los ascetas, sean paganos o cristianos. Después de tratar a varios, tuve que admitir que no eran simples evasores de impuestos. Estaban hechos de la pasta de los mártires: apasionadamente devotos, perseverantes y abnegados, cuidaban sin temor y con infinita paciencia a las víctimas de las enfermedades más peligrosas y contagiosas. Sin embargo, también eran sucios, analfabetos, ignorantes y, lo peor de todo, fanáticos. No les gustaba tomar a su cargo pacientes recomendados por un médico judío.

Traté de explicar la situación a Teógenes y a los otros una noche en la taberna.

—Primero tuvimos a un pobre viejo, un aguador —dije—, con una intensa fiebre intestinal, cuya única familia era una hija que vivía en una aldea del Alto Nilo. Filón y yo fuimos al hospital que había junto a la iglesia de San Marcos e intentamos convencer a los monjes de que acogiesen al hombre. Encontramos a un monje en el portón y Filón

comenzó a explicar la situación. Todo parecía marchar bien. En aquel momento apareció otro monje, reconoció a Filón y lo rechazó a gritos. Dijo que íbamos a espiarlos y que buscábamos cualquier pretexto para denunciarlos a las autoridades, tal como hicieron nuestros antepasados cuando entregaron a Cristo y a muchos monjes a los gobernadores para que muriesen en el circo. Entre otras cosas, nos acusó además de ser idólatras y de adorar a la Gran Bestia de Constantinopla, rey de los herejes. Me llevó un instante comprender que en realidad se refería al emperador. Nunca en mi vida había oído a nadie hablar con tanta vehemencia.

—Siempre hablan así —dijo Teógenes—. ¿Qué hizo tu maestro?

—Sonrió y explicó que había ido a ver si podían recibir a otro anciano enfermo. ¿Por qué no dejar tranquilos a los antepasados? La pregunta me asombró; en todo caso, el monje acabó calmándose y aceptó a nuestro paciente como si no hubiera pasado nada.

—¿Era judío el paciente? —preguntó el pagano Nicias.

—Por supuesto que no. Los judíos cuidan a los suyos. No, era cristiano. El problema era simplemente que Filón era judío. Una vez que el anciano quedó internado, Filón me dijo que quedaba a cargo de visitarlo y que la próxima vez sería yo quien hablase con los monjes. Según señaló, de un cristiano desconfiarán menos.

—¡Vaya suerte la tuya! —dijo Teógenes riendo—. ¿Es verdad eso? ¿O creen que estás totalmente corrompido por la influencia judía?

—De todos modos se me considera corrupto. No les gustan los eunucos más que los judíos. Teníamos una anciana con fiebre cuartana que queríamos llevar al hospital hoy, y he tenido que ser tan insistente como Filón. ¿Sabías que soy un amante del lujo y un ministro venal del emperador? —pregunté, bebiendo un sorbo de vino.

—Sí, pareces un fanático del lujo —observó Teógenes—. ¿Llevabas puesta esta capa? ¿O bien otra que no tenga cinco manchas diferentes?

—Llevaba ésta, con manchas y todo. He puntualizado que no era ni mucho menos «escarlata y fino lino», haciéndoles notar que los placeres de la carne están vedados para mí. Y que hay un eunuco en las Escrituras, bendito sea él, un hombre excelente convertido por el apóstol Felipe, ejemplo que ha decantado algo la balanza a mi favor. Además he señalado que era un devoto cristiano niceno y un apasionado admirador de su santidad el arzobispo Atanasio, insinuando que había venido a Alejandría por ese motivo, y que trabajaba día y noche para guiar a mi maestro hacia la Verdad de la Vía. Y por fin los monjes se han vuelto amistosos, han aceptado a mi paciente y se han ofrecido de antemano a asistir a cualquier otro enfermo que les mandase.

—¿Estás diciendo que puedes razonar con ellos? —preguntó Teófilo fingiendo sorpresa—. Siempre he creído que son como bestias salvajes. Jamás me acercaría siquiera a uno de sus hospitales.

—No tienes por qué —dije—. ¿Acaso tiene Adamancio enfermos pobres?

Hubo un estallido general de risa ante la idea de que el maestro de la Escuela de Medicina del Museo de Alejandría tratase a pacientes pobres.

—Ha tratado a algunos por caridad —aclaró Teógenes, defendiendo a su maestro —. Pero los visita en su propia casa y hace que sus esclavos los atiendan.

—Es lo mismo. Ahora no tienes necesidad de hablar con los monjes; pero si hiciera realmente falta, lo harías.

Teógenes hizo una mueca.

—Espero no tener que hacerlo nunca. Mi bisabuelo fue asesinado por hombres como ésos. Fue la causa de que mi familia se trasladase a Antioquía.

—¿Qué quieres decir, con «hombres como ésos»? En la época de tu bisabuelo no había monjes. El cristianismo no era ni siquiera legal.

—Entonces fueron campesinos egipcios ignorantes.

—No es lo mismo.

—Parece que ellos piensan que sí lo es.

—Me alegro de que no tengas que lidiar con ellos —dijo otro estudiante, Calístenes el sidonio—. Seguramente te enfadarías y habría un disturbio.

Teógenes se echó a reír, pero los alejandrinos del grupo se pusieron serios.

—Vosotros, los extranjeros, no sabéis bien lo que es un disturbio —dijo Nicias—. La próxima vez que haya uno los monjes estarán en el centro de todo y no habrá nada de qué reírse.

Dejamos de sonreír.

—¿Qué insinúas? —preguntó Calístenes.

—¿Por qué crees que esos monjes temen tanto que los traicionen? —preguntó Nicias en tono impaciente—. Recuerdan lo que sucedió en las pocas ocasiones anteriores en que el arzobispo tuvo que exiliarse. ¿O no os enterasteis allá en Sidón? Hubo azotes, tormentos y un sinfín de ejecuciones, pero los desórdenes no cesaron. El emperador y algunos de los obispos de la corte intentaron colocar a algunos obispos extranjeros en el trono de San Marcos, y los cristianos de aquí, especialmente los monjes, no lo aceptaron. La última revuelta se prolongó cuatro meses y consiguió interrumpir los embarques de grano a Constantinopla, de modo que el emperador tuvo que ceder y permitir el retorno del arzobispo. No obstante, todo el mundo sabe que tan

pronto como muera su santidad Atanasio el conflicto volverá a estallar. La corte apoya a la facción arriana y los cristianos de aquí son en su mayoría nicenos. Más aún, los santos oficios no quieren que ningún otro obispo adquiera el poder del obispo Atanasio. Naturalmente, los monjes desconfían de los judíos y de los eunucos. Sospechan de cualquiera que pueda ser leal al emperador y, por tanto, enemigo de ellos.

—¿Hay alguna probabilidad de que Atanasio muera pronto? —preguntó Calístenes con aprensión.

Nicias emitió un ruido grosero y se sirvió más vino.

—No lo sé —respondió—. Es un hombre viejo. No cree en los médicos o desconfía de ellos. Podría morir en cualquier momento. Por otra parte, es discípulo de Antonio el Ermitaño, un anciano que vivió más de cien años.

—¿Cuántos cristianos hay en Alejandría? —preguntó Teógenes con aire pensativo.

—¡Sólo los dioses lo saben! —exclamó Nicias con desprecio—. La mitad de los habitantes de la ciudad son galileos de algún género, aunque no nicenos de ortodoxia tan estricta como quisiera creer su santidad. Pero no hay que pensar sólo en los alejandrinos. El arzobispo es metropolitano de toda la diócesis, no únicamente de la ciudad, y tampoco limita su autoridad a esta provincia. Lo conocen en todas partes. La verdad es que aquí, en Alejandría, no encontrarías a muchos, sea cual fuere su religión, que apoyaran a las autoridades y que se opusieran a él. Ocurra lo que ocurra cuando muera, los cristianos no tendrán otro obispo como él.

—¡Yo creía que era absolutamente mediocre! —dijo Calístenes, un neoplatónico de buena familia—. ¡Dicen que a veces llega a predicar en copto y que no es enteramente griego!

—No es griego —admitió Nicias—. Pero es alejandrino. Y si yo mismo tuviese un litigio relacionado con la ley, recurriría a la corte episcopal en lugar de apelar al gobernador. Allí no pagas una fortuna en sobornos, pierdes menos tiempo que en la corte provincial, no te golpea ningún guardia y el arzobispo es incorruptible. Y además Atanasio y sus monjes y monjas se ocupan de la plebe, con sus hospitales, sus dotes a las jóvenes pobres y las ropas para los pobres y la comida para los mendigos. Bien, la plebe está agradecida. Basta con que circule el rumor de que su santidad está enfermo para que todos se angustien. Ya lo verás. Seguramente habrá una revuelta este año.

—¿Cómo es el arzobispo? —pregunté mientras todos pensaban en el vaticinio.

—¡Tú eres cristiano! —dijo Nicias—. ¿No has ido a la catedral a escucharlo?

Moví la cabeza.

—Guardo ya el Sabbath con mi maestro. No podría permitirme otro día a la semana sin trabajar. He estado en la iglesia de San Marcos una o dos veces, cuando las clases no eran demasiado temprano, pero eso es todo. ¿Tú lo has visto alguna vez?

—He ido a escucharlo una o dos veces —admitió algo avergonzado—. Habla bien. No creo que desee más revueltas, pero es viejo. Para la primavera habrá una. Apostaría cualquier cosa.

Pero no hubo revueltas aquel otoño, ni tampoco en el invierno. El invierno alejandrino es frío y húmedo. Los barcos permanecen en puerto, amarrados a los muelles o guardados en las playas para protegerlos de las tormentas. La niebla se levanta del lago Mariotis y se mezcla con el humo de los innumerables braseros encendidos en la ciudad. Alejandría vive eternamente sumida en esa bruma húmeda. Nuestros pacientes sufrían fiebres que atacaban más los pulmones que el estómago. Había neumonías, pleuresías e innumerables resfriados que nos mantenían ocupados, además de las habituales fracturas de miembros y los partos difíciles. Revueltas, ninguna.

A finales de enero, Filón permitió que me hiciera cargo de la asistencia de uno de sus pacientes. Me había autorizado a hacerlo algunas veces en el pasado, pero cuando se trataba de casos de enfermedades menores o heridas leves. Esta vez el hombre estaba gravemente enfermo. Era el viejo comerciante que me había pagado tan atractiva suma por los pendientes de mi madre. Se llamaba Timón y era viudo, con un hijo y dos hijas. Tenía fiebre y una tos áspera y seca desde hacía algún tiempo, cuando su hijo acudió a Filón.

Filón le hizo el examen inicial y cuando terminó estaba muy serio.

—Tenías que haberme llamado antes —dijo al viejo.

Timón hizo un gesto de disculpa con las manos.

—No quería perder tiempo de trabajo —murmuró—. Ya me conoces.

Filón dijo algo entre dientes, le dio un poco de vino con raíz de lirio, y luego salió con el hijo al vestíbulo, donde el paciente no pudiese oírlos.

—Tu padre tiene una neumonía —dijo—. No me gusta cómo suena ni cómo se ve su pecho. La infección es ya muy severa. —Aquí titubeó unos instantes, mirando al anciano con tristeza, y luego preguntó—: ¿Se ha quejado de dolor al respirar?

El hombre hizo un gesto afirmativo. Su expresión era aprensiva y alarmada.

—Por eso te llamé —respondió—. Juraba todo el tiempo que se sentiría mejor tras dos o tres días de reposo.

Filón suspiró y movió la cabeza.

—Yo diría que tenía miedo de que le diera malas noticias. Lo siento, pero no creo

que viva.

Me sentí sobresaltada y apenada. Me caía bien el viejo Timón.

—¿No crees que el vapor…? —empecé a decir, pero callé. El hijo me miró con ansiedad, con cierta esperanza. Filón me miró con aire calculador.

—¿Qué ibas a sugerir? —preguntó.

—Vapor, fomentos calientes, cocimiento de beleño y raíz de lirio, y líquidos en abundancia —precisé—. El tratamiento que diste a seguir a la hija de Flavio.

—Ella era mucho más joven y el mal no estaba tan avanzado —señaló Filón. Suspiró y se rascó la barba—. Pero es el tratamiento indicado. —Bajó la mano y volvió a mirarme antes de hablar—. ¿Por qué no te haces cargo tú, Caritón? Si ni tu padre ni tú os oponéis —añadió, dirigiéndose al hijo de Timón.

Accedieron. El hijo sabía que yo albergaba más esperanzas de curación que Filón, y cuando volvimos al cuarto del viejo Timón, éste dijo que se alegraba de verme progresar tanto en mis estudios. Por mi parte, estaba entusiasmada y a la vez temerosa. Esperaba que Filón estuviese equivocado y juré para mis adentros que no escatimaría esfuerzos para curar al anciano.

Inicié el tratamiento inmediatamente y me compré una nueva tablilla para anotar los síntomas de Timón y registrar todos los medios puestos en práctica para curarlo. Al principio todo parecía marchar bastante bien. El vapor y las compresas calientes contribuyeron a aliviar buena parte del dolor del pecho del anciano, y la tos se volvió húmeda y empezó a producir secreciones. Aunque la fiebre no disminuía, dormía mejor e incluso llegó a comer algo de cocimiento de cebada y no lo vomitó. Los familiares, que lo querían mucho, seguían celosamente las indicaciones. Las dos hijas dejaron a sus maridos mientras duró la enfermedad y se turnaban para levantarse en mitad de la noche a cambiarle las compresas calientes y hervir más agua para que el vapor suavizara el aire que respiraba. Todas las mañanas yo lo visitaba antes de ir a mis clases, y también por la tarde y por la noche. Al cabo de tres días creí que podría estar mejorando.

Entonces la fiebre subió y la tos se volvió otra vez áspera. El dolor reapareció, más intenso que nunca. Timón no soportaba que le golpease el pecho para determinar la extensión del mal.

—¡Si pudieses darme algo para dormir! decía con tono de disculpa.

Tenía que susurrar, ya que cuando respiraba hondo el dolor era intenso. Yo tenía miedo de darle opio porque podría impedirle toser, pero finalmente se lo suministré. Durmió, pero se debilitó y tenía que esforzarse mucho en cada inspiración.

La familia no me culpaba. Por el contrario, eran tan amables conmigo que me sentía

avergonzada, y escuchaban todas mis sugerencias como si fuese un oráculo. Nunca discutieron la decisión de Filón de confiarme el caso. Yo, sí. Le consultaba, lo obligaba a acompañarme a casa de Timón, hasta que por fin me atreví a preguntarle sin rodeos si consideraba que me equivocaba en algo. Filón, lo negó con la cabeza.

—Si lo que haces estuviese mal, te lo habría dicho —respondió, y desde entonces no volvió a mencionarse el caso.

Revolvía toda la biblioteca del museo buscando ideas que pudiesen servirme. Discutía las neumonías con todos mis condiscípulos y también con la mayoría de los maestros. Le daba mil vueltas a la posibilidad de hacer una sangría a mi enfermo, o darle purgantes, o intentar una cirugía de cauterización. Mi intuición, las teorías que tenía y mis propias experiencias sugerían que cualquier medida drástica podría matarlo, pero también encontraba insoportable continuar con los mismos remedios cuando era evidente que no tenían ya ningún efecto. Por fin ensayé una sangría, muy corta y por el codo, para ver si causaba alguna mejoría. El paciente me dijo que sentía menos dolor, pero no percibí que realmente le ayudara en nada, de modo que no repetí la experiencia. Para entonces Timón estaba ya muy débil y no era cuestión de que perdiera más sangre.

Una tarde, una semana después de haberme hecho cargo del caso, llamó a sus hijos, susurró una bendición para todos, cruzó las manos sobre el pecho y se dispuso a morir.

—No tienes por qué preocuparte ya, hijo —me dijo con una voz quebrada cuando llegué aquella noche con unas hierbas exóticas que una autoridad en la materia había calificado como todopoderosas.

—Prueba esto con agua y miel, señor —le rogué—. Encontré un autor que jura que es eficaz en casos como el tuyo.

El anciano levantó la cabeza, extenuado pero sin perder la paciencia aún.

—El hombre nacido de mujer es de pocos días y está lleno de pesares —murmuró con esfuerzo—. No, amigo mío, he probado ya bastante. Nadie puede postergar indefinidamente la muerte.

Estaba de pie allí, con las hierbas en la mano mirando al anciano, cuando, sin poder evitarlo, me deshice en llanto. La noche anterior había pasado la mitad junto a él, era mi primer paciente y lo quería. E iba a morirse. Timón se sorprendió un poco.

—Has hecho todo lo que podías hacer —me dijo con suavidad—. Probaré tu hierba, para darte el gusto. ¿Puedo tomar algo más para aliviar también el dolor?

Le di la hierba y un poco de opio, pero no pudo beber mucho. Sus hijos pasaron la noche en torno a la cama y yo me senté junto a la pared, con una sensación de

impotencia. Murió tranquilamente una hora antes del amanecer, cuando la ciudad despertaba a un nuevo día.

Volví a casa despacio, entre la multitud de la mañana, y al llegar encontré a Filón y su familia desayunando.

—Ha muerto —le informé.

Filón dijo algo con tono de pesar y me invitó a sentarme. Después me puse a llorar otra vez.

—No tenías que haberme encomendado ese caso —me lamenté entre sollozos.

—Nadie lo habría llevado mejor.

—¡Por Artemis! Alguien, alguien podría haberlo curado.

Filón volvió a mover la cabeza.

—Timón tenía una infección en el lóbulo izquierdo del pulmón y se le había iniciado una pleuresía. Nunca he conocido a ningún paciente que, en esas condiciones, se haya restablecido. No diré que no haya sucedido nunca, pero es raro, y cuando ocurre creo que se debe tanto al azar como a algún tipo de tratamiento. Esperaba que tuvieses más suerte con él que yo. Estabas dispuesto a tratarlo y lleno de ideas, cuando yo había renunciado ya. Pero nadie podía prometer en serio que llegaría a curarlo. La medicina tiene sus limitaciones. Hasta los paganos dicen que Esculapio tuvo el castigo de los dioses cuando intentó curar la muerte. —Contuve un último sollozo y Filón apoyó una mano en mi hombro—. Ve a acostarte —me dijo—. Necesitas descansar y esta tarde tenemos que visitar a más pacientes.

La familia de Timón no me culpó por la muerte. Pagaron con suma generosidad mis esfuerzos inútiles y me invitaron al velatorio, en el que me presentaron a muchos amigos como el «simpático estudiante de Filón que se esforzó tanto por curar a nuestro padre». Durante algunas semanas me sentí deprimida. Sin embargo, Filón seguía confiándome los pacientes que, a su juicio, yo podía tratar, y entre el estudio y el trabajo no tenía mucho tiempo para preocuparme por mi fracaso.

La primavera alejandrina llegó lentamente. Como las golondrinas no partían en invierno, no esperé su retorno. La tierra no se tiñó de verde, lo cual sucede hacia finales del verano, con las inundaciones del Nilo. En cambio, el aire se hizo cada vez más tibio y el cielo más luminoso, y las nieblas y las nubes asfixiantes del humo invernal se disiparon. Los días se alargaron y las ranas croaban en los pantanos sobre el lago Mariotis. Las higueras y vides de los huertos lucían sus brotes verdes y jugosos. Comencé a olvidar que había sido antaño una mujer llamada Caris, que mi vida había sido diferente de la que llevaba entonces y que hubo una época en que ignoraba la

dosificación del eléboro en los escritos de Erasístrato.

Una tarde de marzo retiré las tablillas del brazo de una niña. Se trataba de una fractura grave de ambos huesos del antebrazo y se lo había inmovilizado yo misma. Cuando la traté, sabía que, a menos que mi obra fuese perfecta, la niña sería siempre inválida. Mientras quitaba las tablillas contuve la respiración. La niña movió la muñeca cuando se lo indiqué, levantó el brazo al mismo tiempo que el otro, sonrió conmigo y se puso a bailar levantando ambos brazos en arco y riendo de alegría. Tuve ganas de imitarla. Fuerza, salud, vida: curar. Y era obra mía, conspirando con la naturaleza para lograrlo. La medicina podía tener sus límites, pero era mucho mejor que nada. Y sólo entonces comprendí que nunca volvería a Éfeso ni me casaría con ninguno de los amigos de Torión. Quería vivir el resto de mi vida en Alejandría y practicar el arte de curar.

Un mes más tarde —un año después de mi partida de Éfeso— recibí la primera carta de Torión. Me la entregó Débora una noche, al volver Filón y yo de nuestras visitas. Se la había traído un marinero aquel día. Le devolví el dinero pagado al hombre y me senté a la mesa de la sala principal para leerla. Cuando rompí el sello sentía que me faltaba el aire y estaba tan nerviosa como si Torión estuviera allí, a punto de discutir conmigo por la forma en que vivía.

En realidad, Torión no sabía nada, salvo lo que le contaba en mi propia carta. Su respuesta era extensa, iniciada en el otoño antes de recibir mi carta y continuada con interrupciones durante todo el invierno hasta la partida del barco en la primavera, cuando pudo enviarla. Hablaba mucho de la capital, de sus estudios y de sus amigos. Su salud era buena, pero no trabajaba ya en la oficina del prefecto pretoriano. Festino y el prefecto, Modesto, eran «uña y carne» y lo habían despedido a poco de comenzar. A pesar de todo, en la oficina de uno de los consejeros provinciales había obtenido un empleo con perspectivas de ascenso. «Cuando me asciendan tendré medios para mantener una casa y podrás vivir conmigo —decía—. Pero hasta entonces no será posible.» Festino se había puesto furioso por «la desaparición de mi hermana», como decía Torión con gran tacto, y a pesar de que había partido a gobernar Paflagonia, Éfeso era siempre un lugar peligroso para cualquier miembro de nuestra familia. Y en aquel momento sería igualmente arriesgado aparecer en Constantinopla. Mi padre había tenido que vender más tierras y algunos de sus caballos de carreras para compensar las pérdidas que le había ocasionado el gobernador, «pero la asesoría es el camino más indicado para alcanzar la gobernación, y podré recuperarme tan pronto como sea

gobernador yo mismo». Maia estaba bien y con Torión en Constantinopla, pero seguía con las articulaciones doloridas. Me recomendaba que me cuidara y esperaba que no hubiese tenido que vender demasiadas de mis joyas, que me alimentase bien y que no me hubiese convertido al judaísmo.

Sonreí ante aquel comentario y advertí que Filón y Débora me observaban con intensa curiosidad.

—¿Buenas noticias? —me preguntó Filón.

Había estado leyendo en un murmullo, pero no era necesario. La carta no delataba nada. La deposité en la mesa, en un ángulo que permitiese a Filón ver la dirección y confirmar así sus sospechas.

—Son sólo consejos de mi vieja aya —respondí—. Que no gaste demasiado. ¿Qué buen remedio hay para el reumatismo que me sea posible mandarle?

Contesté la carta antes de una semana, enviando el remedio y contando a Torión algo de la ciudad y del museo. No podía decir nada de mi propia vida, ni por supuesto mencionar mi decisión de no regresar. Me dije que por el momento no hacía falta pensar en ello. Torión había dicho que no podría reunirme con ellos de momento, sino cuando él tuviese dinero para mantener una casa independiente. Para entonces podría haber sucedido cualquier cosa. Unos días más tarde, cuando acompañaba a Teófila al mercado, nos encontramos con Teógenes.

Yo solía salir mucho con Teófila. Por ser soltera, no se le permitía desplazarse sola y yo la comprendía muy bien. Así, cuando había tiempo antes de la cena, paseábamos por el mercado o por el parque. Era simpática, aunque no le interesaba la medicina. En verdad, era un modelo de muchacha mucho mejor que el que yo había sido antes. Le gustaba tejer, coser, la ropa; le encantaban los niños pequeños y chismorrear con unas pocas amigas, y también flirtear recatadamente con los jóvenes. Quería que le contase «de qué forma viven los ricos» y se llevó una desilusión al oír que no era tan extraordinaria, si bien le impresionó mucho la descripción de la casa de mi padre. Por su parte, me contaba lo que sucedía en la vecindad y una o dos veces, con cierta timidez, intentó convertirme.

En aquella ocasión habíamos recorrido todo el trayecto hasta el Tetrapilón, donde teníamos que conseguir un poco de lino teñido con azafrán para confeccionar una nueva túnica. Al regresar, yo quería detenerme a comprar medicamentos y en el comercio que los vendía encontramos a Teógenes.

Aunque nos veíamos muy a menudo en la taberna y en el templo, nunca había invitado a Teógenes a casa. Tenía cierta timidez de invitar a alguien a lo que era la casa

de Filón, no la mía, y además me daba un poco de vergüenza que la casa no fuese más lujosa. Sabía que la mayor parte de los médicos del templo miraban con altivez a Filón por no ganar demasiado o por no tener pacientes más importantes. Atribuían el hecho a su ineptitud. Yo me preocupaba siempre de exigir que se reconocieran sus éxitos y mis amigos se guardaban de contestar con sarcasmo. De todos modos, no quería que vieran la casa. Sabía que Teógenes alquilaba varias habitaciones en el barrio del Bruquión y que lo atendían dos esclavos, razón por la cual me humillaba invitarlo a mi pobre habitación.

Con todo, cuando entramos en el pequeño comercio de la plaza Soma allí estaba él, apoyado en el mostrador y regateando el precio de una dosis de hiosina.

—¡Caritón! —exclamó al verme entrar, y de inmediato me incorporó al regateo—. ¿No dirías que esta sustancia ha perdido su poder?

—Indudablemente —respondí en tono muy serio.

Teógenes volvió a su discusión con el tendero, que en realidad no se impresionó mucho ante la segunda opinión.

Cuando por fin Teógenes cerró el trato e hizo una pausa para recobrar el aliento, reparó en Teófila, que estaba junto a la puerta y sujetaba con una mano la punta del manto contra la barbilla y con la otra su paquete de lino teñido con azafrán. Teógenes siempre se fijaba en las mujeres bonitas y le dirigió una mirada de aprobación antes de darse cuenta de que estaba conmigo.

—¡Caritón! —exclamó con una gran sonrisa—. ¡Eres la última persona a quien podría imaginar acompañando a una muchacha tan encantadora!

Sonreí a mi vez.

—Ésta es la hija de Filón, Teófila… Teófila, éste es Teógenes de Antioquía.

—Caritón me ha hablado de ti… —murmuró ella mirando al suelo con expresión modesta.

—¡Mentiras! —exclamó inmediatamente Teógenes, y Teófila dejó escapar una risita.

Me llegó el turno de regatear por mi compra y Teógenes y Teófila se pusieron a conversar. Cuando recogí mi propio paquete, Teófila estaba hablando.

—Estoy segura de que serías bienvenido en casa —decía—. Mi padre le ha dicho muchas veces a Caritón que le gustaría conocerte.

—También yo he dicho muchas veces a Caritón que quisiera conocerlo —dijo Teógenes sin faltar a la verdad—. Pero nunca fija una fecha.

—Nunca he sabido cuándo puede convenirle a Filón —mentí.

—Ahora sería oportuno —se apresuró a proponer Teófila con la mirada modestamente fija en el suelo y observándonos luego con los ojos entrecerrados. Se estaba divirtiendo.

Teógenes volvió con nosotros, fue presentado a Filón y se quedó a cenar. No miró la casa con desdén, y durante la comida sostuvimos una conversación sobre Galeno, seguida por otra entre ellos (yo me limité a escuchar) sobre la Ley judía, que Filón dominó sin esfuerzo. Teógenes estaba muy impresionado.

—Razonas como un especialista —dijo.

—Estudié en Tiberíades —replicó Filón.

El dato impresionó más aún a Teógenes. Cuando partió, Filón le extendió una invitación a comer «cuando quisiera» y Teógenes se la agradeció encantado.

—Tu maestro es un hombre notable —me dijo al día siguiente, mientras estábamos en el jardín de hierbas del templo después de una clase de botánica.

Teógenes me condujo bajo la sombra del cedro que había en el centro del jardín para hablar cómodamente protegidos del sol. Hacía fresco allí, había un arroyo artificial filtrándose entre las raíces y florecían las plantas.

—Nunca lo negaría —respondí—. Es lo que vengo diciendo desde que lo conozco.

—Sí, pero ¿te das cuenta de lo extraordinario que es? ¿Haber estudiado la Ley en Tiberíades y medicina en Alejandría? ¿Las dos cuestiones más grandes que puede estudiar un hombre, en los dos más grandes centros de estudio? Claro está que tú eres cristiano. Supongo que Tiberíades y la Ley no te dicen mucho.

—Es verdad. Ni siquiera sabía que Tiberíades era un lugar tan famoso. El hijo de Filón está estudiando allí. Hace un par de años que estudia tu Ley.

—No me sorprende. El amor por el estudio suele observarse en las familias. Me pregunto si el hijo continuará después con el estudio de la medicina. ¿Qué edad tiene?

—Más o menos nuestra edad, creo. Es por lo menos tres años mayor que Teófila.

Teógenes sonrió y sus ojos se iluminaron cuando preguntó:

—¿Ella tiene quince años? Bonita muchacha, ¿no? ¿Está prometida a alguien?

Me reí.

—¿Alguna vez has conocido a una muchacha que no te pareciera bonita? No, hasta ahora no está prometida a nadie. Hay un problema de dote.

Teógenes suspiró.

—Cabía esperarlo —dijo—. ¿Por qué no tienen más dinero? Yo habría supuesto que un hombre tan ilustrado como Filón podría ganar bastante, y por supuesto él y tú trabajáis duro.

—No ganamos mucho porque no tratamos a gente con mucho dinero. No es más que esto. Filón no es pobre, pero tampoco será rico nunca, y es una elección propia.

Teógenes pensó en eso mientras contemplaba el verde del jardín, el blanco y púrpura de los lirios, el ciclamen rosado.

—No creo que llegue nunca a ese nivel de conocimientos —dijo—. Cuando apruebe mi examen me dedicaré a ganar dinero.

Me eché a reír.

—Hablas exactamente como mi her… como mi protector «¡Pienso ir a la corte y ganar dinero!»

—¿Quería que tú fueses a la corte a ganar dinero? —preguntó de inmediato Teógenes, dejando de mirar las flores para mirarme con evidente curiosidad.

Aparté la mirada, pues no quería mentirle.

—No quería que estudiase medicina —dije después de vacilar.

—Entonces has descendido de nivel.

—No, la situación mía no es la de Filón. No es difícil renunciar a ser rico cuando nunca te ha faltado nada y sabes que no te faltará. ¿Para qué habría de desear dinero yo? Todo lo que he querido siempre es ahora mío.

—¡No todo!

—Todo aquello que pensaba tener.

—Debes de haber pensado en el asunto mucho más que yo. Lo que quiero yo es una buena casa en el centro de Antioquía, con mis propios esclavos y mis propios jardines… iguales a los de mi padre. Además, me gustaría tener un empleo como el suyo. El de médico estatal sería ideal para mí. Y me gustaría tener en la casa una mujercita dulce y bella que la dirija y me reciba todas las noches cuando vuelvo a casa seguida de dos o tres niños que corren a la puerta. Para todo esto hace falta dinero. —Con aire pensativo y los ojos fijos en el jardín unos instantes más, Teógenes arrojó un guijarro al arroyito. Luego prosiguió—: Y necesito estudiar más. ¿Dónde piensas que puedo recoger ciclamen?

Durante todo el verano fue a cenar a casa de Filón sin invitación expresa, trayendo casi siempre una botella de vino, o aceite perfumado, o flores. Permanecía hasta tarde, hablando sobre medicina o sobre la Ley. Todos lo apreciaban. Teófila me preguntaba con insistencia sobre él y le dirigía unos sutiles coqueteos, cosa que, por otra parte, hacía con todos los jóvenes.

Así transcurrió todo aquel verano, sin revueltas. Unas pocas riñas en los muelles, una escaramuza en el hipódromo después de una carrera de carros, pero ni una sola

revuelta. En la taberna de Calias nos burlábamos de Nicias por sus vaticinios, y él se encogía de hombros.

—El arzobispo goza de buena salud. Y dicen que ora por la paz al final de todos sus sermones —nos decía—. Sus partidarios deben de habérselo tomado en serio. Y las autoridades esperarán su muerte antes de hacer nada. ¡Y verán cuando se ponga enfermo!

Aquí cambiaba de tema para aludir a alguna cura milagrosa, anunciada desde el templo de Esculapio en Cos. Siempre se explayaba hablando de las curas milagrosas de Esculapio. Como su otro tema recurrente era la descripción de sus hazañas entre las prostitutas, dejé de tomar en serio lo que contaba y llegué a la conclusión de que todo lo que decía acerca de una revuelta y una guerra civil a la muerte del arzobispo no tenía otro fin que inquietarnos.

A mitad del otoño, un día Filón me hizo unas preguntas bastante agudas sobre Teógenes. Era algo tarde cuando estábamos comiendo en el Paneión, el parque consagrado al viejo dios Pan. Ocupaba otra de las colinas artificiales de la ciudad, con un espeso bosque de cedros, palmeras datileras, cistos y rosales, y estábamos sentados a la sombra, junto a una orilla en que olía a tomillo, comiendo pan con comino, queso fresco y melocotones. Era la pausa entre dos visitas. Yo acababa de ver a uno de los que trataba más o menos sola y me había reunido con Filón en los portones del Paneión. Después de hablar de temas de medicina, recordé que Teógenes había preguntado si podría cenar con nosotros la semana siguiente, consulta que había comunicado a Filón.

—¿Otra vez? —preguntó Filón riendo, pero en seguida se puso serio y frunció el ceño—. Es la segunda vez en una semana. ¿No está…? Quiero decir… ¿Te ha hablado algo de Teófila?

—Un poco.

En realidad no le prestaba mucha atención, pues seguía pensando en mi enferma, con aquel bulto en su interior que estaba matándola lentamente. Le había suministrado vino con opio cuando los dolores eran más intensos, pero me preguntaba si no podríamos hacer por ella alguna otra cosa, o si nos atreveríamos a recurrir a la cirugía.

—¿Qué ha dicho?

—Lo de siempre. Que es bonita, que es encantadora, que es dulce. Todas las jóvenes le parecen dulces.

—Ah —exclamó Filón y guardó silencio un minuto, mirando la colina—. Seguramente no quiere decir nada. Sólo que a ella parece gustarle y en los últimos tiempos él ha venido muy a menudo. —Con un suspiro cogió un trozo de pan—. Quizá

no debiera pensar más —dijo con la boca llena. Luego añadió—: Ahora descubro que soy como cualquier otro padre que quiere que su hija se case bien. Quisiera que tuviese bienestar, con algo más de dinero que su madre. Mi familia ha pagado mi forma de ejercer la medicina. Teófila no cuenta con una gran dote y esto tiene gran importancia. A un hijo puedes darle simplemente una buena educación y luego librarlo a sus propios recursos, pero para casarse una hija necesita dinero. Sería una gran suerte para nosotros que Teógenes estuviera enamorado de ella. —Filón suspiró—. Bien, es un muchacho muy agradable; y también es buena compañía aun cuando no esté enamorado de mi hija, de modo que bienvenido sea a cenar.

No dije nada. Lo que Filón esperaba era comprensible, pero no se me había ocurrido, y ahora que me lo había contado descubrí que estaba contrariada. Teógenes vivía admirando a las mujeres bonitas, haciendo comentarios y conjeturas sobre todas. Por su parte, Teófila coqueteaba, con recato, pero siempre. No tardé en llegar a la conclusión de que los dos eran presuntuosos, tontos e insoportables.

Filón suspiró una vez más y se lanzó a discutir sobre mi paciente y la posibilidad de cirugía, pero me costaba un verdadero esfuerzo prestar atención. Cuando terminamos nuestra comida y salimos del parque, me pregunté si en realidad la esperanza de Filón tenía algún fundamento. Era dificil saberlo. La verdad era que Teógenes iba a visitarnos cada vez con mayor frecuencia y se fijaba cada vez más en Teófila durante sus visitas. Admití como muy probable que por lo menos estuviese considerando una unión con ella. Era una buena noticia para la familia. ¿Por qué habría de molestarme?

«Porque —me dije— Teógenes era un hombre atractivo y a mí me gustaba.»

Me mordí el labio y me quedé mirando el hombro de Filón delante de mí. Una vez admitido el hecho, me parecía absurdo. Yo no era el tipo de mujer para él. Nunca sería la «dulce esposa» que espera a alguien en el hogar, y como médica era mejor que él. Tampoco era él la clase de marido que me habrían permitido tener. Me imaginaba que su familia debía de ser más o menos tan rica como la de Cirilo, el amigo de Torión, a quien Maia no encontraba adecuado para mí. El dinero de Teógenes tenía origen en una profesión, no en las tierras, y por lo tanto era menos respetable. Y era judío. Sería mejor quitarme de la cabeza aquella tonta atracción y alegrarme de que Teófila hubiese conquistado su afecto. No podía aceptarse que Caritón el eunuco gustase de jóvenes encantadores; no se justificaba que Caris, la hija de Teodoro, estudiase medicina; y, por último, en lo que a ello respecta, yo quería estudiar medicina más de lo que deseaba a Teógenes o a otro joven cualquiera.

Sin embargo, todo el día siguiente estuve de pésimo humor y cuando fue Teógenes a

la casa y dedicó la mayor parte del tiempo a divertir a Teófila, me quejé de dolor de cabeza y fui arriba a acostarme. Me tendí de bruces en la cama sin deshacerla, dejando los postigos cerrados, y me mordí las uñas, me embargaba la tristeza. Tenía todo lo que quería, como le había dicho a Teógenes, pero él tenía razón cuando señaló que no había pensado demasiado en ello. Yo pensé ahora. El amor, la compañía del matrimonio, los hijos… por supuesto que los deseaba. Habría sido inhumano no desear cosas tan buenas y naturales. Y me gustaba Teógenes, con sus ojos, su sonrisa y sus manos diestras. Sin embargo, era absolutamente imposible que surgiese algo de mis sentimientos mientras continuara estudiando medicina.

Me levanté, me acerqué a la biblioteca y acaricié mis textos de medicina. ¡Raros objetos, en comparación con un joven sonriente y lleno de vida, y con la posibilidad de un hogar e hijos! Cogí uno de los tratados de Hipócrates y me puse a leer al azar. Al principio los renglones de escritura aparecieron borrosos, pero luego los rasgos se hicieron nítidos y se transformaron en palabras, las de una historia clínica. Un hombre con fiebre y dolores abdominales. Al leer la historia hasta el fin comprobé que había muerto. Volví a poner el manuscrito en su sitio y me quedé mirándolo con los dedos apoyados en el papiro amarillo. Aquellas obras ofrecían equilibrio. Aspiraba a aprender el arte de curar, lo deseaba más que ninguna otra cosa. En pocas palabras, tenía que resignarme y aceptar que debía ser siempre un eunuco.

Llegó el invierno, el segundo desde mi llegada a Alejandría. Teógenes seguía visitándonos por lo menos una vez a la semana y dedicaba sus atenciones a Teófila, y, aunque no se hacían comentarios, Filón lo apoyaba sutilmente. Yo hacía los mayores esfuerzos por mostrarme complacida y a veces lo conseguía, pero ya no era tan feliz como antes.

Aquella primavera cumplí diecinueve años. Pasé el día atendiendo a un enfermo de fiebre tifoidea. Era un carretero casado, con tres hijos. Su mujer sintió pánico al ver que aquella mañana la fiebre subía y me pidió que me quedase todo el día. Accedí, logré bajar la fiebre mediante baños con una esponja empapada en vinagre e hice descansar al paciente con una poción de opio y quinquefolio, consiguiendo por último que bebiese un poco de caldo sin vomitarlo. Cuando me retiré, el hombre descansaba como hacía tiempo que no lo hacía, la fiebre parecía menos intensa y el pulso estaba sin duda más vigoroso y regular que desde hacía días. La esposa me cogió una mano, con los ojos llenos de lágrimas. La mujer me preguntó si se recuperaría.

—Creo que sí —le respondí—. Déjalo que duerma cuanto quiera. Si tiene sed, puedes darle agua con miel. Por la mañana, si le apetece, puede tomar agua de cebada;

después vendré a visitarlo. Si su estado cambia durante la noche, llámame.

La mujer asintió con un gesto.

—No sé qué haríamos si muriese —me confió.

—Creo que a menos que tenga una recaída, vivirá —manifesté después de sopesar su necesidad de esperanza y el riesgo de crear falsas expectativas. En el fondo, estaba segura de que viviría. Era vigoroso y había pasado lo peor de la enfermedad.

Las lágrimas de la mujer recomenzaron cuando me volvió a apretar la mano.

—¡Gracias! ¡Ay, que Dios te bendiga!

—Ve a dormir mientras puedas hacerlo —le aconsejé, y me fui a casa.

Llegué cuando la familia estaba cenando, acompañada por Teógenes. Sentado junto a Teófila, se inclinaba hacia ella para sonreírle; ella respondía con sonrisas y bajaba los ojos. «Muy bien», pensé, y sentí alegría.

—¿Cómo está el paciente? —no tardó en preguntarme Filón.

—Creo que vivirá —repuse alegremente, y subí a lavarme.

Una noche de aquella misma primavera, cuando acabábamos de volver de nuestras visitas y las mujeres preparaban la cena, llamaron a la puerta. Harpocratión fue a abrirla. Filón escuchaba, sentado a la mesa frente a mí. Había sido un largo día de trabajo. Nos habíamos separado porque yo tenía que asistir a otra disección en el museo. Cuando volví a reunirme con él, después de la comida, lo encontré curando las quemaduras y huesos rotos provocados por un incendio: demasiado ocupado para comer o beber. Toda la tarde había seguido al mismo ritmo. Su rostro tenía un color grisáceo. Sin embargo, los golpes en la puerta por la noche solían significar que alguien se había puesto enfermo inesperadamente.

—Lo atiendo yo. ¿Te fías de mí? —pregunté cuando Harpocratión hizo entrar al desconocido.

Filón murmuró algo y sonrió.

—Fiarme, sí —contestó—; pero veamos primero qué es.

Era una mujer con fiebre puerperal. El visitante era su marido, un hombre menudo, moreno y velludo, que llevaba una túnica de lino rota y muy sucia y una capa de pelo de camello. Recitó su historia en un tono monocorde muy rápido, moviendo los pies, eludiendo nuestra mirada, muy nervioso. Era arriero de mulas, según dijo. Muy pobre, tenía que partir de la ciudad al día siguiente con una reata de mulas, pues de lo contrario no tendría dinero para comprar alimentos. Hacía poco tiempo que vivía en la ciudad, razón por la cual no tenía ningún vale para recibir pan de la asistencia pública. Su mujer había dado a luz su primer hijo la semana anterior y al principio estaba muy bien, pero se había puesto muy, muy enferma. Después de haber entregado la mayor parte de sus ahorros a un sacerdote y el resto a un mago para que la sanase, la cura no había dado resultado. Ni él ni su mujer tenían familiares en la ciudad. Eran más o menos cristianos, es decir, miembros de alguna secta de gnósticos, y lo que realmente quería el hombre era internar a su mujer en el hospital. Desconfiaba de los médicos judíos y tenía menos fe en la tradición hipocrática que en las oraciones y recetas mágicas, pero había oído decir que Filón trataba a los enfermos por caridad y quería probar suerte.

Las complicaciones del parto son muy variadas y era imposible deducir del relato incoherente del hombre qué era lo que afligía a su mujer. «Está muy mal, está ardiendo», decía solamente, cuando le preguntábamos acerca de los síntomas. Filón hizo un gesto, sonrió y suspiró.

—Harán falta dos opiniones —dijo.

Fuimos juntos a visitarla. Por lo menos vivía bastante cerca: enfrente de los

astilleros, después de cruzar la Vía de los Toldos.

Encontramos a la mujer tendida en una cama sucia, en una habitación muy pequeña del último piso de una casa de vecindad. Hacía calor y el lugar debía de haber sido un horno durante el día, pues estaba directamente bajo el tejado. El revoque de las paredes estaba resquebrajado y el suelo cubierto de un polvo blanquecino que también cubría los colores chillones de las figuras de terracota que representaban a Cristo y a la Sabiduría y que estaban detrás de la lámpara, en una pared. Cuando entramos, la mujer tenía a su hijo en brazos, que daba fuertes gritos y cuyos pañales estaban cubiertos de materia fecal. La madre lo mecía y le decía en voz muy alta algo incoherente, alternando las palabras con partes de canciones de cuna e himnos gnósticos que se entremezclaban con sus discursos en el vacío.

Filón levantó el bebé y me lo pasó. La mujer gritó e intentó quitármelo.

—Cálmate —le susurró Filón al tomarle el pulso—. Vamos a cambiarle los pañales. Ya verás… —dijo, y le entregó una almohada. Abrazada a ella, la mujer se reclinó en la cama.

Filón continuó su examen mientras yo me ocupaba del bebé. Estaba desesperadamente hambriento, además de extenuado, y lloraba porque la suciedad le había causado úlceras en las nalgas. Lo limpié, lo froté con lanolina y aceite de cedro y se lo entregué al padre, indicándole que lo meciese y le permitiese chuparse el dedo. No tardó en dormirse.

Con la madre no fue tan fácil. Tenía mucha fiebre, delirios y escalofríos. Había tenido vómitos, y en la orina había pequeñas cantidades de sangre. Se quejaba de tener mucha sed. Tenía unos diecisiete años. No había mucho que hacer y ambos estábamos seguros de que moriría, aunque nunca hay una certeza total. Como era joven y bastante fuerte, tal vez sobreviviría con un buen tratamiento y mucho reposo. La familia no tenía ropa limpia, pero hervimos agua y la lavamos, conviniendo con el marido en que intentaríamos internar a la mujer en un hospital. Por último, Filón indicó al padre que buscase a alguien para cuidar al niño.

—Seguramente tienes una vecina que está criando niños —le dijo—. Explícale la situación. No puede negarse a amamantarlo hasta que vuelvas a la ciudad.

El hombre murmuró algo y miró inquieto a su mujer. Filón le soltó con cierto tono de impaciencia:

—¡Tendrá más probabilidades de curarse si le permitimos descansar! Ahora no tiene leche. También morirá el bebé si no encuentras quien lo cuide.

Con un gesto obediente, el arriero se llevó al niño. En Éfeso casi seguro que un

niño en estas condiciones habría corrido peligro de morir, pero los egipcios aman a los niños. Aun en su condición de forastero, el hombre encontraría seguramente alguien que amamantase a su hijo.

Filón se quedó para probar algunos medicamentos que bajaran la fiebre y mejoraran el estado general de la enferma y yo partí hacia el hospital. También decidí comprar pan y vino para Filón. Es difícil trabajar bien con el estómago vacío al cabo de un largo día.

La estrecha calle estaba oscura y desierta cuando me interné en ella. El hospital al que íbamos habitualmente estaba al oeste, cerca del promontorio de los faros que divide el Gran Puerto del de Eunostos. Me detuve en la puerta de la casa, dudando entre ir por la Vía de los Toldos o cortar camino por las calles secundarias que llevaban al puerto. En aquel momento, una fuerte ráfaga me trajo el rumor de algo que sonaba como una riña en el extremo este de los astilleros, cerca de la ciudad amurallada: cantos confusos, gritos, ruido de algo que caía. Me pregunté qué significaba. ¿Disputas religiosas o una simple riña callejera? Fuera lo que fuese, me permitió elegir mi camino para mantenerme alejada, es decir, de regreso por la Vía de los Toldos.

Corría por la calle, tratando de no mirar hacia atrás. Mi conocimiento de la ciudad sólo servía para que en las calles secundarias aumentase mi nerviosismo, especialmente de noche. En cambio, la Vía de los Toldos era segura. Podían robarte durante el día, pero no era probable una agresión física ni siquiera por la noche. Era una calle demasiado concurrida. Llegué a ella con un suspiro de alivio y reduje la velocidad, empezando a caminar a buen paso. En el lado opuesto de la calle, un grupo de juerguistas se desplazaba dando tumbos en busca de un prostíbulo, pero aparte de esto la calle estaba inusitadamente vacía, ocupada sólo por unos pocos gatos callejeros. Seguramente el alboroto retenía a la gente en su casa. Corrí hasta la plaza Soma, para a continuación coger la calle Soma en dirección al puerto. Desde los muelles llegaba algo más de ruido, pero no distinguí a nadie, salvo el reflejo de las antorchas en el agua y la luz de lámparas en las habitaciones de la parte alta de los muros de la fortaleza, que despedían un intenso brillo dorado en contraste con el cielo nocturno envuelto en neblina.

El hospital era un gran edificio de ladrillo grisáceo con tejas. Se extendía en torno de un patio abierto. El jardín tenía una fuente en el centro y tres largos corredores donde estaban los pacientes. En el cuarto lado del patio, la entrada, había un gran recinto utilizado por el personal. Era una habitación amplia cuyas paredes eran lisas y estaban enjalbegadas. Se abría sobre el jardín y siempre se podía entrar por allí. Los

monjes comían, oraban y dormían allí, en esteras que arrollaban de noche contra las paredes. Cuando llegué, estaba brillantemente iluminado y repleto de gente; al parecer, había todos los colaboradores y sus hermanos; se hallaban de pie formando un círculo, conversando y rezando ruidosamente en copto. Nadie había respondido a mis golpes en la puerta, de modo que esperé allí tratando de atraer la atención de alguien. Poco después, un monje al que nunca había visto reparó en mi presencia, dejó de rezar y me lanzó una mirada furiosa mientras los otros me miraban a su vez con inquietud.

—¿Quién es ese idólatra? —preguntó el monje desconocido. Vestía una burda túnica de lana que le llegaba a los pies, y no tenía capa. Estaba descalzo, sin afeitar y muy sucio.

—Señor —le dije cortésmente—. Soy Caritón, ayudante de Filón el médico. He venido por un paciente. Los hermanos me conocen.

—Eres un eunuco —replicó el monje. Hablaba con el tono nasal y monótono característico del Alto Nilo—. ¡La herejía arriana, que niega al Hijo de Dios y recibe el apoyo de eunucos que por tener cuerpos estériles y almas vacías de virtud no pueden soportar la palabra *hijo*! ¿Qué vienes a hacer aquí entre los virtuosos, hijo de perdición?

«¡Dios mío! —pensé—. ¿Habrá muerto el arzobispo?»

—Señor —dije, al recordar que Filón recomendaba paciencia—. No soy arriano. Respeto la verdad tanto como tú. No soy eunuco por propia elección. Y he venido en nombre de una paciente, una mujer con fiebre puerperal. No tiene familia aquí, su esposo tiene que dejar la ciudad mañana para ganarse el pan y queríamos encomendarla al cuidado de vuestra caridad.

—No es arriano —dijo uno de los monjes que me conocían y llevaba el nombre de Marcos, como el evangelista—. Es ayudante del judío Filón, pero es un buen cristiano niceno.

—¿Un eunuco ayudando a un judío? —vociferó el monje—. ¡Un demonio ayudando al diablo! ¿Qué beneficio puede traer semejante asociación? ¡Viene a espiar a los fieles y les miente para ganarse su confianza y traicionarlos frente al gobernador o el duque de Egipto!

En ese punto hubo una gran conmoción. Todos los monjes se irguieron de un salto y me clavaron las miradas con los ojos fuera de las órbitas. De repente vi que el asunto era serio, no simple algarabía. Sentí miedo.

—Señor —repetí lentamente, tratando de no apartar las manos de mis costados—. He acudido en nombre de una paciente. Los hermanos de aquí me conocen. He venido

otras veces a traer pacientes. Nunca por ningún otro motivo. Estás en un error, señor.

La furia se borró de los ojos de algunos monjes. Marcos hizo un gesto afirmativo.

—Es un buen médico —dijo el desconocido—. Él y su amo tratan a los enfermos sin cobrarles nada. No tenemos razones para creer que es nuestro enemigo.

—¡Es la sutileza del diablo! —gritó el monje desconocido—. Acabamos de oír que ese falso dios, el emperador de los herejes, quiere derrocar y exiliar a nuestro amo y señor, el obispo Atanasio, y nos reunimos para orar y decidir qué medidas tomar, y ¿qué sucede? ¡Un eunuco, un eunuco de la corte viene y se detiene a escucharnos, sin duda para regresar y contar todo lo que ha oído! ¡Es un espía!

No me moví. Sabía que por lo menos algunos me atacarían de inmediato. Como pude comprobar, estaban muy asustados. Me pregunté qué habrían estado discutiendo con tanta vehemencia en su idioma nativo, tal vez algo que podría significarles la pena de muerte. ¿Era verdad que el arzobispo iba a ser exiliado de nuevo? Recordé la lucha que había oído en los muelles. Cabía presumir que tenía que ver con el mismo rumor. Sin embargo, tenía que ser sólo un rumor. No había habido una proclama, pues, de haber sido así, me habría enterado por la mañana en el templo.

—No he oído nada —expliqué—, y no tengo la menor noticia de un destierro. Dudo, amigos, de que sea verdad. No soy espía. Y ni siquiera entiendo el copto. —Entonces callé, pero buscando desesperadamente algo más que decir.

El monje forastero escupió y gritó:

—¡Mentiras!

—No me creas entonces —repliqué, olvidando la paciencia que debía tener—. De todos modos es verdad. Y creo que estos hermanos sabrán más que tú, que eres forastero, ¿no?

Se oyó un rumor de pies en todo el recinto. Los monjes se miraron entre sí, a continuación al monje y por último a mí. Con todo, nadie se movió para agredirme. Aun así, dudaba que me matasen aunque me atacaran. Descubrir que en realidad era mujer, algo inevitable, los dejaría atónitos. La idea aumentó mi confianza.

—¿Dónde te has enterado de este destierro? —pregunté al monje, aprovechando el silencio antes de que volviese a acusarme—. En la ciudad no lo ha proclamado nadie.

—Hay movimientos de tropas en el Bajo Nilo —respondió el forastero dirigiéndome una mirada hostil—, pues dicen que tienen que mantener el orden en la ciudad porque se prevén tumultos. Como tú sabes, hijo de la perdición, he venido del Nilo para prevenir a mis hermanos sobre estas cosas. Verás, yo no temo nada de ti. ¡Soy Arcaf, servidor de Dios y del arzobispo, y cumpliré mi servicio hasta la muerte!

—Y estos hermanos presentes aquí —le dije con energía— también están al servicio de Dios y del arzobispo, y su cometido consiste en cuidar de los enfermos, tarea de la cual creo, Arcaf, que estás apartándolos con rumores no confirmados sobre movimientos de tropas. Mi paciente está verdaderamente enferma. Es muy joven, sufre, está sola y tiene un hijo que nadie cuida. ¿Y qué sucede con los demás enfermos que hay aquí, mientras nosotros nos dedicamos a gritar? ¡Pueden estar agonizando, sin que nadie se ocupe de ellos!

Al oír mis palabras, Marcos y algunos de los otros monjes manifestaron preocupación, pero Arcaf dijo:

—Si triunfan los herejes, morirán todos. Nos encarcelarán a todos, nos perseguirán a causa de nuestro ministerio, y los dejarán morir a todos. No escuchéis a esta criatura, hermanos, a este espía semihombre cuyas palabras quieren despertar la discordia entre nosotros. Un paciente de un judío y un eunuco tienen que ser herejes. No debéis aceptar pacientes de gente como ellos, pues se volverán, como perros, a morder las manos de quienes los curaron.

Al levantar el monje sus brazos escuálidos al cielo exhibió las cicatrices del látigo en sus hombros y antebrazos, y por primera vez advertí también los callos que las cadenas habían formado en sus muñecas. Los otros monjes que también las vieron lanzaron un suspiro quejumbroso.

—¡Recordad los castigos de Gregorio con haces de espinas! —gritó Arcaf—. ¡Recordad cómo Georgos torturó y azotó a los fieles! ¡Recordad las listas del prefecto Filagrio, hechas con los informes de sus espías, y los tormentos a que nos sometió cuando exiliaron a nuestro señor Atanasio!

Los monjes recordaron y comenzaron a desplazarse hacia mí.

—¡Apelo al arzobispo! —grité, levantando la voz para hacerme oír sobre el coro con que habían recibido las palabras de Arcaf. Obtuve resultados. Ante la mención de su venerado Atanasio, callaron todos—. Si realmente creéis que soy un espía —proseguí—, podéis informar a su santidad y hacerme expulsar de la ciudad. Entretanto, ¿habrá alguien, por favor, que cuide a los enfermos?

Durante un momento reinó el silencio. Todos me observaban con ojos que brillaban intensamente a la luz de las lámparas. Entonces oí una voz.

—Es una buena idea —declaró Marcos con tono firme—. Vayamos a ver a nuestro señor el arzobispo. Él nos dirá qué debemos hacer y si este rumor es cierto. Además, podrá indicarnos si está bien aceptar pacientes de un eunuco y un judío.

La aprobación general se manifestó mediante gritos y exclamaciones, y de repente

todos me rodearon como si fuese su cautivo de guerra a quien quisieran conducir triunfalmente ante su jefe. Algunos encendieron antorchas, y Arcaf y unos cuantos entusiastas comenzaron a entonar un salmo. De modo que conocería al arzobispo. Por lo menos, pensé, era un hombre con poder y experiencia. Eso debía de significar que sería menos excitable que sus seguidores. Estaba segura de que me encontraría inocente en seguida y ordenaría a todos que se calmaran. Me habría gustado poder enviar un mensaje a Filón para contarle lo que sucedía. Temía que viniera al hospital si yo no regresaba pronto; y un judío correría peor suerte que un eunuco. No había nadie para llevar tal mensaje y tuve que conformarme con insistir en que alguien se quedase a atender a los enfermos. Unos cuantos monjes aceptaron la tarea y el resto partió después de empujarme al centro del grupo, agitando sus antorchas y cantando.

El palacio episcopal estaba junto al puerto de Eunostos, en el sector oeste de la ciudad, cerca de la Puerta de la Luna. Marchamos junto al borde del agua, dejando atrás la gran iglesia de Atanasio, atravesamos el canal de los barcos, por delante de la iglesia de Theonas, y en todas partes la gente salía para unirse a los monjes. El rumor se había difundido ya por la ciudad, y había un ambiente cargado de expectativas sangrientas. Trabajadores del puerto, empleados y campesinos sin tierra que subsistían con tareas esporádicas o asistencia pública se incorporaban a las filas agitando garrotes y cuchillos, batiendo palmas, cantando y gritando.

—¡Demos gracias al Señor, porque es bueno! —cantaban los monjes y la multitud respondía:

—¡Pues su misericordia es eterna!

—¡Más vale confiar en el Señor que confiar en el hombre!

—¡Pues su misericordia es eterna!

—¡Todas las naciones me atacaron, las destruiré!

—¡Pues su misericordia es eterna!

—¡Cayeron sobre mí como abejas y se apagaron como el fuego de los espinos, pues en el nombre del Señor las destruiré! ¡El Señor es mi fuerza y mi canto y mi salvación!

—¡Pues su misericordia es eterna!

Llegamos al palacio episcopal encabezando una multitud, una turba que bailaba junto al limite del puerto, cuyas antorchas se reflejaban en las pequeñas olas del mar. Allí, en el extremo más distante, había una explanada de barro maloliente donde estaban los barcos pesqueros, masas negras contra el resplandor oscuro del agua. El palacio episcopal era en realidad un edificio mucho más pequeño que la casa de mi padre, en el que casi no había nada que indicara la identidad de su propietario. Podría

haber pasado frente a él sin advertir nada, pero la multitud sabía quién residía allí. Todos se detuvieron frente al palacio, saltando el muro bajo que separa la calle del mar, sacudiendo los pies en la explanada, golpeando los cascos de los barcos pesqueros, cantando y repitiendo estribillos.

Unos hombres con capas oscuras, sacerdotes o monjes, se acercaron a la puerta y nos observaron antes de volver a alejarse. Al cabo de un rato, un anciano menudo y moreno se acercó otra vez y se detuvo junto a la puerta, mientras la multitud gritaba «¡Atanasio!», «¡Atanasio!», hasta hacer temblar el suelo.

El arzobispo levantó las manos y todos callaron. Por unos instantes aquel silencio fue tan absoluto que podía oír el crepitar de las antorchas y el rumor de las olas en el puerto detrás de nosotros, el gran suspiro de aquella masa de gente y los latidos de mi propio corazón. Los monjes me empujaban y me sentí mareada. Además, llegaba el olor de las cloacas del puerto, de los cuerpos sucios, del sudor.

—Amados hermanos —dijo el arzobispo—. ¿Qué significa este tumulto?

Reinó otra vez el silencio y luego muchos se pusieron a gritar a la vez. El arzobispo volvió a levantar los brazos y fijó la mirada en los monjes del hospital.

Arcaf se adelantó de un salto y se prosternó delante de Atanasio.

—¡Santo Padre! —exclamó—. ¡Hemos oído que los impíos piensan privarnos de tu presencia y tenemos miedo!

—No temas —suspiró el arzobispo Atanasio. Su voz era clara y fuerte, de una potencia extraordinaria para un hombre tan pequeño y viejo. No titubeó ni perdió su claridad, como suele sucederle a muchos ancianos. Si uno hubiese cerrado los ojos, habría imaginado estar escuchando a un joven—. También yo he oído esos rumores, pero son falsos. El duque de Egipto trajo sus tropas a Alejandría para las fiestas de Pascua por temor a que hubiese desórdenes en el pueblo, pero no sucede nada más que esto. Le he preguntado al duque y tengo garantías de que no ocurrirá nada, pues según él, sus tropas no harán nada a menos que las turbas causen disturbios. Por lo tanto, os pido, hermanos míos, que volváis a casa y me dejéis descansar, ya que desórdenes como éstos no harán otra cosa que causar júbilo entre los impíos, que nos acusarán de crearlos.

La multitud gritó entonces a voz en cuello:

—¡Atanasio! ¡Señor de Egipto! ¡Generoso Nilo!

El canto se reanudó; esta vez, un salmo de victoria. Alguien comenzó los aplausos. Atanasio los saludó con un gesto y los despidió con una bendición. La mayoría de la gente empezó a dispersarse. Mi guardia de monjes iba de uno a otro lado, sin saber si

insistir sobre el problema de atender pacientes tratados por un judío.

El arzobispo les resolvió el problema.

—¿Hay algo más, hermanos míos? —preguntó—. ¡Arcaf de Tebaida! No sabía que estabas en Alejandría.

El monje manifestó gran placer por ser reconocido.

—Encontramos a este eunuco en el hospital —dijo—. Creo que es un espía. Intenta introducir a sus pacientes entre los fieles.

Atanasio me miró y yo sostuve su mirada. Era un hombre pequeño, más bajo que yo y algo encorvado por la edad. Muy delgado, había perdido muchos dientes y vestía con sencillez la túnica gris del asceta. Si no hubiese existido la reacción de la multitud frente a él, nunca habría sospechado quién era. Tenía la barba rala y el pelo blanco, aunque sus ojos eran perfectamente claros: grandes y oscuros, como los de un ave, pero muy expresivos. Daba la sensación de que miraban profundamente y atravesaban la superficie llegando al corazón.

—¿Eres médico? —me preguntó.

—Estudiante, santidad —respondí—. Soy el ayudante de Filón el Judio. Tenemos una paciente, una mujer cristiana, a quien queríamos llevar a que la atendieran porque es pobre y su marido tiene que salir de la ciudad para ganarse el pan. Fui al hospital a solicitar esta ayuda, pero al parecer era un mal momento.

—¿Qué puede surgir de bueno de un judío y un eunuco? —preguntó Arcaf con vehemencia—. ¡Son espías que pretenden infiltrar a otros espías y herejes para vigilarnos!

—¿Hay algo que puedan espiar? —le preguntó Atanasio con una sonrisa seguida por un encogimiento de hombros—. Es difícil resolver estas cuestiones en el umbral de la puerta. Entrad, tú, Arcaf, y tú, Marcos… y tú, eunuco. El resto puede volver a su trabajo y orar por la paz. Esta primavera hay malestar en la ciudad, y necesitamos las oraciones de todos los hombres de bien.

Los monjes se dispersaron a regañadientes y yo entré con Arcaf y Marcos en el palacio episcopal.

Atanasio nos condujo por un vestíbulo y un pequeño patio hasta una sala de recepción, iluminada por varias lámparas de aceite. En una esquina había una mesa de escribir cubierta de rollos, y en la otra, un brasero. El suelo estaba teselado, pero sin configurar ningún mosaico; por lo demás, la habitación era totalmente insulsa.

El arzobispo se sentó con dificultad detrás de la mesa, volviendo la silla para mirarnos. Detrás de él se hallaban varios diáconos y otro monje. Aunque nos indicó con

un gesto que nos pusiésemos cómodos, nadie se sentó. Todos permanecimos frente a él, muy atentos.

—Bien —dijo—. Os ruego, hermanos, que os expliquéis. Vosotros no estáis a favor de aceptar pacientes de un médico judío en el hospital, y creéis que el eunuco os espía.

Arcaf y Marcos comenzaron a hablar a la vez y luego callaron.

—Yo no confío en un eunuco que afirma ser estudiante de medicina —señaló Arcaf —. Son gente amante del lujo, como tú habrás observado, santidad. Y éste es extranjero y trabaja con un judío, aunque afirma ser cristiano. He llegado a la ciudad hace muy poco. Sólo sé lo que he dicho. Pero tú sabes, santidad, cuánto nos odian y cómo conspiran contra nosotros nuestros enemigos.

—Dios nos ha protegido y seguirá protegiéndonos —dijo Atanasio serenamente—. No creo que el emperador se mueva contra nosotros ahora, antes de mi muerte. Sin embargo, es verdad que ha enviado a hombres para vigilar a aquellos que como vosotros me apoyáis. Marcos, ¿conoces al eunuco?

Marcos vaciló.

—Es el ayudante de un tal Filón, médico judío. El año pasado aceptamos a varios pacientes recomendados por él. Algunos murieron, otros vivieron. Tanto Filón como él los han visitado con la mayor asiduidad, a pesar de que los atienden gratis. En verdad, si no fuese porque uno es judío y el otro un eunuco, yo diría que estos doctores son ambos hombres virtuosos.

—¿Tienes motivos para sospechar que los pacientes han sido espías?

—¿Los pacientes? No, seguro que no, santidad. Eran gente común de Alejandría, gente pobre.

—¿Ni judíos ni eunucos? Bien, bien. No veo mal alguno en recibir pacientes del diablo, siempre que sean cristianos y necesiten de la caridad. Mi hermano Arcaf es celoso y leal, pero en verdad me parece que su empeño lo ha llevado a exagerar un poco, ¿no? Eunuco… ¿Cómo te llamas? ¿Eres cristiano?

—Sí, santidad —respondí con sensación de alivio. Teníamos la palabra del mismo arzobispo para internar a nuestros pacientes en el hospital—. Soy Caritón, señor, de Éfeso, y cristiano niceno.

—¿Por qué estás trabajando con un judío? —Sus vivaces ojos de ave volvieron a clavarse en mí—. Por virtuoso que sea tu maestro, sorprende un poco ver a un eunuco de Éfeso, que además es un caballero cultivado, estudiando medicina con un judío de Alejandría. Se trata de algo que no puede menos que despertar sospechas a muchos que como Arcaf tienen razones para desconfiar.

Sonreí y me encogí de hombros, mientras en mi interior registraba la perspicacia del anciano. Sólo las pocas palabras que le dirigí habían bastado para que me identificase como un caballero. ¡Aquel acento cultivado con tanta diligencia por Isquiras y Maia!

—Cuando llegué a Alejandría traté de estudiar con varios médicos, pero no querían trabajar con un eunuco. Mi maestro Filón es un hombre generoso, señor, un auténtico hipocrático, y estoy muy satisfecho con la instrucción que recibo de él.

—¡Un auténtico hipocrático! ¡Y esto te importa más que el hecho de que no sea cristiano! Espero que su instrucción se limite al dominio médico y que tu fe cristiana no corra peligro.

No se me ocurrió una respuesta lo bastante rápida. Atanasio me miraba con expresión de burla contenida.

—Filón es un hombre virtuoso —dije por fin—. Jamás impondría su fe a nadie. Además, mantiene el juramento de Hipócrates hasta en sus menores detalles.

—Me alegro de saberlo —replicó Atanasio sin inmutarse—. ¿Qué jura exactamente en ese voto? ¿No espiar?

—«Sea lo que sea aquello que yo descubra y no deba revelar, no será revelado.» Diría que en ello está incluido el espionaje.

—¿Y sus pacientes cristianos confían en él? Has hablado de un paciente que queréis internar en el hospital, ¿no?

—Los pacientes cristianos pueden confiar en él, santidad. En efecto, hay una mujer con fiebre puerperal que no tiene quien la cuide.

Atanasio calló un instante. Me miraba fijamente y de repente frunció el ceño. Arcaf lo notó, se movió y me dirigió una mirada de suspicacia y antipatía que fue advertida por Atanasio.

—No —dijo dirigiéndose al monje—. Estas completamente equivocado, hermano. No es nuestro enemigo. Mas Dios me ha revelado algo. Joven, tengo que hablar contigo a solas. Marcos, Arcaf, os ruego que desechéis el temor y la cólera y vayáis a ocuparos del paciente del muchacho. Rogad por nosotros, hermanos, como nosotros rogaremos por vosotros. —Ante el gesto con que los bendijo, los dos hombres lo miraron sorprendidos y, después de observarme con manifiesta curiosidad, se retiraron. Atanasio se dirigió a los otros presentes—. Dejadnos solos un momento —les ordenó—. Tengo que hablar a solas con este eunuco.

Los hombres salieron, pero no manifestaban sorpresa sino curiosidad, como si una revelación divina no tuviese nada de extraño, salvo su contenido, que los llevaba a

muchas conjeturas. Yo me sentía incómoda. ¿Qué podía haberle revelado Dios? Habría preferido que Dios no interviniese. Atanasio tenía ya bastante poder sin la ayuda de nadie.

—Bien —dijo cuando quedamos solos—. ¿Cuál es tu verdadero nombre, muchacha?

—¿Qué? No comprendo.

Atanasio hizo un gesto de impaciencia.

—Comprendes perfectamente. Caritón… Es Caris, quizá. ¿Por qué estás vestida así y te haces pasar por eunuco?

Se me aflojaron las rodillas y se me resecó la boca. Por segunda vez, no atiné a decir nada. ¿Negarlo? ¿O bien admitirlo y suplicarle que no lo revelara?

—No tienes por qué temer —me advirtió—. Yo tengo mi propio juramento hipocrático. Lo que descubra y no deba revelar permanecerá en secreto.

—Sí —respondí tragando saliva—. Sí, es Caris. ¿Cómo lo sabías?

—Me lo ha revelado Dios. —Atanasio me miraba fijamente—. Es sorprendente ver a un eunuco bien educado estudiando medicina con un judío, pero más sorprendente todavía es encontrar a una mujer noble. ¿Por qué?

Volví a tragar saliva. ¿Le revelaba realmente Dios aquellas cosas, o todo provenía más bien de sus ojos agudos y objetivos?

—No quería casarme, pero sí estudiar medicina.

Más tarde habría de comprobar que ésta era una de las mejores cosas que podía haber dicho. El arzobispo Atanasio era un asceta. Consideraba el matrimonio un modo de vida inferior. La perfección era la castidad y la disciplina espiritual. Con frecuencia había apoyado a las mujeres contra sus propias familias, aunque ello le había acarreado una gran hostilidad. Sin embargo, no pensaba en tal cosa cuando hablé.

—Medicina —dijo, frunciendo levemente las cejas—. Vaya. Con todo, puede conducir a cosas más elevadas… ¿Está enterado alguien más?

—En Alejandría, nadie. Me ayudó mi hermano —respondí.

—¿Te ayudó a abandonar a tus padres, pero no a obtener un puesto de antemano con un médico prestigioso? Ya lo veo. Todas las circunstancias sospechosas tienen ahora explicación. Es una lástima que hayas tenido que participar en semejante farsa. He pensado a veces que se debería permitir a las monjas estudiar medicina… Pero no cabe ni mencionarlo entre los hombres doctos del museo. De vez en cuando admiten que una mujer pueda estudiar filosofía, pero ciencias, nunca. Aunque he conocido a varias monjas que habrían sido excelentes médicas. Y hubo una que… bien. ¿Eres realmente

una cristiana nicena?

—Santidad, soy ignorante en materia de teología. Te respeto y creeré lo que tú creas.

—No me dirías esto si estuviera interrogándote sobre un tema de medicina. Quisiste decir que no te interesa la filosofía, ¿no? Bien, puede ser que te acerques a ella más adelante. Constituye el fondo de todo, de lo que uno cree acerca de Dios. Estudia el arte de curar, entonces, Caris de Éfeso. Te agradezco que hayas sido sincera conmigo.

Me quedé allí, consciente de mi tonto rubor. Minutos antes me había sentido como una estudiante del arte de curar. Ahora era una joven necia.

—¿No se lo dirás a nadie? —pregunté torpemente.

Atanasio se echó a reír.

—¿Por qué habría de hacerlo? No veo que hayas hecho nada que esté mal. Es la vanidad del mundo y la ambición de los hombres lo que obliga a las mujeres a casarse contra su voluntad. Además, el arte de curar es un arte noble, practicado por el mismo Jesús Nuestro Señor. Por último, son muy pocos los médicos que hoy en día toman sus votos con seriedad. Tal vez te pida ayuda algún día, Caris.

Nuestras miradas se cruzaron. La suya era directa, inquisidora. No, no había en ella nada que se pareciera a una amenaza de chantaje. A pesar de ello, Atanasio sabía que tenía poder sobre mí por saber quién era yo cuando los demás lo ignoraban. De modo que sabía que podía confiar en mí.

Le hice una profunda reverencia antes de hablar.

—Santidad, si llegaras a necesitar mi ayuda alguna vez, debes saber que soy tu servidora.

Atanasio rio otra vez.

—Lo sé perfectamente. Que Dios te bendiga, hija mía. —Después de hacer la señal de la Cruz añadió—: Dispondré que uno de mis sacerdotes te acompañe de regreso al hospital. Hay todavía agitación en la ciudad e incluso como eunuco podrías tener dificultades.

Cuando volví al hospital encontré a Filón instalando adecuadamente a nuestra enferma. Los monjes, incluido Arcaf, me miraron con gran respeto, como el protagonista de una revelación divina, y aquel respeto parecía afectar también a Filón. Al verme se sintió muy aliviado, pero al principio hablé sólo de la paciente. Le había dado una pequeña dosis de cicuta para bajar la fiebre, y genciana para cortar la hemorragia; por el momento dormía. Se había encontrado una nodriza que amamantara al bebé, pero Filón quería que se lo llevase a la madre por lo menos una vez al día para

que le diera de mamar, evitando así el riesgo de contraer una mastitis además de la fiebre puerperal. Todos los monjes se mostraban bien dispuestos y con espíritu de colaboración, lo que nos permitió abandonar pronto el hospital y volver a casa.

—Gracias a Dios que estás a salvo —me dijo cuando íbamos por la calle—. Había un tumulto y gritos en los muelles; y el marido de aquella mujer llegó diciendo que volverían a desterrar al arzobispo y que reinaba el desorden en la ciudad. Lo envié a buscarte para mantenerte alejado del hospital, pues preveía que habría dificultades con esos monjes. Fue demasiado tarde. ¿Te llevaron a ver al arzobispo en persona?

Asentí con la cabeza.

—El arzobispo les dijo que el rumor era falso y que debían aceptar a nuestros pacientes.

—Eres una maravilla, Caritón —declaró Filón admirado—. A cualquier otro lo habrían ejecutado… Me dijeron que el arzobispo quiso hablar a solas contigo.

Le expliqué que así era. Filón me miró un minuto, pero evadí su mirada.

—¿Y qué sucedió? —preguntó por fin.

—Creo que sería mejor emperador que Valente el Augusto —respondí—. No permitiría que torturaran a la gente. No sería necesario.

Filón se detuvo y me cogió del brazo.

—Caritón —me dijo—, no puede… Yo sé que no has hecho nada malo, pero también sé que hay cosas que no me has contado. Es evidente. A menos que suceda algo, un eunuco de buena familia no llega inesperadamente a una ciudad como Alejandría sin dinero y sin haber dispuesto lo que va a estudiar. Cualesquiera que sean tus razones… el arzobispo no puede utilizarlas contra ti, ¿verdad?

Me conmovió su interés.

—No lo creo —respondí—. De todos modos, no le hará falta.

Filón me dirigió una mirada escrutadora. Le sonreí; él sonrió a su vez y me soltó el brazo. Nos fuimos a casa.

Pero ¿cómo es realmente el arzobispo? —volvió a preguntarme Teógenes.

Era la noche que seguía al Sabbath y estábamos sentados en la taberna de Callas con algunos estudiantes de medicina. Al principio yo no había mencionado mi encuentro con Atanasio, pero la víspera Teógenes se había enterado de toda la historia en casa de Filón, y desde entonces yo no oía otra cosa que preguntas sobre el episodio.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondí irritada—. Lo vi sólo diez minutos. Me dio la

impresión de ser un hombre muy inteligente y perspicaz, pero más que esto no puedo deciros.

—Pero ¿cómo conocía este aspecto personal sobre ti, cuando ni siquiera nos lo has contado a nosotros? —quiso saber Nicias.

—No sé cómo lo sabe. Tal vez se lo haya revelado Dios. O simplemente hizo una conjetura acertada.

—Dicen que es un brujo —comentó aprensivamente Nicias. Aun cuando, como pagano, tendía a burlarse de las revelaciones divinas a los cristianos, creía en la magia de cualquiera tanto como en las curas milagrosas atribuidas a Esculapio.

—No lo creo —solté con firmeza—. Las acusaciones sobre brujería son tan comunes como el agua. Pero a los únicos egipcios que no he visto nunca practicándola es a los clérigos.

—Atanasio puede predecir el futuro —dijo Nicias en un tono muy serio—. Una vez que recorría la calle Soma en su litera pasó por la esquina del templo. Se había posado un cuervo en la columna votiva que hay allí, y un grupo de gente discutía sobre lo que ello significaba. Atanasio hizo detener su litera y les explicó que el cuervo estaba diciendo cras, que en latín quiere decir…

—Significa «mañana» —dije para ayudarlo—, pero muéstrame un cuervo que no diga algo idéntico.

—¡Pero este cuervo estaba posado en la columna votiva de Serapis! Y Atanasio declaró que significaba la cancelación de la procesión de aquel dios planeada para el día siguiente. Y es ni más ni menos lo que sucedió. Al día siguiente, el prefecto publicó un edicto declarando ilegal la procesión pagana.

Al pensar en la mirada divertida de Atanasio me eché a reír.

—Creo que bromeaba —dije a Nicias—. Seguramente supo que se cancelaba la procesión por boca de alguien en el despacho del prefecto. —Mi copa de vino estaba vacía y me serví del cuenco grande que había sobre la mesa.

—Siempre crees que sabes más que nadie —dijo Nicias enfadado.

—¡Por favor! Hay una explicación perfecta de tu pequeña historia para que tengas que hacer intervenir la brujería, los presagios y no sé cuántas cosas. Creo que Atanasio estaba burlándose de gente como tú. Por lo que observé, sería muy característico de él.

—¡Tienes tantos prejuicios contra los milagros que no los admites ni aun cuando tienen que ver contigo! —replicó Nicias—. Cada vez que te hablo de una cura milagrosa concedida por el glorioso dios Esculapio, dices que no tuvo lugar, o bien que tuvo una causa natural, y ahora…

—¡Volveré a decirlo! —afirmé con vehemencia—. Hipócrates dice que las enfermedades tienen causas naturales y que nada sucede sin una causa natural. Y tu gran dios Esculapio era sólo un hombre. Homero no habla de él como si fuese un dios, y sabía por qué. ¡Esculapio no era más dios que el amigo de Adriano, Antínoo, al que deificaron mediante un decreto del Senado romano!

Muy ruborizado, Nicias se movió para levantarse, pero Teógenes lo retuvo de un brazo.

—Cálmate —le dijo—. Caritón está exaltado por lo que sucedió. Paga el vino, Caritón; ya sabes que está prohibido hablar de religión.

Me ruboricé también y dejé caer unas monedas sobre la mesa.

—Perdona —dije a Nicias—. Me arrepiento de haber dicho eso. Tú venera tu idea de la divinidad y yo veneraré la mía. —Nicias se inclinó, algo rígido. Yo me puse de pie—. Tengo que irme a casa a preparar unos medicamentos. —Dicho esto, salí. Teógenes hizo lo mismo al instante.

—Tengo que releer el texto de Hipócrates sobre fracturas —anunció—. Adamancio dice que compongo huesos como quien hace un injerto de ramas de higuera, y quiere que vuelva a las nociones básicas. Vamos, Caritón, te acompañaré hasta el barrio del Bruquión.

Fuera estaba oscuro y la única luz provenía de las ventanas de las casas próximas y de la luna en cuarto creciente en un cielo nublado. Nos detuvimos para acostumbrar la vista después de abandonar la luz de la taberna.

—Últimamente has estado de pésimo humor —me dijo Teógenes—. No es costumbre tuya participar en discusiones sobre religión. Aunque Nicias lo tenga bien merecido.

Me encogí de hombros. La curiosidad que le inspiraba a mi amigo me producía una cierta incomodidad. La salida más fácil era enfadarme, pero en ese momento me sentía avergonzada. Además, Teófila me había pedido que hablase discretamente con Teógenes para conocer sus intenciones, misión que me provocaba todavía más malestar y tristeza.

—Ha sido culpa mía —precisé—. Ya he dicho que lo lamentaba.

Salí a la calle, sorteando los montones de estiércol y basura. Teógenes corría a mi lado, pero pisó estiércol y maldijo en voz baja. Lo esperé mientras se limpiaba la sandalia en las piedras.

—El arzobispo supo algo que te preocupa, ¿no? —me preguntó—. ¿Eres realmente un esclavo? ¿Fue eso lo que descubrió?

—¡No! Soy libre y me criaron como un ser libre. Dejemos eso, ¿quieres?

—Perdona. —Teógenes volvió a emprender la marcha—. Sólo quería decirte que no me importa si es verdad. Sigues siendo el mejor médico de todos nosotros.

—¡Amigo mío! —Otra vez sentía vergüenza—. No debes afirmar tales cosas cuando he obrado tan mal. De todos modos, gracias por tu generosidad.

Marchamos en silencio un minuto y luego dije:

—Teófila ha estado hablando de ti esta tarde.

No vi su sonrisa pero la intuí.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó lleno de ansiedad.

Yo miraba la calle oscura que había abajo. Teófila también se había sentido incómoda cuando me lo había pedido mientras se retorcía las manos, hasta que por fin habló con unos titubeos que no recordaban su habitual espontaneidad.

—Le gustaría saber si la cortejas en serio. Cree que está enamorándose de ti, enamorándose de verdad, y está asustada.

—¡Ah! —murmuró Teógenes. Su tono había cambiado. Después de un minuto de silencio exclamó—: ¡Querida Teófila! No debería visitarla tan a menudo. —Entonces le pegó una patada a un montón de estiércol de burro.

—¿No vas en serio, entonces? —pregunté con una mezcla de sorpresa e irritación —. Pues tendría que saberlo.

—¡Claro que voy en serio! La persona a quien hay que convencer es a mi padre. Le escribí en otoño, cuando sentí que estaba enamorándome. Verás, Caritón, él quería que me casase con una muchacha de Antioquía. Creo que había llegado a hablar con su padre. Le escribí acerca de Teófila y le hablé extensamente de la sabiduría y la bondad de Filón, señalando que no cabía contar con una gran dote, pero que la joven era dulce como ninguna otra, además de devota e hija de un médico, y por lo tanto sabe qué puede esperar de su marido. En fin, que me había enamorado de ella. Desde entonces estoy esperando una respuesta. Supongo que la demora se debe al invierno, pero te juro que he esperado cuanto barco ha llegado de Antioquía, con la esperanza de que alguien me traiga una carta. Si mi padre se opone frontalmente al matrimonio, no podré casarme con Teófila. Tengo que obedecerle, ¿no? Lo establece la Ley. Sin embargo, creo (mejor dicho, espero) que consentirá. Sólo aguardo esto antes de hablar con Filón.

—¡Ah! —respondí.

Llegamos a la Vía de los Toldos. Estábamos cerca del Tetrapilón y era aún bastante temprano para que los comercios estuviesen aún abiertos. La calle resplandecía de luz y había mucha gente.

—¿Puedo decirle a Filón que estás esperando el consentimiento de tu padre? —inquirí a Teógenes—. Empiezan a hacerse preguntas, ¿sabes? No tiene por qué darse por enterado, pero así todos se sentirían más cómodos. Y si tu padre no da su consentimiento, sabrán que no estabas jugando con ellos.

—¡Sí! ¡Sí! Habla con Filón y con Teófila. No obstante, tengo la esperanza de que mi padre accederá. Esta primavera hace buen tiempo y pronto he de recibir una carta.

Nos separamos muy amistosamente cerca de la iglesia de Alejandro. Recorrí el resto del camino pensando en Teógenes y en Teófila. Ya no estaba resentida ni enfadada con ellos. Estaban realmente enamorados y sólo me cabía esperar que su amor tuviese un desenlace feliz.

En mayo Teógenes recibió la carta de su padre y me la enseñó. Era cautelosa y no aprobaba la unión, pero terminaba diciendo: «Si crees que debes casarte con esa muchacha, hazlo. Avísame para que hable con su padre en tu nombre. Pero espero que hayas considerado tu rango y tu dignidad y en la fecha que recibas la presente no sientas ya tanto entusiasmo por ella».

Teógenes estaba lleno de júbilo. Por la mañana me hizo salir de una clase para contármelo todo y apareció a cenar en casa de Filón con un presente, un collar de ámbar, para Teófila. Con expresión sonriente, pidió hablar con Filón y ambos fueron unos minutos al dormitorio principal de arriba y después bajaron muy alegres. Filón llamó a todos los miembros de la familia al salón principal y luego cogió las manos de Teógenes y Teófila y las unió.

—Querida —dijo a su hija—. Teógenes me ha pedido permiso para casarse contigo y he dado mi consentimiento.

Teófila se ruborizó intensamente, mirando primero a Filón con una expresión radiante y luego a Teógenes con alegría. Teógenes volvió a sonreír y la besó.

Desde luego, se requirió algún tiempo para disponer los detalles de la boda. Teógenes escribió a su padre y éste respondió dirigiéndose a su hijo y a Filón, quien hizo redactar un contrato, mientras Débora, llena de regocijo al ver la unión que haría su hija, se ponía a hilar y a preparar el ajuar. Finalmente se fijó una fecha: la luna nueva anterior al ayuno de Ester, momento propicio por ser el comienzo de la primavera.

—¡Cuánto tiempo hay que esperar! —se lamentó Teógenes—. Pero por lo menos sé que vale la pena. —Una vez más se había aplicado al estudio del arte de curar—. Después de todo —me dijo—, pronto tendré una mujer que mantener.

Aquella primavera tampoco se registraron revueltas, ni siquiera durante las Pascuas, cuando el duque de Egipto fue a la catedral dejando la mitad de sus tropas fuera para montar guardia y mantener el orden. Yo asistí a ese servicio religioso. Había comenzado a ir a la catedral cuando podía, para escuchar los discursos de Atanasio. Por primera vez comprendí por qué estaban tan asustados los monjes. Las tropas estaban congregadas, con armas y bagajes, prontas a castigar a la población si surgían dificultades. Había antecedentes de gente a la que habían matado. Desde que Atanasio ocupaba el trono episcopal se habían producido largos episodios de violencia en diversas ocasiones. Por supuesto que el arzobispo había sido un joven arrojado en su juventud, pero estaba lejos de ser así ahora, a pesar de lo cual las autoridades seguían considerándolo un enemigo. Durante aquellas Pascuas, predicó sobre la paz, abogando por ella ante la congregación con tanta pasión y vehemencia que todos abandonaron la catedral casi dispuestos a abrazar a la guardia de soldados, los cuales no comprendían lo ocurrido. Predicó mucho acerca de la paz, pero también en favor de la lucha, y sobre la necesidad de valor y resolución. Era evidente que preveía dificultades.

Me compré además la obra teológica del arzobispo, De *la encarnación*, y la leía cuando disponía de tiempo. Como estaba casi siempre ocupada, la lectura era lenta. «La vida es corta y el arte largo.» Me imagino que este aforismo de Hipócrates se refiere, en realidad, a la cantidad de tiempo necesario para que un remedio surta efecto, pero me pareció que era asimismo aplicable a la cantidad de tiempo que se requiere para aprender algo. El médico debe conocer los síntomas de todas las enfermedades y saber cuál es el momento oportuno para aplicar los remedios. Ha de tener algún conocimiento acerca de los aires y las aguas que pueden propagarlos, así como la mejor manera de proteger la salud pública. Tiene que saber anatomía y cirugía, y ser capaz de reconocer las distintas hierbas medicinales y preparar extractos básicos con ellas y calcular la dosis que corresponde.

Cuanto más aprendía, más ignorante me veía a mí misma. En seguida me daba cuenta de que los médicos más ilustrados son ignorantes, y discuten entre ellos no sólo sobre teorías, sino sobre cosas sobre las que sería fácil llegar a una conclusión, como la función del hígado o la eficacia de las sangrías y del eléboro negro. Así, sucede a menudo que todo el arte es inútil y más le valdría al médico arrojar a la alcantarilla sus tratados y sus medicamentos. ¡Para el uso que les dan!

—¿No podemos hacer nada? —pregunté a Filón una noche de agosto cuando

volvíamos a casa después de que una paciente hubiera muerto—. ¡En verdad no somos mucho mejores que esos charlatanes que tratan de curar con hechizos y conjuros!

—Bien, por lo menos nos abstenemos de hacer el mal cuando no podemos hacer el bien —contestó Filón—. Además, tratamos de apoyar a la naturaleza. Y a veces conseguimos curaciones. Pero es verdad, es dificil a veces determinar si un paciente ha sobrevivido gracias a nosotros o si habría sanado de todos modos. Más mueren sin médico que con médico, digo yo, y eso no es verdad en el caso de las fórmulas y las invocaciones.

Aunque traté de sonreír, me sentía deprimida. La enferma era una mujer joven que tenía fiebre intestinal y una infección en la vejiga. Era aproximadamente de mi edad y al parecer había sido fuerte. El esposo y la familia la querían mucho. Había dejado un niño pequeño llorándola. A pesar de todo, había sufrido y había muerto.

—No sabemos nada —dije con amargura.

—No —repuso Filón—. Sabemos algo. Hay una gran diferencia entre no saber nada y saber algo. Cuando sabemos algo, no adivinamos ciegamente nada ni recurrimos a las invocaciones. Estamos siempre en manos de Dios, pero conocemos hasta cierto punto nuestras limitaciones.

—Esta noche siento que mis limitaciones tendrían que ser las paredes de mi propia casa. ¿Para qué sirve estudiar el arte si no podemos ayudar a nadie con nuestro estudio?

—Podemos ayudar, pero no prometer una cura.

Con un suspiro, Filón cambió de tema.

—¿Cuándo vas a hacer el examen, Caritón? ¿O no piensas en ello?

La pregunta me sacó de mi depresión.

—¿Qué quieres decir? Hace muy poco que estoy estudiando el arte.

—¿Cuánto hace que empezaste a trabajar conmigo? ¿Cerca de dos años y medio? Tienes razón, no es mucho tiempo, pero lo has tomado siempre como un perro hambriento en un banquete y tienes buena memoria. Podrías aprobar el examen mañana. No te alarmes, pues no te piden que cures a nadie. Te presentas simplemente ante un jurado que te interroga a propósito de los autores de la medicina y los diferentes tratamientos y enfermedades. Ahora conoces todo aquello en que la mayoría está de acuerdo, y no pueden examinarte sobre teorías en discusión ni acerca de tu experiencia. En el templo no pueden enseñarte mucho más. Tienes fama ya de poner en duda teorías ajenas y el otro día Adamancio me confesó que, si sigues así, llegarán a la conclusión de que nadie sabe nada, lo cual sería un gran derroche de sabiduría. Aunque le gustaría que permanecieras en Alejandría; afirma que tu compañía lo estimula.

Me reí. Cuando alguien en Alejandría comenta que la compañía de alguien «es estimulante», quiere decir que discute todo el tiempo.

Filón sonrió también al notar mi reacción jocosa, pero luego habló en tono serio.

—No deberías seguir pagándoles, y ahora que lo menciono, tampoco deberías pagarme a mí. —Caminamos unos cuantos pasos más y Filón añadió en voz baja—: Aunque lamentaría mucho perderte.

—Yo también estaría perdido sin ti. No tengo experiencia. Me asustaría encarar cualquier cosa sin haberla discutido contigo antes. Podría matar a alguien.

Filón se echó a reír.

—No es verdad —dijo—. Has tratado ya a gente sin mi ayuda. Además, cualquier médico puede matar a alguien equivocándose en la dosificación. Aunque… —Otra vez calló, detenido en el medio de la calle, mirándome y tirándose del labio. Finalmente se encogió de hombros—. Escucha lo que te propongo, y quedas en libertad de rechazarlo. Tal vez sería lo mejor para ti. Tienes grandes dotes y es probable que te aguarde una carrera brillante, de la que no quiero apartarte. Pero si quieres quedarte conmigo, aunque sea por unos pocos años más y como socio mío, estaría encantado.

Dejé escapar una exclamación vulgar, como una vulgar lavandera que recibe un pellizco. Sentía vergüenza y a la vez la oferta me abrumaba.

—No digas esas cosas —solté por fin—. Tú eres un médico diestro y experimentado, uno de los mejores de Alejandría, y yo soy un estudiante ignorante que nunca ha sido del todo veraz contigo. No tengo la intención de presentarme al examen hasta que sepa algo más de medicina.

Cuando llegamos a casa encontramos a Débora y a los esclavos muy agitados. Teófila miraba desde lo alto de la escalera y había un desconocido sentado a la mesa, golpeándola con los dedos con impaciencia. Ese gesto atraía la atención sobre el sello oficial que llevaban los anillos. Parecía unos años menor que Filón, tenía el pelo oscuro y llevaba la cara rasurada. Vestía bien: una túnica amarilla y una lujosa capa de color anaranjado. Cuando entramos se puso de pie al instante.

—¿Caritón de Éfeso? —me preguntó mirándome atentamente. Hablaba como un alejandrino culto y con un acento cuidadosamente modulado, pero con el consabido tono monocorde de Egipto.

—Sí —repuse con creciente nerviosismo. No imaginaba aquella súbita visita de un funcionario, a menos que Festino hubiese descubierto algo—. ¿Qué quieres?

—Soy Teófilo, diácono de la iglesia de los alejandrinos. Nuestro padre, el piadoso Atanasio, quiere verte inmediatamente —dijo el forastero—. Tienes que venir ahora

mismo. Y date prisa.

—¿Por qué quiere verlo el arzobispo? —preguntó Filón ansioso e irritado—. ¿Qué obligación tiene frente a él? Caritón ha trabajado duramente todo el día y está…

El hombre golpeó la mesa.

—¡Deja de hablar! Su santidad está enfermo. Necesitamos a cualquier médico que él esté dispuesto a ver, y quiere que le atienda sólo este eunuco. Vámonos. En cuanto a ti, judío, esta noticia no debe propagarse por la ciudad. No queremos dificultades y, si esto se sabe, correrá la sangre.

Todos quedaron boquiabiertos y yo corrí a buscar mi bolsa. Teófilo me indicó que lo siguiese con un gesto impaciente y salió corriendo por la puerta. Alcancé a ver a Filón y su familia de pie allí, en el comedor, también estupefactos. Los saludé desde lejos y seguí a Teófilo. «Divino Señor —pensé al correr calle abajo—. ¿Empezaré mi carrera como el médico que mató al arzobispo de Alejandría?»

Atanasio tenía neumonía. Cuando me llamaron hacía ya varios días que estaba enfermo, pero había ocultado la noticia por temor a que se produjesen revueltas. Al llegar a su lado comprobé que estaba muy débil, lúcido aún, pero con un aspecto rígido y extenuado, la nariz afilada, los ojos y las sienes hundidos, la piel reseca: todo malas señales. Sin embargo, sonrió al verme. Tenía los pulmones muy congestionados y le costaba un gran esfuerzo respirar. No hablaba.

Yacía en una gran cama con dosel, en un dormitorio grande, debidamente impersonal, y su cuerpo lánguido y consumido parecía el de un muñeco enorme, abandonado en medio del lujo de la cama. Lo rodeaba una gran multitud de gente: monjes, sacerdotes, diáconos, un par de monjas, todos los esclavos del palacio episcopal y uno o dos obispos de otros puntos de Egipto. Algunos de los hombres estaban sentados en una esquina de la habitación, rezando y lamentándose. Los demás rodeaban al arzobispo y discutían acerca del modo en que podrían ayudarlo, cuando no insistían en que se ocupase de varios asuntos de la Iglesia. Los hice salir a todos en seguida. Pedí entonces a los que quedaban que cerrasen las ventanas y trajesen braseros y agua para llenar de vapor el cuarto. Conseguí algunas copas para utilizar como ventosas, se las apliqué a Atanasio en el pecho para facilitarle las secreciones y le di oximel, marrubio y raíz de lirio, elementos apropiados para los pulmones. Empezó a toser y a expectorar flemas liquidas hasta que vomitó una cantidad de oximel y algo de bilis verde y tosió de nuevo. Aumentó la fiebre y el pulso se volvió irregular, pero tuve la impresión de que respiraba mejor, de modo que aumenté la vaporización, aunque le retiré las ventosas. Los servidores querían que lo sangrase o le diese purgantes, pero no

es bueno sangrar a enfermos ancianos o debilitados. La sangría es beneficiosa para gente más joven, sobre todo si tienen una disposición colérica, y las sanguijuelas en las sienes curan el dolor de cabeza, pero en otras situaciones considero que se efectúan sangrías para impresionar a los legos y demostrarles que el médico tiene iniciativa. Los purgantes, en fin, no ayudan a respirar.

Después de toser mucho, Atanasio se durmió agotado. Sus extremidades estaban calientes, un buen signo. Era un hombre fuerte, pero estaba en malas condiciones físicas, viejo y además desnutrido por años de penitencia. Cuando los ayudantes vieron que se había dormido se alarmaron muchísimo por temor de que muriese sin nombrar a su sucesor. Los que yo había expulsado volvieron a entrar con la intención de despertarlo para que inmediatamente nombrase a alguien. Les dije que se recuperaría sólo si lo dejaban tranquilo y volví a expulsarlos. Esta vez no dejé a nadie en el cuarto para evitar ofendidos. Por último, me dispuse a velar al enfermo.

Tan pronto como quedé a solas con él comenzaron a temblarme las manos y tuve que sentarme y luchar por dominarme. Era fácil manifestar aplomo mientras hacía cosas. El médico se habitúa a fingir más de lo que siente; no tiene otra alternativa, si quiere tranquilizar a su paciente. Además, hay un sentimiento auténtico, por lo menos en una parte de lo que hacemos. En aquel momento, sola como estaba, me aterraba no tener aún veinte años, no tener diploma y ser responsable de atender al hombre más poderoso de la ciudad, simplemente porque, al conocer mi secreto, creía que podía confiar en mí. «¿Y si se muere?», me preguntaba, y me retorcía las manos para detener el temblor.

La verdad es que la gente se muere. «El hombre nacido de mujer es de pocos días y está lleno de pesares, florece como un capullo y luego lo cortan. Sus días están determinados y el número de sus meses está en Dios», como dijo Timón. «Pero la neumonía no es tan grave como la de Timón —pensé—, y no hay pleuresía. Tiene una posibilidad de salvarse y, sea como sea, ahora es mi paciente y tengo que hacer todo lo posible por él, como habría hecho por cualquier otro. Ni siquiera los monjes pueden castigarme por ello.»

Me levanté y verifiqué el agua caliente de los braseros.

Atanasio durmió casi toda la noche sin agitarse demasiado. Al principio su respiración era ruidosa y cargada, pero fue haciéndose más regular. Después se despertó diciendo que tenía sed. La fiebre había subido mucho. Le di un poco de miel con agua y una pequeña cantidad de cicuta, mínima, pues no quería suprimir la tos que contribuía a despejarle los pulmones. Su reacción fue buena. La fiebre descendió y el pulso se volvió regular. Seguía tosiendo algo, pero eran accesos que le limpiaban el

pecho. Volvió a dormirse, apoyado en varias almohadas, y la respiración era dificultosa. ¿Había pasado la crisis? Demasiado pronto para saberlo. No había nada que pudiese hacer en aquel momento. Arrimé un triclinio a la cama para estar atenta a cualquier cambio en la respiración y me quedé dormida pensando en eso.

Desperté en mitad de la mañana siguiente y sorprendí a Atanasio mirándome. La luz entraba en rayas quebradas entre los postigos, y los braseros se habían apagado.

Me incorporé y comprobé que tenía dormido el brazo por haber apoyado la cabeza en él. Sentía la lengua hinchada dentro de la boca.

—Santidad —dije—. ¿Cómo te sientes ahora?

Atanasio trató de responder, pero tuvo un acceso de tos. Me levanté, y lo cogí de los hombros, le limpié el rostro y lo apoyé de nuevo en las almohadas. Parecía extenuado, pero no tan demacrado como antes. Había desaparecido la fiebre.

—No trates de hablar —le dije—. Mueve la cabeza. ¿Te apetece algo de comer? ¿Un poco de sopa de cebada?

Su gesto fue afirmativo. Me dirigí a la puerta y moví el cerrojo. Todo el personal de Atanasio parecía estar concentrado fuera, en el corredor, incluidos los otros obispos.

—Está mucho mejor —anuncié—. Que alguien le traiga sopa de cebada.

Varios de los monjes comenzaron a entonar un salmo de loas. Otros, con más espíritu práctico, corrieron a buscar la sopa. Los sacerdotes y los diáconos se pusieron de acuerdo para entrar, pero no se lo permití.

—Su estado es todavía grave —les dije con firmeza—. No dejaré que lo pongáis nervioso, pues la fiebre puede volver. Lo veréis después de la comida.

La sopa de cebada que trajeron pasó de mano en mano como una reliquia sagrada. Entré con ella en el cuarto y volví a echar el cerrojo. Atanasio seguía mirándome con la misma expresión de regocijo contenido.

—Bien —susurró—. Está claro que las mujeres trabajan como médicos excelentes.

Me reí y me senté en el triclinio.

—No te fatigues hablando —le dije—. Descansa. Vamos, te daré esto.

—Como un aya alimentando al bebé —susurró y tosió.

Le limpié la cara, le recliné en las almohadas y seguí dándole la sopa a cucharadas. La temperatura seguía baja y la respiración era sibilante, pero no expectoraba. Le di más marrubio y raíz de lirio y fui a buscar una bacinilla; examiné su orina: era más o menos limpia, con algo de sedimento. Otro buen signo.

—Tus seguidores quieren verte después de la comida —le advertí—; pero no intentes conversar. Bastará un gesto de saludo, para que vean que no te vas a morir. Lo

importante es que reposes hasta que hayas recobrado las fuerzas.

Con un gesto de asentimiento, susurró:

—Esta vez no moriré. Léeme algo. Las Escrituras. El Evangelio de Mateo.

Se me ocurrió que era un buen medio para mantenerlo quieto, así que busqué y, en un estante que había junto a la pared, encontré un ejemplar de los Evangelios entre diversos volúmenes de las Escrituras. Mientras leía el cuarto capítulo sobre la tentación del desierto, Atanasio se sentó, escuchando atentamente, aunque sin duda conocía el texto de memoria.

> Otra vez lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le enseñó todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré si postrándote me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y a él sólo servirás.

El arzobispo me indicó que me detuviera levantando una mano. Al levantar la vista vi su sonrisa extraña, torcida.

—La última tentación —susurró—. Todas las otras eran fáciles —dijo, y tosió.

—No debes hablar, santidad.

—Déjame hablar, muchacha. Hará que me sienta mejor. Mis seguidores esperan sentados fuera a que nombre mi sucesor, ¿no?

Admití que así era.

—Sí, tienen miedo —dijo con aire pensativo—. Aun cuando viva esta vez, desean que todo quede dispuesto. Pero es difícil condenar a un amigo al exilio y a una posible muerte.

Fijé la vista en mi texto.

—¿Y le sucederá esto a cualquiera que nombres?

—Estoy seguro. Aun cuando el resto del mundo se volviera niceno. El emperador desea reducir el poder de la Iglesia de Egipto. Lo único que puedo hacer yo es tratar de amortiguar el golpe. —Después de toser de nuevo, Atanasio se apoyó en las almohadas fijando los ojos oscuros y penetrantes en el techo—. Será fácil mientras esté con vida —dijo al cabo de un minuto—. Soy demasiado viejo para que Valente vuelva a desterrarme y él no ha olvidado lo que sucedió la última vez. ¡Por Jesucristo Nuestro Señor! Volverá a comenzar cuando yo haya muerto. Las revueltas, los destierros, la gente encerrada en prisión. La tortura. Lleva años y años. Sí, y mi propia gente es también culpable. —Con su sonrisa torcida, continuó hablando—: Por lo menos,

algunos de nosotros. Egipcios apasionados, turbulentos, arrogantes, violentos. Mas siempre sufrimos más de lo que hacemos sufrir. —Permaneció inmóvil un instante. Sus dedos huesudos tocaban la sábana—. Tendré que nombrar dos sucesores —dijo—. Uno al que exilien y otro que se haga cargo de todo aquí en Alejandría. Para contener el daño y tratar de calmar al pueblo. Tendré que arreglar las cosas primero con el despacho del prefecto. Sin embargo, es tanto lo que depende de ese despacho, y a los prefectos los cambian tan rápido… ¿Cuál es la situación en Persia?

—¡En Persia, santidad! —Me quedé mirándolo. Él me miró a su vez sonriendo. Me encogí de hombros y decidí complacerlo respondiendo—: El Gran Rey vuelve a reclamar Armenia y dicen que habrá otra guerra.

Atanasio suspiró.

—Hace años que dicen lo mismo. Creo que antes de pelear. ¿Y la frontera del Danubio?

Me intrigaba su interés por las guerras extranjeras.

—Todo está tranquilo en el Oriente, santidad. Pero he oído que hay una guerra en África.

—Los problemas de Valentiniano Augusto no ayudan mucho. El emperador de Occidente no interviene mucho en los asuntos de la Iglesia… En verdad, mi sucesor tendrá que trasladarse a Occidente para estar seguro. Pero si hubiese una guerra en el Oriente, tal vez Valente nos dejaría tranquilos. Bien, no podemos esperar ayuda de los bárbaros. Tendré que fortalecer la Iglesia para que sea capaz de soportar lo peor. Caris, hija de Teodoro, no pensaba hacerte llamar.

—¿Te reveló Dios el nombre de mi padre? —pregunté con sarcasmo y cerré el libro.

Atanasio echó la cabeza hacia atrás, sonriendo siempre.

—Lo deduje. Lástima ¿verdad? Pero espero poder aún confiar en ti.

—Puedes confiar en mí. Y sabes además quien soy. Tienes poder sobre mí.

—Me temo que no. Si revelase al mundo que no eres un eunuco, tendría que revelar además que acabo de pasar la noche con una mujer, lo cual me haría mucho más daño a mí que a ti.

—¡Pero estabas gravemente enfermo de neumonía y además eres un anciano!

Atanasio lanzó una carcajada seguida por un acceso de tos.

—Si soy lo bastante hipócrita como para hacerme pasar por asceta todos estos años, también lo soy para fingir una neumonía. En otro tiempo me acusaron de violación y me juzgaron por ello. Violación, asesinato, sedición, sacrilegio y brujería. No te

preocupes, me declararon inocente. Y las acusaciones eran falsas salvo la de sedición.

—No es muy probable que yo te acuse de violación —le dije—, y me considero sujeta al juramento de Hipócrates: «Siempre que entre en una casa, entraré para ayudar a los enfermos, nunca con la intención de hacer el mal». Si no puedes confiar en mí, ¿por qué me hiciste venir?

—No te hice venir. Algunos de mis auxiliares querían llamar a un médico y no se me ocurrió ninguno, por lo menos en el que confiara plenamente. Entonces Teófilo recordó que yo había hablado contigo. Me preguntó si podía confiar en ti y respondí afirmativamente, de modo que supongo que todo fue para bien. ¿Puedo beber un poco de agua?

—El agua pura no es buena en las enfermedades agudas —precisé, y le ofrecí agua mezclada con miel. Le tomé el pulso, que seguía perfectamente regular, y noté que la temperatura parecía aumentar otra vez—. No debes excitarte. Puedes sufrir una recaída.

Atanasio levantó la cabeza otra vez.

—Nombraré a Pedro mi sucesor oficial —dijo al cabo de una pausa—. Otro arzobispo llamado Pedro de Alejandría. Al anterior lo martirizaron durante la gran persecución. Lo recuerdo. Lo oí predicar cuando yo era joven. Nunca se sentaba en el trono oficial de San Marcos, sino en el escabel que tenía delante. Yo pensaba hacer lo mismo cuando me consagrase, pero comenzaron las ovaciones y lo olvidé. ¿Sabes lo que sucede cuando te aclaman? Te embriaga la voluntad. —Cuando me miró, los ojos no eran ya brillantes, sino febriles.

—Por favor, no hables —le dije.

—Déjame hablar con alguien. Debo entregar a alguien el trono de San Marcos, que hoy es más incómodo aún que la púrpura imperial. Y además, peligroso.

—Acabas de decir que se lo darás a Pedro.

—Es casi tan viejo como yo. Es un hombre valiente y con experiencia, pero tengo que pensar en otro, aunque es difícil. Tengo que elegir a alguien capaz de gestionar los intereses de la Iglesia, de ser un juez ecuánime en los tribunales y de enfrentarse a las autoridades. Por otra parte, no puedo elegir a nadie que sea ambicioso. «Los reinos de este mundo y toda su gloria»… el hombre que aspira a eso puede conducir mal a la Iglesia. Es difícil, cuando se lucha contra emperadores y gobernadores, recordar que nuestro reino no es de este mundo. —Después de mirar al techo, cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos. Parecía mirar más arriba del techo, hacia un punto lejano y silencioso—. No tendría que haber sido arzobispo —susurró con claridad—. Deseaba demasiado el poder. Bien, está en manos de Dios. —Atanasio intentó sentarse de nuevo.

—¡Quieto! —le dije—. ¡No quiero hacerte tomar medicamentos, pero lo haré si es necesario!

Atanasio sonrió, pero me obedeció.

—No deliro. Sólo soy un anciano charlatán. —Su mano, delgada y cubierta de venas azules, se extendió hacia el agua; se la acerqué a la boca y le enjugué los labios.

—Sé que eres el conductor de una gran Iglesia —le dije con más suavidad—, y un hombre de gran poder. Pero antes de intentar ordenar asuntos eclesiásticos sería mejor esperar. Por hoy recházalos con un gesto. Deja la sucesión para mañana.

—Nunca puedo dejar nada para mañana —replicó—. Mañana la ciudad entera sabrá que estoy enfermo y habrá dificultades a menos que alguien se ocupe de impedirlo. Ve a buscar a Pedro y a Teófilo. Quiero rezar con ellos.

Traté de disuadirlo, pero permaneció firme, por lo que finalmente tuve que ir a buscarlos. Pedro era otro asceta de hábito gris, pero Teófilo era el joven que había ido a buscarme. Cuando salí en busca de ellos, el primero estaba sentado en el suelo leyendo las Escrituras y Teófilo ocupaba una silla en el cuarto contiguo, manteniendo una discusión en voz baja con otros diáconos acerca de lo que contarían a la gente. Al decirle que el arzobispo quería verlo se mostró sorprendido y alarmado. Cuando ya les hube franqueado la puerta de la habitación del enfermo, les advertí severamente que no le pusieran nervioso, o de lo contrario yo no respondería de las consecuencias. Al oírme, Atanasio se echó a reír, tuvo otro acceso de tos y me ordenó que me retirara.

Durante largo tiempo rezó a solas con ellos. Yo me senté en el corredor junto a los otros hombres. Querían saber cuánto tiempo viviría el arzobispo.

—Años, si es sensato y descansa —respondí con vehemencia—. Si no lo hace, poco tiempo.

Reanudaron las diversas oraciones por su salud y discutieron en un murmullo qué harían cuando muriese y llegasen las tropas imperiales. Yo me sentía muy fatigada y permanecí con la cabeza apoyada en las rodillas tratando de calcular la dosis de cicuta y de digital.

Al cabo de una hora, más o menos, Pedro y Teófilo aparecieron junto a la puerta y llamaron a toda la gente que estaba allí congregada. Entraron en una larga fila y el recinto se llenó hasta tal punto que era dificil respirar, mientras muchos seguían esperando en el corredor. Atanasio estaba sentado en la cama, con aspecto febril, pero tranquilo. Los bendijo a todos.

—Amados hermanos —dijo con aquella voz clara y enérgica con la que aquel día había calmado a la multitud. La verdad es que no sé cómo lo logró, teniendo en cuenta

la infección pulmonar—. No os inquietéis. Dios me ha librado de «la pestilencia que marcha en las tinieblas», así como de «la destrucción que carcome en mitad del día». Y confío en que el Poder Divino nos protegerá a todos. Pero estoy cansado y necesito fuerzas para recuperarme. Por lo tanto, nombro a Pedro y a Teófilo para el cuidado de vosotros y para que asuman la carga de mis responsabilidades durante la convalecencia.

Atanasio habría continuado, pero sus pulmones no se lo permitieron y tuvo un nuevo acceso de tos. Ante esto, se produjo una gran conmoción, con oraciones y canto de salmos y apremiantes preguntas de los diáconos, aunque esta vez Pedro y Teófilo estaban prestos para controlar la situación y me ayudaron a sacar a la gente del aposento. Después, el arzobispo accedió a descansar.

Permanecí una semana en el palacio episcopal con la sensación permanente de haber perdido el rumbo, en medio de la gente que cantaba detrás de la puerta y de los funcionarios de la Iglesia que me consultaban sobre lo que correspondía comunicar a su santidad de la situación en la ciudad, aparte de los funcionarios imperiales que me ofrecían sobornos a cambio de información sobre lo que habían dicho los funcionarios eclesiásticos. Me habitué a colocarme junto a la puerta para informar a todos sobre el estado de salud de su santidad e incluso aprendí varias tretas para distraer a los funcionarios, si bien me sentía fuera de mi ambiente habitual. Además, Atanasio era un paciente difícil que siempre trataba de hacer demasiado y se enfadaba cuando el cuerpo no le respondía. Por otra parte, tenía pocas ocasiones de estar sola. El palacio estaba, en el mejor de los casos, lleno de gente y nadie tenía habitación propia. Permanecía junto a mi paciente, pero no había donde lavarse. Me preocupaba la aparición de mi periodo menstrual. En casa de Filón no había dificultad. Que un médico tuviese toallas manchadas de sangre remojándose en un recipiente no llamaba la atención. El caso era que yo me había negado a hacerle una sangría a Atanasio, y cualquier cosa que hiciese daría lugar a interminables discusiones, y nunca habría podido ocultar nada.

El arzobispo era un hombre vigoroso y estaba decidido a aferrarse un tiempo más a la vida, por lo menos hasta dejar en orden todos los asuntos de la Iglesia. Se recuperaba sin recaídas, y al cabo de unos días consideré que ya no había peligro. Le aconsejé que abandonara la ciudad unas semanas y se fuera al campo, donde pudiese descansar más. Con un suspiro, negó con la cabeza.

—Me gustara ir a Nitria —admitió—. Me gustara morir allí, en un monasterio. Hay

mucho silencio en el desierto, y lo único que se mueve es la luz. Allí se puede pensar y orar. Aquí, en la ciudad, no cesan la charla, las intrigas, las venganzas. No, tengo que ver lo que hace Teófilo.

—Es muy competente —dije.

En verdad era más competente que el viejo Pedro, que era incapaz de tener más de una idea al mismo tiempo en la cabeza.

Así, el arzobispo permaneció en la ciudad y yo volví a casa de Filón. Seguía yendo a diario al palacio para observar a mi ilustre paciente, aunque con la esperanza de que todo volviese a la normalidad. Desde luego, todo había cambiado. Yo era, hecho increíble, el médico que había *curado* al arzobispo de Alejandro, y gozaba de prestigio. Aun antes de abandonar el palacio, me llamaron para tratar otros casos, monjes y monjas, sacerdotes y diáconos enfermos y unos cuantos personajes laicos. Tan pronto como el arzobispo se levantó, me asediaron nuevos pacientes, todos cristianos y algunos muy distinguidos. Mis condiscípulos me hacían tantas preguntas que dejé de ir a la taberna para no tener que contestarlas. También dejé de asistir a las clases. Estaba demasiado ocupada.

—Será mejor que hagas ese examen —me dijo Filón una vez que volví después de medianoche, con la cabeza llena de intrigas y ansiedades eclesiásticas—. Los médicos del templo están contrariados contigo. Creen que los menosprecias al no presentarte al examen para no tener que reconocer que fueron ellos quienes te enseñaron. El mismo Adamancio me lo reprochó hoy, cuando fui a la biblioteca para comprobar una prescripción. Cree que te has vuelto una especie de fanático religioso.

—¡Por la gran Artemis! —exclamé.

Filón me miró con una expresión extraña y se echó a reír. El juramento era bastante tonto en boca de un médico cristiano, pero común en Éfeso.

—¿No será olvidado así como así? —le pregunté con aire suplicante—. No tengo *edad* para eso. Ya no sé ni dónde estoy.

—Harás a tus pacientes tanto bien como cualquier otro médico de la ciudad —me dijo—. Y no será algo que se olvide fácilmente.

Cuando llegué, me había recibido en la sala principal. El resto de la familia dormía. Era una tibia noche de otoño. La calle traía el olor del puerto. Había sólo una lámpara encendida, la que estaba colgada sobre la mesa de escribir de Filón. Me senté junto a la mesa de comer y contemplé la madera gastada. Cuando llegué a Alejandría nunca había pensado realmente en seguir una carrera de médica. Estaba claro que pensaba volver algún día a Éfeso. Me había bastado estudiar el arte y practicarlo. Pero Filón tenía

razón. Aquello no terminaría gradualmente. Era, aunque en forma extraoficial por el momento, el médico privado del hombre más poderoso de la ciudad. Por lo demás, no sabía lo que debía pensar de Atanasio. Lo admiraba, sin duda, y comenzaba a sentir un afecto excesivo por un paciente tan rebelde. Con todo, habría preferido que no me hubiese descubierto y que Teófilo no se lo hubiese recordado. Me encantaba trabajar con Filón y vivir en su casa. Me gustaba su generosidad con sus pacientes, y también me gustaban muchos de aquellos pacientes. Los judíos de Alejandría eran más bondadosos y menos exaltados que sus vecinos egipcios. Me era más fácil entenderme con ellos que con los monjes de Atanasio.

Sin embargo, el destino me arrastraba inexorablemente lejos de la clientela de Filón y hacia el arzobispo. Sin embargo, no me agradaba el lugar al que me veía empujada. Al pensar en ello, suponía que era tan buena o mejor que muchos de los médicos del templo. Filón era un buen maestro. Pero todavía me sentía ignorante e impotente, y cuando pensaba en la Iglesia era peor. Atanasio había desafiado a los emperadores durante toda su vida, y a mí me asustaba pensar que la paz inestable que en aquel momento se vivía en la ciudad no duraría más allá de su muerte. Tenía miedo.

Con temor de que me descubrieran, tuve que reconocer que, si había estallado un escándalo cuando huí de Éfeso, el que se produciría ahora sería peor. Y si llegaba a ser conocida, alguien podría decirle a Isquiras: «Le ha ido muy bien a tu joven primo en Alejandría», y él preguntaría: «¿Qué primo?», y le responderían «el eunuco Caritón», con lo cual alguien podría empezar a atar cabos.

Por otra parte, no tenía intención de volver a Éfeso. También era totalmente imposible vivir tranquila durante más tiempo como ayudante de Filón. Me había visto obligada a asistir a Atanasio y no podía rechazar a mis nuevos pacientes. No quedaba otra alternativa que mi propia carrera como médica.

—Muy bien —dije lentamente—. Me presentaré al examen.

En realidad no fue un suplicio tan grande. Me compré una nueva capa y una túnica para la ocasión. Las viejas prendas adquiridas de segunda mano por Torión en el mercado de Éfeso estaban ya muy manchadas y raídas. Teófila me regaló un galón para el borde de la capa, con un motivo de aves y árboles en rojo y verde; cuando estuvo cosido al borde y tras haberme hecho yo cortar el pelo, todos convinieron en que estaba hecho un perfecto caballero.

Toda la familia fue al templo a presenciar mi examen, que tendría lugar en uno de los anexos. Era uno de los más amplios, debido a la presencia de numerosos observadores: la mayoría de mis condiscípulos y varios de mis ex pacientes. Los

pacientes judíos y Filón, por un lado, y los monjes y eclesiásticos, por otro, se observaban con suspicacia. Había un grupo de seis jueces del museo, cuatro médicos y otros dos estudiosos, sentados detrás de una mesa situada en el centro del recinto, vestidos con sus mejores ropas y adoptando expresiones de sabios. Sin embargo, percibí cierto placer por debajo de la severidad oficial, lo cual me hizo sentir menos aprensiva. La mayoría de los jueces daban importancia a la ocasión. No querían que los médicos procedentes de otros sistemas de formación se apoderasen de los pacientes importantes, y el hecho de que yo estuviese allí con expresión respetuosa y con mi capa nueva, preparándome para responder a sus preguntas, daba mayor prestigio al museo. El médico de Atanasio no era un egipcio ascético, ni tampoco un monje del desierto, sino un hipocrático formado en el templo. La nueva filosofía debía aún ceder el dominio de ciertas áreas a las ciencias tradicionales.

Ocupé mi lugar, de pie delante del jurado, y después de los consabidos movimientos y rumores por parte de la audiencia y las toses y carraspeos del jurado, comenzó el examen.

Como había pronosticado Filón, las preguntas se formulaban de modo que todos pudiesen estar de acuerdo con la respuesta, lo cual quería decir que eran fáciles, que no se prestaban a la controversia y que provenían de autores médicos y de herbarios conocidos: describir la estructura del corazón, cómo preparar melancio y enumerar sus usos, cómo tratar un hombro dislocado… Sólo uno de los componentes del jurado parecía dispuesto a crear dificultades. Era uno de los miembros no médicos del grupo, un filósofo, astrólogo y pagano entusiasta, que estaba empeñado en demostrar que los médicos cristianos eran inferiores a la vieja escuela pagana. Le tocó interrogarme en último término, y dirigiéndome una sonrisa maliciosa me preguntó:

—¿Qué efecto tienen los astros sobre la salud?

Por un instante me sentí desorientada y advertí que Adamancio fruncía el ceño.

—Hipócrates señala que los solsticios, el ascenso de Sirio, Arturo y las pléyades son momentos críticos para la salud —respondí—. Pero, aparte de esto, entre las autoridades médicas no hay consenso respecto a qué astros son útiles y cuáles no.

—¡Exactamente lo que habría dicho Hipócrates! —gritó uno de mis compañeros, y el resto prorrumpió en carcajadas.

Adamancio sonrió. El filósofo, sin comprender la broma, se puso serio y empezó a citar a Arato y a otros autores astrológicos. Adamancio lo interrumpió.

—No son autores médicos, sapientísimo Teón. ¡Su autoridad en materia médica debe considerarse poco fiable y no puedes pretender que el estimadísimo Caritón los

haya leído!

Teón calló, pero conservaba la expresión satisfecha de quien ha conseguido lo que se proponía.

—Mi hija, a pesar de ser mujer, ha leído tan extensamente estas materias como Plotino —anunció—. No veo por qué no habríamos de esperar otro tanto de este médico tan fervorosamente cristiano.

—Excelente señor —repliqué—. Aplaudo los conocimientos de tu hija y le deseo éxito en filosofía, pero dudo que haya leído a Cratevas, de modo que no veo por qué tendría que haber leído yo a Arato y a Plotino.

En este punto, algunos de los hipocráticos aplaudieron. Adamando volvió a sonreír, luego tosió e intercambió miradas con los miembros del jurado. Hicieron todos un gesto de aprobación y se me declaró versado en todas las cuestiones médicas y médico del cuerpo profesional del Museo de Alejandría. Después, a iniciativa propia, me invitaron a pronunciar el juramento de Hipócrates. No todos los médicos lo quieren hacer, pues las reglas son muy estrictas. Por mi parte, hacía años que lo admiraba y habría cumplido sus preceptos aunque no hubiese jurado en presencia de tantos testigos que me obligasen a cumplirlo. Teón comentó con desprecio que había jurado «en nombre de la sagrada y gloriosa Trinidad en lugar de hacerlo por Apolo y Esculapio», pero el juramento era el mismo. Hacía siete siglos que los médicos juraban por él. Me tocaba a mí prometer que respetaría a mi maestro en el arte como a mi propio padre, ayudaría a los enfermos y no haría mal a nadie, no suministraría drogas causantes de muerte o de aborto, sería casto y religioso toda mi vida, y en la práctica, nunca haría de un hombre un eunuco —punto en que se oyeron algunos murmullos en la sala—, no abusaría nunca de mi posición en una casa para obtener ventajas sexuales —más murmullos—, y mantendría secreto aquello que me confiasen y no debiera divulgar. «Si, por lo tanto, observo este juramento y no lo violo, que me sea permitido prosperar en esta vida y en mi profesión —dije por fin—. Si lo violo y cometo perjurio, que mi destino sea el contrario.»

Adamancio se levantó, pasó al frente de la mesa y me estrechó la mano.

—Estoy seguro de que prosperarás —dijo sonriendo, y fue a conversar con Filón.

Todo había terminado. Los otros jueces se aproximaron y me felicitaron, como si cuando llegué no me hubiesen recibido con frialdad, y a ellos les siguieron mis condiscípulos, que me estrechaban la mano, me daban palmaditas en la espalda y me invitaban a beber. A continuación, en medio de una gran algarabía, nos fuimos todos colina abajo, hacia la taberna, donde gasté una suma considerable en vino. Cuando el

grupo se hizo muy ruidoso escapé con Teógenes y fuimos a casa de Filón y su familia. No me agradaba ese tipo de festejo. «Hay verdad en el vino», afirma el dicho, y la verdad era algo que quería mantener en secreto a causa de mis circunstancias. Débora y los esclavos habían preparado una cena como agasajo, con la que disfruté mucho más que si me hubiese embriagado y me hubiesen arrojado a la fuente del templo, una de las formas más comunes de festejar el fin de los estudios.

—¿Qué harás ahora, Caritón? —me preguntó Teófila con timidez, cuando se acercaba el final de la cena.

La hija de Filón tenía las mejillas sonrosadas por el vino, que había consumido en cantidad mucho mayor de lo habitual. A mí me ocurría lo mismo, a pesar de haber sido moderada. Gracias a la luz de las lámparas y a la felicidad que yo experimentaba, el comedor de Filón parecía irradiar claridad.

Miré a Filón y él me miró a su vez. «Dios mío —pensé—, ¡si fuese mi padre y no solamente mi maestro en el arte!» Me habría gustado confiarme a él, decirle la verdad y preguntarle si todavía deseaba que fuese su socia.

Sin embargo, no habría permitido a su propia hija que estudiara medicina. En verdad, Teófila no estaba muy interesada en este arte, pero si en alguna ocasión formulaba preguntas sobre cuestiones médicas, su padre se las arreglaba para desviar la conversación con mucha suavidad. No era algo que les debiera resultar interesante a las muchachas bonitas.

—No sé —respondí—. Al parecer, mi clientela será en gran parte de cristianos, aunque los pacientes que pagan son todos judíos. Los dos grupos perderán confianza en mí si intento establecer un puente entre ambos.

Con un suspiro, Filón estuvo de acuerdo.

—Desconfían de ti ya. No tienes por qué disculparte, Caritón. Sé que deberás instalarte por tu propia cuenta.

—No es lo que quería —observé—. Estaba muy bien donde estaba.

—¡No te pongas triste! Espero que continuemos viéndonos como hasta ahora. —Levantando su copa de vino, brindó—. ¡Por tu éxito y por una larga vida!

Todos brindaron y me desearon éxito.

Una semana después de hacer el examen me trasladé a una casa del barrio de Rhakotis. El diácono Teófilo, que se ocupó de todo, estaba satisfecho de verme instalada cerca del arzobispo, donde fuese posible llegar rápidamente hasta mí si éste se ponía enfermo.

—Y es mejor que vivas entre cristianos, no entre judíos —manifestó—. No tengo intención de hablar contra tu maestro, pero no es apropiado tener que buscar al médico de su santidad en la casa de un judío. —Y eso sin mencionar el modo en que se inquietaban los pacientes judíos de Filón al ver entrar y salir a todos esos monjes.

Dije a Teófilo que por el momento preferiría sólo un cuarto, para evitar las preocupaciones de dirigir una casa. Tampoco podía tener esclavos, y quería vivir con sencillez. Teófilo encontró una casa perteneciente a una monja alejandrina de gran fortuna, donde me permitiría el uso de un cuarto en forma gratuita, sorprendida por mi insistencia en tener sólo un aposento. Una estaba en el último piso de la casa, y las otras eran ocupadas por otras monjas. A la dueña de la casa le preocupaba un poco cederme aquel cuarto. No estaba segura de que a las monjas les agradase la presencia de un hombre en la casa, aunque se tratase de un eunuco que no ponía en peligro su virtud, pero aquéllas convinieron en que un médico personal del arzobispo era un huésped aceptable y accedieron a asumir las tareas de limpiar mis pertenencias, traerme agua y cocinar por una pequeña suma, a pesar de que vivían con sencillez, comían sólo una vez al día —en general pan y legumbres— y se abstenían de carne y de vino. Yo adquiría muchas de mis comidas en el mercado, cenaba en casa de Filón por lo menos una vez a la semana a fin de discutir mis casos con él, y a veces me citaba con Teógenes en la taberna para comer juntos.

La verdad es que las monjas me gustaban mucho más de lo que había pensado. Eran tres: Anastasia, Ágata y Amundora. Todas de origen humilde (en contraste con la dueña de la casa, cuyo abolengo habría hecho a mi padre avergonzarse del suyo) y de una devoción fanática, aunque las tres tenían un sentido del humor sorprendentemente vulgar. Tampoco eran elegantes ni reservadas. «¡Ah, Caritón! —me dijo Amundora, después de haberle dado una vez un remedio para sus callos—. Yo creía que un eunuco no serviría para nada, pero tú ya has hecho más por mí que una semana de oraciones de los monjes. Lo cual demuestra que los huevos valen menos que los sesos, ¿no? Y no es que los monjes tengan ni unos ni otros, los pobres.» Cerró el comentario con una fuerte carcajada, como siempre que se le ocurría hablar mal de los monjes. Acerca de éstos tenía mucho que decir, tal vez porque los consideraba como hermanos, hermanos menores charlatanes y arrogantes que necesitaban de alguien que los pusiera en su lugar. Las monjas recorrían la ciudad cuidando de los pobres, tejían telas y las vendían para mantenerse y realizaban trabajos en la iglesia. Tenían una independencia que las llenaba de orgullo y les desagradaba que se atribuyera a los monjes una categoría superior. Apenas me instalé cerca de ellas me señalaron que en las tareas de enfermería eran tan

capaces como los monjes del hospital y me sugirieron que informase del hecho a su santidad.

—Estoy seguro de que es verdad —dijo Atanasio cuando lo mencioné—, pero si pongo juntos monjas y monjes en los hospitales, los paganos hablarán. Tal vez debería fundar otro y permitir que las monjas lo administraran.

Aún tosía de vez en cuando y se fatigaba más de lo normal, a pesar de que había pasado más de un mes desde su enfermedad. En realidad, nunca descansó lo suficiente. Estaba ya ejerciendo la dirección total de la Iglesia, escuchando juicios en las cortes eclesiásticas, distribuyendo los fondos, nombrando obispos y clérigos, predicando, organizando y escribiendo largas cartas a los obispos de la facción nicena de todo el Oriente. Cabe destacar que los funcionarios imperiales tenían gran curiosidad por el destino y el contenido de aquellas cartas, y trataron de sobornarme varias veces para conseguir esa información. Les dije que aquella correspondencia era privada y desde entonces siempre evitaba verla. Atanasio trabajaba con entusiasmo, se levantaba muy temprano y se dirigía a la iglesia como un torbellino. Además, practicaba el ascetismo, comiendo con la misma austeridad que las monjas y permaneciendo horas postrado en el suelo del templo y orando. Esto no me gustaba nada y así se lo hice saber.

—Volverás a ponerte enfermo. Si tienes que trabajar así, trata mejor tu pobre cuerpo. Come dos veces al día, no una sola, y bebe un poco de vino. El agua no te va bien.

Echó la cabeza hacia atrás, pero sin dejar de sonreír.

Hay demasiado que hacer. Debo fortalecer la Iglesia todo lo posible para que no se desintegre cuando yo muera.

—No me refería a tu trabajo en relación con la Iglesia, sino al ascetismo.

—Querido Caritón —dijo usando mi nombre oficial por haber un secretario presente—. Eres tú quien trabaja demasiado. ¡Un joven delicado como tú por la educación que recibiste, atendiendo a pacientes con diarreas y enteritis, y a la mayoría de la escoria de la población que ni siquiera puede pagarte! ¿Por qué no te tratas mejor, como esos excelentes médicos del templo que con gran elegancia visitan a uno o dos pacientes al día, leen a Oribasios y admiran las constelaciones?

—¿Qué me quieres decir con todo eso? —pregunté. Por entonces, su cortante sarcasmo me era ya familiar.

—Tú eres médico por amor al arte, no por dinero ni fama. Bien, yo soy asceta por amor. El resto de lo que hago es por la Iglesia. Esto, en cambio, lo hago por Dios y por mí. Si debo morir pronto, que pueda buscar a Dios con más fervor, aunque me haga

daño. Eres como el médico que se dirige al atleta poco antes del comienzo de la gran carrera y le dice que evite el esfuerzo y el ejercicio excesivos. Mi alma está sedienta de Dios, el Dios eterno. ¿Crees que deseo pasar mi tiempo preocupado por los persas, o por el duque de Egipto, o por una disputa entre los monjes de Nitria y el obispo de Karanis sobre si los monjes deben vender tapices? No dedico mucho tiempo a la plegaria. No me des la lata sobre el objeto de mi dedicación.

—¿Por qué es necesario maltratarse para amar a Dios? Tú no crees que la carne es pecado. He leído tu obra. En ella hablas extensamente del mundo material creado por Dios y de los cuerpos humanos santificados por la encarnación. ¿Por qué, entonces, tienes que castigarte de esta manera?

Atanasio suspiró y miró a su alrededor. Los tratados y las cartas llenaban la mesa hasta el borde, mientras el secretario esperaba con su tablilla y su pluma. Un manto bordado en oro, que se utilizaba para predicar sermones, estaba extendido sobre un triclinio.

—Nuestras vidas están sobrecargadas —dijo, rechazando todo con un gesto como quien borra el contenido de una tablilla—. Necesitamos simplicidad, quietud, pero inventamos necesidades prescindibles para fines triviales, y éstas se amontonan para distraernos de la Verdad. El ermitaño Antonio me dijo un día que un monje es como un pez. Lo sacamos de su elemento y muere. Su elemento es el silencio. En el silencio puedes cambiar este mundo sucio por el Cielo.

No comprendí muy bien, pero era inconfundible el anhelo de su voz por la vida monástica. Callé y luego pedí a Pedro que tratase de alejar del arzobispo la mayor cantidad posible de asuntos eclesiásticos.

—¿Crees que no lo intento? —preguntó—. Pero nadie puede convencer a Tanasi de hacer algo, sobre todo si es algo que redunda en su propio beneficio.

—¿Tanasi? —repetí. No había oído antes ese mote.

Pedro sonrió algo avergonzado. Empezaba a conocer mejor al anciano y me agradaba. Por lo menos era un creyente más profundo que apasionado y tenía una bondad auténtica, dispuesta a servir a todo el mundo.

—Le pusimos ese apodo cuando era diácono. Entonces nadie podía decirle nada sensato, como nadie puede hacerlo ahora. ¿Sabes que una vez tuve que darle unos golpes en la cabeza para arrastrarlo fuera de la iglesia y salvarlo de los soldados? El duque Siriano llegó con sus hombres hasta el mismo altar para arrestarlo, golpeando a todos los que se interponían en su camino, y allí estaba Tanasi, de pie en el trono episcopal, gritando que no se retiraría hasta que hubiesen salido todos sin sufrir daño.

Lo golpeé con uno de los candelabros del altar y lo retiramos por la puerta del fondo. Cuando recobró el conocimiento, creyó que Dios había hecho un milagro para hacerlo escapar y no le quitamos la ilusión, ya que gracias a ésta se convenció de que no debía entregarse. No es posible razonar con él cuando obra así. Y la verdad es que te escucha a ti más que a la mayoría de la gente. —Después de reír en voz baja se puso serio—. Si no descansa, no se recuperará, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No más de lo que se ha recuperado ya. En el estado en que está ahora, la primera enfermedad que contraiga puede matarlo.

Pedro se mordió el labio.

—Bien, Teófilo y yo haremos lo que podamos. Y confiamos en ti, doctor.

No me sentí muy tranquila. Menos tranquilizadora aún fue la carta que recibí de Torión sobre el arzobispo. Le había escrito informándole de lo sucedido por lo menos en parte, y su respuesta fue la última carta que recibí de él antes del invierno.

> Leo con sorpresa tu noticia de que has curado al arzobispo Atanasio de una neumonía. Haciendo averiguaciones, me he enterado de que este arzobispo es profundamente odiado en la corte. El prefecto pretoriano lo describe como un demagogo charlatán y el jefe de los funcionarios dice que es depravado y peligroso. Me dijeron que en una ocasión lo acusaron de asesinato y violación, y también de brujería, pero Maia afirma que esos cargos no tenían fundamento. Sea como fuere, existe la certeza de que su sacra majestad piensa aplastar la corriente nicena de Alejandría, para lo cual sólo espera a la muerte de Atanasio. Ha elegido ya un sucesor para Atanasio, un tal Lucio, un buen arriano, y los espías desplegados en la ciudad le informan de lo que hace el arzobispo, ya que se teme que Atanasio intente llevar la rebelión a Alejandría y a Egipto y suspenda los embarques de grano a Constantinopla, lo que naturalmente nos traería innumerables dificultades. Yo en tu lugar, Caritón, me apartaría de un alborotador como él.

—¿Lucio? —dijo Atanasio cuando le dije lo que me había escrito Torión. (También yo era, en cierto modo, una espía)—. Sí, sabía que se proponían ascenderlo. Unos pocos obispos de Antioquía lo consagraron en el trono de San Marcos, a una distancia prudente; cuando Valente me exilió por primera vez trataron de nombrarlo en mi lugar. Tuvieron que alejarlo de la ciudad bajo escolta, y es un milagro que no lo asesinaran

después de haber llegado aquí de esa manera, con unos pocos miembros de su séquito. Si vuelve, primero buscará seguramente la protección de las tropas.

—¿Qué hará si viene? —pregunté llena de aprensión.

Atanasio suspiró y luego dijo con aire fatigado:

—No es probable que muestre moderación, si es lo que deseas saber. Es un hombre soberbio, de genio irascible, y un fervoroso arriano. No se tomará el trabajo de buscar la conciliación y estará encantado de hacer uso de la fuerza. —Al mirarme un instante, su expresión se hizo menos severa, sus ojos adoptaron un brillo malicioso y prosiguió —: Pero no creo que debas temer por ti. No tendrá ningún interés en perseguir médicos mientras tenga monjes para hacer azotar, a menos, claro está, que hayas logrado atraer la atención de sus espías.

No había reparado en los espías cuando llegué por primera vez al palacio, pero aquella conversación y la carta de Torión me permitieron ver que estaban en todas partes. Siempre circulaban algunos clérigos, gente de fuera de Egipto, algunos portadores de cartas de obispos extranjeros, otros con misiones menos concretas, y todos formulaban gran cantidad de preguntas. Había también gente que estaba al servicio del prefecto, el gobernador Paladio. Además estaban los agentes. *Agentes in rebus*, «agentes en cosas», una expresión latina de maravillosa vaguedad. Son correos que llevan mensajes oficiales e información de las diferentes partes del imperio a la corte de sus sacras majestades. Pero ellos, y en particular sus inspectores, o *curiosi*, son también espías. Pueden alojarse en casa de cualquier hombre rico y envían informes sobre lo que oyen allí, revelando todos los chismes y rumores al maestro de los oficios. Un agente abandonó el palacio poco después de que resultase obvio que por el momento Atanasio no moriría, y su sustituto apareció sólo seis semanas más tarde.

Una mañana de noviembre, cuando terminaba de examinar al arzobispo, oí que llamaban a la puerta. Sin esperar respuesta, entró un hombre joven y alto que lucía una chaqueta militar corta y exhibía un aire desdeñoso, precediendo al compungido Teófilo.

—Atanarico de Sárdica, *curiosus* de los *agentes in rebus*, a ver al arzobispo Atanasio —anunció.

Atanasio lo miró con disgusto y me indicó con una seña que cogiese su capa. Se la había quitado para permitirme admirar su rostro. Atanarico, a pesar de que comenzaba como el nombre del arzobispo, no era un nombre griego, ni siquiera romano. Era godo puro. Sin embargo, las funciones de los agentes se aproximaban más a las militares que al servicio civil, y los godos son habituales en el ejército. El hombre, además, tenía aspecto de godo. Tenía el pelo castaño claro, bastante largo, y una barba recortada;

llevaba espada en un costado. Además de la capa militar usaba pantalones. Estos estaban sucios, y el hombre despedía el olor de los caballos. Era evidente que acababa de llegar a la ciudad. Estaba junto a la puerta con el pulgar hundido en el cinturón de su espada. Irritado, Teófilo volvió la cabeza para mirarlo.

—Salud, excelentísimo Atanarico —dijo Atanasio, levantándose. El agente era notablemente más alto que él—. ¿Puedo ver tu autorización?

Atanarico le entregó un sello suspendido de una cadena y una carta firmada. Atanasio examinó el sello, leyó la carta y devolvió ambas cosas.

—¿Las autoridades requieren que te alojes aquí? —preguntó con tono resignado—. ¿Cuánto tiempo te llevará inspeccionar los puestos? —Ésta era, a decir verdad, una de las funciones de un *curiosus*.

—¡Hasta la primavera, más o menos! —respondió alegremente el godo. Tenía un acento extraño, áspero y entrecortado, y pronunciaba cada palabra por separado en lugar de arrastrarlas como hacen los griegos—. Tal vez más. Nunca se sabe. —Al mirarme arqueó las cejas—. ¿Tienes ahora chambelanes eunucos personales, santidad?

Yo estaba habituada a tales miradas y también al disgusto que muestra un hombre normal frente a un eunuco, por lo que me concentré en guardar mi instrumental médico.

—Es mi médico, Caritón de Éfeso. Teófilo, ¿puede tu piedad encontrar una habitación para el excelentísimo correo?

Atanarico gruñó algo y se retiró con Teófilo. Pero al día siguiente, en el patio, cuando salía del palacio, me agarró de un brazo y me llamó aparte.

—¡Caritón de Éfeso! —exclamó con cordialidad, cogiendo el borde de mi capa—. ¿Cómo está su santidad esta mañana?

—Tal como ha estado en el último mes —respondí—. ¿Puedes soltar mi capa, excelencia? Tengo que ver a un paciente.

—¡Cómo! ¿Otros además del arzobispo? ¿Te pagan bien? Estaba cerca la oferta de un soborno.

—Algunos, sí. Otros no pagan nada. Tengo todo el dinero que necesito.

—A nadie le sucede eso. Mira, eunuco…, ilustre doctor, pues…, la salud del arzobispo es un asunto que despierta muchísimo interés en Antioquía y en Constantinopla, además de Alejandría. A mis amos les agradaría mucho saber qué está haciendo la Iglesia alejandrina por la salud del obispo Atanasio. Estaríamos dispuestos a pagar por cualquier dato, desde luego. ¿Qué opinas de unos honorarios de… diez sólidos por consulta, eh? Es más de lo que te paga el viejo niceno.

Sin duda era así. Nadie paga tan bien a los médicos como los espías.

—Lo lamento, perfectísimo —dije—. He hecho un juramento y no puedo aceptar tu gentil oferta.

—¿Qué juramento? —preguntó, intrigado y con cierta suspicacia.

—El juramento de Hipócrates. Soy hipocrático por formación y por inclinación.

El hombre se echó a reír.

—Pensé que querías decir que el arzobispo te había hecho jurar para guardar secreto. Muy bien, quince sólidos. ¿Es menos estricto ahora el juramento?

—El juramento no deja de ser como es bajo ninguna circunstancia —le repliqué—. Déjame partir. Como ya te he dicho, tengo un paciente.

—¡No pongas esa cara de malhumor! —exclamó. Su rostro se había congestionado un poco—. Ahora resultará que un eunuco se toma en serio el juramento hipocrático. ¿En qué gastas tu dinero? ¿Cómo haces para que te alcance? ¿No necesitas a las mujeres? ¿Y el vino, las obras de arte, la ropa lujosa?

Me pareció especialmente tonta la mención de la ropa, ya que yo vestía mi vieja túnica azul para el trabajo y en aquel momento tenía muy mal aspecto. En realidad, el dinero no podría haberme tentado, aunque hubiese estado libre de toda relación con el arzobispo. Ganaba ya muchísimo más de lo que gastaba. Lo único que necesitaba era conocer el arte.

—Los rollos de papiro, sí. Pero me sobra el dinero para comprarlos.

—Estoy seguro de que tienes bastante dinero, pero siempre es bueno tener más. Veinte sólidos entonces. Bien, veinticinco. Te advierto que es mi última oferta.

—Mi paciente me espera —insistí con rabia—. Por favor, suelta mi capa.

Obedeció, a la vez que me preguntaba:

—¿Qué poder tiene sobre ti el arzobispo?

—Es mi paciente. Salud, excelencia.

Con esto me aparté y lo dejé allí, de pie, mirándome con expresión de sorpresa.

—Unos bárbaros estaban hablando de ti en el templo esta mañana —me dijo Teógenes cuando nos encontramos días más tarde en la taberna de Calias.

—¿Un bárbaro? —pregunté sorprendida y alarmada—. ¿Te refieres al agente Atanarico de Sárdica?

—Así se llamaba. —Teógenes cogió el recipiente que había en la mesa, llenó de vino las copas y agitó la suya—. Llamó bastante la atención por venir al templo vistiendo pantalones, con una espada y agitando su autorización para el puesto. Todo el mundo se preguntaba qué habías hecho.

—Me quiso sobornar y lo rechacé —dije con amargura—. ¿Qué quería saber?

—Si eras un buen médico, si eras honrado, si te interesa el dinero. «Sí», «sí», y «no» fueron las tres respuestas que obtuvo. Bueno, Nicias le comentó que además eras un tonto presuntuoso y un enemigo de los dioses, pero en otros aspectos estuvo de acuerdo con nosotros. El agente dijo que un amigo suyo estaba pensando en ofrecerte un puesto, pero no pidió referencias tuyas, de modo que nadie le creyó. Sospecho que buscaba algo para someterte a algún tipo de chantaje. No te preocupes, no habrá obtenido el secreto de tus negros y turbios motivos para alejarte de Éfeso, fuesen los que fueran. La gente no cuenta lo que ignora.

Me restregué el rostro al tiempo que suspiraba.

—Tal vez tendría que haber aceptado el soborno —solté—. Le sorprendió tanto descubrir a un eunuco rechazando dinero que probablemente sospecha algo. Sólo que no podría darle información fidedigna, y decir mentiras da mucho trabajo y crea dificultades.

Teógenes soltó una carcajada.

—Has sorprendido a muchos con esa actitud, ¿verdad? ¡Vamos, no te preocupes! Sólo sabe de ti que eres un buen médico y que no tienes el más mínimo interés en el dinero. —La esclava nos trajo el almuerzo: una fuente de anguilas asadas con remolachas. Teógenes metió un pedazo de pan en el plato y comió—. Ahora que está enterado de que no puede sobornarte, no tienes por qué tener tratos con él.

A pesar de ello, una noche me despertó un golpe en mi puerta poco después de haberme acostado. Me levanté. El brasero se había apagado y el cuarto estaba frío. Había dormido con la túnica puesta sin el corsé.

—¿Quién es? —pregunté tiritando y buscando las sandalias al tiempo que me vestía.

Era uno de los esclavos del palacio episcopal. Alguien se había puesto enfermo y tenía que acudir de inmediato. Le dije que esperase mientras me vestía, me puse el corsé, la túnica y la capa, y cogí mi maleta médica al salir.

Era una noche fría. La calle estaba llena de niebla húmeda del puerto. A la derecha, el Faro proyectaba sus rayos hacia el mar, reflejando la luz, mediante sus espejos, lejos de la ciudad. No había otra iluminación y la calle estaba desierta. Una rata chilló cuando uno de los gatos vagabundos la atrapó en un callejón. Tropecé en la oscuridad con desperdicios amontonados en la calle y el hombre del palacio comentó que era una noche horrible. De repente me acordé de Éfeso como hacía años que no lo hacía. Allí podía dormir cuanto quisiese, y no trabajaba en las noches frías ni en las tardes calurosas. Había jardines donde reposar, comodidad en todas partes, limpieza, paz. Me

imaginé en el pequeño dormitorio blanco compartido con Maia, tendida en la cama después de un baño (desde mi llegada a Alejandría nunca me había bañado debidamente), escuchando cantar a mi nodriza y preguntándome qué sucedería cuando me casase. «Mira —me dije—, podrías volver, o ir a Constantinopla y reunirte con Torión. ¿Piensas ir?»

Desde luego que no. Erguí la espalda y seguimos marchando y dando traspiés hacia el palacio episcopal.

Atanasio y Teófilo me esperaban en la sala de recepción del palacio. Estaban sentados en el suelo a la manera de los escribas y susurraban absortos. Teófilo agitaba la cabeza. Me agradó ver al arzobispo. El esclavo no había dicho quién estaba enfermo y yo estaba demasiado dormida para preguntar.

—Caritón —dijo Atanasio al abrirme la puerta—. ¿Es común la enteritis en esta época del año?

—Estamos próximos al solsticio —le dije sin comprender muy bien—. Es una mala época para la salud. Sí, he visto unos cuantos casos recientemente. Pero la situación es mejor ahora que en el otoño.

—No sería muy bueno que la ciudad entera muriese por culpa de este mal. Dirían siempre que nosotros lo envenenamos.

—¿A quién? —pregunté.

—A ese godo —replicó Teófilo con desdén—. Ese agente arriano.

Atanasio le dirigió un gesto de reproche.

—Haz todo lo que puedas por curarlo —me dijo—. No quiero dar ninguna excusa al prefecto para que inicie un juicio contra nosotros.

—Yo siempre hago lo que puedo por el paciente. ¿Puedes retirarte a la cama, por favor, santidad? No debieras estar levantado hasta tan tarde. Caerás enfermo de esto, sea lo que sea; y tienes menos probabilidades de sobrevivir que un hombre joven y fuerte. Te haré llamar si hay alguna novedad.

—¡Santo Dios! ¡Dios Eterno! —exclamó Atanasio—. ¡Los médicos! ¡Una vez que los dejamos entrar en nuestra casa se creen dueños de nosotros! En primer lugar, dime si el hombre vivirá.

Atanarico tenía su propio cuarto en el palacio, uno pequeño. Encontramos al agente acurrucado y tiritando. Toda su fuerza y su arrogancia habían desaparecido, y estaba extenuado, en estado casi comatoso. Me había resultado antipático, pero causa pena ver a una persona joven y fuerte doblada por la inminencia de la muerte. Habían deshecho su cama, pero flotaba en el aire el olor a vómito. Pulso débil e irregular, fiebre elevada.

Los ojos estaban entrecerrados, dejando ver la córnea bajo los párpados, signo muy grave. Pregunté al hombre que lo cuidaba si además tenía diarrea, y me tranquilizó su respuesta afirmativa. Ese aspecto de los ojos podía significar la muerte, pero también podía haber sido producido por la diarrea. El estado del agente me sorprendió. O se había agravado con gran rapidez, o bien a nadie se le había ocurrido llamarme antes. Interrogué al personal y me dijeron que aquella mañana se había sentido mal, se había acostado y había comenzado a vomitar, y que los vómitos habían continuado hasta que cayó en aquel estado. Por otra parte, por lo que pude averiguar, no había segregado sangre ni pus por vía bucal ni intestinal, y no tenía partes del cuerpo más inflamadas que otras, hecho que me llevó a diagnosticar una fiebre intestinal aguda más que una infección, de modo que le dije al arzobispo que tenía buenas probabilidades de vivir. Al oír esto, Atanasio accedió a retirarse a su cama. A los otros les advertí que no le permitiesen volver a entrar.

El cuidado del agente debía ser muy minucioso. Aquella primera mañana tuve casi la certeza de que moriría, pues no retenía nada en el estómago y se estaba deshidratando rápidamente. Le administré supositorios y mantuve el cuarto relativamente fresco. Le lavé el cuerpo varias veces, y le di agua con miel y áloe embebida en una esponja, y ordené a los cuidadores que quemaran opio bajo su nariz para aliviar el dolor. A pesar de todo, la tarea era muy difícil. La suma de vómitos, diarrea y fiebre alta es peligrosa y se requiere un físico vigoroso para vencerla. Afortunadamente, Atanarico era fuerte, un hombre sano y bien alimentado; y por lo tanto se repuso. Logré hacerle retener más agua con miel, una buena dosis de opio y por último más agua con miel, hasta que por la noche comenzó por fin a sudar, con lo cual bajó la fiebre. Entonces consideré que se debía simplemente alimentarlo con sensatez y mantenerlo en reposo hasta que mejorase. A pesar de ello y para estar segura, pasé aquella noche a su lado. En mitad de la noche se despertó, murmurando palabras en latín, la lengua de su Sárdica natal. Había vuelto a aumentar la fiebre y deliraba. Cuando intenté darle una dosis de cicuta, la rechazó y me llamó envenenador, o por lo menos, eso es lo que yo entendí. Yo tenía apenas unas nociones de latín jurídico de Torión y no lo había usado desde hacía años. Tartamudeando algunas de las palabras que conocía le dije que la poción era *medicina*.

—*Medicus sum*[2] —le dije, a lo que respondió:

—*Non medicus, mulier venefica*[3]!

Insistí.

—*Medicus*.

Por fin conseguí hacer que bebiese y se durmiese otra vez, sin dejar antes de agitarse y murmurar. La cicuta hizo bajar la fiebre.

Por la mañana estaba lúcido. Uno de los servidores me despertó sacudiéndome tan pronto como vio que el paciente se movía. Me acerqué y le tomé el pulso. Él me miraba sin comprender. El sol de la mañana daba reflejos dorados a su pelo. Tenía de nuevo la mirada normal de sus ojos, de un intenso color azul. Por primera vez advertí que era muy apuesto.

—Caritón de Éfeso —susurré por fin. Estaba desilusionado.

—Tu médico —le dije—. ¿Cómo te sientes? —El pulso era normal y la fiebre estaba en niveles aceptables.

—Me envenenaron —dijo frunciendo el ceño.

—Tuviste un acceso agudo de enteritis —indiqué—. Probablemente causado por beber agua a la que no estabas habituado. Su santidad me dijo que hiciese todo lo posible por curarte y así lo he hecho.

Seguía con el ceño fruncido y miraba a su alrededor sin comprender.

—Anoche había una mujer aquí —dijo.

—Anoche estaba yo. Delirabas y decías que una mujer trataba de envenenarte cuando yo trataba de darte una dosis de cicuta.

—¿No es eso un veneno?

—Claro. La mayoría de las drogas lo son. Todo depende de la dosis. ¿Quieres comer algo?

La sopa de cebada, según Hipócrates, es el alimento más adecuado para los convalecientes, de modo que me ocupé de dar sopa de cebada a Atanarico, reemplazándola gradualmente por pan, y luego vino y el resto de una dieta normal. De hecho, el agente se restableció con la misma rapidez con que había enfermado y en seguida quiso levantarse y caminar. Además, cumplía con su trabajo. Aun antes de que le permitiera levantarse ya estaba interrogando a los servidores y tratando otra vez de sobornarme.

—Me dicen que el arzobispo Atanasio tuvo una revelación divina relacionada contigo —me dijo durante una de mis visitas. No cabía sorprenderse de que se hubiese enterado si toda la servidumbre lo sabía y lo divulgaba con orgullo. Al parecer, durante nuestra conversación me habían convertido de arriano a niceno.

—Su santidad lo describió así —repuse—. ¿Moviste el vientre hoy?

—No cambies de tema —me reconvino—. ¿Qué descubrió?

—Nada que pueda perjudicarme —dije con aire distraído—. ¿Tienes calambres,

flatulencias, náuseas?

Atanarico gruñó algo en latín.

—¿Eres tú realmente un fervoroso niceno? —inquirió.

—¿Cómo puedo tratarte si no respondes a mis preguntas? ¿Eres tú realmente un fervoroso arriano?

—A decir verdad —respondió encogiéndose de hombros—, no me interesa mucho la teología, pero soy leal a sus sacras majestades. Y es peligroso tener este tipo de inestabilidad en la diócesis más rica del imperio, con un predicador viejo y demagogo que pone su noción de la divinidad por encima del bien común, exponiendo a los ejércitos romanos al peligro de los persas por no estar de acuerdo con el emperador acerca de la relación entre las tres partes de la Trinidad. ¡Cualquiera diría que él es el emperador, a juzgar por sus actos! Y todo su poder no tiene justificación. Claro que los oficios no le dieron derecho a gobernar Egipto. No puedes tener dos poderes diferentes en el Estado, pues pones en peligro la seguridad pública. Aparte del fanatismo, no sé por qué lo apoyan.

No dije nada y empecé a guardar mi instrumental. Pensé que en materia de teología era nicena. La obra de Atanasio me había impresionado lo suficiente como para estar de acuerdo con él en ese punto, pero en realidad el asunto no me apasionaba. Con todo, no sentía lealtad hacia sus sacras majestades. Tampoco me agradaba imaginarme a los soldados romanos corriendo el riesgo de ser vencidos por los persas, pero esta gran tiranía que rige el mundo, el omnipotente poder imperial, frente al cual no hay apelación, que gobierna por la fuerza e impone sus edictos bajo pena de tortura y de muerte, no me inspiraba mucho amor. Creía que debía permitirse a la Iglesia determinar su propio destino, elegir su propia teología, seleccionar sus propios obispos, en lugar de que les fuesen impuestos por Constantinopla. Aparte de la Iglesia, no había poder en el mundo capaz de oponerse a los emperadores; salvo Atanasio, ningún hombre habría podido luchar contra ellos como un igual sin reclamar la púrpura para sí. Razón fundamental por la que todos los egipcios, y no sólo los cristianos, apoyaban al arzobispo. Razón, en fin, para prestarle mi propio apoyo.

Era evidente que no podía decirle tal cosa a Atanarico.

—Debes descansar —le aconsejé—. Y comer solamente sopa de cebada. Te veré mañana.

De nuevo juró en latín.

—De todos los eunucos del mundo —rezongó—, ¿por qué tuvo que tocarme un eunuco virtuoso que está al servicio del arzobispo?

—No conoces a todos los eunucos del mundo —repliqué, y al volverme añadí—: ¿Cómo sabes que todos los demás carecen de virtud?

Dos días después de este episodio desperté sintiéndome mareada y acalorada. Era un día húmedo y fresco de finales de diciembre y habitualmente yo sentía frío por la mañana, pero comprobé que había apartado las mantas de la cama y que estaba sudando.

Tenía pacientes que visitar aquel día, cinco que no habían llegado aún al momento de crisis y una docena de convalecientes. Cuando me levanté, advertí que me dolían los músculos y que tenía el estómago revuelto. Me sería imposible cumplir con mi trabajo como cualquier otro día. Además, sería una gran irresponsabilidad hacer las visitas y correr el riesgo de contagiar la fiebre a mis enfermos; con su estado de debilidad, podría ser fatal. Así pues, di a Ágata, una de las monjas, dos o tres dracmas para que fuera a ver a los pacientes y les dijera que yo estaba enferma. Envié indicaciones de tratamiento para cada uno y preparé algunos remedios, dando además el nombre de otros médicos por si requerían atención personal. Hecho esto, me acosté. Amundora subió y me ofreció un poco de pan con comino y vino caliente con miel, dos manjares, que seguramente tuvo que comprar, pues ella no los consumía. Pero para entonces ya me sentía muy mal y no soportaba siquiera el olor de aquellos alimentos. Le di las gracias y le dije que sólo necesitaba reposo. La monja permaneció indecisa junto a la puerta.

—¡Ay, pareces enfermo! —me dijo—. Bien, estaré en casa todo el día. Si necesitas algo, no tienes más que gritar.

Le prometí que la llamaría y, apenas se retiró, vomité en la bacinilla.

Nunca en mi vida me había puesto verdaderamente enferma. Había tenido resfriados, desde luego, pero nada parecido a aquello. Me sentía fatal y en mitad de la tarde estaba además extenuada. Evidentemente, tenía la misma fiebre que Atanarico, pero era imposible determinar si me la había contagiado él u otro paciente. Me preparé una esponja con opio y agua con miel, que chupaba después de vomitar, con la esperanza de dormir y calmar las arcadas, pero no apreciaba alivio alguno. No toleraba nada en el estómago, a pesar de que había probado cicuta para la fiebre y nardo y áloe para las náuseas.

Amundora vino a media tarde y al verme dejó escapar un gemido. Estaba consternada. Retiró la bacinilla llena, lavó el suelo y trató de lavarme a mí.

—Déjame tranquilo —le dije—. Voy a mejorar. Conozco esta fiebre. Estalla de repente y se va al poco tiempo.

Se retiró de mala gana y volvió con más agua. Le pedí que mojase la esponja, y lo hizo y me la dio, si bien con aire muy preocupado. «El agua pura no sirve para una enfermedad aguda —pensé instintivamente—. Por lo menos debía combinarse con miel o quizás una mezcla de miel y salmuera. Y además, opio.»

Exigía demasiado esfuerzo explicar todo esto a Amundora. Cogí la esponja mojada y me la llevé a la boca, tiritando. La cara de la monja, sombría y preocupada, parecía flotar muy lejos de mí. Me habría gustado que estuviese Maia a mi lado.

—Estás demasiado enfermo para atenderte tú mismo —dijo Amundora—. Te voy a mandar llamar otro médico.

—¡No! —le solté muy inquieta—. Nadie me hará nada que no esté haciendo yo. Todo lo que necesito es reposo. Déjame tranquilo.

Me apoyé en la almohada y oí alejarse sus pasos hacia la puerta y bajar luego las escaleras. Me eché a llorar sin poder contenerme. Hacía mucho calor y estaba oscuro; y echaba de menos a Maia. Vomité otra vez, pero no necesité la bacinilla.

Tenía el estómago contraído y vacío, en el que sólo había aire y dolor. Las arcadas duraron una eternidad.

Oscureció más aún. Entró alguien y gritó sacudiéndome.

Murmurando y sollozando, pedí que se fuese, aunque no me di cuenta de cuándo se fue. Cuando volví a tener conciencia, alguien había encendido una lámpara de aceite y estaba de pie, mirándome.

—¿Maia? —pregunté, y traté de sentarme, pero el movimiento me hizo vomitar de nuevo.

El visitante se acercó, me tocó la frente y me tomó el pulso. Era Filón.

—¿Cuándo empezó esto? —me preguntó, mirándome por encima del hombro.

—Esta mañana —contestó Amundora—. Lo encontré muy mal, pero no me permitió enviar por nadie. Cuando subí, después de las oraciones de la tarde, estaba aletargado y no me oyó. Recordé entonces que tú eras su maestro, ilustrísimo, y corrí a buscarte.

Filón estaba examinándome los ojos.

—Es una fiebre muy peligrosa —dijo—. He visto dos o tres casos como éste en los últimos meses y todos murieron. Tendría que haber pedido ayuda antes. Me alegro de que me hayas llamado esta noche. Vamos, Caritón, por lo menos ya estás consciente. Voy a examinarte.

—No. Vete. Déjame en paz.

—¿Quieres traer un brasero? —dijo a Amundora—. Este cuarto está muy frío. Además, quiero hervir agua.

—¡Déjame en paz! —supliqué.

—No seas tonto —respondió y comenzó a abrirme la túnica, cuyo hedor era como para asfixiar a cualquiera. De repente se detuvo—. ¿Y esto? ¿Qué es? —preguntó.

Me puse a llorar. Filón me miraba atónito. Su cara parecía suspendida e inmóvil: la barba cuadrada, los familiares ojos castaños, muy abiertos por el asombro de aquel momento. Las pupilas parecieron llenarse de oscuridad y la cara flotaba como un reflejo en el agua, temblorosa, borrándose en el calor y las tinieblas, dejándome sola.

Cuando volví a despertar, las náuseas terribles habían desaparecido y tenía mucha sed. Traté de sentarme y alguien me sostuvo la cabeza y acercó una copa a mis labios. Era una mezcla de agua con miel y salmuera a la que habían añadido nardo y otro ingrediente amargo, cicuta. Bebí unos sorbos y levanté la vista para ver quién me sostenía. Era Filón.

—Termínatelo —me ordenó. Obedecí y él dejó la copa encima de la mesa—. ¿Cómo te sientes ahora? —me preguntó.

—Mucho mejor. —No reconocía mi propia voz: era un susurro ronco. Había oído aquel tono en otros y había visto la debilidad de la convalecencia. Era extraño reconocerla en mí misma—. Cansado… Tú… has…

—¿Si he descubierto que eres mujer? Era imposible no verlo. Nunca en mi vida me había sentido tan tonto. Mi propio asistente; que vivió más de dos años en mi casa… y yo aceptando que eras un eunuco cuando tenía que haber visto que no lo eras. Que *ella* no era nada de eso. Quédate quieta. Es una fiebre cruel y tienes que recuperar las fuerzas.

Me quedé inmóvil.

—Lo siento —dije, tratando de no llorar—. ¿Lo has…? ¿Se lo has dicho a alguien?

Filón murmuró algo y me dio una palmadita en el brazo con mucha suavidad.

—No, a nadie. Las monjas de tu casa no lo saben y yo ni siquiera se lo he confiado a Débora. Lo incluyo en mi juramento. ¿Fue eso lo que descubrió el arzobispo?

Asentí con un gesto.

—¡Un anciano, y obispo, y lo advirtió de inmediato! ¡Y yo, médico, no lo descubrí en dos años!

—Creo que cualquiera que lo notara lo haría en seguida —dije. Había pensado mucho sobre ello—. Una vez que te acostumbras á una idea de lo que soy, es mucho más difícil verme como alguien diferente.

Filón suspiró.

—Nunca en mi vida me he sentido tan estúpido. Supongo, entonces, que eres la hija

de Teodoro de Éfeso.

—Sí.

—Yo creía que… Bien, no importa.

—Sé lo que pensabas. Te oí una noche cuando hablabas sobre esto con Débora. Lo lamento, Filón.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería aprender el arte de curar. Probablemente no habría escapado si mi padre no hubiese aceptado casarme con Festino, pero, una vez que pude huir, tenía que venir aquí. ¿Puedes comprenderlo? Sé que fue un acto indecente, deshonesto, pero toda mi vida había querido estudiar aquí.

La sonrisa de Filón era extraña.

—En realidad, lo comprendo —dijo, y con un suspiro me tomó el pulso—. Te repondrás —me aseguró—. Esta enfermedad es grave, pero tú te recuperarás con rapidez.

—El paciente que yo traté se repuso muy pronto —observé.

—¡Ah! ¿La conoces, entonces? Pues eres la primera persona que veo sobrevivir. Seguramente atendiste muy bien a tu enfermo.

—Era un hombre joven y fuerte.

—Y tú eres una mujer joven y fuerte. Nunca me habituaré a esto. Nunca te habría empleado de haberlo sabido. No te alteres. No podría aconsejarte que dieras la espalda a la medicina, pues yo mismo sería incapaz de hacerlo. ¿Sabes que yo también tuve que luchar para estudiar? Mis padres eran muy devotos y me criaron para que estudiara la Torá. Cuando terminé mis estudios en Alejandría me enviaron a Tiberíades a estudiar en las cortes patriarcales. Pasé un año allí estudiando la Ley de Moisés y una mañana, al despertar, me di cuenta de que tenía veinte años y no me interesaba nada la Ley de Moisés, sino que quería ejercer el arte de curar. Entonces estaba ya casado y teníamos nuestro hijo, y no había leído un solo capítulo de Hipócrates. Escapé de Tiberíades y vine a Alejandría. Mi padre estaba furioso, y se negó a mantenerme a menos que volviese. Por ello me fui de casa. Mi suegro deseaba que Débora se divorciase de mí para casarla con otro, pero ella, bendita sea, se quedó conmigo. Había entonces en el museo un médico judío, un hombre llamado Temistión. Adamancio era también su discípulo. Me dirigí a él y le rogué que fuese mi maestro. Vaciló, pues yo no conocía otra cosa que la Torá y él era, como Adamancio, un hombre cultivado y un platonista. Consideraba que sería mejor que obedeciese a mi padre, Finalmente me ofrecí como su servidor para llevar a cabo tareas suyas si accedía a enseñarme. Al ver lo desesperado

que estaba, accedió. Yo acepté tomarte como ayudante porque veía en ti mi mismo entusiasmo. Si hubiese sabido que eras mujer habría vacilado y te habría sugerido que volvieras a casa con tu familia. Sin embargo, habría estado mal, porque tú y yo nos parecemos. Por el Sagrado Nombre, muchacha, no llores. ¿Quieres un poco de sopa de cebada?

Como dijo Filón, me recuperé muy pronto. Aunque todavía un poco débil, me levanté al día siguiente, pero Filón me aconsejó que no me fatigara. Me quedé a reposar en casa y leí la *Materia médica* de Dioscórides. Uno de los esclavos del arzobispo fue a preguntar cómo estaba y volvió más tranquilo. (Deduje más tarde que Atanasio había pensado ir personalmente, pero que Teófilo lo había disuadido. «Dijo que te enfadarías si yo contraía la enfermedad», dijo Atanasio días más tarde. «Estaba en lo cierto —repliqué—. Y me habría enfadado y tú habrías muerto. No te cuidas como debes y una enfermedad más leve que ésa podría haberte sido fatal.» Atanasio se rio.)

A la mañana siguiente llamaron otra vez a la puerta y apareció Atanarico.

—Tenga salud tu gracia —me dijo, un juego de palabras sobre mi nombre mucho mejor de lo que él imaginaba, puesto que mi nombre es Caris, no Caritón, que significa «gracia» en griego—. Se me ocurrió venir y ver cómo estabas después del regalo que te hice. Lo siento mucho.

—Tengo otros pacientes además de ti —repliqué—. Pude contraer eso en cualquier parte. ¿No quieres sentarte, excelentísimo? Perdona, pero no estoy preparado para recibir visitas.

—No te preocupes —dijo, y se sentó en la mesa de escribir—. ¡Por el cielo! ¡Cuántos papiros tienes!

Era verdad. Alejandría es una ciudad única para adquirir toda clase de obras. En Egipto el papiro es barato y los escribas pueden ganar una fortuna copiando obras y vendiéndolas a la biblioteca. A mi Hipócrates y mi Galeno se habían añadido Herófilo y Erasístrato, Dioscórides y Celso, Cratevas, Nicandro y Oribasios, todas las autoridades de la medicina. Tenía repleta la estantería y la mesa de escribir enteramente cubierta.

—Veo que dijiste la verdad al hablar sobre cómo gastas tu dinero —comentó—. Papiros. Ciertamente, ni en ropa ni en vivienda ni en lujos. ¿No sería útil, no obstante, tener una vivienda más amplia y un esclavo que se ocupe de ella?

Lo miré con recelo. ¿Otro intento de soborno?

—No me gusta complicarme la vida con todo eso —respondí—. Vivir como vivo me da libertad para concentrarme en las cosas que me interesan.

—Es el desinterés del perfecto filósofo. ¿Y quién soy yo para ponerlo en duda? Dime, Caritón. ¿Te has preguntado alguna vez hacia dónde quiere conducirte el arzobispo?

Muchas veces, claro. Pero no quería discutirlo con Atanarico.

—Su santidad el obispo Atanasio es mi paciente —respondí—. Mi función es cuidar de su salud. Lo que haga en su propio dominio no me interesa.

—¿Tampoco cuando podría costarte la vida? Lo que ha hecho es oponerse al emperador. Oponerse a cuatro emperadores, uno tras otro. Su sacra majestad lo tolera ahora por la paz de la ciudad, pero debes prever lo que sucederá cuando muera.

—Excelencia, preferiría no hablar de ello.

—Creo que será mejor que hables. Cuando Atanasio muera, correrá la sangre, y, si estas comprometido, ser médico no te salvará. Pueden detenerte con la misma facilidad que a un fanático loco del desierto de Nitria.

Suspiré. Nada de sobornos. Amenazas.

—Ni pienso derramar sangre, salvo quizás en cirugía, ni el arriano más exaltado puede arrestarme por tratar a mis pacientes.

—¿Y si tus pacientes son fugitivos o criminales? Sería mejor que estuvieses al margen de todo esto. Mira, yo puedo darte una recomendación para el puesto de médico oficial de alguna otra ciudad. Nuestro piadoso y Augusto señor Valentiniano ha nombrado en Roma un grupo de médicos, uno para cada barrio de la ciudad. Tratan de forma gratuita a los pobres y el Estado les paga un buen salario. Estarán encantados de contar con tus servicios y te iría muy bien. Podrías atender a la plebe hasta hartarte y esperar una recompensa mejor que la prisión. Y si no te gusta Roma, hay otras ciudades. No me agradaría nada ver a un buen médico como tú en dificultades.

—¿Has terminado?

Me miró con irritación antes de responder.

—¡Muy bien, no prestes oídos al sentido común!

Había terminado. Yo esperaba una amenaza personal, algo como «Si no abandonas la ciudad y a tu paciente, tendré que dar tu nombre a las autoridades». Quizá su intención era sólo dármelo a entender.

—Agradezco tu consejo, prudentísimo —dije—. Por el momento estoy contenta de estar en esta ciudad con mis amigos. No quiero retenerte. Estoy seguro de que tienes mucho trabajo que hacer.

—¡Malditos sean tus amigos! —exclamó—. Sólo quería ayudarte. Adiós entonces, Caritón, y buena suerte.

Dicho esto, salió, dando un portazo. Sentada en la cama, me pregunté si no debía haberle prestado más atención.

La semana siguiente seguía preocupada, cuando me encontré con Filón. Me había invitado a cenar y debíamos encontrarnos en la plaza Soma después del trabajo del día, ya que mis pacientes vivían en su mayor parte en el sector occidental de la ciudad y los suyos, en el sector oriental. Llegué a la plaza y encontré a Filón sentado en los escombros del viejo mausoleo, al abrigo del viento. De inmediato partimos por la Vía de los Toldos. Unos niños jugaban en las ruinas del viejo museo, una cabra que revolvía las piedras baló cuando llegó su dueña con un cuenco de ordeño, dos prostitutas sonreían entre las sombras junto a las tabernas, y en la iglesia de Alejandro se encendieron las lámparas, con lo que la penumbra recibió sus reflejos de oro y plata. Se oyó entonces un grito y el ruido de muchos pasos marchando al compás de un tambor. Los soldados se aproximaron desfilando, mientras sus botas con clavos sonaban en el pavimento. Todos se apartaron y los miraron. Los niños dejaron de jugar, la mujer se sentó con la cabeza de la cabra apretada contra el pecho para que no balase. Los que encendían las lámparas dentro de la iglesia, y hasta las prostitutas, lo observaban todo con expresión hosca y seria. Las tropas pasaron, doblaron a la izquierda y se alejaron en dirección a la plaza fuerte.

—¿Cómo crees que será la rebelión? —pregunté a Filón.

Cuando los perdimos de vista reanudamos la marcha. No necesité decir nada más. Filón sabía que yo habría querido añadir: «… cuando muera Atanasio».

—Tú sabes más que yo —dijo suspirando—. Estás en el centro de todo. ¿Qué crees tú que sucederá?

Durante un minuto no abrí la boca.

—Las autoridades enviarán a su propio obispo, ese individuo, Lucio —admití por fin—, y la Iglesia no lo aceptará. Habrá desórdenes y arrestos. Tal vez lo que yo realmente quería preguntar era si sería posible cuidar de mis pacientes y mantenerme alejada de los disturbios.

—No lo sé —respondió Filón y me dirigió una mirada comprensiva—. Seguramente, eso depende más de las autoridades que de tus pacientes. Lo mejor sería que te mantuvieras alejado de los disturbios y fueras discreto en tu tratamiento de los fugitivos. ¿Qué otra cosa planeabas hacer?

Le hablé de la oferta de Atanarico.

—¿Médico oficial en Roma? —repitió—. ¡Qué generoso! Seguramente le

impresionó todo lo que aprendió de ti. No te sorprendas tanto… desde luego que me interrogó. Quería sacarte información, ¿no? También inquirió en el templo y me hizo preguntas en casa. No creo que haya descubierto nada. Y no creo que pudiese adivinar… eso, entre lo poco que averiguó. ¿De modo que consideras la posibilidad de aceptar la oferta?

—No. No confío en Atanarico. Puede decir lo que quiera cuando se dirige a mí. Las promesas no cuestan nada. Pero no me prometía un empleo, sino unas pocas palabras de recomendación. ¿Y por qué habrían de escucharlo en Roma? No es romano ni médico. Y es probable que allí tengan empleada ya a toda la gente que hace falta. Por último, no me agrada la idea de dejar a mis pacientes precisamente cuando más me necesitan.

Filón se pellizcó el labio e hizo un gesto de aprobación, como sucedía cada vez que yo decía algo comprensible para él dentro de su propia experiencia.

—No —proseguí—, es sólo que me pone nerviosa.

—¿Y quién te lo va a recriminar? ¿Qué sucedería si las autoridades de… bueno, si lo descubriesen?

Me encogí de hombros antes de responder.

—Supongo que me harían volver a mi país en medio de una nube de oprobio. Y una vez que volviese a casa… —Titubeé, mirando distraída las pocas figuras que marchaban deprisa por la ancha calle y los postigos cerrados de las casas. No había nadie cerca, pero yo seguía hablando en un susurro—. Me quedaría sentada allí sin hacer nada el resto de mi vida. No tendría que preocuparme por la boda. Y si alguien se casase conmigo, sería alguien de clase inferior que codiciase el dinero lo suficiente como para soportar la vergüenza; Pero incluso un hombre así exigiría una conducta respetable. Nunca volvería a ser yo misma.

Continuamos caminando en silencio unos minutos más. Filón tenía el ceño fruncido.

—Bien —dijo por fin—. Espero que no tengas dificultades. —Estábamos cerca de su casa y al llegar a la esquina Filón se detuvo. Ya no fruncía el entrecejo—. Me he olvidado de decirte algo. Teógenes vendrá… ¡Si, otra vez! Y ha llegado mi nuevo ayudante. Lo conocerás en la cena.

Había oído hablar de aquel asistente nuevo unas dos semanas atrás e hice un gran esfuerzo por aceptar la idea, aunque no podía dejar de sentir celos. Logré sonreír.

—Me alegro. Con tantos pacientes, necesitas ayuda. Nunca he llegado a comprender por qué no tenías a nadie cuando empecé a trabajar contigo.

Filón rio.

—¿En serio? Te lo explicaré. Yo no gano mucho. La mayoría de los ayudantes se

interesan mucho por el dinero. Y aun los que no muestran tanto interés aspiran a formarse con alguien conocido dando como hecho que alguien así ganará dinero, o que por lo menos tendrá algunos pacientes ricos y distinguidos.

—Lo sé —precisé con una sonrisa—. Pero tú eres tan buen médico como Adamancio, o mejor. Podrías haber enseñado en el templo también y también podrías haber encontrado unos cuantos pacientes ricos y distinguidos.

Filón se rascó la barba.

—Tal vez sea verdad. Pero cuando huí de Tiberíades hice un contrato con Dios. «Déjame ser médico —le dije—, y yo trataré a cualquiera que lo necesite y no me preocuparé de que me paguen o no. Usaré el arte para servirte y no buscaré riqueza ni fama para mí.» Por ello nunca he tenido tiempo para los pacientes ricos e importantes y nunca ha venido nadie corriendo a arrastrarme a través de la ciudad para tratar a alguien contra mi voluntad. Con todo, quizá por fin gane una cierta reputación. —Con una ancha sonrisa, añadió—: El hombre que enseñó a Caritón de Éfeso.

—No digas cosas absurdas.

—¡Nada de eso! ¿Por qué crees que Critias quiere trabajar conmigo y no con Adamancio? Pues porque oyó que me mencionaban como tu maestro. Y es un joven trabajador y bueno que seguramente será un buen médico, aunque no tan bueno como tú. Pobre muchacho, está cansado ya de oír hablar de ti. ¡Ven, te presentaré!

Avanzó deprisa hacia la casa, sonriente otra vez, y yo lo seguí, deseando ser digna de semejante maestro.

Teógenes y Teófila se casaron al comenzar la época de la vendimia, cuando los jardines del templo estaban todavía cargados de eléboro en plena floración. Se casaron en la sinagoga de Teógenes, en el barrio del Bruquión, un hermoso edificio que por algún motivo se había salvado de la destrucción general. La rodeaba un jardín y tenía columnas, y el interior resplandecía de pinturas y mosaicos. El hermano de Teógenes había recorrido todo el camino en camello desde Antioquía y el hijo de Filón, Alfaios, había llegado de Tiberíades sólo dos días antes. Yo sentía mucha impaciencia por conocerlo, pero no nos caímos bien. Era un joven brillante, apasionado y estrecho de miras, de aproximadamente mi misma edad, y no le interesaba nada salvo la Ley. Lo primero que hizo cuando nos conocimos fue intentar convertirme. Resultó bochornoso para todos y lo hallé muy desconsiderado de su parte. Si hubiese tenido éxito, se habrían creado dificultades para su familia, ya que los monjes de Atanasio no habrían aprobado el proselitismo judío dirigido al médico de su arzobispo.

Seguramente, Alfaios creía que era un precio bastante pequeño por la salvación de un alma de la herejía galilea, como la llamaba él. Cuando vio que no podía convertirme y que yo era incapaz de discutir con él sobre la Ley, me dejó tranquila. Sin embargo, era obvio que no confiaba en mí. Sabía algo de mi vida por las cartas de su padre, pero esto no equivale a conocer a alguien y era comprensible su extrañeza al comprobar que un extranjero cristiano, amigo del arzobispo y además eunuco se mezclara tanto en los asuntos de su familia. Tampoco le gustaba Teógenes, pues lo hallaba demasiado mundano.

La boda fue muy lucida. La pareja avanzó bajo el palio nupcial y formuló sus promesas, se entonaron salmos e himnos festivos y al fin hubo una gran fiesta en el jardín. Por fortuna era un día despejado y la temperatura era inusitadamente alta para la estación. Aquel día perfecto, lleno de sol, parecía que todos debían estar alegres al contemplar la dicha de Teógenes y Teófila. Se comió, se bebió y se bailó. Comenzó a oscurecer y se encendieron antorchas fijadas a estacas que comenzaron a parpadear entre los árboles. Todos entregaron presentes a los novios y prosiguió la comida, la bebida y los bailes.

Le regalé a Teófila una de las alhajas de mi madre, un anillo con zafiros y amatistas. Al recibirlo se quedó atónita y lo levantó para admirar las piedras preciosas bajo la luz.

—¡Caritón! —exclamó al verme—. ¡Este anillo era de tu madre! ¡No deberías haberte desprendido de él!

—Úsalo —le dije—. Es mejor usarlo que venderlo. Y no tengo a nadie a quien ofrecérselo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Después de ponerse el anillo me besó. Teógenes me apretó el hombro y me estrechó la mano. Yo hacía gestos, sin hablar, y luego me perdí entre la gente. La sinagoga estaba desierta y entré en ella a sentarme. Las lámparas situadas frente a la mesa de la Ley estaban encendidas, pero el resto del templo estaba oscuro y en las paredes pintadas se veían formas vagas de animales y hombres. Sentada en el fondo, lloré. Ya no estaba enamorada de Teógenes, pero… ¡eran tan felices! Y yo nunca podría serlo como ellos. No casarse nunca, no ser amada por un hombre guapo, no tener hijos. Por lo menos si aspiraba a practicar el arte. O si continuaba siendo quien era. Y si continuaba siendo quien era, estaría cavando mi propia sepultura, sin una salida al mundo hasta que la muerte viniese a buscarme.

Oí unos pasos cautelosos que entraban a la sinagoga. Me apresuré a contener mis sollozos. Un paso más y una voz que me dijo «¿Caritón?» en un susurro. Era la voz de

Filón. Me levanté, enjugué mis lágrimas y Filón se acercó rápidamente.

—Perdona —dije—. Sé que trae mala suerte escapar de una boda, pero era más fuerte que yo.

Filón movió la cabeza.

—Todos lo han comprendido. Es decir, comprenden que un eunuco pueda entristecerse al ver tanta dicha, de la que no puede participar.

Traté de reír.

—Comprendieron bien. Es lo mismo que ser un eunuco.

Filón suspiró y me miró con atención en la penumbra.

—No sé qué responderte —soltó por fin—. Debería decirte «Vuelve a casa, cásate, es natural y sensato, y evidentemente lo deseas». Pero yo estoy habituado a ti como eunuco. No me imagino… —Aquí cayó y extendiendo una mano me acarició la mejilla —. Pobre Caritón —dijo al sentir las lágrimas.

Me eché a llorar de nuevo y me senté.

—Se me pasará —afirmé—. No volveré a casa. Tampoco puedo imaginarlo. Sólo que en este momento me siento desdichada.

—Quizás algún día sea más fácil revelar a todos lo que eres —dijo Filón, sentándose en el suelo junto a mí—. Eres muy buena. Si tu reputación estuviese sólidamente establecida, podría soportar una revelación como la tuya. Podrías dictar tus propias reglas y establecer que las mujeres pueden estudiar medicina.

—Si sucede alguna vez —dije, tragándome un sollozo—, será cuando sea demasiado vieja para casarme.

—Tienes amigos —replicó Filón—, y podrás tener discípulos. Los estudiantes pueden llegar a ser como tus propios hijos, eso es algo que te puedo asegurar.

Le eché los brazos al cuello y lloré apoyada en su hombro.

Después de las amenazas y la oferta Atanarico rehuía mi presencia, aunque permanecía en el palacio formulando preguntas y partiendo de vez en cuando a ver al prefecto o al duque de Egipto, presumiblemente a contrastar información. No tenía mucho tiempo para ocuparme de él. Estaba tan ocupada con mis pacientes que a veces me preguntaba si no sería conveniente pensar en tener un ayudante. Para alguien llegado a la ciudad sólo tres años antes, que no había cumplido aún veinte Y trabajaba solo desde hacía unos pocos meses, era algo extraordinario pensar ya en tomar un ayudante. El hecho era que trabajaba tanto que apenas tenía tiempo para dormir, y cuando surgía una crisis, deseaba contar con alguien que me

reemplazase en las visitas, como había hecho Filón conmigo. Sin embargo, no busqué empleo en ninguna otra parte. Estaba orgullosa de mi carrera. Además, el aliento que me había dado Filón era un motivo de esperanza para el futuro. Un día, en un futuro lejano, podría llamarme abiertamente Caris de Éfeso, médica de Alejandría, tal vez maestra de unos pocos estudiantes, incluyendo una o dos mujeres. Era algo para pensar, en todo caso.

Aquel año, la Pascua llegó en abril, es decir, el quinto día del mes de Farmuti, según el sistema egipcio. Los egipcios lo hacen todo en forma diferente de los demás, y tienen su propio calendario. El arzobispo observaba la Cuaresma con mucho rigor, sin comer nada salvo pan duro y sin beber otra cosa que agua, y se trasladaba además por toda la ciudad y sus inmediaciones, predicando y ordenando los asuntos de la Iglesia. Ponía mucho empeño en tener reservas de dinero en lugares ocultos que fuesen útiles a sus partidarios después de su muerte. La Iglesia alejandrina era muy rica y poseía extensas propiedades de tierras en la región. Atanasio y Teófilo revisaban las cuentas minuciosamente, tratando de vincular esos fondos y tierras a sus seguidores para que ningún obispo codicioso pudiese apoderarse de ellos. En este aspecto, Teófilo era muy eficiente, pero a Atanasio le preocupaba su gestión.

—Ama a la Iglesia —me dijo una vez—, pero todavía no sé cuánto ama a Dios.

Y yo me preocupaba por Atanasio. Tosía más y con mayor frecuencia, y de vez en cuando tenía períodos febriles. Estaba extenuado por el ayuno y el trabajo duro, pero si lo reprendía, se limitaba a sonreír, sin molestarse ya en discutir.

La víspera de Pascua se mantuvo en estado de vigilia con la mitad de la población de Alejandría. Comenzaron la celebración en el diminuto santuario del arzobispo Pedro el Mártir, próximo al mar fuera de las murallas de la ciudad. Había una multitud, millares de personas, y me encontré en el centro con mis compañeras de vivienda, las monjas. Al caer la tarde se oían muchos cánticos, los músicos tocaban la lira, la flauta y el címbalo, y algunos bailaban. Cuando oscureció, el Faro se encendió: al principio, un pequeño foco de luz cuando comenzó a arder la leña; luego, una fuerte llamarada de color azafrán y, por último, el gran abanico de luz que cubría el mar oscuro cada vez más lejos a medida que el fuego se danzaba. Se veía la silueta de la misma ciudad, una red de pequeñas luces surcadas por las grandes avenidas de la Vía de los Toldos y la calle Soma. En el otro lado estaba el gran promontorio de Loquias, la plaza fuerte del gobierno, con sus fortificaciones dibujadas en negro contra el mar. Los músicos dejaron de tocar y todo el mundo calló. Se oía el rumor nocturno de los pájaros y el murmullo del mar. Entonces alguien comenzó a cantar.

Era un himno de júbilo con loas al momento en que se hizo toda la luz, cuando el Señor condujo a su gente de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida, de las tinieblas al día. Inició el canto una sola voz, creo que la de un diácono, pero pronto se le unió el resto de los religiosos y todo el mundo se encontró cantando por fin, elevándose la música en grandes oleadas a través de la oscuridad. Me sentí arrastrada por ella y quedé allí, frente al santuario, cantando con todas mis fuerzas. Alguien encendió la hoguera ya preparada y repentinamente vi a Atanasio de pie contra el resplandor del fuego, que se reflejaba en su mejor vestimenta dorada. El pelo blanco enmarcaba su cara y sus ojos contemplaban la luz, muy abiertos e infinitamente regocijados, fijos en un punto situado más allá de las llamas. Supe entonces algo que tendría que haber advertido mucho antes. Estaba ansioso por morir. Había tratado de permanecer con vida mientras fuese absolutamente necesario, por amor a la Iglesia, pero hacía mucho tiempo que tenía la mente fija en la muerte. No viviría otra Pascua y quería que aquella celebración fuese perfecta.

Atanasio encendió su antorcha en la fogata y la gente gritó entusiasmada, con el aplauso alejandrino hondo y rítmico, que no se parece al de otros lugares. Los religiosos encendieron sus antorchas y la gente avanzó con lámparas y velas y todo lo que pudiese arder e iluminar. Los músicos volvieron a tocar y la procesión empezó a retirarse, serpenteando calle abajo hacia la ciudad a través de la Puerta de la Luna y gritando los fuertes hurras con que suelen darse ánimos en las carreras del hipódromo. Yo ya no cantaba. Marchaba en silencio, preguntándome si estarían todos tan contentos si sospechasen que antes de que pasara un año tendrían otro arzobispo, uno apoyado por las tropas.

El servicio de vísperas de Pascua era muy prolongado. Comenzaba con plegarias y cánticos en la catedral. Después llevaban al baptisterio y sumergían en el agua a todos los que había que bautizar. Seguían a esto más cánticos y la procesión de regreso a la iglesia. La congregación se preparaba para escuchar. Se amontonaban millares de caras en la enorme catedral, que se asemejaba a un granero; luz de mil lámparas se reflejaba sobre los austeros mosaicos con imágenes de santos de las paredes, y el olor del incienso y de la gran multitud acalorada lo llenaba todo a nuestro alrededor. Y Atanasio predicaba. Era un sermón violento, apasionado, jubiloso, basado en el texto «La muerte tragada por la victoria». «Ésta es la estación de muerte —dijo—, y es la ocasión de regocijarse. Pues si lo humano tiene un término, lo divino no. Así, cuando hemos muerto, agota nuestra pobre naturaleza, Dios mismo nos eleva, y lleva al Cielo lo que ha nacido en la tierra. Pues Dios nos ha devuelto en Cristo imagen de Su propia

eternidad. La muerte, amados, no tiene poder sobre nosotros. El señor de este mundo no tiene poder. ¡La muerte ha sido engullida! ¡Al consumir nuestra mortalidad, se consume a si misma y la victoria queda para nosotros!»

—¡Atanasio! —rugió la congregación.

Recordé el significado de su nombre: «inmortal». Atanasio ocupaba el trono episcopal con los leones de San Marcos tallados, una imagen en verdad inmortal, y su mirada lo abarcaba todo en el recinto. Después de depositar el Evangelio que sostenía, se levantó y extendió los brazos, y la multitud gritó su nombre una y otra vez hasta que su propia voz los hizo callar. Recordé lo que me había dicho, que la aclamación embriaga la voluntad. En aquel momento parecía estar poseído, y habló durante una hora, mientras la multitud lo aclamaba a cada pausa. Acto seguido, celebró la Eucaristía hubo más canto, comida, bebida y baile en la calle, hasta que llegó el día. Entonces, Atanasio predicó y celebró de nuevo la Eucaristía, hasta que por fin, en la mañana diáfana y primaveral, despidió a la gente con una bendición.

No volví a casa. Me dirigí directamente al palacio episcopal y al llegar tropecé con el esclavo que enviaban en mi busca poco después del regreso del arzobispo. Atanasio se había desmayado cuando volvía de la iglesia. Cuando entré en su cuarto, lo encontré doblado en la cama, tosiendo y expectorando sangre. Hice lo que pude: vapor, ventosas, compresas calientes y diversos medicamentos, incluido el eléboro negro, cuyo uso evitaba normalmente. Mas mientras le asistía, el «inmortal» Atanasio parecía flotar con una sonrisa, sin responder a nada, con los ojos fijos en lo que veía detrás del fuego. Estaba enteramente lúcido e insistió en interrumpir el tratamiento para hablar a todo su clero.

El segundo día me hizo salir del cuarto y sostuvo una larga sesión con Pedro y Teófilo. Pedro reapareció llorando. Teófilo, pálido y conmovido, se alejó hacia un lugar apartado. Volví a entrar en el cuarto y contemplé al arzobispo. Por primera vez desde su crisis estábamos a solas. No me había permitido mantener fuera a los demás. Aprovechando la ocasión, eché el cerrojo de la puerta. No había mucha esperanza de que se recobrase, aun cuando se le permitiese descansar, pero siempre seguía existiendo la posibilidad.

Había estado inmóvil, mirando el techo, y cuando oyó el ruido del cerrojo me miró.

—Caris —dijo, y sonrió.

Me acerqué para sentarme a su lado.

—¿Sigues enfadada? —me preguntó sin dejar de sonreír.

—Podrías haber vivido años —le dije.

—Si hubiese escuchado a mi médico —replicó completando la frase—. Bien, he vivido muchos años ya. Más tiempo del que habría esperado. Y, como dijo mi maestro Antonio el Ermitaño, cambiar el mundo por el cielo es como cambiar un dracma de cobre por cien sólidos de oro. —Durante unos instantes me miró con aquellos ojos hundidos, profundos y penetrantes—. La fe continúa sin tener significado para ti, ¿eh? —preguntó—. No es comparable a Hipócrates.

—¡Por el amor de Dios! ¡No querrás pasar tus últimas horas convirtiéndome! —Intenté darle de beber agua con miel, pero la rechazó.

—Se me ocurren formas peores de pasar el tiempo. Pero no todo el mundo está llamado a ser asceta y al servicio divino. Tu forma es buena, aunque no excelente. —Esta vez me miró con tristeza—. Te casarás.

—¿Qué? No tengo intención de casarme. Estoy casada con Hipócrates.

—Sin embargo, tendrás un marido —dijo con voz pausada—, además de tu Hipócrates. Amas demasiado a la gente, Caritón. Mira, yo nunca pensé en ser arzobispo. Quería ser monje, pero era demasiado aficionado al poder y al aplauso y me aprisionaron. El mundo nos atrapa con lo que amamos. Pero todo eso ha terminado. No más batallas ya. —Atanasio calló y luego sonrió; en su cara apareció aquella expresión de embriagadora alegría.

Me sentía impotente, furiosa, profundamente apenada.

—¡Tendrías que haber vivido! ¡Piensa en lo que nos sucederá sin ti! ¡Tu muerte extinguirá toda la luz en Alejandría!

Atanasio trató de echar la cabeza hacia atrás, pero no… La movió con gran dificultad.

—No toda la luz —dijo—. Un hombre no tiene tanta importancia. Y nadie puede vivir eternamente, aun con los mejores médicos. —Sonriendo una vez más, prosiguió—: No debes cerrar la puerta, hija mía. La gente quiere verme. Di a los otros que pueden entrar ahora.

Murió el 2 de mayo, después de medianoche. Conservó la lucidez hasta el fin, alegre, contento de esperar a la muerte cara a cara. La mayoría de la ciudad también esperaba. Muchos grupos rodeaban el palacio aguardando noticias. Yo trataba de medicarlo a pesar de que llegó a ser evidente que pronto dejaría de respirar. Cuando todo terminó, me arrodillé junto a la cama con el resto y lloré con amargura. Era un hombre orgulloso. Se podía creer que hubiera sido arbitrario y violento en su juventud, pero la mente se había elevado por encima de la edad como un águila, y no había nadie como él. Cuando anunciamos su muerte, se hubiera dicho que Alejandría entera vivió el

duelo. Se cerraron todos los comercios y en la iglesia se pusieron las colgaduras negras. También se colocaron en el Faro. Se había extinguido una luz, y la ciudad entera aguardaba a sus invasores.

Me corté el pelo en señal de duelo, y traté de comprar una túnica negra, pero el comerciante me dijo que no le quedaba ninguna. Cuando fui al palacio con mi vieja túnica azul (tuve que darle una dosis de opio a Pedro, enfermo de pesar), Teófilo me preguntó por qué no vestía de luto, y al oír mi explicación me dio una vieja capa suya. Sólo Atanarico parecía totalmente indiferente a todo. Antes de que se hubiera enfriado el cuerpo del arzobispo, cogió su autorización y unas cartas del prefecto, montó en su caballo y partió hacia Antioquía y la corte.

El obispo arriano, Lucio, llegó a la ciudad a mediados de junio, muchísimo antes de lo esperado. Había viajado directamente desde Antioquía, llevando consigo al tesorero imperial, Magnus, y algunas cartas que le concedían el mando de la guardia ciudadana, y, como había pronosticado Atanasio, se aseguró de contar con las tropas antes de aventurarse en la ciudad. El duque de Egipto estaba ya en Alejandría con tropas de las cinco provincias del país. Tan pronto como Lucio desembarcó, se clausuró el puerto y cada barco que partía debía tener un pase del prefecto. Las puertas estaban cerradas y custodiadas, y las tropas bajaron desde la plaza fuerte y vigilaron la costa del lago. Y entonces los arrianos empezaron a recorrer la ciudad buscando atanasianos.

Encontraron al arzobispo Pedro. Elegido por el clero y el pueblo de Alejandría, de acuerdo con los cánones de la Iglesia, había ocupado el trono de San Marcos dos días después del funeral de Atanasio aunque desde entonces había estado a menudo enfermo, seguramente debido a los sobresaltos y al miedo que pasó los meses siguientes más que a una enfermedad grave. En cualquier caso, a la súbita presencia de arrianos reaccionó con confusión e incertidumbre. Los soldados le detuvieron en el palacio episcopal y lo encarcelaron. Lucio tomó posesión del trono de San Marcos y fustigó a la Iglesia que él mismo presidía.

Naturalmente, se produjeron desórdenes. Durante todo aquel tiempo yo había vivido en Alejandría sin ver nunca uno. Empezó a haber motines todos los días y estallaban continuamente en todos los sectores de la ciudad, y siempre los sofocaban las tropas con derramamiento de sangre. Era en general una tarde tranquila y calurosa, con las calles vacías bajo el sol egipcio, y de pronto, de algún lugar, se oían los gritos. El ruido se convertía en una verdadera algarabía y un aullido, un sonido inhumano que se

elevaba y bajaba, acercándose o alejándose. Aparecía gente corriendo hacia el ruido o huyendo de él, pero moviéndose de forma frenética por el duro empedrado de las calles. Yo, si podía, me quedaba encerrada en casa, o bien en la de algún paciente. Las tropas pasaban marchando, con ruido metálico de armaduras y con los escudos en el brazo, atacando a cualquiera que viesen. El ruido se convertía entonces en alaridos, se cortaba y desaparecía en el sofocante silencio. Salía yo entonces a asistir a los heridos. Lo peor tuvo lugar cuando la plebe intentó liberar a Pedro de los soldados que se lo llevaban. En aquella ocasión, las tropas habían dejado en la calle más de ciento cincuenta cadáveres y no sé cuántos heridos, a pesar de que atendí a muchos de ellos. Tuve que olvidar allí enfermedades y remedios complejos para dedicarme a entablillar fracturas, tratar traumatismos y contusiones y suturar cortes de espada y cuchilladas. Se me agotó el opio y no era posible comprar más. La mayor parte del tiempo los comercios permanecían cerrados. Recetaba eléboro y medicamentos que me facilitaba Filón, pues sus pacientes no participaban mucho en aquella convulsión. Las autoridades comenzaron a interrogar a los detenidos. Ejecutaron a algunos, pero a la mayoría los torturaron y los dejaron en libertad. Músculos y tendones desgarrados, huesos dislocados en el potro, marcas del látigo, el garrote y el fuego, dientes arrancados, cuencas vaciadas… tenía que atenderlos a todos. Todos los hospitales estaban cerrados, todos los monjes arrestados o en fuga. Hasta que algunas tiendas abrieron y pude adquirir más opio.

No cogieron a Teófilo. El diácono había desaparecido en silencio durante la primera ronda de arrestos y se había ocultado en uno los escondites previamente dispuestos. Desde allí trabajaba activamente, sacando de la ciudad a algunos más de los partidarios de Atanasio. A veces me enviaba a buscar para tratar a los pacientes, pero su mayor motivo de preocupación era el arzobispo Pedro.

—Si lo matan —me dijo—, no tendremos un arzobispo canónicamente consagrado, como no lo tienen los lucianos, y nuestra causa se verá mucho más debilitada cuando pidamos apoyo en Occidente. Y no es factible que nos permitan reunirnos y elegir a alguien.

El hecho era que Pedro estaba encarcelado en la plaza fuerte situada en el promontorio de Loquias y aislada por una muralla del resto de la ciudad. No se había permitido a nadie visitarlo. Creíamos que estaba con vida. Tenía un rango bastante elevado y no era posible torturarlo y ejecutarlo sin juicio previo, de modo que cabía esperar que estuviese a salvo. Sin embargo, Teófilo estaba melancólico.

—Asesinaron al obispo Pablo de Constantinopla —dijo—. Lo encerraron en una

celda oscura durante seis días sin darle comida ni bebida. Cuando volvieron y comprobaron que aún vivía lo estrangularon. Pero no creo que necesiten estrangular a Pedro, pues no duraría seis días. Y si muere, pueden decir que de todos modos estaba ya enfermo y fingir que no tuvieron la culpa. —En aquel punto se irguió y me dirigió una mirada pensativa y alerta—. Podrían permitir que lo vea su médico, no obstante. Sólo para probar que ellos no tienen culpa alguna.

—Me registrarían —manifesté.

—No tendrías que llevar nada —dijo Teófilo, más animado—; por lo menos la primera vez. Sería útil saber exactamente dónde lo tienen prisionero.

No dije nada. Pedro era mi paciente y me sentía responsable de él. Apreciaba al anciano y me dolía imaginarlo encadenado en una cárcel y tal vez muerto de hambre. Pero si me registraban, me descubrirían. Sería mi ruina, ya que sin duda me devolverían directamente a Éfeso.

—¿Qué sucede? —preguntó Teófilo en tono impaciente—. ¿Tienes miedo?

—Sí —respondí—. Detesto la tortura.

—Después te sacaremos de la ciudad —me tranquilizó—. No dejaremos que te atrapen.

Teófilo dio un golpe sobre la mesa de trabajo con los ojos brillantes de ira.

—¿Es ésta tu lealtad a tu Iglesia y tu arzobispo? —preguntó—. ¿Qué importa que tengas que huir de la ciudad? ¡El arzobispo Pedro tiene derecho a esperar que lo ayudes! Es tu padre espiritual, el amigo que te ha dado hospitalidad no sé cuántas veces y además es tu paciente, y eso, según creo, significa algo para ti ¿no? ¿Valoras tu carrera más que su vida?

Me estremecí. Estaba muy cansada. Era muy tarde y todo el día había estado atendiendo pacientes. Dos habían muerto de envenenamiento de la sangre aquella mañana y temía que otro muriera aquella noche. Me sentía culpable y avergonzada de estar a salvo en medio de tanto sufrimiento. No había participado en la revuelta ni había intentado liberar al arzobispo, ni siquiera había luchado. Me había encerrado en mi cuarto a esperar que todo volviera a calmarse. Las palabras de Teófilo me dolían.

—¿Qué hacen cuando te registran? —le pregunté.

Cuando un prisionero noble recibe la visita de su médico, apenas lo examinan. Había imaginado que me desnudarían o por lo menos registrarían mis ropas en busca de un mensaje o de cuchillos fijados a ellas. Además, me había hecho un falo y lo llevaba en el lugar apropiado para engañar a cualquier mano curiosa. La verdad es que los carceleros observan al prisionero todo el tiempo y cuentan con ello para sorprender

cualquier cosa que los amigos puedan pasarle sin ser vistos.

Pedí permiso al prefecto para asistir a Pedro y me enviaron una carta autorizando la visita. La plaza fuerte estaba muy custodiada. Cuando me presenté en la puerta, estudiaron minuciosamente la carta antes de autorizarme a entrar. Luego tuve que permanecer en la sala de guardia hasta que llegó una escolta. Nunca había estado en aquella plaza fuerte. Por la ventana de la sala de guardia veía las anchas calles, las columnas de mármol y pórfiro de los edificios públicos y las altas y verdes palmeras datileras que había detrás de los muros de los jardines privados. Era un sector mucho más tranquilo que la ciudad.

Uno de los carceleros de Pedro, un soldado gordo que lucía una capa negra sobre su armadura de bronce y cuero apareció por fin, me miró con recelo antes de estudiar mi carta de autorización. Acto seguido asintió y me precedió por la calle silenciosa. Descubrí que tenían al arzobispo en una de las torres de centinelas que miran hacia el Gran Puerto. Mi acompañante me llevó allí y me dejó en manos de otro guardia que examinó también mi carta. Una vez comprobado su sello, registró mi bolsa de médico y me condujo a ver a Pedro.

El arzobispo estaba alojado en una habitación relativamente amplia. Si bien la ventana tenía barrotes, podría haber formado parte de una casa privada, pintada de blanco y con un suelo de mosaicos blancos y rojos, una cama, un banco, una bacinilla y una mesa para escribir en la que no había ningún papiro. Cuando entré vi a Pedro tendido en la cama y a dos carceleros más jugando a los dados en el banco. Las manos del arzobispo estaban atadas con cadenas, de forma que cada uno de los extremos estaba fijado a la pared, pero eran muy largas y finas, con eslabones sueltos. Me alegré, pues había curado muchas heridas causadas por cadenas ajustadas.

—¡Caritón! —exclamó Pedro al verme, y se sentó en la cama para dirigirme una amistosa sonrisa—. ¡Que Dios te bendiga, querido hermano! ¡Comenzaba a creer que me habían olvidado del todo!

—Nadie te ha olvidado, santidad —dije después de saludarlo—. ¿Cómo estás?

No demasiado bien. Tenía algo de fiebre y disentería, y parecía deprimido. Lo examiné y le recomendé sopa de cebada para la disentería. No podía hablar mucho porque los carceleros escuchaban, pero le aseguré que todos sus amigos pensaban en él y rezaban por él.

—Y yo rezo por ellos —me dijo—. He oído hablar de lo que está sucediendo. —Por un instante calló y miró sus cadenas con lágrimas en los ojos—. Ojalá Tanasi no me hubiese propuesto para el trono. No soy digno de él. Toda esta gente sufriendo martirio

por mí, y no he podido responder adecuadamente.

—Has estado enfermo —le respondí—. Es demasiado pronto para hablar de fracaso. Por otra parte, recuerdo que Atanasio repetía que él no era merecedor del trono; de modo que si te lamentas, lo haces en buena compañía.

—Tanasi era diferente —replicó, moviendo la cabeza—. Temía lo que podría hacerle el poder, y lo que él podría hacer con él, pero siempre supo cómo obtenerlo y utilizarlo. Trató de eludir el trono. Llegó a hacerse enviar a Constantinopla cuando el arzobispo Alejandro agonizaba… pero nadie dudó nunca que él era el candidato elegido. ¡Pero yo! Nunca puedo retener las cosas con claridad en mi mente, por no hablar de dirigir a otros en una emergencia. El trono debería haberle correspondido a Teófilo.

Advertí que los miembros de la custodia tomaban nota del comentario, pero me limité a sonreír y decir:

—Su santidad te nombró a ti, y tú admites que, en la mayoría de las ocasiones, sabía lo que hacía. ¡Valor! Haremos todo lo que podamos para darte mayor bienestar.

—¿Puedes obtenerme algunas copias de las Escrituras? Aquí no hay nada que leer, y es difícil mantenerse fiel cuando dejamos vagar la mente.

Le prometí pedírselas a las autoridades en su nombre; luego, los guardias me acompañaron fuera de la habitación.

Antes de abandonar la plaza fuerte me condujeron a un pequeño recinto que había en la residencia del prefecto, donde durante largo tiempo me interrogaron dos funcionarios; uno de ellos, un notario que escribía notas taquigráficas de todo lo que yo decía. Querían saber algo de Teófilo y de algunos clérigos más. Fingí tener entendido que habían huido de la ciudad. Me ofrecieron un soborno que rechacé disculpándome, aduciendo que era sólo un médico y que nadie confiaba en mí para recibir confidencias. Les di todos los pormenores de la enfermedad de Atanasio y sobre la disentería de Pedro, suministrándoles una infinidad de detalles médicos inútiles. Les pasé entonces la solicitud de lectura hecha por Pedro, manifestando un leve desdén hacia ellos y representando mi papel de médico del mejor modo posible. Después de enviar a alguien a consultar al prefecto, éste envió una nota por la que me autorizaba a llevarle a Pedro las Escrituras. Finalmente me dejaron ir. Mi acompañante me llevó hasta las puertas de la plaza fuerte, las pesadas hojas se abrieron y volví a la ciudad calurosa, ruidosa, libre. Dejé escapar un largo suspiro y tuve que sentarme un rato para recobrar la calma; Sólo una vez pasada la prueba fui capaz de admitir hasta qué punto me había asustado.

Cuando me aseguré de que nadie me seguía, fui a ver a Teófilo y le relaté mi entrevista. Se alegró mucho.

—¡Una atalaya! Si pudiésemos sacarlo de allí, sería fácil ponerlo en una embarcación y alejarlo de la plaza fuerte. Y si de alguna manera fuese posible hacerle llegar dinero, y sobornar a la guardia… Sí… Has actuado muy bien, Caritón. Gracias.

—¿Quieres que abandone la ciudad ahora? —pregunté, inquieta.

—No, no hagas eso. Ahora deben de estar ya vigilándote. Sospecharán algo si desapareces. Debes trabajar en tus tareas habituales. Te haré saber si descubro algún medio de liberar al arzobispo.

—¿Y las Escrituras?

—¡Ah, sí! Haré que te las envíen para que se las lleves mañana. O tal vez… ¿Puedo ver tu carta de autorización?

Se la entregué, la leyó, la dobló y la guardó en la faltriquera con una sonrisa.

—La carta autoriza al portador sólo a entregar las Escrituras en la casa donde tienen a Pedro. Se la pasaré a uno de los amigos del arzobispo, el cual podrá enviar a un emisario a entregarlas esta noche. —Se quedó inmóvil unos instantes, mirando uno de sus anillos de sello y haciéndolo girar una y otra vez. Luego me miró y sonrió otra vez con una expresión extraña—. ¿Cómo puedo comunicarme rápidamente contigo si debo avisarte de algo?

Respondí que dejaría una lista de mis pacientes en casa, y después de que me hubo dado las gracias nos separamos.

Dos días después llegué a casa tarde y no encontré a nadie. La puerta no tenía el cerrojo puesto. Cuando entré y llamé, nadie respondió. Comencé a subir las escaleras. Llegaba al segundo tramo cuando la puerta de mi cuarto se abrió y vi allí a un soldado esperándome. Me detuve y él corrió escaleras abajo y me cogió de la capa.

—¿Caritón de Éfeso? —preguntó, acercando mucho su cara a la mía. Tenía el blanco de los ojos amarillento y bajo la visera de su casco de bronce vi que tenía la nariz fracturada.

—Sí —respondí—. ¿Qué sucede?

El hombre gruñó y me empujó escaleras arriba sin responder. Mi cuarto estaba iluminado por mis propias lámparas de aceite y por una antorcha encendida. Dos soldados más estaban examinando mis pertenencias. El que me tenía agarrado me hizo entrar de un empellón y cerró la puerta a mis espaldas.

—Aquí está —dijo a sus camaradas—. No ha huido, después de todo.

—He estado atendiendo a mis pacientes —dije tratando de erguirme—. ¿Quiénes

sois y qué queréis? No he hecho nada.

Si bien traté de no perder el aplomo, estaba muy asustada. No creía que pudiesen castigarme sólo por ser médico de alguien, pero el obispo Lucio era capaz de cualquier cosa.

—Pedro de Alejandría —dijo el soldado que me había cogido—. ¿Dónde está?

Lo miré sorprendida. Teófilo había dicho que me sacaría de la ciudad, que no dejaría que me prendiesen. ¡Era imposible que ya hubiera logrado sacar a Pedro de la ciudad! ¡Era imposible que no me hubiera avisado antes de hacer tal cosa!

—Está… está en prisión —contesté—. En la plaza fuerte. Lo vi allí anteayer.

—Sabemos que lo viste —dijo uno de los soldados con sarcasmo—. Eres el único miembro de su facción que lo vio allí. ¿Dónde está él ahora?

—No sé de qué me hablas.

Otro de los soldados me cogió de los brazos y me los retorció tras la espalda y el otro me abofeteó dos veces. Me sentí atontada y estaba por caer, pero el dolor de mis brazos me lo impidió.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé.

—Deja de rezar —ordenó el soldado, y me golpeó en el estómago.

Me doblé hacia delante y, cuando el otro me soltó, caí al suelo. El Primer soldado me dio dos puntapiés, uno en las costillas y otro en la entrepierna. El dolor habría sido intensísimo de haber sido realmente un hombre, si bien era ya bastante horrible. Lancé un grito y el otro soldado volvió a tomarme de los brazos y me levantó, retorciéndomelos.

—Soy un caballero —exclamé cuando pude hablar—. No podéis hacerme esto. —Temblaba intensamente y sentía que algo corría por mi barbilla, seguramente sangre de un corte en el labio.

—¿Tú? Los eunucos sois esclavos.

—Nací libre y de una buena familia.

—¡Eres un asqueroso esclavo lameculos de Atanasio! —espetó uno de los soldados, pero ninguno volvió a pegarme. Es ilegal golpear a los caballeros, y la «buena familia» de la víctima podría buscarle la ruina a un soldado.

—Veremos quién es cuando lleguemos a la prisión —dijo uno e indicó a otro—: Átalo.

Me ataron las manos a la espalda con una tira de cuero, dejando un extremo suelto para sujetarla. Luego me empujaron hacia la esquina más alejada del cuarto y continuaron el examen de mis cosas.

—¡Por Cibeles! —comentó uno de los soldados—. ¡Cuántos tratados!

El jefe de los soldados levantó el tratado de Atanasio sobre la Encarnación y murmuró algo ofensivo. Otro abrió la obra de Galeno. Vio una ilustración del corazón y los pulmones y el hombre se quedó boquiabierto.

—¿Es magia? —preguntó a su superior, muy nervioso.

—Es un texto médico —me apresuré a responder—. Sobre anatomía.

El soldado me dirigió una mirada sombría y acercó el papiro a la antorcha para ver si ardía.

—¡No! —exclamé—. ¡No, por favor! ¡Es muy valioso!

Al oírme miraron el papiro con más respeto.

—Será mejor llevarlo como prueba —comentó el jefe—. Y las cartas.

Así pues, empaquetaron todos mis textos de estudio y las pocas cartas que había sobre la mesa de escribir y lo metieron todo en el baúl de la ropa. Cogieron la bolsa de médico y hurgaron en ella. Buscaban dinero, pero en la habitación no había mucho. Seguía guardando mis objetos de valor en el banco. Vieron el cambio en monedas y se lo guardaron. Luego, mientras dos cargaban el baúl y se quejaban del peso de los papiros y el otro tiraba de la correa que me ataba las muñecas, me llevaron escaleras abajo, por la casa vacía y por las calles, hacia la prisión de la plaza fuerte.

El médico del arzobispo no puede aspirar a una celda individual. Me encerraron en una celda colectiva con unos veinte más. Mis guardianes me condujeron al interior a la luz de sus antorchas y se detuvieron un instante, buscando un lugar donde atarme. La prisión estaba a oscuras, las paredes eran de piedra desnuda y el suelo estaba cubierto de paja sucia y llena de pulgas. Unos ojos desorbitados miraban las antorchas y algunos cuerpos muy sucios se levantaron del suelo para ponerse en cuclillas y mirarnos con recelo, mientras otros continuaban su sueño extenuado. Se oía el ruido de las cadenas, algunos gemidos. Todo el recinto apestaba. Había sólo una zanja a lo largo de la pared que se usaba como letrina y estaba repleta de moscas soñolientas. Era demasiado tarde para que los carceleros preparasen cadenas para mí. Encontraron un soporte libre en una pared, alejaron de un puntapié al hombre que dormía bajo él y me arrastraron para atarme con la tira de cuero.

—Mañana te interrogarán —me dijo el carcelero—. Además, irás al potro de tormento, si lo mereces. Después ya nos ocuparemos de las cadenas. Que duermas bien.

Dicho esto, condujo a los guardianes con las antorchas y la prisión quedó a oscuras.

No tuve tiempo de quedarme allí preguntándome qué había sucedido, ya que tan pronto como se fueron los guardianes los prisioneros empezaron a hacerme preguntas.

¿Quién era yo? ¿Estaba preso también por motivos religiosos? ¿Era verdad que el arzobispo Pedro había escapado? Uno de ellos empezó entonces a gritar muy excitado. Fue una conmoción reconocer, con un horror paralizante, la voz de la monja Amundora.

—¡Han rescatado a nuestro señor, el arzobispo Pedro! —dijo a los otros.

Les contó todo lo que sabía de mí. Que era un eunuco extranjero convertido a la fe nicena después de una revelación divina del arzobispo Atanasio. Que había seguido el camino de la verdadera religión y el ascetismo, tratando a los pobres sin cobrarles nada y honrando a los santos de la Iglesia. Que había visitado al arzobispo Pedro y lo había ayudado a escapar. A ella la habían arrestado aquel mismo día que fueron a buscarme a mí, y estaba sentada en aquella inmunda mazmorra por mi causa, sin saber dónde estaban sus hermanas, si bien a esto no le daba importancia. Pronunció un discurso apasionado lleno de admiración por mí. Todos los prisioneros comenzaron a elogiar mi espíritu resuelto, me dieron ánimos, y también se animaron entre ellos, cantando las loas del martirio. Y yo me sentía enferma, por los castigos y el temor. Si las autoridades creían las historias de Amundora, quizá me torturarían, aun cuando hubiesen descubierto que era mujer.

Me preocupaba lo que sucedería con mis manos al tenerlas atadas toda la noche. Había tratado demasiados dedos con gangrena por haber sufrido ligaduras apretadas para no tener conciencia del peligro. Le pedí al prisionero que estaba a mi lado que me ayudara a aflojar la tira. Estaba encadenado a la pared, pero se las ingenió para tomar la tira de cuero con la pierna y torcerla cerca de mis dedos para que yo pudiera aflojar el nudo. No pude hacer mucho, pero conseguí destensarlo un poco y luego tirar y torcer hacia fuera con las muñecas hasta que la sangre fluyó con fuerza por mis manos.

Aun después de que los prisioneros se hubieron calmado y reinara el silencio en la celda, excepto por algún que otro gemido o ruido de cadenas, yo permanecía sentada en la paja sucia, agotada y completamente despierta. Pensé en llamar a los carceleros y decirles que no era Caritón, médico de la fe nicena, sino Caris, hija de Teodoro de Éfeso, cuyo padre los recompensaría si la enviaban a casa.

Pero me avergonzaba huir, y ni siquiera parecía verdad. Yo no era aquella doncella noble y en realidad no lo había sido nunca. La idea de volver a la casa de mi padre era como la de ser quemada viva, o, mejor dicho, la de sentirme ahogada como un bebé entre almohadones. Parte de ello, o más bien la mayor parte, estribaba en el arte. Cuanto más lo estudiaba, más lo amaba. Nada podía ser más apasionante o más conmovedor que las complejidades y los misterios del cuerpo, nada más maravilloso que comprobar que se había salvado una vida. Además de esto, estaba ya tan

acostumbrada a disciplinarme y a controlar mis propios actos que depender de un hombre para que lo hiciese todo era como hacerse cortar la lengua. No, mantendría la farsa tanto como fuese posible hasta que realmente me desnudasen para colocarme en el potro de tormento. Y tal vez no llegasen a este extremo. Tal vez pudiese convencer a las autoridades de que sabía tan poco como ellos sobre la desaparición de Pedro.

Me preguntaba si Teófilo había intentado comunicarse conmigo para decirme que abandonase la ciudad y simplemente no había llegado a tiempo el aviso. Probablemente había surgido una buena oportunidad de rescatar al arzobispo y la había aprovechado, y decidió ayudarme más tarde en cuanto pudiese. Desde luego, yo no tenía tanta importancia para Teófilo. Pedro tampoco la tenía como individuo. Eramos sólo instrumentos para la construcción de la Iglesia de Egipto. Atanasio lo había advertido y por este motivo no confiaba en el diácono. Atanasio nunca había visto a las personas como instrumentos. A él le fascinaba la gente tanto como a mí el arte de curar. Y sin duda había amado realmente a Dios, mucho más de lo que amaba el poder.

Ante esta idea me puse a rezar. Era ni más ni menos lo que un fanático como Amundora hubiera hecho, pero dio sus frutos. Me dormí.

Desperté cuando la luz grisácea del amanecer se filtraba por las finas rendijas en la pared opuesta. Me dolían mucho los cardenales, tenía muchísima sed y mi nueva colección de pulgas me picaba. Las manos, atadas por la correa cuando me hundí en el sueño, estaban de nuevo acalambradas y me agazapé en el suelo para mover los dedos hasta volver a sentir que me dolían. La luz me indicó que habían interrogado ya a varios compañeros, que ostentaban las marcas del látigo y del potro. Al sentir que los miraba, despertaron y me dijeron que los torturadores querían conocer el paradero de algunos de los jefes de la Iglesia y que confesaran diversos crímenes para tener así la excusa necesaria para ejecutarlos. Ninguno de ellos había colaborado. Yo no podía hacer nada por ellos.

Una hora después del alba se oyó el entrechocar de cadenas y entraron los guardianes, eligieron a unos cuantos para el interrogatorio, distribuyeron vasos de agua y después de separarlos de sus cadenas fijas a las paredes se los llevaron en un silencio total. Los otros prisioneros empezaron a rezar por las víctimas y los guardianes los maldijeron, dieron varios puntapiés a dos y salieron, echando el cerrojo de la puerta.

Ni siquiera me era posible llegar al agua que me habían dejado. La tira de cuero era demasiado corta. Traté de imaginar alguna forma eficaz de ayudar a los prisioneros torturados, pero no se me ocurrió nada. Era inútil indicarles que mantuviesen limpias sus heridas y descansasen. En aquella celda sucia y húmeda era imposible. Me senté,

pues, a esperar que los guardianes viniesen a buscarme, imaginando las indicaciones que habría dado si hubiera estado libre y hubiera tenido mi bolsa de médico. Me aterraba pensar en mi propia situación. Finalmente, se me agotaron los tratamientos imaginarios y tuve que afrontar el problema. ¿Qué podría decir a las autoridades?

Sentí una oleada de rencor contra Teófilo, un inesperado deseo de hacerle lamentar su traición. No, habría sido un acto injustificado de venganza. Además, me di cuenta en el acto de que seguramente había pensado en avisarme. Nadie puede permanecer mudo bajo la tortura y yo conocía demasiados secretos de la Iglesia. Ahora que yo estaba arrestada, seguramente Teófilo no se hallaba en su escondite, aunque estuviesen allí otros. Mi único camino era negar haber visto al diácono desde su desaparición y mantener mi papel de médico competente pero no muy inteligente, obsesionado con los detalles médicos y objeto de desconfianza por parte de las autoridades eclesiásticas para darme cualquier información.

¿Pero creería esto el prefecto? ¿Me creería sin hacerme torturar primero? ¿Qué le había revelado Atanarico de mí?

Recordé todas las víctimas de la tortura que había visto en mi vida y me sentí tan asustada que olvidé casi todo lo demás. Evitar el pánico, me dije, no dejarse dominar por él. Si no lo hago, todo terminará. Desesperada, empecé a recorrer mentalmente todos los aforismos de Hipócrates. A pesar de todo, acudían con facilidad a la memoria. «La vida es corta y el arte largo.» No me dejé dominar por el pánico.

Hacia mediodía volvieron los carceleros, arrastrando a los prisioneros que no podían caminar, y volvieron a encadenarlos. Luego miraron a su alrededor, me descubrieron, cortaron la cuerda que me ataba a la pared y me arrastraron hacia fuera. Tenía las piernas entumecidas y me tambaleaba. Al vernos salir, los otros prisioneros comenzaron a rezar a gritos por mí y los carceleros les ordenaron que callaran o se quedarían sin comida aquel día. Nadie obedeció.

—Cerdos egipcios obstinados —soltó uno de ellos, y me dio un puntapié en la pierna para desahogar sus propios sentimientos.

Ya fuera de la celda, me condujeron por las calles silenciosas de la ciudadela a la prefectura, un hermoso edificio con columnas de mármol en la entrada y rodeado de jardines. Los guardianes me llevaron por el atrio, en cuyo suelo se veían mosaicos de las estaciones, y a través de un patio lleno de melocotoneros me condujeron al interior de un despacho. Era una habitación muy grande, con un bello mosaico de delfines, escenas de la ciudad pintadas en las paredes y cortinas. Después de los disturbios, los soldados y la prisión, creí estar soñando. El prefecto Paladio estaba reclinado en un

triclinio de cedro, apurando una copa de vino. Acababa de bañarse y llevaba un manto verde con una raya púrpura. Era un hombre de edad mediana, de Iliria. Lo había visto varias veces en el palacio episcopal, adonde había ido a visitar a Atanasio en primer término y más tarde a Pedro. En el triclinio próximo estaba otro funcionario, un hombre delgado e inquieto, con bocio, pelo castaño rizado y manos grandes que no cesaban de moverse. Su manto tenía el borde de púrpura. Lucía en el dedo un anillo de sello con la talla del león del apóstol San Marcos. Lo había usado Atanasio y luego Pedro. Con que aquél era Lucio.

Detrás de ambos hombres, sentado a una mesa de escribir, estaba el escribano que había anotado mis palabras cuando vi a Pedro. Tenía sus tablillas listas y la pluma en la mano. Cuando hizo un gesto de saludo a los soldados, éstos respondieron con un saludo militar.

—El eunuco Caritón de Éfeso —dijeron.

Todos fijaron la mirada en mí. Estaba segura de tener aspecto de criminal. Llevaba la vieja capa negra que había pertenecido a Teófilo, en la que habían sangrado o vomitado varios pacientes, y mi vieja túnica azul muy manchada y ahora inmunda después de la prisión, y yo estaba cubierta de sangre seca y suciedad. Sabía que apestaba. El prefecto arrugó la nariz con asco. No podía abrir del todo uno de mis ojos pues estaba inflamado por los golpes de la víspera. Estaba entre mis dos carceleros, con las manos atadas a la espalda, mirando el suelo.

—Mmm… sí —dijo el prefecto—. Bien, eunuco. ¿Tienes alguna idea del paradero de ese falso obispo, Pedro de Alejandría?

—Estaba encarcelado aquí, en la plaza fuerte —dije—. Lo vi hace tres días. Debía verlo más adelante durante la semana.

—¿Dónde pensabas verlo? —dijo Lucio, exasperado.

—En la prisión, en la plaza fuerte —respondí con calma—. Si no está allí ahora, no sé nada.

—¡Hereje y mentiroso! —exclamó Lucio irguiéndose y con un tinte sonrosado en las flacas mejillas—. ¡Le ayudaste a recibir dinero con las Escrituras! ¡Le enviaste las Escrituras para que pudiese sobornar a sus guardianes y escapar!

—¿Qué? —dije, mirándolo con sorpresa.

El escribano tosió y consultó unas notas.

—El prisionero requirió, en nombre del falso obispo, unas Escrituras. Su excelencia el señor Paladio accedió a esta piadosa solicitud y envió una carta autorizando el envío al prisionero.

—Sí, es verdad que pedí las Escrituras para el arzobispo Pedro, pero…

—¡Lo confiesa! —dijo Lucio, satisfecho.

—¡Pero Pedro me las pidió! Supuse que quería algo para leer. No sé nada de ellas. Yo no se las llevé, sólo transmití su solicitud a sus amigos.

—¿Qué amigos? —preguntó con tono paciente el prefecto.

Titubeé y luego mencioné a un par de hombres ricos que apoyaban a la Iglesia, pero a quienes los soldados no habían molestado.

El prefecto movió la cabeza.

—¿Dónde está el diácono Teófilo? —preguntó.

—No lo sé. Suponía que había huido de la ciudad.

—Joven —dijo el prefecto con aire solemne a la vez que bajaba su copa de vino—. Esto no te llevará a ninguna parte. Comprendemos que estás buscando librarte de la tortura invocando tu origen noble, pero la situación de un eunuco es siempre muy dudosa. Tienes que haber sido esclavo en algún momento. No vacilaré en ponerte en el potro si te niegas a colaborar con nosotros y decirnos todo lo que sabes.

—No sé nada —afirmé, y me estremecí—. Soy sólo un médico.

—¡Un fanático de Atanasio! —gritó Lucio con violencia—. Te haremos azotar y ya veremos si después no hablas. ¡Es inútil tratar de razonar con esta gente! —De repente, la puerta se abrió de par en par y por ella entró el agente Atanarico, seguido por un esclavo muy nervioso.

—Excelencia —dijo, saludando con un gesto al prefecto—. Santísimo —dijo a Lucio, y por último se dirigió a mí—: Salud, Caritón.

Nos miramos un momento hasta que Atanarico volvió a dirigirse al prefecto.

—Excelencia, espero que perdones mi intromisión, pero tengo interés en este prisionero. ¿Puedo estar presente?

El prefecto asintió y Atanarico se sentó en otro triclinio próximo, ocupando un solo extremo para apoyar su espada.

—No sabía que estabas en Alejandría —dije. No había pensado que sonaría como un reproche, pero daba tal impresión.

—Vine con un mensaje para su excelencia —respondió Atanarico muy tranquilo—. ¿Tienes algo que ver con esta fuga?

—Era el médico del arzobispo Pedro —señalé, contenta de poder fijar mi posición con exactitud—. Fui a examinarlo cuando estaba en la prisión. Mas no tuve nada que ver con la entrega de dinero, y todo lo que hice fue recomendar que tomara sopa de cebada, además de haber informado de que solicitaba las Escrituras.

—¡Ya lo ves! —dijo Atanarico al prefecto—. ¿Hay pruebas de que las llevó personalmente?

El prefecto frunció el ceño y el escribano consultó sus notas.

—Las Escrituras fueron entregadas al carcelero por un ciudadano no identificado, junto con la carta de autorización de su excelencia. Después de la fuga, el magistrado Apolodoro, amigo del falso obispo, envió otro juego de Escrituras a la prisión junto con otra carta de autorización que, tras ser examinada, resultó ser una falsificación de la primera. Los esclavos han negado, bajo tortura, que supieran nada.

Apolodoro había sido uno de los hombres que yo había mencionado. Me pregunté si conocía el plan y había enviado las Escrituras para protegerse, o si Teófilo también lo había engañado.

—Entonces —dijo Atanarico— Caritón dijo a Apolodoro que Pedro quería tener unas Escrituras y le dio una carta de autorización. Apolodoro se enteró, robó la carta y envió otros ejemplares de las Escrituras con dinero oculto en ellos. No veo por qué haya que considerar culpable a Caritón.

Todos miramos a Atanarico algo sorprendidos; yo, más que nadie. Pensaba que había venido a presentar pruebas contra mí, a decir al prefecto los términos en que había rechazado los sobornos. En lugar de ello, parecía empeñado en defenderme… y estaba haciéndolo muy bien. El prefecto Paladio había perdido ya algo de su aplomo.

—Es uno de esos malditos fanáticos —objetó Lucio—. Haría cualquier cosa para apoyar a su facción hereje.

Atanarico murmuró algo.

—¡Sí es fanático! El verdadero verbo de la Salud le fue revelado por el profeta Hipócrates, único hijo de Curación Divina, cuya palabra es ley, salvo quizás en lo de purgar con eléboro, sobre lo que Caritón tiene su propia herejía. Vamos, vosotros registrasteis el cuarto. ¿Encontrasteis Evangelios, salterios, tratados teológicos?

El escribano consultó una lista.

—El tratado de Atanasio *De la encarnación*; todo el resto —dijo, recorriendo con la vista el papel— son textos médicos. Sesenta y dos de ellos.

—¿Ni siquiera una epístola? —preguntó Atanarico.

El escribano negó meneando la cabeza y esbozó una sonrisa seca.

—Excelencia —dijo el prefecto—, me inclino a estar de acuerdo con el agente en cuanto al prisionero. Yo estuve presente después del encuentro con el prisionero fugitivo, y de lo único que hablaron fue del estado de los intestinos del obispo Pedro. En cuanto a la correspondencia personal, los efectos del prisionero contenían sólo esto,

que está muy lejos de ser incriminatorio.

El escribano cogió una hoja de papiro y se la pasó a Atanarico.

—¿Qué es esto? —preguntó éste—. ¿Una carta? —Vi que era de Torión, la más reciente que respondía la que yo le envié con respecto a la muerte de Atanasio, pero anterior a la llegada de Lucio a la ciudad—. «Teodoro hijo de Teodoro a Caritón de Éfeso —leyó Atanarico—, salud», etcétera, etcétera. «Entiendo que el obispo Atanasio era tu paciente y que no podías abandonarlo, pero como ha muerto ya, por la gran Artemis, harás bien en buscarte otros pacientes menos conflictivos, incluso abstenerte de tener ninguno, aunque no ganes mucho con ello. Es seguro que habrá disturbios en Alejandría ahora, Caritón, y no quiero que te enredes en ellos. Sabes bien que no te interesa esa maldita teología, de modo que ¿por qué no dejar todo y venir a quedarte conmigo en Constantinopla? Maia estaría encantada de verte.» —Atanarico bajó la carta y me miró con aire calculador—. Hombre sensato, tu amigo. ¿Por qué no lo escuchaste?

—Pedro era también mi paciente —respondí—. Así como muchos otros. Y aquí los hospitales estaban cerrados y no había nadie que los atendiese.

Atanarico devolvió la carta al escribano.

—Este hombre que ven —dijo—, es un buen médico y nada más. Cuando le ofrecí un soborno a cambio de información, mucho antes de la muerte del obispo Atanasio, no se le ocurrió nada en que pudiese gastar el dinero. Hice averiguaciones, y no pude descubrir que hiciese nada, salvo practicar la medicina, leer sobre medicina, ir a conferencias sobre medicina y hablar de medicina con su antiguo maestro, que ni siquiera es cristiano. Por lo que yo sé, pasa el resto del tiempo pensando en la medicina y soñando con la medicina. No es uno de *tus* fanáticos, santidad. Si uno de los amigos del arzobispo Pedro utilizó lo que él dijo sobre la petición del anciano, no tuvo la culpa y no creo que haya sabido nada.

—Estaba sumergido hasta el cuello en ese nido de víboras, de herejía —dijo Lucio con tono obstinado—. Conocía a todos los hombres que buscamos. Aunque no haya formado parte de la conspiración para liberar al falso obispo, y creo que estaba involucrado, tiene que saber dónde se ocultan Teófilo y el resto de los reptiles. Apuesto la vida a que trató a la mayoría de los fugitivos de la justicia que abandonaron la ciudad, y tampoco me sorprendería que haya visto y tratado al falso obispo Pedro desde que escapó. ¡Llevadlo al potro!

Paladio titubeó y luego asintió de mala gana, volviéndose hacia mí.

—¿Hablarás, eunuco, o tengo que hacer lo que sugiere el piadoso arzobispo?

Una vez más, Atanarico lo interrumpió.

—Lo que pudiera saber acerca de los fugitivos, lo callará por el juramento hipocrático —dijo—. Para él vale más que un edicto imperial. No creo que os diga nada, a menos que lo destrocéis del todo. Y yo, excelente Paladio, te pido que no hagas tal cosa. Como un favor personal.

—¿Por qué defiendes a… a este hereje castrado? —preguntó Lucio, furioso.

—Porque me salvó la vida —dijo Atanarico lacónicamente—. Habría muerto de fiebre si él no me hubiese atendido. En la tierra de donde yo provengo, esto crea una deuda para nosotros.

—¡Deuda de sangre! —exclamó Lucio levantándose para mirar con desprecio a Atanarico—. Ideas paganas, ideas bárbaras. ¡Sentimentalismo godo y sin valor!

Atanarico se ruborizó.

—Puede ser. Pero lo prefiero a tu salvajismo romano, muy cristiano obispo. —Volviéndose al prefecto, añadió—: Además, excelencia, este Caritón sería de gran utilidad para el Estado si le perdonamos la vida. Si lo matas en el potro, podrá daros algunos nombres de poca importancia que habrán desaparecido ya cuando los busquéis. En cambio si vive, podría ser el medio de fortalecer a los ejércitos de sus sacras majestades, y también podrá servir para favorecer a vuestros colegas en Tracia.

—¿Qué? —preguntó Paladio prestando atención en forma visible—. ¿Qué dices?

—Ponlo a trabajar en un hospital militar —dijo Atanarico—. ¿No has visto los de la frontera con el Danubio? Hay también algunos en Nórica, tu provincia natal, excelencia. Los médicos que hay allí son incompetentes y charlatanes. Nunca supe lo malos que son hasta que conocí a un auténtico hipocrático como este prisionero. Matan a más gente de la que curan. Pero los hipocráticos auténticos no quieren trabajar en hospitales militares en los confines de la tierra. Prefieren vivir calmándoles los nervios a las mujeres y aun tratando a la ralea alejandrina, y dejar a nuestros soldados librados a los carniceros y a las brujas. Bien, yo conozco al duque con mando militar en Escitia. Estaría encantado de tener un verdadero médico alejandrino graduado en el museo, para dirigir su hospital. Si ordenas que se elabore un contrato y Caritón acepta firmarlo, podrá tener el placer de hacer del duque Sebastián su deudor, servir a los intereses del Estado y alejar de su ciudad a un partidario de la facción atanasiana, todo con una firma.

Paladio suspiró ruidosamente y me miró pensativo.

—¿Por qué dejarlo en libertad? —preguntó Lucio, que se mostraba más vehemente aún al ver que perdía el pulso—. Debe de saber algo sobre nuestros enemigos. Ponlo en

el potro y verás si no habla.

—Torturar, azotar, matar —dijo Paladio volviéndose hacia el arzobispo—. No hablas de otra cosa. Por todos los dioses, juro que vosotros los arzobispos sois más sanguinarios que un bárbaro antropófago. ¿Para qué matar a un médico? El nobilísimo Atanarico tiene razón. El eunuco sería más útil a todos cosiendo soldados en Tracia. Bien, Caritón de Éfeso —dijo finalmente mirándonos a Lucio y a mí y mordiéndose las uñas con exasperación—, ¿consentirás en firmar ese contrato?

Sentía las rodillas flojas y tuve que tragar saliva varias veces antes de responder. No había tenido conciencia de mi terror hasta que comencé a creer que podría escapar.

—Con el mayor gusto —dije por fin.

No estaba del todo claro quién tenía que redactar el contrato para incorporarme al ejército como médico. Entonces se envió al escribano al despacho del duque de Egipto para que dispusiese los trámites con su asesor. Yo tenía que esperar a que llegara el contrato y Atanarico me hizo compañía, como si temiera que Lucio me atase al potro durante la espera.

La sala de espera era un recinto muy pequeño que había en el fondo de la prefectura. Tenía un banco a cada lado y una ventana que daba a los jardines. Los guardianes me escoltaron hasta allí, esta vez sin tratarme groseramente, pero cuando llegamos, Atanarico los despidió. Era sorprendente, pero no pusieron en duda su derecho a hacerlo, sino que se limitaron a irse. Me senté bruscamente, un poco temblorosa. Tenía que inclinarme hacia delante porque tenía aún las manos atadas. Cuando volvió Atanarico, tenía una ancha sonrisa y al ver la atadura sacó su cuchillo y cortó el cuero.

—Gracias —dije mirándome las manos con la piel lastimada en varios puntos. Además temblaban—. Muchas gracias —repetí.

Según noté al levantar la vista, Atanarico se encogió de hombros.

—¿Queda ahora cancelada la deuda? —me preguntó.

—No había ninguna deuda —le dije—. Un médico no se niega a asistir a un paciente. Y quizá podrías haberte curado de esa fiebre sin mí.

—¿Tú crees? ¿Quieres que vaya y les diga eso? —Al advertir mi alarma se echó a reír—. Además, me agrada la gente que rechaza sobornos. No es una actitud profesional, dado lo mucho que dependo de su aceptación, pero no puedo evitarlo. Tampoco me agrada ver a hombres honrados soportar el tormento por su lealtad hacia sus amigos, sobre todo cuando proviene de obispos sanguinarios. Crees que he venido a apoyarlos, ¿no?

—Sabía que los ayudaste en el pasado.

—Mi trabajo consiste en llevar información a la corte y usarla como base de los edictos. No creo en la política y no miento al maestro de los oficios de su sacra majestad. Del mismo modo que tampoco tiene por qué gustarme todo lo que se le ocurre hacer.

Imaginé su partida como portador de la noticia de la muerte de Atanasio. Si no hubiese corrido tanto en su viaje a caballo, Lucio no estaría aún allí y no habrían capturado a Pedro. Con todo, se podía creer que no le gustaba la crueldad. Y me había salvado la vida, o por lo menos mi vida como médico, algo que me importaba bastante.

—¿Cómo son los hospitales militares? —pregunté—. ¿Debo firmar un contrato por veinte años?

—¡Nada de eso! —dijo Atanarico respondiendo a la segunda pregunta—. Los contratos de trabajo varían y los médicos no se incorporan al ejército. Probablemente te contratemos por unos diez años para mantenerte lejos de las garras de Lucio. Dentro de lo que cabe, los hospitales muestran uniformidad y una organización más reglamentada que la de los eclesiásticos. Pienso que te enviarán a Noviduno. Es una gran fortaleza que se halla sobre el Danubio, y su hospital es particularmente malo. Las tropas dicen siempre que es mejor ser degollado de una vez que ir a Noviduno. Tendrás bastante que hacer. —Después de una pausa, prosiguió—: Es probable que te vea allí de vez en cuando. Mi misión aquí ha terminado y tengo muchas conexiones en Tracia, además de algunos familiares. Generalmente me destinan allí, de modo que verás por qué me interesa la salud de la gente de la región.

Sonreí al oírlo.

—Si puedo, intentaré mejorarla —dije.

Permanecimos callados unos instantes y luego Atanarico preguntó:

—Como tú has terminado tu trabajo y yo también, tal vez puedas decirme cuál fue la revelación divina que tuvo el arzobispo Atanasio sobre ti.

—Fue algo personal.

—Que no piensas decirme. Muy bien, tendré que sospechar lo peor. Tu conciencia está agobiada por un crimen horroroso y el arzobispo te ordenó atender a monjes como penitencia. Todo lo que tengo que hacer ahora es imaginar ese crimen. ¿Atribuíste a Hipócrates la obra de Herófilo?

Estaba tan divertido con esta perspectiva que a pesar de todo no pude menos que sonreír.

—Imagina lo que quieras —repuse—. Y gracias otra vez.

Abandoné Alejandría una semana más tarde, a bordo de un barco de provisiones para el ejército que zarpó del Puerto Grande. No había visto a Teófilo ni a ninguno de los príncipes de la Iglesia. Pude, no obstante, sacar a mis tres monjas de la prisión, pero no me alojé en su casa. Filón había oído hablar de mi arresto. Cuando firmé el contrato y se me permitió salir de la prefectura lo encontré esperándome en el atrio. Había solicitado, sin éxito, permiso para verme. Cuando aparecí sucia y maloliente aún de la prisión, corrió a mi encuentro y me cogió de los hombros.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, y me dio un abrazo.

Me llevó directamente a su casa, donde encontramos a Teógenes y a Teófila que habían venido desde el Bruquión, deseosos de tener noticias mías. Estaban todos tan contentos de verme libre y sin torturas que me costó dejarlos para tomar un baño.

Pasé mi última semana en la ciudad en casa de Filón, un error quizá, ya que se avivaron mis deseos de quedarme. Todo lo que amaba de Alejandría estaba allí: Filón y su familia, la medicina, los tratados, la libertad. La libertad de Alejandría es como la paz de Cristo, «no como la del mundo». La libertad en Alejandría es la libertad de buscar la verdad y definir nuestra propia ley. La ciudad tiene un centenar de leyes diferentes, todas en conflicto, todas tratando de imponerse sobre las otras, todas violentas y vitales. Aquella última semana que pasé en casa de Filón supe que si me quedaba en Alejandría, algún día se cumpliría mi sueño: poder decir sin rodeos «soy mujer, pero seguiré practicando la medicina», y haré que lo acepten, una ley propia no más extraña, en efecto, que la Torá o las jerarquías de Plotino. Pero nunca podría sobrevivir bajo Lucio. Y Alejandría se había vuelto un lugar triste para mí. Demasiada gente muerta o prisionera. Era mucho lo que había muerto con Atanasio.

La verdad es que no estaba tremendamente aterrada por ir a trabajar a Tracia. De todos modos, como había dicho Filón, mi gran maestra en el futuro sería la experiencia. Y el gran Dioscórides había sido médico del ejército. No me preocupaba la idea de trabajar. Sabía que echaría de menos el efecto estimulante de las conferencias del templo y la cantidad de papiros de sus anexos. Echaría de menos mis consultas con Filón y la «estimulante compañía» de los otros colegas del museo. Entendía que en la frontera tendría dificultades para encontrar los medicamentos comunes. Tenía la certeza, además, de que los médicos militares y los demás hombres me despreciarían, por lo menos al principio, por encontrarme afeminado, un eunuco asiático. Sin embargo, todo en su conjunto era preferible al potro del tormento, o incluso a que me enviasen otra vez a Éfeso, donde me obligarían a vivir como una mujer joven caída en desgracia.

Me pagarían una vez en raciones y otra en dinero por el valor de dichas raciones. Además, tendría libertad para atender a pacientes privados. Vería algo del mundo, sobre todo si conseguía formar parte de una unidad móvil durante una campaña.

Había llegado a Alejandría casi sin dinero, con un baúl con mis joyas, tres tratados, tres túnicas, dos capas, una serie completa de productos médicos y cerca de cincuenta sólidos. Lo dejé en un estado algo mejor, ya que contenía la mayor parte de las joyas, sesenta y tres libros, tres túnicas, dos capas, un juego completo de medicamentos y casi cincuenta sólidos. Además, tenía mi diploma del museo y la dudosa distinción de haber sido médico privado del arzobispo. En resumen, no me había ido tan mal. Me decía, además, que unos cuantos años de experiencia en el Danubio serían muy útiles. Según los comentarios de Atanarico, había allí escasez de buenos médicos. Aún tenía tiempo de hacer carrera. Al pensar en ello, fui capaz de adoptar una expresión valerosa cuando me despedí de Filón y su familia.

A pesar de mis buenos propósitos, cuando el barco pasó frente al Faro y sus velas se hincharon con la brisa de la costa, miré la ciudad que dejaba, resplandeciente en torno de su puerto, y lloré. Alejandría, la ciudad más turbulenta del imperio, sucia, peligrosa, violenta… lloré al separarme de ella como no había llorado cuando dejé mi propio hogar. No está encerrada en los límites de su nación o su pueblo. Como el Faro, surge de la sólida roca y proyecta su luz muy lejos, a través de un desierto de tinieblas.

III

TRACIA


PROVINCIAS DE LA
DIÓCESIS IMPERIAL
DE TRACIA
EN EL SIGLO IV
N
O
E
S
Noviduno
Istrópolis
Tomi
ESCITIA
Río Danubio
DIÓCESIS
DE
DACIA
MESIA
DIÓCESIS DE TRACIA
Odeso
Marcianópolis
MAR
NEGRO
HEMIMONTOS
TRACIA
Río Hebros
Filipópolis
Adrianópolis
RÓDOPE
DIÓCESIS DE
MACEDONIA
EUROPA
Constantinopla
Tesalónica
MAR EGEO
HELESPONTO
BITINIA

Llegué a Tracia a principios de octubre del año en que murió Atanasio. Tuvimos un viaje sin incidentes desde Alejandría. Como reinaba un tiempo inusitadamente benigno y la temporada estaba llegando a su fin, el capitán no costeó la orilla siria sino que tomó rumbo directamente hacia Creta. Allí nos aprovisionamos de agua potable y luego, cogiendo velocidad para aprovechar el buen tiempo, nos dirigimos hacia las islas y entramos en el Bósforo. Llegamos a Constantinopla el 25 de septiembre. La bahía resplandecía en la mañana tibia y la ciudad parecía surgir del agua como la visión de una Jerusalén Celestial, con sus cúpulas y palacios convertidos en oro por la luz matinal. En los muelles, los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía: «¡Higos frescos, melones maduros, tortas de sésamo calientes!». Las gaviotas agitaban sus blancas alas sobre el agua reluciente, buscando alimento entre los desperdicios arrojados a las playas.

El barco tenía que trasladar parte de su carga de grano a una embarcación menor que la llevaría, y me llevaría a mí, al mar Negro. Se depositaría la carga en Istrópolis y desde allí se transportaría río arriba. Cuando la nave alejandrina hizo su entrada, el barco más pequeño ya nos esperaba y su capitán vino inmediatamente.

—¡Quiero partir mañana! —anunció a la tripulación reunida—. ¿Quién sabe cuánto tiempo seguirá soplando este viento? El viaje debe terminar antes del invierno. ¡No se gana nada permaneciendo fondeados en los muelles de Constantinopla!

En consecuencia, abrieron las bodegas y subieron los sacos de grano, los pusieron en carretillas y los llevaron al otro barco. Cuando hubo un momento libre y pude hablar con el capitán, le pregunté si tendría tiempo de ir a la ciudad a ver a alguien.

—¿Vas a Escitia? —preguntó, mirándome con suspicacia. Estaba claro que Escitia le parecía un lugar muy raro como punto de destino de un eunuco asiático.

Le expliqué quién era, con lo cual aumentó su desconfianza.

—Tengo un amigo en la ciudad —expliqué—. ¿Tendré tiempo de verlo?

—Si estás de regreso en el barco mañana, antes de que amanezca. Ésa es mi hora de zarpar.

Accedí y bajé.

Constantinopla es una ciudad nueva en la que poco queda de la vieja Bizancio, reconstruida por el glorioso emperador como su capital y heredera de su nombre. Sin embargo, en los cincuenta años transcurridos desde esa reconstrucción, parte del brillo había desaparecido. Muchos de los edificios se habían construido deprisa y con negligencia y ya amenazaban ruina. Comprobé que los carpinteros y yeseros tenían bastante trabajo y las calles estaban cubiertas de trozos de yeso y tejas rotas. Sin

embargo, con sus calles anchas y sus numerosos parques públicos, la ciudad seguía siendo bella. En una plaza vi una estatua del gran Alejandro, retirada de su mausoleo en Alejandría y ahora levantada entre los plátanos típicos de la ciudad de Constantino. Una fuente pública brotaba del pedestal, y los ojos de vidrio que había bajo el pelo de mármol dorado parecían mirar con tristeza el mundo conquistado y perdido por él. Constantinopla está llena de tesoros artísticos robados en el saqueo de las ciudades más grandes del imperio. Su piadosa majestad imperial aspiraba a una magnificencia sin rival para la ciudad que llevaba su nombre. Emprendí mi camino hacia la prefectura y luego me detuve. Se aproximaba el mediodía y antes de la noche tenía que estar de vuelta en el barco. ¿Valía la pena molestar a Torión por tan poco tiempo?

Volví a la plaza pública de Alejandro y me senté junto a un muro. Quería ver a Torión. Habían pasado tres años, quizá más, y lo echaba de menos. También anhelaba ver a Maia. El deseo de verlos me producía un dolor casi físico, pero era peligroso. Conocía el deseo de Torión de que renunciase a mi engaño. En aquel momento él tenía un cargo de asesor: consejero legal del gobernador provincial. Ganaba bien y doblaba su sueldo con los sobornos y las prebendas, por lo que no dependía ya de nuestro padre ni le preocupaba tanto Festino. Lo sabía todo por sus cartas. Sólo hasta allí había confiado en la palabra escrita, pero era fácil adivinar el resto de sus planes. Pensaba llevarme a mí, su hermana, «rescatada» de Festino y «ocultada» durante tres años, de regreso a la sociedad respetable, y proyectaba casarme con uno de sus amigos para llevar una vida normal. Y yo no sabía cómo empezar a decirle que no pensaba hacer tal cosa. La distancia entre nosotros se había hecho demasiado grande y Torión la ignoraba. Aparecer en Constantinopla en aquel momento sólo causaría pesar a mi familia. Y estando por zarpar mi barco a la madrugada, tampoco disponía del tiempo necesario para conversar extensamente.

Suspiré. Unas mujeres del barrio sacaban agua de la fuente y me miraron con desconfianza. Me disculpé con una sonrisa, me levanté y me encaminé de nuevo hacia los muelles. El capitán me dirigió una mirada suspicaz, pero nadie me hizo preguntas.

Desde Constantinopla navegamos hacia el noroeste bordeando la orilla del mar Negro. Se mantenía el buen tiempo y aquellas costas no nos enviaron ninguna de sus traicioneras tormentas. El capitán se mostró menos preocupado e hizo varias escalas en pequeños puertos para cargar agua y comprar fruta fresca. En uno de ellos, Odeso, nos enteramos de que Sebastián, duque de la provincia tracia de Escitia, celebraba consultas con el conde de Tracia en Marcianópolis. Como yo quedaría bajo el mando de Sebastián, no tenía sentido proseguir hacia su cuartel general en Tomi y esperarlo, de

modo que desembarqué en Odeso y me dirigí a Marcianópolis, a unas veinte millas río arriba del puerto marítimo.

Había un buen número de barcos que remontaban el río entre Odeso y Marcianópolis llevando cargas de pescado y de mercancías importadas además de pasajeros, y pagué unas monedas de cobre para instalarme con mi baúl en una de aquellas embarcaciones. Me siguieron dos personas más, una mujer que arrastraba un fardo de tela de lana importada y un hombre que llevaba una carga de pescado y dos grandes ánforas de vino. Ambos me miraron de reojo, pero no dijeron nada. Los tripulantes se apartaron del muelle y cogieron sus remos, y yo me senté en la popa, sobre mi baúl, y vi desfilar el paisaje. Desde el barco, no había tenido muchas oportunidades de contemplarlo: sólo playas y costas rocosas contra un fondo de montañas, muchos bosques de pino negro y de roble, unas pocas aldeas replegadas en las bocas de ríos pantanosos y rodeadas de campos abiertos, una o dos ciudades. Al navegar río arriba, comprobé que Tracia era más agreste y más desolada aún de lo que había imaginado. Odeso era una ciudad mucho más pequeña que las que me eran familiares, y cuando llegamos a Marcianópolis descubrí que ésta tampoco era mucho más grande. Entre las dos poblaciones, el río serpenteaba a través de un sector estrecho de tierra cultivada, en la dirección de los Hemimontos. En las fértiles tierras de pastoreo se apacentaban unas vacas, y unos campesinos recogían lo que quedaba de la cosecha, inclinándose y cortando rítmicamente el rico grano dorado. Durante la primera milla, el paisaje me resultó extraño por algo que no lograba determinar, hasta que descubrí lo que le faltaba: los olivos. En Tracia no crecen, pues hace demasiado frío. Los habitantes siguen la costumbre de los bárbaros godos y preparan una pasta con leche que llaman manteca y que utilizan para cocinar y para untar el pan en lugar del aceite de oliva. También es difícil cultivar la vid en Tracia, por lo que el vino tiene poco cuerpo y es agrio.

Me estremecí, incómoda, y levanté la vista de las tierras cultivadas. Al fondo estaban las formas sombrías y oscuras de las montañas, distantes y vírgenes, y millas de planicie desierta y bosque desconocido y salvaje. Había en aquella región poco poblada mucha tierra sin cultivar, algo habitual ya en la antigüedad, salvo en las inmediaciones de la costa. Una tierra maltratada por las guerras antes de que ascendiera al trono el ilustrísimo emperador Diocleciano. Por otra parte, es una diócesis de gran extensión, formada por seis provincias. La limita al sur el Egeo; al este, el mar Negro, y al norte el río llamado Ister o Danubio, frontera de la diócesis imperial de Dacia, de lengua latina y que se hallaba bajo el control del emperador occidental. Las cuatro

provincias del sur de Tracia hablan una variedad de griego, pero las dos del norte, Mesia y Escitia, son bilingües (griego y latín), eso sin contar el gótico hablado por muchos de los soldados y el tracio de los campesinos.

Llegamos a la ciudad de Marcianópolis por la noche. Aunque, según el modelo asiático, no era más que un pueblo grande, estaba sólidamente fortificada. Las murallas de piedra se perfilaban contra la luz del crepúsculo, de modo que los Hemimontos del fondo reducían la luminosidad cuando nuestro barco se aproximaba. Hasta el paso del río tenía puertas fortificadas, aunque estaban abiertas cuando entrarnos en la ciudad. Amarramos junto a un muelle de piedra cuando ya era casi oscuro, y los pasajeros desembarcamos entumecidos por las largas horas que habíamos permanecido sentados en el reducido espacio de la embarcación. Durante el viaje ninguno de los otros dos me había dirigido la palabra, aunque me miraban con insistencia antes de hablarse en susurros. Apenas comprendía lo que decían, incluso cuando hablaban en un tono normal, ya que su griego era muy peculiar y su acento, muy poco corriente. Me sentía cansada y llena de desaliento. Después de encomendar mi baúl a un mozo de cuerda, encontré un cuarto en la fonda más próxima.

A la mañana siguiente fui a presentarme al duque Sebastián. Estaba hecha un manojo de nervios a causa de la entrevista, así que me vestí con esmero, con mi túnica más nueva y mi mejor capa, la que había comprado para el examen de medicina en Alejandría. No tenía espejo, pero había un recipiente de barro de gran tamaño lleno de agua que aproveché para mirarme.

Hacía tiempo que no veía reflejado mi rostro. Observé allí una cara más delgada que la que recordaba, y también de más edad. La mirada objetiva y escrutadora era más profunda y cautelosa, y posiblemente también desconfiada. Sonreí a aquella imagen, recetándole mentalmente descanso y comidas a horas regulares. La imagen me sonrió a su vez y se volvió profesional y firme, la de un médico formado en Alejandría. Recobrada en parte mi confianza, partí a ver al duque Sebastián.

Sabía que me alojaría con el conde, jefe militar de la totalidad de Tracia, cuyo cuartel general estaba en Marcianópolis. No tuve dificultad en encontrar el edificio, el más grande de la ciudad. Estaba frente al mercado, humillando las proporciones de la residencia del gobernador y la iglesia contiguas. Dos estandartes dorados aparecían cruzados sobre las puertas: uno con el dragón y el otro con el *labarum*, monograma de Cristo. Los custodiaba un pelotón de guardia que lucía el uniforme completo, cascos y botas, escudos colgados a la espalda y lanzas en las manos. Bajo las túnicas llevaban una prenda alargada, y sus largas espadas colgaban de cinturones cruzados en la

espalda. Muchos de ellos tenían el pelo y la barba rubios y, además del uniforme romano reglamentario, lucían una gran variedad de joyas. Uno tenía una piel de lobo sujeta a los hombros de modo que los dientes del animal colgaban salvajemente sobre sus ojos y las patas se ataban bajo el mentón. Otro llevaba un collar de dientes de jabalí; y otro, una piel de oso en lugar de capa, echada hacia atrás desde los hombros, a los que estaba sujeta. Su aspecto era de bárbaros godos, no de romanos. En aquel momento reparé en que todos los hombres del mercado llevaban también largas prendas y que muchas mujeres llevaban calzas debajo de las sandalias. Presumiblemente tal era la vestimenta adecuada, pues en invierno debía de hacer mucho frío. Con todo, la escena era la de un grupo de bárbaros, a pesar de las columnas corintias en los edificios públicos. Permanecí un momento en el mercado con una sensación horrible de estar fuera de lugar. Ya no me veía bien vestida ni segura de mí misma: me sentía extranjera. Caritón el eunuco, con su educación alejandrina, era completamente ajeno a aquel mundo de bárbaros y campamentos, y en cuanto a Caris, la mente no podía concebir un lugar menos «apropiado» para una muchacha. Llegué a preguntarme por un instante si no habría sido mejor abandonar el barco en Constantinopla y volar hacia Torión, renunciando a mi farsa.

No obstante, la verdad era que jamás podría renunciar a la medicina. Me dije que también me había destacado en Alejandría como eunuco y extranjero. Al principio fue difícil. Todo se ve ajeno cuando se llega por primera vez a un lugar. Así pues, tenía que armarme de valor e ir a ver al duque Sebastián.

Me aproximé a los guardias, les dije quién era y me condujeron a la jefatura, indicándome que esperase.

En la sala de espera no había nadie, pero tuve que permanecer allí más de una hora antes de que llegase uno de los escribas del palacio y me llamase.

—El prudentísimo duque está con el conde Lupicino —explicó mientras me guiaba —. Estaban disponiendo los movimientos de tropas, pero han terminado ya. Ambos te recibirán —dijo, y golpeó la puerta antes de abrirla—. Caritón de Éfeso, médico — anunció.

Había en el cuarto dos hombres sentados a una mesa cubierta de papeles. La luz de una ventana alta se derramaba sobre el centro del montón, dejando a la sombra el resto del recinto. Los emblemas legionarios estaban grabados en la pared y recubiertos de oro. Desde un rincón, junto a un triclinio, una alfombra de piel de oso enseñaba los dientes con furia. Uno de los hombres, joven y de pelo rubio, era tontamente guapo. Llevaba una coraza dorada y una capa roja, y un casco de oro con un penacho rojo

descansaba en medio de la mancha de luz solar y relucía. El otro hombre había pasado ya su edad madura y era grueso y algo canoso, y tenía las mandíbulas firmes. También lucía una capa roja, pero sus armas eran de cuero común y hierro. El hombre de mayor edad estaba repantigado en su silla y tenía una expresión malhumorada. El más joven estaba clasificando los papeles, pero cuando me anunciaron los dejó, se levantó de un salto y se acercó.

—Salud —dijo, me estrechó la mano y sonrió, como para enseñarme su dentadura blanca y pareja—. Soy Sebastián, duque de Escitia, y he recibido una carta sobre ti de mi viejo amigo Atanarico hace sólo dos días. ¡Has viajado con rapidez! —Su griego tenía el mismo acento claro y cortante que el de Atanarico. Yo había supuesto que era un acento gótico, pero más tarde supe que era simplemente ilirio.

—¿Quién es? —preguntó el hombre mayor.

Debía de ser Lupicino, jefe supremo de las tropas en Tracia. Tenía una voz baja y ronca, y un acento cuya familiaridad me inquietaba. Por un momento no pude identificarlo y luego recordé a Festino. Entonces, ¿era Lupicino también de la Galia?

—Un médico de Alejandría —le informó Sebastián, y volviendo a la mesa reunió los papeles—. Paladio, el prefecto de Augustámnica de Egipto y el agente Atanarico han dispuesto que venga a trabajar a uno de los hospitales de aquí. Necesito que alguien competente ponga en orden Noviduno.

Lupicino me miró con desconfianza.

—Un eunuco de Éfeso —dijo por fin—. Si es tan buen médico, ¿qué está haciendo aquí? Habla, eunuco.

—Era el médico privado de su santidad el obispo Atanasio —expliqué.

Atanasio tenía fama, o mejor dicho notoriedad. Llevó unos instantes, pero ambos hombres comprendieron. Por la expresión de Sebastián, juzgué que la carta de Atanarico no había mencionado aquel detalle. Me pregunté qué habría escrito.

Lupicino se echó a reír.

—¡Conque metías lavativas en las tripas de ese agitador de la chusma! ¿Eres uno de los malditos fanáticos nicenos?

—No, excelencia —respondí, agradecido por la paciencia aprendida de Filón—. Soy cristiano y niceno, pero no fanático.

Lupicino murmuró algo.

—Bien. He conocido ya bastante en materia de discordias teológicas. La administración del Estado está siempre repleta de obispos que corren a sus sínodos y se gritan mutuamente. Y ese Atanasio era el peor del grupo, calentando las orejas del

populacho con su prédica sediciosa. Si bien me informan de que ha muerto ya, los alejandrinos satisfacen su afición por las revueltas. Habría que azotarlos.

—En este momento azotan a un buen número —dije, pero con tono sereno, pues no deseaba ofender a un hombre que me tendría bajo su mando.

—Temo que encuentres tus tareas en un hospital militar una gran pérdida de categoría después de haber servido a un ilustre obispo. —Sebastián intentaba apresuradamente mantener el nivel de cortesía.

Para indicar que la apreciaba le sonreí.

—«Se trata de salvarme. ¿Qué me importa el escudo?» —le dije.

Lupicino parecía no comprender. Sebastián esbozó una sonrisa, pero la contuvo en seguida.

—¿Qué escudo? —preguntó Lupicino con recelo.

—Estaba citando poesía —respondió Sebastián—. El poema de Arquíloco en el que se ha deshecho de su escudo.

Lupicino me dirigió una mirada de profundo desdén.

—Estos malditos griegos con su excesiva educación —comentó—. No veo por qué es necesario traer a un eunuco que cecea a tratar a los hombres, a un castrado con rostro de niña y manos de lirio, y seguramente el hígado pálido de un cobarde. ¿Qué piensas hacer, Caritón de Éfeso, eh? —Al hablar imitó el acento fuertemente ceceante de un payaso de la pantomima—. ¿Tratarlos con baños calientes y perfumes? Yo estoy satisfecho con la medicina antigua. Aquí, cuando un hombre no mejora, muere y nos libramos así de una carga.

—Excelentísimo Lupicino —dije, manteniendo mi tono sereno—. En cualquier parte es verdad que si un hombre no mejora, muere. El problema es hacer que mejore. No sé qué es la medicina antigua. Posiblemente sea tan eficaz como todo lo que aprendí en Alejandría, pero creía entender que necesitaban médicos en la frontera y me satisface ser uno de ellos.

—Y yo estoy encantado de tener un médico experto para mi hospital en Noviduno —dijo Sebastián antes de que el otro pudiera replicar—. Al parecer, la mayoría de los hombres que llegan allí mueren y los demás quedan lisiados. Espero que tú obtengas mejores resultados. Acompáñame y te entregaré unas cartas para el tribuno del campamento y autorizaciones que te permitan hacer uso de la posta oficial para trasladarte allí. —Después de recoger los papeles y su casco, se inclinó frente a Lupicino—. ¡Salud, excelentísimo conde! —dijo, y me invitó a seguirlo.

Habíamos recorrido parte del corredor cuando inesperadamente se detuvo y lanzó

una carcajada.

—¡Por favor! —exclamó—. ¡Me conformo con la medicina antigua! ¡Nunca sorprenderás a Lupicino haciendo uso de un hospital militar!

—¿Lo he ofendido? —pregunté, nerviosa, al intuir el poder del hombre.

—¿A él? ¡Es difícil no ofenderlo! Es más ignorante que una piedra. No le ha gustado que le citases poesía. Cree que Arquíloco es una variedad de pez.

—Creía que todos conocían esa cita.

—Cualquiera con una educación mediana, sí. Cualquier caballero. Pero él no sólo ignora las letras griegas, sino que apenas conoce las latinas. Sin embargo, admito que es un jefe experimentado. No te preocupes, te ha olvidado ya del todo. Te recordará sólo si él mismo cae enfermo, pues en ese caso tendré que mandar a buscarte al hospital para curarlo. Me considera un amante del lujo demasiado bien vestido y se da los aires de un virtuoso ciudadano romano, pero al mismo tiempo manipula las cuentas y su casa recuerda la mansión de un sibarita. ¡«Medicina antigua»… Baños calientes y perfumes es lo que desearía para sí, te lo aseguro!

—No hago uso de ellos —dije—. A menos que se refiriese a baños de vapor y drogas como la mirra. Lo que aprendí en Alejandría son los medicamentos y la anatomía.

Su mirada fue fugaz, pero inquisitiva.

—Atanarico dice que lo curaste de una fiebre mortal y que eres el único eunuco honrado que hay en el mundo. Debo admitir que no veo a Atanarico inclinado a los perfumes. Bien, espero que puedas hacer algo en Noviduno. Te daré autoridad para reorganizar el hospital en todo lo que sea necesario. Más hacia el oeste hay peste entre los soldados acampados junto al Danubio, y no quiero que llegue aquí. Los bárbaros están guerreando entre ellos y esto les inquieta. Si nuestras tropas se debilitan, podrían atravesar el río.

Murmuré algo sobre mi intención de hacer todo lo posible y Sebastián sonrió.

—¿Podrías quizá cenar conmigo esta noche? Aquí en Tracia no trato a muchos hombres educados y cuando los encuentro me agrada su compañía.

Aquella noche cené con Sebastián. Tenía varias habitaciones en el edificio y había llevado consigo un cierto número de esclavos desde su cuartel central de Tomi. Así, fui invitado a disfrutar de la comida más refinada que había saboreado desde mi partida de Éfeso. Nos reclinamos en nuestros triclinios a beber nuestro vino, un mosto de Quíos, dicho sea de paso, el favorito de mi padre, y lentamente consumimos los tres platos, desde huevos hasta manzanas. Ahondé en mi conocimiento de los clásicos respondiendo

a las frecuentes citas poéticas del duque, de tal manera que continuó considerándome una persona culta. Lo único diferente de las cenas de mi padre era la muchacha que cantaba acompañándose con su lira mientras comíamos. En las fiestas de Éfeso a las que concurría no había intérpretes de música sino recitadores de poesía. Era una muchacha de excepcional belleza, de cabellera dorada como la de Sebastián, y vestía la más fina de las túnicas de seda, componiendo una imagen de la que Sebastián seguramente disfrutaba.

La compañía de Sebastián era muy grata, por ser él locuaz y divertido. No tardé en saber por qué se atribuía tanta libertad como para ofender a su superior. Su padre era el jefe de las legiones de Iliria e Italia y uno de los generales más destacados del oeste.

—Aunque no soy el único que tiene un padre al cual emular —me dijo—. Está mi amigo Teodosio, en la Mesia dacia. Su padre es conde, el que acaba de vencer al rebelde Firmus en África, el que recuperó Britania después de que Lupicino representara un pésimo papel. Además, está a la altura de su padre y no cesa de causar dificultades a los sármatas. Dafne querida —dijo dirigiéndose a la muchacha que tocaba la lira—. ¡Toca otra canción! ¡Ésa es más aburrida que las cuentas de Lupicino! —La muchacha rio y entonó otra canción—. La mayoría de los duques de aquí son totalmente ignorantes —prosiguió Sebastián con tristeza—. Godos, la gran mayoría, unos pocos panonios e ilirios; son soldados profesionales, hombres honrados, pero aburridos. Al principio tuve la esperanza de que enviasen aquí a Atanarico, pero su padre prefería que entrase en el servicio administrativo. Quiere que termine siendo cónsul en Roma. Es una lástima, pues es buena compañía y, desde luego, los godos hacen todo lo que él quiere.

—¿Ha tenido, entonces, una buena educación? No tuve ocasión de hablar con él en Alejandría, salvo para brindar por su salud o por la mía.

Sebastián se encogió de hombros.

—Tiene un tolerable nivel de educación. No excesivo, diría yo. Pero desde luego pertenece a una buena familia. Y nunca fatiga.

—¿Es noble? ¡Creí que su nombre era godo!

—Desde luego que es godo. Es el sobrino del rey de los teruingos. ¿No lo sabías?

—¿Los qué? —pregunté como una tonta.

Sebastián rio.

—Ya ves. Atrapado en esta región, tiendo a olvidar que nadie ha oído hablar nunca del rey Atanarico, de los teruingos. Algunos los llaman visigodos. Son los godos que viven en la otra orilla del río, una tribu poderosa, aunque no tanto como antes. Causaron

muchas dificultades hace años, al prestar apoyo al pretendiente Procopio. Su sacra majestad invadió su territorio para darles una lección. Incendió varias ciudades y algunos campos y persiguió al rey Atanarico y su gente por las montañas. Pero no pudieron capturar al rey y la campaña era costosa, de manera que pasado algún tiempo nuestro ilustrísimo señor decidió proponer a Atanarico otro tratado de paz. El rey se negó a trasladarse a Escitia, a firmar el tratado, alegando que le producía aprensión pisar suelo romano. El ilustrísimo señor Valente, dueño del mundo, tuvo que firmarlo en un barco, en aguas del Danubio, para disipar los recelos de un rey bárbaro. Se comenta que hasta el día de hoy lamenta haberlo hecho. El motivo por el cual el rey Atanarico tenía tales escrúpulos era que su hermano, padre de nuestro amigo Atanarico, hace años cruzó el río con un ejército de confederados, luchó durante mucho tiempo en el ejército romano, se casó con una muchacha romana y se instaló en Sárdica para introducir a su hijo en la administración civil y, según era su deseo, para casarlo con una rica heredera romana. El rey Atanarico nunca aprobó esto.

—Debe de ser algo extraño ser un jefe godo que lucha contra los godos —comenté pensativamente.

—No parece preocuparles —dijo Sebastián con aire desenfadado—. Pelean entre sí todo el tiempo, con o sin ayuda de los romanos. En este momento los teruingos se preparan para una guerra con los alanos en el noreste. Y los greutungos, que se hallan al este de nosotros, también están en guerra. Y dicen que los cuados, al oeste de ellos, están por invadir Panonia, y nuestro señor Valentiniano, Augusto de Occidente, se ve obligado a luchar contra los alamanes en la Galia. Hay dificultades en toda la frontera.

Su alegría se disipó poco a poco y permaneció en silencio un momento, con una expresión seria. Al fondo, Dafne seguía cantando una alegre canción sobre una pastora, pero Sebastián me recordó súbitamente a los alejandrinos que esperaban temerosos la muerte del arzobispo y el regreso de las tropas.

Un momento antes de hablar, Sebastián se mostró agitado.

—A pesar de todo, los bárbaros son los bárbaros y los romanos son los romanos, y éstos siempre ganan cuando guerrean con los primeros. Aunque siempre es bueno estar preparados. Espero que puedas hacer algo con el hospital de Noviduno.

—No soy Esculapio —respondí—, pero haré lo que esté en mi mano.

Noviduno es una de las fortalezas más grandes del curso inferior del Danubio, en el delta, a unas cincuenta millas de Istrópolis y noventa de Tomi, junto al mar Negro. El campamento se levanta en un promontorio desde el que

se puede observar la campiña llana en muchas millas a la redonda. Los muros de la fortaleza se yerguen amenazantes sobre la corriente fangosa del río e impiden a los bárbaros cualquier incursión dentro de las tierras romanas, pero en realidad Noviduno tiene tanto de fortaleza como de centro de intercambio. Su actividad más importante es la recaudación de impuestos sobre el comercio. Muchos barcos cruzan el río transportando oro, especias, seda y trabajos de artesanía hacia la Dacia goda, llevándose de allí esclavos y unas pocas baratijas. Tiene también un hospital que debe asistir a todas las tropas de Escitia.

Llegué a Noviduno en un carro de dos ruedas que llevaba una carga heterogénea de documentos y vino enviada desde Marcianópolis. Era mi primera experiencia en un puesto imperial, pero no me impresionó demasiado eso de viajar sentada sobre mi baúl soportando sacudidas. El carro reponía los caballos cada doce millas, pero los pasajeros no podían bajar, estirar las piernas ni buscar algo para comer. Llegué a la fortaleza muy fatigada y hambrienta. Bajé del baúl y pisé aquella bendita tierra firme, con una mano aún apoyada en él. Miré a mi alrededor. Si Marcianópolis había sido bárbara, Noviduno parecía señalar el fin del mundo. Las murallas de piedra encerraban una aldea goda, cuyas casas eran de paja y piedra, revoque y madera, y cuyas vacas nos observaban desde los establos próximos. Incluso los barracones de los soldados parecían antirromanos, a pesar de su distribución en forma cuadrangular Estaban techados con paja en lugar de tejas, y sus puertas presentaban la habitual decoración de los emblemas militares, además de armas capturadas a los godos, y pieles y cabezas de animales salvajes. En el centro del campamento había un edificio más alto construido enteramente de piedra y que tenía tejas en lugar de paja. Se me ocurrió que allí estaría la comandancia militar. ¿Dónde estaría el hospital?

—Noviduno —me informó el carretero, por si aún no me había dado cuenta—. Más allá no hay nada, excepto bárbaros.

—Tengo que ver al tribuno del campamento —dije pensando en voz alta—. ¿Dónde puedo dejar mi baúl?

El conductor escupió. No tenía muy buena opinión de los eunucos extranjeros que ocupaban un sitio en su carro y no había hablado mucho durante el viaje.

—¿Dónde te alojas? —preguntó.

—En el hospital.

—Te dejaré tu caja allí. No te preocupes, pues no es probable que alguien te robe nada allí. Nadie entra en ese lugar a menos que no pueda evitarlo.

Dicho esto, agitó las riendas y se alejó, haciéndome trastabillar al desaparecer el

apoyo del baúl.

Varios soldados libres de servicio en aquel momento se habían aproximado para mirarme con curiosidad. Respondí con una sonrisa forzada y les dije que tenía que ver al tribuno del campamento, lo cual hizo que me mirasen con mayor insistencia. Uno de ellos se ofreció a conducirme a la comandancia.

El tribuno se llamaba Valerio. Era un hombre mayor, un ilirio perteneciente a una familia de soldados profesionales. Su escribiente me condujo hasta él tan pronto como llegué, y cuando le dije quién era se quedó mirándome absorto.

—Me comunicaron que tendríamos un nuevo jefe médico, un alejandrino muy preparado —señaló—, pero creía que serías mayor y además… —en ese punto calló.

—No esperabas un eunuco —precisé—. Bien, tampoco yo habría elegido serlo, de haber sido consultado.

No rio y seguía manifestando sorpresa.

—Sí… Bien… el médico jefe actual, es decir, el antiguo jefe, debe de doblarte la edad. Es… embarazoso. No está a gusto. No obstante, imagino que nuestro muy distinguido Sebastián sabe lo que hace. ¿Cuándo has dicho que vuelve al norte el noble duque?

Le entregué unas cartas de Sebastián, que examinó antes de volverse hacia mí, inseguro, sin saber qué decir. Por fin se decidió a continuar.

—¿Entonces estás realmente a cargo del hospital? Su excelencia dice que… que estás realmente a cargo. Bien. Mmm… Me imagino que necesitarás una casa.

—No necesito una casa entera. Puedo arreglarme con una habitación, siempre que sea privada. Si no, podría alojarme en el hospital.

—Yo diría que necesitas una casa —insistió Valerio, pero al mismo tiempo se encogió de hombros—. Bien, dejémoslo por ahora. Será mejor que te lleve al hospital.

Éste estaba en la ciudad, fuera del perímetro del campamento. Era un edificio atrayente, un cuadrado abierto de piedra revocada, con el tejado de paja y una columnata cubierta en el interior. El centro del patio abierto así formado contenía un jardín de plantas medicinales. Cuando Valerio y yo llegamos, encontramos a tres hombres de pie en aquel jardín, mirando mi baúl, depositado en solitario esplendor junto al pozo. Los tres nos examinaron detenidamente a medida que nos acercábamos. Dos de ellos, de edad madura, pudieran ser hermanos, ambos morenos y canosos, delgados y musculosos, y exhibían unas cejas espesas y una mala dentadura. El tercero era más joven, unos dos años mayor que yo, tenía el pelo y la barba de color castaño claro, y al vernos llegar nos sonrió. Los otros dos nos dirigieron miradas hostiles.

—Mi querido Janto —dijo Valerio muy nervioso a uno de los hombres morenos; «estimado Diocles», al otro; y «Arbecio», al último—, éste es… mm… vuestro nuevo colega, Caritón de Alejandría.

—En realidad, de Éfeso —señalé, sonriendo a los tres—. Pero estudié en Alejandría. Estoy encantado de conoceros.

Hubo un momento de silencio glacial. Los dos hombres mayores me miraban con verdadera furia. Valerio tosió, dijo que tenía que leer mejor las cartas de Sebastián y se retiró hacia la comandancia.

—Bien —dije—. ¿Podría visitar, tal vez, el hospital?

El doctor de mayor rango, Janto, dejó escapar un gruñido. El más joven, Arbecio, sonrió con aire aprensivo.

—¿Qué hacemos con esto, sabio doctor? —preguntó señalando el baúl.

—¿Hay alguna habitación que pueda ocupar aquí, al menos por ahora?

—Desde luego. Hay mucho espacio. Yo lo llevaré. ¡Por los teutones, qué pesado es!

—Contiene todos mis papiros. Si aquí está seguro, más tarde podemos pedir a dos esclavos que lo transporten.

—Arbecio es un esclavo —aclaró Janto. Tenía una voz áspera y más profunda de lo que podría suponerse en un hombre tan delgado—. El puede llevarlo.

—Necesitará ayuda. Tengo muchos papiros.

Cogí un extremo del baúl, ya que los otros dos hombres se limitaban a mirarse con un gesto de desdén. Arbecio asió el otro extremo y entre los dos lo llevamos al hospital.

Había allí una gran sala común a lo largo de la parte posterior del patio cuadrado, la parte oriental, en la que había camas para cuarenta pacientes. En el lado norte había otras veinte, además de una cocina. En el lado sur advertí varias salas de operaciones, depósitos y dependencias de ese tipo. Sin embargo, había sólo seis pacientes. Dos se recuperaban de amputaciones, y uno de ellos tenía una herida de puñal en el hombro que se había infectado. Otro era un caso de viruela y estaba aislado en un extremo. Los dos restantes tenían fiebres. Todos estaban en malas condiciones. Los de las fiebres estaban especialmente pálidos y aletargados, y cuando los examiné supe la causa. Los habían sangrado hasta la última gota.

Nunca había llegado a apreciar realmente la sabiduría de Hipócrates hasta que vi cómo se ejercía la medicina en Noviduno. Hipócrates dice que, para efectuar una cura, el médico debe trabajar con la naturaleza, limitándose a ayudar al cuerpo en su propio esfuerzo por sanar, sin probar jamás remedios extremos y violentos a menos que todo

haya fracasado. Janto y Diocles eran ignorantes, brutales y carniceros incompetentes, y el sufrimiento que infligían a sus pacientes bastaba para producirle náuseas a cualquiera. No tenían la menor noción de la higiene. El agua para la limpieza del hospital provenía de un recipiente de piedra situado junto a la pared del edificio, en el que se conservaba la lluvia. Estaba verde de algas y los caballos del campamento bebían también allí. Janto y Diocles utilizaban aquella agua para lavar las heridas infectadas de los pacientes y éstas se llenaban de gusanos.

—¡Pero esta agua es pura! —me dijo Janto cuando me quejé.

—Es pura cuando cae, pero se pudre al quedar estancada —le expliqué—. ¡Hay que usar agua hervida y una solución de vinagre para las heridas, y agua pura o de manantial para limpiar las salas!

—Hemos utilizado esa agua desde que se construyó el hospital —soltó Janto con desdén—, pero, por supuesto, tú sabes más que todos los médicos militares que te doblan la edad.

—No se trata de una idea mía. ¡La recomienda Hipócrates! —señalé.

—¡La sabiduría de los tratados! —comentó Janto con profundo desprecio.

Además de no saber nada de higiene, Janto y Diocles hacían un uso muy liberal del bisturí y sangraban a los enfermos cualquier mal, desde enteritis hasta tétanos, en forma repetida hasta que los dejaban enteramente blancos y morían. Además, suministraban purgas de eléboro después de las sangrías, forma de tratamiento ideal para matar a cualquiera, ya que el eléboro elimina todo lo que queda de la sangría y deja al paciente desecado como una cascara. Cuando les comenté lo peligroso que consideraba aquel tratamiento, repitieron sus palabras de desprecio hacia mi formación teórica. Ambos habían aprendido el arte de curar del padre de Janto, jefe médico anterior a ellos. Hacían las cosas como se habían hecho siempre; era la forma debida, y si el paciente moría, ello simplemente servía para demostrar que estaba débil y que de todos modos habría muerto en poco tiempo. Desde el primer día renuncié a una actitud conciliadora con ellos. Me despreciaban porque era un extranjero, un eunuco, joven y excesivamente educado; y yo los despreciaba a ellos por aquella farsa de su arte de curar. Janto era especialmente difícil: era brutal y supersticioso, y siempre se entrometía en todo. En realidad, Diocles no pasaba mucho tiempo en Noviduno, pues tenía pacientes en Istrópolis y se quedaba en el campamento sólo alguna que otra semana.

Las cosas eran diferentes en el caso de Arbecio. Era un cirujano muy hábil. Los otros dos lo habían adquirido para contar con su ayuda después de haberlo visto practicar la odontología con su amo anterior, un vendedor ambulante. Lo hacían trabajar

duramente y le asignaban todas las intervenciones difíciles, de modo que comía, dormía y vivía en el hospital sin contar con nada de tiempo libre para sí. No era esclavo personal de ellos, pues lo habían comprado con fondos del hospital. Mas ello no les impedía encargarle tareas particulares o tratarlo como si fuese un servidor más del campamento, nacido para cortar leña y cocinar. La situación era más deplorable por ser él mucho mejor médico que ellos y amar verdaderamente el oficio. Sabía leer y escribir y era inteligente, tenía manos diestras y un finísimo instinto para tratar al enfermo, algo que ni siquiera Diocles y Janto podían pasar por alto; en contraste con estos dos, mostraba gran entusiasmo por aprender. Tan pronto como comprobó que verdaderamente yo sabía más que Janto y Diocles, se convirtió en mi firme amigo y aliado. Que yo lo tratase con más respeto tenía poco que ver. Me agradaba su apoyo y necesitaba un aliado, aunque fuese joven y servil. Hice muchos cambios en aquel hospital.

En menos de una semana comprendí que mi plan de residir allí no era factible. Carecía de toda vida privada. No había lugar a donde ir a lavarme donde no me espiasen, y todo el tiempo entraba gente en mi cuarto, solicitando distintas cosas, aun cuando dormía. En vista de ello entregué a Valerio otra joya de mi madre, un collar de perlas por el que me pagaron sesenta y cinco sólidos, y compré una casa barata, por ser de Valerio. Era una construcción grata a la vista, más o menos común en el campamento, lo que significaba que era una mezcla de estilo romano y bárbaro que habría llamado la atención en cualquier otra parte. La cocina, de gran tamaño, estaba en el centro, y en su parte superior había un altillo en el que dormían los esclavos; la casa tenía también dos cuartos más, uno en cada lado del recinto principal. La cocina contenía un horno que proporcionaba calor durante el invierno. El edificio estaba próximo al hospital, y en él había además una cuadra y un jardín. (Pasado el primer invierno, añadí un cuarto de baño que me permitiese lavarme tranquila y cómodamente en lugar de utilizar una palangana en mi habitación.)

También tuve que comprar dos esclavos para que llevasen la casa. En la frontera, los esclavos son baratos. Pagué doce sólidos por Suerido, un hombre aproximadamente de mi edad, godo teruingio de nacimiento, bueno con los caballos, competente en jardinería y bastante fuerte para realizar todo el trabajo pesado; por Redagunda pagué diez sólidos menos de lo que pagué más tarde por un caballo. Era mi ama de llaves y cocinera, y tenía entonces quince años. En Éfeso o en Alejandría habría pagado tres veces más por ella. Pero la mayoría de los esclavos de las grandes ciudades lo son de nacimiento, y muy pocos son vendidos alguna vez. En la frontera es diferente. Suerido

había sido capturado a los doce años en la campaña de Valente contra los teruingos. Redagunda fue vendida por sus padres a un mercader cuando tenía siete años porque necesitaban un nuevo arado y dinero para restaurar lo que habían perdido en la campaña. Hay millares de esclavos godos con historias parecidas. Seguramente el padre de mi Maia había sido alguna vez como Suerido, pues también él provenía de Escitia.

Me llevaba muy bien con mis esclavos, salvo que ellos creían que yo era una bruja. Comenzaron a creerlo porque era eunuco y atribuían a esa mutilación sexual una magia muy poderosa. En segundo lugar, yo preparaba pociones en la cocina, plantaba hierbas en el jardín y hacía una disección de vez en cuando en la cuadra: todas ellas, claramente, prácticas mágicas. Creían, en fin, que tenía ciertas características de bruja, tal vez un rabo que no quería que ellos viesen, ello debido a mi insistencia en desnudarme y bañarme con la puerta cerrada. Por lo que sé, nunca intentaron observar la supuesta cola, quizá por temor a que los maldijese. Sin embargo, los godos no desprecian a los magos, como los romanos, de modo que en mi casa predominaba una actitud amistosa hacia mí, e incluso, según descubrí, en el mercado mis servidores se jactaban de mis poderes mágicos. Todo esto no venía mal, pues demasiadas dificultades tenía ya en el hospital para tener que preocuparme por las cosas de mi casa.

El hospital tenía otros problemas además del de la falta de idoneidad de los médicos. Debido tal vez a sus sistemas de tratamiento, las tropas le tenían terror. Cuando un hombre enfermaba, sus amigos lo ayudaban a mantenerlo en secreto tanto tiempo como fuese posible. Así, uno tenía fiebre y en lugar de recibir tratamiento seguía trabajando mientras podía hasta que lo encontraban en la cama ardiendo y vomitando. Entonces lo trasladaban a un pequeño bote de abastecimientos con unas raciones de pollo y de trigo, sin recibir cuidados de enfermería, y lo enviaban río abajo en un viaje de dos o tres días. Si todavía estaba con vida al llegar a Noviduno, Janto y Diocles lo mataban. Los soldados trataban asimismo de curar heridas recibidas en la lucha contra los bárbaros o peleando entre ellos, y esto era peor que el tratamiento de las fiebres. Aplicaban torniquetes muy apretados en la parte afectada para detener la hemorragia y cubrían las heridas con musgo, telarañas y amuletos médicos hechos con tejido animal, con lo que el resultado inevitable era la gangrena. Cuando llegaban a Noviduno tenían suerte si sólo había que amputarles un brazo o una pierna; si no la tenían, morían, generalmente de heridas que habría sido posible curar con el tratamiento adecuado.

El tercer tipo de problema tenía que ver con el dinero. Las tropas regionales no recibían fondos, paga o privilegios como las de campaña, y faltaban fondos para algo

que no fuese la paga, fondos con los que había que cubrir los gastos del hospital. Cuando llegaban los enfermos o heridos, nadie los atendía. Por el contrario, las tropas apostadas en la fortaleza trabajaban en el hospital bajo un sistema de turnos. Todos detestaban aquel trabajo, pues lo consideraban digno de esclavos y temían contraer alguna dolencia. Por esta razón, se consideraba justo que todos los hombres participasen en los turnos. No se me ocurre un modo mejor de asegurar que todos contraigan cualquier enfermedad grave que amenace con propagarse. También significaba que la calidad de la atención era bajísima, pues nadie se preocupaba por establecer ciertas normas generales para un turno de una semana. Por último, no había dinero para medicinas. Janto y Diocles cultivaban algunas en el jardín del hospital, como eléboro, desde luego, y ajenjo, cicuta, digital y otras hierbas semejantes, pero aparte de éstas no había nada. Nunca habían oído hablar del opio, por no mencionar otras plantas exóticas de la India de las que yo había hecho uso en Alejandría. Arbecio tenía que efectuar sus amputaciones con el paciente completamente despierto, pues sus expertos jefes no conocían siquiera el uso de la mandrágora como anestésico general. Volví a leer mi ejemplar de Dioscórides y elaboré una serie de sustitutos de las hierbas a las que estaba habituada, como jugo de hiedra en lugar de aceite de cedro, como antiséptico; solano en lugar de meliloto para el dolor de oídos, pero no encontré nada que reemplazase el opio excepto el eléboro. Ahora bien, el eléboro es un poderoso narcótico, y disminuye el dolor, pero también es un poderoso laxante, por lo que puede ser fatal administrarlo a los viejos y a los muy jóvenes o a quienes están debilitados por la enfermedad. Por otra parte, tratar a un paciente y no darle nada para el dolor también puede ser nefasto, ya que éste lo agota y lo hace enfermar. El opio, narcótico sin efectos purgantes, es la solución perfecta, y en Egipto es tan barato y común que algunos campesinos lo consumen por placer, como nosotros bebemos vino. El hecho era que no había autoridades con atribuciones para adquirir opio en cantidad en Egipto y para pagar por su transporte.

Cuando habían pasado un par de semanas desde mi llegada a Noviduno, una noche me senté a la mesa de la cocina de mi casa para pensar en lo que tenía que hacer. Había discutido a gritos con Janto un par de veces aquel día y con Diocles una vez. Había visto morir a alguien que tenía que haber vivido y estaba enfadada. Sebastián me había puesto a cargo del hospital, confiado en las recomendaciones de Atanarico y en mis antecedentes en Alejandría. A pesar de ello, Valerio se negaba a apoyarme siempre que proponía algún cambio. Cuando indicaba a Janto que no sangrase a un paciente, respondía con su sonrisa desdeñosa y lo sangraba a espaldas mías. Si me quejaba,

Valerio respondía con evasivas y llegaba a la conclusión de que Janto y yo teníamos métodos diferentes. «Tú tienes una forma de tratar a los pacientes. El tiene otra. Podemos aquí… mm… juzgar los valores de ambos.» Desconfiaba de los cambios y Janto era un viejo amigo. Si yo aspiraba a conseguir la menor modificación, tenía que poner a prueba el apoyo de Sebastián y obtener una declaración sin ambigüedades que señalara mi condición de jefe y mi derecho a organizar todo como me pareciera mejor. Esto iba a provocar mucho resentimiento, pero no era posible continuar así. El sistema en vigor estaba matando y mutilando a las tropas a las que tenía que ayudar. La reforma gradual desde el interior no era posible: las deficiencias eran demasiadas. Presentaría a Sebastián una lista de recomendaciones y solicitaría su ayuda en la implantación de una serie de normas. Si me ayudaba, bien. Si no… ya veríamos. Siempre podría recurrir a Constantinopla.

La primera medida que tenía que adoptar era la de establecer un buen sistema de higiene. Agua de manantial para el lavado de suelos y ropa blanca, soluciones desinfectantes y agua hervida para el de heridas, y limpieza general por lo menos una vez al día. Hacer esto sin la colaboración de Janto significaría cambiar el sistema que existía para los ayudantes de enfermería, cambio que en cualquier caso yo también deseaba. El mejor sistema para hacer todo esto sería emplear a antiguos pacientes, discapacitados y amputados. Esos hombres tenían una situación incierta y lamentable en el ejército. Los tribunos de algunas fortalezas consideraban de máxima importancia mantener la fuerza de las tropas de primera línea y despedían a los lisiados, condenándolos a mendigar. Algunas otras fortalezas los retenían con media paga, obligándolos a hacer las tareas más bajas mientras sus oficiales se guardaban la otra mitad de dicha paga a cambio del favor acordado. Utilizar sus servicios en el hospital no le costaría nada al gobierno y me permitiría contar con un número de ayudantes que podría formar según mis expectativas.

El segundo problema era contener la sed de sangre de Janto y Diocles. Habría preferido deshacerme de los dos, en especial de Janto, pero no tenía autoridad para hacerlo. Bastaría obtener una declaración de Sebastián y del tribuno Valerio por la que se prohibían las sangrías y las purgas efectuadas sin mi consentimiento. Era una medida humillante, tal vez, pero no había alternativa. Si no obedecían, quizá Sebastián los trasladaría. No podía seguir permitiendo aquella carnicería ante mis propios ojos. Dentro del mismo terreno, debía establecer una regla bajo la cual Arbecio tenía que cumplir exclusivamente tareas médicas. No sería difícil, pues con ese fin lo habían comprado.

Mi tercera resolución tendría que reservarse para el fin del invierno. Era necesario que fuese personalmente a hablar con las tropas acampadas río arriba. Tenía que convencerlas del peligro de aplicar torniquetes, darles instrucciones para tratar fiebres leves sin trasladar a los enfermos e indicarles cuándo enviar a alguien a Noviduno. Si, como había dicho Sebastián, había peste hacia el oeste, sería una buena medida crear un mecanismo para aislar los casos y desinfectar algunos campamentos.

Tenía que encontrar a alguien que pudiese proporcionarme opio y unas pocas drogas más… Quizá Torión pudiese obtenerlas en la capital, siempre que estuviese dispuesto a comprarlas. Sin embargo, por el momento podía permitirme postergar este paso.

Me dirigí, por tanto, a mi cuarto de la parte trasera de la casa, pues había permanecido en la cocina por estar a principios de noviembre y hacer frío en el resto del edificio, y llevé conmigo unos trozos de papiro y unas plumas. «De Caritón de Éfeso al excelentísimo señor duque Sebastián —escribí—, salud.» Me quedé mirando los papiros mientras me preguntaba cómo convencer al duque de que accediese a mis requerimientos. Lo imaginé tendido en su triclinio en Marcianópolis, gozando de su concubina y de su vino de Quíos. Pero la verdad es que esa imagen no era muy adecuada: en Noviduno se admiraba a Sebastián por su energía y eficacia en el mando. Era mejor conducirse también con energía y eficacia, y no perderse en rodeos.

Le escribí una larga carta que sellé y despaché en el primer correo. Una semana más tarde, Sebastián apareció de visita en la fortaleza. Cuando llegó, yo estaba en el hospital cauterizando una herida. Era la segunda vez que hacía aquella cura al mismo paciente. La herida en el hombro del soldado tenía señales de gangrena cuando llegué a atenderlo. Había purgado al paciente con mandrágora, droga de la que tenía una buena cantidad y de la que podía obtener mucho más, pues la había encontrado creciendo como planta silvestre no lejos del fuerte. Después de cauterizar la parte gangrenada, había limpiado y vendado la herida. Permaneció limpia unos pocos días, pero luego reapareció la gangrena. Esto me sorprendió e interrogué al paciente. Me dijo que Janto se la había limpiado una vez con aquella agua putrefacta mientras yo estaba ocupada. Le dije que si Janto intentaba hacerle otra limpieza, tenía que pedir ayuda a gritos y, si no la obtenía, matar a Janto como quien mata una víbora venenosa. Volví a purgarlo y calenté los hierros con la esperanza de detener la infección. Si ésta se intensificaba lo mataría, sin duda, pero si el hombre seguía en las condiciones en que estaba en aquel momento, perdería la fuerza del brazo casi totalmente. Fue necesario hacer un uso muy moderado de la mandrágora por su estado de debilidad, y en plena operación despertó y comenzó a gemir de dolor en forma conmovedora. Tuve que detenerme y ordenar que

lo mantuviesen inmóvil. Detesto la cauterización, pues aplicar un útil de hierro calentado al rojo me hace sentir como una torturadora.

Estaba en la mitad de la operación cuando uno de nuestros mensajeros entró y me dijo:

—Su excelencia el duque Sebastián desea hablar con todos los médicos.

Envié a Arbecio, mi ayudante en aquel momento, a la jefatura, mientras yo terminaba la tarea. No sabía dónde estaba Janto y Diocles estaba en Istrópolis llenándose los bolsillos.

Cuando pude dejar a mi paciente instalado cómodamente otra vez, me quité el delantal de carnicero que usaba para estas tareas y fui directamente a la comandancia. Entonces ya conocía de memoria el camino al despacho de Valerio. Lo había visitado con bastante frecuencia para formular mis quejas. La polvorienta sala de recepción, los emblemas legionarios sobre la puerta, la oficina con su escritorio de pino, y la alfombra, la piel de oso y el triclinio tapizado en rojo con sus patas en forma de garra de dragón… pero Sebastián no estaba sentado en él, sino junto al escritorio del tribuno, golpeando con dedos impacientes la superficie. Janto estaba de pie cerca del duque, como satisfecho de mi tardanza y de la espera de aquél. Arbecio y el tribuno Valerio parecían incómodos. Yo estaba lo bastante enfadada para que nada me importase. El enfado que sentía, sostenido e intenso, de los que producen una sensación agitada en el estómago, era un sentimiento con el que no estaba muy familiarizada. Tenía un fuerte deseo de dominarlo.

—Excelencia —dije—. Lamento haberte hecho esperar. Estaba con un paciente.

—Me lo han dicho —respondió Sebastián mirando a los otros.

—Sí, y la operación no tendría que haber sido necesaria —precisé, sin dar al duque la oportunidad de abrir el encuentro en términos amistosos—. La herida volvió a infectarse porque la lavaron con medios que yo había prohibido expresamente. Le dije al paciente mismo que si cualquiera intentaba lavar de nuevo la herida de esa manera, lo matase como quien mata a un reptil.

Janto se irguió bruscamente.

—¡Castrado miserable! ¡Tú y tu cultura de tratados! ¿Crees que…?

—¡Silencio! —ordenó Sebastián, y Janto calló, pero sin perder su expresión de furia. Sebastián suspiró y me miró—. Vamos —dijo—, parece que has alborotado el avispero, ¿no?

Me incliné un poco antes de hablar de nuevo:

—Me ordenaste reorganizar el hospital.

Al oír mi respuesta Sebastián se echó a reír.

—¡Dios Eterno! —dijo—. Es verdad. Y contaba con que lo hicieras. Sin embargo, suponía que lo conseguirías sin degollar a tus colegas. Tampoco veo por qué tenías que mandarme esa carta tan vehemente. Creía haberte dado ya el poder que pides.

—Por el momento, excelencia, mi poder no llega muy lejos. Ni siquiera consigo que se cumpla una orden mía sobre tratamiento.

Janto se indignó.

—¡Excelencia! —protestó—. ¡Toda mi vida he ejercido la medicina! ¡No veo por qué a este… este ser se le deba permitir que cambie todas las tradiciones y procedimientos que siempre hemos usado, y todo porque ha leído algún papiro!

Valerio asentía con la cabeza.

—De hecho, excelencia, pienso que te has precipitado. Que Caritón trate a sus pacientes a su manera, pero que deje a Janto seguir tratando a los suyos según las normas tradicionales. Así podremos ver las ventajas e inconvenientes de ambos métodos.

—No hay ninguna ventaja en los métodos de Janto —afirmé muy agitada—. ¡Si tuviese medio sólido por cada paciente que deben de haber matado él y su padre podría comprar todo Noviduno! Y practica sus métodos de carnicero a espaldas mías y en mis pacientes. ¡No lo permitiré! ¡Es una vergüenza para la tradición hipocrática!

Sebastián me miró riendo.

—¡He aquí la gran pasión! —dijo—. Muy bien, tendrás lo que solicitas. Lo lamento, Valerio, pero di a Caritón la dirección de este hospital y la conservará. ¿Para qué sirven los hombres sabios si no escuchamos sus consejos? Además, la escuela hipocrática de Alejandría es la mejor del mundo, y tiene más peso que los viejos métodos usados aquí. Me gustan estas ideas, Caritón. —Cogió entonces mi carta y la agitó en el aire—. Especialmente las disposiciones para los ayudantes. No quiero tener más apestados de lo inevitable. Trasladarse río arriba y hablar con los hombres es una idea excelente. Me ocuparé de conseguirte un caballo para que comiences este invierno.

Tenella kalinike! ¡Victoria! Apenas pude contener los gritos de alegría y la sonrisa que dirigí a Sebastián fue de oreja a oreja.

—Gracias, excelencia. Tengo además otra petición.

Sebastián suspiró, miró con aire pensativo a Valerio y a Janto y dijo:

—Si lo crees inevitable, aunque las medidas de este tipo causan tantos problemas como los que resuelven.

—No quiero que nadie se entrometa en el tratamiento de mis pacientes.

Con un gesto resignado Sebastián respondió:

—Muy bien, Janto. Tú y tus colegas deberéis obedecer al estimado Caritón y seguir sus instrucciones en todo lo referente a sangrías y purgas con drogas poderosas.

Janto enrojeció y en seguida palideció.

—No pienso obedecer —dijo categóricamente.

—En ese caso, te pido que abandones tu puesto —replicó Sebastián sin inmutarse.

Janto contuvo la respiración e intentó responder algo, sin lograrlo.

—Si quieres, puedes pensarlo. Tienes tiempo hasta mañana a primera hora para decidirte. O sigues las directivas de Caritón o dejas el ejército. No te doy otra alternativa. ¿Y tú, chico? ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Arbecio, prudentísimo señor —respondió éste encantado—. Un esclavo de la legión. Estaré muy orgulloso de seguir los consejos de Caritón, pues tengo un alto concepto de ellos.

—Bien. ¿Tú eres el esclavo, entonces, que Caritón quiere emplear exclusivamente en tareas médicas? Otra buena idea. Tenemos gran cantidad de esclavos idóneos para realizar el trabajo doméstico. En lo sucesivo, si alguien te ordena hacer cualquier cosa que exceda tus obligaciones, te ordeno que no obedezcas.

Arbecio tragó saliva, sorprendido, y luego sonrió y se inclinó. Sebastián sonrió a su vez.

—¿No había otro médico? —preguntó.

—Está en Istrópolis, excelencia —contestó Valerio.

—¿En Istrópolis? ¿Qué está haciendo allí?

Hubo una pausa embarazosa. Yo callé.

—Atiende a sus pacientes privados —dijo Valerio después de titubear.

—¡Pacientes privados en Istrópolis! ¡Queda muy lejos para visitarlos! Comunícale de mi parte que los pacientes privados que acepte atender de ahora en adelante no pueden residir a más de medio día de viaje desde Noviduno. No le pagamos su salario para que se pase la vida en Istrópolis. Bien, creo que todo está arreglado, Valerio. Caritón, tal vez puedas acompañarme a comer. Aunque me agradaría que fueras a lavarte primero.

Al mirarme las manos advertí que tenían aún sangre de mi paciente.

—Desde luego, duque Sebastián —dije, y a mi vez le sonreí—. Gracias.

Desde entonces, las cosas marcharon mucho mejor. Janto se tragó su orgullo y se quedó, y aunque su odio hacia mí era manifiesto, no tuve

más dificultades con él en cuanto a los pacientes. Diocles estaba igualmente enfadado cuando regresó de Istrópolis, pero no me causó molestias, aunque juró que volvería a atender pacientes privados cuando quisiera aunque el duque se opusiera. La gratitud de Arbecio era conmovedora.

Reuní a mis ayudantes y los instruí en procedimientos de limpieza y enfermería básica, y tuve la satisfacción de comprobar que los cambios fueron inmediatos y notables al ver aumentar la proporción de pacientes recuperados. Mandé asimismo una carta a Torión, que pude despachar por correo oficial, ya que como médico del ejército que escribía a un funcionario imperial tenía aquel privilegio. Le había escrito poco antes de abandonar Alejandría contándole algo de lo sucedido. En esta ocasión, le describí el fuerte militar y le pedí que comprase opio y lo enviase por el correo oficial, a lo cual también tenía derecho.

En mitad de diciembre, cuando quedaban pocos pacientes por los cuales preocuparse, fui a visitar las cuadras para elegir el caballo que me llevaría en mi primer viaje río arriba. Cuando aparecí, los mozos de cuadra me miraron con desdén. Las tropas me despreciaban porque era un eunuco y un miembro del personal civil de una provincia pusilánime, y los cambios efectuados en el hospital pasaban por el momento inadvertidos. A pesar de todo, el caballerizo principal fue amable y me enseñó los caballos disponibles. Me recomendó especialmente una yegua menuda y esbelta. Me bastó mirarla para decirle:

—Ésta no me servirá. Se fatiga con facilidad.

—Es verdad —asintió el hombre al cabo de un silencio—. Tal vez prefieras este animal —propuso señalando un caballo bayo.

Le repliqué que debía de haberse quebrado un casco recientemente y que tampoco servía para un viaje prolongado.

Otra cabalgadura que recomendó a continuación era demasiado vieja, a juzgar por sus dientes. Otro animal, en fin, sufría de un tumor en una pata. Los rechacé todos y sugerí una medicina para el tumor. Alguien lanzó una carcajada.

—¿Pero tú entiendes algo de caballos? —preguntó con tono incrédulo el jefe de las cuadras.

—Crecí en la casa de un hombre rico que era un entusiasta aficionado a las carreras —repliqué—. La mayoría de mis primeros pacientes fueron caballos.

Mi prestigio aumentó notablemente. Los mozos se pusieron a hablar de lombrices, llagas en los cascos, cólicos. El jefe me facilitó una buena cabalgadura y el veterinario apareció como por arte de magia y empezó a hablar de tumores y del muermo, y

finalmente nos fuimos todos a la taberna del campamento y hablamos de las enfermedades de los caballos y también de carreras hípicas. Los soldados de Noviduno tendían a creer que nadie capaz de curar caballos podía ser del todo malo.

Cabalgar, en cambio, era otro problema. Nunca en mi vida había montado a caballo. No sabía controlarlo. Cuando inicié la marcha río arriba acompañada por un grupo de soldados y llevando vituallas, los soldados tuvieron que rescatarme varias veces de los montículos de nieve cada vez que mi cabalgadura intentaba volver a su confortable y tibia cuadra. Aun cuando me proporcionaron una rienda larga, como si fuese un niño, tuve dificultades. La equitación hace uso de músculos de cuya existencia yo ni siquiera sospechaba, y los golpea como un cocinero ablandando carne. Y el frío era intenso: nunca soñé que pudiera serlo tanto. El delta del Danubio empezaba a congelarse y por el río negruzco flotaban témpanos de hielo, girando lentamente. El cielo estaba blanco y la tierra estaba cubierta de nieve, la cual envolvía los macizos del bosque. La gente del lugar permanecía sensatamente junto a sus cálidas chimeneas, y de noche los lobos llegaban hasta a olfatear las puertas mismas, dejando sus huellas en la nieve. En Éfeso había nevado a veces, pero aquella nieve se derretía en dos o tres días. En Escitia la nieve se amontonaba hasta que el mundo entero parecía estar hecho exclusivamente de esa sustancia. Me había tragado mis prejuicios de persona civilizada y había adquirido dos pares de pantalones a un mercader del fuerte; también compré calzas y las botas holgadas que usan en la frontera, y tuve que volver y comprar además una capa de piel, pues las viejas, aunque muy apropiadas para Egipto, eran demasiado ligeras para el invierno escita. Incluso con ella, tiritaba de frío cuando comencé a cabalgar río arriba. Antes de recorrer una milla estaba casi congelada. Llegué al siguiente campamento extenuada, medio muerta de frío, con un aspecto lamentable y además dolorida.

Con todo, di mi conferencia a las tropas, exhibiendo a dos o tres de sus lisiados y explicando los perjuicios que causa el torniquete. Establecí de inmediato un sistema para tratar sin demora las fiebres más benignas. Inspeccioné la organización sanitaria, perfectamente adecuada pues el ejército siempre hace esto bien para el consumo de agua potable, y di al tribuno local instrucciones para el caso de enfermedades contagiosas. Cuando partí al fuerte siguiente estaba orgullosa de mi desempeño.

No me fue posible visitar todos los fuertes aquel invierno. Esa tarea terminó sólo durante el siguiente. Sin embargo, hacia la primavera las tropas habían oído ya hablar de mí y me escuchaban. A juzgar por la atención que me prestaron al principio, era como hablar al vacío, pero mis cambios en el hospital dieron resultados notables… Janto vaticinó que los pacientes morirían uno tras otro por culpa de mis métodos, pero

uno tras otro se recuperaron. No todos, es verdad, ya que la enfermedad es un enemigo más implacable que los bárbaros y el mejor de los médicos no puede curar el tétanos y la infección de la sangre. En realidad las tropas constituían un grupo ideal de pacientes, desde los jóvenes hasta los de edad madura, ya que eran hombres bien alimentados y activos, y tenían mayor capacidad de recuperarse de una enfermedad que el conjunto de alejandrinos pobres y de cierta edad que había atendido en otro tiempo. Por primera vez en la historia del lamentable hospital, se curaban más de los que morían. Con tono sombrío, Janto comenzó a hablar de brujería. Sebastián estaba encantado.

Torión, no. Aquel primer mes de enero, cuando volví de mi viaje por el río, descubrí que mi hermano había utilizado el correo imperial para enviarme una carta que me esperaba sobre el escritorio. Estaba cerrada por varios sellos y sólo podía esperar que estuviesen tan intactos como parecían, porque si bien la dirección exterior era «Caritón el médico, Noviduno», el interior comenzaba con «Teodoro a su hermana Caris, salud».

«¿Estás loca?», me preguntaba Torión.

> Lamento haber aceptado antes tus planes. Ir a Alejandría y estudiar medicina unos cuantos años quizá no fuera lo más adecuado, pero te salvó de las garras de Festino y ya sabías que disfrutarías de ese estudio. Pero dijiste que volverías, Caritón, y han pasado cerca de cuatro años. Ahora tengo mi propia residencia, puedo presentarte gente civilizada sin avergonzarme de lo que hice. Hoy ostento el poder suficiente como para que Festino no pueda tocarnos. Mi amigo Cirilo está aquí en Constantinopla como asesor, y parece que le irá bien. Estaría encantado si pudiera casarse contigo. A veces me pregunta por ti, y le doy respuestas ambiguas en cuanto a la forma de comunicarme contigo ya que sé que estás bien. Pero ¡por Artemis!, nadie estaría dispuesto a casarse contigo si se enterase de que has sido médica del ejército. Cuanto más se prolongue esto, más difícil será explicar dónde has estado todos estos años. Y pronto habrá pasado la edad de casarte. Ven a Constantinopla ahora mismo. No puedo creer que estés haciendo esto. Nunca vi a una mujer comportarse con tan poco recato. ¿Piensas ser un eunuco toda tu vida? ¿Sin hijos, sin hombre? Eso es vivir sólo a medias. Es antinatural.

La lectura de esta carta me hizo mucho daño. Como no sabía qué contestarle, la quemé y esparcí las cenizas, temerosa de que alguien la leyese, pero las palabras

persistían en mi memoria y dolían. Por fin, Torión sabía ahora lo sucedido y veía la brecha entre lo que yo había sido y lo que era, y la distancia entre ambos… tan grande como el Danubio. Pero él creía que aún podía volverla a cruzar y regresar. ¿Cómo? Había sido médico privado de dos arzobispos de Alejandría, era jefe médico de la fortaleza de Noviduno, había luchado y triunfado en mi carrera. Desde luego que las mujeres casadas tienen más libertad que las jóvenes, pero a pesar de ello una joven noble está condenada por una férrea tradición a no dedicarse a nada serio en el mundo.

Una semana después de recibir la carta soñé que estaba en Éfeso. Vestía mis ropas de médico de Tracia, incluidos los pantalones, pero estaba de pie frente a la casa de mi padre. Intuía que tenía que ver a un paciente allí. Entré y atravesé el primer patio y la sala de los aurigas. No había nadie, pero oí gemidos. Entré en el cuarto de mi padre, y allí yacía pálido, desencajado e inmóvil. Le toqué la frente y estaba fría. «Mala señal», pensé, y busqué en el interior de mi bolsa un poco de opio. «No lo quiero —dijo mi padre—. No quiero vivir. Cambio este mundo por el cielo. Mi hijo me odia y mi hija se fue.» «No me he ido —repliqué—. Aquí estoy. Puedo curarte.» Al oír estas palabras cambió súbitamente de color. Sonrió y me abrazó. Por un instante sentí una alegría desbordante: como Esculapio, podía hacer volver a los muertos. Entonces sus brazos se apretaron en torno a mi cuerpo. No podía respirar. Empecé a luchar. Cuando eché la cabeza hacia atrás y le miré la cara, no era ya mi padre. Era Festino, que enseñaba los dientes esbozando una sonrisa cruel. Intenté gritar, pero me cubrió la boca con la suya. Sentía que me sofocaba y estaba indefensa. Me bajó de los hombros mi túnica corta mientras me arrastraba hacia la cama. Luego me tapó la cara con una almohada para asfixiarme. Oí a lo lejos a la gente que cantaba un himno nupcial. Desperté gritando.

Alguien golpeó mi puerta.

—¿Quién es? —pregunté temblorosa, sentándome en la cama sin saber dónde estaba. El frío era intenso y el alféizar de la ventana estaba blanco de escarcha. La luna trataba de introducirse entre las persianas.

—Soy yo, amo. —Era la voz de mi esclava Redagunda—. ¿Te sientes bien, amo?

—Sí, sí. Ha sido sólo una pesadilla.

Oí alejarse los pasos de Redagunda que regresaba al altillo donde dormía. El temblor continuaba y, como me era imposible dormir, me levanté y me vestí, cubriéndome con mi capa de piel. Por último, me senté al escritorio a contestar la carta de Torión.

«A mi amado hermano Teodoro, salud», escribí.

Sí, pienso seguir siendo un eunuco toda la vida. Torión querido, trata de comprender. Amo el arte de curar más que nada en este mundo. Y lo practico bien. Ceñirme a la idea general de lo que es bueno y justo me mataría, o haría que yo misma me quitara la vida. No podría soportarlo, me asfixiaría. Tal vez mi vida es sólo la mitad de una, pero es la mitad que prefiero. No me delates. Ya sabes que si lo haces me tendrás en tus manos el resto de mi vida. Dijiste que si se enteraran, nadie se casaría conmigo; entonces ¿para qué serviría vivir sentada en tu casa, deshonrada, soltera y sin profesión? Si no puedes perdonarme, dile a la gente que he muerto y olvídame como si de verdad ya no existiera.

Sellé la carta con cuidado, aterrada ante la idea de que alguien pudiese leerla, y volví a la cama. Antes de dormirme comprendí que tenía que encontrar otro medio de obtener el opio.

Por fin decidí escribirle a Atanarico para conseguir los medicamentos. Se había interesado por el bienestar de sus tropas fronterizas y yo creía que me apreciaba, de modo que tal vez accedería a hacerme llegar medicinas desde Alejandría. Sin duda, podía conceder a Filón una autorización para enviarlas por el correo oficial. Le escribí una carta muy respetuosa, en la que le rogaba que encomendase a Filón la compra del opio y de otras sustancias básicas, y además adjuntaba un anillo de ónice para pagarlo todo. Incluí asimismo una carta para Filón en la que le explicaba la situación. Esta carta y la escrita a Torión fueron despachadas por correo imperial a Constantinopla. Finalmente me sumergí en mi trabajo y traté de alejar de mi cabeza tocias las preocupaciones.

Pasó el primer invierno, interminable, y la tierra se remozó y se pobló de flores. Todo el delta parecía una masa púrpura, blanca y dorada. En cada piedra florecían las violetas, los espinos estaban blancos de flores y cada terreno despejado relucía de ranúnculos. Nunca había visto yo tantos pájaros: patos y garzas, abubillas, golondrinas, cucos, cisnes, cuervos y centenares de otros muchos cuyos nombres desconocía. Las cigüeñas construían sus nidos en las chimeneas de la comandancia. Las tierras más templadas tienen una primavera suave, pero la estación, en Tracia, ofrecía un espectáculo de bacanal. Era imposible no estar alegre. Y una mañana radiante de finales de mayo, se presentó Atanarico en el pabellón principal del hospital cuando yo estaba haciendo mi recorrido de costumbre.

Avanzaba con gran aplomo, cargado con dos bolsas colgadas del hombro.

—¡Caritón de Éfeso! —saludó a gritos atronando el edificio, y cuando me volví desde donde estaba examinando a un paciente, agitó las bolsas y me las arrojó—. ¡Aquí están los medicamentos que pediste, excelencia!

Al atraparlas, el peso me hizo trastabillar. Las miré y luego hice lo propio con Atanarico, que permanecía con el pulgar enganchado en el cinto de su espada, esbozando una sonrisa.

—¡Que Dios te bendiga! —exclamé con fervor, y empecé a desatar los cordones.

Allí estaban, en verdad, todos los medicamentos que había pedido; además, había semillas de amapola listas para ser plantadas y una gruesa carta de Filón. Habría besado a Atanarico. En aquel momento, allí ante él, me sentía feliz.

—Tu amigo Filón lo embaló todo —me explicó Atanarico—. Dice que aún sobra algo del dinero que le dieron por esa alhaja. Le sugerí que lo guardara y le dejé una autorización para enviarte más medicamentos por correo.

—Bendito seas —repetí y le sonreí otra vez.

Tenía muy buen aspecto. Los pantalones no parecían ya el atuendo de un bárbaro ahora que también yo los llevaba, y su rostro, expuesto al viento, estaba radiante. Como siempre, sonreía.

—¿Qué haces aquí… excelencia? —me apresuré a añadir a la pregunta. Después del gran favor que me había hecho, lo último que deseaba hacer era ofenderlo—. ¿Tienes tiempo para quedarte a cenar conmigo?

Sin dejar de sonreír, me respondió:

—Para cenar, no. Llevo un despacho de la corte para Sirmio. Decidí pasar por Noviduno para entregar esas cosas. ¿En otra ocasión, quizá? Tengo que quedarme en Tracia algún tiempo. Me han enviado a redistribuir los puestos que se extienden a lo largo de la frontera.

—¿Puedo invitarte a beber algo, entonces?

—Buena idea. No pareces muy ocupado. —La mayoría de las camas estaban vacías.

—Es la época —le dije—. Quienes van a morir lo hacen en invierno, y no los culpo. Sería doloroso abandonar el mundo cuando tiene este aspecto.

Nos dirigimos a la taberna del campamento y compré una botella del mejor vino que tenían, tinto, espeso y algo pegajoso, traído a la costa desde la provincia de Europa. Era media mañana y había una buena cantidad de hombres fuera de servicio allí bebiendo. No teníamos dónde sentarnos. Atanarico silbó y todos lo miraron.

—Soy Atanarico, hijo de Ermanerico de Sárdica —anunció—. Necesito un lugar para sentarme con mi amigo.

Inmediatamente los godos presentes se levantaron, murmurando y haciendo reverencias. Atanarico se sentó junto a la mejor mesa. Dejé en ella la botella y me dispuse a ir en busca del agua; pero no fue necesario. El tabernero se acercó presuroso con una botella de agua fresca y su mejor recipiente para mezclar. En un segundo viaje volvió con dos de sus mejores copas de vidrio egipcio. Hizo entonces una profunda reverencia a Atanarico y dijo algo en gótico. Atanarico respondió en el mismo idioma y lo despidió con un gesto. Luego me miró riendo.

—La realeza bárbara —declaró.

—Oí hablar de tu tío —le dije.

En efecto, desde mi llegada a Noviduno había oído muchas cosas sobre él. Muchos de los soldados eran godos tervingos y el resto había luchado contra el rey Atanarico y su pueblo.

—Todos han oído hablar de él en esta parte del mundo. —Atanarico vertió vino en el cuenco y yo serví la mezcla en su copa—. Es una de las razones por las que me gusta visitar la región. ¿Qué opinas de Tracia, Caritón?

—Me gusta —respondí, con la consiguiente sorpresa de descubrir que era verdad.

En parte se debía a que en aquel momento, en plena primavera, la campiña era muy hermosa, pero también me agradaban los espacios abiertos que me rodeaban, después de la suciedad y el hacinamiento de Alejandría. Me gustaba mi responsabilidad en el hospital, y sentía placer y orgullo cada vez que pensaba en la obra que estaba realizando.

Me gustaba también tener mi propia casa y gozar del respeto del fuerte. Más aún, comenzaba a disfrutar de la equitación a medida que mis músculos se fortalecían y que disminuía el frío.

—En muchos aspectos me gusta tanto como Alejandría —dije.

—¿En serio? La verdad es que pareces haberte adaptado muy bien. Los caballerizos de la posta me dijeron que eres el médico más listo de Tracia y que sabes curar el cólico y la sarna. Nunca lo hubiera imaginado en un perfecto alejandrino. Además, estás cumpliendo realmente tu misión. Sebastián cree que eres un descendiente directo de Esculapio y afirma que curas a los enfermos como por milagro.

—No es así —respondí—. No podemos curar a todo el mundo, y cuando lo conseguimos es gracias a la medicina hipocrática, no a los milagros.

Atanarico sonrió.

—Desde luego. ¿Cómo he podido olvidar al inmortal Hipócrates? —Aquí levantó la copa en un brindis—. Me alegro de que todo haya marchado tan bien. Mi amigo Sebastián está satisfecho, las tropas están atendidas y ni siquiera tú estás descontento. ¡Salud!

—Salud —repliqué—. Pero necesito contar con una provisión continuada de opio. Las semillas pueden no crecer aquí, y aunque crezcan, llevará algún tiempo organizar reservas de la sustancia.

—Envía dinero a tu amigo y yo me ocuparé de que el correo las traiga.

—La próxima vez que vengas a Noviduno, tendrás que venir a comer conmigo —le propuse, llena de alegría.

—Para que puedas estar seguro de que yo, como invitado tuyo, tendré que ayudarte, ¿no? Muy bien. Pero de todos modos lo habría hecho. Quiero que se trate bien a mis hombres.

—Además, podrás darme las noticias —le insté.

Me contó unas cuantas antes de partir. Al parecer, el arzobispo Pedro estaba sano y salvo en Roma, disfrutando de la hospitalidad del arzobispo romano Dámaso. La Iglesia occidental se inclinaba hacia la teología nicena y el emperador de Occidente no quería intervenir. Pedro estaba tan seguro como no lo habría estado en ningún punto del Oriente. Su rival arriano, Lucio, se había cansado de perseguir a los nicenos alejandrinos y había partido hacia el desierto de Nitria para azotar monjes. Filón y su familia estaban bien. Sí, Atanarico los había visitado, dándoles mi carta después de entregar varios mensajes al prefecto.

Teógenes había aprobado sus exámenes y había regresado a Antioquía con Teófila, pero Filón tenía otro estudiante.

—Me gusta tu Filón —dijo Atanarico después de apurar su vino—. Es un médico brillante, ¿no?

—El mejor de Alejandría —contesté con entusiasmo.

—Si te ha enseñado a ti, tiene que serlo. —Atanarico dejó su copa y se levantó—. Me voy a Sirmio, entonces: *Ave atque vale*,[4] como suele decirse. Te veré la próxima vez que pase por Noviduno.

Se dirigió directamente desde la taberna hasta la posta, donde montó su caballo. El animal lo esperaba ensillado ya con un par más de bolsas sobre el lomo. Atanarico se volvió, saludó y se alejó con gran elegancia, lanzándose a todo galope y espantando palomas y gallinas. Colina abajo, fuera del portón y luego a la calzada. Sólo los correos cabalgan así: galope, galope, galope, doce millas por hora hasta la próxima

posta, cambio de cabalgadura y galope, galope, otra vez. Había probablemente unas cuatrocientas millas de Noviduno a Sirmio, al oeste, y Atanarico cubriría esa distancia en unos pocos días.

Suspiré al verlo alejarse y volví a mi trabajo. Mi corazón deseaba que volviese pronto a Noviduno.

La semana siguiente recibí dos cartas más de Torión. La primera había sido escrita algún tiempo antes, pero enviada por barco y demorada por el mal tiempo. Era indiscreta, si bien no contenía la confesión abierta en la dirección que tanto me alarmó en la anterior. «¿Qué quieres decir, que estás muerta?», me preguntaba. «Me gustaría que te alejaras de ese páramo del fin del mundo, pero no puedo hacer nada si no quieres venir y no voy a volverte la espalda. ¡Pero por favor, Caritón, recobra la cordura! No puedes continuar como ahora. Al fin, alguien se enterará. ¿Qué tiene de malo una vida normal, qué significa "asfixiarse"? No te comprendo. Mi casa será la tuya cuando cambies de parecer.»

La otra había sido escrita en abril y era mucho más melancólica. «Acabo de saber que papá ha muerto —decía Torión—. Murió de pleuresía este invierno. Acabo de enterarme. Juan está administrando la propiedad hasta que yo pueda volver a vivir de ella. Pero por ahora no puedo hacerlo y no tiene objeto. Me siento mal. Tendría que haber vuelto antes. Durante estos últimos años sufrió mucho porque tú habías desaparecido, yo estaba en Constantinopla y la mitad de sus caballos habían sido vendidos. Mataría a ese Festino, él tiene la culpa de todo. Papá era bueno, pero no podía evitar ser cobarde. Me gustaría que estuvieses a mi lado, Caritón.»

Recordé mi sueño. Pero imaginar a mi padre muerto era como aprovecharme del dolor. Busqué otro recuerdo y lo vi arrastrándose por el suelo, murmurando que era inocente de la traición a Festino. Sin embargo, como decía Torión, mi padre no podía por menos de ser un cobarde: y no era justo recordarlo así. Nunca habíamos tenido una relación estrecha, pero había sido siempre tierno y afectuoso. Por fin me vino a la memoria cuando llegaba a casa después de asistir a alguna fiesta pública, quitándose su corona de laureles dorados y arrojándola al aire, gritando de alegría porque su carro había ganado la carrera, abrazándonos a Torión, a mí y a Maia y entregando regalos a todos los de la casa. Lloré un poco, me corté el pelo y me puse la túnica negra en señal de duelo. Cuando me preguntaron el motivo respondí que había muerto un viejo amigo y protector, pero no mencioné el nombre de mi padre. En Alejandría había sido necesario urdir una historia que explicase mi presencia, pero en Noviduno ya no, y era mejor

enterrar el pasado. Había abandonado a mi padre, pero si no hubiese huido, tampoco habría estado con él cuando se puso enfermo. Habría estado con Festino, soportando quién sabe cuántas vejaciones mientras él gobernaba alguna provincia lejana. A pesar de lo que creía Sebastián, yo no era Esculapio. Ni siquiera en mis sueños había podido jamás curar a los muertos.

Sólo un mes más tarde, volví a ver a Atanarico. Yo me hallaba en un campamento que estaba a dos días de marcha a caballo río arriba, dando mi charla sobre torniquetes. Era un destacamento pequeño: una torre de vigilancia y media docena de hombres que la custodiaban. Estos estaban sentados al pie de la torre, al aire libre, bostezando mientras yo hablaba. Era todavía temprano, pero el sol era ya intenso. A la sombra de los bosques, había muchísimos mosquitos y nadie prestaba mucha atención. Inesperadamente, uno de los soldados lanzó un grito y Atanarico apareció al galope, con su capa sobre un hombro y el sol reflejado en el pomo de su espada. Detuvo el caballo casi junto a nosotros y se apeó de un salto.

—¡Conque estás aquí! ¿Son pacientes todos éstos, o puedes dejarlos solos? —preguntó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó respetuosamente el decurión que estaba junto a la torre, avergonzado de verse sorprendido descuidando la vigilancia.

—Atanarico, hijo de Ermanerico de Sárdica, *curiosus* de los *agentes in rebus*.

Esto produjo el efecto habitual de hacer que los hombres se pusieran de pie y murmuraran palabras de respeto.

—¿Tienes un paciente para mí? —pregunté.

Atanarico sonrió.

—Sí, un paciente privado, si quieres. La mujer de un hombre rico y poderoso que te pagará bien si la curas.

—No me está permitido tener pacientes a más de medio día de viaje de Noviduno —puntualicé, indecisa.

¿Por qué había galopado Atanarico a tal velocidad para conducirme junto a la mujer de otro? ¿Mujer de quién? ¿De un gobernador?

—En este caso Sebastián no se opondrá —declaró, rechazando mi objeción—. Y está a menos de un día de viaje de Noviduno.

No era la mujer de un gobernador. El de Escitia tenía su base en Tomi, en la costa, veinte millas al sur de Istrópolis. Era un viaje de más de un día, a menos que se hiciese uso de las postas imperiales.

—¿Dónde es? —pregunté sin rodeos, al no poder identificar el lugar.

—En la margen opuesta del río. —Atanarico agitó la mano para señalar la corriente pardusca del Danubio y los bosques de la margen opuesta. Lo miré sorprendida, pero él continuó—: Probablemente lo más rápido sea cruzar por Noviduno. Pero tenemos que darnos prisa. Coge tu propio caballo aquí, pero déjalo en la próxima posta. Quiero estar allí para mañana por la noche. Calculo que la mujer está enferma desde hace ya una semana. ¿Tienes tu bolsa de médico? Bien, pues vamos.

Casi de inmediato me encontré en la silla de montar y galopando detrás de Atanarico. No pegaba tantas sacudidas como antes, pero no era un correo y el esfuerzo que me costaba mantener su ritmo no me dejaba tiempo de pensar en mucho más.

Galope, galope, galope, cambio de caballos, galope, galope, galope. Y así hasta Noviduno al caer la tarde, aunque para mí quedaba a dos días a una velocidad normal y con un solo caballo. Me sentía hecha trizas. Pero Atanarico no me concedió ni un momento para descansar. Me arrastró hasta la orilla del río y allí me metió en un bote, gritando a los hombres en lengua gótica para que se diesen prisa. Durante la mitad inicial de la travesía permanecí atontada en la popa. Luego me moví para preguntar:

—¿Es la mujer de quién?

Atanarico se sobresaltó como si hubiese estado pensando en otra cosa.

—Del señor Fritigerno —respondió—. Se llama Amalberga. Dicen que dio a luz un hijo hace apenas una semana, después de un parto difícil, y está enferma desde entonces… a menos que haya muerto ya. Si no ha muerto y puedes curarla, Fritigerno quedará muy agradecido.

—¿Es tu primo?

Me miró sonriendo.

—Más o menos —respondió—. Es su esposa quien es mi prima. Es una mujer notable y espero que puedas ayudarla. Sin embargo, él es uno de los hombres principales entre los tervingos, inmediatamente después del rey. Tiende a simpatizar con los romanos. Es cristiano y admira el derecho romano. Me gustaría conservar esta actitud amistosa. Y quiero obtener cierta información de él.

—De modo que ahora estás «inspeccionando» los destacamentos en la Dacia goda —dije con acritud—. ¿Hay alguno allí?

Atanarico se echó a reír.

—No, ninguno. Me mueve un puro sentido de familia para ayudar a mi noble pariente en esta situación de necesidad. Pero no lo perjudicará conversar conmigo. En realidad, oí decir que solicitaba un encuentro. La gente se desplaza como en un hormiguero inundado por toda la longitud del Danubio. Dicen que ha surgido de la

tierra una nueva raza de hombres que avanza como una tormenta desde las altas cumbres, matando todo a su paso. El rey ha estado reforzando los pasos a través de las montañas del noreste. El ilustrísimo maestro de los oficios de su sacra majestad quiere saber qué sucede. Así es como llego hasta Fritigerno con un médico griego competente para tratar a su mujer, y espero que se muestre cordial y locuaz. ¿Quedan satisfechos tus escrúpulos?

—En realidad, no. No me gusta que me hagan participar en una misión de espionaje. Sin embargo, asistiré a la paciente, si me lo permiten.

—¿Por qué no te lo iban a permitir?

—Soy un extranjero y un eunuco. He venido a espiarlos y ni siquiera hablo su idioma.

—Hablas algo de latín, ¿no?

—Un poco. —Había tenido que practicarlo desde mi llegada a Escitia, pues algunos soldados no hablaban otra cosa.

—Bien. Quien quiera ser alguien entre los godos habla latín, y Fritigerno y Amalberga conocen también el griego. Además, tú eres un poderoso brujo, cuya fama ha llegado ya a sus oídos. Estarán encantados.

—¡Por la gran Artemis!

Atanarico dejó de sonreír y me miró con cierta seriedad.

—La mitad de Noviduno cree que eres un hechicero. Más de la mitad. A unos les gusta, pero otros tienen miedo. En tu lugar, yo tendría mucho cuidado, Caritón. La hechicería es un grave crimen. Hace sólo un mes ejecutaron a un hombre en Carnunto por haber despedazado un asno. Dijo haberlo hecho para que dejara de caérsele el pelo, pero nadie lo creyó. A pesar de que era sobrino del prefecto de la guardia pretoriana. Se rumorea, en fin, que tú despedazaste a un hombre.

Me mordí el labio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Uno de tus colegas del hospital. Un hombre mayor, moreno, al que le falta media oreja. Era la primera vez que fui a buscarte a Noviduno, y el hombre se empeñó en contarme todo lo referente a tus prácticas de brujería.

—Es Janto —solté con alivio—. Me odia porque lo suplanté. Todo el mundo lo sabe y nadie lo toma en serio.

¡Caritón, tus propios servidores creen que eres un brujo! No sé si es verdad o no que descuartizaste un cadáver. Sé que en Alejandría hacen disecciones. Ahora no estás en Alejandría y la gente de la frontera no comprende estas cosas.

No repliqué. La verdad es que había hecho una disección de un paciente muerto de tétanos. La enfermedad es bastante común en la frontera, y creí que tal vez la conocería mejor si descubría sus efectos en el cuerpo. La había hecho durante la noche en un cuarto vacío, y después de suturar los cortes del cadáver lo había vestido y enterrado. Creí que nadie se había enterado, pero Janto debía de estar espiándome. Seguramente Atanarico tenía razón. Convenía dejar las investigaciones a los expertos del templo. De todos modos, mi disección no me había proporcionado mayores conocimientos.

Atanarico seguía observándome fijamente.

—Sería una verdadera lástima haberte salvado del potro en Egipto para que mueras en Tracia —dijo.

Asentí con un suspiro. El bote llegó a la margen opuesta y desembarcamos. Estuve a punto de tropezar, pues después del viaje a caballo tenía las piernas rígidas. Atanarico, como cabía esperar, subió por la orilla pidiendo caballos a gritos. Cogí mi bolsa y miré alrededor, estremeciéndome al advertir que estaba fuera del territorio imperial.

No parecía muy diferente de Noviduno: el mismo tipo de casas de piedra y madera, los mismos godos andando en pantalones. Pero había menos muros al tratarse sólo de un centro de intercambio y no de una fortaleza. Los bárbaros no levantaban muros contra los romanos. Nunca había pensado en esto antes y me parecía raro: tenían verdaderos motivos para temer a los romanos, pero por otra parte éstos sólo los invadían para castigarlos. No estaban interesados en poseer las tierras de los bárbaros, mientras que éstos sí codiciaban las romanas.

Atanarico volvió con dos caballos arrancados a algún mercader godo o quizás a un noble. Antes de que pudiese seguir pensando nos encontramos internados en las tierras de los tervingos. Comenzaba a anochecer.

Aquella noche finalmente descansamos, a pesar de mis dudas de que fuéramos a hacerlo. Atanarico, se detuvo en una pequeña aldea aproximadamente una hora después de ponerse el sol (galope, galope, galope) y nos dirigimos a la casa más grande. Nos recibieron los esclavos, hubo una ruidosa discusión en lengua gótica y seguidamente el señor de la casa nos ofreció su hospitalidad. Al parecer conocía a Atanarico. La cama estaba llena de pulgas, pero yo estaba demasiado fatigada para que me importase.

Al día siguiente avanzamos a un paso más moderado porque utilizamos las mismas cabalgaduras, y aun así llegamos al emplazamiento de Fritigerno antes de anochecer. Era una ciudad de una extensión más o menos semejante a la de Noviduno, situada en el centro de un amplio terreno de tierras cultivadas. En el centro del pueblo, el conjunto habitual de rústicas casas de paja, piedra y madera, había una amplia villa romana con

tejado de tejas y columnas corintias. Parecía bastante antigua y el tejado hundido parcialmente en una de las alas había sido reparado con paja. En otra época, la Dacia goda había sido una provincia romana, en los días lejanos de dos buenos emperadores. Tal vez la villa era una reliquia de aquella breve ocupación.

En el momento en que entramos en la ciudad nos rodeó una gran cantidad de gente, pero Atanarico no pareció preocuparse por ello. Se dirigió directamente a la villa, se detuvo y pronunció un pequeño discurso en lengua gótica. Oí su nombre y el mío, pero poco más. Salieron de la villa algunas personas, pero volvieron a entrar. Montado en su caballo, Atanarico esperaba.

—Hay algo que no te he dicho —me anunció de repente, volviéndose en la montura —. La señora Amalberga tiene unas servidoras que han estado atendiéndola, unas mujeres. No las desprecies demasiado. Aquí no hay médicos y todo el trabajo de enfermería, de comadronas y curanderas está a cargo de mujeres. Algunas de las curanderas tienen origen noble y son respetadas. No pienses que son esclavas.

Me sorprendí. Antes de que se me ocurriese contestar, las puertas de la villa se abrieron de nuevo y apareció un hombre seguido por un grupo de acompañantes armados. Era alto y delgado, muy rubio, con una barba casi blanca. Su nariz maciza estaba quemada por el sol y tenía unos ojos azul celeste que parecían de vidrio. Vestía un manto suntuoso bordeado de púrpura importada y alrededor del cuello lucía una cadena de oro. Con lo que costarían las piedras preciosas del pomo de su espada podría haberse mantenido toda la vida a una familia entera.

Atanarico se apeó de un salto.

—¡Mi excelente Fritigerno! —exclamó, y cuando se aproximaron, ambos hombres se abrazaron.

Fritigerno estaba contento de vernos. Cuando fui presentada me estrechó la mano y en un griego impecable me agradeció que hubiese acudido. Su querida esposa, dijo, estaba muy enferma. Sus servidoras pensaron al principio que se recuperaría, pero ya no estaban tan seguras. No imaginaba mayor dicha que contar con un médico romano para ella. Mi fama había llegado desde la orilla opuesta del río, había pensado en llamarme, pero no estaba seguro del modo en que lo tomarían los romanos. Y estaba muy agradecido porque su noble primo hubiera encontrado conveniente llevarme. ¿Me gustaría comer o beber algo antes de ver a la paciente, o prefería visitarla en seguida? Por un instante fijó la mirada en mí. Su expresión era inescrutable.

—Preferiría ver a la señora ahora mismo —respondí. Ya tendría tiempo de comer una vez iniciado el tratamiento.

Los ojos de Fritigerno parecieron oscurecerse, y me sonrió. Al parecer mi respuesta había sido la indicada. Con un gesto dirigido a dos de sus servidores, dio una brusca orden en gótico. Al retirarme, vi que Atanarico lo cogía del brazo y empezaba a hacerle preguntas.

La señora Amalberga estaba en una de las habitaciones más espaciosas de la parte trasera de la casa. Mi acompañante se detuvo frente a la puerta y llamó; desde el interior llegaban voces de mujeres que discutían en voz alta en lengua gótica. Al segundo golpe, una de las mujeres dijo algo y siguió discutiendo. Entramos.

Era un recinto magnífico, pero sucio. Había juncos sobre el mosaico del suelo, la colcha de brocado estaba manchada de sangre y junto a un recipiente lleno de vómito había una bacinilla, ambos cubiertos de moscas. En un rincón el bebé estaba en la cuna, dormido. Las dos mujeres que discutían se encontraban en el centro del recinto. Ambas eran de edad madura: una, menuda y morena, lucía un vestido sencillo de lana gris; la otra, alta y rubia, llevaba una hermosa capa azul y muchas alhajas. Amalberga yacía inmóvil en la gran cama, despierta pero extenuada. Era uno o dos años menor que yo, muy bella y muy rubia, y tenía una expresión suave. Estaba muy pálida y sus ojos brillaban de fiebre. Tenía los brazos pálidos cubiertos de sanguijuelas que le chupaban la sangre.

La mujer menuda y morena se dirigió a gritos a mis acompañantes y ellas gritaron a su vez, señalándome. Hice una vaga reverencia a la mujer morena.

—Soy Caritón de Éfeso —dije lentamente en latín—, médico del campamento de Noviduno. Me ha traído el excelente Atanarico para asistir a la señora Amalberga.

Se produjo una gran conmoción. La mujer menuda y morena gritó a los hombres, y éstos respondieron en su lenguaje bárbaro. La mujer enjoyada me miró atónita, se ruborizó y luego me preguntó, excusándose en latín, si era verdad que yo era un eunuco (pues no hay eunucos entre los godos). Cuando respondí afirmativamente, dijo que era impropio que un hombre tocase a la señora Amalberga. Más tarde supe que la idea de un eunuco le parecía totalmente ridícula, y que desde el primer momento estuvo convencida de que yo era una mujer.

Inesperadamente, Amalberga intervino.

—Si puedes ayudarme —dijo con voz firme y en un griego impecable—, te lo agradeceré.

—Haré lo que pueda —contesté.

Pasé a examinarla. La mujer menuda hizo el ademán de detenerme, pero Amalberga se lo impidió con dos palabras bruscas. Tuvo que conformarse con empujar a mi

acompañante fuera del cuarto. Proseguí con el examen.

Con gran alivio comprobé que no estaba gravemente enferma. De haberlo estado, no podría haber hecho mucho. Tenía fiebre y algo de dolor, pero no tenía nada de lo cual no pudiese reponerse. Había perdido mucha sangre, y la curandera, la que llevaba tantas joyas, había insistido en imitar a los romanos y hacerle una sangría, con lo cual la había debilitado más aún. La mujer morena, una comadrona, tenía el sentido común de rechazar aquel procedimiento, y la disputa entre ambas tenía su origen en este desacuerdo.

Saqué todas las sanguijuelas, y le expliqué a la curandera que los romanos que sangraban mucho al paciente eran charlatanes ignorantes. Con todo, traté de obrar con tacto y elogié su moderación al emplear las sanguijuelas en lugar del cuchillo.

Me escuchó atentamente, adoptando una actitud más avergonzada que enfadada. Más tarde descubrí que, como muchos godos de buena cuna, tenía una profunda admiración por todo lo romano. Probablemente no habría probado las sangrías para reducir la fiebre si no hubiese creído que era una práctica romana. Era exagerado el respeto que mostraba ante mis palabras por ser yo un médico romano, más aún, importado del otro extremo del imperio. La comadrona hablaba solamente en gótico, pero le agradó ver que se quitaban las sanguijuelas.

Suministré a mi enferma agua con miel y opio: una cantidad mínima en una esponja, pues había tenido vómitos. Después indiqué a las otras dos mujeres que la moviesen y la limpiasen con agua hervida y una solución especial. No permitieron que lo hiciera yo misma. ¡Ningún hombre, aunque fuese eunuco, podía tocar las partes íntimas de la esposa del señor Fritigerno! Le apliqué algunas compresas tibias para aliviar el dolor e indiqué a las esclavas que limpiasen el cuarto. En aquel momento, el opio comenzaba ya a surtir algún efecto y le di el resto de la dosis mezclada con oximiel. Por efecto de la dosis anterior, las compresas y las sábanas limpias, Amalberga pudo retener la medicación y a los pocos minutos se durmió. Estaba muy cansada, pues como el dolor la mantenía despierta no había podido descansar desde el parto, hacía de eso una semana.

Las otras mujeres estaban encantadas de verla sumida en un reposo tan apacible y me elogiaron efusivamente. Descubrieron que yo no había comido y ordenaron a las esclavas que trajeran algo. En seguida, la curandera me interrogó acerca del opio y el resto de mis elementos médicos. Estábamos hablando de ellos y del uso de hierbas cuando Fritigerno y Atanarico llamaron a la puerta. Estaba yo con un trozo de pan en una mano y una caja de brionia seca en la otra, pero los dejé a un lado y me levanté de

un salto, cosa que también hicieron las demás mujeres. Acto seguido, abrieron la puerta, mientras hablaban nerviosamente en gótico y a la vez se instaban a callar unas a otras.

Fritigerno entró sin hacer ruido y se detuvo a contemplar a su esposa, plácidamente dormida, con el pelo rubio esparcido sobre la almohada. Junto a la cama le tomó una mano y la besó, acariciando luego su cabello. Luego fue a mirar al bebé, que acababa de despertar y hacía ruidos contra el colchón. Por último, me miró. Sin decir una palabra, cogió la cadena de oro que le rodeaba el cuello y me la entregó. Volvió a mirar a su mujer un instante y se fue en silencio.

—Ama muchísimo a la señora Amalberga —me dijo Atanarico cuando volvíamos a caballo tres días más tarde—. Por lo que a él respecta, te has ganado no sólo esa alhaja de oro, sino además su amistad para el resto de su vida. Supongo que ella seguirá mejorando.

—Con toda certeza —dije.

Todo lo que necesitaba Amalberga era reposo y una alimentación sensata con muchos líquidos. No se lo había dicho a Fritigerno, pero la verdadera causa de su enfermedad eran sus servidoras. Cuando me despidió, estaba ya sentada y con ganas de amamantar a su hijo. También ella había preguntado si era verdad que yo era un eunuco. Cuando le contesté de manera afirmativa, me contó que, según opinión de la comadrona, en realidad yo era mujer.

—No —precisé—. Entre los romanos, las mujeres no estudian medicina.

Al oír esto, Amalberga frunció el ceño y me miró algo sorprendida; luego sonrió.

—De modo que hay un aspecto en el que nuestras costumbres son superiores a las vuestras.

Me reí y repuse que muchos lo considerarían así.

—En ese caso, Caritón, agradezco tu asistencia a una extranjera como yo. Te ruego que aceptes esto como expresión de mi gratitud —dijo, y me dio un anillo con perlas. Le señalé que su marido había sido ya muy generoso—. Déjame, entonces, ser generosa a mi vez —insistió con una sonrisa.

Le puntualicé que me sentía recompensada ya por su recuperación, pero acepté el anillo.

—No es necesario preocuparse por ella —dije a Atanarico—, y esa curandera, Areagni, tiene bastante sentido común cuando no trata de imitar a Janto. No creo que vuelva a hacer sangrías. Es una lástima que no sepa leer. Me gustaría prestarle mi Hipócrates.

Atanarico rio de buena gana.

—Pensé que te ofendería la sola idea de que las mujeres estudiasen medicina.

—¿Cómo has llegado a pensar eso? —respondí antes de darme cuenta de que estaba aventurándome en terreno peligroso—. Hay muchas comadronas en territorios romanos y gran parte de ellas son mujeres sensatas y competentes —me apresuré a señalar—. En conjunto, hacen menos daño que los charlatanes como Janto. Con la debida formación hipocrática podrían ser tan diestras como cualquier otro médico.

—En otros términos, ¿el poder de Hipócrates es tal que podría llegar a hacer un médico de una mujer?

—Algo así —respondí—. Sí.

—Idólatra —comentó Atanarico—. Bien, es bueno que hayas conocido a la curandera. Es más probable que vuelvan a llamarte si cuentas con la simpatía de Areagni.

—¿Todavía tienes que espiar?

Atanarico se pasó una mano por el pelo.

—No estaba espiando —aclaró—, sino celebrando una consulta con Fritigerno. No necesitaré ya de excusas cuando vuelva otra vez. —Al dejar caer la mano me miró atentamente por unos instantes a la vez que sonreía—. Si te cuento de qué hablamos, ¿me prometes que guardarás silencio?

—Desde luego —respondí, sorprendida de que me hablara de aquello.

—Hay una nueva raza de hombres llegados del noreste, más allá de las tierras de los alanos. No construyen casas ni ponen la mano sobre un arado, pero viven en carromatos como los alanos y pasan la mayor parte de su vida montados a caballo. No tienen ley ni religión, son inconstantes con sus aliados, pero tienen mucha avidez de oro y de los bienes de sus vecinos y en la lucha son muy crueles. Los llaman los hunos, y hay miles y miles de ellos. Han derrotado ya a los godos greutungos y el rey Atanarico ha conducido a los tervingos contra ellos, y… ha sido derrotado. Han devastado el sector norte de la Dacia goda y causan la ruina de mucha gente. Dicen que es inútil oponerse a ellos y que el único recurso es… huir. El problema es hacia dónde deben ir los fugitivos. Están atrapados entre el río y los hunos, con los sármatas al oeste y el mar Negro al este. El rey Atanarico ha fortificado sus fronteras, pero incluso él habla abiertamente de invadir Sarmacia y apoderarse de la tierra si fallan las defensas. En cambio, Fritigerno tiene otra idea. —Atanarico sonrió y sus manos tiraron tanto de las riendas que su caballo corveteó nerviosamente. Era evidente que la idea lo entusiasmaba—. Fritigerno quiere llevar a los tervingos a Tracia.

Contuve el aliento.

—¿Invadir? ¿Él te dijo eso?

Atanarico negó con la cabeza y luego la echó hacia atrás, lanzando una carcajada.

—¿Fritigerno luchar contra Roma? ¡Ama a Roma! Tienes que haberlo notado. No, quiere suplicar a su sacra majestad que reciba a los tervingos como estado federado dentro del imperio y que les dé algunas de las tierras de Tracia actualmente desiertas. De esta manera, el emperador podría cobrar impuestos sobre estas tierras y contar con una fuente de reclutas godos para sus ejércitos. —Atanarico volvió a sonreírme—. Fritigerno me preguntó si creía que al emperador le agradaría ese plan, a lo que no contesté abiertamente que lo acogería con júbilo sino que me limité a decirle que lo presentaría al maestro de los oficios y que le haría llegar la respuesta en cuanto pudiera. En todo caso, estoy seguro de que el emperador estará encantado.

—¿Y qué hay del rey Atanarico? —pregunté—. ¿Estaría de acuerdo en ser vasallo de Roma?

—Ni soñarlo —respondió Atanarico riendo y haciendo un gesto displicente con la mano—. Esto es idea de Fritigerno, quien va a tratar por todos los medios de mantenerla en secreto, ya que quiere dirigir a la mayor parte de gente a la hora de cruzar el Danubio y convertirse en rey del estado vasallo. Mirando su casa, no creerías que tiene tanto poder, ¿verdad? Parece más bien un terrateniente común. Pues bien, es capaz de reunir hasta mil hombres armados en el plazo de unos pocos días. Es muy probable que cruce el río el año próximo por estas fechas.

Nos quedamos un rato en silencio. La boca de Atanarico dibujaba una sonrisa y sus ojos brillaban. Imaginé a los godos cruzando el río, acampando en los eriales de Tracia, pagando impuestos a los emperadores, y de pronto esa idea me inquietó. No podía haber dos poderes en el Estado; y si el emperador representaba uno, ¿qué lugar quedaba para un rey godo?

—¿Querrán vivir como godos? —pregunté a Atanarico—. Ya sé que admiran a Roma, pero es más fácil hacerlo a distancia que cuando se está bajo el dominio de las águilas imperiales.

—¡Claro que quieren vivir como romanos! —exclamó Atanarico visiblemente molesto.

Sólo entonces caí en la cuenta de que la intención de los godos de trasladarse a Tracia le encantaba. Estaba claro; era lo que había hecho su padre y aquello para lo que él mismo había sido educado. Quizás Atanarico sentía que cuando llegaran los otros, él estaría como en casa.

—Los miras desde este otro lado del Danubio y piensas «nobles bárbaros», ¿verdad? Pues no hay nada noble en la forma que tienen de vivir. Casi siempre están en guerra (los nobles entre ellos, los tervingos contra los greutungos, los godos contra los sarmacios, y todos ellos contra nosotros). Viven con la espada en la mano y siguen la ley del más fuerte. Sebastián llama ignorante a Lupicino por no haber leído a Homero; Fritigerno no sabe leer siquiera su propio nombre. ¿Dónde estaría tu Hipócrates si no hubiera libros? Totalmente olvidado, y tú trabajarías como Janto, a partir de lo que hubieras aprendido de tu padre. Tú miras a Roma y ves una fuerza que mató a tus amigos de Alejandría; ellos miran a Roma y ven una potencia que gobierna el mundo mediante la ley, la paz y el conocimiento. Desde Armenia a Bretaña, desde África al Rin, dos lenguas comunes y mil años de civilización. Y aquí estamos, un eunuco griego de Amida y Éfeso, y el hijo de un príncipe godo y una señora de Iliria, con distintos idiomas, costumbres, religiones… y ambos romanos. Esto es más fuerte que todas nuestras diferencias. Esto mantiene la paz. ¿Por qué no habrían de amar a Roma los tervingos y vivir felices bajo el dominio romano?

Fui incapaz de responder. Estaba contemplando su cara y escuchando su voz, y las palabras no parecían importar ya. Un brillo extraordinario refulgía en sus ojos y hablaba rápidamente con ese ritmo cortante del griego, lanzando sus palabras con el mismo brillante aplomo con que cabalgaba sus animales. Sentí un nudo en la garganta.

—¿Qué sucede? —preguntó Atanarico de repente, interrumpiendo su entusiasmo con un tono de preocupación.

—Nada —respondí—. Espero que estés en lo cierto. ¿Cuándo llegaremos al Danubio? No soy un huno y no estoy habituado a vivir a caballo.

Atanarico se echó a reír y yo me concentré en cabalgar. No era verdad, desde luego, que no sucediera nada. Podría haber examinado mis síntomas uno por uno, pero siguiendo una autoridad distinta de Hipócrates.

Pero las palabras se me quiebran en la lengua,
sobre mi piel corren dulces llamaradas.
No veo nada, y me zumban los oídos.

Con violencia me agita un sudor frío.
Más pálido que la hierba me vuelve mi fiebre.
Junto a la muerte me lleva tu presencia.

¡Ay, Jesús Santo! ¿Por qué habría de pasarme esto ahora? ¿Por qué tenía que

sucederme? No debo permitirlo. No puede llegar a nada y ni siquiera confío en Atanarico. No del todo. Y no renunciaría a la medicina por él, aunque me quisiera, pero no me querría, ya que en todo este tiempo me ha conocido como Caritón. Dios mío, ¿cuándo comenzó a suceder esto? Sabía que crecía en mí desde hacía mucho, pero fue sólo al sentir en todo mi cuerpo la fuerza de aquel sentimiento cuando tuve que admitirlo ante mí misma, en un instante. Estaba enamorada.

Con toda inocencia me había creído enamorada de Teógenes y había creído que la mezcla de afecto y pesar que había sentido por él era lo peor que me cabía temer del «deseo, tirano de los dioses y los hombres». Descubrí mi error. No había soñado con él para despertarme bañada en sudor y pasar el resto de la noche ardiendo y mordiéndome las uñas y sintiendo que me ruborizaba sólo con oír sus pasos. Claro que tendría que haber rehuido a Atanarico como a una serpiente venenosa. Nada podría surgir de aquella pasión sino el descubrimiento de mi identidad y la deshonra. No podía pensar en el matrimonio. Su padre aspiraba a casarlo con una rica heredera y nadie se casaría con una médica del ejército. Mi anhelo me producía vahídos y llegaba a imaginar que me aproximaba a Atanarico en secreto para decirle: «En realidad, no soy un eunuco. Me llamo Caris, no Caritón. Soy joven aún, y solían encontrarme bonita. ¡Ven a mi cama y guarda el secreto, por favor!». Pero ¿a qué conduciría esto? Atanarico en particular no se inclinaría a guardarlo. Formularía un número cada vez mayor de preguntas, lo descubriría todo y seguramente me enviaría de regreso junto a Torión. Y aun cuando no lo hiciera, ¿se consumiría la pasión al satisfacerse el deseo o bien aumentaría para encadenarme a Atanarico con ataduras invisibles? O, lo que era peor, con lazos visibles. Suponía que era capaz de quedarme embarazada como cualquier otra mujer. Hipócrates afirma que las mujeres sanas y acostumbradas a trabajar duramente conciben con más facilidad que las de físico delicado. Yo conocía ciertas drogas con propiedades que impedían la concepción, pero dudaba que fuesen eficaces durante mucho tiempo. Como los afrodisíacos, esas sustancias tienden a ser poco fiables. Esto podría colocarme en una situación difícil: quedar deshonrada frente a todo el mundo si tenía un hijo, o administrarme algún purgante para provocarme un aborto, quebrantando mi juramento y arriesgando mi vida. No, era imposible. Tenía que rehuirlo, simplemente, y hacer todo lo posible por quitármelo de la cabeza.

No tenía fuerzas. Quería verlo. Hablaba conmigo misma para disuadirme de esta pasión. ¿Por qué, después de todo, habría de amar a Atanarico? En verdad era bien

nacido e inteligente, y tenía un espléndido aspecto como jinete, pero ¿era todo esto tan inusual? Sebastián era más apuesto y más culto, pero, aunque lo encontraba realmente atractivo, era evidente que no me quitaba el sueño. ¿Por qué habría de quitármelo Atanarico?

No funcionó. Sólo descubrí más motivos para amarlo: haciéndome reír, poniéndose de lo más jactancioso cuando era objeto de antipatía, quedándose con el pulgar metido en el cinto de la espada y el sol brillando en su pelo rubio, con su amplia sonrisa. Pero aparte de esto había algo más fuerte. Diría que una pasión tan intensa como la mía debía de tener raíces más profundas. Nacimiento y educación, rango y responsabilidades, no lo eran todo en él, como ocurre en casi todos nosotros. Yo intuía que las normas que regían su vida eran de su propia elección y que la elección era la acertada, que era libre, que el mundo podría desintegrarse en pedazos en torno de él mientras galopaba a través del caos, siempre él mismo, único, indefinible. Me maldije por razonar de aquel modo y traté de desecharlo. Pero fui incapaz de desechar estos pensamientos.

En realidad, insistía en invitarlo cada vez que visitaba el fuerte, diciéndole, como había hecho Sebastián, que echaba de menos la compañía de hombres educados y que estaba ansioso por recibir noticias. Habitualmente aceptaba mis invitaciones. Como a la sazón estaba la mayor parte del tiempo en nuestra región, lo veía muy a menudo. Sabía que me apreciaba, y que mi destreza le inspiraba respeto a pesar de sus muchas burlas, y respetaba asimismo lo que llamaba mi honradez. Naturalmente yo tenía que actuar con prudencia para que no se me notase lo que sentía. Si él llegaba a sospechar algo, sabía que no volvería a verlo. No era el tipo de hombre al que le atrajesen los jóvenes ni los eunucos. De haberlo sido, no estaría yo enamorada de él.

Así, yo le decía: «Ven a comer si dispones de tiempo la próxima vez que cruces el río». Iba y me encontraba aún en el hospital, fingiendo haber olvidado la invitación. Entonces me disculpaba, me lavaba y lo llevaba a mi casa a una cena civilizada en la que recibía noticias del imperio y yo le daba por lo menos una clase hipocrática. Por último, se retiraba para volver a cruzar el río, o bien para dirigirse a la comandancia, mientras yo me daba mi baño frío y me mordía las uñas, a punto de llorar de frustración. Mi único consuelo, bien pobre, era que semejante pasión se desvaneciera con el tiempo, y llegara a convertirse en un sentimiento común de amistad.

Algo que facilitó las cosas fue que aquel año hubiese tantas noticias para analizar. El Augusto Valentiniano, emperador de Occidente, murió al finalizar el otoño, en Brigetio, en la diócesis de Iliria, donde había estado preparando una campaña contra los bárbaros cuados. Había gobernado el mundo durante cerca de doce años, y era

mayor que su hermano, a quien había hecho nombrar. La noticia cayó sobre las tropas como un rayo. Al parecer, murió de apoplejía, indignado ante la insolencia de algunos enviados de los cuados, y no contó con un médico que lo asistiese sin pérdida de tiempo. Tuve que hablar de la apoplejía con todo Noviduno. Mucho tiempo antes había nombrado a su hijo Graciano en calidad de Augusto, pero el muchacho tenía sólo dieciocho años y estaba lejos, en la Galia, cuando murió su padre. Se temía que uno de los generales ilirios tratase de reclamar el purpurado inmediatamente. El que estaba en particular bajo sospecha era el padre de Sebastián, conde de Iliria, que gozaba de gran popularidad entre los soldados. El jefe de las tropas del interior, Merobaudes, mantuvo en secreto la noticia de la muerte tanto tiempo como pudo y envió a Sebastián padre en una falsa misión a Mursa, a centenares de millas de distancia. Luego reclamó al otro hijo del emperador y allí mismo lo proclamó Augusto para asegurar la sucesión en la casa de Valentiniano. El niño tenía sólo cuatro años y vivía en la región con su madre. Sebastián se indignó muchísimo.

—¡Mi padre es un hombre leal y honrado y ahora es como si Merobaudes lo hubiese acusado de traición! —nos dijo a Atanarico y a mí una noche.

Ambos estaban de visita en Noviduno, Atanarico en su camino hacia el río y Sebastián en una inspección de las tropas. Sebastián nos había invitado a comer. Habitualmente, me invitaba cuando estaba en el campamento, y también a Atanarico siempre que se encontraban. Era muy sociable.

—Hay quienes han sido nombrados emperadores contra su voluntad —dijo Atanarico, tratando de calmarlo—. A las tropas les gusta la presencia de un emperador, como todos sabemos. ¿Y si hubiesen aclamado a tu padre? ¿Qué habrías hecho? No habría podido convencer a Graciano Augusto de que no lo planeó. Se habría visto obligado a retener el título sólo para conservar la vida y, de todas maneras, es más que probable que la hubiera perdido al finalizar una costosa guerra.

Sebastián murmuró algo y luego dijo:

—Merobaudes podría haberle dicho que le preocupaba algo como esto. Mi padre habría tomado sus propias medidas para evitarlo, habría ido a alguna parte por su propia iniciativa. De este modo no tendría ahora una mancha en su reputación. ¡Y nombrar Augusto a ese niño! ¡Valentiniano Segundo! ¿Qué hará?, ¿declarar la guerra a los alamanes a menos que le entreguen todos sus juguetes? ¡Ése es el caballito de balancín de su sacra majestad!

Atanarico suspiró.

—Ahora él es el Augusto y tenemos que callarnos la boca. Nunca da buen resultado

mofarse de un emperador. Amigo mío, nadie ha acusado de nada a tu amadísimo padre. Conserva su cargo, la confianza del nuevo emperador y su prestigio entre las tropas.

—¡Lo merece! —dijo Sebastián, aunque ya recobraba la calma.

Aquella primavera estalló otra revuelta a lo largo de la frontera que enfureció a Sebastián. En forma repentina se le arrebató al padre de su amigo Teodosio el mando en África, donde se había destacado al precio de mucha sangre; lo ejecutaron sin juicio previo en Cartago. Nadie conocía el motivo. No se formuló oficialmente ningún cargo y Teodosio hijo fue autorizado a conservar sus bienes, aunque también lo relevaron del mando. Los hombres decían que lo habían condenado por brujería, pero Sebastián rechazaba tal teoría.

—Sí, es verdad que el conde era sanguinario —me dijo cuando volvió a Noviduno —, pero era un hombre honrado y nunca habría consultado los oráculos.

—Tal vez se haya debido a su nombre —comenté.

—¿Su nombre? —repitió Sebastián, irritado—. ¿Qué quieres decir?

—Hace unos años, un grupo de conspiradores recibió un oráculo en el que se predecía quién habría de suceder al Augusto.

—Decía que lo sucedería un Teodoro. Todo el mundo lo sabe.

Negué con la cabeza.

—Los conspiradores preguntaron quién sucedería a Valente y se leyó como respuesta TEOD. Dijeron entonces Teodoro y no preguntaron nada más. Podía interpretarse como Teodoro, o Teodoto, o Teódulo… o Teodosio. Quizá no le agradó a Valente ver a alguien con un nombre así en una posición tan eminente y envió entonces a Graciano un mensaje sobre él.

Sebastián se inquietó, pero agitó la cabeza a su vez.

—No puedo creer que se ejecute a un hombre como el conde Teodosio por un motivo como éste. A pesar de que ese maldito oráculo haya matado a mucha gente. Dicen que nuestro señor Augusto Valente lo toma muy en serio. También predecía la ruina para él.

—¿Qué? —No conocía esa parte del oráculo y me quedé mirando sorprendida a Sebastián.

—«La profunda ira de Tisífono provoca un sino maligno cuando Ares se enfurece en el valle de Mimas.» Eso es lo que se supone que dijo, de todos modos. Dicen que su sacra majestad tiene miedo de visitar cualquier lugar de Asia. Creo que hay allí una montaña llamada Mimas.

—Sí, cerca de Eritrea. Pero yo no confiaría en un oráculo. Aun cuando contenga

algo de verdad, con toda certeza lo han presentado en términos engañosos. Como el hombre al que predijeron su muerte en Alejandría y pasó el resto de su vida evitando la gran ciudad, sólo para morir en un puesto de avanzada en una aldea minúscula del mismo nombre.

—Los oráculos son engañosos, es verdad. ¡Dios Inmortal, ojalá no hubiesen formulado nunca éste! Espero que ya lo hayan olvidado.

Aquella primavera recibí también noticias de Torión. Me enviaba cartas llenas de júbilo desde su nuevo puesto como asesor del conde de Antioquía. Tenía esperanzas de conseguir un nuevo ascenso, esta vez como gobernador.

> El prefecto Modesto me odia, pero el maestro de los oficios es mi amigo. He cumplido ahora dos términos como asesor y la semana pasada vi a su ilustrísima en el hipódromo. Nunca imaginé que los carros de papá sirviesen para algo, pero cuando conversé con Euterio descubrí que le entusiasman las carreras. No quise perder la oportunidad y le regalé los mejores caballos bayos de papá. Se quedó encantado y me invitó a comer. Durante la cena me preguntó con gran interés cuáles eran mis perspectivas y comentó que le parecía un joven capaz y que estaba perdiendo el tiempo en asesorías, que debería tener una provincia. Le expliqué que me sentía muy capaz de gobernar una, siempre que no fuese demasiado extensa. Entonces se rio y me dijo que vería lo que podría hacer. Nombré una provincia en particular, pero no te diré cuál por si acaso no la obtengo, aunque tengo fe. Es posible ganar dinero con las asesorías, pero para reparar los daños de nuestras propiedades necesito ser gobernador. Hablando de daños, ¿te has enterado de que el bruto de Festino va a obtener una provincia en Tracia? Mesia, creo. Espero que se muera allá.

Guardé la carta en el fondo de mi mesa de escribir. No tenía tiempo de responder en aquel momento. Estaba trabajando mucho. La peste que asolaba el oeste amenazaba con propagarse entre nuestras tropas y siempre me llamaban a la región que estaba río arriba o bien a la orilla opuesta. Fritigerno había decidido enviar a por mí a sus colaboradores cada vez que enfermaba alguien gravemente en su casa o en la de algún amigo. Generalmente acudía. En aquel momento contaba con varios asistentes más o menos fiables. Podía entonces estar segura de que mis pacientes del hospital estarían bien atendidos en mi ausencia. Había autorizado a Arbecio a copiar todos mis tratados, y su inteligencia natural le había permitido absorberlos todos y dirigir el hospital tan

bien como yo. Tenía además un estudiante, un godo llamado Edico. Era el sobrino de la curandera Areagni y había atravesado el río expresamente para hacer su aprendizaje conmigo. Era un joven alto y rubio, muy listo y capaz, pero desgraciadamente analfabeto, de modo que era inútil indicarle que buscase algo en Dioscórides. Tenía que explicárselo todo yo misma. Dispuse que uno de mis asistentes le enseñase las letras, pero Edico lo encontraba una tarea lenta, aunque tenía inteligencia suficiente para preparar un medicamento o entablillar un brazo.

Además de esos dos colegas, varios de mis asistentes podían ya suministrar las medicinas básicas. Janto estaba aún presente, pero tenía poco que hacer, salvo dirigirme miradas furiosas. Diocles, a pesar de las prohibiciones de Sebastián, continuaba viajando cada vez más a menudo a Istrópolis. Sin embargo, no me gustaba la idea de pasar mucho tiempo entre los godos. Había ido a tratar romanos y nunca me agradó que Diocles tuviera tantos pacientes privados. Me preocupaba que se creyese que yo obraba así por codicia, ya que los nobles godos eran muy generosos por considerar las dádivas grandes como prueba de alto rango, y yo las recibía en cantidades que a veces sumaban varias veces el monto de mi salario. El dinero era bienvenido. No es fácil mantener a dos esclavos, una vaca, varios pollos y un caballo con un salario de médico, pero era más de lo que yo necesitaba y no quería dar un mal ejemplo a mis colegas. Comencé a negarme a atender a pacientes godos cuando estaban a más de medio día de viaje, a menos que se tratase de un caso verdaderamente excepcional, y con la intervención de Atanarico.

Aun así, a medida que avanzaba la primavera acabé cruzando el río al menos una vez cada quince días, y normalmente cada semana. Por entonces, muchos godos del norte del país se habían trasladado al sur, siguiendo el curso del río, y se disponían ansiosamente a pasar a Tracia tan pronto los romanos se lo permitieran. Huían de los hunos. Muchos no tenían dinero, ya que habían perdido todas sus posesiones a manos de los invasores; algunos estaban heridos o presentaban viejas heridas infectadas. Acampaban cerca del río, donde pescaban, buscaban bayas silvestres o recorrían el territorio pidiendo comida. Fritigerno intentó distribuir alimentos que había recogido de los godos del sur que no habían sido afectados por las invasiones, pero no había suficiente para todos. Debilitados como estaban por el largo viaje y el hambre, entre esos refugiados procedentes del norte las enfermedades eran moneda corriente. Fritigerno quería que le aconsejara sobre cómo controlar la propagación de las plagas, y Sebastián estaba dispuesto a ayudarme: no deseaba que las enfermedades cruzaran el río. Así que fui y volví con bastante frecuencia al tiempo que trataba de que mis

esclavos me enseñaran algo de gótico.

Hacia finales de mayo, cuando Diocles regresaba de Istrópolis remontando el delta, su embarcación chocó con un tronco sumergido y se destrozó. Otro barco rescató a los pasajeros, pero Diocles volvió a Noviduno con el pecho congestionado y tiritando. Cayó en cama y nunca volvió a levantarse. El agua, o bien algo que contrajo en el río, se había depositado en sus pulmones. Cuando sucedió esto, yo estaba en la orilla opuesta disponiendo el tratamiento de casos de peste. A mi regreso encontré a Diocles asistido en su casa por Janto. Nunca había sentido simpatía por él, pero lo visité para interesarme por su estado de salud y ofrecer mi ayuda en su tratamiento. Ambos clavaron sus ojos cargados de odio y Janto me ordenó que me retirase.

Obedecí, no sin pedirle antes que no abusara de las sangrías y del eléboro. Pensaba, equivocadamente quizá, que en este caso no cabía otra cosa que suplicar. No podía imponerle a un colega un tratamiento que detestaba ni retirar un paciente de manos de un amigo para ponerlo en las del enemigo.

Naturalmente, Janto hizo caso omiso de mi consejo. Cuando Diocles murió, una semana más tarde, lo habían sangrado hasta la última gota. Janto era por lo menos consecuente, pues aplicaba los mismos métodos abominables sobre sus amigos y sobre los pacientes que no conocía. Supongo que unos pocos sobrevivieron a dichos métodos por lo que Janto estaba convencido de que eran válidos. Sin embargo, de la muerte de Diocles me culpó a mí.

Apenas me había enterado de la muerte de Diocles, Valerio requirió mi presencia en la comandancia. Seguía sin caerle bien, pero le impresionaba profundamente mi labor en el hospital, y me trataba con sumo respeto.

—Mm… estimadísimo Caritón —me dijo desde el escritorio ante el que estaba sentado con un papel en la mano—. Lo siento muchísimo, pero mm… tu colega, el muy respetado Janto te ha acusado de hechicería.

Me quedé mirándolo. Fue por la disección, pensé, pero ¿por qué ha esperado tanto?

—¿Qué dice que he hecho? —pregunté con cautela.

Valerio frunció los labios en un gesto desdeñoso y levantó el papel.

—Dice aquí que en una ocasión viniste a visitar al infortunado Diocles y empeoró inmediatamente después de esa visita. Añade que, después de la muerte de Diocles, una inspección de tu cuarto reveló que tenías una pata de conejo envuelta en una tela debajo del arcón de la ropa. Dice que recurriendo a la hechicería has mutilado el cuerpo de varios animales y aun el de un hombre, y que es de conocimiento común que eres un brujo y efectúas tus curas recurriendo a la hechicería. Manifiesta que presentará el caso

a las cortes provinciales de Tomi, y solicita que te detenga y allane tu morada en busca de pruebas de tus prácticas. Espero que no te importe que vayamos a hacer este allanamiento. Estoy seguro, estimado Caritón, que todo esto es un disparate, pero no quiero que me acusen de negligencia en el cumplimiento de mi deber frente al gobernador.

Me bastó observar el nerviosismo reflejado en el rostro de Valerio para saber que no estaba completamente seguro de que fuera un disparate, y que esperaba que me negase al allanamiento, por lo menos hasta que tuviese tiempo de retirar cualquier prueba de mis prácticas de hechicería. Durante un minuto no dije nada, mientras trataba de dominar mi consternación y pensaba en algo.

—¿Puede acusarme Janto ante el gobernador? —pregunté por fin—. Yo creía que se requería un tribunal militar.

—¡Ah! Janto no es militar y tú tampoco. Podría recurrir a un tribunal militar, pero no está obligado a hacerlo.

Sebastián habría formado parte de un posible tribunal militar, y por lo tanto estaba claro que Janto haría todo lo posible para evitar comparecer ante él.

—Puedes registrar mi casa. —Estoy segura de que mi voz expresaba mi enfado, porque Valerio se inquietó—. Permíteme controlar el allanamiento para asegurarme de que no destruyes nada. Pero primero quiero hablar con Janto.

Janto estaba en su casa. Cuando llamé a la puerta, un esclavo la abrió y al verme allí volvió a cerrarla. Llamé otra vez, y al cabo de un minuto se abrió y apareció Janto. Después de hacer la señal contra el mal de ojo permaneció allí, mirando con odio el borde de la puerta.

—¡No seas ridículo! Ábrela y habla conmigo —dije—. Me cuentan que me acusas de hechicería. No tienes ninguna prueba. Sé que me odias, pero no soy culpable y no podrás probar que lo soy. ¿Por qué no te ahorras y me ahorras a mí los gastos y las molestias de un tribunal provincial?

Janto escupió.

—¿Crees que puedes engañarme? Sé que mataste a Diocles con tus fórmulas mágicas y quiero que mueras antes de que me mates a mí también. Y todo Noviduno sabe que eres un brujo. No me costará nada probarlo.

—¡Eres tú quien asesinó a Diocles con tus sangrías y tu eléboro! —exclamé con furia—. ¡Hacerme comparecer ante el tribunal sólo servirá para probar tu propia ineptitud!

Janto exhibió una sonrisa hostil y agitó la cabeza.

—No lo creo —replicó—. ¡Te veré en el potro, Caritón! Y ahora, ¡vete de mi casa! —exclamó, y cerró la puerta.

Di algunos golpes más, pero nadie respondió.

Cuando volví a casa me esperaban algunos soldados y el escriba de Valerio para registrarla, y Suerido y Redagunda estaban junto a la puerta, muy nerviosos. Redagunda estaba embarazada. Tanto ella como Suerido daban por sentado que viviendo en la casa bajo el mismo amo, tenían que dormir juntos. Sus susurros y sus risitas me habían molestado especialmente por estar yo misma enamorada, pero cuando los vi acurrucados juntos en el zaguán, me sentí conmovida. Si se daba crédito a la acusación de Janto, los torturarían.

Las tropas examinaron mis pertenencias con grandes muestras de respeto y el escriba confeccionó una lista de todo lo que encontraron. Mi corsé despertó cierta curiosidad.

—¿Qué es esto? —preguntó el soldado que lo encontró.

—Es un vendaje para costillas rotas —respondí sin parpadear y el escriba anotó: «vendaje tam. gr.» en su tablilla, donde había incluido ya otros vendajes más pequeños.

Desde luego, no había nada directamente comprometedor. Me había preocupado la posibilidad de que Janto ocultase algún objeto extraño, pero habría sido difícil, pues uno u otro de mis esclavos estaba siempre en casa. Sin embargo, a medida que avanzaba la inspección me di cuenta con malestar de la gran cantidad de drogas tóxicas que guardaba en mi casa. El envenenamiento es el acompañamiento natural de la hechicería. Y era verdad que mis papiros eran textos médicos, pero recordé la reacción de un soldado en Alejandría al ver la ilustración en mi Galeno. Un gobernador o asesor que examinase la lista del escriba pensaría tal vez que había allí algo que exigía una investigación más detenida, sobre todo si Janto recitaba muchas de sus anécdotas sobre magia y convocaba a testigos para probar la creencia de que yo hacía hechicería. Era bastante probable que torturasen a mis esclavos e incluso que me torturasen a mí cuando ellos declarasen. «¡Jesús Santo! —pensé—. ¿Otra vez?»

Pero Tracia no era lo mismo que Alejandría. Aquí tenía poderosos amigos. Seguramente Sebastián podría arreglar las cosas con el gobernador, aparte de la influencia que pudiera también tener Atanarico. Lo esencial era conseguir el rechazo de los cargos en la audiencia preliminar antes de que se pusiese en marcha la investigación judicial y se intentara arrancar confesiones a todos. En aquel momento, Sebastián estaba en la costa opuesta. Atanarico no tardaría en regresar desde allí. Hablaría con ambos para conseguir su ayuda.

Los hombres se fueron tras disculparse por la intromisión. Suerido y Redagunda me miraban con angustia. Les habían informado del objeto del allanamiento y temían por lo que pudiera significar para ellos. Con una sonrisa les dije:

—No temáis. Soy inocente, y el gobernador lo comprobará en la primera audiencia. El duque y el señor Atanarico nos protegerán.

Los dos respiraron aliviados. El duque era la autoridad máxima en Escitia en cuanto a ellos se refería, y Atanarico era un hombre de incomparable prestigio, como godo y como romano. Con su protección teníamos que sentirnos seguros. Llenos de confianza se retiraron a proseguir sus tareas. Yo me fui a mi cuarto. Ojalá me hubiese sentido tan tranquila como ellos.

Inmediatamente después del funeral de Diocles, Janto partió hacia Tomi para presentar su acusación al tribunal provincial. Seguramente había gastado mucho en sobornos, pues la audiencia preliminar estaba fijada para finales de junio, es decir, dos meses después. Desde el punto de vista legal, para entonces deberían ya haberme detenido y encarcelado, por ser el asesinato mediante artes mágicas un hecho criminal grave, pero los tribunales civiles no tienen autoridad para hacer cumplir una medida dentro de una jurisdicción militar. Llegaron dos funcionarios de Tomi y conversaron con Valerio y conmigo. Cuando les prometí presentarme a la audiencia, partieron llenos de alivio por haber obtenido esa colaboración.

Sebastián se puso furioso cuando le conté lo sucedido. Lo primero que hizo fue hacer comparecer a Janto y amenazarlo con expulsarlo de inmediato a menos que retirase la acusación. Janto se negó a hacerlo. Yo había asesinado a Diocles, según él, y lo mataría a él también si no me hacía ejecutar antes.

—¡Maldito hombre! —me dijo Sebastián—. Tendría que haberlo despedido tan pronto como llegaste aquí.

Me había invitado a comer en la comandancia para analizar el caso, pero estaba demasiado enfadado para comer. Por unos instantes permaneció de pie junto a la ventana, con aire malhumorado. Luego apuró su copa de vino y se quedó mirando el fondo vacío.

—Nunca creí que su maldad y su envidia lo llevasen tan lejos. Creí que actuaría movido por el propio interés.

—Está realmente convencido de lo que dice —manifesté con desaliento—. Puede ser, incluso, que tema por su vida. Me odia lo suficiente para creer cualquier cosa. Con él he obrado muy torpemente.

Sebastián gruñó algo.

—Es un carnicero y un incompetente. Si me hace perder tus servicios lo azotaré yo mismo. ¡Perder al mejor médico de la frontera por culpa del delirio de un matasanos loco!

—No me has perdido —le dije. Cada palabra suya aumentaba mi temor—. Al menos por ahora. ¿No puedes hacer algo para protegerme?

Sebastián se encogió de hombros.

—Tendrás que ir a Tomi. Me gustaría poder sugerirte que no hagas caso de la acusación, pero la hechicería es un delito muy grave. Si no te absuelven públicamente, te verás perjudicado más tarde y eso podría afectarme a mí también si te protegiese. Sería diferente si hubieses degollado a Diocles. Podría ordenar al gobernador que agarrara la acusación y la arrojara al fondo del mar Negro, ya que no toleraría que uno de mis hombres fuera juzgado por un civil ignorante. No, tendrás que ir a Tomi.

Cuando volvió a la mesa, Sebastián se sirvió más vino, y cuando levantó la mirada, vi la aflicción que sentía.

—Creo que te salvarás —dijo—. Esta noche escribiré al gobernador y le diré que el cargo es frívolo, malicioso e infundado. Además te acompañaré a Tomi, lo que tendría que ser suficiente para que el gobernador no te encuentre culpable. Si dependiese del gobernador actual, podría garantizarte un fallo enteramente a tu favor en la primera audiencia, pero se espera que su sucesor llegue aproximadamente en la fecha de esta primera audiencia y no sé quién será. Aun en ese caso, te absolverán. A los gobernadores no les agrada ofender a un duque del ejército, especialmente cuando tiene un padre poderoso. El único peligro es que el nuevo gobernador sea un ambicioso con ganas de hacerse un nombre atacando a los enemigos del emperador. A los hombres de esta clase les encantan los casos de hechicería. ¿Sabes algo sobre el amuleto mágico que, según dicen, Janto encontró en el cuarto de Diocles?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Ni siquiera sé si tiene por fin maldecir a alguien o bien darle buena suerte. Tampoco sé si pertenecía a Diocles o alguien lo puso allí, o Janto lo urdió en apoyo de su acusación. En los escritos de Hipócrates no figura nada sobre amuletos mágicos.

—Entonces, no podemos probar nada. Bien, tenemos que conformarnos con amedrentar al gobernador con la majestad de las fuerzas escitas.

Finalmente tanto Sebastián como Atanarico me acompañaron a Tomi. Por entonces se había cumplido la predicción del segundo: los godos comenzaban a atravesar el río en dirección a Tracia. Sin embargo, no entrarían en Escitia. Las autoridades imperiales habían decidido desplazarlos río arriba, hacia la provincia vecina de Mesia. Los

campamentos repletos de gente de la margen opuesta del río que se hallaban frente a Noviduno se habían vaciado, y sus ocupantes se alejaron para cruzar hacia Mesia, desde donde los llevarían a las tierras no cultivadas del centro de la diócesis. Al emperador y su corte les entusiasmaba la idea de establecer una colonia goda en Tracia. La idea de que los godos pagasen impuestos por tierras hasta entonces áridas y proveyesen de hombres el ejército imperial era tan irresistible para el tesoro como para las fuerzas armadas. Atanarico había desempeñado un delicado papel en las negociaciones que tuvieron lugar entre el emperador y los tervingos, pero en aquel momento las cosas ya no estaban en sus manos y contaba con tiempo para echar una mano a un amigo en su juicio. Aunque señaló que me lo había advertido, estaba ansioso por ayudarme.

Por otra parte, cada día resultaba más claro que necesitaría esa ayuda. El nuevo gobernador no parecía ser el hombre que me convenía.

—Es joven, es todo lo que he oído —dijo Atanarico—. Obtuvo la gobernación en el último minuto maniobrando contra el otro candidato. Al parecer tiene mucho interés en ganar fama pronto.

—Haría bien en no apresurarse a ofender a nadie —terció Sebastián, aunque a pesar de todo se sentía tan aprensivo como yo.

Por entonces estaba tan acostumbrada a vivir cabalgando que ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de ir en barco a Tomi. Nos dirigimos a la capital provincial y Sebastián, como siempre, montó a la cabeza de una tropa de caballería, cosa que me alegró: es difícil sentirse débil y aterrada cuando se marcha a la cabeza de un grupo de soldados a caballo. Me alegré de esto. Pensábamos estar en Tomi unos pocos días antes de la audiencia para que Sebastián tuviese tiempo de influir sobre el gobernador. Nos llevó dos días enteros llegar allí. El segundo día, Atanarico se separó de nosotros y avanzó a la carrera utilizando el sistema de postas, para avisar a la gente de Sebastián que había en Tomi de que tuviese lista la residencia de éste. Al menos, fue el pretexto que dio. Yo sospecho que simplemente no sabía ya cómo cabalgar al trote.

Tomi, la capital provincial, es una ciudad grande para el nivel de otras de Tracia, aunque para el de las asiáticas o las egipcias es apenas una aldea. Goza de un buen emplazamiento sobre el mar Negro y mira al este, hacia el sol cuando nace, tiene una playa arenosa y un buen puerto. Como todas las ciudades de Tracia, está muy fortificada, y dispone de murallas hechas de la piedra clara de los alrededores. Al atardecer, cuando nos aproximamos a ella, tenía un aspecto alegre y espacioso. El mercado era bastante amplio y lo rodeaban la residencia del gobernador, los cuarteles

de Sebastián, un templo pagano y un pórtico lleno de comercios. Salvo la iglesia, en la ciudad no había mucho más.

Atanarico estaba ya en su centro de operaciones, pues había llegado hacia mediodía. El personal tenía todo preparado para nosotros y nos fue posible desmontar e ir directamente a comer. Si bien la base de Sebastián era Tomi, no pasaba mucho tiempo allí. Era un jefe muy activo, y prefería supervisar sus tropas acampadas, y solucionar los problemas allá donde ocurrían. Conservaba, no obstante, sus esclavos personales y su amante, la muchacha que tocaba la flauta. Los tres nos instalamos a disfrutar de una comida excelente, a pesar de que yo estaba demasiado nerviosa para tener mucho apetito. Recordaba todo el tiempo la prisión de Alejandría. Llegó la muchacha con la flauta, pero Sebastián le indicó que se retirara.

—¡No es momento para divertirse, querida! —le dijo—. Más tarde, tal vez.

—Hicimos bien en venir ahora —señaló Atanarico cuando terminábamos la cena—. El gobernador ha llegado y ha adelantado tres días la fecha de la audiencia. Ahora está fijada para mañana.

—*Sacra Majestas!* —exclamó Sebastián—. ¿Por qué? ¡Ni siquiera hemos buscado un abogado! ¿Quién es? Quiero saberlo.

—No sé por qué lo ha hecho —dijo Atanarico—. Es compatriota tuyo, Caritón, como tú, de Éfeso. Se llama Teodoro.

Había estado bebiendo mi vino y al oír el nombre me atraganté. Tuve tal acceso de tos que casi derramé el resto de la copa sobre mi ropa.

—¿Lo conoces? —me preguntó Sebastián con curiosidad.

—¿Cuál es su nombre completo? —pregunté a Atanarico—. ¿Lo has conocido?

—Teodoro, hijo de Teodoro. Sí, me ha recibido en la prefectura. Es un hombre joven, moreno, de hombros anchos y dientes torcidos. Dijo que lamentaba que me desagradara el cambio de fecha, pero no creía que tuviese importancia.

Estallé en una carcajada y me llevó unos instantes callar. Los dos hombres me miraron con suspicacia.

—Tenía razón —dije por fin—. No habría sido necesario molestarse en venir a Tomi. Yo podría entrar mañana en esa corte vistiendo un manto bordado con símbolos mágicos y cantando un himno a Hermes Trismegisto y el gobernador me habría absuelto. ¡Dios Eterno! ¡Torión gobernador de Escitia! ¡Ay, Señor!

La expresión intrigada de Atanarico se disipó.

—Entre tus cosas en Alejandría había una carta de un tal Teodoro.

—Es el mismo Teodoro —dije.

Con una sonrisa, Atanarico dio una explicación a Sebastián.

—«Querido Caritón, deja de tratar a ese arzobispo peligroso y ven conmigo a Constantinopla. Maia estará encantada de verte.» ¿De qué lo conoces? —Haciendo chascar los dedos se dio la propia respuesta—. Ahora lo recuerdo. Dijiste que eras el protegido de un tal Teodoro de Éfeso. Pero él escribía como si fueses miembro de su familia.

—Así es. En cierto modo, dependía de su preceptor. Crecimos juntos, estudiamos a Homero juntos. Me hizo aprender algo de latín para que lo ayudase con el plural de *magister militum*. Me escribió diciendo que esperaba obtener pronto una gobernación, pero no dijo dónde, por temor de no conseguirla. Supongo que quería sorprenderme.

—Pues lo ha conseguido —dijo Sebastián, sonriendo a su vez—. ¿Estás seguro de que te absolverá?

—Siento lástima por Janto —respondí.

—Bien. ¿Creéis que traería mala suerte llamar a Dafne para celebrar una fiesta antes del evento?

Llamó a Dafne y pidió otra jarra de vino, de modo que tuvimos la fiesta. En realidad fue bastante decorosa, pues estábamos sólo los cuatro, pero bebimos demasiado. Dafne cantó unas canciones cómicas y procaces, y finalmente Sebastián, dando traspiés, se retiró a la cama con ella, dejándonos a Atanarico y a mí el resto del vino.

—Tiene suerte —dijo Atanarico al ver a Sebastián.

No abrí la boca. Mi júbilo inicial se había disipado y comenzaba a preocuparme por mi entrevista con Torión. Escitia debía de ser la provincia que había mencionado al maestro de los oficios. Tampoco era raro que se la hubiesen concedido, pues es una provincia poco solicitada, no rica como las de Asia o las egipcias, ni prestigiosa como Siria o Bitinia. Torión la había solicitado pensando en mí, para tener la ocasión de discutir mi situación y persuadirme de que volviese a casa. ¿Qué pensaría cuando me viese?

—Me gustaría tener una muchacha como ésa —dijo Atanarico, mirando aún a Dafne —. Pero probablemente no podría quedarme con ella. Viajo demasiado. ¡Ah, las durezas de la vida de un agente! Supongo que no te has fijado en ella.

—He notado que canta bien —atiné a decir. Torión se borró de mis pensamientos como una piedra que cae al fondo del mar sin dejar el menor rastro. Mi mente era un espejo que no reflejaba nada, salvo a Atanarico—. Y es bonita.

—Sí que es bonita —replicó Atanarico. Apartó la mirada de la puerta y la fijó en

mí un instante. Sus ojos azules brillaban a la luz de la lámpara—. Hay algo que siempre me he preguntado, Caritón. Vosotros los eunucos… Quiero decir… ¿Nunca has deseado a una mujer?

—No —respondí. Estaba agitada y me zumbaban los oídos—. A otros les sucede, a veces, quizá. No lo sé.

—Probablemente sea mejor así. —Atanarico se desperezó, listo para irse a dormir —. El deseo es un tormento.

—Sí —asentí vivamente, sin pensarlo.

Atanarico volvió a mirarme, sorprendido.

—¿Crees eso? ¿Caritón el médico, el perfecto filósofo, el dueño del desapego de los estoicos? Y acabas de decir… —Aquí calló, inesperadamente receloso—. Mujeres no. ¿Hombres, entonces?

—Uno —dije, y me mordí los labios.

—Probablemente un eunuco no puede evitarlo —comentó, pero con una expresión de rechazo—. Y seguramente eras un joven hermoso.

—No fue así. No sucedió nada.

Ante esta respuesta, la expresión de rechazo se transformó en otra, mezcla de regocijo y de comprensión.

—¿No te gustaban los muchachos? ¿Qué hiciste?

—Nada —respondí—. No dije una palabra, y él tampoco. Al final uno se repone de estas cosas. Ésa fue toda mi experiencia del deseo. No es mucha ¿verdad?

Atanarico rio.

—Pobre Caritón —dijo.

Agité la cabeza y repuse:

—Siempre queda Hipócrates.

Al día siguiente fuimos temprano al tribunal. Me puse mi mejor manto, el bordeado en rojo y verde. Sebastián invocó «la majestad de las armas escritas» y apareció ataviado con su armadura dorada y su manto corto carmesí, seguido por una escolta de doce hombres. Atanarico, por participar del espíritu de la ocasión, se puso una túnica limpia con un hermoso ribete, colgó el sello que representaba su licencia para utilizar las postas de una cadena de oro que le rodeaba el cuello, y marchó con su aire insolente y un pulgar enganchado como siempre en el cinto de su espada. Se me ocurrió que aunque el gobernador no quisiera favorecernos, aquel despliegue había influido en él.

La sala de audiencias estaba en la planta baja de la prefectura, directamente sobre el primero de los patios. La embellecían unas estatuas de la Justicia. Un altar para esta

diosa había sido arrancado de una pared, condenado por ser demasiado pagano, dejando manchones desconchados de yeso. Los ujieres nos permitieron el acceso a Sebastián, a Atanarico y a mí, pero no a la guardia de Sebastián, excepto a dos de sus miembros, disculpándose por la falta de espacio. El edificio estaba ya lleno de ciudadanos de Tomi. Un juicio por hechicería siempre despierta interés, y además el pueblo tenía curiosidad por ver al nuevo gobernador.

Janto estaba ya allí vistiendo sus mejores ropas, acompañado por un grupo de personas de Noviduno, presumiblemente dispuestas a declarar que yo era un hechicero. Los ujieres me condujeron a un sector situado a la izquierda del estrado, detrás de una reja. Mis amigos se sentaron frente al tribunal. En los bancos no había sitio, pero los ujieres trajeron sillas y trataron de conseguir almohadones.

Torión entró puntualmente a la hora fijada en la clepsidra. Apenas había cambiado. Estaba algo más gordo, tenía la cara más redondeada y vestía con mayor esmero. Recordé que nunca conseguía alinear las rayas de su manto, mientras que ahora se desplegaban con la precisión que hubiese marcado una plomada. Antes de sentarse, sus ojos recorrían ya ansiosamente el recinto. Dos veces me miró y en seguida desvió la atención hacia otro lado. Al sentarse me miró de nuevo y yo le sonreí. Tenía los ojos muy abiertos y advertí que maldecía para sí.

Comenzó la audiencia. Janto había contratado a un abogado, un retórico gordo y viejo que pronunció un largo discurso sobre los méritos de su cliente y sobre mi maldad, depravación, impiedad, hipocresía y astucia. Torión me miraba todo el tiempo y agitaba la cabeza con asombro. Los ciudadanos murmuraban entre ellos y me observaban primero con curiosidad y luego, a medida que el abogado describía los cargos, con fascinada repugnancia. El viejo abogado formuló su lista de acusaciones y terminó exhibiendo la comprometedora pata de conejo con un gesto teatral. Susurros y aliento contenido por el horror. Janto sonreía. Sebastián parecía preocupado. El abogado terminó de hablar, hizo una reverencia al juez y se sentó.

—Bien —dijo Torión—. ¿Qué tiene que decir el acusado a todo esto? ¿Tienes aquí un protector, Caritón de Éfeso? —Pronunció mi nombre supuesto con cierta repugnancia y un aire de altivo desdén, como si no me hubiese visto nunca.

—Hablaré por mí mismo, señoría —respondí, y después de levantarme comencé a hablar. Describí el accidente de Diocles y el tratamiento que recibió de Janto, e insistí en mi total ignorancia de las artes mágicas—. Me formé en Alejandría y soy hipocrático tanto por educación como por inclinación. —Finalmente añadí—: Nosotros creemos que las enfermedades tienen causas naturales y curas naturales y estamos demasiado

ocupados en su estudio como para prestar mucha atención a la magia. Además, juramos aplicar nuestro conocimiento para curar, no para hacer daño. Soy enteramente inocente de lo que se me acusa. —Volví a sentarme.

La gente de Tomi murmuraba, no del todo convencida, lanzándome miradas de horror y suspicacia.

Torión hizo un gesto afirmativo y se inclinó hacia delante.

—Según entiendo —dijo—, el acusador era el jefe médico de la fortaleza en Noviduno hasta la llegada del acusado. ¿Puede decirme alguien en qué consistía su tarea?

—¡Mi cliente ha practicado el arte de Apolo toda su vida! —dijo el abogado serenamente—. Como su padre antes que él, trataba sin temor a los enfermos, aliviando sus dolores, calmando…

—Sí, sí. Pero ¿qué tipo de trabajo hacía? —preguntó Torión—. ¿Hay testigos?

Sebastián se levantó lentamente.

—¡Su excelencia el nobilísimo Sebastián, duque de Escitia! —anunció el ujier.

—Excelencia —dijo Torión, dedicándole la sonrisa de sus dientes torcidos—, estoy encantado de conocer a una persona tan eminente. Me honra que hayas considerado apropiado venir a este tribunal.

Sebastián hizo un gesto displicente.

—¿Puedo declarar en nombre del acusado? —preguntó.

—Un caballero de tu alcurnia puede declarar en favor del diablo.

Sebastián comenzó a vituperar violentamente a Janto por torpe e incompetente y a elogiarme a mí.

—El año anterior a la llegada del estimadísimo Caritón, el hospital de Noviduno trató a ochenta y tres pacientes, de los cuales setenta y dos murieron. El año pasado trató a ciento cuarenta y ocho, de los cuales ciento dos se recuperaron. Además, el número de hombres enfermos de mis tropas ha disminuido en forma considerable. Valoro enormemente los servicios de Caritón. Es un médico excepcionalmente hábil y dedicado, y la cháchara sobre hechicería es un disparate. —Sebastián se sentó.

Torión asintió varias veces con un gesto a las palabras de Sebastián.

—Tuviste la bondad de decir lo mismo en una carta que escribiste a mi predecesor, excelencia —dijo cuando Sebastián terminó de hablar—. Bien, Janto, como jefe médico, efectuó un trabajo deficiente. Llega Caritón, lo reemplaza, y hace un buen trabajo. Este señor Diocles cae al Danubio, tiene neumonía, Janto lo trata y muere en seguida. Janto culpa al enemigo que lo suplantó.

—¡Eminencia! —exclamó el abogado. Janto se irguió boquiabierto, agitado.

—¡Calla! —le gritó Torión con impaciencia—. No puedes ocultar el hecho de que tu cliente tiene animadversión contra el acusado. ¿Tienes alguna prueba que relacione a Caritón con la muerte?

—Es un brujo —afirmó Janto, levantándose de un salto antes de que el abogado pudiese hablar. Aferrado a la reja como si fuese un arma que pensaba arrojarme, habló escupiendo las palabras, mirando a todos airadamente, desafiándolos a que lo llamasen embustero—. En la fortaleza todo el mundo lo sabe. Sus propios esclavos se jactan de ello. Obtiene sus curas por hechicería. Mutila cuerpos de animales, ¡y también de hombres! —Un murmullo exaltado recorrió los bancos—. ¡Tengo testigos que pueden corroborarlo! —La voz de Janto se elevaba a pesar de los esfuerzos del abogado por calmarlo y lograr que presentase sus pruebas con mayor eficacia—. ¡Alarico y Ursacio, aquí presentes, examinaron el cuerpo de un hombre, un soldado cortado por este mago castrado con algún fin de nigromancia! ¡Lo vi hacerlo con mis propios ojos y ellos pueden jurar que lo hizo!

Exclamaciones de horror. Ignoraba que Janto había conseguido algunos testigos de mi disección. Imaginaba que el encuentro sería entre él y yo. La evidencia no me favorecía.

Torión hizo caso omiso de ella.

—Pueden jurar, quizás, haber visto un cadáver con señales de haber sido objeto de cortes. Jurarás, como has dicho, que viste a tu colega diseccionando el cuerpo. ¿Era el cuerpo del muerto, Diocles? ¿No? ¿Cómo sabes, entonces, que los cortes no se efectuaron como parte de un procedimiento quirúrgico habitual? El acusado es un cirujano, supongo. ¡Muy bien, entonces! ¿Están dispuestos a jurar tus testigos que las señales de cortes que vieron eran nigrománticas, no efectuadas antes de la muerte en un intento de salvar la vida del paciente? —Los testigos dieron muestras de nerviosismo e incertidumbre y agitaron la cabeza.

—¡Yo lo vi cortar el cuerpo después de morir! —exclamó Janto—. ¡Lo cortó en un cuarto trasero del hospital de Noviduno, durante la noche, cuando pensaba que nadie lo vería! ¡Pero miré por el ojo de la cerradura y lo vi!

Más murmullos entre los bancos. Torión ordenó silencio levantando una mano.

—Aun cuando aceptase tu declaración de que los cortes tuvieron lugar después de la muerte y dado tu manifiesto odio contra el acusado, no veo por qué debo… ¿Puedes presentar alguna evidencia de que fue parte de una actividad nigromántica y no una disección médica de rutina? ¡Desde luego que estas disecciones existen! Cualquier

hombre educado sabe que los médicos expertos suelen realizar esas operaciones para determinar cómo tratar enfermedades semejantes en el futuro. ¿Has leído a Galeno, o a Herófilo? ¿Qué? ¡Y eres médico! Puedo ver con claridad que eres tan inepto como afirma nuestro respetado duque. ¿Tienes alguna otra prueba?

—Todo el mundo sabe que es un brujo. Puedo llamar a testigos…

—Lo que dice todo el mundo no es evidencia. ¿Tienes pruebas de que haya hecho amuletos mágicos para alguien, o maldecido a alguien para que se ponga enfermo, o de que haya practicado la astrología? ¿No? Muy bien, queda cerrado el caso.

Tumulto en la sala. Torión levantó la voz y prosiguió:

—Y pido indemnización por daños a Janto, hijo de Policles, por formular un cargo malicioso y sin fundamento contra el excelentísimo Caritón. Asesor, ¿hay algún otro asunto para esta mañana? Bien, se levanta la audiencia hasta esta tarde.

Janto y su abogado empezaron a protestar. Janto lloraba, golpeando la reja con los puños. La multa impuesta por calumnias era considerable, y llevaba gastado ya mucho dinero en sobornos y en abogados. Las pérdidas lo arruinarían. Además, había perdido su puesto y era poco probable que obtuviese otro después de quedar marcado como inepto. Corrió hacia el estrado, dispuesto a pedir misericordia, pero Torión hizo una señal a los ujieres, que lo detuvieron. Lo siguió el abogado, mirando a Torión por encima del hombro. La concurrencia se levantó sin dejar de discutir ruidosamente. Torión, sentado en su sillón, con los dedos hundidos en su cinto, silbaba en voz baja. Al cruzarse nuestras miradas me dirigió una sonrisa.

El público se había retirado y Sebastián y Atanarico se levantaron para acercarse a Torión. Yo fui tras ellos.

—Estimado Teodoro —le dijo Sebastián estrechándole la mano—. No pierdes el tiempo.

Torión estrechó la mano de Sebastián con una amplia sonrisa.

—Bastantes discursos sin sentido tuve que escuchar cuando era asesor. No veo por qué tener que soportarlos ahora que soy gobernador. Además, creo que habría identificado a ese hombre como un embustero y un tramposo aun sin conocer el caso de antemano. Bien, supongo que Caritón les ha dicho que es un viejo amigo mío. Permítanme un instante —dijo.

Torión se acercó a mí y se detuvo, mirándome fijamente y agitando la cabeza con asombro.

—¡Por la gran Artemis! No te reconocía, Caritón. Eres tú, ¿verdad?

—Desde luego —respondí, y lo abracé. Después de responder con un abrazo

fraternal, retrocedió un paso para volver a mirarme.

—¡Y con esas prendas, además! ¡Por el amor de Dios, pareces un bárbaro!

—Aquí hace frío durante el invierno.

—¡Tendrá que helar para que yo me decida a usar esa ropa! Sin dejar de pediros excusas, excelencias —dijo, mirando a Sebastián y a Atanarico, ambos con las mismas prendas—. Hay que acostumbrarse a ellas. Aunque lo diga yo, creo que el juicio ha ido bastante bien. No quería que fuese demasiado evidente mi amistad con Caritón. Ahora todo el mundo pensará que soy un hombre muy instruido. Eran Herófilo y Galeno quienes hicieron disecciones, ¿no, Caritón? ¿Realmente hiciste una disección, o ese tipo lo inventó? Si es cierto, fue algo muy estúpido. Nunca me he sorprendido tanto en mi vida como cuando supe que vendrías aquí por un juicio por brujería. Justamente estaba a punto de enviarte una carta, invitándote a visitarme, cuando el asesor me dice: «Pero señor, este mismo Caritón debe venir aquí la semana que viene». De todos modos, nos hemos librado del problema. Tendrás que venir a comer conmigo, así podemos hablar… si los eminentísimos nos disculpan. —Se volvió hacia Atanarico y Sebastián, aún sonriendo—: No he visto a mi amigo en cuatro años. Crecimos juntos.

—Eso nos ha dicho —dijo Sebastián. Parecía un poco desconcertado.

—Entonces nos disculparéis. No obstante, estoy encantado de conocerte, excelencia, y a ti, nobilísimo Atanarico. Tendrás que perdonarme: anoche no reconocí tu nombre. Lo recordé después de que hubieras partido. El ilustrísimo Euterio te mencionó, diciendo que podía confiar en tu ayuda si tenía algún problema con los godos. Tengo entendido que ahora se están desplazando a través del río, aunque no en esta provincia. Me complacería que me honraseis con vuestra estimadísima compañía en la cena, excelencias. Tengo mucho que aprender si he de hacer un buen trabajo aquí.

Sebastián y Atanarico se inclinaron y murmuraron que estarían encantados de acompañarnos en la cena. Torión respondió con una inclinación y se lo agradeció. Luego me arrastró afuera rápidamente, a la parte de atrás de la Prefectura, donde tenía su residencia. Uno de los escribas del tribunal nos seguía, pero tan pronto como cruzamos hacia la casa, Torión lo miró fijamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó. El escriba lo miró atónito y le alcanzó algunos papeles. Torión se los arrebató—. ¿Por qué me los muestras? —dijo, echándoles un vistazo—. Los miraré más tarde. —Se los devolvió bruscamente—. Quiero hablar con mi amigo y no quiero que me molesten —anunció en voz alta, mirando al escriba y a dos o tres esclavos de la Prefectura que habían ido tras él. Se inclinaron y se retiraron rápidamente—. Pero he invitado al duque Sebastián y al agente

Atanarico a cenar. ¡Ocupaos de eso! —gritó a los esclavos que se alejaban, y éstos volvieron a inclinarse.

Torión me cogió del brazo.

—Aquí nunca respetan tu intimidad —me dijo, arrastrándome hacia el edificio—. ¡Por los Santos Apóstoles, Caritón, no sabía que tuvieras amigos tan poderosos! ¡Deberías haber visto la carta de Sebastián… y la del agente Atanarico! Según ellos, eres la reencarnación de Hipócrates. ¡No sabía qué pensar!

Subimos un piso por una escalera tallada cuyas paredes de yeso reflejaban paisajes marinos. Otro tramo más empinado con paredes y barandilla lisas nos condujo al sector de los criados.

—Comeremos con Maia. Nos espera —explicó Torión cuando llegó al final y se detuvo, un poco agitado—. Abajo es imposible tener intimidad, con gente entrando sin cesar. ¿Puedes mirar esto, mirar este otro documento, excelencia? ¡Su excelencia no verá a nadie hasta la tarde!

El último comentario se dirigió a una de las esclavas que salió de su cuarto para ver quién hablaba, tragó saliva, hizo una reverencia y entró de nuevo. Torión recorrió el corredor, se detuvo de forma tan brusca que choqué con él, y golpeó una puerta. Ésta se abrió al instante.

Torión era el mismo. Mi Maia había cambiado mucho. El pelo que recordaba rojizo era gris, y parecía más menuda y reseca como un trozo de cuero. Sus ojos pasaron por Torión para fijarse, muy abiertos, en los míos. Se fue hacia atrás para que pudiéramos pasar, cerró la puerta y echó el cerrojo.

—¡Querida mía! —murmuró mientras seguía mirándome.

—No la reconocí —le dijo Torión.

—¡Ay, mí pobre querida! —exclamó Maia, y me abrazó poniéndose de puntillas. ¿Había crecido yo tanto? ¿O ella había encogido?

—El juicio marchó perfectamente —le explicó Torión, y entró en el cuarto sin esperar a que Maia me soltase. Era bastante amplio, las paredes estaban pintadas de color anaranjado y había una cama, un triclinio y un taburete junto a una mesita cargada de golosinas. Torión se sentó en un extremo del triclinio y cogió un racimo de uvas de la mesita—. El hombre que formuló el cargo era la expresión misma del despecho y la envidia, y todos vieron cómo odiaba a Cantón. Y el honorable duque se presentó en persona con ese hombre, Atanarico, habló de lo maravillosa que es Caritón y de toda la gente a la que ha curado, y dijo que es el médico más inteligente a este otro lado de Alejandría. Debo reconocer algo, Caritón, y es que has hecho un trabajo magnífico con

tu medicina. ¡Yo no sabía qué pensar!

Maia aún me tenía abrazada. Había apoyado una mano sobre mi mejilla y me miraba detenidamente. Entonces agitó la cabeza.

—¡Mi pobre querida! —volvió a decir—. ¡Y eras una muchacha tan bonita!

—¡Déjala tranquila ahora! —le dijo Torión—. Que busque su camino sola. Ven a sentarte. ¡Dios Eterno! ¡Lirones rellenos! ¡Realmente estás celebrando algún acontecimiento!

—Es por el reencuentro —dijo Maia apartándose de mí—. No tengo mucho en que gastar mi dinero, ¿no? Y no te gusta que lo dé todo a la Iglesia.

Me senté en el otro extremo del triclinio y Maia ocupó el taburete.

—¿Qué es esto del dinero? —pregunté.

—Es el sueldo de Maia —explicó Torión—. Como ama de llaves.

Miré a los dos.

—¡No me dijiste que la habías liberado!

—¿No? Pues la liberé. La heredé cuando papá murió e hice redactar los papeles de inmediato. Aunque no hay mucha diferencia. También liberé a Filoxeno y lo nombré capataz de la granja. ¿Te acuerdas de Filoxeno?

—Por supuesto. ¡Maia, qué alegría me da beber por tu libertad! Déjame brindar ya.

Maia sonrió sin parecer muy convencida, sirvió un poco del vino que había en una jarra, ya mezclado, y dijo:

—Aunque, como bien dice su excelencia el señor Teodoro, no hay mucha diferencia.

Me eché a reír. Había olvidado la afición de Maia por los títulos.

—Por mi Maia —brindé levantando mi copa—. ¡Por Elpis de Éfeso, una mujer libre!

Con una nueva sonrisa, Maia sirvió vino para ella y luego para Torión, con quien brindó.

Mientras comíamos los lirones rellenos, Torión conversaba, informándome sobre las propiedades en Éfeso, y sobre todos los esclavos y servidores de la casa, así como sobre sus amigos y sobre Constantinopla. Sabía que tarde o temprano el diálogo se centraría en mí. Intuí que sería difícil.

Maia me miraba en silencio, sin comer mucho. Tenía los ojos envejecidos, uno más que el otro. Parecían estar húmedos y advertí que se los frotaba de vez en cuando, como si le ardiesen. Hubo una pausa en la conversación, cuando Torión engulló otro lirón relleno y Maia notó que yo le miraba el ojo. Con una sonrisa me preguntó:

—¿Podrás darme un remedio?

—Estaba pensando en algo —le contesté, y era verdad.

—Estoy segura de que será eficaz —dijo serenamente—. Creo que debes de ser muy buena médica. ¿Y eres feliz, querida?

—Sí.

Me miró suspirando hondamente, sin dejar de examinarme con nostalgia.

—Quería que volvieras a casa. Quería verte casada.

—Lo sé. Ojalá… ojalá pudiese casarme y seguir ejerciendo mi arte. Pero no puedo. He tenido que elegir entre las dos cosas.

Maia asintió.

—Nunca creí que volverías. ¡Cuando abandonaste Éfeso le advertí a Torión que era para siempre! Me dijo que no fuese tonta.

—Y ahora me parecéis tontas las dos —intervino Torión—. No sé qué tiene de maravilloso este arte, pero en cierto modo estoy orgulloso de que haya ido tan bien, Caritón. Pero lo has aprendido, lo has practicado, y hace más de cinco años que te fuiste. No veo por qué no puedes volver ahora y casarte. Y no mantengas esa terquedad de mula. Has perdido un poco de tu belleza, pero no hay nada que unos meses de cuidados y un poco de maquillaje no puedan curar. Eres todavía bonita y bastante joven. Yo me ocuparé de que recibas la mitad de nuestra herencia como dote. Puedes casarte con quien quieras y poner tus propias condiciones. Hasta podrás jugar a médicos en tu casa. Sé que lo tenías planeado así. Bien, ¿qué problema hay? No está bien vivir sin una familia, fingiendo ante todo el mundo ser algo que no eres. ¿Lo saben tus propios esclavos? No, lo sospechaba. Es inútil. Y tienes dificultades, primero por el maldito arzobispo hereje, y ahora por esto.

—No era hereje —respondí con viveza.

—Entonces era un demagogo, primero agitando a la plebe y luego desafiando a las autoridades. Serás inteligente, pero nunca has tenido sentido común. No tendrías que haberlo asistido. ¡Y haber hecho disecciones! Era buscarse dificultades. Pensé en hacerte detener por este cargo y luego dejarte escapar de la prisión. Creí que entonces entrarías en razón, pero no quería que torturasen a tus esclavos. No me gusta. Por lo menos, desde que Festino torturó a Maia.

—Me moriría si tuviera que volver a ser una dama —dije—. No lo haré, Deja las cosas como están, por favor, Torión. No quiero discutir.

—¡Simplemente, no te comprendo!

—¿Cómo te sentirías si alguien te dijese que no es propio aceptar una gobernación,

o una asesoría, o cualquier cargo, que no pudieses presentarte a un tribunal para asumir tu propia defensa, o que no fuese necesario tu consentimiento para tu matrimonio? ¿Que todo fuese dispuesto por otros y no por ti? ¿No harías todo lo posible por evitar semejante esclavitud?

—Sí, ¡pero yo soy hombre!

—¡Bien, ante los ojos del mundo ahora también yo lo soy! Tú estás acostumbrado a tu libertad y yo a la mía. Y te aseguro que amo el arte quizá más que tú el cargo de gobernador.

—Te dije, excelentísimo, que no sería bueno —dijo Maia.

Torión suspiró y me miró con preocupación.

—Estoy seguro de que no hay nadie en el mundo que tenga una hermana como tú. Muy bien, dejémoslo por ahora. Puede ser que un día te enamores y cambies de parecer. No hay nada como el amor para cambiar las ideas. Sólo espero que entonces no sea demasiado tarde.

Inclinada sobre su copa Maia sonrió.

—Caris querida —dijo—. Come algo más. No has comido como Dios manda.

—Estás delgada como un palo —dijo Torión con aspereza—. Chata y huesuda. ¿Qué haces en el hospital?

Me invadió una ola de alivio. Me había zafado de aquello con bastante facilidad. Además, nunca había esperado el apoyo tácito de Maia. Nunca había aprobado mi medicina en Éfeso. Les hablé a ambos del hospital.

—Hay algo que quiero saber —dijo Torión interrumpiendo mi relato sobre las dificultades con los medicamentos—. ¿Puedes saber de qué sexo será un bebé antes de que nazca?

La pregunta me desconcertó. Maia sonreía otra vez.

—Hipócrates dice que te lo indica la forma en que se coloca en el vientre. Pero en general los bebés se mueven mucho, de modo que no puedes estar del todo seguro. —Maia seguía sonriendo. Los miré a ambos con recelo—. ¿De quién es el bebé? —pregunté.

—Mío —respondió Torión con orgullo—. Espero que sea un varón. Podría nacer una mujer parecida a ti y crearme infinidad de dificultades.

Me quedé mirándolo atónita, preguntándome si había olvidado decirme que se había casado. No, yo lo habría advertido. Seguramente se trataba de una amante o concubina.

—Te felicito —le dije—. ¿Tiene madre esclava o libre?

—Libre —respondió muy satisfecho—. Es hija de un panadero de Nicomedia. La

conocí en los tribunales. Le he dado una buena dote en propiedades, de modo que si alguna vez me caso, quedará en buena situación. Pero de momento no pienso casarme. Me costaría mucho tener que separarme de Melisa. —Torión calló, y su expresión era de alegría al pensar en su concubina, olvidando por un momento el mal comportamiento de su hermana—. Creemos que el bebé llegará en septiembre —dijo. No podía dejar de sonreír al pensar en él.

—Melisa es una muchacha dulce —añadió Maia, más entusiasmada aún que Torión ante la perspectiva del nacimiento de aquel niño. Siempre había ansiado ser como la abuela de los hijos que yo tuviese, pero uno de Torión, aunque fuese ilegítimo, era totalmente aceptable.

Bendije para mis adentros a aquella desconocida, Melisa, pues gracias a ella mi familia me daría menos trabajo.

—Espero, por ti, que sea varón. Si me presentas a Melisa haré lo que pueda para ver si puedo predecir el sexo del bebé, pero ninguno de los métodos es realmente fiable. Con todo, puedo recomendar otras cosas que la hagan sentirse más cómoda, si lo necesita. Si quieres, trataré de trasladarme desde Noviduno para asistirla en el parto.

Torión asintió sonriendo.

—Le dije a Melisa que acudiría a la mejor partera o al mejor médico de la provincia. Al parecer, eres el mejor médico. Y ya he pensado en llamar a mi hijo Caritón.

Volví a Noviduno una semana más tarde, completamente extenuada. Torión y Maia por sí solos me encantaban. Torión me admiraba mucho por mi habilidad como médica y por mis contactos con ciertos sectores del poder. Me comentó que el ilustrísimo maestro de los oficios tenía muy buena opinión de Atanarico. La opinión de éste tenía la validez de un edicto cuando se trataba de asuntos de los godos. Estaba muy satisfecho de haber hecho amistad con él. Pero Torión, cuando estaba con otras personas, me producía una gran ansiedad. Nunca pronunciaba mi nombre, y de todos modos siempre me había llamado Caritón, pero solía referirse a mí en femenino. Sin duda, muchos hacen lo mismo al referirse a los eunucos, pero sólo para ofender. No sucedía a menudo y no siempre había seguridad sobre lo que decía, pero bastaba para ponerme muy nerviosa. Atanarico advirtió el desliz y me preguntó a solas si Torión era «el hombre que habías mencionado». No llegué a comprender qué había querido decir hasta que recordé mi confesión sobre los tormentos del deseo.

—¡No, por el amor de Dios! —exclamé—. Es sólo un viejo amigo.

Atanarico me miró con aire pensativo y yo traté de fingir despreocupación. Sabía, sin embargo, que estaba capacitado para percibir cosas como aquélla y me pregunté si ahora adivinaría la verdad. Me preocupaba lo que sentiría yo si descubría mi secreto, pero Atanarico no habló más del asunto. La verdad era que partió a todo galope a «hacer una inspección de las postas» dos días después del juicio. Sebastián permaneció en Tomi, donde pensaba pasar aproximadamente un mes clasificando las provisiones para sus hombres. Yo me vi obligada a volver al hospital lo más pronto posible porque mediados de verano es una época de enfermedades contagiosas. Antes de partir, conversé con Sebastián sobre Janto.

—Ahora que ha visto rechazada su demanda, no es necesario despedirlo —dije—. No me importa que siga trabajando bajo mis órdenes, siempre que no se entrometa con mis pacientes.

Sebastián se quedó mirándome y luego me dirigió una sonrisa irónica.

—¿Por qué esa condescendencia cristiana? —preguntó—. El hombre es tu enemigo. Quería hacerte torturar y matarte. Además, ya lo he despedido.

Me encogí de hombros. A menudo recordaba la forma en que lo arrastraron llorando fuera de la corte. Me pregunté si tendría dinero suficiente para pagar sus multas.

—En parte tuve la culpa —dije a Sebastián—. Obré mal, lo suplanté, lo traté con arrogancia, lo humillé y critiqué sus métodos. No tiene la culpa de ser tan mal médico, pues no es responsable de su propia formación. Además, creía verdaderamente que yo

era un hechicero y que maté a su amigo. No quiero que lo tortures porque no pueda pagar.

Sebastián rio.

—*O integer vitae scelerisque pure!*[5] Bien, si lo pides, puede volver contigo. Le enviaré una carta con esa noticia. En este momento está en Noviduno, recogiendo sus cosas. Pero le diré que fuiste tú quien intercedió por él y quizá no quiera volver. He visto antes odios como éstos. Es un veneno mortal, y no mata a su objeto sino a quien lo siente. Aunque tú no sabes nada de estas cosas, ¿no?

Me dirigió una mirada llena de afecto y escribió la carta. La cogí, monté mi caballo y volví a casa.

No cubrí toda la distancia al galope. El caballo no lo habría soportado, pero lo hice correr más que durante el viaje a Tomi, acompañado por Sebastián, y llegué a la fortaleza hacia el mediodía del segundo día después de abandonar Tomi. Cuando atravesé el fuerte, varios de los soldados me dirigieron vivas y me saludaron, encantados de verme regresar, satisfechos de que estuviese en libertad. Tal vez fuese un hechicero, pero, como médico, me preferían a mí antes que a Janto. Devolví los saludos, pero no me detuve hasta que llegué al hospital. Arbecio y Edico salieron corriendo a mi encuentro con grandes sonrisas y felicitaciones. Sentí que volvía a casa.

El hospital estaba tranquilo. No había casos de peste, al menos por el momento. Examiné a un par de pacientes que habían llegado durante mi ausencia y también a algunos de los que estaban enfermos cuando partí. Sólo uno había muerto. Arbecio y Edico habían hecho un trabajo impecable, como siempre, y los felicité. Ellos me elogiaron por mis enseñanzas y Edico abrió una botella de vino de Quíos.

—Lo compré para celebrar tu triunfo —me dijo.

Lo llevamos al jardín del hospital y nos sentamos junto a la fuente a beberlo. El sol era cálido, el quinquefolio, la genciana y mis amapolas florecían, y los mosquitos no eran demasiados. Conté a los otros algo sobre el juicio y se rieron.

—Janto volvió hace tres días —me dijo Arbecio—. Afirmó que le habías lanzado un maleficio al gobernador. Y vino aquí e intentó robar algunos de nuestros medicamentos. Le dije que se fuera o lo denunciaría ante Valerio. Vociferó improperios horrorosos.

—Le impusieron una multa por falso testimonio —expliqué a mis colegas—. Probablemente necesita el dinero. Le pedí a Sebastián que le devolviese el cargo.

—¿Qué? —soltó Edico mirándome con asombro.

Se lo aclaré.

Arbecio y Edico parecían contrariados.

—Es un hombre peligroso —precisó Edico—. Yo preferiría tenerlo lejos. Es tu enemigo.

—No me gusta tener enemigos —dije—. Estoy dispuesto a olvidar la acusación si él lo desea, y seguramente lo deseará si le restituyen el puesto.

No parecían muy convencidos, pero callaron. Terminé mi vino y me levanté, diciéndoles que tenía que llevarme el caballo y dejarlo en la cuadra.

En casa, Suerido y Redagunda estaban tan contentos de verme como Edico y Arbecio. Alguien les había dicho que estaba de regreso y ambos me esperaban junto a la puerta. Suerido llevó el caballo a la cuadra y empezó a almohazarlo.

—He puesto agua a calentar por si quieres un baño, amo —me dijo Redagunda con una sonrisa tímida—, y además hice tortas de vino dulce y compré vino de Quíos para ti por habernos librado de los tribunales.

—Qué buena eres —le contesté.

No había advertido que hubiera tanta gente que observaba mis preferencias hasta el punto de preparar golosinas y comprarme vino de Quíos. Durante todo el tiempo que pasé en Tomi no me había bañado normalmente, pues era difícil estar sola, y después del viaje a caballo estaba muy sucia. Me sentía agradecida, era yo misma otra vez. En Tomi había avanzado por una cuerda floja entre Caris y Caritón, pero ahora estaba de nuevo en tierra firme. Con una sonrisa dirigida a Redagunda entré en mi casa. Ésta me siguió, pero ya no sonreía.

—Esta mañana ha venido el malvado de Janto —me dijo.

—¿Qué quería?

—Quería saber cuándo volvías.

Tal vez pensase en pedirme que intercediese por él ante Sebastián. En otras ocasiones se había tragado ya el orgullo. En ese caso, bastaría entregarle la carta para acordar la paz. La idea me agradaba y sonreí.

—Bien, avísame si vuelve. Estoy dispuesto a hablar con él.

Después de dejar la carta sobre la mesa me dirigí al cuarto de baño. Constaba de un único cuarto, pequeño, pero aislado. Redagunda puso el agua para mi baño en una pila detrás del horno. Esta pila se apoyaba contra la pared de la cocina, de manera que era posible hacer correr el agua caliente desde el interior del cuarto de baño. Redagunda llenaba siempre un ánfora con agua fría de la fuente y la dejaba junto a la pila para que yo pudiese mezclarla a solas. El cuarto tenía dos puertas: una era la entrada desde la cocina y la otra era la que Redagunda utilizaba para vaciar el agua sucia en el jardín.

Yo cerraba ambas con cerrojo. Había además un taburete, un estante para el aceite y la estrígila, y un par de ánforas vacías en un rincón. Aquel día mi toalla estaba colgada encima de ellas, lo cual me sorprendió, ya que Redagunda solía dejarla junto a la pared opuesta para que se calentase. Pero el día era caluroso. Derramé agua caliente en la pila y oí a Redagunda al otro lado de la pared abandonar la cocina para buscar más agua fría del pozo. Me quité las botas de montar, dejé caer mi capa sobre el ánfora vacía, me aflojé el cinto, me quité los pantalones que olían a sudor de caballo y metí las manos bajo mi túnica para abrir el corsé. Comprobé la temperatura del agua, le añadí más agua fría y me quité la túnica.

Estaba entrando en la pila cuando oí un ruido a mis espaldas, un grito ahogado de sorpresa. Al volverme, vi a Janto de pie detrás del ánfora. En una mano sostenía la toalla que lo había ocultado, y en la otra, un cuchillo de larga hoja.

«Dios mío», pensé y por un instante no pude moverme, paralizada de sorpresa. Retrocedí entonces hasta el borde de la pila y cogí mi túnica, tratando de cubrirme con ella. Sentía náuseas.

—Es demasiado tarde —susurró Janto y exhibió su desagradable sonrisa—. He visto ya bastante. Nunca he oído hablar de ningún eunuco con todo cortado y además con un agujero. ¡Pareces mucho más interesante de lo que imaginaba!… *Caritón*.

—¿Cómo has entrado? —murmuré. Tenía que hablar bajo, pues temía que me oyesen mis esclavos.

—Por la puerta trasera. Tu esclava la dejó abierta mientras preparaba el baño. Pensaba esperar hasta que estuvieses en el agua y matarte entonces. Pero no creo que te mate ahora. Sería un despilfarro.

—Vete —dije alzando algo la voz. Suerido estaba en la cuadra, y Redagunda había ido al pozo. Sólo podrían oírme si gritaba—. Le he pedido ya a Sebastián que te restituya tu cargo y accedió. Te pagaré lo que quieras para que guardes este secreto. Sabes que recibo dinero de los godos. Te lo daré todo si callas.

—Ah, pagarás… —dijo Janto, sonriendo siempre—. ¿Quién eres en realidad? ¿Una de las amantes del duque?

—No. No está enterado. Nadie debe enterarse.

—Sería el fin de tu carrera como médico de la fortaleza, ¿no? Te devolverían a tu familia cubierta de oprobio, o a tu amo, tal vez. ¿No eres esclava de nadie? Probablemente no tenga importancia. Bájate la túnica. Quiero mirarte. —Empujando con una rodilla el ánfora se adelantó y se detuvo delante de mí, mirándome. Yo estaba inmóvil, aferrando mi túnica, paralizada. Janto apartó la túnica con la punta de su

cuchillo, miró mi pubis y levantó muy despacio el cuchillo, reuniendo los bordes de la túnica hasta que la punta del arma quedó apoyada en mi garganta. Me puse a temblar y sentí que se me enrojecía el rostro—. Eres bonita —dijo—, algo delgada, pero con buenas formas. Tendría que haberme dado cuenta de que eras demasiado hermosa para ser un eunuco. Esos ojos grandes y hermosos… —Janto hizo un gesto de desprecio—. Me pagarás todo lo que ganes con los godos. —Su voz era implacable—. Me restituirás en el cargo. Y dormirás conmigo.

—No.

—Sí. ¿Qué harías si te poseyese ahora y aquí? ¿Gritar? Entonces se enterarán todos, aun si no te mato. Si te ven así, toda la guarnición sabrá que eres mujer. Y aquí termina todo para ti. —Janto lanzó una carcajada—. Por todos los dioses. Jamás soñé con algo como esto. ¡La forma perfecta de ponerte en tu lugar! —Janto introdujo las manos entre mis muslos.

Podría haber razonado con él. Podría haberle dicho que era de familia noble, que lo pagaría caro si descubrían la violación. Después de todo, a un verdugo que había conducido desnuda a la muerte a una mujer acusada de adulterio lo quemaron vivo por su insolencia. Podría haberle dicho que el gobernador era mi hermano y que era fácil imaginar lo que le sucedería a un hombre que violase a la hermana del gobernador. La verdad era que no sabía con certeza si quería razonar con él o simplemente verlo muerto, pues no podía soportar que me tocase. Al moverse él, me moví yo. Arrojé mi túnica sobre su cabeza, envolviendo el cuchillo entre sus pliegues y al mismo tiempo le puse la zancadilla y lo golpeé en la cara. Tenía la fuerza de mi desesperación y él estaba desprevenido por su lujuria y su deseo, de modo que cayó al suelo de espaldas con un grito ahogado. Le di unos puntapiés en los genitales y le arranqué la túnica. Gimiendo de dolor, se incorporó sobre las rodillas… aunque con mis pies desnudos no podía haberle causado tanto daño. Con su mirada de basilisco, llena de odio, se levantó lentamente. De nuevo salté sobre él y lo derribé. Le hundí el cuchillo exactamente debajo de la axila, llegué a la gran arteria que pasa al brazo, y tras un leve giro saqué el arma. Janto dio un alarido y su sangre brotó sobre mí. Di un salto hacia atrás y Janto se volvió de bruces. Quedé allí, desnuda, temblorosa, con el cuchillo en una mano.

Alguien llamaba a la puerta.

—¡Amo!

Era la voz de Redagunda, seguida de la de Suerido, gritando «Amo».

—Sí —respondí vagamente.

Ellos dejaron de golpear y me hicieron preguntas a gritos, qué había sucedido, si

estaba herido. Tenía que vestirme. Cogí mi túnica, pero estaba empapada en sangre, como todo lo próximo a mí. Me metí en la bañera, me quité algo de la sangre con agua y me cubrí con mi capa. Por fin abrí la puerta. Suerido y Redagunda entraron rápidamente en el cuarto y Redagunda lanzó un grito.

—Estaba oculto ahí —les dije—. Trató de matarme. Se había escondido detrás del ánfora.

A los ojos del campamento, yo era un héroe. Me habían absuelto del cargo de asesinato por magia y había intercedido con toda magnanimidad por mi acusador. Janto me había odiado y había regresado con sed de venganza. Lo que era peor, Janto no me había atacado abiertamente, sino que preparó una celada con la mayor cobardía. Yo, valientemente, le había quitado el cuchillo para matarlo. Hasta Valerio estaba impresionado. Cuando Sebastián recibió la noticia, me escribió una carta elogiosa e hizo chistes sobre mi superioridad sobre Janto, que no logró salvarse de su último baño. Janto, todos estaban de acuerdo, había tenido su merecido.

Tal vez fuese así. Pero yo también me sentía culpable. No sabía si lo había matado para defenderme o bien para preservar mi secreto. Si hubiese sido un eunuco, por supuesto que Janto me habría matado. Hubiese sido muy sencillo esperar hasta verme lavándome el pelo o algo parecido y saltar sobre mí, matarme, abrir la puerta trasera y huir fuera del campamento. Venganza y huida. La violación reemplaza bien el asesinato, menos definitiva, pero más humillante para la víctima, y además Janto no era inmune a la codicia. Quizá podía haberlo disuadido de su ataque. Y si me hubiese negado a la extorsión, si hubiese gritado pidiendo socorro, no habría terminado todo en un hecho sangriento.

No me gustaba pensar en todo aquel episodio. No volví a utilizar aquel cuarto de baño y quemé la túnica empapada en sangre. Valerio ordenó quemar el cuerpo de Janto y arrojarlo al Danubio, para alejar lo más posible el fantasma. Pero estaba casi segura de que nunca dejaría de atormentarme.

Aproximadamente un mes después de matar a Janto, decidí comprar un esclavo más.

Para entonces mi trabajo había disminuido algo. Hacía tiempo ya que los godos habían remontado el río para atravesarlo frente a Mesia, y no había casos de peste entre nuestras propias tropas. Tenía poco que hacer y disponía de tiempo para pensar en mi casa. Redagunda llevaba el embarazo ya muy avanzado y esperaba el hijo para dos

meses después. No podía cumplir muchas tareas de las que hacía antes, como ir a buscar agua y lavar, a pesar de que, por suerte, no tenía demasiados problemas de mareos y demás. Pensé en comprar una adolescente de unos doce años que la ayudase a hacer las compras y a cuidar del bebé una vez que éste hubiera nacido, lo cual requeriría una casa más amplia. En todo caso, me alegraba deshacerme de aquélla, pues nunca había podido volver a entrar en el cuarto de baño, que mantenía cerrado como una tumba.

Muchos traficantes recorrían el río con esclavos. Inferí que los godos de Mesia estaban vendiendo algunos de sus hijos para reunir el dinero necesario para instalarse. Siempre me pareció algo trágico que un padre vendiese a su hijo, pero solía ocurrir y había ocurrido antes, como la enfermedad y la guerra, de modo que no me preocupaba demasiado. Una hermosa mañana de principios de agosto partí de la fortaleza hacia el mercado cercano a los muelles y busqué algo conveniente. Un barco cargado de esclavos estaba amarrado junto a la orilla. Estaba techado con junco y lo vigilaban algunos guardias. El traficante había bajado al mercado, y estaba comprando alimentos para su mercancía. Cuando le dije a un guardia lo que quería, corrió a avisar a su amo. Al cabo de un instante apareció un hombre rubio y corpulento, y de cara sonrosada. Su sonrisa era zalamera, pero no dejaba de observarme como si quisiese calcular los medios de que disponía. Los eunucos tienen mucho valor como esclavos, pero yo llevaba uniforme militar y no era probable que pensase secuestrarme en los muelles de Noviduno.

—¿El prudentísimo desea comprar un esclavo? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Una muchacha, preferentemente de unos doce años, obediente y capaz de cuidar niños.

—¡Claro, claro! Tengo muchas como lo que pides, aunque yo estaba… pensando en llevarlos a Istrópolis. Hay mayor ganancia allí. Habrás de tener esto en cuenta, ¿eh? Si deseas subir a bordo…

Subí a bordo y el traficante me condujo debajo del sector techado con paja. Estaba repleto de niños, demasiados para el espacio disponible. Su edad oscilaba entre los cuatro y los quince años, y todos estaban sentados en el suelo, los mayores encadenados en grupos de tres; los pequeños, sin ataduras. El olor era nauseabundo. No se veía un solo manto y muchos de los varones tampoco tenían túnicas, sino sus harapientas prendas de godos. Sus pechos delgados permitían contarles las costillas. Su salud era deficiente, como si durante largo tiempo hubiesen pasado hambre y necesidades. Recordé los niños de los campamentos del otro lado del río. Sin duda parecían más

sanos que los del barco, aunque éstos procedían de Mesia, donde las condiciones tendrían que haber sido mejores. Al acercarnos el traficante y yo, nos miraron con aire esperanzado. Uno o dos sonrieron nerviosamente. Debajo de aquel tejado de paja hacía mucho calor. Las moscas zumbaban y el barco se mecía en el agua, pero el silencio de los niños era estremecedor. Una niña jugaba con un muñeco de paja y otra algo mayor mecía a un niño de unos cuatro años sobre su falda. El resto estaba inmóvil, esperando. Esperando, tal vez, que terminase la pesadilla y sus padres los llevasen a casa.

—Aquí hay una que podría gustarte —dijo el mercader, señalando a la niña que tenía el niño en brazos. Era un ser delgado, pálido, con un pelo rubio casi blanco y muy sucio. Tenía los ojos muy abiertos—. Le gustan los niños, como ves, y es muy comedida y obediente. Tiene trece años. La vendo por seis sólidos. —En seguida dijo a la niña—: ¡Vamos, picara, siéntate bien! ¡El señor quiere comprarte!

Entonces entendía yo bastante del idioma como para saber lo que decía, a pesar de que lo hablaba mal. La niña se irguió y me miró horrorizada. El niño la miró y se echó a llorar.

—¿Es tu hermano? —le pregunté.

Me miró como si no comprendiese y repetí la pregunta en lengua gótica. Con los ojos muy abiertos de terror, negó con la cabeza, pero seguía aferrando al niño y él la abrazaba a su vez, llorando sin consuelo.

—El chico le ha cogido cariño —dijo el traficante—. No tienes por qué preocuparte por deshacer una familia.

—Te daré cinco sólidos por los dos —propuse.

Aunque no tenía la menor necesidad de un niño de cuatro años, ni contaba tampoco con espacio para él, en un instante decidí comprarlos a ambos. Habían perdido a su familia y se aferraban el uno al otro en su estado de esclavitud, y yo no quería separarlos.

—Ocho —dijo el traficante—. Es un chico sano y muy guapo. ¡Mira sus rizos rubios! Crecerá y será un hombre fuerte. Puedes enseñarle lo que quieras.

Tomando al niño lo sostuvo erguido para darme a entender lo sano que estaba. El niño gritó aterrado y pataleó en el aire con unas piernas delgadas como palillos. El hombre lo devolvió a la chica, a la que se aferró como una sanguijuela.

—Tengo ya un hombre —dije, decidida a no pagar a aquel cuervo más de lo necesario, ni un solo dracma más—. Lo compro por compasión. Ninguno de los dos habla una sola palabra de griego y creo que tienen parásitos. Cinco.

Después de regatear un poco el traficante me vendió los dos niños por cinco

sólidos, suma inesperada para mí, pues sus precios de partida habían sido muy bajos. Había pensado pagar más que esa cantidad por una sola esclava. Pero el hombre tenía una carga mayor de lo que soportaba su barco y le preocupaba seguramente que el resto pudiese enfermar.

Nos estrechamos la mano para sellar el trato, el mercader hizo limar las cadenas de la niña y sus guardias los retiraron a esperar en el muelle. Acto seguido, pagué el precio: cinco pequeñas monedas de oro con la efigie de su sacra majestad, el Augusto Valente. De pie en el muelle, con el niño siempre en brazos de ella, los ojos de ambos reflejaban su temor y confusión. El traficante me preguntó si necesitaba ayuda para llevarlos a casa y le contesté que podía arreglármelas por mis propios medios.

—Os he comprado a ese hombre —dije a mis nuevos esclavos en mi gótico torpe—. Tengo una esclava que pronto tendrá un hijo y necesita… ayuda. Vosotros vendréis a casa conmigo.

—¿Compraste también a Alarico? —preguntó tímidamente la chica.

—Sí. Si lo prefieres, es tu hermano. Vamos ya —dije señalando la colina.

La chica la observó con aprensión, miró una vez más el barco y echó a andar. Después de avanzar varios pasos, depositó al niño en el suelo. Éste le cogió una mano y comenzó a caminar con ella.

Cuando llegamos a casa encontramos a Suerido y Redagunda en la cocina. Antes de abrir la puerta los oí ya reír. Encontré a Redagunda sentada junto a la mesa de la cocina amasando pan. Suerido estaba haciendo un molde de cuna con la masa sobrante. Cuando me vieron entrar con mis compras se irguieron, muy serios. Les había dicho que pensaba comprar a alguien más, pero al ver al pequeño se quedaron sorprendidos.

—Ésta es mi casa —dije a la niña, siempre en mi mal gótico—. Aquí está Suerido y ésta es Redagunda. Tú eres…

—Gudrun.

Primero miró toda la cocina y luego dirigió su mirada sucesivamente a Suerido, a Redagunda y a mí.

—¿Eres hombre o mujer? —me preguntó por fin.

Suerido se echó a reír.

—Es una mujer vestida de hombre —declaró el niño, Alarico, con aplomo. Eran las primeras palabras que le oía decir.

Suerido y Redagunda reían ante la ingenuidad de la criatura. Redagunda se levantó rápidamente y se le acercó, poniéndose de rodillas frente a él.

—No es una mujer —le dijo—. ¡Es un mago muy sabio y poderoso! Tienes suerte

de que te haya comprado. ¿Quieres pan de sésamo?

La boca del niño era un círculo de sorpresa. Me miró fijamente antes de volverse hacia Gudrun.

—Me gustaría un bollo de sésamo —dijo dirigiéndose a Gudrun en lugar de a Redagunda.

Ésta rio y cogió dos bollos, uno para Alarico y otro para Gudrun. El niño mordió el suyo con fruición, pero Gudrun se quedó con su bollo en la mano, mirándome con recelo, lo cual no era raro, puesto que acababa de descubrir que su nuevo amo era un mago.

—Soy un eunuco —le expliqué. Tuve que usar el término griego, pues no existe en gótico—. ¿Sabes lo que quiere decir?

Ante su negativa, Suerido se lo explicó y ella pareció horrorizarse.

—No le harán eso a Alarico —dijo en un tono que sonaba como una orden.

—Yo no hago esas cosas —le dije, pensando que me habría gustado poder hablar mejor—. He hecho un juramento. Yo curo. —Decidí renunciar a balbucear en gótico y hablar en griego—. Redagunda. Dile que ésta es su casa y que no le haremos ningún daño a ella ni a su hermano. Dales comida. Suerido, cómprales ropa limpia. Aquí tienes cinco sólidos. Si te sobra algo, cómprales ropa de cama. Y también unas botas —añadí. Ambos estaban descalzos.

—No tienes por qué comprarles botas —dijo Suerido—. Conseguiré el cuero y se las haré yo mismo.

—Muy bien. Ahora vete —dije.

Redagunda dio a los niños leche y más pan con queso, que comieron como si hiciese mucho tiempo que ayunaban. Luego la ayudé a lavarlos. Los godos no se bañan con frecuencia y ambos se asustaron al ver el agua caliente, pero cedieron. Yo estaba tan ocupada que ni siquiera pensé en nada al entrar en la sala de baño. Tenían piojos y los traté con una mezcla de hiedra y vinagre. El baño les quitó las pulgas. Ambos llevaban encima montones de parásitos, para los que prescribí el consumo de grandes cantidades de ajo y la aplicación de un ungüento de genciana. Gudrun tenía llagas causadas por las cadenas; además, le habían pegado. Traté esas heridas mientras Redagunda les repetía que yo era el médico más inteligente de toda Tracia. Suerido volvió con la ropa, y los niños no tardaron en estar sentados a la mesa con aspecto presentable, limpios y cómodos, mientras comían su ajo.

—Había un médico en el campamento del señor Fritigerno —dijo Gudrun—. También él decía que comer ajo curaba las lombrices.

—Tal vez fuera yo —dije, pasando a otro asunto—: ¿Por qué te vendieron tus padres?

Tenía mucho interés en conocer su historia. Es verdad que los traficantes siempre han vendido esclavos godos. Pero una embarcación como aquélla, repleta hasta la borda de niños muy baratos para vender, casi por el precio que se paga por vestirlos, es algo inusual. Y no era la única que había en el río. Creía haber visto mayor cantidad de barcos de lo habitual dirigiéndose a Istrópolis y a puertos del mar Negro, pero hasta aquel momento no había pensado mucho en ello.

—Necesitábamos comida, señor —respondió la niña, dejando de comer su ajo—. No teníamos nada. Mi madre dijo que por lo menos los romanos no nos dejarían morir de hambre. Los romanos me cambiaron por un perro, para que mi madre pudiese comérselo.

—¡Dios misericordioso! —exclamé, mirándola para ver si bromeaba. ¿Cambiar un ser humano por un perro?

Redagunda estaba también asombrada.

—Mis padres me vendieron por un novillo de arado más una *tremissis* de oro —dijo.

—Eso fue antes de que la gente atravesase el río —declaró Gudrun.

—Vuelve a empezar —le dije—. ¿Eres del norte? ¿Huíais de los hunos?

Gudrun hizo un gesto afirmativo.

—Vinieron los hunos y nos quemaron la casa —dijo con voz apagada, y luego me miró con curiosidad. Al cabo de una pausa prosiguió—: Mataron a mi padre. Mi madre nos llevó a mí y a mi hermano antes de que llegasen los hunos y nos ocultamos en el bosque. Los hunos nos buscaron durante un tiempo, pero luego se alejaron a caballo. Caminamos hacia el sur. Habíamos oído que el señor Fritigerno había acordado con los romanos que podíamos cruzar el río y encontrar tierras allí, donde no hay hunos. Recorrimos una larga distancia hacia el sur. Mi madre vendió sus pulseras, compramos comida y yo recogí moras. Llegamos al río y las cosas mejoraron. Mi madre encontró otro padre para nosotros. Los hunos se habían llevado a su esposa. El señor Fritigerno nos dio trigo para amasar pan. Yo recogí bellotas y juncos e intenté pescar. Mi hermano y yo atrapamos muchas ranas. Teníamos mucho alimento. Luego el señor Fritigerno dijo que podíamos cruzar el río y llevó carros para trasladar a los niños más pequeños, a los enfermos y todas nuestras pertenencias. Durante muchos días marchamos por la orilla del río, junto con muchos más, hasta que llegamos al lugar donde estaban los botes. Estábamos muy felices cuando llegamos. Embarcamos en un botecito que nos

llevó a las tierras romanas de la orilla opuesta. Mas cuando llegamos no había comida. Mi nuevo padre trató de buscar algo, pero los romanos no se lo permitieron. Tenían muchos soldados allí y no permitían avanzar a nadie, y nos dijeron que teníamos que esperar hasta que nos asignasen tierras. Esperamos, pero no teníamos nada que comer. No encontrábamos ni bellotas ni ranas. La gente que llegó antes que nosotros se las había comido todas. Los romanos tenían mucha comida, pero pedían dinero por ella, mucho dinero. Mi madre vendió su capa y sus pendientes. Mi nuevo padre tenía una cota de malla y también la vendió. Tras cruzar, los romanos le habían quitado su espada. Después quisimos volver a cruzar el río, pero los romanos tampoco lo permitieron. Mi madre vendió mi collar y mi capa, y nuestros zapatos. Dijo entonces que moriríamos todos de hambre si no nos vendía a los romanos por comida. Me vendió a mí primero, pero todo lo que le dieron fue un perro, y cuando protestó se burlaron de ella. Me entregaron al hombre que nos vendió a ti; él me ató con cadenas y me metió en el barco. Le dije que no las necesitaba, pero me las puso de todos modos. Traté de escapar y me azotó. Alarico estaba ya en el bote cuando llegué, en el suelo y llorando. Lo había visto antes en el campamento y traté de consolarlo. Se parece muchísimo al hermanito que tenía. Gracias por habernos comprado a los dos.

No dije nada. De repente sentí que mis cinco sólidos eran sangre que me hacía culpable junto a los que habían ofrecido perros a cambio de seres humanos. La gente muy necesitada siempre ha vendido a sus hijos, pero la necesidad no la provocan los hombres sin escrúpulos simplemente para adquirir esclavos. Las tierras estaban prometidas a los godos si llegaban a cruzar el Danubio. Estaba segura de haber oído mencionar a Atanarico que ciertas partes de Tracia estaban ya destinadas a la colonización por parte de los tervingos. Traté de imaginar los campamentos que había junto al río en Mesia: peores que los vistos aquella primavera. Masas de gente hacinada, viviendo en carromatos y refugios improvisados hechos de ramas y hojas, con unos cueros tendidos como tejados, alimentándose de gusanos y bellotas y lo que pudiesen obtener a precios escandalosos de la bien provista fuerza romana situada detrás de ellos. Gente muriendo de enfermedades, sin protección, sin prevención, con disentería, fiebre tifoidea, hidropesía. Gente sin agua potable para beber, sin intimidad; niños llorando de hambre; los muertos enterrados entre los vivos o bien arrojados al río. Y los romanos apoderándose de joyas, cotas de malla, ropa, y… gente.

—¿Quiénes eran los romanos que hicieron esto? —pregunté por fin—. ¿Oísteis sus nombres?

Gudrun asintió con los ojos muy abiertos.

—Los jefes de los soldados se llamaban Lupicino y Máximo. Y había un jefe llamado Festino, que no tenía soldados pero tenía que haber enviado alimentos… es lo que dijo mi nuevo padre.

Festino. En efecto, Torión me había dicho que ejercía como gobernador de Mesia. Era un hombre capaz de hacer aquello. Recordé asimismo lo que había dicho Sebastián sobre su codicia como jefe militar. Máximo era el duque de Mesia y yo no tenía datos sobre él, pero tenía que ser de la misma especie, pues de lo contrario Lupicino no habría podido causar tantos sufrimientos.

Quedé muy impresionada por lo que contó aquella niña. Además, me daba miedo. No creía que Fritigerno pudiera soportar mucho más aquel trato. Sospechaba que debía de estar ya disponiéndose a organizar a su gente. Cuando atravesaron el río habían tenido que entregar las armas, pero seguramente no todos lo habían hecho. Serían más débiles que la fuerza opositora de los romanos, pero seguían armados y eran peligrosos. ¿O serían quizá mucho más débiles? ¿Cuántos habían cruzado? Sabía, por Atanarico, que había millares de tervingos.

Alguien tenía que impedir aquello. Era evidente que las autoridades de Mesia conspiraban, pero Sebastián y Torión podrían tal vez hacer algo. ¿Y Atanarico? No podía creer ni por un instante que formase parte de aquel plan corrupto o que ya lo conociera. No lo había visto desde el juicio. Seguramente había descubierto cómo trataban a los godos los jefes romanos y había volado a la corte de Antioquía para denunciarlos. Puede que en la corte ya hubieran promulgado leyes para poner fin a aquellas medidas vergonzosas de Festino y Lupicino.

Sin embargo, la corrupción forma parte de la manera de gobernar un imperio, y puede resultar difícil obtener la atención de alguien en la corte. Además, yo sabía que Festino tenía amigos poderosos. Sería difícil dominar la situación. Sin embargo, a decir verdad, yo estaba en una posición tan buena como la de cualquiera para mover influencias. Era amiga del duque y hermana del gobernador de Escitia. Hablaría con ambos.

—Gudrun —dije, y callé en seguida, dada mi ignorancia de su idioma—. Te quedarás aquí ahora. Te devolveré a tus padres más tarde, cuando… Redagunda, dile que no pienso aprovecharme de este trueque de personas por perros y que los devolveré a ella y a Alarico a sus padres tan pronto todos los tervingos estén instalados en sus propias tierras. Y dile que no todos los romanos son como Lupicino y Festino, y que pienso contar su historia al duque y al gobernador, a los que pediré que envíen alimentos a su gente.

Redagunda me miró sorprendida un instante y luego, con una sonrisa radiante, hizo la traducción. Gudrun me miró a su vez, y su rostro se iluminó de esperanza. Cayó de rodillas y me besó las manos.

—¿Me mandarás a casa? —preguntó—. ¿Mandarás comida río arriba?

Alarico la miró también y luego corrió y me abrazó las rodillas, como si quisiera imitarla.

—Haré todo lo que pueda —les prometí en el idioma que ellos no comprendían, pero pude añadir en gótico—: Todo lo que pueda hacer, lo haré.

Tan sólo esperaba que eso no fuese demasiado poco.

Sebastián estaba aún en Tomi, ordenando las provisiones para el invierno, y desde luego Torión nunca se había ido de allí, por lo que decidí ir a la ciudad y conversar con ambos personalmente. Dije a Valerio que me tomaba un permiso por tiempo indeterminado, pero que, de todos modos, trataría de volver al cabo de una semana. A continuación, ordené los asuntos del hospital y lo dejé a cargo de Arbecio y Edico. Cuando les anuncié mi partida se quedaron encantados. Edico se había enterado por su familia de lo que sucedía en Mesia, y por las miradas que intercambiaron deduje que se lo había contado a Arbecio con toda la crudeza. Al principio no comprendí por qué no me decían nada. Después me di cuenta de que creían que la cruel explotación de los tervingos era lo que siempre había planeado Roma y que mis amigos Sebastián y Torión eran parte de este plan. Habían desconfiado de mí. Más aún, desconfiaban todavía de Sebastián y Torión y no estaban seguros de mi éxito, pero a pesar de todo me desearon suerte. Pedí a Arbecio que controlase de vez en cuando a mis nuevos esclavos, así como a Redagunda. Hecho esto, monté a caballo y partí. Llevaba una túnica más y mi bolsa de médico, y además veinte sólidos y algunas joyas godas por si se hacía necesario sobornar a alguien. Redagunda se quedó con una buena cantidad de monedas de cobre para las compras. Si no le alcanzaba, siempre podría recurrir al crédito para adquirir lo que necesitase.

Llegué a Tomi en mitad de la tarde al segundo día de mi partida de Noviduno y me dirigí directamente a la prefectura. Allí los esclavos me dijeron que el gobernador no recibía a nadie. Les ofrecí dinero, pero se incomodaron y repitieron que en verdad era cierto que el gobernador había dispuesto no conceder audiencias a nadie. Les aseguré que yo sí sería recibido. Después de murmurar entre ellos, un esclavo desapareció para verificar si aquello era exacto, mientras yo permanecía de pie en la sala de espera común, y mi caballo estaba atado fuera, en la calle. Una persona más esperaba

conmigo: un anciano que me miraba con atención, sin duda porque me reconocía como el hechicero absuelto por Torión.

Pasados unos minutos, la puerta se abrió de par en par y apareció Torión corriendo, con la guarda de su manto torcida y el pelo revuelto como una escoba.

—¡Caritón! —me saludó a gritos, abrazándome—. Gracias a Dios que has venido. ¿Cómo has llegado tan pronto? ¡Te mandé a buscar esta misma mañana!

Tragué saliva sin comprender y Torión lanzó una carcajada a la vez que me arrastraba fuera del recinto. Mi compañero de espera intentó entregarle su petición, pero Torión lo rechazó irritado y le espetó:

—Mi concubina está de parto y éste es el médico que viene para atenderla. ¿Y quieres que lea un papelito? ¡Apártate!

—Ah —atiné a decir mientras seguía a Torión. La situación de los godos tendría que esperar.

En realidad, no necesitaba haberme llamado y, de haber llegado respondiendo a su mensaje, habría sido demasiado tarde, aun recurriendo a la posta imperial, como había planeado Torión al enviarme un correo autorizado a traerme. Melisa, una muchacha muy dulce, como había comentado Maia, aunque no excesivamente lista, dio a luz un varón lleno de salud unas dos horas después de mi llegada. Contaba ya con una comadrona perfectamente capacitada y el nacimiento se produjo sin ningún contratiempo. No tuve que hacer nada, excepto mezclar unas soluciones para la higienización y unas bebidas calmantes para más tarde. Así pues, me sentía satisfecha por haber estado presente en el nacimiento de mi sobrino. Era un niño hermoso, con el pelo oscuro y rizado en todo el cráneo, y gritó indignado tan pronto como emergió al mundo, amamantándose con gran energía una hora después. Evidentemente no era prematuro, como yo había temido. Torión y Melisa habían hecho mal los cálculos. A veces pienso que los diez meses estimados por Hipócrates para la gestación son erróneos. A menudo puede ser menos prolongada.

Maia había estado ocupada ayudando a la comadrona, llevando agua y otras cosas, y cuando Melisa quedó cómodamente instalada después del parto, corrió a buscar a Torión. Éste esperaba en su habitación y llegó a toda carrera. Al ver a Melisa con el bebé en brazos sonrió, temblando de alegría, y acarició la cabeza de su hijo. Besó a Melisa, besó a Maia, besó a la comadrona, me besó a mí y luego a Melisa otra vez. Finalmente besó al bebé, y cualquiera habría supuesto que nadie había tenido un hijo antes. Cuando la comadrona logró persuadirlo de que su mujer necesitaba descansar, salió conmigo y con Maia para solicitar otra vez nuestra opinión sobre la salud, el

vigor y la evidente inteligencia de su hijo.

—¿Cómo has podido llegar aquí tan pronto? —volvió a preguntarme, cuando ya habíamos hablado de lo que quería oír—. ¡Te mandé a buscar esta misma mañana!

—En realidad he venido a hablar contigo de otro asunto —le dije—. Pero dejémoslo para más tarde. ¡Hablemos sólo de cosas buenas en el día del nacimiento de tu hijo!

Torión sonrió.

—¡Sí, bebamos a su salud!

Bebió copiosamente por la salud de su hijo, por lo que a la mañana siguiente tuvo que levantarse tarde, quejándose de su cabeza y de su estómago. Le di un poco de vino muy aguado con miel y anís, examiné a Melisa y al bebé, ambos en perfecto estado de salud, y fui a ver a Sebastián.

Cuando llegué, el duque estaba ocupado con unos mercaderes, pero me hizo entrar de inmediato en su despacho. Con una sonrisa, me invitó a sentarme mientras él discutía con ellos. Quería determinada cantidad de toneladas de trigo para enviar a Noviduno, otras tantas para Salices, una cantidad de vino y otra de lentejas, y todo debía ser entregado antes del comienzo de octubre. Los mercaderes dijeron que en Egipto había dificultades, pues los alejandrinos estaban agitados de nuevo por culpa de un obispo, el puerto estaba cerrado la mitad del tiempo, los embarques de grano eran irregulares y no podían prometer que el cereal llegara a Tracia en la fecha propuesta.

—Tu amigo Atanasio sigue causando dificultades aun después de muerto —dijo Sebastián después de amenazar a los mercaderes con multas si no entregaban lo adquirido a tiempo y de haberlos despedido.

—La culpa es de mi enemigo Lucio —repliqué—. No había dificultades cuando vivía Atanasio. Y no las habría ahora si los alejandrinos tuviesen el arzobispo que eligieron.

—Los alejandrinos siempre se rebelan con cualquier pretexto —dijo Sebastián con aspereza—. Pero ¿qué te trae por aquí? ¿O ha tenido ya su hijo maravilloso la amante de tu amigo?

—¡Ah! ¿Te has enterado?

—Cené con el excelentísimo Teodoro la semana pasada. Al verlo tan encantado con la idea de ser padre casi deseé que Dafne estuviese también encinta. Infiero que debo enviarle un hermoso presente de bautismo, ¿no?

—Lo apreciarán. El niño es varón. Nació anoche y su padre cree que Aquiles era menos valeroso y Adonis menos bello. Pero en realidad he venido a hablar contigo de

otra cuestión, honorable.

Sebastián soltó la carcajada.

—Habla —dijo.

Le conté la historia de Gudrun y la sonrisa se borró de su rostro. Cuando terminé, permaneció en silencio un minuto, jugando con su pluma.

—¿Y qué crees que debo hacer yo? —preguntó por fin.

—Detenerlo.

—¿Detener a Lupicino? ¿Mi jefe militar? No tengo autoridad en Mesia.

—Denúncialo entonces al maestro de armas. O a tu propio padre. El debe de tener influencia frente a cualquiera.

Sebastián apoyó la pluma y se levantó bruscamente.

—He oído algo de esto —soltó de repente. Se acercó entonces a la ventana y miró hacia el patio—. Atanarico pasó por aquí hace cerca de un mes y me habló a gritos durante una hora. Le escribí a Lupicino y a mi padre, despachando la carta con un correo veloz, y Atanarico se fue a caballo a Antioquía a exponer la situación al maestro de armas. Puede que ya haya logrado convencer a alguien de que detenga esto. —El tono de Sebastián no indicaba que ello fuera muy probable.

—¿Puedes hacer algo más, excelentísimo?

—No. —Sebastián se volvió de la ventana—. Mi padre me escribió. No quiere intervenir frente a Lupicino y su comando, ni tampoco cree que yo deba hacerlo. Dice que no es un asunto militar, sino que está dentro de la jurisdicción del gobernador.

—¿No es asunto militar? ¿Supones que Fritigerno tolerará este tratamiento sin rebelarse?

Mis palabras afectaron a Sebastián.

—Mi padre dice que si los godos causan dificultades, siempre podemos vencerlos. Los romanos nunca fueron vencidos por los bárbaros.

—¡De modo que los tervingos serán aplastados por las armas romanas, y centenares de los nuestros morirán sin duda en este proceso, todo por satisfacer la codicia de unos pocos hombres corruptos! ¿Crees que está bien que obliguen a la gente a cambiar a sus hijos por perros?

—¡Claro que no! —replicó Sebastián—, pero la solución no está en mis manos. ¿Por qué no le pides a tu amigo Teodoro que haga algo?

—A eso vine a Tomi, ni más ni menos. Pero ¿no puedes hacer algo tú también? ¿Denunciar a Lupicino ante el emperador?

Sebastián suspiró profundamente.

Caritón, tengo más respeto por ti que por muchos otros. Estoy seguro de que te mueve el más puro y noble sentimiento filantrópico de Hipócrates, pero no puedo inmiscuirme en el mando de un camarada. Tampoco puedo denunciar a mi jefe ante el emperador. Es contrario al honor de las armas romanas.

—¡Maldito sea el honor de las armas romanas! ¿No puedes, al menos, hablar tú mismo con Lupicino? Señálale que si Fritigerno y su gente se rebelan y es necesario exterminarlos, el emperador se enojará. La colonización de los godos en Tracia se contempla con gran entusiasmo entre los funcionarios de la corte. No les gustará que fracase.

—Lupicino gana lo bastante en este negocio como para comprar media Italia. ¿Crees que me escucharía?

Sin embargo, sus palabras fueron acompañadas por una sonrisa, como si no tuviese la certeza de lo que decía.

—Te respeta, ¿no? —insistí—. ¿No te escuchará si le dices que debe cuidar su retaguardia?

—Quizá. —Sebastián suspiró otra vez y me miró con aire pensativo—. Quizá. Muy bien, iré a verlo a Marcianópolis. No quiero dificultades con los godos en este lado del río. Y tú puedes acompañarme.

—¿Yo?

—El duque de Mesia quiere conocerte. Mejor dicho, quiere que sus médicos te conozcan. Máximo puede ser codicioso y carente de escrúpulos, pero le preocupa que los malditos godos puedan contraer una epidemia y que ésta se propague a sus tropas. Ha visto que aquí no hay dificultades gracias a tu sistema, y quiere que instruyas a sus médicos. Bien, puedes venir y discutir todo tú mismo. Veamos… podemos partir pasado mañana.

Sebastián volvió inmediatamente a ocuparse de los papiros que había sobre su escritorio, examinando compras de provisiones y de caballos, licencias para el uso de las postas…

—Le dije a Valerio que estaría ausente una semana —le expliqué, al pensar en todas mis tareas en Noviduno, en el bebé de Redagunda, en Melisa.

—Puedes escribirles y anunciar un cambio de planes. —Sebastián dejó de mirar sus papeles y me dijo sonriendo—: Tú iniciaste esto, no yo. ¿Por qué no vas a ver a tu amigo Teodoro y lo convences también?

—Si continúo así, terminaré en Antioquía —dije, deseando haber llevado otra túnica y otra capa—. Iré, entonces. Y muchas gracias.

Muy sonriente, Sebastián respondió:

—Gracias a ti. Estoy contento de hacer algo. Atanarico se fue furioso porque no quise hacer más. Debo encontrar la manera de apaciguarlo.

Volví a la Prefectura. Torión estaba levantado, trabajando en su despacho. Una horda de decuriones y magistrados lo esperaban con peticiones —y sobornos— para ser excusados de ciertas obligaciones. Esta vez los escribas me reconocieron y uno me hizo entrar inmediatamente. Al verme, Torión me dirigió una sonrisa.

—¿Has visto a Melisa? —me preguntó en seguida—. ¿Cómo está? Cuando me he levantado, la he encontrado perfectamente. En cambio, tú me hiciste pillar una buena borrachera.

Le dije que había encontrado bien a Melisa, pero que tenía que descansar, mantenerse muy limpia y beber muchos líquidos, vino bien aguado y tal vez algo de leche. Las primeras dos semanas después del parto son una época peligrosa. Torión asintió con aire de experto.

—Maia se hace cargo del bebé, de modo que Melisa no necesita levantarse. Pero me alegro de que tú también estés. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Parto para Marcianópolis pasado mañana.

—¿Qué? Acabas de decir que las dos primeras semanas pueden ser peligrosas.

—En Tomi tienen una comadrona perfectamente capacitada y no hay motivo para temer ningún riesgo con Melisa. Además, dejaré algunos preparados para los problemas más comunes. Tengo que viajar, Torión. El duque Sebastián quiere que hable con algunos de los médicos de Mesia sobre métodos para prevenir la propagación de pestes.

—¡Vaya con el duque Sebastián! Debe de imaginar que le perteneces.

—Es mi superior. He hablado con él antes de venir aquí. Te manda felicitaciones por el nacimiento de tu hijo.

Torión estaba contrariado e irritado.

—No veo por qué una mujer debe tener un jefe militar. ¿Por qué lo has visto? ¿Por las epidemias?

—No. Por los godos.

—¿Habló contigo también el conde Atanarico? Vino aquí hace más o menos un mes, solicitando que enviase la mitad de nuestras reservas de grano de Tomi y de Istrópolis río arriba, a los bárbaros en Mesia. Le respondí que eso era responsabilidad del gobernador de Mesia y que me ahorcaría antes de ayudar a Festino, ante lo cual me insultó.

Empezaba a sentirme bastante orgullosa de Atanarico.

—Tienes que enviar el grano —dije.

Seguidamente le conté la historia de Gudrun. Aunque se impresionó, terminó por encogerse de hombros.

—He oído algo sobre esto —admitió—. En realidad he tomado notas de historias como ésta, y las he enviado a la corte. Puede ser que alguien las escuche. Y puede que no. Todo el mundo sabe que odio a Festino y por ese motivo no creen nada de lo que diga sobre él. Se lo comenté a Atanarico cuando pasó por aquí.

—¿No podrías enviar además alimentos? Esa gente se muere de hambre.

—¡Dios Eterno! ¿Cómo hacerlo? En los graneros públicos apenas tenemos suficiente para el invierno, y Sebastián se llevará una parte si no llegan cargamentos de Alejandría para sus tropas. Además, ¿por qué habría yo de socorrer a Festino? Cuantas más dificultades tenga, mejor, eso es todo.

—Torión —insistí—. Esos que se mueren de hambre no son romanos. Los romanos entienden de corrupción oficial, la aceptan, se dedican a sobornar a otros funcionarios y recurren a influencias para obtener lo que quieren. Los godos no saben nada de eso. Creían que el imperio era perfecto y que los funcionarios imperiales eran justos y sabios. Dejarán de creerlo y no intentarán sobornar a nadie para denunciar a Festino ante el emperador. Lucharán. Morirán muchos. Sebastián cree que si se llega a la lucha será el fin de los tervingos y de todo el conflicto, pero… hay muchos godos. Y si se produce una revuelta cerca del río, tendremos más tribus de ellos cruzándolo, los que no fueron invitados. Y detrás están los alanos y los hunos. Sí, sé que al final siempre gana el imperio, pero el «final» puede estar muy lejos. Si esta situación crea verdaderas dificultades, no se limitarán a Mesia. Te encontrarás frente a un ejército godo fuera de las murallas de Tomi.

Torión me miraba muy preocupado.

—¡Y piensa en lo que sucedería si lo impidieses! —proseguí—. Sé que aspiras a gobernar de una forma excelente. ¡Impide una guerra y podrás volver a la corte cubierto de gloria para ocupar la función que prefieras!

—Sí, pero esa clase de gloria es costosa —dijo Torión, deprimido—. Si perdono a mucha gente en el pago de impuestos, no sólo puedo obtener dinero de sobornos, sino que además me elogian ante el emperador, comentando lo justo y moderado que soy. Sin embargo, tener cereales suficientes para hacer llegar río arriba, tendría que arrancarle la última moneda a los habitantes locales, y no les gustaría. Es mucho más probable que en lugar de cubrirme de gloria me cubrieran de quejas. Y cuando terminara mi período

de gobierno, me vería obligado a vagar por la corte ocupándome de juicios y esperando algo en las antesalas del chambelán. Tampoco allí podría ganar un solo dracma de cobre. ¡Por la gran Artemis! No pongas esa cara de reproche. Tú sabes por qué quiero el dinero. Festino nos costó muy caro. Durante su último año de vida nuestro padre tuvo que vender una de las granjas con todo su ganado, además de veinte esclavos. Esperaba volver a comprarlos con lo que ganara en este cargo de gobernador.

—Torión, ¿cuánto producen nuestros bienes anualmente?

—El año pasado la producción alcanzó un valor de trescientas catorce libras en oro —respondió Torión sin vacilar—. Veintidós mil seiscientos sólidos. Es una disminución de cuarenta libras en oro respecto a lo que era hace cinco años. ¿Qué crees que debo hacer si aspiro a un consulado en Constantinopla? Los juegos cuestan más que eso aun fuera de temporada.

—¿Gastamos veintidós mil seiscientos sólidos al año?

Torión estaba incómodo.

—Mira… no. Pero debo mantener mi posición, y la casa de Constantinopla además de la de Éfeso y todas las propiedades. Y ese maldito puerto de Éfeso siempre requiere dragado y la gente exige siempre mi contribución. Hasta me escriben aquí para requerirme el pago. Y el mayordomo Juan dice que… ¡Vaya, Caritón! ¡Muy bien, enviaré grano para tus malditos godos! ¡Pero vigila! ¡No quiero que Festino se atribuya todo el mérito!

Le di un beso.

—Eres el orgullo de la gobernación y un digno padre para tu hijo.

—Bien, bien. Me gustaría que ese Sebastián no te llevara a Marcianópolis. ¿Para qué sirve tener una hermana que es un buen médico si se va cuando más la necesitas? Está bien, está bien, extenderé las órdenes para que te las puedas llevar a Marcianópolis. Pero allí tendrás que persuadir a alguien de que reciba los cargamentos de grano. Ah, supongo que tendré que escribir a ese bruto de Festino por este asunto. Sólo espero que tengas razón y que reconozcan lo que hago. Es triste ser virtuoso y recibir un castigo como recompensa.

Desde Tomi hasta Marcianópolis hay casi cien millas. Las recorrimos en cinco días. Sebastián dijo que solía tardar sólo tres, pero no había una necesidad especial de darse prisa, con que fuimos por la carretera de la costa. Las facilidades para detenerse y descansar no eran malas. Sebastián llevaba a Dafne y a algunos esclavos domésticos.

—A ella le gusta cambiar de escenario —me dijo—, y no sabemos cuánto tiempo durará esto. Así que más vale que me ponga cómodo en Marcianópolis.

Dafne viajaba en un carro rodeada de tropas, las pertenencias de Sebastián se sacudían sobre las mulas y nos desplazábamos despacio a lo largo de la costa bajo un sol radiante. Hacía calor, y cuando la carretera tocaba el mar los hombres dejaban las armas y se internaban en el oleaje, arrojándose agua y riendo. En una ocasión, el cochero de Dafne fue detrás de ellos y ella bajó y se mojó con agua salada. Sebastián la persiguió a caballo, pero cayó; después la atrapó y la llevó de nuevo al carro con su lujoso interior. Dafne tenía las cortinas corridas todo el tiempo e intercambiaba bromas y cantaba marchas militares con los soldados. Se burlaba de mí porque no me había metido en el agua y le respondí que a Afrodita, diosa del amor, no le agradaban en absoluto los eunucos. Fue un viaje extraordinariamente alegre, y no creo que la tarde que llegamos hubiese ni uno solo de los miembros del grupo que se alegrase de ver Marcianópolis, recortado como una mole negra contra las montañas.

Era extraño recordar lo bárbara que me había sonado siempre aquella ciudad. En aquel momento, en cambio, la vi como una ciudad común. Sebastián envió su escolta a los cuarteles y me invitó a alojarme en un ala de su casa. Había enviado un mensajero de antemano para anunciar su llegada, y tenía preparadas sus habitaciones habituales. Me había ofrecido además un esclavo para que me atendiera durante la visita, pero lo rechacé dándole las gracias. Así pude estar a solas. Me lavé, me puse una túnica sin perfume de caballo y resolví comprarme otro par de pantalones. El soldado de Sebastián que golpeó la puerta traía una invitación a cenar de su amo. Se la agradecí y bajé al salón donde había comido por primera vez con el duque. Y la primera persona que vi allí fue Atanarico.

No lo esperaba y me cogió desprevenida. Sentí el calor de mis mejillas, pero afortunadamente no había lámparas junto a la puerta, de modo que nadie advirtió mi rubor. Tan pronto como advirtió mi presencia, Atanarico me dirigió una sonrisa de alegría, se acercó y me estrechó la mano.

—¡Bienvenido, Caritón! —dijo—. Deduzco que debo a Sebastián tu presencia aquí. ¡Me alegro!

No respondí. Trataba de dominarme. La presencia de Atanarico me turbaba mucho, como si estuviese suspendida en un vacío inmenso.

—Además, consiguió que Teodoro accediese a enviar grano —le informó Sebastián.

—¡Dios Inmortal! —exclamó Atanarico—. ¿Cómo te las arreglaste?

Yo intenté discutir con él, pero no llegué a ninguna parte. Insistió en que no podía obtener los cereales.

Conseguí estornudar y así justificar mi silencio.

—Cualquier gobernador puede obtener más cereales si quiere apretar a los terratenientes —dije—. Todo se redujo a convencer a Torión de que el envío era necesario. Es un hombre bondadoso y no le agrada ver sufrir. Y yo había ayudado a traer al mundo a su primogénito.

—¡Las ventajas del método hipocrático! —comentó Atanarico jocosamente—. Bien, me alegro de contar con un aliado tan poderoso.

—Pensaba que estabas en Antioquía.

—Acabo de llegar de allí. —Ya no sonreía y noté que parecía fatigado y agobiado por las inquietudes—. Los aliados de allí son poco competentes. El ilustrísimo Euterio me escucha, pero Festino, el gobernador de aquí, es amigo del prefecto pretoriano. Euterio puede decir una cosa a su sacra majestad, pero Modesto le quita importancia y el emperador escucha a Modesto. Y todo el mundo está preocupado por Persia. Nadie quiere saber lo que está ocurriendo aquí. Nadie quiere hacer nada. Y así continuarán las cosas hasta que los tervingos se rebelen, a menos que logres convencer al mismo Lupicino de que impida lo que está sucediendo.

—Lo intentaré —dijo Sebastián—. Pero ¿no podemos olvidar a los tervingos por esta noche? Bastante tendré con hablar de sus problemas mañana.

Nos reclinamos en nuestros triclinios junto a la mesa, Sebastián y Dafne se instalaron juntos en uno, y Atanarico y yo separados, cada uno en el suyo. Fatigada por el viaje y por haber nadado, Dafne bostezaba. Cuando apoyó su cabeza rubia en el brazo de Sebastián ambos formaron un bonito cuadro. Atanarico los miró con una expresión áspera y antes de que hubiésemos terminado el primer plato había abordado ya los problemas de los tervingos.

—¿Enviará efectivamente el grano Teodoro? —me preguntó—. Es de dominio público que él y Festino se odian. Ninguno hará nada que pueda beneficiar al otro. Además, es responsabilidad de Festino proporcionar alimentos a la gente de Fritigerno.

—Tengo cartas de Teodoro en las que solicita a Festino que disponga la distribución de granos cuando llegue a Escitia —dije.

—¿Por qué son enemigos? —preguntó Sebastián, bebiendo pequeños sorbos de vino y mirando con afecto a Atanarico por encima de la cabeza de Dafne.

—Es una cuestión personal —respondió Atanarico—. La hermana de Teodoro tenía que casarse con Festino, pero desapareció un mes antes de la boda, dejando en ridículo

al novio. Hubo un escándalo en Asia hace varios años. Se cree que Teodoro organizó la desaparición por no querer llamar «hermano» al hijo de un subastador. Entonces Festino se puso furioso y utilizó toda su influencia para perjudicar a Teodoro y a su familia.

—¿Qué sucedió con la hermana? —preguntó Dafne.

Atanarico se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Algo debió de suceder, pues tendría que haber reaparecido ya. Quizá su naturaleza delicada fue vencida por el escándalo y la ocultación y murió de pena. O acaso huyó con un auriga. Éstos son dos de los rumores. Elige el que prefieras.

—¡Yo elijo el del auriga! —soltó Dafne riendo—. Me gustan las carreras.

Sebastián lanzó una carcajada y la besó.

—Lo tendré presente. Ningún auriga podrá entrar en esta casa. Más vino, esclavo. ¡Y deja ya de hablar de los godos, Atanarico!

Al día siguiente, Sebastián fue a ver a Lupicino y yo le entregué a Atanarico las cartas de Torión sobre el envío de cereales para que las llevara al despacho del gobernador. A Atanarico le sorprendió que yo no lo hiciera personalmente. Le expliqué que un *curiosus* de los *agentes in rebus* sería atendido con más rapidez que un médico del ejército.

—¿No tienes, entonces, mensajes conciliadores de Teodoro a Festino? —preguntó con aire preocupado—. Existe el peligro de que Festino se niegue a recibir el grano, especialmente si es Teodoro quien lo envía. Los dos se detestan abiertamente. Además, es posible que por ahora Festino quiera continuar su negocio y no le interese recibir provisiones para los godos, aunque las pague otra persona.

—Aun cuando Teodoro accediese a enviar un mensaje conciliador, no soy la persona que debe llevarlo. Prefiero no ver al gobernador —repliqué.

Atanarico me observaba con atención.

—¿Te conoce?

Me encogí de hombros. Había pensado mucho sobre eso y me parecía muy poco probable que Festino me reconociese. Me había visto sólo unas pocas veces, años atrás, y mi propio hermano no me había reconocido como la joven perfumada y con pelo rizado que recordaba. Con todo, no me entusiasmaba la idea de ver al gobernador.

—Es probable que me haya olvidado —contesté a Atanarico—. Nos hemos conocido, pero no hay razón para que me recuerde. En todo caso, yo sí. Como la mayoría de la gente de Éfeso. ¿O no estás enterado de su forma de gobernarnos?

—Estoy enterado. Vaya, vaya. Tuviste dificultades no sólo en Egipto y Tracia, sino

también en Asia. Al parecer, sirves tanto para meterte en líos como para ser médico. ¿Qué pasó esta vez? ¿Ayudaste a Teodoro a organizar la desaparición de su hermana?

Me reí y entregué a Atanarico las cartas de Torión.

—«Suficiente hasta el día de dicho mal» —cité—. Que duerman los viejos agravios. Suerte con Festino.

Sebastián había notificado al duque Máximo de Mesia nuestra llegada. En consecuencia, me presenté como el médico competente que había solicitado. El duque era un hombre alto y bronceado, y tenía el aspecto, los modales y la moral de un bandido. Había convocado a dos de sus médicos a Marcianópolis tan pronto como supo que yo iba. Me llevó a los cuarteles, me presentó a sus hombres y nos dejó discutiendo sobre pestes. En ciertos aspectos, los médicos eran mejores que Janto y Diocles, pero por lo demás no había gran diferencia. Pedí información sobre las fuentes de agua potable de los campamentos que había junto al río. Respondieron que la gente ya tenía el río. Al hablarles de sanidad, dijeron que los romanos tenían las facilidades habituales, pero los bárbaros recorrían la ribera buscando alimento y lo ensuciaban todo. En cuanto a la asistencia de los enfermos, me señalaron que las tropas trataban a los suyos en el lugar y enviaban los casos graves al hospital. No se había previsto nada para la asistencia de bárbaros. Sentían un intenso rencor hacia los tervingos, azotados por diversas enfermedades que transmitían a las tropas romanas. Los médicos parecían creer que actuaban así deliberadamente.

Les di una extensa conferencia sobre la forma en que el contagio afecta el aire y el agua, la importancia de asegurarse fuentes de agua limpia para todos, la cuarentena y el uso del azufre para purificar el aire. Terminé insistiendo en la necesidad de instalar a los godos en sus propias tierras. Después de mi partida, los médicos quedaron descontentos conmigo porque no les ofrecí una cura mágica para la peste, y también con su jefe, por tener a aquellos tervingos apestados tan cerca de nuestras tropas. Tampoco yo estaba satisfecha. Si los médicos seguían cuidadosamente mis instrucciones, lograrían tal vez controlar la propagación de la peste entre las tropas romanas. En cambio, yo no había hecho nada por los godos. Volví malhumorada al centro de Marcianópolis, maldiciendo la codicia de los romanos.

Cuando llegué al edificio de la jefatura encontré a Sebastián y a Atanarico también enfadados.

—Ese Festino es una sanguijuela gorda e insaciable —dijo Atanarico en voz baja —. Le he entregado las cartas de Teodoro, a las que añadí unos cuantos elogios más, pero no ha dicho qué pensaba hacer, ni siquiera si haría algo. Me ha invitado a un festín

esta noche. Ha decorado el palacio de la Prefectura como la mansión de un sibarita y lo ha llenado de esclavos tervingos para que lo sirvan. Está profundamente implicado en este asunto.

—Lupicino no le atribuye una gran inteligencia —dijo fríamente Sebastián—. Cuando he abordado el asunto, ha tratado de descargar toda la culpa sobre el gobernador, aunque está claro que la idea básica ha sido suya. Bien, han tenido varios meses ya para dedicarse a sus negocios. Lupicino podría estar de acuerdo en poner fin a estas actividades. Ha oído ciertos rumores de que los godos pueden rebelarse y empieza a preocuparse. Festino lo ha invitado a él además de nosotros tres y me ha prometido mencionar la cuestión de los godos.

—¿A mí también? —pregunté.

—Ha invitado a todos los jefes militares con su personal, y tu nombre está específicamente incluido. No cabe sorprenderse. Eres un hombre sabio y no podía olvidarte. Oye, ¿qué te sucede?

—Tuvo dificultades en Éfeso cuando Festino era gobernador —precisó Atanarico con una sonrisa maliciosa—, pero no quiere explicar el motivo.

—¿Dificultades serias? —preguntó Sebastián.

—Nunca me acusaron de nada —respondí, molesta por las deducciones de Atanarico y deseosa de impedir que adivinase algo más—. Dudo mucho que Festino me recuerde en lo más mínimo. Iré. De todos modos, me asignarán un lugar en los triclinios más alejados.

Fui a lavarme a mi cuarto y sentada en la cama sin haberme quitado mi mejor capa, me quedé pensando.

No tenía por qué. El banquete fue todo un acontecimiento social. Sebastián fue acompañado por uno de sus oficiales y por mí, y cuando llegamos descubrimos que el duque de Mesia tenía un grupo de siete invitados en los que no estaban incluidos sus médicos y que Lupicino tenía otro de diez personas. Festino recibía a los invitados en el gran vestíbulo, junto a la puerta. Estaba más grueso de lo que yo recordaba y su cara ostentaba mayor cantidad de venas reventadas, como si hubiese explotado dejándola manchada y roja, pero los ojos azules y vidriosos eran los mismos. Con una sonrisa estrechó la mano de Sebastián. Recordé los dientes y el grito de fiera. Sebastián me presentó:

—Caritón de Éfeso, mi médico principal.

Los ojos se detuvieron en mí un instante, una mano húmeda retuvo la mía y a continuación enseñó los dientes a Atanarico, y un esclavo me condujo a mi lugar para la

comida, en uno de los triclinios más apartados, junto a un oficial joven. Me senté, algo lánguida del susto. Uno de los esclavos me dio una copa de vino blanco con miel.

La sala de banquetes era enorme y de gran magnificencia, hacía poco que había sido revocada y pintada con escenas de caza, y lucía cortinas de brocado. Estaba iluminada por tres hileras de lámparas de aceite, en las que ardía el líquido perfumado con incienso, que derramaban su intensa luz por todo el recinto. La mesa lustrada era de cidro y arce, y resplandecía gracias a sus cubiertos de plata y su cerámica de Corinto. En un costado del salón estaban sentadas tres muchachas rubias, tocando flautas y liras. La que tocaba la lira parecía asustada y no era muy diestra. Otros esclavos, varones y mujeres, se desplazaban llenando copas y repartiendo panecillos blancos. Eran todos jóvenes, atractivos y sin duda godos.

Se sentaron los invitados y comenzó el banquete. Lupicino compartía el triclinio del anfitrión, pero Atanarico y Sebastián ocupaban el lugar de honor, a la derecha de Festino. Llegaron los esclavos con un plato de ostras. Tres muchachas muy esbeltas, que vestían finas túnicas rojas, atendían el sector central de la mesa, mientras unos niños servían la comida en mi extremo. Los oficiales que me rodeaban comenzaron a hablar de sus campañas, y ya no me fue posible oír nada de lo que se decía en el otro lado.

A las ostras les siguieron unos lirones rellenos y pescado asado con puerros, pollo con salsa blanca, jabalí con miel y asafétida y un faisán asado que presentaron cubierto por su espléndido plumaje. Lupicino tuvo el honor de elegir el vino y lo pidió fuerte y de la última cosecha, con el cual no estaba familiarizado: tinto, añejo, muy perfumado, con una dulzura equilibrada por el sabor ácido de la edad. Más tarde me enteré de que era de una cepa italiana llamada falernia, que los occidentales aprecian mucho y cuyo precio está de acuerdo con su fama. En el último triclinio, el mío, no abundó esa clase de vino, pero en el centro de la mesa los esclavos no cesaban de llenar las copas, y no se tardó demasiado en que los invitados mostrasen caras inflamadas y una tendencia a gritar.

Los oficiales siguieron hablando de sitios y fortificaciones hasta finalizado el segundo grupo de platos, interrumpiéndose sólo para pellizcar a la muchacha que nos servía. En un punto en que el ruido de la conversación pareció disminuir, Festino habló en un tono muy alto y claro:

—El insolente Teodoro quiere enviar cereales a los godos. —Al pronunciar esas palabras fijó la vista en Atanarico.

Lupicino hizo un gesto despectivo y algunos de sus oficiales hicieron comentarios

burlones.

—El prudentísimo Teodoro oyó decir que el honorable Festino no podía abastecer las necesidades básicas de los tervingos —replicó Atanarico, muy sereno—, y con una gran generosidad acordó enviar grano del excedente de la provincia que gobierna, para ayudarte en tu tarea de asistirlos, excelencia. Así lo explica en las cartas que te ha entregado esta mañana.

—¡Lo que yo hago en mi provincia no incumbe a Teodoro! —afirmó con desprecio —. He pensado en su sugerencia, y cuanto más lo hago, más insolente la encuentro. ¡Su único propósito ha sido insultarme! Es sólo una forma de señalar que me considera incompetente. Gobierno provincias desde que él era un tonto adolescente. Lo conocí en la casa de su padre, en Éfeso, enfurruñado con sus lecciones. Que arroje su grano al Danubio, antes de que yo acceda a despacharlo.

—De todos modos —dijo Atanarico con el mismo tono sereno, pero con cierta irritación—, es indiscutible que los godos han pasado mucha hambre desde que se han trasladado a tierras romanas. Y es posible que los bárbaros, por ser demasiado ignorantes para comprender tus excelentes razones y las de Lupicino para mantenerlos junto al río y sin nada que comer, puedan intentar buscar alimentos recurriendo a las armas… a menos que se les dé algo que comer.

Festino expresó su desprecio con un gruñido y Lupicino miró indignado a Atanarico.

—Hemos ordenado a los bárbaros que abandonen el río y vengan aquí a hablar con nosotros, en Marcianópolis —dijo de malos modos.

Atanarico lo miró sorprendido un instante y luego se inclinó hacia delante, con el rostro encendido.

—¿Para recibir sus tierras? —preguntó.

—Para recibir las tierras que les asignó su sacra majestad —puntualizó Lupicino.

—Doy gracias a Dios —exclamó Atanarico, reclinándose en el triclinio como si le venciese el peso del alivio y del cansancio. Miró entonces a Sebastián, quien arqueó una ceja y se encogió de hombros.

—Me han informado de que hay más godos en Tracia de los que corresponde recibir —dijo Lupicino, sin dirigirse a nadie en particular—. Los greutungos han hecho peticiones para que los autoricen también a cruzar y sospecho que algunos de ellos pueden haberlo hecho con la ayuda de ese zorro de Fritigerno. Quiero traer a ese bandido aquí para que dé explicaciones.

Los oficiales comenzaron a hablar todos a la vez, como lebreles que olfatean una

presa, diciendo que pronto pondrían fin a la intrusión no autorizada de los greutungos. Atanarico estaba preocupado de nuevo. Los tervingos eran una gran tribu, aun vencidos y divididos como estaban. Los greutungos eran también poderosos. Si habían unido fuerzas y estaban todos en el lado del cruce del río, había que temerlos como enemigos.

—Por lo tanto, Teodoro puede guardarse su grano —añadió Festino cuando los «lebreles» dejaron de aullar. Estaba absolutamente claro que odiaba a Torión más aún de lo que éste lo odiaba a él, y que no pensaba perder una sola ocasión de insultar a su enemigo—. ¡Que Dios lo pudra junto con sus cereales! Es un patán arrogante y lleno de prejuicios. Y no le corresponde intervenir en mi provincia.

—Especialmente después de haber intervenido en tu matrimonio —comentó Lupicino con una sonrisa maliciosa.

Festino profirió una maldición. Había bebido ya demasiado.

—Todos cuentan esa historia para ridiculizarme —soltó furioso—. Pero es a Teodoro a quien debería deshonrar. Yo pensaba radicarme en Éfeso. Como había adquirido unas tierras, empecé a buscar esposa. Entonces el padre de Teodoro me arroja a su hija a mis pies, una virgencita frígida de quince años, puro ojos y con aire de «no me toques». Acepto a la chica y el padre está encantado. De repente desaparece. El padre está desesperado. Teodoro hijo prácticamente admite haberla ocultado en algún lugar, por arrogancia y vanidad, por considerarme indigno de una alianza con su familia, por la sola razón de que su abuelo se encaramó al poder y le ahorró el trabajo de hacerlo él mismo. ¿Es así como se comporta un caballero? Aunque en realidad me hizo un favor. Salí ganando al no casarme. He oído decir que la chica se escapó con un gladiador.

—¿Con un gladiador? —dijo Sebastián con ironía—. Qué extraño. No sabía que tenían gladiadores en Asia. Creía que era una actividad occidental.

Festino lo miró con desprecio.

—Quise decir un auriga.

Lupicino lo miró y pidió más vino. Aparecieron más muchachas godas vestidas con túnicas más cortas y transparentes y empezaron a bailar con el aplauso de los oficiales.

No me había agradado el festín ya desde el comienzo, y en aquel punto estaba ya impaciente por irme. No me importaba haberme escapado con un auriga. Sin embargo, soportar que Festino hablase de mí me producía malestar. Además, el espectáculo de aquellos oficiales que comían y se embriagaban con las ganancias obtenidas a costa de gente como Gudrun, y estaban dispuestos a acostarse con jóvenes vendidas para no morir de hambre, me causaba una profunda indignación. Afortunadamente, Sebastián se

retiró a una hora temprana, invocando cansancio por su viaje, lo cual significó que sus colaboradores podían partir con él. Volvimos a la jefatura en silencio. El oficial se fue a dormir, pero Sebastián nos invitó a Atanarico y a mí a beber algo.

—Pero no será Falerno —señaló.

—¿Convenciste a Lupicino de que trajera aquí a los godos? —preguntó Atanarico cuando le sirvieron el vino… de Quíos, mezclado con agua tibia y bastante rebajado.

—Le hablé de los riesgos de una rebelión —respondió Sebastián, agitando el vino en su copa—. No sabía que los greutungos también quisieran cruzar. Creo que esto lo ha hecho decidirse. Bien, espero que todo haya terminado ya.

—Yo también lo espero —dijo Atanarico lentamente.

—Pero temes que Fritigerno haya iniciado ya algún tipo de revuelta.

Atanarico hizo un gesto displicente.

—Si Fritigerno selló una alianza con los greutungos… sí, pero aunque ocurra, probablemente no llegue a una guerra.

No obstante, seguía serio.

—Siempre están las legiones —advirtió Sebastián.

—Confías demasiado en la superioridad militar de los romanos —dijo Atanarico con vehemencia—. Mi padre condujo tropas armadas y adiestradas exactamente como las de Fritigerno, y no son mucho peores que las regulares cuando se trata de lanzar el grito de guerra.

—Los tervingos serán peores ahora, ¿no? —observó Sebastián—, teniendo en cuenta que han sido vencidos por los hunos, han estado pasando hambre todos estos meses y la mayoría ha sido desarmada al cruzar. Espero que no lleguemos a esto. No tiene por qué suceder.

—Es verdad —convino Atanarico.

—¿Dónde están ahora las tropas veteranas de tu padre? —preguntó Sebastián aparentando serenidad.

—Aquí en Tracia, en Adrianópolis —contestó Atanarico—. Bajo el mando de mis primos Bessas y Colias.

—Podrías recomendarle a alguien que los desplace a otra parte. No, no pongo en duda su lealtad, pero son godos tervingos y al mismo tiempo todavía tropas federadas, no regulares. No me gustaría conducirlas contra su propio pueblo.

—No te seguirían, por lo menos en una causa como ésta —aclaró Atanarico, siempre en tono sereno—. Recomendaré en mi informe al ilustrísimo Festino que los trasladen a otra diócesis. Pero me gustaría que Festino hubiera aceptado ese grano. No

se puede pretender que vayan a Marcianópolis con el estómago vacío.

Sebastián rio ásperamente y dijo:

—Aquí ves el resultado del deseo frustrado.

—Del orgullo, diría yo. Caritón, ¿cuál es la verdad de esa historia sobre el matrimonio que no fue?

Me miré las manos, satisfecha de que los esclavos de Festino hubieran sido poco generosos con el vino para los triclinios alejados. Tenía que mantener la cabeza fría.

—Poco después de haber llegado a Éfeso como gobernador, Festino acusó al padre de Teodoro de traición, basándose sólo en su nombre. Fue poco después de aquella conspiración relacionada con el oráculo, e hizo un gran alarde de celo para impresionar a su sacra majestad. No había evidencia alguna para acusarlo de nada de este género, pero Festino hizo torturar a algunos de sus esclavos y allanar toda la casa, obligando al cabeza de familia a prosternarse y suplicar misericordia. Cuando el padre de Teodoro accedió a que su hija se casara con el gobernador, lo hizo por temor. Mi amigo Teodoro estaba furioso, como creo que cualquiera lo habría estado, dadas las circunstancias. Trató de disuadir a su padre de llevar a cabo la unión, pero en aquella época no era adulto y no fue capaz de hacer nada desde el punto de vista legal. Bien, la muchacha desapareció. No puedo decir nada más.

—Verdaderamente, no puedo culpar a Teodoro —dijo Sebastián en tono pensativo —. Aunque es algo vergonzoso para un caballero quedarse con la guirnalda de novia y sin la novia. A pesar de todo, me cuesta imaginarme a la muchacha muy entusiasmada por casarse con Festino, aunque no la hubiese esperado un auriga en la puerta trasera. Pero es difícil estar seguro de qué piensa una joven noble. Sólo sé que nunca parecen deseosas de casarse con nadie.

—¿Te ha presentado tu padre a alguna muchacha? —preguntó Atanarico sonriendo.

—A alguna. Pero nunca veo de ellas más que la coronilla. Siempre miran al suelo. Consciente de mi responsabilidad de casarme y de engendrar romanos, trato de conversar con la muchacha. ¿Le gusta la literatura? Si es griega, admite que Homero es un gran poeta; si es latina, admira a Virgilio. Si insisto, puede recitar unos versos. ¿Le gustan ciertas tareas, por ejemplo cuidar el jardín? Reconoce que los jardines son bonitos. ¿No es agradable el tiempo para esta época del año?, pregunto, ya desesperado. Sí, responde, y mira al suelo. Cuando vuelvo a casa, creo descubrir que estoy locamente enamorado de ella. Afortunadamente, los acuerdos financieros han fracasado siempre y mi padre no ha encontrado aún el matrimonio que le satisfaga. No sé qué haría si tuviese que llevar a la cama a alguna de estas jóvenes.

—Siempre he pensado que tendré que pasar mi noche de bodas leyéndole a Virgilio, ya que parece ser el único tema de conversación aceptable. Con todo, benditas sean sus finanzas. Mi padre puede encontrar unas pocas muchachas cuyas dotes le satisfagan —dijo Atanarico riendo—. ¿Qué harás con Dafne cuando tu padre llegue a formalizar tu unión con alguien?

—No te hagas ilusiones. No pienso pasártela. Le daré la libertad, le compraré una casa y además le daré una suma satisfactoria para vivir. Si opta por casarse, es asunto suyo, pero puede suceder que yo necesite volver con ella. En tal caso, no pienso compartirla con nadie. Es una mujer espléndida.

—Tienes razón —dijo Atanarico, y reclinado en el triclinio consideró sus virtudes, olvidados por fin los tervingos—. Y tiene sentido del humor.

—Y sabe cantar, no lo olvides —añadió Sebastián—. No, no es mi mujer ideal, y no soy un Caireas ni un Caricles que juran amor eterno, pero es bonita, me divierte y se puede hablar con ella. Es más o menos lo que cabe esperar de cualquier mujer y mucho más de lo que sueles ver en las candidatas a esposas.

—Verdad, verdad —dijo Atanarico suspirando—. ¿Cuál es, entonces, tu idea de la mujer ideal?

—Ah —respondió Sebastián dejando su copa de vino—. Bien, he pensado mucho en esto y he llegado a la conclusión de que aceptaría sin vacilar una como la Lesbia de Catulo. *«Nimis elegante lingua»*[6], *«dulce ridentem»*[7]. No me disgustaría que respondiese al resto de la descripción: alta y esbelta, con tobillos finos y ojos grandes, si bien para mí es más importante que sepa conversar y reír. Me gustaría casarme con una mujer inteligente de mi misma clase, que conozca su propio valor y con quien pueda hablar. Catulo tuvo suerte. Si ella lo engañó después, estoy seguro de que la culpa fue de él por escribir esa poesía dulzona sobre ella: *«Lingua sed turpi, tenuis sub artusflamma dimanat…»*[8]

—¡Eso es de Safo!

—Adaptado por Catulo —respondió Sebastián—. Vosotros, los griegos, nunca leéis nada que no esté escrito en vuestro propio idioma.

—¿Por qué habríamos de molestarnos, si lo único que hacen los latinos es adaptar poemas griegos? —dijo Atanarico riendo—. ¿Alguna vez has oído poesía latina, aparte de la que cita Sebastián?

—Una vez oí a Festino en Éfeso recitando no sé qué —dije sin reflexionar—. Algo como *«vitas inuleo me similis, Caris»*, y no me pareció muy bueno.

—Cloe, no Caris —me corrigió Sebastián en el acto—. Pero estoy de acuerdo: es

uno de los poemas más mediocres de Horacio. Además, supongo que no encuentras sentido a ninguna poesía sobre el amor. Estás dispensado de leer a Catulo. ¿Y tú, Atanarico? ¿Cuál es tu mujer ideal?

—En contraste contigo, nunca lo he pensado mucho. Diría que… vamos, una mujer honrada. Honorable.

—¡Imposible! —soltó Sebastián, y lanzó una carcajada.

—No me refiero a una mujer que diga la verdad —precisó Atanarico, riendo también—. ¿Para qué puede servir eso? Utilizando tus propias palabras, pienso en una que conozca su propio valor. Que no sea corrupta, ni cobarde. Noble y generosa, una mujer capaz de llevar su propia casa y además defenderse en el mundo.

—Una princesa goda —dijo Sebastián sonriendo—. Es el tipo de mujer que has descrito.

Atanarico parecía desconcertado. Pensé en su prima Amalberga.

—Como la mujer de Fritigerno —dije, procurando no parecer resentida. Era necio e inútil hablar así, pero no pude menos de desear que fuese Atanarico quien expresara su gusto por mujeres inteligentes, altas, esbeltas y de ojos oscuros.

—¿Cómo es? —preguntó Sebastián, interesado.

—Valerosa —dije—. Y no pierde la cabeza. La asistí en una complicación puerperal. Sentía dolor, pero a pesar de ello pude prescribir todo a sus asistentes y vencer sus reparos hacia mí. Además es hermosa, muy rubia y delicada.

—Sí, así es ella —dijo Atanarico—. Sí, supongo que estaba pensando en alguien como ella.

—¿Qué opina tu padre? —preguntó Sebastián—. La última vez que lo vi estaba muy empeñado en casarte con una heredera romana.

—Ese plan fracasó —respondió Atanarico con indiferencia—. Pero sí, es cierto, mi padre quiere que me case con una romana. En todo caso, espero que haya romanas que no se pasen todo el tiempo mirando el suelo.

Sebastián movió la cabeza lentamente, con aire de duda.

—Creo que las han criado así. ¿No has oído a las ayas gritar a sus niñas? «Pórtate bien, no te ensucies la túnica, no hables con ese desconocido.» A veces cambian cuando llegan a la edad madura. De vez en cuando te encuentras con algunas mujeres maduras inteligentes. Mas olvida las perspectivas de casarte con una Lesbia o con una reina tervinga. No, tú y yo estamos condenados a casarnos con una virgen muda y con una gran dote, y ajustarnos a un estado matrimonial de un tedio mortal. Si tenemos algo de suerte, al cabo de diez o quince años las niñas pueden transformarse en mujeres

interesantes. No podemos saber si ocurrirá eso o no. Sólo cabe esperar y ver. —Al mirar a cada uno de nosotros, me dirigió una mirada de pesar—. Perdona —dijo—. No tuve tacto al hablar de matrimonio delante de un eunuco.

—No me molesta —repliqué—. No haces que parezca un futuro demasiado interesante. —Entonces me levanté y me desperecé. Era tarde y estaba cansada—. Te recito poesía de amor: «La luna ha descendido y las pléyades están fijas. Ha pasado la medianoche, y pronto vendrá el alba».

Sebastián rio.

—¡Y vas a acostarte solo!

—Con tu permiso, excelentísimo, me gustaría volver a Noviduno mañana. Hablé con los médicos del duque Máximo y no hay motivo para que me quede aquí más tiempo. Esta ciudad me resulta desagradable.

—A mí también —dijo Atanarico—. Estaba planeando llevar las órdenes de Lupicino a Fritigerno. Podemos ir por la misma carretera de salida de la ciudad.

—Está bien —dijo Sebastián—. Pero no pensarás llevarlo por la fuerza a curar a los godos.

Atanarico lo miró irritado.

—¿Por qué no?

—Porque si Fritigerno está preparando una rebelión, no quiero que capture a mi médico principal. Si hay guerra, quiero que Caritón trate a romanos, no a godos.

—Probablemente no habrá guerra —señaló Atanarico—. Y los tervingos necesitan médicos.

—En tal caso, Lupicino debe proporcionarlos. No veo por qué no lo hace, cuando por su propio interés le conviene mantener sanos a los godos. Se lo mencionaré mañana. Yo no me iré. Ya que estoy en Marcianópolis, discutiré algunos asuntos más con el duque. Y tengo aquí a Dafne como compañía.

—No seas frívolo —dijo Atanarico—. Buenas noches.

Atanarico me acompañó hasta la primera posta que había después de Marcianópolis. Seguía enfadado con Sebastián porque me había prohibido visitar a los godos.

—Tú habrías ido, ¿no? —me preguntó.

Le dije que sí. No me esperaba mucho trabajo en Escitia y estaba segura de que los tervingos de Mesia realmente necesitaban asistencia médica. La idea de que Fritigerno me secuestrase era ridícula y así se lo dije.

—Exacto —dijo Atanarico—. No creo que haya guerra ahora a menos que Lupicino

cometa alguna atrocidad, y de cualquier manera tú eres huésped y amigo de Fritigerno, inmune a la violencia. Los godos toman la amistad mucho más en serio que los romanos. No obstante, Sebastián juzga a todos por lo que un jefe militar romano haría en su lugar.

—Creía que admirabas a los jefes militares romanos.

—Roma implica mucho más que todos los Lupicinos del imperio, más de lo que habrá jamás en un pequeño reino de los godos. Por otra parte, es verdad que los godos son menos corruptos. —Atanarico avanzó en silencio durante varios minutos y de repente frunció el entrecejo y preguntó inesperadamente—: ¿Cuál es la verdad de esa historia sobre Teodoro y su hermana?

—¿Por qué necesitas saberlo?

—Simple curiosidad. Hay algo inexplicable en alguna parte, algo que intuyo. Algo que tenía que advertir se me ha escapado en alguna parte, algo que es evidente. ¿Me ayudarás?

—A decir verdad, no veo por qué tiene que interesarte tanto. No hay traición de por medio, ni tampoco ningún aspecto que concierna al Estado.

—No he dicho que lo hubiera. El motivo por el que quiero saber lo que sucedió es personal. Me gusta saber la verdad de las cosas. Me gusta comprender lo que sucede a mi alrededor.

—¡Por la gran Artemis! Entiendo tu ansia de comprensión, pero estás hablando de desentrañar secretos ajenos. Podría perjudicar a los interesados. ¿No has pensado en eso? En un caso como éste, la curiosidad es una ofensa.

—No pensaba revelar la identidad de nadie. Sólo quiero saber toda la historia. Si tuviste algo que ver en la desaparición de la muchacha, no debes temer que vaya a decírselo a Festino. Es algo… algo que me zumba en el oído, y como no sé qué hacer trato de rascarme, sin poder llegar al lugar que pica. Tal vez no sea una curiosidad justificada, pero no puedo evitarla. Y tú, especialmente tú, podrías ser más comprensivo y solidario. Has hurgado el cuerpo de la gente después de muerta, algo que no habría tenido la aprobación de ellos y que además es peligroso para ti. Esa curiosidad es también reprobable, ¿o no?

—Cuando yo hago una disección es para comprender cómo asistir mejor a los enfermos —respondí muy satisfecha de mí misma, aunque consciente de que había un fuerte elemento de curiosidad malsana en mis objetivos. Pero también era verdad que mi curiosidad no hacía mal a nadie, mientras que la de Atanarico podría significar mi ruina—. Deja este asunto —le supliqué.

Me miró sorprendido, pero con la misma curiosidad obstinada.

—Tienes miedo de que te haga daño, ¿no? ¿Y si prometo guardar silencio? ¿No? Bien, tal vez Teodoro me cuente algo más. Se lo preguntaré la próxima vez que esté en Tomi. —Con un suspiro añadió—: Cosa que no tardará mucho tiempo en ocurrir.

Esperaba que fuese un tiempo lo suficientemente largo para que lo olvidase todo. No abrí la boca.

En la primera posta, Atanarico cambió de cabalgadura y partió directamente hacia el norte a todo galope. Lo vi alejarse levantando nubes de polvo con los cascos del caballo; su capa corta se veía flotar desde la carretera y el fuerte viento agitaba su pelo. Recordé otro poema de amor. «Sin saberlo, impulsas mi alma.» Pero Atanarico era un peligro para mí. Estaba mal desear que descubriese mi secreto. Estaba mal simplemente desearlo. Tenía que detenerme en Tomi antes de regresar a Noviduno para comunicar a Torión el fracaso de mi misión y para examinar a Melisa y a mi sobrino. Además, aprovecharía la visita para decirle a Torión que tuviese cuidado con cuanto le dijese a Atanarico.

A finales de septiembre regresé por fin a Noviduno. Torión y Maia querían que permaneciese mucho más tiempo en Tomi, pero acepté quedarme sólo hasta que no hubiera dudas de que Melisa y el bebé estarían fuera de peligro. De todas formas, no es que lo hubieran estado en ningún momento. Melisa era una mujer muy sana y el niño se parecía a su padre y tenía la constitución de un roble.

Torión había adquirido ya un excedente de grano, a pesar de que yo sólo había estado fuera poco más de una semana. Había decidido permitir que algunos de los terratenientes del sur de la provincia —que antes habían pagado impuestos en especie — hicieran lo propio en esa ocasión, lo que les había permitido deshacerse del excedente de cereal y a la vez ahorrar dinero. Esa medida había gustado a todos. Para autorizarlo, Torión había llegado incluso a dejarse sobornar. Sin duda, era muy costoso trasladar el grano a las regiones del interior, motivo inicial por el que al principio los terratenientes habían pagado en especie, y causa también por la cual los ejércitos traían sus provisiones desde lugares tan lejanos como Egipto, puesto que era más barato transportar grano por mar desde Egipto a Tomi y al Danubio que trasladarlo en carros cien millas tierra adentro. Torión, no obstante, se esforzó mucho por localizar nuevas rutas marítimas usando canales y ríos, compró algunos barcos por cuenta del imperio, descontando una vez más los impuestos, y desplegó una gran energía para acumular cereales, dinero y buena voluntad. El único que podía desaprobar el sistema era el

tesorero imperial, pero Torión utilizaba como pretexto las dificultades que había para recibir envíos de Alejandría y la necesidad de asegurar un abastecimiento del ejército. Estaba indignado al saber que Festino se negaba a recibir el grano. Sin embargo, en aquel momento estaba tan satisfecho con su sistema impositivo que seguía aplicándolo, almacenando el excedente de grano en los graneros públicos y buscando la mejor manera de hacer uso de él.

La puesta en marcha de aquellos planes hizo que todo terminara de forma afortunada para él y para Escitia, porque aquel invierno el mundo se derrumbó.

Por mi parte, al menos, cuando volví a la fortaleza no tenía la menor sospecha. Era un día de otoño soleado y tibio y una vez más me alegraba de volver a casa. Todos me recibieron con alegría, Arbecio y Edico, los ayudantes del hospital y los pacientes, las tropas, mis propios servidores. Gudrun y Alarico estaban instalados en la casa, muy felices, y me recibieron como si fuese un dios menor. Les dije que los devolvería a su familia tan pronto como hubiera viviendas para alojarlos, y ambos se arrodillaron y me besaron las manos. Redagunda no había tenido su hijo todavía; llegó dos días despues que yo. Era una niña, y muy sana. Gudrun la adoraba y Alarico la detestaba. Suerido y Redagunda me pidieron permiso para darle el nombre de Caritona. Les dije que no podía admitir que le pusieran un nombre tan bárbaro como aquél, pero que podían llamarla Caris si querían. Me puse a buscar una casa más grande.

Entonces —exactamente al terminar octubre— Edico, mi ayudante godo del hospital, desapareció. La noche anterior había recibido una visita, otro godo al que la guardia de las puertas de la fortaleza había identificado como su primo, y por la mañana tanto éste como Edico habían desaparecido. Me sentí sorprendida y perpleja. Edico sabía leer por fin y lo aprendía todo con rapidez. Tenía verdaderas aptitudes para el arte y yo lamentaba, aparte de sentirme dolida, perderlo como ayudante. Se había llevado la mitad de mis reservas de opio y algo de cicuta y mandrágora, así como mi copia de la obra de Dioscórides, *Materia médica*, que yo le había prestado hacía poco tiempo. Era como si se hubiese rebajado a la categoría de un ladrón común y sentía vergüenza por él. Tal vez algunos miembros de su familia se habían puesto enfermos, pero no comprendía por qué no me lo había dicho. Le habría concedido todo el tiempo de ausencia que necesitase.

Dos días más tarde, a principios de noviembre, tuvimos las malas noticias que Edico debía de conocer ya sobre Mesia. Los tervingos se habían rebelado.

Habían marchado hacia Marcianópolis, pero habían tardado mucho tiempo en llegar allí. Habían construido algunos carros para trasladar a los niños y los bienes que aún

tenían, y luego habían marchado lentamente hacia la ciudad, deteniéndose para pedir, tomar como préstamo o robar alimentos a lo largo del camino. Cuando finalmente llegaron a la capital, Lupicino invitó a los jefes godos a un festín. Fritigerno y un noble llamado Alavivo aceptaron, acompañados por la guardia habitual de hombres armados, que esperaron fuera del cuartel de los jefes mientras éstos comían. El resto de los tervingos quedó fuera de las murallas de la ciudad. Aún tenían hambre, y un numeroso grupo de ellos se aproximó a la ciudad con el objeto de adquirir alimentos mediante el trueque. Los soldados de la guardia se burlaron de ellos e intentaron rechazarlos, los godos se enfadaron y profirieron insultos. Los romanos se reunieron y lanzaron piedras. Los godos devolvieron las piedras, además de lanzas y cualquier cosa que encontrasen. Los guardias corrieron a avisar a Lupicino que había lucha en las puertas. El mayor temor de éste era por su propia seguridad y por la de la ciudad. Miró más allá de las puertas y vio a los compañeros de Fritigerno esperando a su jefe. Hizo matar a todos y prender a los dos jefes de tribu.

La noticia de lo ocurrido llegó rápidamente a oídos de los godos que permanecían fuera de las murallas, de modo que el resto de los tervingos avanzó en masa para sitiar la ciudad. A pesar de que estaban debilitados por el hambre y las enfermedades, eran muchos, y al cruzar el río algunos habían conservado sus armas. Batiendo sus escudos con sus espadas exigieron la libertad de su rey a los romanos. Fritigerno habló inmediatamente con Lupicino, aduciendo que se trataba de un malentendido y que se evitaría un derramamiento de sangre si lo liberaban a él y a su camarada Alavivo y les permitían salir a calmar a sus hombres. Lupicino les permitió salir pasando junto a sus compañeros muertos y, como cabía esperar, ambos huyeron. Las hordas comenzaron a saquear los alrededores de Marcianópolis y se apoderaron de alimentos, caballos, ganado y todo lo que caía en sus manos.

Las noticias que siguieron fueron peores y llegaron pocos días más tarde. Lupicino y el duque Máximo habían organizado sus tropas para lanzarlas contra los godos, y fueron derrotados. La mayoría de las legiones fueron totalmente aniquiladas, así como los oficiales superiores que habían hablado de las fortificaciones en forma tan aburrida en el banquete de Festino. Los estandartes de las legiones estaban en manos de los bárbaros. Además, los godos se habían equipado con las armas de los romanos caídos y se habían hecho más fuertes que nunca; se sabía que los greutungos habían cruzado también el Danubio y Fritigerno había concertado una alianza con ellos. Lupicino vivía aún. Al ver que estaba perdiendo la batalla había abandonado a su ejército, y después de atrincherarse en Marcianópolis pidió ayuda. Los godos se encontraban ya libres de

todas las restricciones que les imponía el temor a los romanos. Desesperados, cuando ya habían conocido el sabor de la sangre, tenían ansias de vengarse. Atacaron las ciudades y las viviendas rurales de todas las provincias de Tracia, incendiando, saqueando y violando. Mataron a todos los hombres aptos para llevar armas y tomaron a las mujeres y a los niños mayores como esclavos. A los que eran demasiado jóvenes para poder marchar los arrancaban del seno de sus madres y los mataban. Los funcionarios, incluidos los magistrados municipales inocentes, morían bajo la tortura. Uno de los oficiales de Lupicino fue azotado, quemado y cegado antes de morir despedazado.

Sin embargo, la arrogancia de Roma, causa de la guerra, no había terminado de causar dificultades al Estado. El emperador mismo envió una carta a Adrianópolis en la que ordenaba a las tropas godas abandonar inmediatamente Tracia y dirigirse al Helesponto, en Asia. Estas tropas eran las que comandaba el padre de Atanarico y estaban en sus cuarteles de invierno. Habían dejado por lo tanto sus armas para esa estación invernal, y los jefes godos no tenían muchas ganas de involucrarse en una guerra. Se limitaron simplemente a pedir dos días para preparar el viaje, proveerse de alimentos y disponer el dinero para el traslado. El magistrado principal de la ciudad no tenía fondos y el emperador no los había enviado. La gente de Fritigerno había saqueado la casa de campo del magistrado y éste estaba furioso con los godos. Armó a los ciudadanos y dijo a los soldados godos que a menos que se retirasen inmediatamente, los haría matar a todos. Los jefes militares trataron en vano de razonar con él, y el populacho gritaba y arrojaba proyectiles. Por fin, los godos se rebelaron abiertamente, mataron a un gran número de ciudadanos, se apoderaron de armas, pues había una fábrica de artículos bélicos en Adrianópolis, y abandonaron la ciudad. Se unieron entonces a las fuerzas de Fritigerno; y Adrianópolis se encontró sitiada por un vasto y bien pertrechado ejército godo.

Sebastián había vuelto a Escitia antes del comienzo de la rebelión. Las tropas estaban en estado de alerta y se efectuaron preparativos para unirse a las fuerzas imperiales, pero luego no sucedió nada. Sebastián no tenía suficientes hombres para medirse con aquel enorme ejército godo sin recibir ayuda. Envió cartas al emperador, esta vez por vía marítima para que llegasen a destino, pidiendo instrucciones.

Torión también envió cartas, algunas para el emperador y otras para mí. «Vuelve a Tomi inmediatamente —me decía—. Enviaré a Melisa, a mi hijo y a ti a Constantinopla. Una provincia en guerra no es lugar para mujeres.»

«En todas las guerras hay mujeres en todas partes —le respondí—. Soy responsable

de este hospital y no puedo abandonar sin más a mis pacientes. No te preocupes. Estoy tan segura aquí en Noviduno como tú en Tomi.»

Envié la carta por el correo oficial. Cuando subí a la muralla de la fortaleza observé al hombre que se alejaba por la llanura, blanca ya a causa de las primeras nevadas. El cielo que había sobre el delta estaba gris y encapotado, con una franja de luminosidad en el horizonte, la especial transparencia que tiene el aire sobre el mar. El correo cabalgaba sobre la nieve y bajo nubes espesas, como una hormiga diminuta que avanzara sobre una gran extensión de arena. Nada más se movía. Miré el delta y luego regresé caminando lentamente por el circuito de murallas. Al este vi unas pocas casas, vacas en un prado, una mujer recogiendo leña. Después, la marea parda del río oscuro y cubierto de vapor bajo el aire frío, unida al resplandor del mar lejano e invisible. Más allá eran apenas perceptibles los muros de la población goda abandonada al otro lado, además de los campos y árboles, sin movimiento, sin vida. Allí no había godos, pero pronto podrían llegar otros bárbaros, alanos, hunos… Cerré los ojos y pensé en el imperio, un gran círculo de ciudades que rodeaba el mar Mediterráneo; extendiéndose hacia el mar Negro; Nilo arriba, hasta el interior desierto; desde la remota Britania hasta la frontera persa; desde el Rin y el Danubio hacia el sur, hasta los desiertos de África y las tierras de los etíopes. Alejandría, con su torre y su faro, Cesárea, Tiro, Antioquía imperial, Rodas, Éfeso, mi ciudad natal, con su espléndido templo de Artemis. La radiante Constantinopla, Atenas, madre de todos nosotros y todavía hoy una ciudad de sabiduría, a pesar de su prolongada decadencia. Y las ciudades del oeste, que conocía solamente por referencias: Roma, Cartago, Masilia, y las lejanas capitales interiores, como Tréveris y Mediolano. Gentes de Britania, la Galia, África, Egipto, Siria, Asia. Una Babel de lenguas, historias, religiones, razas; un imperio, dos lenguas francas y cerca de mil años de civilización. Por primera vez en mi vida, allí, en las murallas de Noviduno, traté de imaginar el mundo sin el Imperio romano y comprendí por qué Atanarico lo amaba.

Tan pronto hube bajado, reemprendí mi trabajo en el hospital. Tenía que haber comprendido antes que yo era enteramente una hija del imperio, formada en él por vía de la educación, alimentada por su cultura, nutrida por su paz. Sin embargo, en Éfeso, como ciudad antigua, tendemos a dar las cosas por sentadas, suponiendo que algo es un estado natural cuando en realidad se trata de un privilegio conseguido con mucho esfuerzo. Nunca había encontrado extraño que sólo los soldados llevasen armas, que las leyes fuesen las mismas en todas partes, que la gente pudiese vivir de su profesión —independiente de cualquier tirano local—, que fuese posible comprar mercancías

provenientes de lugares situados a miles de millas. Pero todo esto dependía del imperio, que sostenía la estructura del mundo como Atlas cuando sostenía el firmamento. Todo ello era superfluo para los godos. A veces yo había odiado a las autoridades imperiales por su corrupción, su brutalidad, su ávido afán de tener todo el poder del mundo. En cambio, en aquel momento se desafiaba al gobierno imperial de Tracia y yo me sentía romana. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para servir al Estado en aquel momento. Otros podrían abandonar sus puestos, pero yo estaba resuelta a no abandonar el mío.

Sebastián estuvo en Noviduno a la semana siguiente, pasando revista a sus tropas, prestas a partir río arriba. Le entregué mi informe sobre el estado de salud de las legiones, más o menos satisfactorio, y le comuniqué la deserción de Edico. Debido a que por esa causa había quedado sin ayuda, le pedí dos cosas. La primera, ascender al más hábil de los ayudantes al rango de médico, y la segunda, liberar legalmente a Arbecio y asignarle un salario. No era la primera vez que lo solicitaba, pero en aquella ocasión mi petición fue más firme que nunca. No quería que desapareciera mi otro ayudante y estaba segura de que Sebastián comprendía mi sospecha de que Edico le había prometido la libertad si se unía a los godos. Esta vez Sebastián no postergó la medida como antes. Indicó a su escriba que redactase los documentos de inmediato e hizo llamar a Arbecio para comunicarle que era libre. Arbecio lo miró boquiabierto y Sebastián le entregó un contrato como médico del ejército que tenía que firmar. Cuando lo miró con mano temblorosa, se la estreché con la mía. Él me miró a la cara y me abrazó.

—Gracias —dijo.

—Haces muy bien en ser agradecido con el autor más que con el ejecutor de tu liberación —le indicó Sebastián sonriendo.

—También te lo agradezco a ti, generoso señor —añadió Arbecio, volviéndose hacia él.

Sebastián no dio importancia al gesto y dijo:

—Tendría que haberlo hecho la primera vez que me lo pidió Caritón. Sólo que andamos escasos de dinero. Pero es un placer ver a alguien alegre en estos tiempos. Ven a comer conmigo esta noche. Desde luego que tú también, Caritón.

—¿Por qué no me habías dicho que le habías pedido antes mi libertad? —me dijo Arbecio cuando nos retiramos del despacho.

—No quería crear falsas esperanzas —respondí—. Me alegro de que hayas obtenido algo que te correspondía desde hace mucho tiempo. Felicitaciones.

Arbecio me estrechó la mano otra vez.

—Eres un dios para mí —exclamó emocionado—. Lo has transformado todo. Primero me enseñaste el arte y ahora me das mi libertad. No tengo palabras, pero daría la vida para darte las gracias. —Me apretó la mano y comenzó a llorar—. Me muero de felicidad. ¡La libertad!

Me sentía avergonzada. No había hecho nada extraordinario y Arbecio no tenía motivo para mostrar aquel torrente de gratitud. Evidentemente, yo no había advertido cuánto significaba para él la libertad.

—No tienes nada que agradecerme. Has recibido algo que es justo y que habrías obtenido con sólo pedirlo si te hubieses unido a los godos. Y no te mueras, querido amigo. Tenemos mucho que hacer.

Arbecio soltó una carcajada, y lanzó el alarido prolongado con que los godos anuncian una victoria. Quienes lo oyeron se volvieron para mirarlo, asombrados. Agitando los brazos en el aire Arbecio gritó:

—¡Soy libre!

—¿Piensas comprarte una casa? —le preguntó aquella noche Sebastián.

—Sí. Es lo que quiero. Si consigo un préstamo.

—Podrías quedarte con la mía —le sugerí—. Pensaba deshacerme de ella. Y puedes pagarme cuando tengas dinero.

—Pensaba pedírtelo para otra cosa —dijo Arbecio un poco nervioso. Sebastián lo miró atentamente.

—¿Para qué? ¿Otra esclava? Apuesto diez contra uno a que es mujer.

Arbecio se ruborizó y respondió sonriendo:

—Sí.

—Es la mejor forma de gastar el dinero —le dijo Sebastián. Haciendo chascar los dedos indicó a su esclavo que sirviese más vino a Arbecio.

—Necesitaré alguien que se ocupe de mi casa —aclaró Arbecio.

—Yo te prestaré el dinero —añadí—, y también la casa. La verdad es que estaré encantado de quitármela de encima. Valerio ha encontrado una más grande para mí, que sólo requiere reparaciones en el tejado de paja.

Sebastián me sonrió a su vez.

—Así habla un hombre rico. Atanarico dice que descubrió algo sobre ti.

No pude evitar un sobresalto. Al derramar vino de mi copa sobre la túnica me erguí con rapidez y traté de limpiármela.

—¡Dios Eterno! —soltó Sebastián riendo—. ¡No será tan grave!

Me quedé inmóvil y traté de dominarme. Aun si Atanarico había averiguado la verdad, estaba claro que no había dicho nada a Sebastián. Nada en la actitud del duque indicaba que conociera mi condición de mujer.

—Atanarico ha estado metiendo la nariz en asuntos que no le conciernen —dije por fin, indignada—. Algunos de ellos me afectan en cierto modo. Los considero estrictamente privados y si Atanarico ha descubierto algo, espero que tenga la nobleza de callar.

Sebastián estaba bastante sorprendido.

—Al final de una carta me dijo simplemente que había reflexionado sobre ciertos acontecimientos de Asia y que había descubierto algo sobre ti que pensaba contarme la próxima vez que nos viéramos.

—Tengo que pedirte que no lo escuches, excelencia.

—¡Por el amor de Dios, Caritón, no puede ser tan importante! No me importaría que Festino te hubiera acusado de traición, ni aunque fueses un esclavo fugitivo. Sea lo que fuere, estoy seguro, igual que lo estará Atanarico, de que eres totalmente inocente. En ningún momento me dio a entender que se tratara de algo que te desacredite, sino más bien de algo que yo debería saber. Si piensa confiarme algo, será sólo por el deseo de esclarecer cualquier dificultad.

Me recosté en el triclinio, pero estaba demasiado tensa y enfadada para hacerlo del todo, algo que Sebastián tenía que notar. No se me ocurría nada, salvo mi secreto. Pero si lo había descubierto, ¿por qué no se lo había contado a Sebastián en la carta? ¿Temía acaso que ésta cayese en manos de otro? ¿O había llegado a una conclusión falsa? Quizás aún podía salvarme. Sin embargo, seguía enfadada y asustada.

—¿No tiene Atanarico bastante con las últimas calamidades y tiene que meter las narices en antiguas historias de otra diócesis —pregunté con amargura—, sobre todo las que pueden perjudicar a sus amigos?

—Si puedo ayudarte de algún modo… —dijo Arbecio con tono vacilante.

Negué con la cabeza.

Sebastián suspiró.

—Lamento haber hablado. No creí que te lo tomaras de esta manera… —Al chascar los dedos indicó a un esclavo que llenasen mi copa—. Me sorprendió que Atanarico tuviese tiempo de pensar en nada que no fuese su trabajo, ahora que lo mencionas. Fue y volvió de Antioquía, estuvo hablando con Fritigerno bajo una bandera de tregua y en su última carta decía que debía dirigirse a Sirmio.

—¿Qué noticias hay? —pregunté, algo reanimada.

—Los godos levantaron el sitio de Adrianópolis. Al parecer, Fritigerno comprendió que no tenían experiencia en sitios, no conseguían nada y no hacían más que perder hombres. Dejaron una fuerza reducida custodiando la ciudad, pero el resto se disgregó en bandas menores que recorren la región dedicadas al saqueo. Tal vez encontremos a algunas en Escitia.

—¿Qué hay de nuestras tropas? —preguntó Arbecio.

Sebastián se encogió de hombros.

—No vendrá nadie del este antes de la llegada de la primavera. Le han arrebatado el mando a Lupicino y la gobernación a Festino, y los han enviado de vuelta a casa deshonrados, pero ello no significa que nadie vaya a asumir el mando. Y su sacra majestad no se atreve a desplazar a nadie de la frontera persa sin haber firmado previamente un tratado de paz con el Gran Rey. Acaba de enviar al conde Víctor con esa misión fundamental. Es muy probable que haya una partición de Armenia. Después enviará aquí a Profuturo y a Trajano con algunas de las legiones armenias. Creo que Atanarico lleva un mensaje al Occidente solicitando tropas a Graciano Augusto, aunque no lo haya mencionado. Sin embargo, creo que tendremos que arreglárnoslas nosotros solos hasta la primavera y tal vez todo el verano. —Al levantar su copa me miró por encima del borde—. Bebe —dijo—. Dentro de poco no tendremos mucho tiempo para beber.

Sebastián no se equivocaba en ninguna de sus suposiciones. No llegaron refuerzos hasta el verano y en cambio vimos muchos más godos. El grueso de los tervingos retrocedió hasta Escitia. En una ancha llanura próxima a la frontera entre Escitia y Mesia, donde el Danubio se acerca a las primeras estribaciones de los Hemimontos, levantaron un campamento permanente. Avanzaron en sus carromatos en un gran círculo para formar una especie de ciudad en la que quedaron las mujeres y los niños. Los hombres salían en grupos que merodeaban por amplias áreas de Tracia robando y saqueando. Algunos de ellos pasaron cerca de Noviduno. No intentaban atacar los campamentos ni sitiar ninguna de las ciudades fortificadas, sino que se concentraban en apoderarse de provisiones y botín. En esta empresa tenían mucho éxito. Muchos esclavos godos, en particular los capturados merced a las prácticas de Lupicino, escapaban de sus amos, volvían a sus casas y contaban a los demás dónde habían visto las casas más suntuosas y el ganado más gordo. Así amasaron riquezas con una rapidez mayor que la de los gobernadores cuando acumulan el fruto de sus sobornos. Asaltaron las minas de oro del sur, saquearon las granjas, robaron en las

aldeas y residencias. Se llevaron todos los artículos romanos que siempre habían codiciado: cerámica fina, hierro forjado, platería, vidrio, buena ropa importada de lino, seda y lana, muebles con incrustaciones, cuadros, cortinas y papiros que no podían leer… Y se llevaban romanos como esclavos. Muchos hombres que habían sido esclavos ellos mismos pocos meses atrás capturaban a las mujeres y los niños de sus antiguos amos sin que las tropas romanas pudiesen hacer mucho por impedirlo. Sebastián organizó algunos grupos propios de protección con el fin de apresar a grupos reducidos de godos en sus incursiones y castigarlos, pero tampoco contaba con tropas suficientes para conseguir grandes éxitos.

La mayor parte de la población buscaba refugio en las ciudades fortificadas como Tomi e Istrópolis, y en número menor, en los campamentos del ejército, como el de Noviduno. Gracias a la recolección de grano hecha por Torión, había suficiente en las ciudades para alimentar a todos, pero Torión no tardó en organizar un sistema de racionamiento. Por lo menos tuvimos esa impresión: las vías de comunicación estaban interrumpidas. No siempre era fácil enviar mensajes por tierra a causa de la presencia de los godos, pero el Danubio estaba ya congelado y las embarcaciones no se aventuraban en el mar Negro en pleno invierno. Los correos cabalgaban junto a cualquier unidad de tropas que se desplazase por el río en ambas direcciones, pero durante semanas enteras pareció como si Noviduno fuese la única ciudad en el mundo que permanecía aislada en aquel promontorio que se alzaba sobre el campo nevado. De vez en cuando se aproximaba un grupo de tropas por el río para dejar una carga de heridos en el hospital, pero no llegó nadie por mar entre diciembre y la primavera.

A pesar del silencio del campamento, en el hospital estábamos bastante ocupados. Además de los heridos de nuestra propia legión, teníamos rezagados de Mesia que desertaban o escapaban de los godos, así como refugiados enfermos o heridos, entre los campesinos. Me preocupaba por nuestras reservas de medicamentos, reñía con Valerio por el dinero, lo reprendía hasta conseguir más ayudantes y luego discutía con éstos.

Arbecio trabajaba animosamente y con extraordinario buen humor. Yo me había mudado a una casa nueva y amplia, dejándole la de antes a Arbecio, y éste obtuvo un préstamo de quince sólidos con los que compró a la amiga que viviría con él. Era una joven baja y regordeta llamada Irene, una de las cocineras de Valerio, de la que al parecer Arbecio estaba enamorado desde hacía años. Cuando le dio la libertad, ambos se instalaron a vivir como marido y mujer, aparentemente felices con el nuevo estado.

—No te imaginas lo maravilloso que es —me dijo—, volver del hospital a mi propia casa y encontrar a Irene allí, esperándome e hilando. Nadie que le grite dándole

órdenes, nadie que me diga que en este momento está ocupada… la noche entera para nosotros, juntos los dos, toda la noche y todas las noches, todas nuestras. ¡Teniendo esto, no me importa que aquí haya demasiada gente! —Y con un gesto de la mano expresaba su indiferencia ante la sala repleta.

—Me alegro —repliqué sonriendo—. Uno de nosotros debe mantener la calma.

En aquel momento me di cuenta de que uno de los nuevos ayudantes trataba de suministrar a un paciente vino puro, «para que sude, doctor», como decía, y tuve que apresurarme a detenerlo.

A finales de febrero recibí un carta de Sebastián en la que me pedía que remontase el río hasta el campamento llamado *Ad Salices*, «En los sauces», cerca de la frontera mesia. Uno de sus grupos de defensa había sido destrozado por los godos y era más fácil llevarme allí a tratar a los heridos que enviarlos al hospital. Preparé una buena provisión de medicamentos y partí con una escolta de veinte hombres a caballo. La nieve se había fundido la semana anterior, pero se había congelado de nuevo. Cuando atravesamos el portón nevaba copiosamente y el deshielo parcial había dejado una capa de hielo que lastimaba las patas de los caballos. Tuve que atender a los animales, y uno de ellos, el de un miembro de mi escolta, cayó sobre éste y le fracturó la clavícula. Tuve que fijársela y hacerlo regresar a Noviduno. Yo estaba en la mitad de mi período menstrual y desde la partida me daba trabajo ocultarlo. Era una gran molestia viajar así.

Al cabo de tres días de marchar en condiciones espantosas llegamos a la cima de una colina y vimos Sauces a nuestros pies, con sus murallas que se recortaban en negro sobre la nieve y el río congelado. Mi escolta lanzó un fatigado hurra y comenzamos a descender. El tribuno que los comandaba se levantó sobre la montura y señaló la fortaleza. Luego se inclinó hacia un costado y cayó. Me pregunté qué estaría haciendo, cuando de repente estuve lo bastante cerca para ver el cuerpo: tenía el cráneo hundido, roto como una nuez por un proyectil de plomo lanzado con una honda.

Los demás lo vieron al mismo tiempo. Dejaron de dar gritos de júbilo y avanzaron a galope tendido colina abajo, retirando sus escudos del brazo y colocándoselos sobre la cabeza. En medio de esta maniobra cayó otro hombre. Yo no tenía escudo. Apoyé la cabeza en el pescuezo del caballo y le clavé los talones. El animal estaba agotado, pero había olido la sangre, el terror, y galopó tras el resto. Oí silbar algo sobre mi cabeza y rogué desesperada a Dios y a su Hijo que me protegiesen. A mi izquierda, un caballo tropezó y cayó. Su jinete se incorporó gritando, agitando su espada. No podría haberme detenido para socorrerlo aunque hubiera querido. Mi caballo tropezó y se encabritó. Abrí los ojos e intenté detenerlo. La escolta se había dado la vuelta y se dirigía hacia

los atacantes. Al tirar de las riendas de mi caballo no tenía ya noción de lo que ocurría. ¡Aquellos locos no estarían pensando en luchar! Sin embargo, los hombres se habían detenido y habían formado una fila, con las espadas desenvainadas y los escudos levantados. Un grupo de godos voló colina abajo con sus capas de piel agitándose y la luz del crepúsculo reflejada en sus lanzas. El hombre derribado del caballo lanzó un grito de guerra que comenzó muy bajo y luego se hizo más fuerte hasta convertirse en un alarido y los godos lo rodearon. Más bárbaros aparecían entre los árboles. El romano cayó y su rival le hundió su puñal en el pecho una y otra vez con gritos desaforados y rugidos de furia; luego avanzó hacia nosotros. A mis espaldas oí trompetas.

—¿Por qué no vamos hacia la fortaleza? —pregunté al hombre que me precedía.

—¡No te preocupes! —dijo el jinete que estaba junto a mí—. Vienen de allí a socorrernos.

—¿Por qué no podemos retroceder, entonces? —insistí desesperada.

El hombre gruñó.

—El enemigo nos mataría en plena huida. No podemos proteger nuestra retaguardia. Luchando tenemos alguna esperanza. ¡Uuurraiii!

Me sentía horriblemente desprotegida. Era verdad que los otros cabalgaban delante de mí, pero tenían cascos, escudos y cotas de malla, mientras que yo llevaba sólo la chaqueta de piel y mi bolsa de médico. Bien inclinada sobre mi caballo, apretando la bolsa contra mi cabeza y pensando en fracturas, tratamientos para heridas, compresas para lesiones, métodos de amputación y dosis de mandrágora. «Tal vez —pensé—, debería tomar un poco ahora para no sentir dolor cuando me hieran.»

Los bárbaros se aproximaban cada vez más, siempre gritando. Mi escolta arrojó lanzas y uno de los enemigos cayó. Sonaron las trompetas detrás de nosotros, cada vez más cerca. Mi escolta repitió su grito de guerra y cargó contra el enemigo. No me moví, sino que permanecí allí, aferrada a mi bolsa de médico. Cayeron algunos godos y el resto se replegó colina arriba. Los soldados no los persiguieron, sino que volvieron al galope. A ello siguió una lluvia de proyectiles. Cayó otro hombre, trató de levantarse y se desplomó de nuevo. Una vez más, la escolta se volvió para hacer frente al enemigo. Detrás de nosotros resonaron cascos. Por fin llegaba la caballería de la fortaleza. Giré el caballo para unirme a ella y se me escapó un grito de alarma. Más allá de la fortaleza se veían algunos bárbaros, y un grupo de ellos galopaba hacia la retaguardia de la caballería romana.

El jefe de la fuerza romana también los vio y ordenó a sus hombres que formasen un círculo y luego una cuña. Había caballos y hombres armados por todas partes, mi

escolta se apiñó junto al nuevo contingente, y las lanzas resplandecían al sol cuando los soldados las levantaban. Más trompetas, más hombres enviados de Salices, esta vez infantes. Gritos, confusión.

—Tú eres el médico Caritón, ¿no? Dirígete al centro.

Obedecí y la cuña inició el regreso hacia la fortaleza. La caballería bárbara se dividió en dos grupos, desplazándose sobre cada costado nuestro. Detrás, los godos que habían tendido la emboscada contra mi grupo, avanzaban velozmente colina abajo.

—¡Por el sol invicto! —gritó el jefe—. ¡Deteneos, deteneos! ¡Formad un círculo! ¡Rápido! ¡Levantad los escudos y contenedlos! —En tono más bajo añadió para sí—: ¡Dios mío, qué situación!

La caballería de los godos formó un círculo frente a los romanos, bloqueando el camino de regreso a la fortaleza. Los caballos corcoveaban y los hombres golpeaban sus escudos con las espadas y gritaban. La fuerza romana era superada en número y comprobé que no teníamos demasiadas probabilidades de llegar a Salices abriéndonos paso. Conseguí avanzar hasta el jefe.

—¿Tenemos que luchar? —pregunté—. ¿Qué quieren?

—Quieren matarnos —respondió el jefe con un tono muy serio—. Nosotros matamos a algunos de sus amigos hace dos días. ¡Dios mío, no sabía que había tantos de ellos todavía aquí!

—Si luchamos ahora —precisé—, ellos también perderán otros hombres, ¿no? Inútilmente, además. Escucha, soy amigo y huésped del señor Fritigerno. Curé a su esposa antes de que comenzara todo esto. Déjame ir a pedirles una tregua. Nosotros volvemos a la fortaleza, ellos se van y saquean un poco. ¿Crees que accederán?

El jefe me miró asombrado por un momento y observó a los godos.

—¡Si estás dispuesto a hablar con esos demonios, ve, desde luego! Oye, Valentino, danos unas ramas verdes. El doctor irá a pedir una tregua.

Los hombres me miraron sorprendidos y luego gritaron hurras. Valentino, un tribuno, cortó un arbusto y me entregó las ramas, con hojas frescas y diminutas, curvadas como manos cerradas. Yo esperaba que los godos comprendieran su significado. En cada mano tomé una de estas ramas y los hombres me abrieron paso hasta la primera fila. Los godos estaban congregados frente a nosotros, no muy lejos, esperando. Respiré hondo, levanté en alto las dos ramas y cabalgué hacia ellos.

El proyectil lanzado con una honda golpeó la parte izquierda del camino. Me detuve y permanecí inmóvil, sosteniendo las ramas.

—¡Tregua! —grité.

Veía a los godos señalándome y hablando entre ellos, y advirtiendo que iba desarmada y sin malla de metal. Volví a avanzar hacia ellos y esta vez no me lanzaron pedradas.

Cuando estuve cerca de la línea de los godos, uno de ellos avanzó hacia mí. Por la cantidad de joyas que llevaba, deduje que era el jefe.

—¡Tregua! —volví a gritar, y añadí «amigo» en gótico.

—¡Amigo! —replicó el jefe godo en su propio idioma, y acercando su caballo hasta detenerlo junto al mío, me miró ferozmente—. ¡Ningún romano es amigo de los godos! ¿Quién eres y qué deseas?

—Soy Caritón de Éfeso, médico, amigo y huésped del señor Fritigerno. He venido a pedir que dejéis volver a los romanos en paz a Salices. Si nos atacáis, moriremos, igual que muchos de vosotros, y nadie ganará nada. —El temor hacía que hablara en lengua gótica con una fuerza especial.

—¿Caritón de Éfeso? —repitió el jefe, y uno de los otros godos, cubierto de adornos y con una piel de lobo lanzó un grito y se aproximó. Después de llamar aparte al jefe, ambos hablaron, mirándome de vez en cuando. El jefe volvió a aproximarse.

—Doy la bienvenida al amigo de Fritigerno —dijo con más suavidad—. Quédate aquí. Entrega a Trivane los símbolos de la tregua. Tus hombres pueden volver a Salices.

Trivane, que al parecer había hablado de mí al jefe, cogió las ramas y, sosteniéndolas en el aire, se alejó lentamente hacia los romanos. El jefe dictó órdenes a sus soldados y la hilera de los godos se dividió otra vez en dos, y ambas se alejaron del río. Los romanos iniciaron la marcha conducidos por Trivane, que sostenía las dos ramas en alto. Tragué saliva. Había terminado, gracias a todos los dioses.

—Te lo agradezco, señor —dije, volviéndome hacia el jefe—. ¿Puedo ir ya con mi gente?

Me miró con gesto pensativo, mordiéndose el bigote, y luego se inclinó hacia mí y cogió las riendas de mi cabalgadura.

—El señor Fritigerno quiere hablar contigo.

Lo miré un instante, sin comprender. Fritigerno quería verme. Recordé entonces que sin duda necesitaba médicos.

—No —dije—. Soy huésped y amigo de Fritigerno. Le salvé la vida a su mujer cuando estaba enferma después de dar a luz. En este caso, no iría por mi propia voluntad. Y Fritigerno es un noble y no te agradecerá que mates a su huésped amigo intentando llevarlo por la fuerza.

Hundí los talones en los flancos de mi caballo, y éste, sorprendido, me apartó del lado del jefe. Volví, pues, hacia la fuerza romana que pasaba en aquel momento y avancé a galope tendido. Alguien detrás de mí arrojó algo pero el jefe le ordenó que se detuviera. En lugar de ello, advertí que otros caballos me perseguían. Delante de mí vi detenerse a su vez al tribuno, el cual también indicó a sus hombres que se detuvieran. Mi extenuado caballo tropezó y cayó. Al golpear el suelo, rodé unos metros y me quedé tendida un momento, sin aliento. Los godos se acercaron galopando, y uno se apeó y tomó las riendas de mi caballo. Me levanté utilizando manos y rodillas, pues la nieve era muy húmeda y comenzaba a oscurecer. Pero por un instante no fui capaz de moverme. Atrapada entre las dos facciones, tenía la sensación de haber sido despojada de mi nombre y estaba aterrada. No tanto por la violencia que me rodeaba, aunque me había afectado profundamente, como por algo más, la oscuridad, ser descubierta, no ser nadie.

Más tronar de cascos y el tribuno romano se aproximó a caballo. Sentada sobre los talones, trataba de dominarme. Los godos gritaban y uno había desenvainado su espada.

—¿Qué sucede? —preguntó el romano—. ¡Creí que había una tregua!

El jefe godo ordenó a gritos al hombre que envainase su espada y se enfrentó con el romano.

—Tenemos una tregua —dijo en perfecto latín—, pero el médico viene con nosotros.

El jefe romano bajó la vista para mirarme y tocó el pomo de su propia espada.

—Es un romano —replicó—, y el duque tiene un elevado concepto de él. No tienes derecho a hacerlo prisionero.

—¿Lo valora el duque más que a ti y a todos tus hombres? —preguntó el godo—. Aún hay tiempo de cancelar la tregua, ¿sabes? Entonces, luchemos. El señor Fritigerno ha mencionado a este hombre como un médico con cuyos servicios quiere contar. Lo llevaré ante el rey. Lo haré, aunque tenga que matar a varios romanos para conseguirlo.

Me levanté despacio, sintiéndome débil y entumecida. El tribuno seguía montado y me observaba. Miró al jefe godo, a las tropas de éste, y por último a las suyas propias. Con un suspiro agitó la cabeza.

—Lo lamento —me dijo—, pero tendrás que ir con él.

Miré a mis espaldas la línea de los godos. Por un momento temí perder el decoro y ponerme a llorar. Sabía que Fritigerno no me trataría mal, pero sentía que era romana, que debía estar en el interior de la fortaleza con Sebastián y las tropas, no fuera, con los bárbaros y la nieve. Si me privaban de todos los que me conocían, era como si dejase

de existir, al menos como Caritón.

De todos modos, llorar era inútil y tanto godos como romanos lo encontrarían despreciable.

—Muy bien —contesté al tribuno. El soldado godo sostenía aún mis riendas. Me acerqué a la montura y agarré la silla. El soldado seguía junto a mi caballo, sin soltar las riendas—. Dile a Sebastián que me siento como Ifigenia en Áulide —dije al tribuno, tratando de hablar en un tono normal—. «Parto, cediendo la victoriosa salvación a los griegos.» Eso le gustará.

No parecía que el tribuno hubiera comprendido, pero asintió con la cabeza.

—Lo lamento —repitió—. Tal vez alguien pague rescate por ti. Buena suerte. Adiós.

Volviéndose hacia su caballo, montó y fue a reunirse con sus propios hombres; acto seguido, las tropas romanas pasaron al trote bajo la luz del atardecer. En las puertas de Salices brillaban las lámparas, y la infantería se amontonaba frente a las murallas. Distinguí un brillo dorado bajo las luces, tal vez el casco dorado de Sebastián, o bien su pelo. «Día de lámparas y rayos de luz de Zeus, me han dado otra edad, otro destino. Amada luz, adiós.» En efecto, el drama de Eurípides me pareció apto, aunque quizá Sebastián no lo considerase así.

Los godos dieron la vuelta a sus caballos, tirando también del mío. No podía demorarme más. Monté y partimos para internarnos en la noche.

Los godos habían montado el campamento cerca de la fortaleza de Salices, de modo que no tuvimos que recorrer mucho trecho. Era un campamento de grandes dimensiones, que albergaba unos ochocientos godos, además de aproximadamente un centenar de romanos hechos prisioneros como parte de diversos botines. El jefe godo, Valimir, cuyo nombre me resultaba difícil de pronunciar, me puso a trabajar inmediatamente para asistir a los heridos. Se comportó de forma muy cortés y formuló sus indicaciones como quien pide un favor, pero en realidad eran órdenes. Los godos tenían heridas, algunas de ellas infectadas, debido en gran parte por su afición a los torniquetes y los amuletos mágicos. Los romanos presentaban lesiones y también llagas causadas por las cadenas. Algunos de los romanos me ayudaron a preparar vendajes y soluciones para limpiar heridas, pero, a pesar de esta colaboración, llevó horas tratar a todos los que lo necesitaban, y para entonces estaba ya demasiado fatigada para intentar huir. Valimir no me tenía sujeta con ligaduras por ser yo huésped y amiga del rey, pero indicó a un par de hombres de la caballería que

me vigilasen. Dudo que pudiese haber escapado aunque no hubiera estado cansada. Aquellos guardianes me amargaban la vida. Bastante complicado era ya mantener mi intimidad viajando junto a romanos, si bien siempre me era posible estar a solas unos minutos. Ahora ya no contaba siquiera con esos breves períodos y antes de que hubiera pasado un día ya tenía la sensación de estar perdiendo el juicio. No podía lavarme, y hacer uso de una letrina era un tormento. Los godos tenían mucha curiosidad por saber qué era en realidad un eunuco y miraban con interés, a pesar de que yo tenía bajada la túnica. Me alegraba de no tener ya menstruación porque eso me daba un mes de tranquilidad. Para entonces esperaba haber alcanzado, ya que no mi libertad, por lo menos un espacio privado antes de tener otro período.

Los godos levantaron el campamento a la mañana siguiente y partieron hacia su ciudad de carromatos en la que se hallaba Fritigerno. Habían estado saqueando la región del este y habían enviado un grupo menos numeroso hacia el norte, al que los hombres de Sebastián habían interceptado y aniquilado. Como había dicho el tribuno, el ataque a Salices era una medida punitiva. Habían acampado sigilosamente y preparado una emboscada en el camino de abastecimiento del campamento, esperando matar a unos cuantos romanos y poder alejarse después. Sin embargo, no habían planeado hacer nada más, y en aquel momento querían volver con el botín junto a sus mujeres y sus familias. Así pues, marchamos hacia el sudoeste, primero un sector de la caballería, luego los infantes con los esclavos y los carros del botín, y a continuación las vacas y el resto de la caballería, avanzando lentamente por una llanura blanca y desierta.

A pesar de aquel lento avance, tardamos sólo un día y medio en llegar a la ciudad de carromatos… No me había dado cuenta de que estaba tan próxima. Desde lejos parecía una ciudad de verdad con murallas de madera, y sólo al estar más cerca comprobé que los muros eran los propios carromatos, dispuestos uno detrás de otro, y empalizadas de madera apoyadas contra ellos. Cuando estuvimos más próximos, algunos de los godos se adelantaron, gritando y agitando objetos saqueados, y un cierto número de ellos salió de la ciudad también vociferando. Los niños corrían por la nieve y acompañaban a las columnas, haciendo preguntas a gritos, arrojando bolas de nieve e insultando a los prisioneros, corriendo para alcanzar a padres, hermanos, tíos o primos. Las columnas se detuvieron completamente antes de llegar a las puertas. Esperé montada, con los hombros caídos, pues me sentía mal. La gente me miraba y me señalaba, pero nadie me arrojó nada.

Después de lo que me pareció una eternidad, Valimir entró en la ciudad con sus subordinados y conmigo. Había allí más carromatos dispuestos en círculos concéntricos

y algo desparejos. En todas partes había animales y gente. El humo de las fogatas para cocinar se mezclaba con el hedor de las letrinas. Había aves de corral escarbando en montones de estiércol donde los niños jugaban. Las mujeres colgaban ropa a secar en los cercos de zarzo o sobre los recipientes para los caballos, junto a pozos primitivos. Me pregunté cuántos godos habría en Tracia en aquel momento. A juzgar por su aspecto, aquella ciudad de carromatos era mucho más grande que cualquiera de las ciudades romanas de aquella diócesis.

En el centro de la ciudad había una casa. Era una villa romana amplia, espléndida, con un frente de columnas, un tejado de tejas y un pabellón de baños. En la parte trasera se había añadido una construcción de madera, mimbre y paja para ampliar la casa. El humo que se elevaba en el centro indicaba que se calentaba sólo con el fuego de una chimenea. La villa tenía sólo un hipocausto. Valimir desmontó y me indicó que hiciera lo mismo. Frente a la casa había guardias con armaduras romanas y con capas de piel de oso. Dos de ellos se acercaron para preguntar a Valimir el motivo que lo traía.

—He vuelto —respondió—. Traigo mucho botín y muchos prisioneros. Maté a muchos romanos en Salices, he capturado al famoso mago y médico Caritón, y se lo he traído al rey Fritigerno.

Los guardias lo miraron con respeto y luego se fijaron en mí, fascinados. Nos hicieron entrar en el gran vestíbulo de la villa y un guardia se adelantó para anunciarnos a Fritigerno. Después volvió, nos saludó en nombre de Fritigerno y le pidió a Valimir que esperase un momento mientras el rey terminaba su tarea. Esperamos. Al cabo de media hora apareció otra persona en el recinto, un godo alto con una capa forrada de armiño. Con profunda sorpresa reconocí en él a mi antiguo ayudante Edico.

—¡Caritón, amado maestro! —exclamó, dirigiéndome una enorme sonrisa y estrechándome la mano—. ¡Cuánto me alegro de verte sano y salvo y entre mi propio pueblo!

Retiré mi mano. Me alegré de ver a Edico otra vez, era grato toparme con una cara familiar y maravilloso oír hablar griego de nuevo, pero estaba enfadada.

—No vine por mi propia voluntad —dije con tono hostil.

La sonrisa se borró del rostro de Edico.

—Sí, me contaron que te habían capturado, pero no te preocupes, no sufrirás daño. Tienes muchos amigos aquí, el rey Fritigerno entre ellos. Te trataremos en todo sentido como nuestro invitado.

—Un invitado tiene el derecho de irse cuando quiera —repliqué—. ¿Debo entender que esto me incluye? En tal caso, me iré ahora mismo.

Edico movió la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Nos hace falta mucha ayuda aquí. No tenemos muchos médicos y hay muchos enfermos. He tratado de hacerles usar el agua de los pozos para beber y he aplicado todo lo que tú me enseñaste, pero seguimos sufriendo mucho por las enfermedades. La gente estaba muy debilitada por culpa de esos demonios que nos retuvieron junto al río, y los heridos sufren mucho porque no tenemos lo necesario para tratarlos como es debido. Me he quedado sin opio y hace semanas que mandé a algunos niños a recorrer los campos en busca de mandrágora.

—¿Te quedaste sin opio? Qué lástima. Me temo que tampoco tengo mucho. Un ladrón nos robó la mitad de nuestras reservas de Noviduno.

Edico tuvo la decencia de ruborizarse.

—Lo necesitábamos —me contestó avergonzado—. Sé que te preocupaste por nosotros, Caritón. Intentaste resolver ese asunto de Lupicino. Pero nunca viste cuánto sufríamos y no pertenecías a nuestro propio pueblo.

—Puedo comprender que hayas cogido los medicamentos —admití—. Sólo con que me los hubieses pedido antes de que estallara la rebelión, te los habría dado y te habría enviado a ayudar a los tuyos.

—¡Habría venido antes, pero me ordenaron esperar! —exclamó Edico con gran ansiedad.

—… pero no sé por qué te llevaste ese tratado mío. Era de mi propiedad personal, y además de gran valor.

El rubor de Edico se intensificó.

—Pensaba copiarlo y devolverte el original —dijo—; pero no tuve tiempo. Somos muy pocos los médicos y menos aún los concienzudos. Me llenó de alegría saber que te habíamos capturado. Podrás salvar muchas vidas.

—Yo no siento tanta alegría. También puedo salvar vidas romanas y prefiero estar con mi propia gente. Te enseñé el arte, Edico; y en tu juramento habrías prometido considerarme como tu padre. Intercede por mí. Trata de persuadir al rey de que me envíe de regreso a mi país. Escúchame, si temes que vaya a curar a tus enemigos, prometo irme lejos de Tracia, volver a Alejandría, o quizás a Constantinopla. No soy de aquí. Lo sabes bien.

Edico seguía allí, con el rostro sonrojado y su capa de armiño.

—Lo siento mucho —dijo—. Nos falta gente y necesitamos ayuda.

—Maldito seas —solté con tono tranquilo.

No había tenido muchas esperanzas de que me ayudase, pero tampoco las había

perdido del todo. Detrás se abrió una puerta, los guardias se cuadraron y otro noble godo nos hizo entrar a ver al rey.

Valimir entró primero, seguido por sus subordinados, por mí y por el guardia. Edico entró el último, con una expresión de desventura. El salón era amplio y suntuoso. Tenía un mosaico del zodíaco en el suelo y ventanas con vidrios. Las cortinas eran de brocado verde y dorado, y los paneles verdes y amarillos de las paredes estaban decorados con pinturas. En un sector, los godos habían instalado una plataforma recubierta también de brocado, sobre la que estaban dispuestos varios triclinios. En el triclinio del centro estaba sentado Fritigerno. Vestía un manto púrpura, que había conseguido quién sabe dónde, y lucía una diadema de oro. Otro jefe vestido con el mismo estilo ocupaba el triclinio de al lado. Me pareció que era el otro dirigente godo, Alavivo, o tal vez uno de los nobles greutungos.

Valimir se prosternó delante del rey y luego se incorporó. Para un verdadero emperador, el gesto no habría sido lo bastante solemne.

—¡Salud, Fritigerno, rey de los godos! —exclamó.

Al verlo, el otro jefe se mostró algo contrariado, pero no hizo ningún comentario. Fritigerno se levantó y se acercó a Valimir para estrecharle la mano.

—¡Salud, Valimir! ¡Muy bien! Toda la ciudad celebra la noticia de tus victorias. —Valimir sonrió satisfecho—. Espero que se distribuya el botín de conformidad con tus deseos y con las costumbres del pueblo. Bien. Y felicitaciones por haber capturado a Caritón. El señor Edico ha lamentado su ausencia durante meses.

—Y a mí me toca lamentar mi presencia —declaré—. ¿O debo considerarme ahora un esclavo y guardar silencio mientras los demás disponen de mí?

—Eres nuestro invitado —dijo Fritigerno en griego, y me ofreció la mano.

Al cabo de un instante le estreché la mano.

—Señor Fritigerno —señalé—. Sé que el pueblo que gobiernas ha sufrido una gran injusticia. Traté de impedirla.

—Estoy enterado. Te doy las gracias.

—Sin embargo, no puedo servirte contra mi propia gente. Te ruego que me permitas irme. Te he ayudado en el pasado y me debes algo más que este cautiverio.

Fritigerno negó con la cabeza.

—Lo siento —replicó—. No te pido que luches contra tu propio pueblo. Creo que como médico no te negarás a asistir a los enfermos y heridos. Y aquí tenemos muchísimos; enfermos por haber confiado en los romanos y en mí, y heridos porque lucharon por mí. No puedo dejarte partir.

—Entonces, por muy bellos discursos que pronuncies sobre tus invitados, me conviertes en un esclavo.

—Si optas por usar esa palabra, puedes hacerlo. Yo te llamaré mi invitado. Te doy la bienvenida a esta casa. ¿Has comido? Entonces podrás acompañarme a cenar, junto con mi estimado Valimir. Supongo que por ser griego querrás bañarte antes. Mis propios esclavos te servirán.

—No, gracias —respondí.

Me preguntaba cuánto tiempo tendría que quedarme entre los godos, tratando a sus heridos. También si los romanos me verían como un traidor cuando al final venciesen a los bárbaros. Probablemente no. Sebastián sabía que me habían llevado por la fuerza.

—Bien. ¿Un cambio de ropa, quizá? —me preguntó Fritigerno, mirándome con una expresión indescifrable dibujada en sus ojos claros—. Has cabalgado mucho y me apena ver a un huésped tan agotado por el viaje.

Suspiré.

—Si puedo contar con un cuarto para mí solo. Quiero estar solo y descansar.

—Mis esclavos te atenderán.

—Si no tienes inconveniente, preferiría estar solo.

Los ojos semejantes a dos vidrios azules se fijaron en mi persona, apareciendo además un ceño fruncido.

—Me disculpo por insistir ante ti, sapientísimo. Pero sería mejor que los esclavos te vieran e informaran a sus amigos de que eres en verdad un hombre. La gente se quedaría tranquila. Se ha comentado que eres un demonio… Lo siento, pero muchos aquí son muy supersticiosos y no hacen otra cosa que chismorrear. Aparte de que mi mujer y sus servidoras creen que en realidad eres mujer. Entre nosotros no hay eunucos. Deja que mis esclavos te atiendan como atienden a cualquier persona de rango, y así se acallarán todos esos estúpidos rumores.

—No me gusta que me miren —repliqué de inmediato, tratando de encontrar una buena excusa para mi recato—. Vamos, me has hecho esclavo. Déjame al menos mi dignidad.

Fritigerno seguía mirándome con el ceño fruncido. A mis espaldas, Edico se agitó.

—¿Cómo puede ofender la dignidad de un caballero tener esclavos que lo sirvan? —preguntó.

—Quiero que todos sepan claramente quién eres, ahora que me sirves a mí —dijo Fritigerno—. Mi mujer dice que eres mujer, y que vas disfrazada porque los romanos no permiten estudiar medicina a las mujeres. ¿Cómo vas a servirme bien si comentan

todas esas cosas sobre ti? Tienes que aceptar mi juicio en cuestiones como ésta.

Edico rio, divertido.

—Las mujeres dicen cualquier cosa. Si no quieres que la gente piense tales cosas de ti, debes olvidar ese absurdo recato.

Maldita Amalberga. Había visto demasiado y con demasiada rapidez. Y ni siquiera me había interrogado. Había sospechado, había descubierto que tenía un motivo para disfrazarme y había llegado a su propia conclusión. Traté de pensar en algo más que decir, pero sentía la lengua paralizada, tenía las mejillas calientes y Fritigerno seguía mirándome.

—Tengo por costumbre estar solo —solté cuando el silencio era ya insoportable—. Encuentro indecente esta curiosidad.

Fritigerno hizo un gesto de incredulidad.

—Casi me haces pensar que las sospechas de mi mujer son fundadas.

—Majestad, yo no me preocuparía por eso —dijo Edico—. Trabajé cerca de dos años con Caritón. Sé que esos rumores son falsos.

—¿Sí? —exclamó Fritigerno volviendo a mirarme después de escuchar a Edico—. Júralo —dijo.

Sentía los latidos de mi corazón en las orejas. Dejé de mirar al rey para fijar la vista en el mosaico del suelo: el Toro que rugía frente a los Gemelos Celestiales. No había salida. Hecha la pregunta, sólo quedaba una respuesta. Todo mi disfraz había dependido siempre de que nadie la formulase. Mentir era inútil, una vez presente la sospecha.

—Es verdad —murmuré—. Soy mujer.

Edico me miró como si dudase de que estaba cuerda. Valimir me miró atónito. Todos me miraban estupefactos. Me llevé las manos a la espalda para aferrármelas e impedir que temblaran.

—Nunca escucho lo suficiente a mi mujer —dijo Fritigerno pensativo—. Por lo general, tiene razón.

Al mirarlo le dije:

—Nadie ha puesto nunca en duda mi conocimiento de la medicina.

—Yo tampoco lo hago —respondió Fritigerno—. No hay ninguna diferencia en cuanto a tu capacidad, cualquiera que sea tu sexo, pues es tu capacidad lo que necesitamos. Sólo que no puedo permitirte salir del campamento. En una batalla no podría protegerte, y sería un gran agravio para mí que te insultasen durante tu servicio. Me ocuparé de que te traten como a una gran dama.

Tuve la misma sensación que en el sueño en el que mi padre se transformó en Festino. Si me trataban como a una dama, el secreto quedaría desvelado para siempre. Tendría que vivir entre los godos toda mi vida si quería practicar la medicina, o bien volver a mi tierra y vivir mi solitaria deshonra en casa de mi hermano. En ninguno de los dos casos tenía poder de decisión sobre lo que sucediese, pues sería propiedad de Fritigerno o bien de mi hermano. Perdí todo el dominio de mí misma y exclamé:

—¡No, por favor! Si se divulgara la noticia, todo se echaría completamente a perder. No podría volver junto con los romanos, y yo…

Fritigerno sonrió. Desde luego, si yo no podía volver junto a los romanos, tanto mejor para él.

—No —atiné a decir—. Por favor, he hecho bien a tu casa y a ti. No me lo pagues así.

—Serás tratada como huésped y como una dama. Dispondré que te alojes con mi mujer.

—¡Si hubiese querido que me tratasen como una dama, me habría quedado en la casa de mi padre en Éfeso!

Fritigerno agitó la cabeza.

—No puedo dejar que te traten como a un hombre ni que te alojes con la tropa. Te quedarás con mi mujer. La gente sabrá quién eres y qué eres. Me sentiría agraviado si alguien te insultase.

—¡Pero me destruyes! —grité—. ¿No lo ves? ¡Dios del Cielo! Perderé mi nombre, mi carrera, todo. ¡Existiré sólo como servidora tuya! Y si intento volver a mi casa, no seré nada, nadie… un simple escándalo. Mis amigos y mi familia se avergonzarán de mí… No, por favor… ¡Te lo suplico! —Empezaba a llorar y no debía hacerlo. Me cubrí la cara con las manos, mientras Fritigerno me miraba sin inmutarse.

—Te enviaré ahora junto a mi mujer —dijo con firmeza—. Puedes descansar.

Me condujeron fuera de la sala deshecha en lágrimas.

Amalberga me trató maravillosamente. Nunca me había considerado yo fácil de tratar, y creo que en esto concordaban mi familia y la mayor parte de mis amigos, pero Amalberga me trató como un aya trata a un niño caprichoso o como un caballerizo trata a un caballo terco, y ni siquiera tuve conciencia hasta más tarde de lo que ella había hecho. Me llevaron a la parte trasera de la casa, destinada a las mujeres, cegada por las lágrimas. Allí estaba Amalberga hilando junto a la chimenea, acompañada por otras mujeres de la nobleza. Cuando el guardia le contó lo sucedido, me miró asombrada. Levantándose de un salto, indicó a los hombres que se retirasen y me llevó a un dormitorio vacío.

—Descansa un poco —me dijo, y me dejó a solas.

Y yo lloré, en un acceso de histeria, durante una hora tal vez, tendida en la cama, mordiéndome las mangas y sacudida por los sollozos. Habría hundido un puñal en mi cuerpo, furiosa por ser mujer y por haberme traicionado a mí misma.

Cuando se calmó algo mi llanto, Amalberga volvió y se detuvo junto a la puerta.

—Querida Caritón —me dijo—. Una de mis mujeres tiene un hijo enfermo. Está desesperada por tener quien lo atienda. Sé que estás fatigada, pero ¿podrías examinar a este bebé?

En aquel instante sentí un intenso odio hacia ella, porque sus sospechas habían hecho que me descubriesen. Pero ¿cómo negarme a examinar a un bebé? Me levanté, sollozando aún, y fui a examinar al niño enfermo. Tenía dolor de oídos y fiebre. Le receté algo para la fiebre, le di solano y compresas calientes para aliviar el dolor de oídos y aseguré a la madre que no estaba demasiado grave y que se recuperaría. En aquel momento, Amalberga encontró otro caso que requería asistencia, pero sugirió que primero me lavase.

—Sé que vosotros, los griegos, apreciáis mucho la higiene en el tratamiento de vuestros pacientes. He hecho preparar la sala de baños, por si quieres bañarte.

Así pues, tomé mi baño, observada por varias esclavas y miembros del séquito de Amalberga, todas empeñadas en asegurarse de que no era un hombre ni un demonio.

Cuando salí del baño, mis ropas habían desaparecido y las reemplazaban una larga túnica con mangas, unas zapatillas y un cinturón con tachones de oro. Las esclavas desplegaron la ropa con aire de expectación y yo me quedé mirándolas. Mas ¿qué sentido tenía protestar? Me esperaba un paciente, y de todos modos mi disfraz ya no servía. Me puse la túnica y me ajusté el cinturón en el talle. Era de lana y tenía un forro de lino. Todo de buena calidad. Su color era verde oscuro, no tenía flecos ni adornos y las mangas caían hasta el codo, una longitud muy cómoda para trabajar. En cambio, sin

el corsé me sentía extraña y la falda tan larga me resultaba poco natural.

Fuera de la sala de baños vi a Amalberga hilando y conversando con otra mujer. Varios niños jugaban a sus pies. Me dirigió una sonrisa, pero no hizo comentarios sobre mi nuevo aspecto, algo que yo no habría soportado. En lugar de ello, se disculpó por no haberme proporcionado un manto.

—Pensé que podrías usar tu capa, aunque en verdad requiere una limpieza. De todos modos, Frigda está en un cuarto próximo y para atenderla no necesitas salir. ¿Puedo ofrecerte unos pendientes?

—No, gracias —respondí.

Amalberga esbozó una sonrisa de disculpa.

—Sería mejor que usases alguna alhaja. La gente te respetará más. Imaginan que alguien sin joyas tiene que ser de bajo origen y que un médico de bajo origen debe de ser incompetente. Si te pones algunas alhajas, confiarán más en ti. Toma, ponte éstas —dijo, y me entregó unos pendientes de perlas. Eran de artesanía romana, seguramente robados de alguna villa en Tracia. Les dirigí una mirada hosca.

—Preferiría no estar en deuda contigo —declaré, a la vez que hacía el gesto de devolverlos.

—¡Soy yo quien está en deuda contigo! Me salvaste la vida y yo retribuí tu generosidad destruyendo tu identidad frente a tus propios compatriotas. Te juro que no tenía esa intención. Tenía sospechas y hablé de ellas con mi marido, pero eso fue antes de comenzar la guerra y nunca pensé que te descubriría. Ya que esto es tan importante para ti, te pido mil disculpas. Por lo menos déjame ayudarte a adquirir un nuevo nombre entre nosotros. Tu talento determinará la mayor parte de tu éxito, pero será útil que adquieras el aspecto de una dama noble.

Al poner las joyas en una de mis manos, sus brillantes ojos azules se fijaron en los míos con aire de súplica.

Tardé como un minuto en ponerme los pendientes. Me habían perforado las orejas al nacer, pero llevaba tanto tiempo sin usar pendientes que se habían cerrado.

Amalberga me miró con aire de aprobación.

—Ahora se ve que eres una persona de alcurnia —dijo—. ¿Puedo saber tu verdadero nombre?

—Caris —respondí. Con mi nueva túnica verde me sentía desnuda y ridícula.

—Claro —dijo Amalberga sonriendo—. En realidad, no te lo cambiaste. No me digas nada más si no quieres. Tu paciente está en este lado. Está embarazada y hace una semana que tiene un dolor en un costado. Todos tememos por ella. Esperamos que

puedas ayudarla.

Amalberga era una soberana hábil. Admiraba la serenidad que había tenido en nuestros encuentros anteriores. Pocas mujeres con fiebre puerperal saben dar indicaciones a sus comadronas. Comprobé que su dominio de sí misma era sólo una de sus virtudes. Era muy hábil para hacer que la gente realizase lo que ella consideraba indicado; mucho más que su marido. Tenía una comprensión natural de lo que otros podían sentir y aprovechaba tales sentimientos con gran sutileza. No se trataba de hipocresía o falsedad, y en esto residía su fuerza. Era verdaderamente bondadosa y le gustaba reconciliar a la gente (con los demás, con los edictos de su marido, con la suerte). Comprendía perfectamente la importancia que tenía para mí el arte de curar y hacía uso de ello para hacerme aceptar la servidumbre. Sólo cuando fui a acostarme aquella noche, me di cuenta de que me había sometido sumisamente. Tenía pacientes que requerían atención y tenía que ayudar a Edico a organizar el hospital, de modo que me resignaría a convertirme en una curandera goda.

Me senté bruscamente en la cama, horrorizada. Estaba compartiendo el cuarto y también la cama con una mujer de la nobleza cuyo marido estaba en la campaña de saqueo. El cuarto tenía un suelo de piedra cubierto de junco y paredes de barro y mimbre. Hacía tiempo que no lo limpiaban y había mucho humo procedente del fuego en la chimenea abierta en el cuarto principal destinado a las mujeres. Mi compañera murmuró algo en sueños y se volvió. Recordé mis estudios en Alejandría, el olor del lodo del Nilo, los gritos de los vendedores ambulantes, las delicadas figuras de los textos médicos. Recordé la casa de mi padre en Éfeso. Aquella ciudad bárbara no tenía nada que ver conmigo. Si partía ya, me dije, podría reunirme con los romanos antes de que se propagase la noticia. Salices no estaba lejos.

Salté de la cama y me puse la túnica verde. El suelo de piedra estaba helado. Busqué mis botas y entonces recordé que sólo disponía de zapatillas y que ni siquiera tenía una capa. ¿Cómo salir del sector de las mujeres, a través de los círculos concéntricos del campamento, atravesar el portón y cabalgar dos días a través de una región hostil para reunirme con los romanos sin tener siquiera una capa? ¿Y cómo cabalgar con una falda larga?

Me detuve con los puños apretados, impotente. Fui a la sala principal. Tenía que hacer algo y aun cuando me resultara imposible escapar, por lo menos me haría una idea de lo que podía hacer. El fuego estaba casi apagado y la sala estaba vacía. Mi bolsa de médico estaba junto a la puerta que daba al sector principal de la casa. Al cogerla, observé su asa negra por el uso y los costados rayados por los golpes que

recibía cuando la cargaba. Estaba llena de cajas y botellas de medicamentos, cuchillos, vendas y mis papiros de tomar apuntes. El peso de la bolsa sobre mis hombros me era tan familiar que si partiese de la casa sin ella me habría sentido desnuda. «Si la noticia de lo que soy llega a oídos de los romanos —pensé—, y regreso efectivamente, ya puedo olvidarme de eso para siempre.»

Se abrió otra de las puertas y apareció Amalberga con su túnica sin prender y el pelo suelto sobre los hombros, reluciente por el reflejo del fuego. Me miró fijamente un instante y luego dijo:

—Es mejor que descanses. Hagas lo que hagas mañana, conviene que ahora duermas.

—¿Haga lo que haga mañana? —pregunté con amargura—. ¿Es que tengo alguna opción? Creía que ya estaba decidido que debo ayudar a Edico con sus pacientes.

—Es verdad —dijo Amalberga con calma—. Espero que lo ayudes.

—¿Sabes lo que me has hecho? Tal vez creas que merezco la esclavitud, por haberme comportado sin recato. Pero a ti nunca te hice mal.

Amalberga agitó la cabeza.

—Admiro lo que has hecho. Pocas mujeres son capaces de determinar con tanta claridad lo que quieren ser, y son menos aún las que lo consiguen. Es una crueldad, supongo, apartarte de algo por lo cual luchaste tan duramente, y lo lamento. Pero esto no es esclavitud, ¿sabes? Muchos de los míos fueron convertidos en esclavos el verano pasado y desde entonces, muchos también de tus compatriotas. Todos ellos te envidiarían esta libertad.

Me mordí los labios.

—Tal vez sea verdad —dije al cabo de una pausa—; pero eso no te sirve de excusa.

—Nuestro pueblo ha sufrido muchas penalidades. Tampoco hemos sido libres. Nos obligaron a rebelarnos. Mi marido aún mantiene la esperanza de concertar la paz con el emperador y convertirse en su protegido. ¿Qué otra cosa debemos esperar? Nadie es capaz de vencer al imperio. Es demasiado grande. Sin embargo, su primer deber, y el mío también, es defender a los nuestros, alimentarlos y protegerlos. Creo que lo comprendes, y también por qué queremos tenerte aquí, aun contra tu voluntad y tu honra. —Se acercó y me cogió una mano sin dejar de mirarme con expresión muy seria—. Sin embargo, no tiene por qué ser tan terrible. Aquí puedes practicar abiertamente tu arte y ganarte el respeto de todos. Es algo importante, ¿no?

—Amo a mi propio pueblo —repliqué—. No pertenezco a éste.

Amalberga me soltó la mano y suspiró.

—No comprendo por qué amáis tanto al imperio.

—Nacimos dentro de él, y nos formó.

Amalberga se encogió de hombros.

—Muchísimos godos nacidos bajo nuestros propios reyes abandonan a su pueblo para vivir sometidos a los dragones. Mi tío Ermanerico lo hizo y su hijo, mi primo Atanarico, ama al imperio tanto como cualquier ciudadano romano nativo. En cambio, pocos romanos están dispuestos a vivir entre nosotros, aunque les ofrezcamos riquezas y honores. Mi marido mismo sigue adorando el sueño de Roma a pesar de estar en guerra con ella.

—Yo no amo ningún sueño. Sólo que… el estilo de vida que he elegido es algo que no existe entre tu gente. Soy médico hipocrático. No soy hechicera, ni curandera, ni bruja. No me adapto a esto.

—Una mujer médica es algo que no existe entre tu pueblo.

—¿Pero yo lo era, acaso?

Amalberga sonrió levemente al oírme.

—No, pero podrías serlo entre nosotros. Tienes ya a Edico bastante instruido en medicina hipocrática y podrías instruir a otros. Tal vez somos bárbaros ignorantes, pero queremos ser parte del imperio, adquirir las costumbres romanas, especialmente las destrezas y las artes romanas como la tuya. ¿Por qué habrías de rechazarnos tan pronto? Entre los tuyos debes fingir ser lo que no eres para poder ser lo que eres en realidad. Aquí tienes la posibilidad de crear tu propia ley, de ser hipocrática y mujer.

La miré sorprendida, conmovida y entusiasmada a pesar mío. ¿Era verdad? En Alejandría había soñado con poder decir algún día que era mujer y médica. Pero Alejandría es una ciudad con tantas leyes diferentes como el imperio. Los godos tienen un solo código de costumbres. Con todo, entre ellos sí hay mujeres que curan. Tal vez sobrevivirían a la guerra, establecerían su reinado autónomo y formarían parte del imperio. Era concebible que yo pudiese, usando un lenguaje legal, establecer un precedente.

No había otra elección, tenía que intentarlo.

Amalberga sonrió cuando se dio cuenta de que sus palabras habían surtido efecto. De nuevo me tocó el brazo.

—Ahora descansa —me dijo—. No harás nada si no te alimentas ni duermes.

Volví, pues, a la cama.

Por supuesto, hice lo que me había propuesto

Amalberga. No tardé en adaptarme a mi condición de mujer hipocrática que imponía a sus pacientes los gloriosos principios de la escuela alejandrina de medicina. Ellos lo aceptaban. Contribuía a mi tarea el hecho de que los godos tuviesen una necesidad tan desesperada de medicina de cualquier clase y de cualquiera que la practicase. Otro factor positivo era que había una cantidad enorme de cosas que hacer.

Edico había asumido la responsabilidad de la salud en toda la ciudad de carromatos y le había ido bastante bien, teniendo en cuenta las considerables dificultades. Había creado un hospital usando como modelo el de Noviduno. Luego había reclutado la mayor cantidad de ayudantes posible: una variedad de ex médicos del ejército romano, curanderas y comadronas godas, magos y hechiceros de apariencia dudosa, y simples charlatanes. Les había dado enérgicas conferencias sobre la importancia de la higiene e insistía en que había que excavar pozos para proveerse de agua potable. Internaba a los enfermos infecciosos en el hospital y los sometía a cuarentena junto con sus cuidadores. Su principal defecto era que dedicaba mayor atención a los heridos en batalla que a los enfermos del campamento. Ello se debía en parte a sus propios antecedentes. Los godos nobles se educan siempre como guerreros y, aun cuando había optado por ejercer la medicina, no podía renunciar a su creencia en la nobleza de la guerra, y en parte a su formación: Noviduno era, después de todo, un hospital militar. No lo había preparado muy bien para ser un médico del Estado en una gran ciudad, en lo que se había convertido sin duda la aglomeración de carromatos. Los godos la llamaban *Carragines* usando el término latino, «los carromatos». Mi primera impresión no me había engañado. Era una ciudad vasta y hacinada. Además era muy sucia y el peligro aumentaba día tras día.

El principal problema era el sanitario. Edico había señalado sin rodeos la necesidad de excavar pozos, pero ignoraba totalmente la necesidad de construir un sistema de cloacas. Las medidas adoptadas eran ineficaces. Los godos se habían limitado a abrir letrinas, una por cada diez familias, entre los carromatos. Tal sistema habría servido provisionalmente para un campamento o para una aldea pequeña. Para una ciudad con decenas de miles de habitantes, resultaba ineficaz. Sólo el tiempo frío había evitado que las letrinas contaminasen las aguas locales. A pesar de este hecho, la disentería, la diarrea, la hidropesía y la enteritis con fiebre eran muy frecuentes. En aquel momento era mayor el número de personas que morían de estos males que el de soldados muertos en lucha con los romanos. Por otra parte, lo cierto era que las víctimas fatales eran casi todas niños, lo cual no disminuía la capacidad bélica de los godos. Me producía horror pensar en las condiciones del campamento cuando llegase el

verano.

Pero los godos no eran como los romanos. Nunca habían tenido cloacas y no comprendían la necesidad de construirlas. Les parecía que preocuparse por esas cosas era propio de afeminados, de sirvientes, de esclavos. Edico sólo pareció confundido cuando le advertí que, a menos que se hiciese algo inmediatamente, el campamento sería una trampa mortal al llegar el verano. Desde luego, yo figuraba también en su confusión. Cuando aparecí por primera vez en el hospital vestida de mujer no podía dejar de mirarme, para luego ruborizarse y apartar la vista. Yo continuaba usando mi capa replegada en los hombros para que no entorpeciese mis movimientos y llevaba atada con un cordón entre los pechos la parte superior de mi túnica, pues era muy holgada y a lo mejor echaba de menos el sostén del corsé. Supongo que para él el cambio de mi silueta tuvo que ser asombroso. Finalmente, le dije que suprimiese el «señora Caris» y cerrase los ojos. En el arte yo era su maestro y mis conocimientos no habían cambiado. Aun en estas circunstancias pasó una semana antes de que me hablase con sensatez, pero yo no tenía tiempo para esperar a que cambiase de actitud. Comenzaba a hacer calor y tan pronto como el suelo dejase de estar congelado, el problema de la falta de cloacas sería gravísimo. El primer día abandoné el hospital y pedí una audiencia con Fritigerno.

Me hicieron pasar a la sala de audiencias con bastante rapidez. Aquel día él estaba solo. Me miró con curiosidad y elogió mi aspecto. No respondí nada y fui directamente al asunto que me había traído hasta allí. Le comuniqué que en aquel momento morían numerosas personas y que por culpa de las letrinas morirían centenares más cuando llegase el tiempo caluroso. Me miró sorprendido y tuve que explicarme, citando a Hipócrates y a Erasístrato, y destaqué el ejemplo de las ciudades romanas, cuyas cloacas públicas están destinadas a evitar el problema. Fritigerno se inquietó y me pidió mi opinión sobre lo que convenía hacer.

—Haz construir inmediatamente un sistema público de cloacas —dije—. O bien un acueducto. Pero sería más sencillo construir cloacas; incluso habría menos peligro de que los romanos las destruyeran.

Fritigerno frunció el ceño. Replicó que, antes de construir uno nuevo, esperaría para ver si el sistema existente funcionaba. Le señalé que había pruebas de sobra de su ineficacia. En su opinión, no obstante, no correspondía a las mujeres tomar decisiones sobre esos asuntos.

—Excelencia —le dije—. Te tomaste bastante trabajo para obtener mis servicios y asegurarte de que no tuviese motivos para volver junto a los romanos. Bien puedes

escucharme ahora que me tienes aquí. Tal vez no corresponda a una mujer estudiar medicina, pero yo la aprendí y lo que digo es verdad.

—¡Esperaba que trabajases asistiendo a los enfermos, no para que me digas que necesitas enormes cloacas públicas! —replicó Fritigerno con vehemencia—. La construcción de un sistema de cloacas para toda la ciudad exigirá centenares de obreros. Esto es caro, y ni siquiera sé cómo se construyen esas cosas, como tampoco lo sabe nadie aquí, a menos que tu sabiduría lo haya aprendido, además de la medicina.

En la escuela de medicina de Alejandría no se había incluido el estudio de la construcción de cloacas públicas, pero yo sabía que los godos tenían gran cantidad de prisioneros romanos. Sugerí a Fritigerno que buscase algunos que tuviesen tales conocimientos y les ofreciera su libertad y una buena suma de dinero para diseñar un sistema para Carragines. Con seguridad aceptarían sin vacilar semejante oferta. No era como si se les pidiese levantar fortificaciones o hacer nada que pudiese considerarse como traición entre las autoridades romanas. Además, en el caso de una epidemia los esclavos serían los más expuestos.

—¡No puedo liberar a prisioneros ajenos! —dijo Fritigerno—. La mitad de los conflictos que debo arbitrar tienen que ver con los esclavos. No puedo defender la ley para luego apoderarme de alguien que es propiedad ajena. No, no vale la pena. Vosotros los griegos sois fanáticos en materia de higiene. Tal vez la falta de cloacas os cause enfermedades. Nosotros los godos somos más resistentes. No nos bañamos y nunca nos ha hecho daño, ni tampoco nos hará daño esto.

Tuve que morderme la lengua para no calificarlo como un bárbaro apestoso e ignorante.

—Excelencia, tenemos aquí un problema de agua contaminada, no de baños. Está matando ya a muchos. Esta mañana había varios niños muertos. ¿Cuántos tienen que morir antes de que admitas que existe un problema?

—Exageras —contestó Fritigerno con frialdad—. Los niños mueren por muchas causas. No puedo ordenar a mis hombres que dejen sus incursiones para excavar zanjas por las opiniones de una médica griega.

—¡No se trata de mi opinión! ¡Las más grandes autoridades médicas dicen que las aguas contaminadas causan enfermedades! ¡Se supone que un médico del Estado romano debe proteger la salud pública!

—Tú no eres médica del Estado romano —señaló bruscamente Fritigerno—. ¡Vamos, vuelve al hospital y cura a los enfermos!

Lo miré con furia y, al ver que no conseguiría nada, me incliné de mala gana.

—Si no puedes ayudarme —dije amargamente—, Edico me dice que carece de una gran variedad de medicamentos. ¿Puedes, prudente señor, disponer que algunos de los grupos de saqueo los consiga? Podría dibujar algunas de las hierbas que necesitamos con mayor urgencia.

—Edico clama por medicamentos desde que llegó. Pero a mis hombres no les interesa buscar raíces y arrancar moras durante sus saqueos. Tendrás que arreglarte con lo que hay.

Apreté los dientes.

—¡Muy bien! —grité—. ¡Si no puedes mandar sobre tus hombres y obligarlos a excavar y a buscar medicamentos, tendré que dirigirme a alguien que sepa gobernar mejor!

Fritigerno se ruborizó y se levantó de un salto.

—¿Qué quieres decir?

—Que hablaré con tu mujer. ¡Nobilísimo Fritigerno, salud!

Con otra reverencia me retiré, esperando que Amalberga me escuchase.

La bendita mujer me escuchó. Fui a verla inmediatamente, le expliqué la urgencia de las cloacas y comprendió en seguida. Había notado que muchas personas sufrían de males relacionados con el estómago, pero no conocía la causa.

—¿Y los causa realmente esto? —preguntó—. ¿Las letrinas? Yo creía que era el aire, o el agua.

—Es el agua —le dije, y cité a mis autoridades médicas hasta que levantó una mano y me pidió que no continuase.

—No has perdido el tiempo ¿eh? —soltó con una sonrisa.

Me encogí de hombros.

—El problema necesita una solución urgente.

Sólo entonces descubrí que no obraba de forma diferente de cuando me suponían un eunuco. Desde luego, no había cambiado yo, sino lo que los otros sabían de mí. Sin embargo, lo que los demás saben de una persona tiene un gran poder y puede influir en ella hasta cambiarla. Y eso todavía podía ocurrir.

—Bien, entonces tendremos que construir cañerías —dijo Amalberga—. ¿Sabes cómo se hacen?

Le hablé del plan que había sugerido a Fritigerno y admití luego todas sus objeciones. Ella me miró con pesar.

—¿Ya has reñido con él? ¡Ay, querida! Espero que no lo hayas ofendido. Todo será más difícil si está enfadado.

—No cesaba de decir que no podía hacer cosas por culpa de sus hombres. Le he replicado que hablaría contigo porque tú sabías gobernarlos mejor que él.

Se quedó mirándome y luego soltó una carcajada como un gorgoteo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Espero que no hubiese nadie más allí! ¿Era una audiencia privada? En ese caso, no importa. Lo consideraré como una broma privada. Después de todo, tengo que hacer algo, ¿no? Tiene que ser posible. ¿Qué necesitamos? Libertad y dinero para los hombres romanos capaces de diseñar el sistema, otros que excaven… creo que las mujeres y los esclavos domésticos pueden encargarse de esta parte. Los hombres nunca estarán dispuestos a excavar alcantarillas. Tendrías que haber hablado primero conmigo. A mi marido le interesa en primer lugar la guerra; en segundo lugar, las provisiones, y en tercer lugar, la administración de justicia. Estos pequeños problemas del campamento pertenecen al dominio de las mujeres.

Señalé que una epidemia grave no podría llamarse «pequeño problema del campamento».

Amalberga sonrió.

—Sí, pero en circunstancias normales… No estamos habituados a campamentos tan grandes, a ciudades tan grandes. Antes nunca habíamos necesitado obras como ésas. Ya sé, diré a mi marido que está fundando una gran ciudad, como las de Constantino y de Alejandro. Esto hará que muestre mayor interés por el problema.

—¿Fritigernópolis? —dije con ironía.

Amalberga se echó a reír.

—¿Sinceramente te parece un nombre más tonto que Adrianópolis? No, supongo que seguiremos llamándola Carragines; pero aunque tenga desagües, tampoco viviremos mucho tiempo aquí. Si nos acompaña la suerte, permitirán que nos establezcamos en tierras propias. Y si no… —Amalberga calló y no pudo menos de dirigir la mirada a su hijo que jugaba con un caballo de madera, sentado en el centro del cuarto—. Si no, tampoco sobrevivirá la ciudad. —Por un instante miró con intensa emoción al niño, como si la ciudad ardiese ya y él estuviese muerto. Con un suspiro añadió—: Pero esto no es lo esencial. ¿Qué más necesitamos para nuestras cloacas?

Amalberga habló con su marido; también habló con sus damas de honor, éstas a su vez lo hicieron con los suyos y se pudo comenzar la obra en menos de una semana. El verano había comenzado ya y estábamos en plena epidemia, pero logramos controlarla trabajando intensamente, imponiendo una cuarentena estricta y ordenando además que se hirviera el agua. De este modo y con grandes esfuerzos, completamos la red pocas semanas más tarde. Entonces, como era previsible, los problemas disminuyeron y los

godos quedaron impresionados por mi sabiduría y la de Hipócrates.

Más aún, la reina convenció con su elocuencia a varios jefes godos para que mandasen a sus hombres a buscar hierbas medicinales cuando hacían sus incursiones, de tal manera que pronto tuvimos una provisión satisfactoria aunque caprichosa de hierbas esenciales, como mandragora y eléboro; pero seguíamos sin opio. Edico estaba sorprendido.

—Hace meses que trato de encontrar a alguien que las busque —me dijo. Habíamos vuelto a trabajar bien juntos durante la epidemia—. No sé cuántas veces le hablé de eso a Fritigerno.

—Tratándose de asuntos como ése —expliqué muy satisfecha—, simplemente déjame hablar con Amalberga. Has de confiar en la superioridad natural de las mujeres.

Edico hizo un gesto desdeñoso.

—Me alegro de que no se trate de «mujeres» en plural, sino sólo de ti y de Amalberga. De otro modo, los hombres estaríamos cuidando la casa y los niños y las mujeres dirigirían el mundo.

—No podríamos permitirlo —le dije—. Con la forma en que gobernáis el mundo, mal podríamos confiaros nuestros niños. Sería el fin de la raza humana.

—Creo que me gustabas más como eunuco —soltó Edico, y yo reí.

Toda la primavera trabajé sin tregua asistiendo a los enfermos de Carragines. Encomendé a Edico la mayoría de los heridos. Esto se debía en parte a que él era el médico jefe y trataba a todos los pacientes de mayor prestigio, y en parte a que se consideraba que las mujeres y los niños eran pacientes más apropiados para una mujer, y por último, a que yo no quería asistir a los heridos. No me gustaba curar a hombres que cuando mejorasen pudiesen salir a matar a más gente de mi país. No me importaba socorrer a las mujeres, niños, esclavos, viejos y débiles, aunque perteneciesen al enemigo. Me había ya habituado a mi papel de médica y no pensaba tanto en escapar. Pasadas las dos primeras semanas, mi capa y mi calzado dejaron de desaparecer todas las noches, y habría podido abandonar el campamento sin ser vista, sólo que… ¿adonde ir? Salices no quedaba lejos, pero, con la huida de los esclavos romanos de los godos y la de los esclavos godos de los romanos, las noticias se propagaban con rapidez en Tracia. Pensaba que en aquel momento todas las tropas en Escitia tenían que saber que Caritón de Éfeso era en realidad Caris, hija de Teodoro, algo que no había revelado a los godos. Dependía de lo que hubiese descubierto Atanarico y a quiénes lo hubiera comunicado. Esperaba que no hubiera descubierto

nada, o que hubiese callado, pues no quería que el señor Fritigerno se enterase de que el gobernador de Escitia era mi hermano. Bastante me desagradaba ya ser una prisionera para además convertirme en rehén. No creía que el rey me perjudicase, pero podría amenazar a Torión, y aunque tal amenaza no se materializase, el resultado sólo traería peores consecuencias.

Empecé a sentirme a mis anchas entre las damas de honor de Amalberga y con mis ayudantes en el hospital, así como con unos pocos pacientes, pero eran demasiado numerosos para llegar a conocerlos bien. Todo el tiempo tenía que hablar el idioma gótico e hice progresos. Al cabo de aproximadamente un mes lo hablaba incluso con Amalberga y Edico. Echaba de menos a mis amigos y pensaba en ellos cuando tenía tiempo, pero no podía comunicarme con ellos y tenía tanto que hacer que el mundo exterior comenzó a parecerme irreal. Tuve algunas noticias de Sebastián. Los godos no cesaban de hablar de lo que estaban haciendo los jefes militares romanos. La verdad es que no hacían tanto, salvo esperar refuerzos.

Pensaba a menudo en Atanarico y me preguntaba qué había descubierto y dónde estaba en aquel momento. No podía reprimir mi deseo de verlo ahora que aparecía como mujer. Si bien temía que me encontrase monstruosa, o, lo que era peor, que intentase tratarme como a una dama desconocida, aun así quería verlo y decirle: «Mira, esto es lo que soy, o quizá ya lo habías descubierto. ¿Te gusto así?». No había noticias de él. Tanto Amalberga como Fritigerno querían verlo y saber dónde estaba. El entusiasmo inicial del saqueo y la venganza había pasado y los godos querían negociar una tregua con el imperio, esperando que Atanarico fuese su negociador. Sin embargo, parecía que el imperio no quería entrar en negociaciones mientras no tuviera suficientes fuerzas desplegadas para aplastar a los godos. También en Carragines aguardábamos refuerzos, y por mi parte estaba tan ocupada que no me hacía demasiadas preguntas sobre mi persona y mi futuro.

Una hermosa mañana de mayo, cuando estaba examinando a nuevos pacientes fuera del hospital, se me aproximó Edico y me dijo que tenía que hablar conmigo. Un grupo numeroso de enfermos esperaba mi asistencia, de modo que pregunté a Edico si se trataba de algo urgente. Negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Entonces, podemos conversar durante la comida —dije, y volví a mis pacientes. Edico se quedó mirándome un minuto o más con expresión de malestar y se alejó.

Durante la comida, en el depósito de medicamentos del hospital, supuse que abordaría inmediatamente el asunto que le preocupaba, pero me equivoqué. Permaneció sentado allí masticando tranquilamente su pan con salchicha y evitando mi mirada hasta

que le pedí que hablase. Se avergonzó aún más.

—¿Eres virgen? —me preguntó por fin.

Lo miré atónita y me pregunté si Edico acaso había contraído una enfermedad sexual terrible.

—Sí —respondí al cabo de una pausa—. Pero he leído lo que dice Hipócrates sobre la sexualidad. ¿Por qué?

Alzó la vista al oír mi respuesta y luego volvió a bajarla.

—Perdona —dijo—. Sólo que no estaba seguro. El rey Fritigerno quiere que me case contigo y yo he accedido, siempre que seas virgen. No podría casarme con la mujer de otro, aunque fueses tú.

Me quedé muda, mirando a Edico con la boca abierta.

—¿Naciste libre? —me preguntó esperanzado, al cabo de otro minuto.

Sentí que me ruborizaba.

—Es mucho lo que pide de ti Fritigerno, ¿no? —solté sin responder a su pregunta —. Casarse con una extranjera de dudosa reputación y de padres desconocidos… Y tú también eres de buena familia. ¿Qué pensará?

Edico se encogió de hombros.

—Mi tía no se opondrá y mi padre murió. Mi madre no opina. Y de todos modos no tendrás que vivir con ella.

—¡Bien, bien! Y estoy segura de que el rey pondrá la dote, ¿no? ¿Una dote enorme, para compensar tu sacrificio?

—Pues… sí. —Edico mordió un pedazo más de pan—. Muy grande. Pero en realidad no sería tanto sacrificio. Eres atractiva y una excelente médica.

—Me alegra muchísimo tu opinión. Pero comunícale a Fritigerno que, antes de jugar a casamentero otra vez, verifique si la novia está de acuerdo con sus planes. —Edico me miró otra vez, comprobó que estaba furiosa y se quedó sorprendido—. No me casaré contigo, ¿comprendes? Y ya está; qué alivio, ¿no?

Edico tragó saliva y frunció el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Tienes alguna objeción a mi persona?

Me mordí los labios para no decir nada.

—Eres mucho mejor que el último hombre que me propuso matrimonio —respondí por fin—. Pero yo no quiero casarme contigo y tú tampoco conmigo, y lo que realmente no veo es qué tiene que ver Fritigerno con todo esto. ¿Por qué se le ocurrió tan de repente?

—Considera que eres una médica muy hábil y quiere retenerte aquí. ¿Qué quieres

decir con «el hombre que me propuso matrimonio»? Acabas de decir que…

—No me casé con él. Huí a Alejandría para alejarme de él. Y volveré a huir si es necesario. ¿Por qué, en nombre de todos los dioses, aceptaste una propuesta tan absurda?

Pareció ofenderse.

—No tiene nada de absurdo. Somos colegas, soy un caballero, y el rey quiere adoptarte como ciudadana nuestra. No hay nada más natural.

—¡Ay, por la gran Artemis! Somos colegas; dejémoslo aquí. ¿Acaso crees que voy a convertirme en esposa de un godo para dedicarme a cuidar de tu casa y parir tus hijos, añadiendo algo de tareas de comadrona? ¡Sé mucho más de medicina que tú!

Edico no respondió a esto.

—Tendremos esclavos para que se ocupen de la casa.

—¡Di la verdad! No puedes mirarme de frente y decirme que en verdad quieres a una mujer que te enseñó tu oficio y te dio órdenes durante dos años, y a la que suponías hombre. Lo que tú necesitas es una bonita muchacha goda, unos cuantos años menor que tú, que cuide de tu casa y admire tu inteligencia.

No me miró a los ojos ni respondió. Callado, miraba el suelo.

—Vuelve a ver al rey y dile que este matrimonio no tendrá efecto.

—Muy bien. Pero ¿qué objeciones tienes?

—No quiero casarme. Amo mi independencia. Si esto no alcanza a satisfacerlo, miéntele. Dile que era prostituta de un lupanar en la calle del mercado de Éfeso, o lo que prefieras, si sirve para salvarte. En esta unión los dos seríamos desgraciados.

—Le diré la verdad —dijo Edico, y se levantó—. Tienes razón.

Cuando se retiró, su expresión era de alivio. Permanecí sentada unos instantes, tratando de calmarme. Tenía aún mi trozo de pan con salchicha, pero fui incapaz de comerlo. Estaba demasiado asustada y, ahora que Edico se había retirado, sentía temor, no sólo enfado. Fritigerno no me confiaría al cuidado de Amalberga y al amor a mi oficio. Quería encadenarme firmemente bajo el control de uno de sus hombres. Casada, y sin duda embarazada poco después, tendría hijos godos. Me habían despojado del nombre de Caritón y querían quitarme también el de Caris, convertirme en la mujer de Edico. Podría salvar mi arte, pero así me perdería, me perdería para siempre. Edico no lo complacería. ¿Buscaría Fritigerno otro candidato?

—No lo aceptaré —dije en voz alta para cobrar ánimo.

Me dirigí al depósito de medicamentos, que olía a hiedra, y arrojé mi trozo de pan y mi salchicha a uno de los perros del campamento. Frente al hospital esperaba otro

grupo de enfermos para ser atendidos: ancianos fatigados y mujeres gastadas aferrando bebés enfermos o apaciguando a sus niños llorosos y con fiebre. Me limpié las manos con la túnica y les indiqué que entrasen.

No sé qué le dijo Edico a Fritigerno, pero aquella noche Amalberga me llamó a sus habitaciones y abordó el asunto.

—Mi marido quiere que te establezcas en tu propia casa —me dijo.

—Querrás decir que quiere entregarme a un marido godo que pueda mantenerme bajo su control y me vigile para que no huya. ¿Qué ha sucedido? ¿Llegaron los refuerzos romanos?

Amalberga se estremeció bajo mi ataque y asintió con un gesto melancólico.

—Varias legiones llegadas de Armenia marchan desde Constantinopla. Y, según los rumores, también avanzan desde la Galia.

—Y por ello Fritigerno quiere atarme a los godos antes de que lleguen. Bien, dile que es más probable que quiera quedarme si soy libre que si me somete a un matrimonio no deseado por mí.

Amalberga suspiró.

—Pensé que Edico era un buen candidato. Ambos sois buenos médicos, él respeta tu experiencia y te dejaría trabajar en paz.

La miré con incredulidad.

—¿Conque fue idea tuya?

Amalberga hizo un gesto afirmativo.

—Mi marido dijo que quería casarte con uno de sus hombres y yo propuse a tu colega. Tendrás que casarte con alguien, querida. Bien puede ser Edico.

—¡No me casaré con nadie! Juro por la gloriosa Trinidad que si me empujan a la cama de algún hombre, aprovecharé la primera ocasión para huir. No podréis confiar en mí y mi utilidad para vosotros habrá terminado.

—Tú no harías daño a tus pacientes —replicó Amalberga.

—Quizá me negara a recibirlos. Puedes hacer trabajar a un caballo de tiro cubriéndole los ojos y pegándole, pero uno de carreras no correrá si machacas su voluntad.

Amalberga me miró con atención.

—¿Por qué tiene tanta importancia si de todos modos te quedarás aquí? El matrimonio no es tan malo. ¿O acaso lo que temes es casarte con un godo?

Estaba a punto de mentirle, pero decidí decir la verdad. En el caso de ella, era

siempre lo mejor.

—No quiero casarme con nadie y en particular no quiero casarme con un godo. ¡Soy una romana de Éfeso, formada en el museo de Alejandría! No soy esclava de nadie. No vine aquí por mi propia voluntad: vosotros me tomasteis prisionera. Bien, aquí estoy y me he adaptado en lo posible… y te he prestado algunos servicios, como sabes. Dijiste que lamentabas la injusticia anterior. No la empeores obligándome a casarme.

—¿Hay algún otro hombre? —me preguntó.

—¡Los otros hombres no tienen nada que ver! No te pertenezco ni tampoco a Fritigerno para que dispongáis de mí, y no seré propiedad de otros…

Amalberga suspiró y levantó una mano para apaciguarme.

—Es tarde —dijo—. Dejemos la cuestión por ahora. Y te prometo no obligarte a un matrimonio que no quieras. Con todo, creo que debes casarte, y pronto, con alguien que te respete. De lo contrario, mi marido te endosará uno de sus compañeros a quien no le interese lo más mínimo la medicina.

—Entonces escaparé —respondí—. Escucha, antes yo estaba resignada a quedarme aquí. Entre los romanos no hay nada ni nadie que me espere. Hasta estaría dispuesta a jurarlo, si Fritigerno cree que poder practicar la medicina no es una atadura suficiente. Pero no me casaré por orden vuestra. Cualquier hombre que elijáis tendrá que violarme, y no respondo por lo que pueda hacer yo después.

Una vez más Amalberga suspiró.

—Hablaré con mi marido —dijo—. Y luego veremos qué hacen los romanos.

Las legiones romanas de Armenia entraron por el sur de Tracia, marchando desde Constantinopla, tuvieron numerosos choques violentos con fuerzas godas en las provincias del sur y forzaron a los grupos de saqueo a retroceder hacia el norte. Sin embargo, no tenían ni mucho menos fuerzas suficientes para luchar con todo el ejército godo, de modo que se detuvieron en Adrianópolis y esperaron los refuerzos del oeste. Esas fuerzas tardaron mucho en llegar. Toda la frontera del Rin y del Danubio estaba desorganizada. No había un solo punto a lo largo de la misma donde no hubiese habido guerra en algún momento de los últimos quince años, por lo que era difícil reclutar tropas de cualquier provincia sin exponer a éstas a grandes riesgos. Las fuerzas militares de Panonia y las transalpinas llegaron a principios del verano, pero su jefe estaba inmovilizado por la gota, o al menos eso decía, y al llegar no hicieron nada. Se suponía que debían llegar fuerzas de la Galia, pero no parecían tener prisa y la mitad de ellas desertaron para no abandonar su provincia natal. Fritigerno convocó a

los grupos de saqueo y esperó.

Permanecí en Carragines. No se hablaba ya de matrimonio y estaba muy ocupada. Aun con las cloacas, las condiciones de suciedad y hacinamiento de la población causaban enfermedades. En especial, muchos de los esclavos romanos estaban enfermos. Estar recluidos los había mantenido a menudo encadenados, en chozas sucias y hacinadas donde contraían toda clase de males, desde infecciones en las heridas hasta fiebre tifoidea. Requerían atención y estaba contenta de poder proporcionársela, de hacer algo por mi propio pueblo, aun entre los bárbaros.

Hasta que un día, en julio, tuve que presentarme ante el rey.

Estaba por realizar una operación muy delicada, una cesárea. Filón me había enseñado una técnica usada entre los judíos alejandrinos, en la que sobrevivían la mitad de las mujeres. Yo consideraba que brindaba el máximo de probabilidades de salvar a la paciente. Cuando me llamaron, hacía dos días que estaba de parto, pero el bebé parecía estar atravesado en el útero y la madre no podía hacer nada. Ordené a mi ayudante hervir agua en cantidad, así como vendas, me lavé las manos, herví mis cuchillos, luego lavé el abdomen de la mujer con una solución de limpieza y la aseguré con ataduras. Y entonces el maldito emisario de Fritigerno llamó a la puerta y anunció que el rey quería verme.

Fui a la puerta y dije:

—Iré cuando haya terminado aquí. —El hombre era uno de los «compañeros» de Fritigerno, un destacado guerrero.

—El rey quiere verte ahora mismo —repitió con tono de reproche.

—Esta mujer ha esperado nueve meses y dos días —declaré—. El rey puede esperar una hora. Vete.

Detrás de mí la mujer tuvo otra contracción y gritó. Le había dado mandrágora, pero no pudo retenerla. Habría dado toda la ropa que tenía por un poco de cáñamo indio.

El compañero de Fritigerno titubeó.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Sacándole un niño de la barriga —respondí, y cerré la puerta.

No intentó entrar. Volví a lavarme las manos y realicé la operación con la mayor rapidez y limpieza. Luego entregué el bebé a la comadrona y cosí la herida de la mujer. Permanecía tendida y las lágrimas de angustia le corrían por el rostro mientras gemía. En realidad era un buen síntoma. Estaba viva y tenía fuerzas suficientes para gemir. El bebé parecía muerto cuando lo saqué, pero mientras vendaba el vientre de la madre lo oí llorar. La mujer lo oyó también y dejó de gemir, abriendo los ojos con asombro.

La comadrona rio a su vez, llena de gozo, y llevó el niño a su madre.

—¡Tienes un hijo!

—¡Oh! —respondió ésta, y extendió los brazos para coger al niño.

Claro está que el bebé estaba enrojecido y con hematomas visibles, pero vivía. Se aferró a la madre y ella lo apretó contra sí, sufriendo aún dolores terribles, pero con un llanto que ahora era de agotamiento y de alivio. Al saber que no había sufrido en vano, tenía más probabilidades de vivir. Por mi parte, tuve una sensación, a veces presente en el ejercicio del arte de curar, de haber recibido de Dios el don de presenciar un milagro.

Me quité el delantal y me lavé las manos, dando al mismo tiempo a la familia de la mujer estrictas instrucciones sobre higiene y amenazando con consecuencias terribles si usaban agua sin hervir o colocaban sucios amuletos en la herida. Por fin me recogí las faldas y corrí a la casa de Fritigerno. A los reyes no les agrada esperar.

Llegué con la ropa en desorden y sin aliento y los guardias me dejaron pasar inmediatamente a la sala de audiencias. Estaba llena de gente. Fritigerno, su compañero Alavivo y Colias, antiguo jefe de las tropas federadas de Adrianópolis, ocupaban todos sus triclinios sobre una plataforma, rodeados por el círculo de sus colaboradores. Colias decía algo sobre las legiones romanas. Amalberga estaba de pie detrás de la plataforma y cuando entré levantó la vista para saludarme con un gesto. En el centro de la sala había otro hombre, con los pies sobre el sol del mosaico del zodíaco. Me daba la espalda, pero aun así el pelo castaño y el ángulo arrogante de la cabeza me resultaron familiares al instante. Todavía no lo había identificado, cuando los ayudantes golpearon el suelo con la punta de sus lanzas para anunciar mi entrada y entonces comprobé que era Atanarico.

Me detuve abruptamente y lo miré. Hacía cerca de un año que no lo veía y supuse siempre que el tiempo y las calamidades del Estado habían sofocado mi pasión, pero cuando nuestras miradas se encontraron no pude moverme ni hablar y fue como si el resto de la sala hubiese desaparecido. Entonces pensé tonta y absurdamente que mi aspecto debía de ser un espectáculo, con mi pelo bastante corto todavía escapando de las horquillas, la capa caída de un hombro por la carga de mi bolsa de médico, sangre en los brazos y probablemente también en la cara. Atanarico me miraba con una expresión extraña, de placer, alivio, curiosidad satisfecha. Advertí que Colias había callado.

—Aquí está la dama —dijo Fritigerno—. Como veis, está sana y salva. ¿Discutimos ahora lo que aceptarían vuestros jefes por una tregua?

Atanarico se volvió hacia la plataforma.

—Os he dicho ya que carezco de autoridad para discutir nada, que me han destinado a otro lugar, que he abandonado mis obligaciones para venir aquí, y que de todos modos en la corte nadie me escuchará. Olvidad la tregua. No os la concederán y todo lo que insistís en contarme desde que he llegado es totalmente irrelevante. He venido aquí, como he dicho, a acordar un rescate por esta dama en nombre de sus amigos.

—¿Qué amigos? —preguntó Alavivo.

—El duque Sebastián y la familia de ella —dijo Atanarico sin vacilar—. La suma es de cien libras en oro.

—¿Cuál es la familia de la señora? —preguntó Fritigerno, mirándome.

—No puedo revelarlo —respondió Atanarico—. De Éfeso, gente destacada.

—Cien libras de oro es una cantidad muy respetable —comentó Colias sonriendo —. Yo vendería a cualquiera de mis prisioneros por esa cantidad, Fritigerno.

Fritigerno negó con la cabeza.

—Vale más que eso. Ha salvado un número de vidas mayor que ése desde que llegó. No.

—Doscientas libras —dijo Atanarico.

Los ojos de Fritigerno se entrecerraron. Volvió a negar con la cabeza.

—Necesito médicos más que oro. Tenemos mucho oro, pero no médicos.

—Cuatrocientas libras.

Murmullos. Colias dejó escapar un silbido. Yo seguía inmóvil, como una esclava en el mercado, preguntándome hasta dónde tendría que llegar Atanarico, sin saber si debía sentirme halagada o consternada.

—¿Por qué está interesado el duque Sebastián? —preguntó Fritigerno en tono suspicaz.

Atanarico me miró y se encogió de hombros como si se disculpase.

—Fue el jefe de esta mujer cuando se creía que era hombre y se siente responsable de su cautiverio.

Se oyeron risas.

—Fue un tonto al no advertir a quién mandaba —comentó Alavivo.

—Es más fácil conocer el sexo de un prisionero al que puedes obligar a hacer lo que quieres que el de un ser libre empeñado en ocultarlo —soltó Atanarico con tono cortante—. La señora Caris era una persona libre entre los romanos. Era libre cuando asistió a la esposa de Fritigerno y cuando trató de ayudar a tu pueblo contra Lupicino. Ahora estamos discutiendo qué rescate aceptaréis por una mujer que fue huésped y

amiga vuestra, a la que deberíais liberar sin exigir dinero por ella. Sus amigos ofrecen cuatrocientas libras en oro.

Fritigerno me dirigió aquella mirada indescifrable que yo había llegado a detestar y a temer.

—Es evidentemente de alto rango, para que su familia y el duque ofrezcan cuatrocientas libras en oro para ponerla en libertad. Señora Caris, ¿quién es tu familia?

Apreté las manos entrelazadas.

—Si ellos no quieren daros su nombre, ¿quién soy yo para delatarlos?

Los ojos claros siguieron fijos en mí unos instantes más y se fijaron luego en Atanarico. Al cabo de un pausa, Fritigerno meneó de nuevo la cabeza en sentido negativo.

—No es suficiente —dijo.

—¿Cuatrocientas libras son insuficientes por una sola mujer? —preguntó Colias con un tono que evidenciaba su incredulidad—. Ese dinero nos sería muy útil. ¡Acéptalo, por favor!

—¿Para qué necesitamos dinero? —insistió Fritigerno—. Ningún romano comercia con nosotros y con el oro no compramos nada. Nuestra única moneda es la espada. Y ella es mi prisionera, no la vuestra.

—Seiscientas libras en oro —dijo Atanarico, pero advertí que estaba sudando.

—¡Deben de ser los dueños de Éfeso! —comentó Colias.

Inesperadamente, Fritigerno frunció el ceño.

—Teodoro —dijo—. El gobernador. Tenía una hermana…

—¡Que tenía que casarse con Festino! —terminó diciendo Colias. Todos en la sala comenzaron a hablar a la vez.

—¡Hay muchas familias ricas en Asia! —protestó Atanarico, pero el bullicio ahogó sus palabras.

La nuestra era la única familia asiática realmente rica que habían oído mencionar los godos, y que una hija de la casa estuviese ausente era para ellos una prueba incontrovertible. Estiraban el cuello para observarme: la discutida hija de Teodoro que había plantado a Festino con sus guirnaldas nupciales.

Fritigerno miró a Atanarico y sonrió.

—No voy a liberarla —dijo.

Entonces comprendí que lo que había sentido antes era placer, no desesperación. Pero en aquel preciso instante era este último sentimiento el que me embargaba.

—¡Mil libras en oro! —gritó Atanarico—. ¡No puedo ofrecer más!

Estaba segura de que no podía. Para reunir esa suma, Teodoro tendría que haberse endeudado mucho.

—El excelentísimo Teodoro puede quedarse con ellas —dijo Fritigerno—. El diablo de Festino perdió a su novia y la tendrá uno de mis hombres.

—¡No! —exclamé.

—No seas ridículo —le replicó Atanarico—. ¿Crees que Teodoro va a casarla con Festino? ¡Lo odia tanto como tú! —Aquí calló, mordiéndose la lengua por haber admitido que Fritigerno no se equivocaba.

Fritigerno no prestó atención. De todos modos tenía la certeza de no equivocarse.

—Entonces, ¿con quién quiere casarla? —preguntó Fritigerno—. ¿Con el duque Sebastián? —Observaba detenidamente a Atanarico y luego hizo un gesto de afirmación con la cabeza—. No entregaré esta mujer a ninguno de mis enemigos.

—Lo que dices es más ridículo aún —dije—. Sebastián es un caballero de altísimo rango. Puede elegir algo mucho mejor que una médica del ejército cuya dote se ha gastado en un rescate.

Atanarico me miró rápidamente y apartó la vista. Fritigerno sonrió.

—No importa. Sebastián, o Festino, u otro. La dama ya no se casará con un romano. La novia de Festino se casará con uno de mis hombres y envejecerá entre nosotros, un vivo reproche para los romanos. Vale la pena perder así mil libras en oro.

Los godos, incluido Colias, lanzaron vivas. Atanarico palideció y permaneció inmóvil, aferrando el pomo de su espada. Sentí que tenía que hacer algo, decir algo, antes de que todo quedase decidido. Me despacharían a la casa de algún noble godo para humillar más a Festino, Torión y Sebastián, y a nadie se le ocurriría que yo era objeto de una afrenta.

—¡Señor! —dije, y avancé lentamente hacia Fritigerno. Todos me miraban, los godos con una amplia sonrisa, como si fuese un actor de pésima calidad dispuesto a recitar torpemente su papel—. Señor —repetí, y no acerté a decir nada más. Me sentía mal—. Te he prestado algunos servicios —dije por fin—. Te presté ayuda a ti y a tu casa antes de comenzar esta guerra. Me pagaste haciéndome prisionera. Te expliqué cómo evitar una gran epidemia que te habría costado centenares, o miles de vidas entre tu gente, y quieres venderme como una esclava. ¡Jesús Eterno! Sería más honroso para ti devolverme a mi familia sin pedir rescate.

—No pienso venderte como una esclava —dijo Fritigerno—. Te daré una posición honorable como esposa de un noble.

—No la aceptaré —respondí lacónicamente, y luego, quizá porque todos me

miraban como si fuese un actor en una comedia, proseguí—: Había un médico en Noviduno que intentó tomarme con violencia. Lo maté con su propio puñal. Le haré lo mismo a cualquiera que lo intente, y si no tiene puñal, conozco mil medicamentos igualmente eficaces. No niego que soy la hija de Teodoro de Éfeso, pero no veo en qué cambia eso tus obligaciones hacia tu huésped y amigo o en relación con la deuda que tienes conmigo. Tampoco veo por qué ello significa que ya no soy dueña de mí misma y que es posible disponer de mí a tu antojo sólo para ofender a tu enemigo, como si mis propios deseos no valiesen nada.

Atanarico me dirigió una mirada de admiración y orgullo y me sentí mareada. Colias me concedía de mala gana su respeto. Fritigerno y sus compañeros parecían enfadados. Detrás de ellos, Amalberga estaba atónita. Vi que intentaba indicar algo a su marido y adiviné lo que quería decirle. «Déjalo por ahora, yo hablaré con Caris, pues nunca conseguirás nada gritándole.» Para mí el peligro era ella, no Fritigerno. Sin embargo, acerca del matrimonio no creía que tuviera más éxito que su marido.

—¡Mujer osada y arrogante! —exclamó Fritigerno, cuando su mujer consiguió que él la mirase. Entonces titubeó.

Amalberga corrió a su lado y murmuró algo más. Fritigerno volvió a mirarme, mordiéndose el bigote. Después de nuevos suspiros de Amalberga golpeó su triclinio con el puño.

—Es imposible razonar frente al orgullo de una mujer, a menos que quien razone sea otra mujer. Declaro suspendida esta audiencia si mis colegas están de acuerdo. Primo Atanarico, no aceptaré rescate por mi prisionera. Si quieres considerar una tregua con nosotros, te invito a que te alojes aquí. De lo contrario, te pido que te retires del campamento al ponerse el sol mañana.

Todos empezaron a hablar otra vez a mi alrededor, pero sin dirigirse a mí. Colias bajó deprisa de la plataforma y se acercó a Atanarico. Los subordinados godos se movían de un lado a otro. Yo permanecía en el mismo lugar, indecisa, cuando Amalberga se aproximó y me cogió del brazo.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo, mirando con aprensión a Atanarico, que se disponía a salir con sus hombres.

Él se giró y nuestras miradas se encontraron. Se encogió de hombros y yo me retiré con Amalberga.

Como presumía y como había prometido Fritigerno, me habló con vehemencia. Por supuesto, ella comprendía mis sentimientos, pero en realidad, ¿qué objeción ponía yo a casarme con un noble godo? Ella comprendía ahora por qué había rechazado a Edico.

Sin duda, era de una categoría social muy inferior a la mía, pero buscaría ahora alguien realmente noble, que además estuviera romanizado. Estaba Munderich, su primo, que había viajado mucho antes de la guerra y había pasado un año en Constantinopla. Pensaba en casarse, y habría sido considerado un buen partido cuando yo vivía en casa de mi padre. ¿No veía cuánto le gustaba a la gente la idea de ser una de ellos?

—A mi no me gusta —contesté—. No quiero casarme con alguien cuyo pueblo esté en guerra con el mío. ¿Por qué no hablas con Fritigerno? ¿No ves que me debe la libertad? ¿Por qué no aprovechas la oportunidad de demostrar tu nobleza cediéndomela?

Llena de rubor, Amalberga bajó la vista y admitió que se me debía la libertad, pero nunca lo manifestaría, ni siquiera frente a mí, porque estaba segura de que su marido nunca me la concedería.

—No matarías a un hombre que se casara contigo, ¿verdad? —me preguntó.

—No, a cualquier hombre que me tome contra mi voluntad —respondí—. Lo he dicho en serio.

No estaba del todo segura de que fuese verdad. Una cosa es pronunciar discursos elocuentes y otra apuñalar o envenenar a un joven cuyo pecado ha sido la estupidez de no comprender una negativa. Además, aprovechar mi conocimiento del arte de curar para hacer daño a alguien era totalmente contrario a mi juramento hipocrático. Pero lo había dicho, y era inútil haberlo hecho a menos que convenciese a los godos de que era capaz de cumplir mi palabra.

Con aire resuelto afirmé:

—Además, es verdad lo que he contado sobre el hombre de Noviduno. Su nombre era Janto. Puedes preguntarle a Edico acerca de él.

Amalberga me miró con ojos escrutadores y suspiró.

—Querida, tienes que comprender que ahora no puedo dejarte ir. Aun cuando no te cases con alguien de nuestro pueblo, no podemos permitirnos el lujo de ponerte en libertad. Tal vez necesitemos ayuda de tu hermano.

La miré con atención.

—Consideras que debo casarme para que no puedan tomarme como rehén —dije—. Crees que necesito esa protección. ¿En verdad harías que me mataran o me torturaran para obtener alguna concesión de Teodoro?

Amalberga dejó de mirarme.

—Tal vez tengamos que venderte por grano en lugar de oro —dijo al cabo de una pausa—. No hay mucho alimento disponible al norte de los Hemimontos, y si los grupos

de exploración y saqueo siguen inmóviles por más tiempo, comenzarán a faltarnos provisiones. En Tomi hay mucho grano, y el gobernador podría dárnoslo.

—¿Y si mi hermano no me comprase primero, me haríais daño, o amenazaríais con hacérmelo, para que accediera? ¿A pesar de la deuda de hospitalidad y de sangre que tenéis conmigo por haberos curado?

—Si la gente vuelve a sufrir hambre haremos cualquier cosa —contestó, mirándome sin pestañear—. A menos que estés casada y seas uno de los nuestros.

Me levanté. Necesitaba moverme para recobrar la calma. ¿Decía la verdad? ¿O trataba simplemente de asustarme para que obedeciese a su marido? No podía creer que Fritigerno llegase a hacerme ningún daño. Era su huésped. Además, les era útil, y por mi pericia solamente bien valía un par de centenares de libras en oro.

Por otra parte, el hambre es algo terrible. Nadie podía decir lo que haría o dejaría de hacer si pasara hambre.

Pero el día de pasar hambre estaba muy lejano, si acaso llegaba. Cuando arribara el invierno, los godos estarían tal vez totalmente derrotados, y yo podría estar muerta o libre. O los romanos podrían perder la próxima batalla, en cuyo caso los grupos de saqueadores podrían abastecer de alimentos en abundancia. Y quizá Torión no fuese gobernador durante mucho tiempo más y no tendría sentido retenerme como rehén si un desconocido estaba gobernando Escitia. No, no podía tomar en serio la amenaza.

—No me casaréis contra mi voluntad —declaré, volviéndome hacia Amalberga—. Si no me permitís volver a casa, dejad las cosas como están. Seguiré tratando a los enfermos con la mayor lealtad y no haré mal a nadie… siempre que me dejéis libre.

—Lo único que no puedo hacer es dejarte en libertad. Pero dejemos esa cuestión por ahora. Todavía podemos esperar.

Tenía muchas ganas de hablar con Atanarico para saber qué sucedía entre los romanos y cómo estaban mi familia y mis amigos. Mas cuando le pedí a Amalberga que fijase un encuentro, se negó, y advertí que tenían intenciones de aislarme, de separarme de cualquiera dispuesto a apoyarme en mi resolución. Aquella noche se llevaron mi capa y mis zapatos para impedir que huyera en la oscuridad, y a la mañana siguiente un guardia me acompañó al hospital y me dejaron bajo la vigilancia de Edico como cualquier prisionero. Edico estaba incómodo.

—No sabía que fueras una mujer de la nobleza. Lamento haberte ofendido, señora.

—¡Calla! —le solté con aspereza—. Mi familia está lejos de ser tan importante como todos parecen suponer. Sólo es rica. Lo único que me ofenderá es que insistas en

hacerme vigilar todo el tiempo.

—El rey dijo que no podemos permitir que escapes —respondió con aire deprimido—. Lo lamento, pero debo asegurarme de que estés con alguien todo el tiempo.

Murmuré una maldición y me alejé a preparar unas medicinas. Sucedía lo que había previsto, pero no me gustaba. Llegó a vigilarme uno de los ayudantes y lo puse a trabajar rallando mandrágora. Me pregunté cómo terminaría todo aquello.

A media mañana fui a examinar a mi paciente de la cesárea, a la que atendía en su casa, y me acompañó la comadrona. Caminaba a buen paso, mirando con rabia la ciudad, y la comadrona corría para no quedarse rezagada. Exactamente frente a la casa de mi enferma estuve a punto de caer sobre Atanarico. Estaba sentado junto al pozo más próximo, afilando la espada, con todo el aspecto de un godo. Me detuve en forma abrupta y lo miré sorprendida. Él dirigió una rápida mirada al carro y agitó la cabeza. Capté lo que quería decir, fingí que sólo esperaba a la comadrona que se rezagaba y entré en el carro. Al parecer, la mujer se reponía. Su herida estaba inflamada, pero no demasiado. Si la mantenían limpia, era probable que viviese. Yo misma le cambié el vendaje, eché un nuevo sermón a la familia acerca de la higiene y por último envié a la comadrona en busca de un medicamento que supuestamente había olvidado. La mujer se fue y entonces yo fingí haber descubierto que llevaba el medicamento conmigo. Di una purga a mi paciente y me retiré sola. Atanarico me esperaba.

Corrí hacia él y me cogió de un brazo.

—¡Aquí! —dijo.

Me indicó un estrecho espacio bajo el carromato más próximo. Me metí dentro, y Atanarico me siguió. No nos veía nadie y estábamos lo más solos que era posible en aquella hacinada ciudad.

—¿Volverá la mujer? —me preguntó.

—La he enviado a buscar un medicamento —respondí—. Seguramente creerá que nos cruzamos cuando ella volvía y regresará al hospital. Tenemos cerca de media hora antes de que empiecen a buscarme.

Atanarico suspiró y se frotó la cara.

—¿Y te buscarán?

—Acaban de recibir órdenes de vigilarme para que no escape.

—Para eso no necesitan vigilarte —dijo Atanarico con amargura—. De todos modos no puedes escapar. Quiero decir, por ahora. Están aquí todos los grupos de saqueadores; la mitad de ellos me conocen y a ti te conocen todos. Nunca conseguiría

sacarte de aquí. Pero necesitaba hablar contigo.

Sus ojos eran brillantes y preocupados en la semioscuridad bajo el carromato. Hablaba en un murmullo en su griego ágil y claro, para no llamar la atención. Yo tenía un nudo en la garganta y tragué saliva.

—Me alegro —susurré—. Necesito… Estoy muy sola aquí. ¿Cómo sabías dónde esperarme?

—El rey te mandó comparecer ayer poco después de llegar yo. El mensajero volvió diciendo que no podías ir porque estabas sacándole un niño a una mujer viva. La gente comenta un hecho como ése, de modo que presté atención hasta que me enteré de dónde era y esperé a que vinieras a visitar a tu paciente. Deduzco que sigue con vida.

—Sí —respondí—. El problema era dónde hacer la incisión. Amalberga dice que debo casarme con alguien para que no me tomen como rehén.

—No. No se atreverían a hacerte daño. Y tu hermano se retirará de Tomi este otoño, pues le han ofrecido una gobernación en Bitinia. De todos modos ya no les sirves como rehén. ¿Verdaderamente matarías a un godo que intentara casarse contigo?

—Probablemente no —respondí—. Pero quiero que lo crean. No quiero que nadie lo intente.

—Si consigues que te crean, seguramente estarás a salvo. No les preocupan los puñales, pero temen los venenos. Esta guerra no puede ser eterna y de algún modo lograremos liberarte.

Me había dicho a mí misma y a otros que no tenía nada a lo cual volver entre los romanos. Tampoco creía entonces que el corazón me latiría con tanta fuerza al pensar en escapar. Aunque quizás esto fuese sólo culpa de Atanarico.

—¿Qué sucederá? —le pregunté—. ¿Crees que la guerra terminará pronto? ¿Puedes negociar una tregua?

Atanarico negó con la cabeza.

—Desde que llegué —respondió—, todo el mundo ha estado diciéndome qué tipo de tregua debo negociar, pero mi visita aquí no es oficial. He sido destinado a Egipto. He venido sólo porque alguien necesitaba liberarte mediante un rescate.

—¿A Egipto? Pero…

—En la corte ya no confían en mí —me explicó Atanarico con una leve sonrisa—. Antes hablaba a favor de Fritigerno con demasiado entusiasmo. Y ya empiezan a desconfiar de todos los godos. Mi padre está prácticamente bajo arresto. Pero el maestro de los oficios me estima y por ello conservo mi puesto y mi rango, aunque me mandan a cualquier parte. En la corte creen que no haré nada malo en Egipto, espiando

a los seguidores de tu viejo amigo Atanasio. ¿Fue esto lo que descubrió acerca de ti? ¿Que eres una mujer?

Asentí.

—¿Pero no te perjudicará este viaje?

—No mucho, si voy directamente a Egipto cuando parta. Sebastián y tu hermano pueden dar referencias sobre mí. Además necesitaban que viniese. No había otra persona a la que pudieran enviar a un campamento de los godos.

—¿Te dejarán partir?

—No hay que temer nada. Colias es mi primo, y sus tropas antes recibían órdenes de mi padre. No harán nada. Pero no puedo sacarte. Toda la noche he estado pensando en algún medio, pero, con todas las tropas de regreso aquí, es imposible. Las fortificaciones están repletas de guardias y se supone que debo haber partido cuando anochezca. Fritigerno no confiaría en mí si me quedara más tiempo. Simplemente tendrás que ser fuerte y esperar. Hablé con algunos de los hombres de Colias y tratarán de protegerte si hay una invasión del campamento. Ojalá pudiese hacer más…

—Esperaré, entonces —dije, tratando de resignarme—. Por lo menos tendré trabajo para mantenerme ocupada. ¿Cómo se desempeña Arbecio en Noviduno?

Atanarico me miró fijamente un instante y luego se encogió de hombros.

—Bastante bien. Tiene otro ayudante. Pero las tropas dicen que tú eres mejor médico. ¿Qué es esto de haber salvado a los tervingos de una epidemia?

—Les hice construir cloacas.

—¿Y eso detiene una epidemia? Una epidemia nos habría sido muy útil.

—Habría matado sobre todo a los ancianos y a los niños, no a los guerreros. Hice un esfuerzo por no atender a los hombres. No te preocupes por eso. ¿Y mis esclavos en Noviduno? ¿Sabes cómo están?

—Arbecio se ha encargado de ellos en tu nombre. Se casó con la muchacha que le compró a Valerio y viven todos en esa casa nueva que compraste. Arbecio ahorra algo de dinero para tu alquiler. Puedes confiar en él. Propuso ofrecerse como médico en tu lugar, pero Sebastián pensó que un suculento rescate sería más eficaz.

—¿Conseguimos de Filón más medicamentos de Egipto?

Atanarico no respondió a esto, sino que exclamó:

—¡Por Dios, Caris! ¿Por qué no le dijiste a nadie quién eras? Sebastián te habría mandado volando a casa y no habrías tenido ningún problema. Éste no es un lugar para ti.

—Entonces, ¿qué lugar consideras que es adecuado para mí? —le pregunté—. ¿La

casa de Festino, a donde me habría enviado mi padre?

—Desde luego que no, pero hablé con tu hermano y sé que ya hace años que trata de persuadirte de que vuelvas.

—¿Otra vez eso? ¿Quedarme sentada en su casa, deshonrada, o bien casarme con algún pelmazo y pasar el tiempo leyendo a Homero y mirando el suelo?

—Sebastián no es un pelmazo, y no pretendería que te pasaras el tiempo mirando el suelo.

—No seas ridículo. Sebastián no se casaría conmigo.

—Pidió a tu hermano que redactara el contrato y tu hermano accedió.

Lo miré atónita.

—¡Por el amor de Dios! Tú estabas en Marcianópolis cuando nos habló de su idea de la mujer perfecta. Tienes que haberte dado cuenta de que la descripción es tu propio retrato. Al día siguiente de decirle yo quién eras en realidad, me dijo que quería casarse contigo. Dijo que nunca tendría ocasión de encontrar a una mujer como tú.

—Pero… es evidente que su familia tiene un rango superior al mío. Y tampoco habría pensado que mi dote es adecuada.

—Mil libras en oro sería suficiente. Pero la verdad es que Sebastián está dispuesto a usarla para tu rescate y a redactar el contrato sin la aprobación de su padre. Y tu familia es tan buena como la suya… rango consular.

—Cónsul solamente en Constantinopla. Su padre fue cónsul en Roma.

—El rango consular es el rango consular, y él quiere casarse contigo.

—Pero ¿por qué? Debo de ser el mayor escándalo de medio imperio.

—¡Por favor! ¡Qué quieres que te diga! ¿Que te quiere porque eres brillante, cultivada, noble, rica, virtuosa y bonita? ¿Que me dijo todo eso? Se lo demostraste con claridad, debes de saber que piensa así. ¿Por qué tienes que escucharlo de mí?

Sentada en la sombra debajo del carromato, miraba a Atanarico boquiabierta, hasta que negué con la cabeza. De repente sentí ganas de llorar y me cubrí la boca con la mano.

—Sé que soy inteligente —dije por fin—. Pero no sabía que… es decir… ¡Ay, por Dios!

Me mordí la manga, pero fue inútil. Las lágrimas brotaban de todos modos. Estaba muy fatigada, por el trabajo duro, las dificultades, la espera, y de repente sentí que tenía que soportar demasiado, y que Atanarico estaba enfadado y me acusaba en forma indirecta de haber tendido una trampa a Sebastián.

Me miró sorprendido.

—Yo creía… —empezó a decir, y luego—: Te gusta, ¿no? ¿Estás enamorada de él?

Lo negué con un gesto.

—Pero… pero ¿a quién te referías, aquella vez en Tomi? Dijiste que estabas enamorada de alguien. Yo supuse…

—Calla —repliqué. Si no lo adivinaba, yo no podía decírselo y quedar en ridículo. Si sintiera la mitad de lo que sentía yo, pensé, lo sabría—. Me gusta Sebastián, sólo que no estoy enamorada de él. Y creo que sería sabio de su parte preferir no casarse conmigo. Además, no puedo imaginarme establecida como una respetable matrona y esposa de alguien.

—Se me ocurrió que podrías utilizar tu dote para fundar un hospital privado. —La idea, increíblemente práctica, me dejó sin aliento.

—¿Daría su aprobación Sebastián?

—No lo sé —admitió Atanarico—. Pero ¿qué quisiste decir entonces? ¿Alguien en Egipto, ese médico, Filón?

—¡No importa! No, claro que no es Filón. Tu dificultad es que quieres saberlo todo y no dejas nada sin escrutar. ¿Cómo hiciste para enterarte de mi identidad? Creo que lo habías averiguado aun antes de que me capturasen.

Dos de los compañeros de Fritigerno pasaron a toda carrera y golpearon la puerta del carromato de mi paciente. Atanarico me empujó más hacia la oscuridad.

—Empezó la busca —dijo—. Será mejor dejar esta cuestión de mi descubrimiento de lo evidente hasta la próxima vez.

—¿Habrá una próxima vez?

—Dios mío, espero que sí. Aunque no sé cuándo terminaré mi misión en Egipto. Tal vez Sebastián pueda obtener tu libertad antes. Pero hagas lo que hagas, no dejes que te casen con nadie. Sería mucho más difícil liberarte y perjudicaría a Sebastián más de lo que imaginas. ¿Quieres mandarle un mensaje, aunque no estés enamorada de él?

—Dile que me siento honrada y agradecida por su ofrecimiento, aunque dudo que sea muy inteligente. Y que estoy bien. Dile lo mismo a Torión y que no se preocupe. Por lo menos, nadie me acusa de brujería. Tengo que irme. No puedo dejar a esos hombres molestando a mi enferma. ¡Querido amigo, salud!

Atanarico me cogió una mano y me miró con atención, muy serio. Oí gritos dentro del carromato de mi paciente y el bebé empezó a llorar. No pude contenerme, besé rápidamente a Atanarico, un placer robado. Le solté la mano, me deslicé fuera del carromato y corrí a salvar a mi paciente. Atanarico no dijo nada, y no me atreví a mirarlo. Cuando llegué, les expliqué a los hombres que había ido a visitar a otro

enfermo y los reprendí severamente por haber molestado a la mujer enferma. Miré debajo del carromato, pero Atanarico se había alejado.

El año siguiente fue el peor de mi vida.

Aun después de la partida de Atanarico, era objeto de una vigilancia constante. Todas las noches se llevaban mi ropa y me la devolvían sólo a la mañana siguiente. Me escoltaban hasta que llegaba al hospital y me controlaban y espiaban hasta la hora de acompañarme de regreso a casa. Me prohibían tratar a pacientes romanos. Como protesta, me negaba a asistir a soldados godos, pero esto no era muy eficaz, ya que había otros que sí estaban dispuestos a hacerlo y yo era la única que se ocupaba de los esclavos romanos. Me partía el corazón verlos enfermos y sufriendo, y no poder ayudarlos. Casi habría sido capaz de acceder a casarme con un godo a cambio de un permiso para atenderlos, pero Amalberga repetía que una autorización de esta clase dependía de su marido.

Y todo el mundo me asediaba con la cuestión de mi matrimonio. Después de mis promesas sanguinarias, nadie quería casarse conmigo contra mi voluntad, salvo algunos jefes godos dispuestos a intentar persuadirme de que cambiase de idea. Al principio me llamaba la atención su interés: después de todo, pocos romanos podían pretender a una fugitiva sin dote. Sin embargo, descubrí que no hay nada como la notoriedad para atraer la atención. Para un joven godo empeñado en adquirir renombre yo representaba una oportunidad de oro: se casaba con la mujer que había ridiculizado a Festino y ya tenía la fama servida. Además, esperaban sobre todo que una vez casada, mi familia cediese y me proporcionase la dote, sacando así ventaja de una mala situación. Solían dejarme a solas con alguno de estos personajes, los cuales trataban de entablar conversación, de hacerme el amor o ambas cosas, mientras yo los rechazaba con la mayor cortesía. No quería ofender a estas personas de gran poder. Pero ellos no se sentían igualmente obligados. Bastante honor me rendían, según pensaban, al proponerme matrimonio. Algunos de ellos observaban las normas sociales, aunque no todos, por lo cual tenía que ser rápida y tener el puño listo. Me habría hecho gracia, de no ser porque me daba miedo y me sentía manoseada cuando huía. Y entonces, claro, se mostraban ofendidos. Llegué a recordar con simpatía a Penélope de Ítaca, que durante diez años soportó asedios de aquel género, pero ninguno de los godos había oído hablar de ella y no me divertían en absoluto. Todas las damas nobles me hablaban una y otra vez del valor, la fuerza y la virtud varonil de Murderich, de Levile, de Lagriman o de cualquiera de los bárbaros ignorantes por los que estaba siendo considerada, hasta que me sentí hastiada

del sonido de la lengua gótica y deseé haberme casado con Festino para evitar aquella situación.

Sin embargo, éstas no eran dificultades serias, como las que surgieron aquel invierno. A principios del otoño, las fuerzas conjuntas romanas marcharon hacia el norte y, al tomar contacto con los godos en Salices, libraron una violenta batalla. Hubo una gran matanza en ambos lados de la que no salió un vencedor definido. Las tropas godas se replegaron a Carragines, y las romanas, a Marcianópolis. Los godos cuidaron de sus heridos y discutieron qué hacer a continuación. Los romanos, más prácticos y laboriosos, levantaron barricadas sobre los pasos de los Hemimontos. Cuando los godos lo advirtieron, se encontraron encerrados en el norte de la diócesis donde, como había dicho Amalberga, no había alimentos.

Los godos hicieron algunas tentativas de romper la línea romana para entrar en el sur, más populoso y con más provisiones, pero lo único que consiguieron fue perder muchas vidas. Fritigerno envió emisarios a los romanos en Marcianópolis, pero los disolvieron a las puertas de la ciudad y no les permitieron siquiera entrar. Los romanos no estaban preparados aún para negociar. Fritigerno se dirigió a Tomi, ofreciendo mi rescate a cambio de grano, pero para cuando hizo esto el otoño terminaba, Torión estaba ya al parecer en Bitinia y el nuevo gobernador hizo caso omiso de las amenazas de Fritigerno. Mientras sucedían estos hechos, se me mantenía prisionera en mi casa, pero finalmente el rey comprendió que a nadie le importaba mi suerte, salvo quizá para vengarse, y tuve que volver a cuidar a los enfermos. Mi experiencia era más necesaria que nunca. Cuando tiene frío y hambre la gente enferma y muere con facilidad. En su mejor expresión, se ha llamado a la medicina una «meditación sobre la muerte», y aquel invierno en Carragines la muerte parecía ser lo único que llenaba mi pensamiento. Los días eran idénticos, con hambre y frío, enfermedad y trabajo intenso: cuerpos esqueléticos, con fiebre, tiritando bajo las mantas llenas de pulgas, cadáveres grisáceos amontonados en carros cuyos ojos estaban cubiertos de escarcha, el débil llanto de los niños hambrientos, la muerte silenciosa de las ancianas. Humo de leña y el fuerte aroma de la genciana. Mi paciente de la cesárea perdió su bebé y ella murió después. Los esclavos romanos cuyas heridas había curado en el verano eran amontonados bajo una capa fina de tierra congelada. Para mí aquello era peor que los intentos de los godos de casarme, peor que ser una prisionera, peor aún que la prohibición de atender a los romanos. Me rodeaba la muerte y mi arte carecía de toda utilidad.

Los godos comenzaron a decir que los romanos no negociarían nunca, que querían aniquilar la raza de los godos. No creía que fuese verdad. Firmarían un tratado de paz

cuando los godos estuviesen enteramente derrotados y dispuestos a aceptar cualquier clase de condiciones. El reino dependiente de los romanos con que soñaba Fritigerno habría sido imposible, pero los primeros todavía abrigaban la idea de colonizar con godos las regiones desérticas. Sin embargo, los godos no se doblegaban. Miraban la margen opuesta del Danubio y el enemigo del que habían querido escapar trasladándose a Tracia, y en medio de su desesperación hicieron una alianza con los hunos.

En Carragines no vi a muchos de estos salvajes. No les gustan las ciudades y evitan las casas como nosotros las tumbas. Fritigerno hablaba con ellos siempre lejos del campamento, montado en su caballo frente a ellos sobre sus ponis peludos. Los odiaba y los temía, como todos los godos, y las mujeres de Amalberga contaban historias monstruosas sobre su salvajismo y su crueldad, hasta que empecé a sentir una gran angustia por mis compatriotas. Fritigerno había conseguido la alianza con los hunos mediante la promesa de un botín abundante, claro estaba: ciudades romanas llenas de oro, seda y tesoros, así como esclavos romanos. Los godos tendieron un puente de barcos y los hunos aparecieron como un enjambre sobre el río, millares y millares de ellos, un ejército veloz, cruel y temible.

Cuando los romanos descubrieron lo sucedido, apenas comenzada la primavera, retiraron las tropas de las fortificaciones de las montañas. Carecían de número suficiente para resistir a las fuerzas combinadas de godos, hunos y alanos, y el jefe romano consideró que serían más eficaces protegiendo las regiones vecinas de Dacia y Asia. Así se entregó Tracia para el saqueo. Los bárbaros demoraban el ataque a las ciudades fortificadas, pues los hunos tenían menos experiencia aún que los godos en tácticas de guerra basadas en el asedio, pero se lanzaron hacia el sur, hasta el Mediterráneo, saqueando, matando, incendiando y violando a su paso. Había otra vez provisiones en Carragines, pero yo apenas tenía ganas de comer, pues conocía el origen de aquella comida.

Aproximadamente a mediados de mayo caí enferma. En el campamento las fiebres eran comunes, aunque ya no epidémicas. Creo que en circunstancias normales no habría hecho caso de mi enfermedad, pero estaba débil después de una larga hambruna y agotada por el trabajo excesivo y por la cuestión de mi matrimonio. Todo comenzó con fiebre y dolor de cabeza. Dejé de trabajar, temerosa de contagiar el mal que tenía, y me acosté. Por muy poco no volví a levantarme.

Amalberga trató de ocuparse de mí al principio, y luego, en la segunda semana de mi enfermedad, Edico, que estaba acompañando a Fritigerno y al ejército, volvió para atenderme, pues Amalberga envió por él. En aquel momento mi fiebre era alta e iba

acompañada de diarrea y vómitos. Me sentía decaída y confusa, sin poder responder a las preguntas de Edico ni colaborar en el tratamiento que prescribió. Le dije que se fuera. No obedeció. Prescribió cicuta en una esponja para bajar la fiebre y miel con agua y vino y sopa de cebada, todo lo que habría indicado yo misma. Lloré, lo acusé de robarme mis conocimientos, lo llamé traidor y le pedí que me dejase morir en paz. Porque la verdad es que lo que realmente quería entonces era morirme. Estaba cansada de todo. Recordé que Atanasio había dicho una vez que cambiar este mundo por el Cielo era como cambiar un dracma de cobre por cien sólidos de oro. No sabía mucho del Cielo, pero ciertamente sentía que mi vida no valía un dracma. Carragines era insoportable, pero ¿adonde más podía ir? No había un lugar en el mundo donde pudiese obrar como un todo: romana, médico y mujer. Suponía que en el cielo era posible ser uno mismo, y además completo, esclavo o libre, hombre o mujer; allí no había diferencias. Pensé que morir sería como mirar el agua: la superficie es agitada, las profundidades se mueven por un momento, pero cuando se calman es posible ver hasta el fondo de todo.

También imaginaba que en el cielo seguramente se hablaba el griego. Si me veía obligada a escuchar más el gótico, es que no estaba en el paraíso.

Una noche, cuando hacía dos semanas que estaba enferma sin responder al tratamiento, desperté y vi a Atanasio frente a mí. Estaba vestido como cuando murió, con una túnica de lino y una vieja capa de piel de cordero. Después de morir, sus servidores cambiaron estas ropas por brocado y tejido de oro, pero él siempre había preferido la sencillez. Me senté. La cabeza, se me había despejado del todo.

—Santidad —dije—. ¿Has hecho todo el camino desde Egipto?

Con una sonrisa me respondió que no. No desde Egipto. Me gustó oír su voz, el acento monótono y las palabras escogidas en griego.

—Querida Caris, dije que te casarías, y pareces empeñada en probar que me equivoqué.

—No me digas eso —respondí—. Estoy cansada de hablar de eso. Creí que no te agradaba el matrimonio.

Volvió a sonreír.

—Es bien sabido que cometí errores. Aunque los del mundo han sido mucho mayores que los míos. El matrimonio no debe ser un medio de obtener bienes, ni de ganar poder, ni de someter a las mujeres. Éste es el aspecto que te ha fatigado, y no te culpo.

—Supuse que no te gustaba porque implicaba la lujuria.

Atanasio rio.

—Desde donde estoy, la lujuria se ve como algo completamente distinto. El mundo es un lugar oscuro y nada es puro en él, para bien o para mal. Ni la lujuria, ni el imperio, ni los godos. Pero nada de ellos persistirá.

—¿Tampoco el imperio? —pregunté.

—Que algo haya perdurado largo tiempo no significa que sea eterno —replicó con suavidad.

—Estoy cansada del mundo —dije, desanimada.

—¿Tú, que has mantenido a tanta gente en él?

La idea todavía tenía el poder de conmoverme.

—¡No es malo curar!

Con otra sonrisa Atanasio me tocó la frente.

—Ojalá amases a Dios tanto como amas a Hipócrates. Pero todo buen don y todo don perfecto procede del Padre de la Luz, y si lo sigues lo bastante lejos hacia el pasado, tal vez te conduzca a su origen. Dios creó el mundo e imprimió su imagen en nosotros, y nunca hemos podido borrarla del todo. Sí, es bueno curar. Dios cura. Y tú tienes que curar mucho más antes de partir.

—¡Pero estoy cansada! —exclamé.

—Descansa, entonces.

Los ojos oscuros y brillantes me miraron de una forma profunda, afectuosa, persuasiva. Su mano era fresca y me empujó suavemente hacia atrás. Me tendí y la frescura me invadió. Cerré los ojos y sentí que la tierra se movía debajo de mí como si fuera agua, como una cuna que me meciese al ritmo de mi corazón.

Dormí y cuando desperté ya había amanecido y la luz entraba sesgada entre las persianas, dibujando barras de luz dorada a los pies de la cama. La cabeza y el estómago me dolían aún y me sentía muy débil, pero sabía que mi fiebre había bajado y que viviría. Tendida de costado, miraba el lugar donde había estado Atanasio. Al cabo de un minuto, la puerta se abrió y entraron Edico y Amalberga.

—¡Está despierta! —exclamó Edico con alegría. Cuando se acercó, me tomó el pulso y me palpó la frente.

—La fiebre ha bajado —le dije—. ¿Lo viste?

Edico no comprendió.

—¿A quién?

—Al obispo Atanasio. Estuvo aquí anoche, exactamente donde tú estás ahora.

Edico se apartó, incómodo.

—Has estado muy enferma —me advirtió—. Has estado inconsciente varios días.

Suspiré y me llevé una mano a los ojos. La sentía muy pesada y me dolían los ojos. Era demasiado esfuerzo tratar de determinar si había tenido una visión, una visita o un sueño, pero me sentía reconfortada. Tanto si había estado él allí como si no, me alegraba de haber visto a alguien de mis buenos tiempos en Alejandría, cuando era tan feliz. Inesperadamente advertí que había hablado en griego y que Edico había respondido en el mismo idioma por primera vez en meses.

—¿Quieres beber algo? —preguntó ansiosamente—. ¿Un poco de sopa de cebada?

Lo miré y luego miré a Amalberga.

—¿Si me recupero podré atender a los romanos? —le pregunté.

Palideció y se sentó en mi cama.

—¡Ojalá fuésemos todos libres! —soltó de repente con las manos apretadas—. Juro que nunca he odiado a los romanos, ni cuando nos maltrataron. ¡A pesar de ello, ahora son nuestros enemigos y los hunos, a los que detestaba, son nuestros aliados y estamos atados a esta guerra como esclavos en el potro!

—Yo nunca he odiado a los godos —repliqué fríamente—. En cambio, vosotros me habéis tratado cruelmente, cualesquiera que sean las razones. Me gustaría estar lejos de aquí. Prefiero morir a continuar como hasta ahora. —Y además, según comprendía en aquel momento, quería estar casada con Atanarico, y dirigir mi propio hospital privado. Era la primera vez que aquel deseo tomaba una forma tan precisa y clara y mi sorpresa me impidió decir lo que estaba pensando.

—No puedo dejar que te vayas —dijo Amalberga con pesar—. La guerra marcha mal y tal vez necesitemos…

Calló, mientras me miraba tristemente. Había querido decir que podría serles necesario venderme para salvar sus propias vidas. Y aunque no me vendiesen, no podía esperar mi libertad. Fritigerno estaba orgulloso del prestigio de su prisionera y yo seguía siendo útil como médica.

—Lo siento —dijo Amalberga después de un silencio—. No quiero que seamos enemigas. Veré si consigo que te permitan tratar a los romanos. También puedo protegerte contra los pretendientes. De todos modos partirán hacia el sur. Aparte de esto, no puedo hacer nada más por ti.

—Si me dejas hacer algo por mi propio pueblo, será suficiente —le indiqué—. Sí, aceptaré un poco de sopa de cebada. Y además algo de miel con agua.

Pasaron unas dos semanas antes de que mejorase lo suficiente para asistir a alguien, y cuando me levanté nadie parecía preocuparse por lo que hacía. Había otros motivos de

inquietud. Fritigerno había partido hacia el sur con la mayoría de sus hombres, dejando una guarnición reducida bajo el mando de Amalberga. Edico lo acompañó con todos los ayudantes del hospital, y yo quedé encargada en forma extraoficial de la salud del campamento con unas pocas comadronas y curanderas. En realidad no confiaban en mí, y vivía constantemente vigilada, pero no había nadie más a quien encomendarle mi tarea.

El emperador Valente el Augusto había firmado un tratado de paz con Persia y se decía que marchaba rápidamente hacia Constantinopla, reclutando tropas a su paso. Al parecer el Augusto occidental, Graciano, había derrotado a los alamanes en la Galia y venía hacia el este con las legiones galas, dispuesto a atacar a los godos. Las tropas que estaban ya en Tracia tenían un nuevo jefe militar, el padre de Sebastián y ex conde de Iliria. Era un general muy hábil y activo, con una fama temible que no cesaba de demostrar. Apenas llegó, consiguió tender una emboscada y aniquilar a un grupo de saqueadores particularmente numeroso. Fritigerno se alarmó hasta tal punto que llamó a los otros grupos a replegarse, pero no a Carragines, sino a una población llamada Kabile, en el sur. Los hombres no querían verse otra vez encerrados al norte de las montañas. Todos se unieron, tervingos, greutungos, alanos y hunos, y se dispusieron a esperar a los romanos.

Aquel año el verano fue muy cálido y húmedo. El campamento llevaba ya mucho tiempo allí, y las moscas y las enfermedades hacían que apestara. Aun después de haberme levantado, noté que me fatigaba con facilidad y que no tenía energía para luchar por las cosas necesarias, como acueductos que proporcionasen agua potable o un basurero extramuros. Había visto morir a tantos pacientes durante el invierno que apenas me conmovían ya. De nuevo me permitían atender a los pacientes romanos, pero después de todo comprobé que no podía ayudarlos mucho, ya que Edico se había apropiado de casi todos los medicamentos y no me era posible mejorar las condiciones de vida de los prisioneros. Mis pretendientes bárbaros habían partido, pero el hecho no cambió tanto las cosas como había pensado. Mis pensamientos eran confusos y mis emociones parecían adormecidas, vagas y pesadas como el ambiente. Una noche observé que el campamento estaba poco vigilado y que sería fácil escapar, pero al sentirme tan deprimida fui incapaz de hacer nada. Estaba demasiado cansada para hacer planes, aparte de cumplir una tarea mecánica, mala imitación del verdadero trabajo. Ni las noticias de la guerra podían impresionarme. Valente había partido de Constantinopla con una gran fuerza. Los godos se retiraban hacia Adrianópolis. El emperador y Sebastián consideraban la posibilidad de atacarlos sin esperar a las tropas adicionales

del oeste. Todos eran hechos importantes y mi futuro dependía de ellos, pero los encontraba de algún modo tediosos, como si hubiesen sucedido ya muchas veces.

Y entonces, una tarde bochornosa a principios de agosto fui al hospital después de visitar a varios convalecientes y encontré a Atanarico sentado con un grupo de pacientes nuevos que esperaban ser examinados.

Vestía una tosca túnica de lana, como un soldado común, y tenía el brazo vendado sobre el pecho. Por un instante creí no ver bien, pero noté por su expresión que me reconocía y que estaba conmocionado. Rápidamente apartó la vista y se rascó la barba con la mano libre, gesto que comprendí. Disimulé mi expresión con un estornudo, me enjugué la cara y empecé a examinar a los pacientes.

Una comadrona me ayudaba; afortunadamente, nunca había visto a Atanarico. Cuando intentó examinarle el brazo, Atanarico protestó.

—Quiero un médico romano —dijo en idioma gótico—, no una vieja bruja que sólo sabe de bebés.

—La médica romana se niega a examinar a hombres heridos en la guerra —replicó la comadrona tirando del vendaje.

Atanarico se estremeció y se cogió el brazo como si le doliese.

—Déjalo —dije—. Miraré a éste. ¿Quieres traer un poco de solución de limpieza?

La mujer se alejó y yo me acerqué a mirar el brazo de Atanarico. No me atrevía a hablar, por lo menos delante de los otros pacientes. Me sentía mareada y la sangre me zumbaba en los oídos.

—¿Qué sucedió? —pregunté desatando el vendaje.

—Herida de espada —replicó con tono hosco—. Está fracturado. En el sur el médico lo acomodó, pero ahora está infectado.

Retiré la venda con sumo cuidado. El brazo estaba perfectamente sano, con gran alivio por mi parte, pero debajo de la venda había una nota doblada. Vacilé, la cogí, levanté la vista y arqueé las cejas. Atanarico dijo con el mismo tono hosco:

—¿Ves?

—Muy mal —dije—. No deberías meter ahí amuletos mágicos. Pero tienes suerte. Por ahora no es necesario cauterizar.

La comadrona volvió con la solución de limpieza. Llamé su atención sobre otro de los pacientes, un niño enfermo. Fingí limpiar y vendar otra vez el brazo y dije a Atanarico que me esperase mientras iba al depósito a buscar otro medicamento. Por suerte, allí no había nadie y pude abrir la nota. Era muy breve. «Atiéndeme y despídeme. Luego, ve tan pronto como puedas al muro que hay detrás del hospital.»

Estaba tan emocionada por lo inesperado de aquella solución que creí que iba a desmayarme. Rompí el papel en pedacitos y me lo tragué antes de volver a la sala, aunque tuve que detenerme para buscar el medicamento que había anunciado tan ruidosamente que llevaría. Se lo entregué a Atanarico y le dije que regresara a su casa con su familia para descansar y que volviese a la mañana siguiente a que le lavaran y vendaran de nuevo la herida.

No pude seguirlo de inmediato cuando se fue. Traté a unos pacientes más y preparé medicinas. Llegó el crepúsculo y apareció mi escolta habitual, preparada para acompañarme al sector de las mujeres de la casa de Fritigerno. Los compañeros de éste, encargados antes de esa tarea de vigilancia, habían partido para el sur. Mi escolta consistía ahora en dos de las damas de Amalberga, a las que les agradaba dar un paseo por el campamento todas las tardes y que me recogían al volver a la casa. Marché con ellas en silencio durante casi todo el trayecto, pero de repente dije que había olvidado mi bolsa de médico.

—Déjalo —me dijo una de las damas—. Estará allí mañana.

—¡No, no! —exclamé—. Las drogas que contiene son peligrosas y no puedo dejarlas en cualquier parte. Volveré corriendo a buscarlo. Seguid vosotras hasta la casa. No vale la pena que hagáis otra vez todo el camino al hospital.

Estaban cansadas, hacía calor y nadie pensaba que yo pudiese escapar en aquel momento. Las damas accedieron y yo empecé a caminar de regreso al hospital, tratando de no apurar demasiado el paso, como si no hubiese urgencia ni nada inesperado. Era la primera vez que estaba sola y las ideas revoloteaban en mi cabeza, como una tropa de caballería a galope tendido: Atanarico, huida, libertad, liberación, el mundo entero. Me detuve a contemplar el cielo infinito, nublado por una bruma húmeda, y pensé que era capaz de volar hacia él, hasta llegar al sol. Estaba abandonando a mis pacientes y seguramente también mi carrera, pero no me importaba ya. Estaba harta de la muerte. Quería vivir, ser libre. Me obligué a seguir caminando.

La parte trasera del hospital daba directamente a las murallas del campamento y estaba algo lejos de los demás carromatos y cobertizos, para mantener aislados a los pacientes infectados. Seguí recta y lo dejé a mis espaldas, tratando de manifestar aplomo, como si me esperase alguna tarea. Estaba ya junto a la empalizada cuando oí un suave silbido a mi derecha. Al mirar, distinguí a Atanarico esperando debajo de uno de los carromatos. Corrí hacia él con alas en los pies.

No perdió tiempo con saludos o explicaciones. Me cogió de un brazo y me atrajo también a donde él estaba, y luego me acercó a la empalizada. En ella habían formado

un hueco en la base. Me deslicé hasta que me encontré fuera, seguida por Atanarico. Con un movimiento de cabeza me señaló un grupo de árboles algo más lejos y corrimos hacia él.

—Hay un guardia que pasa aproximadamente cada poco tiempo —me explicó cuando llegamos a los árboles—. Acaba de alejarse. Ahora esperamos hasta que vuelva a pasar y partimos. Nos esperan unos caballos a unas tres millas de aquí. ¿Te animas a caminar esa distancia?

—Desde luego —respondí, y luego me senté y apoyé la cabeza en un tronco, mirando los muros de la ciudad de carromatos.

—No tienes buen aspecto —dijo. Inclinado sobre mí, estaba preocupado.

—Estuve enferma —precisé—, y esto es muy inesperado. Pero puedo caminar tres millas. ¡Por el amor de Dios! También sería capaz de recorrerlas arrastrándome. Gracias. Me faltan las palabras. Gracias…

Me tocó el hombro, frunció el ceño y se agazapó al ver aproximarse al guardia, que marchaba lentamente junto al exterior de la muralla con su lanza sobre un hombro. Éste se detuvo, bajó la lanza y escarbó con ella una conejera. Se encogió de hombros y reanudó la marcha. Atanarico me tocó el hombro otra vez, nos alejamos en silencio del grupo de árboles y caminamos a buen paso hacia el campo abierto que rodeaba el campamento.

A través del campo, por una zanja, costeando la zanja (¿Puedes correr? ¡Corre, entonces!), por la orilla de otra zanja, por más prados y zanjas, saltando y corriendo, hasta llegar a otro sector boscoso. El sol del crepúsculo pasaba con rayos oblicuos entre el follaje. El aroma de hojas y de musgo húmedo era extraño y delicioso después de oler durante tantos meses el campamento, las medicinas y el humo de leña. Atanarico indicó un punto y se dirigió a él, mientras yo lo seguía dando traspiés. Canto de pájaros, crujido de hojas en el suelo. Luego el tintineo de arneses y el débil relincho de un caballo. Los rayos oblicuos destacaron el castaño intenso y el gris claro de los animales.

—¡Atanarico! —gritó alguien con tono de alivio, y luego—: ¡Caritón! —Y Arbecio corrió hacia mí, y me abrazó.

—¿Tú? —pregunté azorada—. ¿Qué haces aquí?

—Atanarico necesitaba alguien que guardara los caballos —respondió Arbecio sonriendo. Pero su sonrisa desapareció cuando retrocedió un paso y me miró. No hizo ningún comentario tonto sobre mi evidente cambio de sexo, sino que dijo solamente—: ¡Has estado enferma!

—Hace un par de meses. Puedo cabalgar. ¡Maldición! No había recordado las faldas largas. Es imposible montar con ellas. —Me quedé mirándolas, muy enfadada.

—Puedes recogértelas —me indicó Atanarico a la vez que desataba uno de los caballos para acercármelo—. No hay tiempo de hacer otra cosa. ¡En el campamento ya deben de saber que nos hemos ido!

—Comenzarán por registrar el interior —dije.

Cuando intenté montar, mi pie quedó trabado en las faldas. Arbecio se inclinó y me ofreció su hombro y así pude trepar, empujando mi falda hacia un lado. Atanarico montaba ya su propio caballo. Arbecio corrió hacia el tercero y montó de un salto, sonriente otra vez, y partió al galope dirigiéndose al noreste por el campo abierto, levantando agua al atravesar los arroyos y aprovechando el terreno pedregoso para borrar las pistas si los godos nos perseguían con perros. Por mi parte, estaba demasiado ocupada en mantenerme sobre mi montura para pensar en otra cosa.

Cabalgamos durante horas, hasta que oscureció y los caballos estaban demasiado extenuados para proseguir. Atanarico encontró un lugar en otro bosque e hicimos un alto. Yo estaba demasiado cansada para hacer preguntas. Hacía más de un año que no montaba a caballo y antes de escapar había trabajado el día entero. Me tendí pues en una depresión del suelo y me cubrí con mi capa. Al poco rato me despertó Arbecio y me enseñó una cama que había hecho con ramas de helecho, en la que me instalé y me dormí de nuevo.

Desperté al amanecer. El bosque olía a vida y los pájaros cantaban. Estaba cubierta de picaduras de mosquito, me dolía el cuerpo por haber cabalgado y me sentía maravillosamente. Me senté y vi a los otros dos ya levantados. Atanarico alimentaba a los caballos y Arbecio preparaba el desayuno.

—¿Has dormido bien? —me preguntó con una sonrisa.

—Mejor que en muchos meses —respondí.

Era verdad, pero me levanté con dificultad, pues estaba dolorida y tenía la piel irritada en el punto en que me había recogido las faldas. Avancé despacio a prestar ayuda, pero Arbecio me dio un pedazo de pan y una copa de vino rebajado con agua y me pidió que descansase.

—No tienes buen aspecto —dijo una vez más—. ¿Qué te hicieron en ese campamento?

Me encogí de hombros.

—En general, tratar de casarme. Pero como te dije, estuve enferma. ¡Qué alegría me da verte! Pero ¿cómo es que estás aquí? No creo que Noviduno pueda vivir sin ti.

—Estoy ausente sin permiso —respondió Arbecio muy despreocupado.

—Necesitaba a alguien en quien pudiese confiar —dijo Atanarico acercándose—. Escribí a Arbecio y se lo pedí.

—¿Y tú, por qué estás aquí? Te suponía en Egipto —dije.

Allí estaba él, sosteniendo una rienda y mirándome con expresión seria. El sol del alba dibujaba manchas de luz en su piel.

—También estoy ausente sin permiso —respondió, y se sentó a comer el trozo de pan que le había pasado Arbecio.

—¿No es peligroso? Me explicaste que las autoridades han dejado de confiar en los godos, y si abandonabas tu puesto de Egipto para venir a Tracia…

—No sucederá nada si vuelvo contigo. Eres mi referencia. Si volviese solo, supongo que podrían acusarme de traición. Pero no he venido directamente de Egipto, sino de Constantinopla. Tuve que entregar un mensaje allí. El maestro de los oficios pensaba enviarme a Armenia, pero no esperé. Su sacra majestad marchaba sobre Tracia y pensé que tal vez Carragines podría haber quedado sin defensa. Mandé entonces una carta a Arbecio y le pedí que se encontrase conmigo en Tomi.

Miré sucesivamente a ambos.

—Corríais un riesgo terrible —le dije.

—Tú eres el maestro en el arte —intervino Arbecio—. Te debo mi libertad. Sin embargo, Atanarico no quiso que entrase en el campamento.

—Para mí no era peligroso entrar, pero sí lo era para él —aclaró Atanarico, disculpándose—. Aunque me hubieran atrapado, los godos no me habrían hecho daño.

Miré a uno y luego al otro antes de decir:

—Os estoy agradecida a ambos, más de lo que puedo expresar. Creo que me habría muerto de haber pasado un invierno más en Carragines.

—Te veo medio muerta ya —soltó Atanarico severamente—. No eres más que huesos y ojos. Dices que todo el tiempo intentaban casarte. Pero no te… quiero decir…

Me sorprendió tanta delicadeza.

—¿Violarme? No. Pero… mira, mi hermano me dijo una vez que nadie querría casarse con una médica. En cambio, empecé a creer que lo deseaban todos los hombres que detestaba. Me sentía como Penélope en Ítaca.

Atanarico esbozó una sonrisa.

—¿La circunspecta Penélope?

—Y circunscrita —respondí sonriendo a mi vez—. Sujeta a espionaje todo el tiempo. Luego no hubo mucho que comer en todo el invierno, y la gente moría, y

también yo quería morirme. Pero ahora… «Oh luz radiante, oh luz del carro de cuatro corceles del Sol, oh Tierra y Noche que antes llenaste mis ojos, ahora te veo con libre mirada.» —Me recliné y observé el sol con una mirada libre. Sentía como si todo aquel año de desesperación y encierro se desprendiese igual que la enlodada cascara del mosquito de río, arrastrada aguas abajo cuando crecen las alas del insecto.

Atanarico lanzó un gruñido de desdén.

—Sebastián dice que entraste en cautiverio citando a Eurípides. Supongo que tiene sentido que salgas de él del mismo modo. —Dicho esto mordió un gran pedazo de pan y lo masticó con energía.

—¿Y cómo está Sebastián? —pregunté.

Atanarico tragó con rapidez y él y Arbecio se miraron con incomodidad.

—Está bien —respondió Arbecio después de una leve pausa—. Está en el ejército. Con su padre, el conde.

—Su padre hizo anular el contrato matrimonial —dijo Atanarico—. Declaró que no tenía validez por no tener su consentimiento, lo rompió y lo quemó. No tenías su aprobación.

—Ah —atiné a decir—. ¿Y cómo reaccionó Sebastián?

—Juró que si su padre no le permitía casarse con la mujer de su elección, tampoco se casaría con la que eligiese su padre —contestó Arbecio.

—De todos modos, no correrá a casarse contigo —puntualizó Atanarico—. Peligraría su carrera.

—Ah —repetí—. La verdad es que nunca creí en ese matrimonio. ¡Supongo que Sebastián siempre tiene a Dafne!

—¡No tienes nada que envidiarle! —exclamó Atanarico.

—¿Envidiar? No siento envidia. Siento alivio. Me alegro de que ese matrimonio no figure en la lista, pero hace tiempo juraste que Sebastián estaba empeñado en este plan, y pensé que Dafne lo consolaría.

Atanarico me miraba con el ceño fruncido. Yo comía mi pan, tosco y duro, lleno de grano integral. Tenía que roerlo como un ratón, pero era sabroso.

—Siempre tiene a Dafne —admitió Atanarico—. Es decir, ella está en Tomi, esperando que vuelva de la guerra. Pensé que tendrías una desilusión.

Moví la cabeza, negándolo.

—Nunca pensé que Sebastián quisiese hacer algo como esto, ni creí que sucedería, y no creo que hubiera sido un éxito de haberse realizado. Con todo, estoy sorprendida. Tú… quiero decir, supuse que venías a buscarme para Sebastián, como un favor a tu

amigo.

—Tú también eres su amiga —señaló Arbecio—. Que seas mujer no cambia esto.

Atanarico asintió.

—No podíamos dejarte aquí. Prometí que te rescataría y lo hice.

Permanecimos en silencio un momento hasta que Atanarico preguntó:

—¿Qué harás ahora? ¿Tienes adonde ir?

—Encontraré algo que hacer —respondí.

Trataba de reflexionar sobre algo que me era muy poco familiar: la idea de tener un futuro. Tal vez no lo tenía, tal vez estaba destinada a vivir y envejecer en casa de mi hermano. Pero a lo mejor podía persuadir a Torión de que me dejase en libertad. De forma repentina y osada, tomé la decisión de asumir mi libertad de elegir, de ordenar mi vida a mi antojo, y por fin pensé en lo que haría. Al cabo de un minuto dije:

—Tal vez vuelva a Alejandría. Sospecho que deben de haber destruido mi contrato con el ejército.

Arbecio rio.

—¿Podrías enseñar en Alejandría? —preguntó.

—Creo que mi antiguo maestro, Filón, me tomaría probablemente como socio. Es decir, a menos que continúe bajo sospecha por mi papel en la huida del obispo Pedro.

Atanarico me observó sorprendido y después miró su resto de pan.

—El obispo Pedro está otra vez en el trono de San Marcos —señaló—. Ése es el mensaje que llevé a Constantinopla.

—¿Cómo? —exclamé. Una semana atrás aun las noticias de Tracia habían parecido viejas y de poco interés. Aquella mañana todo me llenaba de entusiasmo—. ¿Qué le sucedió a Lucio?

—Retiraron su tropa de guardias y consideró prudente abandonar Alejandría. Su sacra majestad no dispone de tiempo ni tropas para malgastarlos en las revueltas de Alejandría y deja el trono episcopal a Pedro para tener un poco de paz.

—Entonces iré a Alejandría —dije, y apuré mi vino de un trago.

—¡Qué vas a ir! —soltó Atanarico—. Tan pronto como el emperador tenga a los godos bajo control Pedro volverá al exilio… a menos que ya haya muerto. Dicen que está enfermo.

—Entonces necesitará un médico. ¡Tal vez no importe que yo sea mujer, si le digo que a Atanasio no le importaba!

—¡Apenas te salvaste del potro la última vez que te fuiste de Alejandría!

—Esta vez tendré más cuidado. Pondré algo de distancia entre mi persona y la

Iglesia. Me albergaré en casa de Filón.

—¿No le importará que seas mujer? —preguntó Atanarico con ironía.

—Lo sabía antes de mi partida. Me trató durante una enfermedad. Y era como Arbecio… éramos colegas. Al principio le chocó, pero luego dejó de importarle. —Arbecio asintió con una sonrisa—. Crees que debo ir a Bitinia y sentarme en casa de mi hermano haciéndome la gran señora, ¿no?

Atanarico abrió la boca y volvió a cerrarla, antes de decir:

—Tu hermano tiene ganas de volver a verte.

—Yo también quiero verlo. Si acepta darme libertad cuando yo quiera, iré primero a Bitinia; pero después volveré a Alejandría. Es una ciudad maravillosa, Arbecio, el mejor lugar en el mundo para la medicina. ¡Vamos! Partamos antes de que los godos vengan a buscarnos. ¿Quién hubiera dicho que tengo que pedirle a un correo que se dé prisa?

Atanarico, siempre ceñudo, se metió en la boca su último mendrugo de pan y se alejó hacia los caballos. Arbecio sonrió.

—Te pareces bastante al hombre que yo conocía —me dijo—. Y ya te ves mejor.

Me eché a reír y me levanté, mirándome las faldas.

—¿No tienes otra vestimenta? —pregunté.

—No se nos ocurrió —repuso Arbecio—; queríamos viajar ligeros. Lo siento.

—Ay —dije—. Préstame tu cuchillo, entonces.

Arbecio me pasó el cuchillo que llevaba en la cintura y yo corté varias tiras del borde de mi túnica interior y comencé a vendarme las rodillas, muy lastimadas por el roce con la silla de montar el día anterior. Cuando Atanarico me llevó el caballo, se quedó mirándome las piernas. No eran muy bonitas, demasiado delgadas, y debajo de las rodillas vendadas estaban cubiertas de rasguños y raspaduras.

—Tendrías que haber traído otra prenda —le dije.

Era extraño, pero se ruborizó visiblemente y apartó la mirada. También yo sentía vergüenza, pero metí el borde de la falda dentro de mi cinturón, para que pareciera unos pantalones. Monté, y Arbecio me dio el resto de mi pan.

—Vamos a Noviduno —dijo Atanarico cuando partimos—. Salices queda más cerca, pero los godos podrían enviar un grupo en esa dirección para buscarte. Este rumbo es más seguro. En Carragines no hay suficientes hombres para buscar en todas direcciones y el campo está probablemente desierto.

Así era. Muchas partes estaban devastadas, también había bosque y llano, pero vimos asimismo tierras de cultivo, algunas casas y aldeas, todas abandonadas por sus

habitantes e incendiadas por los invasores. Avanzábamos al paso, pues nuestras cabalgaduras no soportaban ya el galope prolongado. Durante algún tiempo, además, guardamos silencio. Luego, en parte para disminuir nuestro malestar y en parte por sentir yo verdadera curiosidad, pregunté a Atanarico cuándo y cómo había descubierto mi secreto.

—Mucho tiempo después de cuando tuve que haberlo hecho —respondió—. Debo notar las cosas, pues es mi oficio. Sin embargo, no advertí algo que un sacerdote de setenta años percibió de inmediato. Cuando lo descubrí, realmente sentí vergüenza.

—Atanasio explicó que se lo había revelado Dios —dije—. Y fue el único que lo adivinó. La gente cree en lo que se le dice, sobre todo cuando la alternativa es más absurda que la historia misma.

Atanarico dejó oír su gruñido y luego sonrió con aire de disculpa.

—Eso es, la idea era demasiado absurda, pero tenía que haberlo adivinado. Sabía lo bastante sobre ti. Cuando rechazaste el soborno que te ofrecí, busqué más información en Egipto. Todos estaban de acuerdo en que eras un médico muy hábil a quien no le interesaba el dinero. Fui a averiguar más datos sobre ti en el museo, y el jefe me dijo lo mismo, añadiendo que apareciste de forma inesperada una primavera, prácticamente sin referencias y sin dinero, diciendo que estabas relacionada con la familia de un tal Teodoro de Éfeso y suplicando que te enseñasen la medicina hipocrática. Manifestó que creía que un eunuco nunca sería capaz de soportar el trabajo duro que suponía el estudio de la medicina y sospechaba que eras un esclavo fugitivo, por lo cual te aconsejó que te retirases. Según él, Filón te aceptó solamente por lástima, pero tu desempeño fue brillante y tenías mucho talento. Cuando insistí, reiteró su convicción de que eras un esclavo fugitivo y unos cuantos más sospechaban lo mismo. Sin embargo, estuve de acuerdo con él en que era más apropiado para un eunuco tratar enfermos que recibir sobornos en la casa de un hombre rico, y dejamos las cosas en ese punto.

»Yo conocía ya la historia del matrimonio frustrado de Festino, cuando lo dejaron con sus guirnaldas nupciales, ya que produjo gran revuelo en Asia, y cuando tu hermano y Festino eran ambos gobernadores en Tracia profundicé mis averiguaciones por creer que una enemistad privada podría causar dificultades. Así me enteré de que la hermana del excelentísimo Teodoro había desaparecido aquella primavera sin dejar rastro. Entonces su hermano estaba aún bajo la autoridad del padre y no tenía su propia casa para ocultarla. Toda la búsqueda llevada a cabo por el padre y por Festino no arrojó una sola señal de ella. Me pregunté entonces si no estarías tú implicada en la

desaparición y si habías ido precipitadamente a Alejandría para alejarte de Festino, pero no sospechaba la verdad. Dijiste que eras un eunuco y todo el mundo te creyó. Yo nunca lo dudé, aunque tenía que haber sabido que no lo eras. En el fondo de mi corazón lo sabía, pero lo que veía con él era rápidamente rechazado por mi cerebro. Además estaba ofendido conmigo mismo por pensar tal cosa de otro hombre.

»Y entonces te acusaron de brujería. Tus propios esclavos creían que eras un brujo y una de sus razones era que siempre te bañabas y te vestías a solas. Esto no me pareció raro. Los eunucos tienen motivos para ser recatados. El gobernador de Escitia te trataba como un hermano. "Vamos —pensé— es el Teodoro que conocías antes y quizá te deba un gran favor." En dos o tres ocasiones aludió a ti como "ella". ¿Error involuntario, o chiste particular? Me pregunté si a pesar de lo que decías habíais sido amantes, sólo que él no tenía el tipo. Me intrigaba, pero seguía sin asociar Caritón el médico con la hermana de Teodoro. Además, nunca había oído tu nombre. No es habitual mencionar el nombre de una muchacha.

»Después, aquella noche en Marcianópolis, con Festino ofendido aún por el agravio y acusando a Teodoro, me dije que estaba en presencia de un hombre poderoso, vengativo y cruel que no había podido encontrar el menor rastro de la muchacha. ¿Dónde podía haberse ocultado? Y él no te recordaba, aunque tú le temías. Todavía no sospechaba nada cuando pensaba, pero empecé a sentir que sabía algo que no advertía hasta entonces. Citaste un fragmento poético que Festino había mencionado, pero la cita era inexacta cuando dijiste "Caris" en lugar de "Cloe". La deducción lógica era que Festino había citado el pasaje a una joven llamada Caris. ¿Pero lo había hecho en presencia de uno de los eunucos de Teodoro? Te pedí ayuda y me contestaste con toda firmeza que dejase el asunto. No caí en la cuenta. Mejor dicho, no quise admitir lo que había adivinado.

»Bien, me mantuve activo. Hablé con Fritigerno, volví y hablé con Lupicino, y después tuve que ir y venir entre Antioquía y Adrianópolis: demasiado ocupado para pensar en nada salvo en los problemas de los godos. Seguidamente me tocó pasar dos semanas en Antioquía, dando informes y discutiendo con algunos funcionarios y tratando de hacerlos entrar en razón sin resultado. Y una noche salí con un amigo y nos embriagamos, y cuando volví a mi alojamiento me dormí y soñé contigo. Lo que soñé no importa, pero eras mujer. Cuando desperté con un dolor de cabeza atroz, pensé: "¡Por Dios, qué sueño tan absurdo!", pero en seguida me dije "¿Es tan absurdo?". Y todo empezó a encajar. Más aún, no estaba del todo seguro, no lo suficiente para escribirle a alguien. En lugar de ello, busqué a alguien que conocía a Teodoro de Éfeso

y descubrí a un asesor del despacho del gobernador, un hombre llamado Cirilo.

—¿Cirilo? Estudiaba Derecho con mi hermano. Torión quería que huyese con él en lugar de irme a Alejandría.

—¿Con ese pequeño leguleyo? —preguntó Atanarico con desdén—. Tu plan era malo, pero éste habría sido peor. ¿Tú, casarte con un abogado charlatán?

Atanarico me dirigió una mirada extraña y se encogió de hombros.

—Le dije que era amigo de Teodoro y lo invité a beber y hablamos de tu hermano hasta que pude referirme a ti. Le pregunté si sabía qué había sido de la hermana. ¿Cómo se llamaba? ¿Caris? Cirilo no sabía nada, pero estaba seguro de que Teodoro sí tenía noticias. Según éste estaba bien y él esperaba que fuese verdad. Cirilo explicó que era una mujer espléndida, tan inteligente como cualquier hombre, y que habría sido un gran desperdicio que se casase con un ignorante cazafortunas como Festino. Me contó luego que estudiabas latín para ayudar a tu hermano y que eras mejor alumna que él, pero que tu verdadero interés no era éste. En realidad te gustaba la medicina. Fue como si me hubiese dado un puntapié, o como si me lo hubiese dado yo mismo por tonto. Le dije que creía haberte visto en casa de tu hermano en Tracia y te describí, y dijo que eras tú y que esperaba que tu hermano revelase tu presencia pronto. Bebimos por esto, me fui a casa y… dejemos eso. Le escribí a Sebastián.

—Me lo confesó —comenté.

—Estaba furiosa —dijo Arbecio.

—No veía por qué tenías que denunciarme —le solté—. Me habría destruido. Aunque de todos modos ya estoy acabada.

—No te habría denunciado —dijo Atanarico con aire fatigado—, pero Sebastián tenía que enterarse y hacer algo. No es posible poner en peligro en una áspera campaña a una mujer de la más alta nobleza y fortuna. Y yo era responsable, pues te había enviado con él. Encontré probable que se enamorase de ti una vez que se enterase. Y te suponía enamorada de él. Fui cauteloso. No quería que mi carta cayese en manos ajenas al asunto. Tenía que regresar pronto a Tracia y decidí esperar hasta ver a Sebastián personalmente. Empezó la guerra y tuve que ir de uno a otro punto llevando mensajes y tratando de reorganizar las postas, por lo que no pude ir a Escitia hasta la semana siguiente a tu captura. Sebastián seguía enfadado con sus tribunos por ese motivo. Sin embargo, me dijo que corrían rumores de los godos sobre tu condición de mujer y me preguntó cómo lo interpretaba. Me tiré de los cabellos y te maldije y me maldije, y Sebastián hizo lo mismo.

—La primera vez que oí los rumores no supe qué pensar —dijo Arbecio—, hasta

que traté a unos esclavos que te habían conocido y me lo confirmaron. Además contaron que ibas a casarte con Edico.

—Ésa fue la primera idea de Fritigerno, antes de saber quién era yo. Edico sintió un gran alivio cuando le dije que no me casaría con él.

Arbecio reflexionó un instante y se echó a reír. Atanarico estaba hosco.

—Edico siempre tuvo miedo de ti —dijo Arbecio—. No creo que a él le resultara más fácil que a mí verte como una mujer.

—Tú y yo somos amigos —declaré—, además de colegas. ¿Cómo están todos en Noviduno?

Al parecer, Arbecio y su mujer habían estado viviendo en mi casa grande con todos mis esclavos.

—Espero que no te incomode —me dijo—. Trataba de cuidar tu casa además de la mía, y necesitaba el espacio.

—Quédate en ella —le repliqué—. Como un regalo mío. No la necesitaré. Me iré de Tracia.

—Espero que no sea para siempre —dijo Arbecio sonriendo—. Tenemos ganas de verte de nuevo.

—Podéis venir a verme en Alejandría. De todos modos tienes que ir. Todavía es posible hacer disecciones a veces allí y es algo maravilloso aprender sobre un cadáver.

Atanarico se horrorizó.

—Espero que tu hermano te retenga en Bitinia —espetó con aspereza—. No debió permitirte ir a Alejandría ya desde el primer momento, y es doblemente tonto si te deja volver. No hay lugar para una mujer que practique la medicina por su cuenta en una ciudad tan peligrosa.

Lo miré sorprendida e indignada.

—Siempre dices generalidades —le contesté—: «No hay eunucos honrados», «la mujer no debe ejercer la medicina». Algo que aprendí en Alejandría es que cada caso debe ser tratado por sus propias particularidades. No puedes decir algo como que «la mujer debe tomar la mitad de la dosis de opio que el hombre». Sería poco para una mujer alta y fuerte con buena salud, y demasiado para una joven enfermiza, y en algunos casos podrías abstenerte de administrarlo y dar mandrágora, o cáñamo, o eléboro, según el paciente y la enfermedad. Si no puedes prescribir medicamentos para todo un sexo, ¿por qué prescribir la conducta? Soy una mujer de Éfeso de buena familia, romana e hipocrática además de mujer, y las tres primeras cosas son tan importantes por lo menos como la última. Y si piensas en las primeras tres, no hay razón para que

no deba ir a Alejandría.

—No he dicho que las mujeres no deban practicar la medicina —dijo Atanarico, irritado—. Y ciertamente no he dicho que tú no debas hacerlo. No puedo imaginar ningún modo de impedírtelo, como no sea matándote. Pero te las has arreglado ya para tener dificultades en cuatro provincias y con decir que tendrás más cuidado esta vez no es suficiente. Si te embarcas hacia Alejandría a atender al obispo Pedro, es probable que termines siendo acusada de sedición y de herejía. Y para quien te conoce, apuesto a que además habrá algún ignorante esperando para casarse contigo. Debes de ser la soltera más deseada del Imperio romano: Festino, Cirilo, Edico y la mitad de los nobles godos, por no hablar de Sebastián.

—Nadie querrá casarse conmigo ahora —repliqué—. Nadie importante, quiero decir. Estoy en desgracia.

—¡Ah! ¿Piensas cambiar de nombre ahora, excelencia? —preguntó Atanarico con el mismo tono áspero—. ¡Por el amor de Dios, ten un poco de sensatez una vez en tu vida! Espera hasta ver qué sucede en Alejandría y qué sucede en Tracia antes de ir a alguna parte. ¡Tienes suerte de estar con vida! La próxima vez puede ser que no tengas tanta suerte. Además, a juzgar por tu aspecto, te vendría bien un buen descanso.

Me mordí el labio. Tenía sentido, aunque me costase reconocerlo. ¡La idea de ir a Alejandría era tan tentadora, después de Carragines! Aunque tal vez, si volviese allí como Caris hija de Teodoro, encontraría todo enteramente distinto de lo que recordaba como Caritón. Lo más probable era que no me permitiesen volver. A pesar de todo, no veía por qué Atanarico tenía la osadía de indicarme lo que tenía que hacer.

Salvo que había arriesgado su persona y su carrera para devolverme mi libertad. Considerado en términos objetivos, reconocí que se había ganado cierto derecho a aconsejarme.

—Muy bien —dije—. Me quedaré algún tiempo con mi hermano en Bitinia y veré qué sucede. —Dirigí una sonrisa a Atanarico, tratando de disculparme por mi enfado.

Atanarico miró hacia otro lado y volvió a fruncir el entrecejo. No comprendía esta expresión y recordé lo cordial y alegre que era antes. Tal vez no supiese tratarme como se trata a una mujer. O bien creía que le había causado más dificultades de lo que merecía. Suspiré y seguimos cabalgando en silencio.

Por la tarde volví a sentirme fatigada y al caer la noche estaba extenuada. Si hubiese escapado sola de Carragines, no habría ido muy lejos en aquel estado. ¡Benditos caballos! Eran animales resistentes, y aunque aquel día habían cubierto treinta y cinco millas y galopado quince o veinte la víspera, soportaban bien el viaje.

Sin embargo, Atanarico estaba impaciente por la necesidad de avanzar. Contaba, no obstante, con llegar a Noviduno al día siguiente.

Aquella noche acampamos en una granja abandonada. En todo el día no habíamos visto un solo ser humano y a Atanarico le pareció que la casa era un lugar seguro. Desde luego, era más confortable que los bosques, y si bien todo estaba amontonado en un cuarto, había camas con colchones y leña amontonada junto a la chimenea. Ésta estaba seca y Atanarico accedió a encender el fuego. Tenía dolores musculares fortísimos por haber cabalgado tanto tiempo y me acosté tan pronto como llegamos, dejando que ellos atendieran a los caballos y prepararan la comida. Me dormí inmediatamente.

Desperté al sentir que alguien estaba mirándome. Abrí los ojos apenas, con cautela, y escudriñé la oscuridad. El fuego ardía en la chimenea y su luz era suficiente para reconocer la figura de Atanarico. Estaba junto a mi cama, observándome. No le veía la cara porque estaba de espaldas al fuego. No me moví. Estaba exhausta y además me sentía otra vez deprimida. Me había tratado con rabia, contenida, pero visible. Sentía vergüenza por haberlo hecho ir a Carragines a rescatarme de una situación de la que él me consideraba responsable.

—Todavía duerme —dijo a Arbecio y se volvió.

—Vamos, despiértala —indicó Arbecio—. Necesita comer tanto como dormir.

Atanarico se volvió, extendió una mano para moverme, pero no lo hizo. Entretanto yo reuní energía para incorporarme sola. Atanarico me cubrió con mí capa y me tocó apenas el pelo.

—Déjala dormir algo más —dijo con una voz poco familiar por lo tierna. Arbecio hizo un gesto de hastío.

—¿Para poder mirarla más?

—Está cansada.

—Está cansada porque está medio muerta de hambre y porque hace más de un año que no monta a caballo. Se sentirá mejor cuando coma. Si, para empezar, eres capaz de darle alimento sin recordarle lo tonta que fue por abandonarse hasta ese estado.

—¿Hice tal cosa?

—Sí. Es probable que crea que la desprecias.

—¡Señor! No puedo evitarlo. Es toda esta charla sobre Alejandría, sobre su deshonra. ¡Es tan impulsiva! La matarán. Y yo debo viajar a Armenia.

—¿Por qué no se lo dices?

—Lo último que le hace falta es otro godo que le proponga matrimonio, sobre todo

en mitad del viaje por estos páramos de Tracia. Sin duda, se sentiría incómoda si me rechaza.

Me senté bruscamente. Atanarico retrocedió un paso precipitadamente. No sabía yo qué hacer ni si era posible que él hubiese hablado en serio.

—*Sacra Majestas!* —exclamó—. Te has despertado.

—Yo… no quería levantarme. ¿Qué querías decir?

—Nada. —Aun bajo el débil reflejo del fuego vi que se había ruborizado.

—Pero has dicho que…

—No hablaba en serio. Sé que no quieres oír nada más de ese asunto y debes olvidar lo que he dicho. Somos amigos y habría hecho lo mismo por un hombre que estimase.

—Pero ¿qué has dicho? Arbecio, ¿qué ha dicho?

Arbecio titubeó, miró a Atanarico y respondió con voz pausada:

—Pensaba pedirte permiso para acordar su matrimonio contigo tan pronto como estés sana y salva en territorio romano.

Tuve que apretarme las manos para impedir que temblasen.

—¿Es verdad?

—¡Olvida esa idea por ahora! —se apresuró a decir Atanarico—. Sé que por ahora no quieres oír hablar nada más sobre matrimonio. Tal vez dentro de un año, si quieres pensar en ello… es decir, si no te disgusto.

Lo miré con la boca abierta.

—¿Pero por qué? No tienes que hacer nada de eso para protegerme, ¿sabes? Sabes que puedo vivir sin ayuda. Además creía que buscabas a alguien como Amalberga.

—Sobre todo sabes meterte en dificultades —dijo Atanarico algo más sereno—. Pero eso no tiene nada que ver. Ni mencionar a Amalberga en comparación contigo. Ella es tal vez un cisne, pero tú eres el fénix. Única, no hay otra.

Cerré los ojos, pues no podía soportarlo. Pensaba que, como al fénix, me consumiría el fuego, la llama del amor.

—¡No necesitas decir nada! —exclamó Atanarico, alarmado por mi gesto—. No tendría que haber hablado. Y no lo habría hecho, pero creí que dormías. Olvídalo todo.

—Ni en mil años —declaré firmemente y abriendo los ojos lo miré.

También aquello era algo como para no olvidar en mil años: su cara, medio vuelta hacia el fuego, la luz sobre su pelo, los ojos temerosos, desconcertados, llenos de incertidumbre.

—¿Realmente me quieres a mi? —pregunté. No podía creerlo.

—Sí, a ti. ¿No es evidente? Pero no temas que pueda imponerte mi presencia. Demasiado has oído hablar de este tipo de cosas. Y una vez me dijiste que estabas enamorada de un hombre. Si todavía quieres buscarlo, no te pondré trabas.

—¡Por Dios, Atanarico, eras tú! ¡Nunca hubo nadie aparte de ti! ¿No es evidente?

Me miró atónito, luego me tocó la mejilla con timidez y por fin me besó. Lo abracé, deseando morir en aquel mismo instante. Nada en mi vida volvería a ser tan maravilloso.

Arbecio tosió discretamente y Atanarico se apartó de mí para mirarme, lleno de confusión. No me aparté. Había esperado demasiado tiempo para soltarlo tan pronto. Iba a decir algo, pero volví a besarlo, y cuando me rodeó con sus brazos olvidó lo que iba a decir.

—Lo dices en serio —dijo, sorprendido, cuando se apartó.

—¡Con alma y vida! —exclamé.

Apoyé la cabeza sobre su hombro. Sentía músculos y huesos duros bajo la capa que olía a sudor y a caballos, y el arco de sus brazos en la espalda, y los latidos de su corazón. Hipócrates dice que el cuerpo es sabio. Sabe, por supuesto, cómo dar felicidad.

Arbecio tosió de nuevo y movió los pies. Pobre hombre, no tenía adonde ir, salvo afuera con los caballos. Si no hubiese estado allí, creo que Atanarico y yo habríamos caído en la cama en aquel instante. Pero no era justo para Arbecio, quien después de todo arriesgaba mucho por nosotros. Recordé mis modales y me aparté algo de Atanarico, aunque tuve que sentarme, pues me temblaban las rodillas por la sorpresa y por el largo viaje a caballo. Atanarico me cogió de las manos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—He cabalgado mucho —respondí—, pero nunca en mi vida he estado mejor.

Me quedé allí sentada dirigiéndole sonrisas a Atanarico mientras él, cogiendo mis manos, me sonreía también con una expresión atontada.

—Tienes que comer algo —intervino Arbecio, resuelto a llevarnos a la normalidad.

Atanarico me ayudó a levantarme y me llevó junto al fuego. Habían preparado un guiso con carne seca y cebollas, además de hierbas que habían sobrevivido en el huerto. Sentada allí y sonriendo como una tonta, miraba a Arbecio mientras cortaba otro pan. No había platos, y nos agrupamos en torno de la olla para hundir en el guiso nuestros trozos de pan. Cuando llegó su turno, Atanarico comió sin dejar de mirarme, pero cuando llegó el mío estaba tan hambrienta que hice lo mismo, manteniendo los ojos fijos también en Atanarico para asegurarme de que no desapareciese. Arbecio nos


miró a ambos y lanzó una carcajada.

—Nunca lo habría pensado de ti, Caritón —dijo—. ¿Tú, enamorada?

Tragué mi bocado de guiso.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—Nada. Pero siempre parecías tan… profesional, como si los sentimientos personales no existiesen.

—Los tenía, y creí que eran evidentes. Tratando siempre de estar en Noviduno si Atanarico pensaba estar… todas esas invitaciones a cenar…

—Siempre las olvidabas —me recordó Atanarico.

—No —negué con la cabeza—. Nunca. Pero no podía dejar que adivinaras, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque habría sido el fin para mí. Ser descubierta, humillada, viaje inmediato a mi casa, y años de estar sentada allí sin nada que hacer. Por lo menos, es lo que yo creía. Nunca pensé que quisieras casarte conmigo y sabía que nunca aceptarías una relación clandestina.

Atanarico se sorprendió aún más.

Bajé la vista. Lo que había dicho era una osadía.

—Tú mismo dijiste que el deseo es un tormento.

—Pero… ¿Yo? ¿Y Sebastián?

—Me gusta Sebastián. Pero no en ese sentido.

—Es más apuesto que yo, de pura estirpe romana, más educado, más rico, más listo. ¿Por qué tú, que podrías haber elegido a cualquiera, me elegiste a mí?

—No es más listo. Ha leído más, pero no es más inteligente. Y no sé por qué; en Egipto pensaba que eras apuesto, pero sólo cuando te vi aquí en Tracia descubrí que te amaba. Supongo que la razón es que eres tú mismo, y Sebastián es además el duque y el caballero. Luchará por el imperio y disfrutará de su cultura, pero nunca la mira desde fuera. No la ama, y tampoco ama la virtud. La admira, simplemente. Tú eres como Odiseo, capaz de salir al mar inmenso, perder todos los bienes y los amigos, llegar al borde de la muerte y volver siendo aún tú mismo. ¿Y por qué dijiste que yo puedo elegir a cualquiera? Muy bien, Sebastián cree que me asemejo a una muchacha a la que un poeta latino amó hace siglos, pero su padre puso fin inmediatamente a esas tonterías. Yo debo de ser, por haber huido de mi hogar, una de las mujeres más famosas del imperio, con tanto recorrer, rechazar a un gobernador, trabajar en el ejército y ser ofrecida en matrimonio a media docena de godos. Soy de bastante buena cuna, no muy rica ni muy bella, y ahora envejezco… soy vieja para casarme. No creo que le guste a

tu padre más de lo que le gusté al conde Sebastián.

—Sospecho que mi padre tendrá más sensatez, y si no la tiene no me preocupa. Y no eres vieja. Tienes… ¿cuántos años? ¿Veintiocho?

—Veinticinco.

—¿Nada más? Dios Eterno, ¿cuántos tenías cuando partiste de Éfeso?

—Diecisiete. Edad de casarse.

—También lo es veinticinco. ¿Y crees realmente que te consideran escandalosa?

—¿Como qué, si no?

—Como un cruce de Medea con tu Penélope. Y por cada tradicionalista que te encuentra desvergonzada y atrevida, habrá otro caballero que te encuentre espléndida. Sólo a los hombres convencionales y necios les gustan las mujeres necias y convencionales. En cuanto a tus alusiones a tu mediocridad, no seas ridícula. Eres de rango consular, tienes una de las familias más ricas de la provincia de Asia y eres hermosa.

—Hermosa. Debes de estar muy enamorado y además ser ciego. Yo era bonita en una época, pero nunca fui hermosa. Dafne y Amalberga lo son.

—Tú también.

Reí y moví la cabeza, encantada de que él me viese así.

—Tú también, querida.

Repitió la frase cariñosa para sí, con los ojos fijos en los míos.

—Bien —dijo Arbecio—. El amor es sin duda un gran dios, puesto que hace que dos personas inteligentes se vean tan tontas. —Ambos lo miramos irritados y él sonrió —. Estimada Caritón, Caris, te aconsejo que termines de comer y duermas. Necesitas comida y reposo y todavía nos queda un día de viaje.

Los tormentos del deseo no me mantuvieron despierta aquella noche. Estaba demasiado extenuada. Me desperté más contenta aún, y también más dolorida, que la mañana anterior. Atanarico no tenía aspecto de haber dormido tan bien como yo, pero estaba contento. Después de un alegre desayuno partimos y casi inmediatamente empezó a hablar de nuestro matrimonio.

—Tendremos que esperar hasta que hayamos formalizado los acuerdos con tu hermano —dijo.

—¿Tú crees? —pregunté.

La idea no me atraía. La verdad es que me complacía más amar a Atanarico que la idea de casarme con él. Sospechaba que insistiría en que todo fuese respetable hasta

que nos casáramos. Una cosa es consumar una pasión y otra consumar un matrimonio, con todo lo que supone de acuerdos financieros y disposiciones legales. Y subordinación legal, además. Una mujer casada tiene más libertad que una mujer soltera en muchos aspectos, pero se le exige que obedezca a su marido. Creía poder confiar en Atanarico, en que no abusase de su poder, pero aun en ese caso la idea me asustaba.

—Tiene que ser legal, con testigos, respetable —sostuvo firmemente Atanarico—. Después de haber empezado todo en forma tan poco convencional, necesitamos la mayor legalidad posible.

—Al diablo con lo respetable.

—*«Rumoresque senum severiorum, omnes unius aestimemus assis! Da mi basia nille!»*[9]

—Al diablo con lo respetable, ¿y en cuanto a darte mil besos? Encantada. ¿Qué es eso?

—El favorito de Sebastián. Catulo.

—Tal vez deba leer poesía latina, después de todo.

—Ah, pero al final ella perdió su respetabilidad y él la perdió a ella. Necesitamos que sea oficial. No quiero que nadie ponga en duda nada después, ni mi propio padre, si al final opta por comportarse como un tonto. Además, necesitarás tu dote entera si quieres fundar un hospital. —Reí al tratar de imaginar mi propio hospital.

—Muy bien —dije.

—Celebraremos una boda completamente respetable, bendecida en una iglesia, sin ceder a esos caprichos paganos de llevarse a la novia como una cautiva. Caminaremos hasta el altar, muy solemnemente, y juraremos en nombre de la muy sagrada y gloriosa Trinidad, y del divino socorro, y de san Hipócrates, amarnos para siempre, y luego yo tendré que pronunciar el juramento hipocrático.

—¿Por qué?

—Para que no me superes. ¿Cómo es? Usaré mi arte para curar y no para dañar y seré casto.

—No en exceso, espero.

—No hay peligro. Luego iremos a casa y yo obtendré un puesto permanente en alguna parte, con base fija, y tú tendrás tu hospital. Tendremos una casa grande, que dejaremos todas las mañanas para ir a trabajar.

—Mi Maia será nuestra ama de llaves —dije. Aquello empezaba a gustarme.

—¿Tú Maia? ¿Tienes una vieja nodriza en alguna parte?

—Lleva la casa de mi hermano y de su concubina por el momento, aunque fue a mí a

quien cuidó. Le oprimió el corazón verme huir, a pesar de haberme ayudado. Festino la hizo torturar cuando acusaron de traición a mi padre. Supongo que fue el verdadero motivo de que yo huyese. Sin embargo, siempre quiso dirigir mi casa y ser la abuela de mis hijos. Estará encantada de verme convertida en una mujer respetable otra vez.

Traté de imaginar su entusiasmo y su inevitable orgullo por el título de Atanarico, mutilando los términos latinos como siempre. ¿Se llevaría bien con Atanarico? Sí, lo intentarían, y no había motivo para que no lo consiguieran.

Atanarico rio.

—¡Tendremos hijos! —dijo, lleno de entusiasmo—. Los varones pueden entrar en el servicio civil y las mujeres pueden estudiar medicina con su madre.

—¿Y si los varones quieren estudiar medicina, qué?

—Supongo que lo permitiría.

—¿Y si las mujeres quieren ingresar en el servicio civil?

—Les diré que se corten el pelo y finjan ser eunucos, aunque no deben esperar sobornos de mi parte.

Me eché a reír.

—¿Y adonde iremos para educar una familia como ésa?

—A Armenia, Alejandría, Éfeso, Roma. Todo el imperio nos espera.

Atanarico extendió los brazos hacia el este, el sur y el oeste, como si borrase la tierra salvaje y desierta de Tracia y prometiese el mundo inmenso y resplandeciente. Otra vez volví a reír de júbilo y Atanarico y Arbecio me imitaron. Me dije que teníamos el mundo, el mundo entero en el cual elegir.

Llegamos a Noviduno a última hora de la tarde.

Otra vez me sentía cansada y el cielo opaco amenazaba tormenta. Los campos en torno de nosotros estaban en silencio y desiertos. Hierba baja verde y amarillenta, campos sin cultivos y casas vacías, el rumor de las cigarras en el aire cálido y espeso. Arbecio detuvo su caballo y señaló a la distancia las murallas de Noviduno, el promontorio que dominaba toda la llanura destacada contra el cielo plomizo. A pesar de mi agotamiento lancé un grito de alegría y obligamos a nuestros caballos a trotar.

—Con suerte —dijo Arbecio— habremos entrado antes de la tormenta.

Desde el mediodía habíamos viajado por la carretera principal hacia el norte. El terreno era llano y abierto, de modo que no se podía temer una emboscada. Desde que abandonamos Carragines vimos por primera vez vacas y caballos pastando y casas con aspecto de estar habitadas. Sus ocupantes podían refugiarse eficazmente en la fortaleza si los godos atacaban.

—¿Hay muchos hombres en Noviduno? —pregunté.

—Bastantes —respondió Arbecio—. Nos han convertido en el principal hospital de convalecientes de toda Tracia.

—¿Y te fuiste sin autorización?

Arbecio sonrió y se encogió de hombros.

—Tengo muchos ayudantes. Y es por culpa tuya por lo que nos han elegido. Tenemos el índice más alto de recuperaciones. De todos modos, la fortaleza está en su mayor parte llena de convalecientes, y Valerio sigue siendo el jefe. Cuando los heridos se reponen lo suficiente como para sostener una lanza, aunque no puedan desplazarse, vigilan las murallas para impedir el cruce del río por parte de más bárbaros. —La sonrisa desapareció y Arbecio prosiguió lentamente y muy serio—. Qué harían si apareciese realmente otra horda de bárbaros, no lo sé. Seguro que no podríamos detenerla. Pero creo que todos están en el sur, matando a los nuestros.

Muy lejos se oyó rugir el trueno sobre el delta. Los cascos de nuestros caballos resonaban sobre el camino. Un hombre y una mujer salieron corriendo de una casa próxima para llevar sus vacas al establo. Nos miraron con curiosidad y temor, pero como no nos detuvimos prosiguieron con su tarea. Apresuramos más a nuestros caballos, buscando guarecernos.

Cuando la proximidad nos permitió ver figuras en aquellas altísimas murallas, Atanarico guió su caballo fuera de la calzada hasta alcanzar un manzano que había en un huerto. Allí cortó unas ramas verdes y nos entregó una a cada uno.

—Son para indicarles que venimos en misión de paz —precisó—. No queremos que nos mate nuestra propia gente.

Así fue como enarbolando mi rama en señal de paz volví a la fortaleza abandonada imprudentemente un año antes. Las figuras de la muralla señalaron y gritaron, pero no nos arrojaron proyectiles, y avanzamos juntos hasta las puertas cerradas.

Los centinelas estaban en las torres con sus escudos levantados y las lanzas preparadas, y uno de ellos nos pidió a gritos el santo y seña.

—No lo conocemos —dijo claramente Atanarico, con las manos bien lejos de su espada—. Estamos huyendo de los godos de Carragines. Soy Atanarico de Sárdica, *curiosus* de los *agentes in rebus* —dijo levantando su licencia pendiente de una cadena —. Éste es Arbecio, médico jefe de esta fortaleza. Y ésta es la señora Caris, hija de Teodoro de Éfeso.

Todos habían mirado y reconocido a Arbecio, pero cuando Atanarico mencionó mi nombre, toda la atención se volcó sobre mí. Se oyeron exclamaciones en voz baja,

seguidas por una fuerte ovación. Alguien corrió a abrir la puerta y las grandes hojas reforzadas con hierro se separaron para permitirnos pasar dentro de la fortaleza. Cuando las hojas se movieron a causa de una ráfaga de viento, un soldado de la guardia cerró la puerta a nuestras espaldas, y las primeras gotas de lluvia, gruesas y pesadas, empezaron a caer contra la segura protección de las murallas. Me despedí de Tracia con un adiós silencioso. De allí iría en barco por el río, hasta el mar Negro, donde no había bárbaros.

Los soldados se congregaron a nuestro alrededor y comprobé que, en efecto, eran convalecientes, cojos y demacrados por la enfermedad, llevaban los brazos en cabestrillo, el pecho, la cabeza o los muslos vendados. Estaban todos llenos de júbilo y sonreían o gritaban de alegría. Reconocí una o dos caras de mi época de servicio en el campamento, pero la mayoría eran desconocidos, hombres de otras legiones, de otras provincias, trasladados allí a causa de sus heridas o sus enfermedades. No obstante, se veía claramente que habían oído hablar de mí. «Caris de Éfeso», gritaban, «Rescatada de los godos», «¡Esto para Fritigerno!», gritó uno, haciendo un gesto obsceno. Un compañero le dio un codazo: «¡Que es una señora!». Varios tomaron las riendas de mi caballo y me apresuré a apearme y bajarme las faldas. No tenía por qué enseñar las piernas en aquel estado a toda la fortaleza. Los hombres me rodeaban, sonrientes, y yo, algo mareada, apenas podía sostenerme sobre mis piernas temblorosas de fatiga. Me aferré a la silla de montar y devolví débilmente las sonrisas. Atanarico avanzó hacia la multitud que me rodeaba y vagamente advertí a Arbecio, mientras discutía con un hombre sobre el entablillado de su brazo, que le quitó para inspeccionar la herida.

—¡Atrás! —gritó Atanarico—. La señora necesita descansar. Dejadla ir a su propia casa. ¡Abre paso, tú!

No obedecieron sino que permanecieron indecisos, y alguien gritó:

—¡Atención! ¡A formar!

Todos formaron como una rama doblada que se endereza. El tribuno Valerio marchaba deprisa entre ellos. Sus ojos se pasearon por la multitud, pero no me vio, sino que se dirigió a Atanarico.

—¡Excelentísimo Atanarico! —exclamó—. ¿Tienes noticias? ¿Han encontrado al emperador? ¿Están a salvo los nuestros? ¿Vive aún el conde Sebastián?

Atanarico lo miró sin comprender.

—He venido en misión privada. ¿Qué significa eso de si «han encontrado al emperador»?

Valerio calló y lo miró confuso. Una ráfaga agitó su manto escarlata y los penachos

de los cascos de los soldados dejaron caer más gotas de lluvia.

—¿No te has enterado? —preguntó Valerio.

—¿De qué? —quiso saber Atanarico—. ¿Qué ha pasado?

—Los bárbaros obtuvieron una gran victoria en Adrianópolis —dijo muy despacio Valerio mientras la esperanza huía de sus ojos—. Y el emperador desapareció y probablemente haya muerto, junto con la mayoría de su ejército, y el resto está sitiado en Adrianópolis. Esperaba que trajeses noticias mejores.

Atanarico dejó escapar un grito de angustia y horror. Mis piernas magulladas se negaron a seguir sosteniéndome y caí hasta quedar sentada en el suelo, medio desmayada y enferma, y me incliné hacia delante con las manos en la cabeza. Atanarico bajó de su caballo de un salto y se inclinó para cogerme de la mano. Los soldados rompieron filas y me rodearon, pero Atanarico los apartó. Cuando se arrodilló junto a mí levanté la cabeza.

—Estoy bien —le dije—. Son sólo mis piernas, por el viaje a caballo.

Valerio llegó frente a mí y me miró asombrado.

—¡Caritón! ¿Cómo es posible que…?

—Atanarico y Arbecio me liberaron de los godos —dije.

—¿Arbecio? Lo perdimos de vista. Creíamos que había desertado.

—No. Simplemente estaba ocupado salvando a las jóvenes romanas de los bárbaros. Por lo menos a una joven romana. Se ha ganado mi gratitud y estoy segura de que mi hermano Teodoro y mi amigo el duque Sebastián también le estarán agradecidos. Espero que sepas disculpar esta semana de ausencia sin permiso. Honorable Valerio, estoy muy fatigada. Con tu permiso, iré a mi casa a descansar.

Valerio, boquiabierto, retrocedió unos pasos haciendo gestos pero sin hablar.

Atanarico me ayudó a levantarme y me alejé cojeando, cogida de su brazo. Arbecio dejó a su paciente y nos siguió. Supongo que alguien más se ocupó de los caballos, ya que ninguno de nosotros tres lo hizo. Se oyó el ruido repentino de un trueno y empezó a llover.

Cuando llegamos a mi casa comprobamos que la noticia de nuestra llegada se había propagado en toda la ciudad, y la mitad de los habitantes nos seguían a pesar del aguacero. Me alegré de llegar. Era la casa nueva que había adquirido poco antes de mi captura y todo el personal nos esperaba junto a las puertas: mis esclavos, Redagunda y su bebé, un niño crecido ya, y Suerido, Gudrun, Alarico, también más grande que cuando lo dejé, y una mujer menuda, regordeta y rubia que llevaba las llaves atadas al cinturón. La había visto sólo unas cuantas veces, pero la reconocí como la mujer de

Arbecio. Abrazó a su marido y nos hizo entrar cerrando luego la puerta. Me senté en el banco que había junto a la puerta y apoyé la espalda en la pared. El agua de la lluvia corría por mi pelo y, al llegar a los ojos, los cerré. En la oscuridad y por debajo de los párpados distinguí las tierras desconocidas que rodeaban Adrianópolis y los dragones y águilas de los estandartes caídos, así como la púrpura imperial teñida de sangre. Abrí los ojos. La mujer de Arbecio estaba frente a mí con expresión preocupada.

—Salud, Irene. Me alegro de estar en casa.

Irene se inclinó.

—Sí, mi amable señora. ¿Estás… bien?

—Muy cansada. Seguramente cambiasteis la distribución de las habitaciones cuando partí. ¿Puedes decirme cuál puedo ocupar?

—Te preparamos tu propio dormitorio, señora. Espero que nos perdones por haberlo usado un tiempo, sólo que era una lástima tenerlo vacío, y…

—Tengo una deuda con vosotros por haber cuidado de mi propiedad durante mi ausencia.

Me levanté y me quedé de pie en la cocina chorreando agua sobre el suelo de piedra. Atanarico me miraba, muy pálido.

—Querido, acepta ser mi huésped esta noche. No vayas todavía a la comandancia.

Negando con la cabeza, respondió:

—Tengo que conocer las noticias. Y tengo que permanecer en la comandancia. Haría mal en quedarme aquí.

Suspiré con la vista fija en el suelo.

—Vuelve a comer —le indiqué.

—Vendré.

Protegiéndose la cabeza con una esquina de su capa, salió de nuevo a afrontar la lluvia. Después de verlo alejarse, me dirigí a mi cuarto con pasos inseguros.

Me dormí con el fragor de los truenos entre los tejados. La lluvia continuaba y silbaba sobre la paja de éstos. Estaba completamente oscuro y yo yacía en la cama, inmóvil, mirando el techo. Me había arrancado la capa y la túnica empapadas antes de acostarme y era un placer sentir las sábanas sobre la piel. El emperador había desaparecido y se lo presumía muerto. Su sacra majestad, el señor Valente el Augusto, dueño del mundo, muerto, luchando contra los godos. Yo había odiado a muchos de sus servidores y favoritos, había odiado algunas de sus políticas. Había creído odiarlo a él, pero mi respuesta frente a su muerte era de pesar. El hombre no tenía importancia; el emperador, sí. Había llevado la sagrada púrpura y había gobernado el mundo en que yo

vivía, y su fallecimiento dejaba al Estado muerto y decapitado.

No era el primer emperador que moría luchando contra los bárbaros, aun dentro de mis años de vida, pero era el primero que recordaba. Juliano había muerto en medio de una campaña contra los persas, cuando yo era muy pequeña. Pero él no había dejado una diócesis romana entera invadida por hordas bárbaras, ni un ejército aniquilado o bien disperso por todas las provincias. Quedaba por supuesto el Augusto occidental, Graciano, avanzando en aquel momento con las legiones galas, y había además otras tropas en el este, en la frontera persa, en Egipto y en Palestina. Era poco probable que los bárbaros llegasen a conquistar algo más que Tracia, aunque podrían invadir más territorio. Constantinopla, radiante reina del Bósforo, la ciudad más rica del Oriente, se encontraba en el extremo sudeste de la diócesis. No era seguro que los bárbaros la conquistaran, pero sin duda lo intentarían.

La guerra continuaría, probablemente durante años, y no se limitaría a Tracia. También sufrirían otras provincias. No podíamos pasarlo por alto.

Con un suspiro, me senté en la cama cuando me di cuenta de que no sabía dónde estaba la lámpara.

—¡Redagunda! —llamé, cubriéndome con las sábanas.

—¿Señor? —dijo, nerviosamente, pero se corrigió en seguida y preguntó—: ¿Señora?

—No te preocupes por el título —le corregí sonriendo—. ¿Cuánto he dormido?

—Sólo un par de horas.

—¿Está el noble Atanarico todavía en la comandancia?

—No ha vuelto aún. Oí que lo invitabas a comer y he preparado algo, pero no ha venido. Además he puesto a calentar agua por si quieres bañarte.

—Qué bendición —dije agradecida, y miré a mi alrededor buscando mi ropa—. ¿Dónde está mi ropa? —pregunté.

Redagunda dejó la lámpara y se acercó al arcón que había en un rincón.

—He llevado a lavar tu ropa mojada —se disculpó—, pero la señora Irene y yo te hemos preparado algunas túnicas largas. No ha sido posible comprarlas nuevas porque no podíamos contarle a nadie que habías llegado. Pero la señora Irene ha dicho que necesitabas algo y que estas prendas servirían. —Sacó dos túnicas, probablemente de Irene, que tenían un borde añadido para dar una mayor longitud, dada la diferencia de estatura.

—Se lo agradezco a la señora Irene —dije conmovida. Había ido a desalojarla de la casa después de haber hecho que su marido arriesgara su vida por mí y ella me había

preparado ropa—. ¿Dónde está?

—Ella y el amo… quiero decir, Arbecio, han vuelto a la vieja casa, la de ellos, y tú te quedas en ésta.

—¿Han vuelto? Será mejor que los invite también a comer.

Atanarico quería, naturalmente, una cena formal y respetable.

—Envía a Suerido para que los invite… y agradece a Irene las túnicas —dije.

Redagunda titubeó.

—Generalmente mandamos a Alarico con los mensajes —aventuró.

—Mándalo a él entonces. ¿Está preparado el baño?

—Te lo prepararé ahora.

Cuando se retiraba, la llamé para que encendiese la lámpara del cuarto. Obedeció y se quedó allí con su propia lámpara en la mano.

—Bienvenido, amo —dijo.

Sonreí con paciencia.

—Gracias, Redagunda. Pero debes saber que no me quedaré aquí.

Ella permanecía allí, muda y tensa. Aquella tensión tenía una causa. Evidentemente yo no sería ya médica del ejército. Me iría y vendería a mis esclavos.

—Cuando me vaya —precisé— pienso dar la libertad a todos mis esclavos. Tú y los demás debéis pensar en lo que haréis con vuestra libertad y yo os ayudaré en la tarea. Pienso devolver a Gudrun y Alarico a sus familias, pero por ahora pienso estar lo más lejos posible de los tervingos, de modo que tendréis que pensar en vuestra vida futura hasta que termine la guerra.

Redagunda me miró, sonrió, se arrodilló y me besó la mano.

—¡Gracias, señor! —exclamó.

—Señora —la corregí sonriendo a mi vez—. Debes pensar, pues. Y ahora prepara ese baño. He cabalgado tres días sin detenerme y me duele todo.

Cuando pasé por la cocina para llegar a la sala de baños, cubierta sólo con una bata asegurada con una mano, encontré a todos los esclavos reunidos, bromeando y hablando animadamente. Corrieron todos, Alarico incluido, a besarme la mano.

—¿Realmente piensas darnos la libertad a todos? —preguntó Suerido, con el rostro inflamado de entusiasmo. Cuando hice un gesto afirmativo, siguió hablando—. ¡Nobilísimo y generoso amo! ¿Puedo pedirte prestado algún dinero? En las cuadras Valentino quiere instalar una caballeriza, y si yo contase con veinte sólidos podría comprar un par de yeguas de cría. ¡Trabajaría para él, por un salario, y vendería las crías, y ganaría mucho dinero, y podría pagarte en menos de diez años, seguramente!

—Bien —repliqué riendo—. Veinte sólidos para que gastes en caballos. Redagunda, te daré siete para que os instaléis en una casa. Gudrun, ¿sabes qué quieres hacer con tu libertad?

Gudrun se ruborizó. También había cambiado durante mi ausencia; estaba crecida y más desarrollada. Recordé sorprendida que tenía la misma edad que yo cuando habían querido casarme con Festino. Cuando habló lo hizo en un griego impecable.

—Por favor, señor… quiero decir, señora, me gustaría quedarme aquí en Noviduno hasta que haya paz. La señora Irene dice que me pagará un salario como servidora, si me quedo con ella. Pero no me interesa el sueldo. Me gustaría aprender el oficio de comadrona, si Arbecio quiere enseñármelo. Me gustan los niños y me gusta curar. Y Alarico puede estudiar conmigo, al menos por ahora.

No podía creerlo y sonreí.

—Por supuesto. Mañana hablaré con Arbecio de tu parte. Y te daré además diez sólidos como dote o para lo que quieras hacer con ellos.

—¡Pagaste menos de esa suma por mí cuando me compraste! —dijo Gudrun, sorprendida.

—Pero pagaría más por que otra mujer estudiase medicina. Ahora iré a tomar mi baño.

Cuando llegó Atanarico, estaba otra vez en mi cuarto, mirando los tratados que había echado de menos tanto como a cualquiera de las personas de Noviduno, mis gastados textos de Hipócrates, las versiones buenas y claras hechas en Alejandría, de Herófilo y Erasístrato, con los bordes de su papiro gastados por el uso, y mis hermosos códices de Galeno en pergamino. Maldito Edico, tenía aún mi Dioscórides, pero seguramente podría obtener otro ejemplar. Era una versión común.

Estaba hojeando el Galeno cuando oí a Atanarico golpear la puerta. De inmediato dejó de interesarme la función de la vesícula biliar y lamenté no tener un espejo. Me había puesto la mejor de las dos túnicas y mi mejor capa, presa de un tonto deseo de que Atanarico me encontrase hermosa. Me había enjuagado el debilitado pelo con cedro y romero, y me lo até con un lazo de oro adornado con perlas que había pertenecido a mi madre. No había necesitado venderlo y armonizaba con las perlas que me había regalado Amalberga. Sin embargo, sospechaba que las alhajas aumentarían mi aspecto desnutrido y enfermizo. Bien, era demasiado tarde para quitármelas. Redagunda llamó a mi puerta y anunció al «Excelentísimo Atanarico». Le di las gracias y salí.

Aquella casa tenía un confortable comedor, pequeño pero acogedor, con un suelo de baldosas rojas y blancas y cortinas rojas. Durante el día estaba bien iluminado por una

gran ventana que daba al jardín y de noche había en la pared opuesta una hilera de lámparas. Atanarico estaba de espaldas a ellas, mirando la lluvia por la ventana, pero cuando entré se volvió.

—¡Ah! —dijo—. Has podido conseguir otro vestido. Me preguntaba qué harías.

Resuelto el problema de la belleza de esa manera, respondí:

—La mujer de Arbecio me arregló dos de sus túnicas. Ha de llegar con su marido. Los he invitado.

Gudrun, que estaba colocando el vino bajo la hilera de lámparas, movió la cabeza y dijo:

—No, señora. Alarico dice que esta noche el amo quiere quedarse con su mujer en su casa. Os invita a comer mañana.

—Ah —respondí, y miré a Atanarico.

Recé para que Arbecio e Irene tuviesen toda la dicha y prosperidad que merecían por su tacto, bondad, consideración y generosidad. Una velada a solas con Atanarico, la ocasión de conversar, todo con la respetable excusa de que mis invitados no habían venido.

Atanarico sonrió apenas. Parecía cansado y era evidente que venía directamente después de haber hablado con Valerio, sin tomarse tiempo para bañarse y ponerse ropa limpia.

—Cuando hablas de «amo», ¿te refieres a Arbecio? —le preguntó a Gudrun.

—Perdón, señora —contestó la chica ruborizándose.

—No importa —la tranquilicé—. ¿Tenemos vino blanco con miel? Bien. Atanarico, por favor, trata de relajarte. Siéntate.

Atanarico se reclinó en uno de los triclinios y yo en otro, con la mesa entre nosotros. Gudrun nos trajo el vino blanco y unos panecillos con comino.

—Bien —dije—. ¿Qué gravedad tienen las noticias?

Atanarico me miró un instante sin verme.

—Tan malas como se temía —respondió por fin—. Dicen que dos tercios del ejército fueron aniquilados y se cree que el emperador ha muerto; muchos de los generales más importantes han muerto, con toda certeza. Murió el padre de Sebastián, y también Trajano, Valeriano, Equicio (chambelán del palacio), Barzimeres y docenas de tribunos. Es la peor derrota en la historia del imperio. Y parece que hasta el último minuto Fritigerno pedía la paz y ofrecía romper con sus aliados y luchar contra ellos si el emperador le concedía un Estado protegido en Tracia. Nunca ha habido una guerra más tonta, más costosa y más innecesaria que ésta.

—¿Y Sebastián? —pregunté pasado un instante.

—Nadie sabe nada de él. Su nombre no figuraba entre los muertos. Pero tendría que haber estado luchando junto a su padre. Puede tratarse de una omisión.

Me hallaba con las manos entrelazadas, tratando de comprender qué significaba todo aquello. Había sabido siempre, por supuesto, que era posible una derrota de los romanos. Sin embargo, la que yo había imaginado era una batalla entre iguales, o tal vez una retirada forzada, no una matanza general.

Atanarico suspiró y comenzó a frotarse la nuca como si le doliese la cabeza.

—Dicen que el Augusto occidental, Graciano, ha sido ya informado del desastre. Enviará cartas a las tropas de Siria, al duque del Oriente y al duque de Egipto, tratando de reunir más fuerzas. Y nombrará un nuevo maestro de armas que probablemente terminará como su colega y Augusto de Oriente, Teodosio, el amigo de Sebastián. Tiene la edad de Graciano y parece que son amigos, a pesar de lo que le sucedió al padre de Teodosio. No sería una mala elección. Teodosio es un general fuerte y enérgico y se desempeñó muy bien contra los sármatas cuando era duque de la Mesia dacia. Tal vez pueda detener el diluvio que amenaza destruir el imperio.

Recordé el oráculo ominoso y me estremecí.

—¡De modo que TEOD sucederá a Valente después de todo!

Atanarico dejó de frotarse la nuca y sonrió amargamente.

—Así será. Y parece que la llanura del sur de Adrianópolis se llama llanura de Mimas, por un héroe antiguo enterrado allí. Los demonios suelen decir la verdad, aunque no para ayudarnos. Caris, es nuestro fin. No creo que el imperio se recupere nunca de este golpe.

—Estás cansado —le dije—. Está oscuro, llueve y tienes la capa mojada. El imperio es algo muy grande y hace falta más de una derrota, aunque sea tan enorme como la de Adrianópolis, para destruirlo. Bebe tu vino, mi amor, y descansa. Mañana estarás mejor. El enemigo no sabe aún nada de guerra de sitios. —Era uno de los temas predilectos de Fritigerno, quien siempre aconsejaba a sus colegas contra la práctica de «destruir nuestras vidas contra una muralla de piedra».

—Eso es verdad —respondió Atanarico, si bien no parecía menos deprimido—. Y ahora están sitiando Adrianópolis. Harán que se maten unos cuantos. Quizá se postergue el desastre. Pero no se impedirá.

Permanecimos en silencio unos minutos. Gudrun sirvió el primer plato, puerros con salsa de vino.

—Esta noche estás cansado —repetí—. Te sentirás mejor por la mañana.

Atanarico bebió un poco de vino mientras me miraba.

—Estar sentado aquí contigo casi me fuerza a creerlo. Sin embargo… el imperio es demasiado vasto. He visto más territorio que la mayoría. Por el oeste he llegado a Mediolano; por el este, hasta Amida; y por el sur, hasta Egipto. En todas partes hay dificultades: bárbaros en el norte, persas en el este, en el sur los sarracenos y los africanos. Y no tenemos fuerzas para impedirles entrar. Demasiadas tierras están desiertas y hay conflictos de la Iglesia con el Estado, los funcionarios y los gobernadores se llenan los bolsillos, a menudo para la ruina del bien público, y los que están lejos de las fronteras desprecian a los soldados que los protegen. Ha empezado a desmoronarse. No caerá con rapidez… puede durar más que nuestras propias vidas, pero caerá y seremos testigos de la caída. *«Desinas ineptire et quod vides perisse, perditum ducas. Fulsere quondam candidi tibí soles…»* —Aquí calló, mirándome con ternura.

—«Deja de hacer tonterías —traduje— y lo que has visto morir, déjalo muerto. Los radiantes astros brillaron para ti antaño…» Algunos poetas latinos escribían versos realmente extraños.

Y Atanarico continuó:

—*«Nobis cum semel occidit brevis lux, nox est perpetua una dormienda.»* «Una vez que la breve luz se nos fue, dormimos una sola noche eterna.»

Sentí que me agitaba.

—Atanasio me dijo que nada humano dura eternamente, ni siquiera el imperio. No obstante, afirmaba que cuando lo humano se ha gastado, queda lo eterno, y que la vida humana está tachonada de eternidad.

—¿Cuándo dijo eso?

—Fue en Carragines. Cuando estaba enferma. Quizá fue un sueño. Pero aparte de las circunstancias en que lo haya oído, me parece una verdad. Aun cuando el imperio esté terminando en este momento, algo de lo que fue mejor en él puede perdurar. Y tal vez no sea el fin todavía. Los casos más desesperados a veces se restablecen y sobreviven muchos años más.

—Pero a ti te parece viejo y con perspectivas de morir pronto.

Miré mi copa de vino y luego a Atanarico. Éste me observaba con atención.

—La muerte es triste —dije—. Incluso la muerte de un animal. Y estamos hablando de un gran imperio. Sin embargo, puede ser que viva, pero, aun cuando no viva, todas las cosas en la tierra deben morir y hemos de resignarnos y apreciar la vida mientras la tenemos.

Entró Gudrun, se llevó el primer plato, que apenas habíamos probado, y trajo el segundo: jabalí con salsa a la pimienta.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté cuando empezamos a comer.

Atanarico se encogió de hombros.

—Lo mismo, supongo. Vamos a Bitinia. Preparamos todo para la boda, a toda prisa, y decidimos dónde viviremos. Pero tendré que dejarte allí, pues tendré trabajo. En una emergencia como ésta no puedo abandonar mis obligaciones. Faltarán correos en la corte y no debemos perder el contacto con el oeste. Tú puedes partir a donde vayamos a vivir y fundar tu hospital.

Lo sabía y lo comprendía, pero el caso es que no quería acceder a que me dejasen soltera en casa de mi hermano.

—Atanarico —le dije—. No vayas a la comandancia esta noche.

Me dirigió una mirada maravillosa, profunda a la luz de las lámparas, y tenía la boca entreabierta. Sabía lo que quise decir.

—Debe ser oficial —replicó vacilando.

—Te necesito. Yo no quiero casarme con otro hombre, ni que nadie me haga preguntas tontas e impertinentes acerca de si soy virgen y complaciente. La ley de matrimonio no es tan formal. Estamos casados si vivimos juntos. Y mi hermano no va a intentar despojarme de mi dote.

—¿Vivir juntos? Ninguno de los dos vive en ninguna parte por ahora. Alciones rozando las aguas antes de la tormenta, eso es lo que somos. No puedes establecer un contrato sobre esta base. —Pero su mirada era intensa, llena de deseo.

—Haz un contrato, entonces, cuando lleguemos a Bitinia. Te prometo que Torión no creará dificultades, por lo menos después de que haya hablado conmigo.

Se levantó rápidamente y se sentó a mi lado en el triclinio.

—Tienes razón —dijo, y me besó.

Finalmente terminamos la comida, pero en buena parte porque yo insistí en que los dos necesitábamos alimentarnos. Llamé luego a todos mis esclavos y les dije que Atanarico era mi marido y que pasaría la noche en mi casa. Dieron vivas y nos felicitaron. Estaban medio ebrios de todos modos, festejando su inminente libertad, y no encontraban sorprendente nada que hiciera su excéntrica ama.

Fuimos a acostarnos. El amor es lo más dulce en la vida, como afirman los poetas, lo bastante dulce para que en comparación la miel sea amarga, para borrar la imagen de los romanos muertos en combate y la púrpura imperial empapada en sangre. Siempre había admirado la sabiduría del cuerpo, pero en aquel momento sentía que nunca había

comprendido ni apreciado su misterio, capaz de hacer de un simple acto, de algún modo, una imagen de la eternidad.

Después permanecimos inmóviles y abrazados, escuchando el rumor de la lluvia sobre el tejado de paja.

—¿Qué dijiste que éramos? —le pregunté a Atanarico, pasado un largo rato de felicidad total—. ¿Alciones?

—Los alciones ponen sus huevos en la superficie del mar, en la calma del solsticio de mitad de invierno. Los rodea la tormenta y crían en paz.

—Así es —dije, y lo besé.

—Pero yo amo el imperio —exclamó. La nota de dolor apareció de nuevo en su voz.

—Lo sé. Lo amas tanto como yo amo la medicina. Pero no es el fin aún, mi amor. Ahora dejemos las tormentas para mañana. Es la noche del solsticio y de la calma invernal.

Me besó una vez más. Fuera, la lluvia golpeaba el tejado y a lo lejos, en el río, resonó el lejano rumor del trueno.

EPÍLOGO

El Imperio romano no se desmoronó inmediatamente después de la batalla de Adrianópolis, en el año 378. La verdad es que el Imperio de Oriente se mantuvo aún otro milenio. El emperador Teodosio el Grande, proclamado Augusto en enero del año 379, concedió a los visigodos en octubre de 382, después de años de cruenta lucha, un Estado filial en Tracia. Los hunos y los alanos fueron expulsados del imperio, pero sólo durante un tiempo.

Teodosio era partidario de la teología nicena, y tanto los obispos de Oriente como los de Occidente calificaron el arrianismo de herejía. Desgraciadamente, los godos se habían convertido durante el período de dominación arriana. (Ulfilas, «el apóstol de los godos», era amigo de Fritigerno. No ha aparecido en la presente novela por falta de espacio.) Que los godos fueran herejes además de bárbaros no contribuyó a su incorporación a la sociedad romana. Además, ellos y todo el territorio sufrían periódicamente el azote del hambre. Después de la muerte de Teodosio, en el año 395, los visigodos se desplazaron una vez más, invadiendo y devastando Grecia antes de emigrar a Italia. Fueron quienes saquearon Roma en el 410. Serían, sin embargo, sus primos los ostrogodos quienes asestarían el golpe de muerte al Imperio de Occidente, después de derrocar a su último emperador, en el año 476.

Aunque el Imperio de Oriente no sufrió la invasión, las prolongadas guerras minaban mortalmente sus recursos y seguramente exacerbaron sus ya formidables dificultades políticas y económicas. Esta parte del imperio sufrió también una particular decadencia en la que disminuyó el comercio, se perdieron tierras y se estrecharon los horizontes culturales. La civilización bizantina que acabó cristalizando era diferente de su desaparecida progenitora occidental. Era más limitada, más intolerante, menos flexible.

Parte de la intolerancia de aquella sociedad desesperada fue canalizada por la Iglesia cristiana. En el siglo que siguió a la batalla de Adrianópolis se prohibieron los cultos paganos y se publicaron severos edictos contra los herejes. Los derechos civiles de minorías como los judíos sufrieron una limitación creciente. En el 391, por ejemplo, Teófilo, arzobispo de Alejandría, «un hombre osado y malvado —según Gibbon— cuyas manos se manchaban alternativamente con oro y con sangre», sitió y destruyó el

templo de Serapis. Se ignora qué sucedió con los restos de la gran biblioteca. La medicina se hundió en Occidente poco a poco en un horrible estado de brutalidad supersticiosa, y puede afirmarse que lo que se perdió con la caída de Roma no se recuperó hasta bien entrado el Renacimiento o tal vez hasta el siglo XVIII. Lo mismo puede decirse de otros valores, como la física, el comercio e incluso la población. La Época Oscura de que hablaba la historiografía en lengua inglesa no fue tan negra como la pintó Edward Gibbon, y Bizancio y la Europa medievales tuvieron sin duda su esplendor, pero quienes estudian dicho período piensan pese a todo que la caída de Roma fue, por lo menos para Occidente, «quizás el episodio más grandioso y más temible de la historia de la humanidad».



GILLIAN BRADSHAW. Escritora norteamericana nacida en Virginia en 1956. Gillian Bradshaw se graduó en la Universidad de Michigan en Griego clásico y en Literatura e Historia clásica por la Universidad de Cambridge, en el Reino Unido. Autora de reconocido prestigio por el arduo trabajo de investigación que impregna su producción literaria, su trabajo obtuvo una aceptación unánime con la publicación de la trilogía sobre la figura del rey Arturo compuesta por los títulos *Hawk of May* (1980), *Kingdom of Summer* (1981) e *In Winter's Shadow* (1982); y de la serie sobre la decadencia del Imperio Romano: *El faro de Alejandría* (1986), *Teodora, emperatriz de Bizancio* (1987) y *Púrpura imperial* (1988).Además de las novelas de temática histórica como *Island of Ghosts* (1998) y *The Sand-Reckoner* (2000), Gillian Bradshaw también ha publicado obras dirigidas al público infantil: *The Dragon and the Thief* y *The Land of Gold*. En la actualidad reside en Inglaterra con su marido y sus cuatro hijos.

Notas

[1] Me rehúyes igual que un cervatillo. <<

[2] Soy médico. <<

[3] No eres médico, ¡eres una hechicera! <<

[4] Hola, y adiós. <<

[5] ¡Hombre de vida íntegra y sin crímenes! <<

[6] Con lengua elegantísima. <<

[7] Riendo dulcemente. <<

[8] Pero una tenue llama corre con lengua deshonesta bajo sus miembros. <<

[9] ¡… y que todas las habladurías de los viejos adus nos importen un bledo! ¡Dame mil besos! <<